

Sin Mar

3



Tu maldita
sonrisa

de Cherry Chia

Lectulandia

La vida de Álex es justo lo que él ha querido siempre. Vive en Sin Mar, una urbanización tranquila a las afueras de la ciudad, y comparte sus días con su padre, la mujer de este, sus tres hermanas, a las que adora, aunque le vuelvan loco, sus cuñados, sus sobrinos, sus amigos y hasta un perro comunitario. Tiene el trabajo que siempre soñó y tantas mujeres dispuestas a pasar un buen rato como días tiene el año, o casi.

No le falta nada. De verdad que no. Todo es perfecto tal y como está... hasta que llega ella. Y arrasa. Y lo vuelve del revés. Y lo descoloca. Y lo enciende, para bien y para mal. Ella, que no busca nada, salvo una vida tranquila. Ella, que lo último que quiere es una relación con alguien como él. Ella, que no corre hacia sus brazos, sino en dirección contraria.

Ella. Solo ella. Siempre ella.

Ella y su maldita sonrisa.

Lectulandia

Cherry Chic

Tu maldita sonrisa

Sin Mar - 3

ePub r1.0

Titivillus 08.05.2018

Título original: *Tu maldita sonrisa*
Cherry Chic, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hermana Marina,
más que hermana,
más que amiga,
más que compañera de vida.
Maestra de lecciones que
no olvidaré jamás y
el mejor regalo que mis
padres pudieron hacerme.

Nosotros dos
vamos a ser tan grandes,
que a cada paso que demos
la tierra se agrietará un poco más,
tratando de engullirnos.

Nosotros dos
vamos a remar mareas,
parar rayos,
acercar infinitos,
apagar fuegos,
lograr imposibles.

Tú,
con tu sonrisa,
y yo
con mis ganas de hacerte sonreír.
No lo olvides:
vamos a ser éxito.

César Ortiz Albaladejo (Infinita)

Prólogo

—Ey, ¿estás bien?

Jessica me mira intentando no llorar por todos los medios. Acaba de caerse en mitad del patio mientras muchos niños del colegio la miran y se ríen, así que la entiendo. Si hubiese sido Julieta se habría reído la primera, pero Jessica es muy tímida y hace todo lo posible por no llamar la atención, así que, para ella, caerse en público es mucho peor de lo que podría ser para cualquier otra persona.

—Pues claro que estoy bien. ¿Qué quieres? ¿Reírte de mí tú también?

—¿Por qué iba a hacer eso?

Ella me mira y se recoloca sus enormes gafas. Los chicos suelen decir que Jessica es una cuatro ojos, que es un topo y por eso lleva esas gafas tan grandes. Tiene los dientes separados, la cara llena de pecas y siempre que se meten con ella agacha la cabeza y procura no llorar, aunque no lo logra casi nunca. También se meten con ella por eso. En realidad, no lo entiendo, mi hermana Amelia también es una llorona y con ella no se meten tanto. Quizá sea porque nos tiene a Esme, a Julieta y a mí para defenderla y todo el mundo lo sabe. Nosotros somos hermanos y, además, cuatrillizos. Tener tres hermanas de mi misma edad siempre me ha parecido un rollo, la verdad. Durante mucho tiempo me he preguntado por qué he tenido tan mala suerte y no fuimos, en vez de tres chicas y un chico, dos chicas y dos chicos. Me hubiese molado un montón tener un hermano, pero papá dice que eso no se puede elegir, porque, si así fuera, él habría pedido niños más tranquilos, educados, buenos y responsables, así que, si él puede aguantarnos a los cuatro, yo puedo aguantar a mis tres hermanas, y no hay más que hablar. Las explicaciones de papá a veces no me gustan nada.

Pero volviendo a Jessica, es verdad que suele llevar la mejilla sucia de bolígrafo, rotuladores, plastilina o tierra siempre. Su ropa tampoco es la mejor ni la más moderna. Según Julieta sus padres la visten así porque no la quieren, Amelia dice que no, que seguro que es porque son pobres y no tienen dinero e intentó hacer un bote para comprarle ropa nueva y Esme nos lo prohibió y nos dijo que comprarle ropa a Jessica sería un insulto, porque el único problema es que su madre tiene mal gusto. Yo no sé cuál de las tres tiene razón, la verdad, yo solo sé que debajo de su mejilla sucia, esas gafas enormes, la falda demasiado grande y casi hasta los tobillos, la camiseta de chico y las zapatillas rotas, a mí, Jessica, me parece preciosa. No lo digo en voz alta, porque se reirían de mí, pero eso no quiere decir que no lo piense. La verdad es que lo pienso de todas las chicas de mi clase y, si me apuras, de mi colegio. Mis amigos no dirían eso, lo sé, pero en realidad, mis amigos dicen que las chicas son todas unas asquerosas. Cuando ven a algunos chicos mayores del colegio besar a sus novias hacen como si estuvieran a punto de vomitar y se ríen un montón. Yo no lo

hago, porque no me parece vomitivo. Para mí asqueroso es que mi hermana Julieta nos obligue a comer barro porque hemos perdido una apuesta, pero besar chicas me parece guay. Son bonitas, hablan de cosas interesantes, son simpáticas y se ríen si les digo algo bonito o les llevo flores. Bueno, se ríen algunas, otras me miran mal y no sé por qué. ¿Qué tiene de malo regalar flores? Huelen bien, son bonitas y adornan. Lo único malo, según mi padre, es que no debería robarlas del jardín de Conchi, porque eso se considera delito. Yo creo que Conchi, nuestra vecina, tiene como mil flores y debería darle igual que yo coja unas pocas, pero como no quiero ser un delincuente, ahora las arranco de nuestro propio jardín, aunque mis hermanas se ríen de mí. Antes me molestaba que se rieran de mí, pero ahora ya he entendido que lo van a hacer de todas formas, y total, yo también me río mucho de ellas por todo. Son las únicas chicas del mundo que me parecen tontas a veces.

—¡Me he caído delante de todo el mundo! —Jessica me saca de mis pensamientos mientras señala a todos los que aún nos miran y se ríen de ella.

Mis hermanas se acercan, pero ellas no se ríen. Julieta coge una piedra del jardín del patio y se planta delante de los chicos, amenazándolos con tirarla si no se callan, Amelia los mira mal y Esme solo coge a Jessica de un brazo y la levanta.

—¿Te has hecho daño? —pregunta mientras Jessica niega con la cabeza.

Yo recojo lo que ha quedado de bocata del suelo y se lo doy, pero ella vuelve a negar con la cabeza y se va corriendo. La veo entrar en el colegio y sé que es probable que se meta en clase y se pase ahí el resto del recreo.

—Pobrecita, tiene vergüenza —dice Amelia con cara de pena.

—Deberíamos darle clases de karate —sigue Julieta.

—Nosotros no sabemos karate —le responde Esme.

—Ya, lo que quiero decir es que deberíamos enseñarle a dar patadas, morder y arañar a todo el que se meta con ella.

Me río un poco, porque Julieta es una bestia y porque no me imagino yo a Jessica arañando a nadie.

Mis hermanas se ponen a discutir cómo pueden ayudar a Jessica y acaban peleándose entre ellas, porque estas tres no saben hablar sin discutir. Yo decido pasar de ellas y entrar en el cole, para ver si puedo acompañarla por lo menos. Por el camino me encuentro a Tony, uno de los chicos que se ha reído de ella, que me para mientras me señala el patio.

—¿Has visto cómo se ha caído la cuatro ojos?

—He visto cómo se ha caído Jessica.

—Sí, tío, esa. ¡La cuatro ojos!

Lo miro muy serio, porque no me gusta nada que se siga metiendo con ella.

—¿Sabes una cosa, Tony? No deberías meterte con Jessica, ni con nadie.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

—Bueno, hueles mal. —Él deja de reírse de pronto y me mira muy serio—. Hueles muy mal y nadie te lo dice porque no te importa pegar a la gente si algo te

molesta, pero a mí no me das miedo.

—¡Yo no huelo mal!

—Hueles como una mofeta. —Me tapo la nariz y hago como si estuviera a punto de vomitar—. Es como estar al lado de una gran mierda que camina.

Tony me empuja, pero no me quedo quieto y le empujo de vuelta. Es más grande que yo, pero no me importa, no me da ningún miedo pelearme con él y cuando vuelve a empujarme, tirándome al suelo, me las ingenio para arrastrarlo conmigo y darle una buena patada. Nos ponemos a rodar mientras nos pegamos y en pocos segundos aparece un círculo de gente a nuestro alrededor, incluida la profesora, que nos grita para que nos detengamos de inmediato. No lo hacemos, así que al final ella se mete en medio, nos coge de las camisetas y nos separa como puede. Mis hermanas aparecen de pronto y le gritan a Tony un montón de insultos mientras Esme me mira la boca, porque me ha dado un golpe tan fuerte que me he hecho un poco de sangre. Saco la lengua y la pruebo, porque en las pelis siempre hacen eso y parece que mola, pero la verdad es que la sangre sabe rara, como a hierro, así que no lo hago más.

—¡Eres un idiota! —grita Tony.

No le contesto, porque la profesora acaba de mirarlo y regañarle, pero cuando ella no mira le hago un corte de mangas, lo que hace que él corra otra vez en mi dirección. La profe se enfada aún más, el maestro de educación física aparece y, cuando quiero darme cuenta, estoy sentado en el despacho del director, Tony está en otra silla y los dos esperamos que nuestros padres lleguen. Cuando lo hacen nos regañan a tres bandas, nos dan un discurso sobre por qué no podemos pegar y nos castigan dos semanas limpiando y ordenando las estanterías de la biblioteca. En realidad, me da igual, porque Tony se lo merecía y no me arrepiento, pero cuando papá me mira mal procuro poner cara de niño bueno. Él se va poco después y el resto de la mañana en clase pasa bastante tranquila. Nadie más se mete con Jessica, así que vuelvo a pensar que alguien tenía que pararle los pies a ese cerdo de Tony. A lo mejor ahora el resto de idiotas que se van riendo de la gente se lo piensa antes de hacerlo. O puede que no, pero sea como sea, yo he sido un héroe.

Cuando salimos de clase esperamos el bus que nos llevará a Sin Mar, la urbanización en la que vivo con mi familia. Aparte de mis hermanas, hay otros chicos que también viven allí, pero Jessica es de la ciudad, por eso me extraña verla caminar hacia donde estamos.

—¿Podemos hablar, Álex?

—Claro.

—Pero los dos solos.

Mi hermana Julieta empieza a tararear una canción de amor ridícula, pero la miro tan mal que alza las manos y se encoge de hombros, callándose de inmediato. Yo camino con Jessica hasta estar lo bastante apartado de las chicas. Nos pueden ver sin problemas, pero al menos no nos oyen.

—Dime.

—Yo... quería darte las gracias por defenderme antes, cuando le has pegado a Tony.

—No es nada. Tony es un abusón.

—Para mí significa mucho. —Me doy cuenta de que se ha puesto un poco colorada y sonrío, porque me hace gracia y me parece bonito—. Has sido como un héroe.

No quiero decirle que yo pienso lo mismo, porque quedaría como un presumido, así que me encojo de hombros y vuelvo a sonreír.

—Cuando me necesites, silba.

—Vas a ser un gran bombero.

—Creo que sí.

¿Eso también ha sido presumido? Bueno, me da igual porque tengo muy claro que de mayor voy a ser bombero. Ayudaré a la gente a salvar sus casas, bajaré gatos de los árboles y saldré con un montón de chicas, porque mis hermanas dicen que los bomberos ligan un montón y todo el mundo lo sabe.

—Bueno, pues... esto...

—¿Estás bien? —pregunto a Jessica.

—Sí, es solo que yo... —Se muerde el labio inferior y, antes de poder darme cuenta de lo que hace, se alza sobre sus puntillas y me besa.

No es un beso en la mejilla, no. Me acaba de dar un beso en la boca, como hacen los chicos más mayores. Puedo oír las risas de mis hermanas y otros chicos, y Jessica está tan roja que parece un tomate, pero a mí me ha parecido bonito que me haya besado así, de sorpresa, así que miro al lado, a la jardinera del colegio, arranco una flor esperando que nadie se chive, porque últimamente tengo muchos castigos por arrancar flores y se la doy a Jessica, que abre sus enormes ojos detrás de sus gafas y sonrío mientras la coge.

—Gracias por darme mi primer beso, Jess.

—¿No te ha molestado?

—No, para nada. Puedes darme tantos como quieras y prometo no quejarme.

Ella se ríe, se pone aún más roja, y eso que pensé que ya no sería posible, y se aleja mientras yo sonrío y vuelvo con mis hermanas.

—Eres un mujeriego, Álex —dice Esme.

—¿Qué le has dicho cuando te ha besado? —pregunta Amelia. Le contesto y ella se ríe, pero después me mira con dulzura, como es ella, y habla—. Creo que acabas de echarte novia.

—Tío, la has cagado —dice Julieta como si tuviera pena de mí.

Yo me río y me encojo de hombros, porque no creo que la haya cagado, y cuando miro a mi lado y veo a Jess sonreír y cuchichear con chicas que antes ni siquiera le hablaban creo que, en realidad, esto de besar chicas mola mucho. Mola tanto que no sé si puedo esperar para repetir...

Luego mis hermanas empiezan a cantar una canción ridícula acerca de Jess y de

mí y pienso, otra vez, cuánto me hubiese gustado que fuéramos dos chicos y dos chicas, porque algo me dice que a estas tres pesadas no voy a quitármelas de encima nunca.

1

No voy a llegar. No voy a llegar. No voy a llegar.

Maldito sea el tráfico, la gente que colapsa la ciudad a estas horas y hasta la máquina del *parking* privado en el que me veo obligado a dejar el coche. Ya es bastante estresante pasar el turno trabajando y sabiendo que estoy a punto de ser tío, otra vez, como para sumar que la gente se vuelva caótica. ¿Por qué todo el mundo va tan lento? ¿Es que no entienden que necesito llegar al hospital inmediatamente? No, claro, no lo entienden y eso me indigna, porque vale que mi prisa es por un buen motivo, pero igual se podría confundir con una urgencia y más si me ven caminar a esta velocidad hacia el hospital que hay justo frente al *parking*. Bueno, pues ni así consigo que se aparten de mi camino. Estoy empezando a pensar que lo hacen a propósito; saben que voy a ser tío y se me ponen por medio para conseguir que llegue tarde.

Espero con impaciencia que el semáforo dé vía libre a los peatones y, cuando el muñequito se pone en verde, por fin, aprieto el paso y cruzo como si me llevaran los demonios. Entro en recepción y me enfilo hacia la zona en la que ya estuve hace algo más de cinco meses, a pesar de que la chica de información intenta retenerme y preguntarme quién soy. Valoro el esfuerzo, porque este es un hospital privado, pero no va a detenerme. Si quiere enterarse de mis motivos para correr que me acompañe y le contestaré cada pregunta mientras nos dirigimos hacia la sala de espera. No lo hace, o no oigo sus pasos, así que supongo que simplemente ha asumido que soy familiar directo. Igual en unos minutos me manda un guardia, no lo sé, pero me da lo mismo.

Llego por fin a donde mi familia está reunida y no necesito más que dos segundos para soltar el aire abruptamente y respirar con tranquilidad. Todos están contenidos y nadie grita, así que no he llegado tarde.

—Hijo —dice mi padre mientras me da un abrazo rápido—. Menos mal que has llegado.

—¿Cómo va?

—Lo último que sabemos es que la bajaban a paritorio, pero de eso hace ya un buen rato.

—Quizá acabe en cesárea. —Miro a Sara, la mujer de mi padre y asimilo sus palabras—. Hola, cariño.

—Hola. ¿Cesárea?

—Es una opción, está muy cansada.

Me doy cuenta de que sonrío, pero también de que parece nerviosa. Sara, la mujer de mi padre, no tuvo hijos y se casó con mi padre hace relativamente poco. Se conocieron en un crucero; él fue porque se había prejubilado y le tocó un pellizco en

la lotería y ella era una americana de vacaciones. El amor saltó de tal manera que alargaron el viaje y, cuando no pudieron retrasarlo más, mi padre le pidió que se viniera con él a España y a casa. Se casaron pocos meses después y desde entonces forma parte de nuestra gran familia. A veces pienso si no se habrá arrepentido ya de meterse en esta casa de locos, pero la verdad es que es una gran mujer y se ve que nos ha cogido cariño. Yo me alegro, porque me gusta que mi padre esté acompañado, pero también porque me mimaba hasta el infinito y, además, pone orden en casa, que es algo que necesitábamos como el agua.

Es cierto que Julieta, una de mis hermanas, se fue a vivir con su novio y el sobrino de este hace un tiempo, pero sigue viniendo a comer a casa casi a diario y, además, desde que parió a Victoria y Emily, unas gemelas que nos robaron el corazón, suele dejarlas con mi padre y Sara mientras va a trabajar, a petición de estos, que aseguran que pueden ocuparse de sus nietas sin problemas. Julieta trabaja en nuestra urbanización, Sin Mar, pues es la dueña de una tienda de disfraces y artículos de broma. Mi cuñado Diego es poli y en su tiempo libre ayuda a sus padres en el restaurante italiano que poseen; puede parecer que lo vemos poco, pero no es cierto. Él, igual que Julieta, encuentra la manera de venir a casa casi a diario.

Esmeralda, otra de mis hermanas y la que me tiene hoy aquí con el corazón a mil por hora, siguió el camino de la primera y se mudó hace unos meses a una casa en nuestra misma calle. Ella y su novio, Nate, que es pediatra en este mismo hospital, están a punto de convertirse en los padres de Noah, si es que el pequeño deja de hacerse de rogar. Viviendo en la misma calle, te puedes imaginar que los vemos con bastante frecuencia también.

Amelia es mi tercera hermana, no está independizada así que en teoría debería ser la que más veo, pero no es así. Trabaja como asistente social y hay días en los que se puede pasar diez o doce horas fuera de casa. Es la responsabilidad con patas y su compromiso la está llevando a tal punto de ansiedad, que creo que ya todos le tenemos un poco de tirria a su trabajo. Es su vida, sin embargo, así que poco podemos hacer, salvo aguantarnos e intentar que no tome tantos antiácidos para el estómago, porque se los chuta como caramelos. Aparte de eso adora las infusiones de todo tipo, motivo por el que suelo llamarla «La hierbas». Es broma, ella lo sabe y solo le molesta que se lo diga algunas veces.

Yo por mi lado trabajo de bombero, así que hago turnos de veinticuatro horas y luego, en mis descansos, no paro mucho en casa.

Y te estarás preguntando por qué te cuento todo esto, ¿verdad? Bueno, pues porque, como ya he dicho, mi hermana Esmeralda está a punto de traer un nuevo miembro a esta familia y a la vida y quería ponerte en antecedentes para que comprendas que da igual lo que pueda parecer, porque la casa de mi padre, que ahora también es de Sara, jamás será un hogar lleno de calma y tranquilidad.

—Tempanito es una *superwoman* —dice mi hermana Julieta—. Lo conseguiré sin cesárea.

—¿Dónde están las gemelas? —le pregunto.

—Marco ha cambiado el turno en el restaurante para poder quedarse en casa con ellas.

Marco es el sobrino de Diego, mi cuñado. Apareció cuando mi hermana y él apenas estaban asentando su relación. Fue una auténtica bomba, teniendo en cuenta que su padre, el hermano de Diego, murió hace muchísimos años en un accidente de tráfico, siendo prácticamente un adolescente. El chico tenía diecisiete años y hasta el momento se había criado en el peor barrio de la ciudad con una madre prostituta, alcohólica y no sé cuántas cosas más, pero mi hermana y Diego han conseguido reformarlo de una manera bestial. Desde que entró en nuestras vidas, Marco parece otro. Ha necesitado ayuda psicológica, claro, pero ahora, con diecinueve años, es un hombre responsable, mucho más que cualquier otro chico de su edad, y feliz, o eso parece.

—¿Y Diego?

—Trabajando de poli.

Asiento mientras ocupo un lugar entre Amelia y Julieta. Paso un brazo por encima de los hombros de la primera y beso su cabeza.

—¿Estás bien?

—Me ponen muy nerviosa los hospitales, ya lo sabes.

—¡Esto es un parto! —exclama Julieta—. Es algo bueno, Amelia, así que intenta no dramatizar.

—Para tu parto también lo pasó mal y no te vi quejarte. Al revés, según recuerdo te encantó que ella fuera la única que se preocupara tanto por ti.

—Es que casi me muero empujando para sacar a las niñas y vosotros aparecéis con flores, globos y hostias varias. Me pareció recochineo, la verdad.

—¿Y ahora te parece mal que se preocupe por Esme? —le pregunto en tono sarcástico.

Mi hermana frunce el ceño, chasquea la lengua, se levanta y se va al otro lado de Amelia, donde pasa un brazo sobre sus hombros y sobre mi brazo.

—¿Me perdonas por ser una insensible de mierda? —Amelia ríe y niega con la cabeza mientras besa su mejilla.

—Tranquila.

—¿Quieres una manzanilla?

—No, no me entraría nada ahora.

—No entiendo por qué la están dejando sufrir tanto tiempo —dice mi padre mientras se acerca a nosotros—. Si no sale por la vía natural, pues que rajen y se acabó. Mi niña lo tiene que estar pasando fatal. ¿Por qué permite Nate esto?

Sonrío, porque parece que mi pobre cuñado esté permitiendo que masacren a mi hermana y, vale, a mí tampoco me gusta que lleve tanto tiempo pariendo, pero cuando Victoria y Emily nacieron fue igual y, de hecho, mi padre se quejó de que mi cuñado, como agente de la ley, no hiciera nada. Una de las veces que Diego salió a

informarnos de su avance mi padre se lo soltó, sin cortarse, y mi cuñado le dedicó tal mirada de culpabilidad que mi padre tuvo que ponerse a animarlo, porque se entiende que estos momentos son muy tensos.

—Está en buenas manos —nos recuerda Sara—. Eli sabrá qué hacer.

—Eso es cierto —dice Julieta—. Mi parto habría sido un desastre de no ser por ella.

—Ya, pero a lo mejor el niño tiene el cordón alrededor del cuello, o no empuja bien y se hace daño, o... —Amelia empieza a hacer respiraciones mientras Julieta interviene.

—O está ahí dentro saltando a la comba con su cordón umbilical y su propia tranca, que, siendo hijo de Nate, todo puede ser.

Cierro los ojos y me obligo a no soltar una carcajada, porque mi hermana Julieta va por la vida sin filtro y aprovecha los peores momentos para soltar cosas así. Eso, y que parece tener una curiosidad insana por las partes íntimas de Nate, mi cuñado. Él es afroamericano y mi hermana asegura que es posible que para salir a la calle se tenga que atar el glande a la rodilla. Son palabras tuyas, conste.

—Julieta, o te controlas, o te mando a casa —dice mi padre.

—¡No me puedes echar! Tengo tanto derecho como vosotros de estar presente. Además, que Esme quiere que todos estemos aquí.

—Tú sigue diciendo barbaridades y verás lo que tardo en ponerte en la puerta del hospital.

—¡Oye! Que ahora soy madre, no puedes hablarme así.

—Puedo hablarte así siempre que quiera, porque por muy madre que tú seas ahora, yo te llevo muchos años de ventaja.

Mi hermana entrecierra los ojos, Amelia palmea su rodilla, compadeciéndose de ella y yo me río entre dientes, porque ya me parecía a mí que tardaba mucho en dar la nota.

Pasa casi una hora más en la que nos ponemos de los nervios unos a otros. Amelia no aguanta los hospitales porque es muy aprensiva, sí, pero yo estoy a punto de infarto y no tengo ese miedo, así que supongo que todos estamos más o menos igual. ¿Por qué tarda tanto? Joder, hasta que mi hermana Julieta parió a las gemelas, yo ni siquiera me planteaba lo estresante que puede llegar a ser un parto. Si con las gemelas lo pasé mal, con el nacimiento de Noah lo estoy pasando fatal. Quizá tengan que ver las circunstancias, ya que mi hermana Esmeralda va a tener este bebé después de sufrir tres inseminaciones fallidas y un aborto. Supongo que es motivo suficiente para que todos estemos de los nervios, así que no le digo nada a Julieta cuando empieza a pasear por la sala de estar como las locas mientras se muerde las uñas. Sara está cruzada de piernas y mueve el pie de forma continua en círculos; es un gesto tonto, lo hace por inercia, pero me pone tan nervioso que me veo obligado a ir a su lado y

poner una mano en su rodilla.

—Lo siento —dice de inmediato.

—Tranquila, es solo que, bajo estrés, a veces, cualquier tontería me agobia.

—Muy oportuno, teniendo en cuenta que eres bombero —dice Julieta—. Espero que mi casa no se eche a arder nunca.

—Es distinto, Julieta, esto no es mi trabajo.

—Lo que tú digas.

—Idiota.

—Tonto del culo.

—Palurda.

—Hijo de...

—¡Se acabó! —dice mi padre—. No quiero oíros más, ¿estamos? Al próximo que abra la boca para decir una chorrada lo echo de la sala. —Mi hermana Julieta y yo hacemos amago de protestar, pero la mirada que nos dedica nos corta en seco—. Lo digo muy en serio, no estoy para infantilismos vuestros. Ahora mismo, no.

Los dos asentimos con disimulo, porque sabemos que cuando nuestro padre llega al límite de su paciencia y habla de esta forma va muy en serio. Podría ponerme chulo y decirle que soy un hombre adulto de treinta y un años recién cumplidos, pero me saldría con alguna frase de padre y al final acabaría obligándome a ceder, así que no me molesto en replicar más. Julieta, por su lado, está tecleando algo en el móvil, así que imagino que es muy probable que esté poniéndome a parir con mi cuñado. Me la suda bastante, la verdad.

La única que está callada y comportándose es Amelia, como siempre. La miro y me doy cuenta de que, a pesar de estar muy nerviosa y acongojada, no se le nota. Qué ovarios tiene mi hermana, en serio. Creo que, a pesar de todo lo que nos metemos con ella por ser demasiado sensible para su propio bien y empática en exceso, es la que mejor sabe guardar la compostura de todos nosotros. Ahí está la tía, tragándose los nervios, mirando fijamente a la puerta y, seguramente, haciendo cuentas mentales para no acabar con una crisis de nervios. Es una cosa que hace desde pequeña; cuando se pone muy muy nerviosa, le da por multiplicar o dividir mentalmente cifras, a veces cortas y otras tan largas que ni ella se aclara, porque las matemáticas no son su fuerte, pero se mantiene entretenida, que supongo que es lo que importa. En este momento, a juzgar por sus ojos, que ni siquiera parpadean, estoy seguro de que está inmersa en números. Yo podría intentarlo, pero las matemáticas tampoco son lo mío y, a diferencia de ella, acabaría aún más nervioso. A veces me he puesto a pensar en sexo, que eso sí que es lo mío, pero corro el riesgo de sufrir una erección y, estando en familia, en la sala de espera de un hospital, estaría feo, así que me limito a morderme el labio inferior con saña y mirar el reloj que hay en una de las paredes.

Cuando por fin se abre la puerta y aparece Eli con una sonrisa de oreja a oreja mi corazón se hincha y, acto seguido, se desinfla con tanta velocidad que siento que me mareo un poco. No me asusto, porque esta misma sensación la tuve cuando nacieron

Emily y Victoria, pero ahora tengo toda la prisa del mundo por saber cómo están mi hermana y mi sobrino.

—El pequeño Noah ha nacido hace aproximadamente tres minutos por parto natural. Ha pesado tres kilos doscientos gramos y ha medido cincuenta centímetros. Es una preciosidad y Nate ha llorado como un niño pequeño. De hecho, ha llorado más que Esme.

Nos reímos mientras me fijo en que la propia Eli parece emocionada. No me extraña, es la mejor amiga de mi hermana Esmeralda. La acompañó emocionalmente cuando ella tuvo las inseminaciones fallidas y ha estado a su lado en cada bajón que ha tenido desde que se conocen. Para ella este parto también era especial porque estoy seguro de que, de alguna forma, considera a Noah de su familia. Es cierto que cuando nacieron las gemelas fue Diego el que salió a darnos la noticia, pero esta vez ha salido ella porque, conociendo a Nate, se negará en rotundo a dejar sola a Esme.

—¿Y mi hermana? —pregunta Amelia.

—No deja de sonreír. Lloró un poco cuando vio a Noah, pero en cuanto él se ha enganchado a su pecho, se ha puesto a reír y así los he dejado. Están cosiéndola un poco, eso sí, pero en un ratito la subirán a planta y podréis verla. Yo vuelvo dentro ya. —Sonríe cuando Julieta y mi padre se le abrazan y palmea sus espaldas con cariño—. Felicidades, chicos. Es un niño precioso, de verdad.

—¡Ay, qué ganas tengo de verlo! —exclama Sara.

Me río mientras la veo abrazar también a Eli, luego lo hace Amelia y, por último, yo mismo.

—Felicidades, tito —dice ella con una gran sonrisa mientras beso su mejilla.

—Teniendo en cuenta que formarás parte de la vida de mi sobrino y que ya formas parte de la de mi hermana, felicidades a ti también, preciosa.

Ella se ríe encantada con mis palabras y vuelve dentro mientras yo le miro el culo. No es algo premeditado, conste, es que ese uniforme, por feo que sea, le hace un culito de lo más apetecible. También puede ser que, una vez pasados los nervios, esté concentrándome otra vez en las cosas bonitas de la vida, lo que me hace pensar que debería llamar a alguna de mis amigas para celebrar como es debido que tengo un nuevo sobrino. Saco el móvil de mi bolsillo, mando un mensaje a María y quedo con ella en el japonés que tanto nos gusta, sobre todo porque está justo debajo de su casa, lo que nos ahorra mucho tiempo a la hora de...

—Hijo, ¿quieres venir conmigo a comprarle flores a tu hermana?

Dejo de lado mis pensamientos y miro a mi padre mientras asiento. Salimos del hospital hacia la tienda de regalos, compramos un montón de ramos de flores, globos y hasta un surtido de bombones y volvemos al hospital justo cuando nos informan de que acaban de subir a mi hermana a planta.

Entramos todos juntos en el ascensor, cargados de cosas mientras mi hermana Amelia da saltitos de emoción y mi hermana Julieta se queja porque asegura que hemos comprado muchos más globos que cuando ella parió.

—¡Y eso que yo tuve dos! Debería haber recibido los regalos multiplicados.

—¿Ya no te acuerdas de todos los pañales que te compramos? —pregunto—. Es posible que todavía no hayas tenido que comprar tú, así que no te quejes.

Ella pasa de mí y se queja, se queja y se sigue quejando hasta que la puerta de la habitación se abre y nos encontramos con una de las estampas más bonitas que he visto nunca.

Mi hermana Esmeralda, con sus inmensos ojos verdes, su pelo castaño y su sonrisa ilusionada nos recibe mientras nos señala el bultito que hay entre sus brazos. Nate, mi cuñado, tampoco puede dejar de sonreír. Nos acercamos con cuidado y descubrimos al bebé más bonito del mundo. No es amor de tío, lo juro, ese chaval llegará muy muy lejos solo con la planta que tiene.

—¡Pero si es blanco! —exclama mi hermana Julieta—. Ay Nate, que yo creo que mi hermana tuvo un desliz y te está queriendo colar un crío blanco.

—Pero, ¿qué...? —Mi hermana la fulmina con la mirada y Nate se parte de risa antes de hablar.

—Es mulato, Julieta, se irá poniendo moreno desde ahora. Fijaos en su pelo. —Le quita el gorrito y todos nos reímos porque tiene un montón, súper negro y muy liso—. Estoy seguro de que se le rizará con el tiempo. Yo lo tenía así de pequeño.

—Ay, ¿puedo cogerlo? —pregunta Amelia—. Solo un poquito, por favor.

—¡Antes voy yo que soy el abuelo! —exclama mi padre.

—¡No, no, yo primero! Soy madre y sé cómo se hace —sigue mi hermana Julieta.

—Yo no tengo prisa, pero también quiero —dice Sara.

Mi hermana Esmeralda se ríe, nos mira a todos y luego, para sorpresa de los presentes, se fija en mí y estira los brazos.

—Ven tito Álex, Noah quiere que tú seas el primero.

—Noah no sabe lo que dice —murmura Julieta justo antes de recibir un codazo de Amelia.

—¿Estás segura? —pregunto suavemente.

Ella asiente y yo me pongo nervioso. Cuando mis sobrinas nacieron me costó un par de días cogerlas en brazos. No es que no quisiera, es que los bebés tan pequeños me dan un poco de miedo, la verdad. Parecen tan tiernos y frágiles... Aun así, estoy tan contento de haber sido el primer elegido para cogerlo, después de sus padres, que no puedo negarme. Me acerco a la camilla y coloco los brazos en posición mientras mi hermana me lo pasa con cuidado.

El niño hace unos ruiditos que me derriten un poco, aunque no lo reconozca de viva voz, y lo mezo mientras toda la familia se arremolina a mi alrededor.

—Hola, Noah... —susurro y no puedo evitar sonreír cuando abre los ojos. Sé que no me mira, porque aprendí con el nacimiento de Emily y Victoria que los recién nacidos no ven con nitidez, pero aun así me hace ilusión que reaccione ante el sonido de mi voz—. Hola, campeón, soy el tío Álex y estoy muy muy contento de que ya estés aquí.

El niño bosteza y nosotros nos reímos como si hubiese hecho la mayor proeza del mundo. Yo, además, sigo hablándole entre susurros.

—Siento mucho ser yo quien te diga que acabas de entrar en una familia que, a veces, parece un circo, donde todo el mundo va a querer mandarte, volverte loco y meterse en tu vida de alguna forma, pero no te preocupes, que aquí estoy yo para protegerte siempre que se pasen de la raya.

Él vuelve a abrir los ojos, me mira y arranca a llorar mientras yo me río, porque mis hermanas dirán lo que quieran, pero creo que Noah acaba de ser consciente de que, al lado de esta familia, su vida va a ser una completa locura.

—¿De verdad no quieres quedarte?

Miro el cuerpo desnudo de María. La sábana se enreda en su ingle mientras se estira sobre la cama como una gata perezosa. Me meto la camiseta y me pinzo el labio inferior, tentado de quedarme. Joder, tiene un cuerpazo, es divertida y le gusta el sexo tanto o más que a mí, que ya es decir. *A priori* parece la mujer perfecta, y no dudo que lo sea para alguien, pero no para mí. El único motivo por el que no puedo quedarme a remolonear con ella es el brillo de sus ojos; ese que me revela que está empezando a pensar en nosotros como una posibilidad estable, cuando eso no ocurrirá. Ella lo sabe, yo jamás he engañado a una mujer y todas son conscientes de que las formalidades no están hechas para mí. Mi relación más larga duró dos meses y, aunque no fue una tortura, tampoco me sentí el rey del mundo.

A veces, cuando miro a mis cuñados Diego y Nate siento una pequeña punzada de algo que no he podido reconocer todavía. No es envidia, no puede serlo porque, como he dicho, las relaciones no son lo mío, pero cuando les veo hablar de mis hermanas con tanta devoción y compruebo lo felices que son, siento cierta nostalgia, porque no sé si yo alguna vez querré ese tipo de compromiso. Luego me recupero y pienso que todo el mundo no disfruta de las mismas cosas. Ellos parecen estar hechos para vivir con sus chicas y pasarse el día haciéndose carantoñas y yo estoy hecho para el sexo, los besos, los mordiscos, los abrazos y luego, cuando todo eso acaba, vestirme y largarme a mi casa, donde puedo estar tranquilo y no tengo que compartir cama ni sentimientos con nadie.

Amelia asegura que lo que me pasa es que tengo miedo de sentir algo real, pero teniendo en cuenta que ella es capaz de sentir cariño por una piedra, no le hago mucho caso.

—¿Álex? —Salgo de mis pensamientos para concentrarme en María.

—Disculpa, preciosa. No puedo quedarme, ha sido un día agotador, mañana tengo que madrugar y quiero descansar.

—Puedes descansar aquí...

Su voz es sugerente y cuando su mano derecha viaja a uno de sus pechos y pellizca su pezón, mientras se pinza los labios, contengo un gemido y mando una orden directa a mi polla para que no reaccione, o no saldré de aquí en la vida. Se comporta, por suerte, así que sonrío de medio lado, me acerco lo justo para rozar sus labios y, de paso, dar un lametón a ese precioso pezón y me retiro de la cama.

—Los dos sabemos que, si me quedara, descansar sería lo último que haríamos.

Ella se ríe y se sienta en la cama mientras se pasa las manos por el pelo.

—De acuerdo. ¿Te veré pronto?

—No lo sé, cariño.

—Podríamos quedar este finde.

Contengo un suspiro de impaciencia. Esto es exactamente a lo que me refería con ese brillo que vi antes en sus ojos. Me encantaría decirle que tengo tres hermanas e incontables amantes, así que el comportamiento femenino no suele ser un misterio para mí, pero no quiero herirla, de manera que me limito a sonreír y meterme el móvil en el bolsillo antes de hablar.

—No sé si saldré. Ya nos veremos por ahí.

—Oh, vale.

No es tonta, sabe muy bien que no va a conseguir nada y, por suerte, deja de insistir. Me despido de ella, salgo cerrando la puerta a mis espaldas y me voy a casa mientras pienso que necesito una ducha y dormir ocho horas para mañana estar recuperado de todas las emociones de hoy.

Conduzco algo más de media hora hasta llegar a casa. Algunas veces pienso que, con treinta y un años, debería pensar en independizarme, pero la verdad es que no siento que sea una necesidad todavía. Además, que mi padre y Sara viven en una casa pareada bastante grande y se sentirían solos sin nosotros, o eso es lo que nos repetimos a diario los cuatro para no dejar de dar la vara por allí.

Yo, además, sumo el pensamiento de que, el día que Amelia consiga un novio y se vaya, me plantearé lo de abandonar el nido, pero mientras tanto es que ni se me pasa por la cabeza.

Aparco en la entrada del jardín trasero y me retrepo un poco solo por el placer de hacerlo. Poder usar por fin el coche que compré y restauré con mis propias manos es casi orgásmico. Se trata de un Ford Galaxie xl convertible del sesenta y cinco y es el amor de mi vida, estoy seguro. Aún tengo que arreglar algunas cosillas, pero ya al menos puedo circular con él, así que estoy encantado. Además, ahora que he vendido mi turismo, tengo el dinero suficiente para ir mejorando este poco a poco. A mi padre no le hizo gracia la venta y lo entiendo, pero es que no necesito dos coches. También es cierto que he gastado mucho dinero en este clásico; lo compré gracias a que mi familia y yo ganamos el primer premio en una *yincana* que se hizo en la urbanización. Cuando repartimos el premio me tocaron diez mil euros y, aun así, tuve que sumar un poco para poder comprarlo, pero no me arrepiento. Mis hermanas encuentran hombres que las soportan y tienen bebés y yo compro coches para restaurar. ¿Por qué lo mío es menos válido que lo de ellas? Intento explicárselo a mi padre, pero las veces que he intentado hacerle razonar se ha cabreado tanto que ahora ya prefiero no decirle nada. Además, a él le encanta ayudarme cuando se aburre, así que no sé por qué se queja tanto.

Bueno, sí que lo sé. Está convencido de que soy un inmaduro, un niño pequeño que jamás crecerá. Quiere que encuentre una mujer, me enamore, compre un monovolumen y empiece a tener hijos. He intentado ser diplomático cada vez que le he dicho que nada de eso entra en mis planes, pero él se exalta tanto que me resulta imposible explicarme y siempre acabo cagándola soltando cosas como que prefiero,

con mucho, mi coche a tener un hijo. Que es verdad, pero entiendo que al hombre le moleste mi rotundidad porque sueña con tener la casa llena de nietos. Menos mal que Julieta y Esme ya están ocupándose de eso, porque no quiero ni pensar lo que tendría que soportar si no fuera así.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche?

Me sobresalto al oír al rey de Roma y salgo del coche para encontrarme con él. Está sentado en el escalón y tiene un botellín de cerveza en la mano.

—Buenas noches.

—¿De dónde vienes?

Me rasco la nuca y me apoyo en el quicio de la puerta mientras pienso que estoy un poco cansado de estos interrogatorios.

—He estado con una amiga.

—Ya... imagino que no has estado cenando.

—En realidad, sí. Estuvimos en un japonés.

—¿Y habéis estado allí hasta ahora?

—Los dos sabemos la respuesta a eso.

—Tienes que parar, Alejandro.

—¿Por qué? No hago nada malo, papá. Solo me divierto.

—Tienes treinta y un años, ¿no te parece que es hora de divertirte con otras cosas?

Resoplo y tengo la tentación de tirarme del pelo. De eso, y de decirle que deje de meterse en mi vida. Tiene cuatro hijos y tres son chicas, ¿por qué tiene que centrarse tanto en mí? Al final opto por lo de siempre, desviar la atención y enfocar sus preocupaciones en alguna de mis hermanas.

—¿Amelia no ha llegado aún? No he visto su coche.

—Está durmiendo, dice que le ha dejado el coche a no sé quién. Vete tú a saber.

Suspiro porque el coche de mi hermana tiene apenas unos meses y estoy convencido de que conseguirá que se lo roben o lo regalará antes de cumplir el año. Menos mal que, al menos, la convencimos de comprar uno barato y de segunda mano.

—¿Te quedaste mucho rato en el hospital?

—No, Sara dice que tenemos que dejar tiempo a los padres para que se acostumbren al bebé y que no pintábamos nada. Yo no estoy de acuerdo, pero, bueno, ¿desde cuándo mi opinión importa?

Frunzo el ceño, porque mi padre, por lo general, no es tan gruñón. Tiene sus cosas, sí, y últimamente se preocupa en exceso por mí, también, pero parece estar de muy mal humor y no debería, teniendo en cuenta que acaba de tener otro nieto.

—¿Va todo bien con Sara?

Él alza la mirada y clava sus ojos en mí. Espero ver preocupación o sorpresa, pero todo lo que veo es un ceño fruncido.

—Pues claro, va genial, ¿por?

—Estás cabreado y no parece haber un motivo en concreto.

Mi padre se levanta cuan largo es, que es mucho, y clava sus ojos azules en mí con más intensidad, si cabe. Después, no conformándose con eso, clava también su dedo índice en mi pecho.

—¿Saber que mi hijo tiene la necesidad de ir a follarse a cualquiera, incluso el día que su hermana da a luz, no te parece motivo suficiente para que me preocupe?

—¡Oye! —exclamo ofendido—. María no es ninguna cualquiera, es una gran amiga y le tengo mucho cariño.

—Pues tráela a casa.

—¿Para qué?

—¡Para que pueda conocer a alguna de tus famosas amigas! Si no te une a ellas más que una sana amistad, ¿por qué no las traes? Einar y Nate eran amigos de Diego y entraron en casa y en nuestra vida como si nada.

Tuerzo los labios porque ahí me ha pillado, pero, ¿qué quiere que le diga? ¿Qué son amigas a las que solo veo para tomar algo y follar? Eso no quedaría bonito y su visión de mí empeoraría. Sé que no comprende que yo quiera llevar así mi vida, pero tiene que aprender a respetarme, igual que aprendió a respetar que mi hermana Julieta tuviera un trabajo de zombi en la casa del terror antes de montar la tienda, o supiera mantener la boca cerrada cuando supo que mi hermana Esmé se había inseminado tres veces sin decirle nada a nadie. Por Dios ¡Si hasta se queda callado cuando Amelia trae a casa animales y personas desamparadas! ¿No puede coger un poquito de toda esa comprensión y prestármela? ¡No! Claro, es mucho más fácil tacharme de mujeriego, de irresponsable, inmaduro y no sé cuántas cosas más.

—Papá, estoy muy cansado y mañana madrugo, así que voy a irme a dormir.

—Claro que sí, escabúllete de lo que no te interesa. Ya eres experto en eso.

—Joder... —mascullo mientras entro en casa.

—¡Esa boca!

Resoplo y estoy a punto de contestar, pero Sara está en la cocina y me hace un gesto con la mano para que me calle. Me contengo a duras penas y me acerco para besar su mejilla antes de subir a mi habitación.

—Está preocupado por ti, eso es todo.

—Pues no debería, soy muy feliz. —Ella se queda en silencio y yo pongo los ojos en blanco—. No todos soñamos con una casa llena de niños y una misma mujer de por vida y vais a tener que entenderlo antes o después.

—Si de verdad eso es lo que te hace feliz, acabaremos por entenderlo.

—¡Soy muy feliz! —Reconozco que el tono gruñón en el que lo he dicho no ayuda para convencerla. Ella se ríe entre dientes y acaricia mi mejilla.

—Está bien, cariño, vete a dormir.

Subo las escaleras, me doy una ducha rápida y me meto en la cama cansado de tantas emociones juntas.

Por desgracia, ni siquiera me da tiempo a acomodarme en el colchón antes de

notar que la cama se hunde y un cuerpo se pega al mío. Reconocería el olor a frambuesas en cualquier parte del mundo, porque solo ella es capaz de ponerse cada día una fragancia frutal distinta incluso para dormir, así que simplemente suspiro y la toco a tientas.

—Vete a tu cama, Amelia.

—Hay tormenta.

—¿Qué...? Estamos en junio. —No he acabado de decirlo cuando oigo, en efecto, el sonido de la tormenta—. Está bien... —susurro contra la almohada.

Mi hermana se tensa tanto que suspiro y paso un brazo alrededor de su cintura mientras la pego a mi pecho.

—Odio las tormentas.

—Tienes treinta y un años. ¿No crees que es hora de...? —No puedo acabar porque fuera vuelve a tronar y Amelia gime de miedo, consiguiendo que me apiade de ella, como siempre—. ¿Contamos? —Ella asiente y entierra la cara en mi cuello.

Es algo que siempre le ha funcionado. Cuando tenía miedo de pequeña por culpa de las tormentas nos despertaba y nos juntábamos los cuatro en una misma cama. Esme, Julieta y yo contábamos el tiempo que transcurría entre un trueno y el siguiente para que ella supiera cuándo la tormenta se alejaba de nosotros. Sé bien que no se siente orgullosa de tener este miedo, así que procuro no meterme con ella. De hecho, ni siquiera Julieta se mete con ella por esto.

Empezamos a contar mientras ella me abraza hasta que creo que estoy a punto de asfixiarme. No sé en qué momento la tormenta cesa, pero sé que Amelia se ha dormido, por fin, y yo consigo acurrucarme y volver a dormirme mientras pienso en lo curioso que es haber conseguido no dormir casi nunca con las chicas con las que me acuesto y, sin embargo, no poder quitarme de encima a mis hermanas cuando se les mete en la cabeza compartir espacio conmigo.

Supongo que la diferencia está en que tengo muy asumido que estas tres garrapatas van a estar siempre en mi vida y las mujeres con las que voy, no, o no con total seguridad, al menos. Como el pensamiento se me está complicando decido desecharlo y dormirme de una vez.

Por la mañana me levanto temprano, tal como había previsto. Voy a echar un ojo al coche de un amigo, que me ha pedido ayuda porque no entiende mucho de mecánica y está a dos velas. Cuando acabo me paso por el gimnasio un rato y pienso en lo mucho que me gusta tener el día libre. Una de las partes buenas de ser bombero es esta, que trabajo turnos de veinticuatro horas seguidos, pero luego puedo descansar cuatro días. También es cierto que el trabajo es duro, pero, por suerte, no todos los turnos tenemos fuegos imposibles de apagar o accidentes graves.

La vida de bombero es arriesgada, no diré lo contrario, pero muchas veces, nuestro trabajo consiste en resolver simples incidencias. Ya sabes: bajar gatitos de los

árboles, rescatar ancianos encerrados en balcones, labores de prevención, papeleo, calendarios... No todo iba a ser acción, supongo. En mi último turno, en concreto, tuvimos muy poca y eso me dejó casi más cansado que los incendios o los accidentes, porque cuando salí sentía que tenía un exceso de adrenalina que, por suerte, quemé gracias a los nervios por el nacimiento de Noah y el rato con mi amiga María.

Hoy, en cambio, el día es tranquilo. Quedo con una amiga para tomar algo y comer, pero no tenemos sexo. No siempre que quedo con chicas es para tener sexo... y Alba, esta amiga, había quedado con su hermana, así que no tenía tiempo para...

La parte buena de volver pronto a casa es que sé que las gemelas están allí y tengo ganas de verlas. Además, he recibido un *whatsapp*, en el grupo familiar, de Esme, que dice que le dan el alta hoy mismo. Me parece súper pronto, la verdad. A Julieta la retuvieron un par de días en el hospital, pero mi hermana asegura que todo está perfectamente y no hay necesidad de quedarse allí, sobre todo cuando Nate es pediatra. Yo no discuto, porque aprendí después del nacimiento de las gemelas que, si mis hermanas de natural ya son complicadas, enfrentarse a ellas cuando van hasta el culo de hormonas sería como enfrentarse al diablo de Tasmania puesto de cocaína. No es algo por lo que quiera pasar.

Llego a casa, entro y rezo para que mi padre esté de buenas, algo probable cuando tiene a sus gemelas alrededor. En efecto, me recibe con una sonrisa y me señala a Emily y Victoria, que están apoyadas en el sofá, medio sentadas, mientras le miran con adoración y se ríen sin motivo aparente. No es porque sean sobrinas mías, pero no vas a ver en tu vida unas niñas más bonitas que estas. Tienen el pelo moreno, unos ojos inmensos color miel, la piel blanca y las sonrisas más bonitas del mundo.

—Ven, Álex, mira cómo hacen palmitas.

—Sí, sí, un coro tienen montado... —dice alguien más con sorna.

Miro más allá de las niñas y veo a Marco tirado en el sillón de casa, con los pies en la mesita y el móvil en una mano.

—A este no le hagas caso, que con el calor se pone más tonto de lo normal —dice mi padre.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto al chico mientras cojo a Emily en brazos y me siento en el sofá. Me río cuando Victoria se gira y se deja caer contra mi cuerpo—. Tranquilas, chicas, hay tito Álex para las dos.

—¿Eso le dices a todas? —pregunta Marco con retintín.

—Pues casi.

Nos reímos, pero la tontería nos dura hasta que vemos a mi padre con cara agria. Carraspeo y miro al chico a conciencia para que entienda que no está el horno para bollos. Él eleva una ceja, sorprendido, porque mi padre hasta no hace tanto me reía las gracias y suspira mientras me contesta.

—Tenía turno de mañana y esta noche vuelvo, porque uno de los camareros se ha puesto enfermo, así que me he venido a pasar la tarde para estar con las enanas.

—Y para gorronear cerveza en la nevera —añade mi padre.

—Cierto —dice el propio Marco mientras coge del suelo un botellín y lo balancea frente a mí—. También estoy gorroneando cerveza.

—Genial, haz algo de utilidad y trae otra para mí. —Mi padre refunfuña, pero al chico le da igual, se levanta y sale mientras yo miro a mi progenitor con firmeza—. ¿Vas a contarme ya qué es lo que te pasa? Y no me digas que nada, tú no eres así.

—¿Así cómo?

—Un amargado, papá. Ayer nació tu tercer nieto y parece que tengas un jodido grano en el culo. ¿Tanto te molesta que yo salga o el chico esté por aquí?

—Me encanta ese chico, así que no digas sandeces.

—¿Entonces?

Mi padre mira hacia la puerta de la cocina, dudando si acercarse a mí o no. Al final se sienta a mi lado, me quita a Victoria de encima, lo que me deja con Emily, que está empeñada en usar mi barbilla de chupete, y habla, por fin.

—Hace dos semanas tuve un gatillazo con Sara.

Lo miro con los ojos de par en par y agradezco, en silencio, no tener la cerveza en la mano ya, porque la habría tirado en el acto de la impresión.

—Oh...

—Es la primera vez que me pasa. ¿Te crees que es fácil ver a mi hijo ir y venir cada día, saber lo que hace por ahí y que yo ya no...? Ya sabes.

—Bueno, a ver, a ver... —Carraspeo, porque esto es incómodo y de pronto tengo mucho calor, supongo que por culpa de la vergüenza que siento—. Si solo ha sido una vez, no tiene que significar nada especial.

—Eso lo dices porque a ti no te ha pasado, pero yo no he sido capaz de tocar a mi mujer desde entonces. ¡Dos semanas! Nosotros somos de hacerlo mucho más que eso, hijo.

—Papá, sin detalles, por favor, esto ya es bastante incómodo.

—Lo siento.

Nos quedamos en silencio y, esta vez, soy yo el que mira a la puerta de la cocina, porque Marco tarda, aunque supongo que estará entretenido con el teléfono o cualquier otra cosa.

—¿Y ella qué dice? —pregunto entre susurros.

—Que seguro que era por los nervios, por mi preocupación por Esme, que aún no había parido, por estar pendiente de vosotros, el calor... ¿Qué va a decir? La pobre no deja de buscar excusas, pero ya me la imagino pensando si podré satisfacerla alguna vez. Y conste que yo no me niego a darle placer con las manos o la lengua, pero...

—Ay, joder. —Trago saliva con fuerza y miro otra vez a la puerta. Ahora sí que necesito una cerveza.

—No te rías de mí, Álex, ya es bastante bochornoso tener que recurrir a los consejos del mujeriego de mi hijo para poder follar con mi mujer.

—¡Papá!

—¿Qué?

—Podías ser más delicado.

—No estoy para delicadezas, muchacho.

Cierro los ojos con fuerza, porque esto es un poco surrealista, aunque no debería extrañarme tanto porque en esta familia somos especialistas en tratar temas surrealistas, pero es que, joder... ¡Es mi padre! ¡Y Sara es como mi madre! No quiero imaginarla ahí, abierta de piernas mientras mi padre usa su lengua o sus manos y... Ay, creo que tengo ganas de vomitar.

—¿Has pensado en usar viagra?

Los dos miramos a Marco, que ha entrado de sopetón y con una sonrisita chulesca. Bueno, es que Marco no tiene otra forma de sonreír.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta? ¿No te vale con robarme la comida, la bebida y la paz mental? —pregunta mi padre de mal genio.

El chico se ríe, viene hacia mí, me coge a Emily de encima, cosa que agradezco, porque no estoy en condiciones de vigilar que deje de chupar mis manos, mi barbilla o mi camiseta, me da un botellín de cerveza y se sienta en el sillón con ella encima mientras señala a mi padre con su propio botellín.

—Una viagra de postre en la cena y te digo yo que se acaban tus problemas.

—No quiero tomar químicos.

No sé qué es más raro, si que un chico de diecinueve años le aconseje a mi padre tomar viagra, o que este le responda con naturalidad.

—Por una no pasa nada. Yo me tomé una vez una, por probar, y te aseguro que fue una noche muy productiva.

—¡Tienes diecinueve años! ¿Ya necesitas esas cosas? —pregunto extrañado.

—Cuando quiero repetir después de cinco polvos en un mismo día, sí.

—Dios mío, no quiero hablar más de esto. —Me levanto y doy tal trago a mi botellín que vació la mitad—. Me voy a duchar.

—Hay que ver, con lo que folla por ahí y lo recatado que se vuelve en casa —dice mi padre con sarcasmo. Gruño por respuesta y le oigo hablar mientras subo las escaleras—. Entonces, ¿la compraste sin receta?

La risa de Marco me acompaña mientras me pierdo en la planta superior y pienso que esta familia normal, lo que se dice normal, no es.

La tarde se me pasa entre esquivar a mi padre, aguantar al gracioso de Marco y jugar con las gemelas. Ya pasadas las nueve, cuando mi hermana Julieta y Diego llegan, nos despedimos de Marco, que se va al restaurante, y decidimos hacer una visita a mi hermana Esme, que llegó del hospital hace un rato. Sé que otra familia optaría por dejarle espacio para que se adapte a su hogar, no ir en masa para no agobiarla y cosas por el estilo, pero ya he avisado que esta familia es muy de pasar de todo, así que mi padre, Sara, las gemelas, mi cuñado Diego, Julieta, Amelia, que justo ha llegado cuando salíamos, y yo vamos a casa de Esme. No nos lleva más de tres minutos a pie, porque está en la misma calle, tocamos el timbre y cuando Nate abre la puerta suspira y se apoya en el quicio.

—Está cansada y tiene que dormir.

—Que duerma, nosotros vigilamos mientras tanto al bebé —dice Julieta abriéndose paso sin importarle lo más mínimo la insinuación de mi cuñado.

No la critico, porque yo podría darme la vuelta y largarme, para ser uno menos. De hecho, si quisiera, hasta podría convencer a Amelia de hacer lo mismo, pero es que, si mi hermana Julieta entra, yo no pienso ser menos, así que me pongo de lado y paso rozándome entre el cuerpo de Nate y la puerta.

—Cuñado... —digo con una sonrisa.

Él solo chasquea la lengua, se aparta y abre de par en par.

—Si vais a hacer lo que os dé la gana... Eso sí, como alteréis a Esme os largáis.

—Cuidado, muchacho, antes que novia tuya, es hija mía.

Nate parece un poco avergonzado cuando mira a mi padre. No debería, si se fijara bien, vería la sonrisita que este intenta ocultar, sabedor de que tiene todas las de ganar porque mi cuñado es un buenazo y mi padre tiene muchos años de práctica criando a cuatro cabroncetes como nosotros.

—Si te consuela, traigo cerveza —dice Diego mientras lo abraza.

Ellos son íntimos amigos desde hace años, así que no me extraña que Nate se ría y palmeé su espalda antes de agacharse y besar a las gemelas en las cabecitas.

—Para la cerveza siempre hay lugar en esta casa.

—Yo traigo valeriana —dice Amelia.

—Gracias, cielo.

—De nada. Es por un bien común; si Julieta ya se volvió medio loca después del parto, Esme, con la mala leche que tiene, igual se dedica a aplastar cabezas. Mejor tenerla tranquilita.

Nate la mira mal, porque no soporta que hablemos mal de mi hermana, aunque sea con cariño, pero al final pone los ojos en blanco y se va al salón sin hacernos más caso. Es lo mejor que puede hacer, desde luego.

Entramos y nos encontramos con mi hermana sentada en una mecedora mientras Noah toma el pecho y Julieta le inspecciona de cerca. De tan cerca que creo que como Esmé destete al niño, a Julieta le va a llegar un caño de leche. Me río solo de mi tontería mental y luego pienso que es probable que, en realidad, la leche no salga en forma de caño. Lo sé porque tuve que soportar a mi hermana Julieta contarnos hasta el cansancio que las niñas iban a arrancarle los pezones antes de conseguir sacar leche. Ahora toman biberón, porque mi hermana tuvo que volver al trabajo y se le complicó la cosa a la hora de apañárselas con las dos. Eso, y que estaba volviéndose loca. Yo lo agradecí, la verdad; entiendo que los bebés tengan que alimentarse y no me molesta, pero eso no quiere decir que me sienta cómodo teniendo a mi hermana al lado, poniéndose crema en los pezones y contándome que los tiene súper agrietados por amamantarlas. Quizá tiene que ver con el hecho de que, desde que crecimos, me pongo nervioso si las veo en pelotas. Son mis hermanas, joder, no quiero darme cuenta de que también son mujeres. Y sí, sé que el pensamiento es raro y un poco cavernícola, pero me da igual, no puedo evitar tenerlo. Entre eso y que Julieta no se corta un pelo, casi tengo trauma con sus tetas.

Ahora me toca ver a Esmé, pero sé que ella no me dará una empapadora llena de leche materna y me pedirá que la lleve a la basura, como hizo la otra. En realidad, agradezco al cielo que Julieta pariera antes, porque hay pocas cosas que el resto de mis hermanas hagan que puedan superar todo lo que desfasó ella en todos los sentidos, como siempre.

—Julieta, es mulato —dice Esmé con una sonrisa, leyéndole el pensamiento.

—Ya, si a ver... se parece a Nate, pero yo lo que quiero ver es si ya se intuye su color de ojos.

—Parece que serán verdes —dice Nate acercándose y sentándose en el lateral del sillón mientras pasa un brazo por sus hombros.

—No está claro —contesta Esmé riéndose. Luego hace una mueca de dolor y mira abajo.

—¿Te duele? Si te duele es porque no está bien enganchado, me lo explicó Eli —dice Julieta—. Tienes que cogerte el pezón así, mira.

Se saca las tetas así, de la nada, y yo suspiro con pesar y pienso que he sido demasiado optimista al pensar que ya no tendría que verlas más hasta que pariera de nuevo, si es que pare de nuevo.

—Joder, avisa —dice Nate mientras se levanta y mira a su amigo con la disculpa pintada en la cara—. Tío, apenas he mirado, lo juro.

Diego se limita a frotarse los ojos con resignación y empezar una de las cervezas que él mismo ha traído. Yo le sigo y cojo otra, y mi padre, y Amelia, y Nate, y Sara, y cuando Julieta termina de darle una clase magistral a mi hermana Esmé, clase que, por cierto, no ha pedido, se gira, nos mira y monta en cólera porque no le hemos guardado una.

—En la nevera hay más —dice Nate cortando su diatriba.

Ella se levanta para ir a por más y yo me centro en el bebé, que acaba de soltar el pecho otra vez.

—¿Puedo cogerlo? —pregunto.

—Sí, creo que no va a comer más por el momento.

Me levanto de inmediato y lo cojo de su regazo, porque si Julieta vuelve va a querer quitarme el puesto y de eso, nada.

—Me pido segunda —dice Amelia.

—Tercero —sigue mi padre.

—Cuarta —esta vez es Sara.

—Quinto —dice Diego justo cuando Julieta vuelve y nos mira a todos.

—¿Habéis cogido turnos cuando no estaba? Joder, qué cerdos sois.

—¡Julieta! —exclama mi padre.

Ella da un trago a su cerveza, se encoge de hombros y se dirige a Victoria, que está empezando a cansarse de estar sentada en el carro. La coge del carrito y, en cuanto Emily ve que su hermana está fuera, empieza a lloriquear. Diego suelta la cerveza y acude corriendo para cogerla también. Yo me limito a sonreír, porque es increíble que el poli jurara hace solo tres años que ni siquiera creía en el amor y ahora babee públicamente por sus dos hijas y su mujer. Me parece genial, conste, se le ve feliz y eso es todo lo que importa. Está siendo un gran padre para las niñas y como pareja es increíble. O sea, no solo soporta a Julieta, sino que encima besa el suelo por el que pisa, aunque le saque de sus casillas. Es algo muy bonito de ver, igual que la relación de Esme y Nate, quienes ahora mismo se dedican carantoñas mientras miran a su hijo descansar en mis brazos. Me fijo en Noah, que acaba de cerrar los ojitos, y pienso en lo que pasaría si un día yo quisiera ser padre. O sea, sé que no quiero una relación seria, lo tengo claro. No sirvo para estar con una sola mujer, tener hijos y todo eso, pero admito que hay algo increíble en la sensación de coger a un bebé de tu sangre en brazos. Cada vez que cojo a alguno de mis sobrinos me sorprendo al darme cuenta de lo mucho que los quiero. Es algo que me invade cada día más, así que es inevitable que me pregunte cuánto se debe querer a un hijo. Claro que no soy estúpido y sé bien que una cosa es preguntármelo de vez en cuando, y otra estar dispuesto a comprobarlo. Y a unas malas, si en el futuro quisiera un hijo, podría tenerlo sin necesidad de tener una pareja, ¿no? Sería cuestión de mirar métodos y...

—¿Qué piensas tan callado? —pregunta Amelia a mi lado mientras la familia se centra en una discusión acerca de una peli.

—Pensaba cómo debe ser tener un hijo y quererlo más que a tu propia vida —admito—. Si ya quiero así a Victoria, Emily y Noah, me cuesta pensar en querer aún más, ¿sabes?

—Sí, te entiendo, pero creo que debe ser algo inexplicable.

Veo la dulzura en sus ojos cuando mira a Noah y sé, porque lo sé, que el día que le toque Amelia será una gran mamá. Puede que meta en los biberones un poco de valeriana, manzanilla, menta o cualquier otra mierda, pero es un mal menor, porque a

cambio va a quererlo de la manera en que Amelia quiere a todo el mundo: sin condiciones ni medidas. Ese crío, o cría, no se imagina lo afortunado o afortunada que será el día que deje el limbo para caer en sus brazos.

—Ya me lo contarás cuando te llegue.

—Uy, primero tiene que llegar el novio —dice riéndose— aunque...

Elevo las cejas y la miro con una sonrisita.

—¿Aunque...?

—He conocido a alguien —susurra.

Esta vez sí que elevo las cejas, porque nosotros jamás hemos conocido en persona a ningún novio de Amelia y, el hecho de que me lo haya contado, significa que va en serio.

—¿Quién es?

—De momento solo es un amigo con el que he salido un par de veces, pero es simpático, educado, amable y cariñoso. Le encantan las mismas cosas que a mí y además es voluntario en siete ONG distintas y...

—¿Siete?

—Sí.

Estoy a punto de decirle que eso no es un novio, sino una ONG andante, pero la familia se centra en nosotros y noto cómo ella se retrae y deja el tema de inmediato. Si fuera Julieta podría presionarla, pero como no lo soy, me limito a pasar un brazo por sus hombros y besar su oreja.

—Me alegro por ti, pero quiero conocerlo.

—Ya lo harás, todavía no.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Amelia...

—Alejandro, no.

—¿Qué pasa ahí? —pregunta mi padre—. ¿Y cuándo vas a soltar a Noah, Álex? A este ritmo el resto no podremos cogerlo nunca.

Miro una última vez a Amelia, le paso el bebé y luego me retrepo mientras pienso que, si esta relación le sale bien, es probable que dentro de muy poco sea el único soltero de los cuatrillizos. No me molestaría si no fuera porque, si mi hermana se independiza, me quedo solo en casa de mi padre y ahí sí que podría empezar a parecer un fracasado, pero bueno, tampoco voy a amargarme ya pensando en ello, así que me limito a dar un sorbo a mi cerveza y disfrutar de esta reunión familiar.

Dos horas después el timbre suena, Esmé nos avisa que es probable que sea Eli y yo me levanto, dispuesto a abrir la puerta sin problemas por dos razones: la primera es que Eli está muy buena, aunque eso ya lo he dejado claro en alguna ocasión. La segunda es que no me da coba, con lo que me parece aún más atractiva y la tercera es

que tiene un hijo, Óscar, con seis años, al que le encanta la colección de coches en miniatura que tengo en casa. Y no, no es nada infantil emocionarme ante la idea de charlar sobre coches con un crío. Y sí, ya sé que he dicho que había dos razones, pero resulta que hay tres, se siente.

Abro la puerta con una gran sonrisa y me quedo a cuadros cuando veo a los padres de Nate frente a mí. Sé que son sus padres, no solo por el color de piel de uno de ellos, sino porque los he visto en fotos muchas veces. Detrás, su hermano y su hermana me sonrían también con impaciencia mientras yo abro los brazos y saludo en inglés.

—¡Buenas noches!

—Álex, ¿verdad? —pregunta el padre mientras aprieta mi mano. Asiento y saludo a su madre justo antes de que ellos entren y el salón se revolucione.

De pronto, Esmé llora, de alegría, espero, Nate no puede dejar de sonreír y mi familia forma tal alboroto que temo que hasta los vecinos vengan a ver qué pasa. Los hermanos de Nate también se presentan y entran, haciendo que las exclamaciones crezcan, y cuando voy a cerrar la puerta, siento que alguien la empuja y me vuelvo para abrir los ojos aún más.

—¡¡Vikingo molón ya está aquí!!

—¡Einar! —exclamo justo antes de soltar una carcajada y abrazarle.

Él se ríe, palmea mi espalda con ganas, con tantas ganas que me duele un poco, aunque no me quejo porque soy bombero y un hombretón y, cuando se despega de mí, palmea mi mejilla, por si no me había hostiado suficiente y tal. Este tío, para ser islandés, es de un efusivo que flipas.

—¿Cómo estás, Álex?

Sonrío todavía más al oírle decir mi nombre. Su acento guiri es aún más pronunciado, supongo que por todo el tiempo que lleva en Nueva York. Einar es amigo íntimo de Nate y Diego. De hecho, es el culpable de que nuestra familia haya crecido de forma considerable en los últimos tres años. Julieta le conoció cuando entró a trabajar en la casa del terror con ella. Él es científico, pero por varias razones se quedó sin trabajo y aceptó ser payaso, literalmente, mientras salía algo mejor. Se lio con mi hermana y, al final, por cosas del destino, Julieta acabó enamorada de Diego, su compañero de piso e íntimo amigo, junto a Nate. Creo que puedo decir, sin miedo a equivocarme, que Einar fue la primera piedra en la construcción de la felicidad de Julieta y Esmeralda, así que solo por eso le tengo mucho cariño. Luego está el hecho de que es buena persona, amable y un gran amigo, claro. Aparte de eso es enorme, tiene los ojos azules y el pelo rubio, característico de su país, y una sonrisa dibuja siempre su cara. En serio, creo que sería capaz de sonreír mientras alguien le apuñala.

—Bien, estoy genial. ¿Y tú? ¿Cómo es que has podido venir?

—Solo tres días de vacaciones —dice—. Pasada mañana noche sale vuelo mío.

No me sorprende ni su forma de hablar, ni que haya venido. Cuando las gemelas

nacieron ya vino de la misma forma, solo un par de días para conocerlas, abrazar a los padres y marcharse. Me da pena que se gaste un pastón en billetes solo para eso, pero sé que para él es súper importante estar presente en estos momentos. De alguna forma, Einar, Nate y Diego son como hermanos, así que venir era lo lógico, costase lo que costase. Eso sí, la otra vez avisó y vino cuando ya había pasado una semana del parto, y esta se ha plantado de sorpresa total, así que estoy deseando ver las reacciones de la familia.

—Entra, anda, que ya hemos organizado los turnos para coger a Noah, pero me apuesto lo que sea a que tú te puedes colar sin problemas.

—Vikingo padrino molón.

Me río y asiento. Lleva desde antes de que mi hermana se quedara embarazada exigiendo ser el padrino del primer hijo que ella y Nate tuvieran. No es creyente, pero se le ha metido en la cabeza que tiene que serlo igualmente. A nosotros no nos molesta, la verdad, creemos que será un gran padrino, pero aun así me hace gracia que deje clara su postura cada vez que hablamos o nos vemos.

Él pasa hacia el salón y soy consciente de cómo Diego se le abalanza incluso antes de que pueda abrir la boca. Los dos se ríen, se palmean con ganas las espaldas, hasta el punto en que pienso que van a dejarse marcas y, cuando por fin acaban, Nate ocupa el puesto de Diego y vuelven a empezar.

Conste en acta que yo estoy bastante fuerte, pero no entenderé nunca esta manía de dar hostias como panes entre hombres cada vez que se abrazan. Con lo fácil y bonito que es dar la muestra de cariño y luego retirarte, sin chorradas de ningún tipo.

Veo a Julieta saltar sobre Einar, a Amelia saludarlo con una sonrisa y abrazarlo con dulzura y a mi padre y Sara acercarse también, como si hubiese llegado un hijo perdido de la guerra. Les entiendo, porque yo también le echo de menos, pero vaya, que me parece que la efusividad del salón se está derramando ya un poquito.

Cuando por fin los ánimos se calman y todos han conseguido sentarse, aunque sea en cojines en el suelo, el timbre vuelve a sonar y me levanto de nuevo, porque esta vez sí tiene que ser Eli. O no, claro, tratándose de este barrio puede ser desde Conchi, la vecina más mayor que tenemos, quejándose por el ruido, hasta Chinlú, el dueño del supermercado, pasando por Paco, el dueño del único bar. Estoy seguro de que en algún momento todos pasarán a conocer a Noah, así que tengo mis dudas, pero, cuando abro la puerta, ahí está ella.

Es rubia, tiene el pelo largo, la piel blanca como la leche, los ojos azules y una boca con la que he fantaseado a menudo. Está buena como ella sola, lo sabe y no sé si disfruta más de ese conocimiento o de ignorar mis indirectas cada vez que se las lanzo.

—Buenas noches, espero no molestar, pero había quedado con tu hermana en pasarme para que Óscar pueda conocer al pequeño Noah. ¿Llegamos en mala hora?

Me río y señalo el salón, donde el bullicio es inconfundible.

—Justo a tiempo de uniros a la fiesta.

—¿Y todo ese ruido?

—Mi familia, la familia de Nate y el vikingo.

—¡Hala! Eso es mucha gente —dice Óscar.

Me fijo en el pequeño. Tiene los ojos azules de su madre, la piel blanca, también, pero él la tiene llena de pecas y su pelo es castaño. Es un crío genial, incluso cuando se pone nervioso, como ahora, porque no está acostumbrado a tratar con mucha gente. O no lo estaba hasta que entró en nuestra familia, más bien.

—A la mayoría los conoces, colega, y el resto te caerá genial, ya verás.

—¿Y crees que yo les caeré genial también?

—Estoy seguro.

—A lo mejor puedo contarles alguna receta.

—Seguro que sí. Eso sí, tienes que hablar con ellos en inglés.

El niño asiente y sé que no tendrá problemas, porque es bilingüe. Su padre era extranjero, según sé, pero el capullo se largó en cuanto supo que Eli estaba preñada, así que los dejó solos. Aun así, ella se las ha ingeniado para hablarle en inglés y en español desde que nació, así que domina los dos idiomas sin muchos problemas.

—Quizá luego podemos jugar al tres en raya en el jardín, Álex.

—No creo, colega, es de noche ya, pero la próxima vez jugamos sin falta. Además, quiero enseñarte el coche nuevo que tengo en mi colección.

—¡Hala! ¿Vamos ahora?

—No, cielo —dice Eli—. Ahora vamos a ver a Noah, ¿recuerdas?

—¡Ay, sí! Traemos un regalo. —Me señala la bolsa y sonrío mientras tiro un poco de ella.

—¿Para mí? ¡Gracias!

—¡No, tonto! —dice el niño riendo—. Para Noah. ¡Voy a dárselo!

Se adentra en el salón haciéndome reír, porque hace un segundo tenía miedo de que hubiese mucha gente y ahora ni siquiera espera a su madre. Claro que no voy a quejarme, porque eso me deja unos segundos a solas con Eli.

—¿Y tú? ¿No traes ningún regalo?

Ella sonrío y se cruza de brazos mientras niega con la cabeza.

—No uno que pueda verse.

—Sé que es probable que te refieras a algún tipo de conocimiento de matrona, pero de todas formas he pensado en tu ropa interior.

Eli se ríe, pone los ojos en blanco y pasa por mi lado mientras me empuja con suavidad.

—Eres un cerdo, Álex.

—Ay, cariño, no lo sabes bien...

Su risa me acompaña mientras se adentra en el salón y me pinzo el labio inferior mirando su culo y pensando lo muchísimo que me gustaría enredarme con ella una noche. Por desgracia, sé que no me da coba porque tiene claro que sería una mala idea. Ella es la mejor amiga de mi hermana, tendríamos que seguir viéndonos siempre

y la cosa se complicaría. Lo sé y la entiendo, pero eso no quita que, cada vez que la veo, piense en lo bien que podríamos pasarlo juntos.

Salgo de mis pensamientos cuando escucho algo romperse, a Esme cabrearse y a Nate pedirle calma. Vuelvo al salón, donde el caos reina por completo, y me siento en el sofá mientras recupero mi cerveza, doy un gran trago y sonrío, porque al final la noche se ha animado bastante. Hay que ver lo que nos gusta en esta familia el jaleo...

El día siguiente a la llegada de Einar y la familia de Nate salgo para encontrarme con una amiga. No es María, ni Alba, se llama Adriana y es una locura lo bien que... y luego tiene unos ojos verdes preciosos, también. El caso es que llego a casa por la tarde y me encuentro con que todos vuelven a estar en casa de Esme, esta vez en el jardín, sin embargo, me doy una ducha y me acuesto un rato, porque estoy agotado y necesito reponerme un poco antes de enfrentarme a toda la familia. No se trata solo del sexo que he tenido con Adriana, sino de la llamada que recibí esta mañana, justo antes de quedar con ella. Mi compañero me avisaba de que la persona mayor que rescatamos hace unos días de un incendio en su casa ha muerto y, aunque ya tuviera más de ochenta años, algo se ha vuelto a hundir en mi pecho. Ese algo que me acompaña cada vez que hay una víctima y pienso que no hice mi trabajo a tiempo.

Apagar fuegos o acudir a accidentes es agotador, pero cuando, además, hay heridos graves, o directamente víctimas, te jode vivo a nivel emocional. Una cosa que no saben en mi casa es que en días como el de hoy el recuerdo de luchar contra el fuego, el dolor físico de las personas y el emocional de todo un vecindario por culpa de un piso que ardió debido a una vela encendida, la señora mayor que, al final ha muerto y el sufrimiento que eso generará en su familia y seres queridos, consigue que solo quiera meterme bajo las sábanas y olvidar que, por más que lo intentemos, no siempre tenemos el poder de llegar a tiempo y salir vencedores. Cuando de un elemento tan poderoso como el fuego se trata, a veces, nos convertimos en meras marionetas intentando tener un mínimo de poder, sin conseguirlo. Por eso esta mañana, en cuanto colgué, llamé a Adriana, sabedor de que no tenía trabajo, y me perdí en su cuerpo. Y, aunque lo parezca, no ha sido sucio, ni la he usado, o no más de lo que ella me usa a mí para olvidar a su último novio. No es que quiera limpiar mi remordimiento o mi dolor con sexo, es que la única forma que encuentro de evadirme es esa. La única manera de no pensar todo lo que podría haber hecho para cambiar la situación, es enredarme con una mujer, complacerla hasta que no pueda más y agotarme mental y físicamente. Es como el deporte, pero, para mí, más placentero aún. Me consta que Adri tampoco tiene quejas y, a veces, es ella la que me llama a mí. Ni siquiera creo que seamos amigos, nos conocimos en un bar, medio borrachos, ella me contó que un cabrón le había roto el corazón y yo le conté que había tenido un día muy jodido en el trabajo. Que fueran las dos de la tarde nos animó aún más a ir contra lo que se supone que está bien y mal un día de diario. A las cuatro estábamos enredados entre las sábanas de la cama de un hotel y, desde entonces, nos llamamos de vez en cuando, nos agotamos físicamente, nos regalamos orgasmos brutales pero vacíos de sentimientos, como a los dos nos gusta, y nos despedimos hasta la próxima vez. Hoy no ha sido distinto y, al volver a casa, todavía no soy unas castañuelas, pero

al menos estoy lo bastante cansado como para poder dormir una siesta reparadora.

Y es que no es oro todo lo que reluce en esta profesión, ya ni siquiera hablo de que, en este país, un futbolista esté infinitamente mejor valorado que un bombero. No desmerezco lo primero, pero nosotros estamos en primera línea, igual que médicos, enfermeras, auxiliares y un sinfín de profesiones que centran su día a día en salvar la vida a otros o, al menos, intentarlo. Ya ni siquiera hablo de que no ganemos lo mismo ni por asomo, no, hablo de la impotencia de saber que, en la mayoría de los casos, cuando digo que soy bombero, lo primero que me preguntan es cuántos fuegos he apagado, si hay una barra por la que deslizarse en mi estación o si voy a formar parte del próximo calendario benéfico. Muy muy poca gente me pregunta cómo es a nivel psicológico ejercer una profesión como esta; eso, simplemente, no interesa. Y no me quejo demasiado, conste, porque tampoco soy yo dado a contar mis mierdas a la primera de cambio, pero a veces siento que la humanidad se hiela y se vuelve insensible a una velocidad de vértigo.

Me tumbo en la cama después de ducharme con un bóxer y el pelo aún mojado y creo que me duermo antes siquiera de poner la cabeza en la almohada. Cuando me despierto, un rato después, es porque alguien está haciéndome cosquillas en los costados con las uñas. Podría confundirme y pensar que es una chica con la que voy a tener sexo, pero dado que no he pasado la noche con ninguno de mis líos, ni siquiera cuando tenía novia, motivo por el cual nos fue mal, tengo claro que será alguna de mis hermanas dispuesta a darme la vara.

—Largo —mascullo sin siquiera abrir los ojos y dándome la vuelta.

—¿No quieres venir a cenar a casa? Te prometo que te dejo volver aquí en cuanto comas algo. Además, tengo una bolsa de chuches y un batido de chocolate aquí mismo. Si me miras, te lo doy.

Me giro, no tanto por lo último que ha dicho, aunque un poco también, sino porque es Esme la que está aquí. Abro los ojos y me la encuentro mirándome con esos ojos felinos que, a veces, consiguen ver a través de mí más de lo que me gustaría. Ella pasa una mano por mi frente y echa hacia atrás mi pelo en un acto maternal que no me extraña, porque siempre ha sido así. Me llevo bien con todas mis hermanas, cada una tiene una función en mi vida; Julieta me vuelve loco, Esme me cuida como si fuera una madre y Amelia despierta en mí un sentimiento tan protector que, a ratos, me molesta incluso a mí. Todas tienen un millón de cosas buenas y algunos rasgos que me sacan de mis casillas, pero Esme siempre tendrá ese poder de mirarme como solo una madre mira; como si viera más en mí de lo que en realidad hay.

—¿Qué haces aquí? Tienes muchos puntos, no deberías haber venido.

—Puedo caminar, aunque sea a paso lento. En casa han montado una fiesta increíble, tenemos miembros de todos los colores y varias razas, pero faltabas tú. ¿Estás bien?

—Lo estaré cuando me des esas chuches.

Ella sonríe, me las da, junto al batido y palmea mi torso con condescendencia.

—Tienes que venir y cenar algo.

—Esto es algo —murmuro metiéndome una gominola en la boca.

—Algo consistente,  lex. Además, Einar se va mañana por la noche,  de verdad no quieres aprovechar el tiempo que est  aquí?

—Supongo.  C mo os las habéis ingeniado para dormir?

—Colchones hinchables en las habitaciones restantes y Einar en el sofá.

—El pobre estar  molido. Tu sofá será muy moderno, pero es incómodo a rabiar.

—Es un vikingo, aguanta lo que sea. Y no me cambies de tema, ponte algo de ropa y vamos a casa para que puedas comer.

Resoplo, la miro en plan hombret n, intentando intimidarla y, cuando me doy cuenta de que esta guerra est  perdida, me levanto y me pongo un vaquero y una camiseta arrugada que le hace torcer el gesto.

— Qu ?

—D mela, te la plancho en un momento.

—Y una mierda, así est  bien.

—Alejandro, dame la jodida camiseta porque no vas a plantarte en mi casa con esas pintas.

—Esmeralda, no vas a plancharme nada.

—Entonces ponte otra.

—Todas est n igual.

—Entonces no te pongas nada y sal a pecho descubierto, pero así no vienes.

Resoplo otra vez, y otra, y otra más, porque estoy hasta los huevos de que aquí todo Dios se crea que tiene derecho a mandarme.  Sabes eso que he dicho de que tienen cosas buenas y otras que me sacan de quicio?  Apunta esta como una gran cosa que me saca de quicio! Las tres,  eh? Las tres est n empeñadas en mangonearme como si fuera un jodido muñeco de trapo y no estoy dispuesto. Tengo treinta y un años, una profesión digna, peligrosa y admirable y todas las putas camisetas arrugadas, pero eso no es problema ni de Esme, ni de las otras dos. Se lo hago saber así, tal cual, pero ella me dedica una mirada helada, va a la cama, coge la bolsa de chucherías, el batido y se cruza de brazos en actitud chulesca.

—Pues no hay chuches.

—Eso es súper infantil... —digo riéndome con sarcasmo.

El problema es que la cabrona me tiene el punto cogido. Sabe que tengo una adicción muy seria a esas mierdas, así que juega con mi corazón a su antojo. Al final bajo al salón, enchufo la plancha y la paso por la camiseta yo mismo, porque no pienso permitir que lo haga ella para que luego me lo eche en cara. Además, que puedo planchar mis malditas camisetas.

—Ahí hay una arruga —dice ella mientras me vigila.

—Esmeralda, te lo advierto...

Ella alza las manos, consciente de que est  saltando a la comba encima del límite,

así que se queda en silencio y cuando acabo y me la pongo sonrío y me besa la mejilla.

—Estás muy guapo, gruñón.

Me apetece mucho gruñir, pero como solo serviría para que se riera de mí, me limito a fruncir el ceño y darle un tirón a la bolsa de chuches. Que lo podía haber hecho antes, pero hace muchos años que dejé de ejercer la fuerza bruta con ellas. Sobre todo, porque, cuando se unen las tres, me pueden. Lo asumí hace mucho y desde entonces soy más feliz.

La sigo hacia el exterior después de dejar el batido de chocolate en mi habitación y meter las chucherías en mi bolsillo. Cuando ya estamos en la acera, Esme enlaza su brazo con el mío y me habla con suavidad.

—¿Un día malo?

—Al revés, he estado con una preciosidad de ojos verdes que...

—Álex —dice mirándome con esa intensidad que me desbarata, aunque no me guste.

—No quiero hablar de ello.

—Vale, pero sabes que, cuando lo necesites, puedes acudir a mí, ¿verdad? —La miro pensando en sus palabras, intentando no decirle una bordería que nos ponga de malas. Ella se me adelanta y vuelve a hablar—. No hace tanto me repetiste hasta el infinito que, si te necesitaba, te tenía en la puerta de al lado, ¿recuerdas? —Asiento sin hablar, recordando su mala época antes de estar con Nate—. Ahora te digo lo mismo. No estoy en la puerta de al lado, pero casi. No tienes más que salir a la calle, caminar los tres minutos que nos separan y contarme lo que sea que te agobie, aunque te parezca una tontería.

Por un momento me veo tentado de explicárselo. Quiero contarle que a veces me siento mal, que no sé si podré con este trabajo hasta que me jubile; que tengo miedo de que mi salud mental no lo soporte, pero entonces recuerdo que Esme está recién parida, hasta arriba de hormonas y ya se preocupa suficiente por mí, como para añadir mis comidas de cabeza. Sobre todo, porque da igual lo que diga: yo no quiero ser otra cosa, más que bombero. Lo tengo claro, me da miedo volverme loco a base de ver cosas malas, sí, pero me da aún más miedo tener que dejar mi trabajo, así que lo único que puedo hacer es tranquilizarme en estos días de mierda y procurar pensar que mañana será mejor.

En vez de contestarle de inmediato, paro nuestros pasos, beso su frente y la abrazo, procurando acercarme a su oreja para poder susurrar ahí.

—Sé que estás ahí, y me alegro, pero estoy bien, Ojos verdes, no te preocupes.

Ella no me cree, lo sé, pero aun así sonrío y palmea mi mejilla antes de emprender de nuevo el paso. Un paso lento, muy lento porque estoy seguro de que le tiran todos los puntos.

—Dios, necesito sentarme y dar de mamar al pequeño Noah. Tengo el pecho hinchadísimo —gimo de pura frustración y ella se ríe—. Tranquilo, valiente, no

pienso dar detalles acerca de eso.

—Se agradece. Mejor dime que en tu casa hay alguna tía buena a la que pueda echar la caña.

—¿Que no sea familia? No.

—¿La hermana de Nate sigue siendo menor de edad?

—Ella sigue siendo menor de edad y si tú quieres seguir cumpliendo años, no te acercarás siquiera.

—Mujer, era una pregunta sana.

—Ya, ya... —Esme se ríe porque sabe que solo lo he dicho para aligerar el ambiente—. En realidad, estamos los mismos de anoche.

—Lo imaginaba. Supongo que tendré que conformarme con jugar al tres en raya con Óscar.

Sonreímos y llegamos a su casa. En los escalones principales está Nate que, cuando nos ve entrar, viene corriendo hacia Esme.

—¿Estás muy dolorida?

Pongo los ojos en blanco, porque este tío, para ser pediatra y estar puesto en el tema, se vuelve un pelele al mínimo esfuerzo que mi hermana hace.

—Estoy bien —susurra ella antes de besar sus labios—. ¿Me has guardado algunas patatas? Que esta gente no deja probar nada.

—Hay una bolsa entera en nuestra habitación.

—Dios, eres el hombre de mi vida.

Nate se ríe, la besa como si acabara de llegar de la guerra y yo me meto en casa porque es eso, o ponerme a vomitar arcoíris con lazos rosas de un momento a otro. Me voy derecho a la nevera, saco un botellín de cerveza y salgo al jardín trasero, donde la música suena y todos se apilan alrededor de un par de mesas llenas de comida, mientras mi padre se ocupa de la parrilla y Sara le acompaña.

Mi hermana Julieta está dando el biberón a una de las niñas y Diego a la otra, Amelia se está comiendo los Doritos con una gula que me hace pensar que acabará empachada, la familia de Nate se turna a Noah mientras mi familia se aguanta, porque entiende que mañana se van y es lógico que quieran aprovechar al máximo, pero lo que más llama mi atención es que Einar está charlando con Eli mientras Óscar ronda por allí. Ya se conocieron cuando vino para ver a las gemelas, así que no me extraña que hablen, pero es que quiero ver si, con suerte, están tonteando, porque si Eli tontea con él sin pudor, va a tener que tontear conmigo. Las reglas son así. O existen para todos o para ninguno. A mí no me puede venir con cuentos de que Einar es amigo y yo familia porque no. Tampoco me vale eso de que él vive fuera y no sería tan incómodo después como conmigo. En definitiva, no me vale ninguna excusa, pero, para mi desgracia, cuando llego hasta ellos me doy cuenta de que solo hablan de series punteras.

—¿Has estado durmiendo? Tienes los ojos hinchados —pregunta Eli a modo de saludo.

—No, he estado llorando por culpa de mi amor perdido y...

—Oh, por Dios, si vas a contestar una chorrada prefiero que cierres el pico.

Me río entre dientes, porque me hace mucha gracia que no se cohíba a la hora de cortar en seco mis tonterías.

—He estado durmiendo, estaba reventado.

—¿Día duro?

—Lo suficiente. ¿Y tú? ¿Has traído muchas vidas al mundo?

—Las suficientes.

Einar y yo sonreímos y yo, además, niego con la cabeza, porque sé que Eli, como yo, trabaja veinticuatro horas y descansa cuatro días. Además, los días de trabajo coinciden, a no ser que cambie turno, así que hoy no ha estado trabajando, pero le da igual porque prefiere replicarme en el mismo tono que he usado yo.

No quiero que lo que voy a decir ahora suene mal, pero hay un cierto y retorcido placer en el hecho de que una mujer no me dé coba. No sé, supongo que es porque, por lo general, no me cuesta mucho conocer chicas y llevármelas a la cama. Sueno como un cabrón, si yo lo sé, pero es la verdad. Supongo que también es porque voy de frente, no engaño a nadie ni hago falsas promesas. Ellas lo saben y, la mayoría, lo disfruta tanto como yo. Se dejan seducir, entran al trapo con facilidad y me ríen las gracias solo porque saben que son parte de los preliminares, igual que yo se las río a ellas. Con Eli no es así. Ella tiene claro que nosotros no vamos a pasar de este punto, así que cuando me paso de tonto, me corta en seco y se queda tan ancha. No sucumbe a mis encantos como el resto y eso, como he dicho, me divierte y me atrae. Supongo que, en el fondo, los tíos somos muy simplones.

—Oye, Álex, ¿me llevas mañana a aeropuerto en coche molón?

Miro a Einar y me río asintiendo, pensando que voy a echarlo de menos cuando se vaya y arrepintiéndome un poco de no haber estado aquí esta tarde, aunque tuviera mis motivos para hacerlo.

—Claro, pero, ¿qué pasa con la familia de Nate?

—Nos repartimos. Vinimos en taxi por sorpresa, pero mañana sois vosotros taxi.

Me río entre dientes otra vez y palmeo su brazo. Mala idea, porque él palmea el mío y lo hace tan fuerte que me pilla desprevenido y me choco con Eli. No voy a decir que mi brazo toca sus pechos porque quedaría como un inmaduro, pero lo hace.

—Joder, Einar, tienes que controlar esa efusividad.

—Perdón, perdón. ¿Estás bien? ¿Quieres una cerveza y me perdonas?

Miro mi botellín, que aún está por la mitad y, antes de poder decidir, Eli me lo quita, le da un gran sorbo y yo suspiro y miro a mi amigo.

—Por lo visto, sí que la quiero. —Él sonrío y se va mientras yo me centro en Eli y Óscar que, hasta ahora, ha permanecido callado—. Oye, colega, ¿todo bien?

—Sí, estaba esperando que los mayores acabaran de hablar para hacerlo yo, porque mamá dice que los niños educados no interrumpen.

Sonrío, porque me encanta este crío, y me agacho un poco para estar a su altura.

—Lo has hecho genial. ¿Qué te parece si luego tú y yo jugamos al tres en raya?

—Es de noche. Ayer dijiste que de noche no se puede.

—No, campeón, lo que pasa es que ayer estábamos dentro de casa, pero ahora estamos en el jardín y sí se puede.

—¡Vale, vamos!

—Espera, espera, déjame cenar algo y hablar con tu madre un poco más, ¿vale?

Él me mira y asiente con vigor antes de sonreír y alzar la mano para chocarla con la mía. Obedezco al saludo y luego se echa a correr, alegando que no quiere quedarse aquí para no interrumpir nuestra conversación.

—Es genial —digo riéndome y mirando a su madre.

—Lo es. Por cierto, ¿le dijiste que el ratoncito Pérez le traería un coche de juguete para su colección cuando se cayera su diente?

—Lo hice, sí, se me pasó comentártelo. No hay problema, ¿no?

—No, pero ve comprándolo porque tiene uno a puntito. Ahora que se lo has dicho, no te dejes faltar a tu palabra.

—Yo nunca falto a mi palabra, cariño.

—Eso habría que preguntárselo a tus miles de novias, cielo.

Me encanta cómo pronuncia el apelativo cariñoso, casi parece que le queme en la boca y consigue aplicar el toque de ironía justa para que no me moleste, pero me haga gracia.

—Mis miles de novias pueden dejar constancia de lo bien que cumplo, y no me refiero solo a mi palabra.

—Ese chiste ha sido demasiado fácil, incluso para ti.

—Puede, pero me has robado una cerveza, así que te lo mereces. —Ella se ríe y, en vista de que Einar no vuelve, yo le quito el botellín y doy un trago mientras la miro a los ojos—. Me gustaría decirte que estás muy guapa hoy, pero igual eso también te cae mal.

—No me cae mal. Sé que estoy guapa, pero te agradezco el cumplido de todas formas.

—¿No eres un poquito creída?

—Sé lo que valgo, rey, eso no es ser creída, simplemente es ser objetiva y sincera.

Me quita el botellín y aprovecho para fijarme en su pantalón vaquero con rotos y ceñido, su camiseta blanca de tirantes, simple, funcional y ajustándose en torno a su precioso pecho, porque se intuye precioso, y su pelo rubio recogido en una cola tirante. No lleva puesto nada especial, lo sé, pero es que es eso lo que hace que resulte tan atractiva. No necesita esforzarse por parecer sexi, preciosa y follable, porque lo es de natural, y lo mejor, o lo peor, según se mire, es que lo sabe y lo disfruta.

—¿Te has pensado ya lo de salir conmigo una noche?

—Sí, lo he pensado, pero al parecer el infierno todavía no se está helando, así que, hasta que eso pase, puedes sentarte y esperar.

Se gira con tanta maestría que consigue que su coleta me dé en la cara y se echa a andar con tal aplomo, que no puedo hacer más que reírme y morderme el labio mientras le miro el culo y contengo un suspiro.

Joder, qué buena está.

Eli

Cuando llego a la mesa donde Amelia se está inflando a comer Doritos suelto el suspiro que he contenido todo el recorrido desde que he dado plante a Álex. Odio que ese capullo consiga ponerme nerviosa. ¡A mi edad! Tengo un hijo, por el amor de Dios. ¡Un hijo con más madurez que él, todo sea dicho! Es un prepotente, un mujeriego, un ligón y un descarado, así que supongo que es completamente lógico que mi cuerpo responda a él. Mi cuerpo, sin embargo, no tiene el control de mi vida; no desde que le permití hacer de las suyas y me vi nueve meses después en un paritorio sudando, sola y aterrada. No me arrepiento de haber traído a Óscar al mundo, es lo mejor que me ha pasado, pero el resto, el camino empedrado, las dificultades, la soledad... me ha costado muchas noches en vela y, ahora que por fin tengo mi vida encauzada, no voy a volver a cometer un error de las mismas magnitudes.

El padre de Óscar era, en cierto modo, muy parecido a Álex. Guapo, de ojos azules e impresionantes, unas pecas adornaban el puente de su nariz haciéndole parecer simpático y cercano, pero eran del todo engañosas. Fue algo rápido, placentero y, al final, tuvo consecuencias que influirían en el resto de mi vida.

Cambié de ciudad, porque no soportaba el recuerdo de aquella en la que fui engañada tan tontamente, me enfrenté al hecho de estar sola, porque familia no tengo y, después de mi embarazo, descubrí que amigos que no me juzgaran, tampoco. Encontré trabajo primero en el ámbito privado, ayudando a madres a dar a luz en sus casas, luego en un hospital público y ahora, finalmente, en uno privado en el que las condiciones no pueden ser mejores. Tengo amigos, muy buenos amigos y tengo a Esme, que es casi una hermana para mí. Como comprenderás, ceder a mi deseo natural y liarme con Álex, hermano de Esme, es una idea pésima. Todo eso forma parte de la teoría que tan bien me sé ya.

En la práctica, sin embargo, la cosa cambia un poco. No es que ceda, ni mucho menos, no soy tonta, pero sí siento el impulso de tontear con él, de responder sus salidas de tiesto con otras y de dejarle claro que, ese juego que tanto le gusta, yo sé jugarlo y ganarlo, así que puede ahorrárselo. El problema es que Álex se hace el tonto, pero no lo es. Sabe muy bien qué teclas tocar para despertar mis emociones, aunque no sean las del amor. Sabe, por ejemplo, que si me mira las tetas fijamente durante X tiempo voy a saltarle con alguna de las mías, le encanta y se ríe en mi cara cuando lo consigue. Sabe que si me tira de las puntas del pelo y me llama «Rubia» me pongo frenética. Sabe que si se me insinúa voy a contestarle una chulería o una bordería y ha aprendido a disfrutarlo, así que creo que es normal que me ponga aún

más nerviosa, porque cualquier otro en su situación se quedaría cortado, pero no él. Es el rey del mambo, o eso cree, así que tiene ego para cubrir el país entero y todavía le sobra algo para Francia o Portugal, fijo.

—¿Querías Doritos? —pregunta Amelia a mi lado con la boca llena—. Perdóname, nena, me los he comido todos y no he pensado que igual querías.

—¿Eh? No, cariño, tranquila.

Miro su vestido azul marino de lunares rojos y sonrío, porque creo que es la chica que mejor sabe combinar su personalidad con su físico. Amelia tiene los ojos inmensos y azules, idénticos a los de Álex, aunque esta comparación no tiene ninguna relevancia y más bien debería decir que ambos los tienen igual de azules que los de su padre, Javier. Su pelo es moreno, como el de Álex. O sea, como el de su padre, también. Lo tiene largo, por debajo de los hombros y ondulado. Lleva el flequillo corto y, a veces, cuando se cansa de las lentillas, usa unas gafas de pasta negras y enormes que le quedan de maravilla. Es dulce, amable, caritativa y, cuando no está intentando salvar el mundo o bebiendo hierbas de todo tipo, está hartándose de cerveza y chucherías, que es una afición que los cuatrillizos tienen muy interiorizada.

—Cuando estoy nerviosa, como.

—Lo sé, pero no pasa nada.

—Sí, sí pasa, porque creo que he acabado con los Doritos de esta casa.

—Que coman otra cosa. Además, ellos comen carne y tú no.

—Eso es verdad, me lo merezco solo por lo que aguanto de todos ellos cada vez que me niego a comer carne. ¿Por qué es tan difícil que entiendan que soy vegetariana?

—Creo que es porque te has hecho vegetariana ya de adulta.

—¿Y qué más dará? Nunca es tarde para tomar la decisión que creemos adecuada para nosotros.

—Lo sé, cielo, a mí me parece bien y en el fondo a tus hermanos también, ya lo sabes.

—Ya, supongo.

—¿De qué habláis? —pregunta Esmé mientras se acerca con Noah en brazos.

—Ay, déjamelos —digo casi suplicando.

Ella se ríe entre dientes, me lo pasa y yo me recreo en su perfección y dejo que la baba se me caiga un poquito, bastante, mientras Noah se chupa el puño y mi amiga da un trago a una botella de agua.

—¿Ha tomado pecho?

—Sí, pero voy a darle ahora otra vez, porque sigue con hambre.

Asiento, porque está inquieto y se nota que quiere mamar, pero, aun así, dejo que su madre descanse un poco y lo acuno. Óscar se acerca de inmediato y sonrío mientras le toca los pies y le hace monerías.

—Jo, es que ni se ríe, ni nada.

—Todavía es demasiado pequeño —le digo riéndome—. Cuando pasen unos

meses ya verás cómo se parte de risa cuando le saques la lengua.

—¿Así? —Mi hijo vuelve a hacer el payaso y yo me río mientras asiento.

—Eso es.

—Oye, hoy te las has ingeniado para pasarte el día entero sin darme un beso, ¿eh?
—le dice Esme.

—Ay, perdón, que se me olvidó.

Mi amiga se ríe y, cuando mi hijo se cuelga de su cuello, besa su cabeza con una dulzura que todavía se me atraganta un poco. Es increíble la amistad que hemos conseguido labrar en este tiempo. Cuando la conocí era una mujer dominada por el anhelo de sus deseos y ahora, en cambio, se puede apreciar en su cara la felicidad que siente. Su hijo llena su vida, como el mío lo hace con la mía, pero más allá de eso puedo ver el amor que siente por Nate, su chico, cada vez que lo mira, aunque esté lejos. Me doy cuenta de que, en realidad, los dos se tienen localizados en todo momento. Es bonito de ver, pero también doloroso.

No me entiendas mal, no es que quiera una pareja y tener lo mismo a toda costa, o que crea que no puedo ser feliz si no tengo un hombre a mi lado. Soy feliz, tengo un hijo maravilloso, un empleo estable, dinero y un piso pequeño, pero bonito. Ahora bien, eso no significa que, al ver ese tipo de complicidad, no sienta una punzada de envidia. Dura solo un segundo, luego se pasa y pienso que, si tiene que llegarme el amor, me llegará. No pasa nada, no tengo ninguna prisa y puedo esperar al hombre perfecto o, al menos, uno que no sea un completo capullo. Por desgracia, el mundo coloca a estos últimos estratégicamente para que parezca una plaga. Dar con un tío decente hoy en día es una lotería. Siento generalizar, pero mi experiencia me avala.

—¿Puedo coger a mi ahijado? —Miro a mi lado, a Einar, que está de pie, cuán grande es, esperando que le dé una respuesta.

—Tiene que mamar.

—Puedo esperar.

Da la vuelta a la mesa y se sienta frente a nosotras tres con una gran sonrisa. Se me escapa un poco la risa, porque adoro la naturalidad de este hombre. ¿Ves? No me importaría tener algo con uno así. Es alto, fuerte, sexi, gracioso, inteligente... ¿El problema? Que es amigo de la familia y yo no me lío con nadie que esté involucrado con la familia. Como he dicho, no voy a ponerme a jugar con fuego para acabar sola. El segundo problema es que es cierto que tiene un montón de cualidades, pero también lo es que no despierta en mí el mismo deseo que despierta el capullo que ahora mismo está llamando a mi hijo a voces para jugar al tres en raya en el suelo. Podría pensar que lo hace para llamar la atención y ganarse al niño, pero lo cierto es que estoy segura de que Álex disfruta tanto o más que el crío. Dios, si hasta tiene una colección de coches de juguetes. Es adicto a las gominolas y al batido de chocolate, no sabe cocinar, se folla todo lo que se mueve... ¿Por qué el señor me pone como castigo desearlo? No lo entiendo, así que he llegado a la conclusión de que tengo una tara que me impide fijarme y encoñarme de tíos que merecen la pena. A mí me ponen

los cabrones y los que no puedo tener; como consecuencia tengo una cama vacía y un himen regenerado, estoy segura.

Al final, Noah mama del pecho de su madre y casi no ha acabado cuando Einar lo coge en brazos y se aparta para que nadie pueda quitárselo. Es inútil, porque es el propio Nate el que se acerca y alega que su hijo necesita descansar y que es hora de dormir.

—¿Y lo vas a meter en cuarto encerrado? ¿Y si llora? ¿Y si sufre en silencio?

—¡Einar, no es una hemorroide! —grita Julieta ganándose las carcajadas de casi todo el mundo y la reprimenda de unos cuantos.

—No, Nate, no te lo lles. Un poquito más, hombre.

—Einar, tiene que dormir, dame a mi hijo.

—No. Vikingo padrino molón. No te lo doy. ¿A que corro?

—¡Ni se te ocurra correr con mi hijo en brazos! —grita Esmé esta vez mientras se levanta.

Yo me río, suspiro y me levanto para acercarme a la escena. Bueno, en realidad casi tengo que abrirme paso para poder ver algo porque en pocos segundos todos hemos formado un corro alrededor de Nate y uno de sus mejores amigos. El primero le mira con seriedad, estirando los brazos e intentando hablar en tono amigable pero estricto. El segundo le devuelve una mirada tan dramática que me acuerdo del gatito de *Shreck*, sostiene al bebé contra su pecho y se pone de lado, como si intentara ocultarlo de su propio padre.

—Está dormidito, mira. —Nate se acerca y Einar niega con la cabeza—. Mira desde ahí. Más cerca, no.

—Esto es ridículo —dice Diego—. Einar, dale el niño a su padre.

—No.

—No jodas.

—No jodo. ¡Vosotros jodéis! Jodéis todo el rato con llamadas de noche, cuando duermo, jodéis cuando estáis en desamor y jodéis siempre, siempre. Sois jodedores. ¡Yo no jodo nunca! Solo quiero un ratito más. —Einar mira a Esmé y sus ojos son tan tristes que, si fuera mi hijo, ya habría claudicado—. Mañana me voy y ya no lo veo más, por favor, por favor, él duerme aquí conmigo, con padrino.

Esmé suspira, se acerca y besa su mejilla mientras mira a su chico a conciencia para que se aleje.

—Creo que Noah está muy a gustito en brazos de su padrino. Además, es verdad que está dormidito.

—¡Ja! Gana vikingo.

—No te pases, Einar —le dice mi amiga.

Él asiente y se sienta en los escalones mientras hace un gesto con la mano libre a todo el mundo para que se alejen. Nate se ríe entre dientes, igual que Diego y, al final, todos se alejan y le permiten quedarse un rato a solas.

—¿Puedo quedarme yo? —pregunto—. Te prometo que no voy a molestaros.

Él parece sopesar mis palabras y al final asiente con vigor y palmea el escalón, a su lado.

—Puedes.

Me siento y observo cómo le canta al bebé en islandés. ¿Sabes eso que he dicho de que Einar no me ponía? Bien, cámbialo por «Empiezo a planteármelo» porque la imagen, como mujer, madre y matrona me está poniendo de un tontorrón importante. Él lo sabe, lo deduzco por la sonrisa que me dedica y, cuando la nana acaba, se gira y me habla en inglés.

—¿Te importa si hablamos así? Es más fácil.

—Tranquilo —le digo—. En realidad, es admirable que te empeñes en hablar español, cuando todos pueden entenderte en inglés.

—Antes hablaba mejor el español, me empeñé en aprenderlo y mientras viví aquí lo hablé mucho mejor que ahora, pero cada día se me olvida más. Como no practico demasiado...

—Todavía lo manejas, además, con lo que prácticas en las videollamadas te aseguras no olvidarlo nunca.

—Sí, eso sí. —Suspira con pesar—. Es difícil estar tan lejos.

—Me imagino que sí —susurro—. ¿Querrás volver algún día?

—Sí.

—No has dudado —le digo sorprendida por su rápida respuesta.

—Lo tengo claro. Islandia es mi país de origen, lo amo, pero no es el sitio en el que quiero pasar mi vida. Nueva York está siendo una gran oportunidad en mi trabajo, pero Estados Unidos tampoco es un país que me vuelva loco. Yo quiero pasar mi vida en España, cuando se pueda. Quiero estar cerca de Diego, Nate y sus familias. Cerca de toda esta gente que ya es como mi familia, también.

—¿Y tu propia familia?

—Ellos comprendieron hace mucho que allí no era feliz del todo. Les quiero mucho, pero son muy fríos. —Me sonrío y me guiña un ojo—. Buenos vikingos. Yo soy más efusivo y cariñoso. Mucho más. No quiero que me entiendas mal, es solo que... no sé, me siento raro estando allí. Ellos entienden esto, yo voy a verlos en vacaciones y con eso nos basta.

—Sí, creo que te comprendo. A mí me costaría la vida alejarme de esta gente. —Einar asiente, se estira un poco y cuando oigo su espalda crujir frunzo el ceño—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo lo bien que se puede estar después de dormir en el sofá. Soy muy grande y viejo para estas cosas.

—No digas chorradas —contesto riéndome—. Lo que pasa es que nadie debería dormir en el sofá a nuestra edad. ¿Por qué no te vienes a mi casa?

—¿He oído una invitación para ir a tu casa? —pregunta Álex sobresaltándome.

No he sido consciente hasta ahora de que estaba tan cerca. Su mirada es irónica y estoy casi segura de que está pensando mal de mí, de nosotros, pero me da igual. Le

he ofrecido a Einar dormir en mi casa porque no quiero que pase la noche incómodo en el sofá y sé que Nate y Esme no tienen más sitio, con la familia del primero aquí. Yo solo tengo dos habitaciones, pero soy pequeña, así que puedo dormir en la cama nido de Óscar mientras él lo hace en la de matrimonio. No entiendo dónde está el problema y, como no creo que tenga que darle ninguna explicación a Álex, opto por reírme un poco de él.

—La has oído, pero no iba dirigida a ti. Al contrario de lo que crees, no todas estamos como locas por meterte en nuestras casas. —Sonrío y palmeo la espalda de Einar con cariño mientras él eleva las cejas y se ríe.

—Si tienes cama para mí acepto, porque el sofá me mata la espalda. —Einar contesta en inglés, así que supongo que la situación le urge lo bastante como para poder expresarse con libertad.

—Tengo cama para ti —le contesto con una sonrisa.

—No la tienes —dice Álex también en inglés. Lo bueno es que los cuatrillizos lo hablan a la perfección, lo malo es que, en este momento, me encantaría que no hubiese entendido ni papa y se largara sin más. Por supuesto, eso no pasa—. ¿Vas a meterlo a dormir con tu hijo?

—¿Quién ha dicho nada de mi hijo? —pregunto solo por joder.

Einar se ríe entre dientes, Álex eleva las cejas y se cruza de brazos y yo empiezo a ponerme un poquito nerviosa, porque no me gusta nada que se me ponga en plan serio, como si le debiera alguna maldita explicación. Yo hago lo que quiero y cuando quiero.

—Einar puede dormir en mi casa. Tengo dos habitaciones libres lo bastante grandes como para que pueda estirarse.

—Mi cama es muy grande y yo no cojo casi espacio.

—En eso estamos de acuerdo, eres como una muñequita, un llaverito mono y simpático que no va a dormir con Einar esta noche.

—Chicos, tranquilos... —dice el propio Einar.

—No, no, espera —le digo yo mientras alzo una mano en señal de *stop*—. Estoy muy interesada en saber a santo de qué cree Álex que puede darme algún tipo de orden.

—No es una orden. Simplemente te informo que Einar no puede dormir contigo, porque tú no te lías con gente relacionada con la familia.

—Puede que eso sea cierto, o puede que esa fuera la excusa que te di a ti.

—¿Significa eso que después de que te lo folles la veda queda abierta para los demás?

—Eh. —Einar se levanta y cuadra los hombros de tal forma que hasta a mí me impone, porque este tío de natural es muy dulce, muy amable y lo que quieras, pero también es enorme y está dedicándole a Álex una mirada asesina que da miedito incluso con Noah en sus brazos—. Si no vas a hablar con respeto, mejor te vas.

Álex abre la boca para contestarle, pero centra sus ojos en mí, aunque giro la vista

hacia un lateral. No quiero que vea que el comentario me ha hecho daño y él debe darse cuenta, porque se agacha y apoya las manos en mis rodillas.

—Lo siento —susurra—. He sido un imbécil.

—Tranquilo.

—Eli...

—Álex, mejor te largas, porque no tengo ganas de hablar contigo ahora mismo, ¿vale?

Le miro y puedo ver el arrepentimiento en sus ojos. Sé que no lo ha dicho a mala leche, pero la boca le pierde, se cabrea y dice cosas que no siente solo porque en esta familia nadie parece tener filtro. Con el tiempo descubrí que, a veces, ni siquiera Esme, que es la más controlada, lo tiene. Lo entiendo, pero eso no quiere decir que ahora mismo tenga ganas de lidiar con su inmadurez innata.

—De verdad lo siento. —Suspira y se levanta antes de hablarle a Einar—. La oferta de dormir en mi casa sigue en pie, solo porque te pilla cerca de aquí y así mañana te puedo llevar al aeropuerto, pero si no quieres, tampoco pasa nada, tío. Siento haberme puesto así.

Einar no responde, solo asiente con brusquedad, pero sigue con la mandíbula cuadrada así que supongo que le ha ofendido mucho que me hable así. Cuando Álex se aleja vuelve a sentarse a mi lado, palmea mi rodilla y suspira.

—No es mal chico, no se lo tengas en cuenta.

Me río, porque es increíble que sea capaz de cambiar de postura y defenderle en solo unos segundos, pero como sé a qué se refiere asiento sin más.

—Lo sé, pero a veces tiene ataques de inmadurez e infantilismo.

—Creo que eso ha sido, más bien, un ataque de celos.

—Álex ni siquiera conoce el significado de esa palabra, Einar. Es más, ni siquiera conoce esa palabra —digo riéndome.

—Puede que no conozca la palabra en la teoría, pero eso no significa que no la sienta con la fuerza de cada una de las letras.

Besa mi mejilla, se levanta y se va hacia Esme para decirle que ya puede acostar a Noah para que esté más cómodo. Ella asiente, entra en casa, sale, pasa por mi lado, me levanto, me acerco a la mesa, cojo otro botellín de cerveza y beso la coronilla de mi hijo. Todo eso pasa en varios minutos en los que no dejo de preguntarme si Einar tendrá un poco de razón. Son los mismos minutos que miro de manera disimulada a Álex, solo para girar la cara a toda prisa cuando me doy cuenta de que él también me está mirando.

Me siento tan incómoda que aviso a Óscar para que recoja sus cosas. Es tarde y solo me apetece volver a casa. También aviso a Einar, pero él me dice que prefiere dormir en casa de los cuatrillizos, porque así no tiene que trasladarse mañana. Lo entiendo a la perfección así que sonrío, le doy un fuerte abrazo, me despido de todos sonriendo y aparentando estar la mar de calmada y, cuando salgo, me encuentro con que Nate me espera en la puerta con el coche arrancado.

—Oye, puedo ir en taxi —le digo.

—Lo sé, pero quiero llevaros.

—Has bebido alcohol.

—Solo una cerveza y esta tarde. El resto del tiempo he bebido té helado.

Se trata de Nate, así que le creo. Subo a Óscar en la parte trasera y yo lo hago en el asiento del copiloto. Hacemos el camino en silencio, oyendo música y, cuando llegamos a mi portal, Nate sujeta mi mano y me retiene un momento. Mira por el espejo retrovisor para asegurarse de que mi hijo duerme, aparca y murmura que mejor me ayuda a llevarlo arriba. Intento negarme, pero es inútil. Al final deja el coche, coge a mi hijo en brazos, lo lleva a mi piso y lo mete en su cama, donde le quita los zapatos y lo arropa con la sábana. A cosas como esta me refiero cuando digo que un hombre, en según qué momentos, es muy necesario. Del sexo ya ni siquiera hablo. Al final, cuando ya está en el rellano a punto de marcharse, se gira y se rasca la nuca antes de hablar.

—Oye Eli, si alguna vez te sientes incómoda entre nosotros, o crees que alguien se pasa contigo, aunque sea de broma, dímelo, ¿vale? —Me quedo con la boca abierta e intento reaccionar con rapidez, pero Nate sigue hablando—. Sé que no lo parece, pero desde que Noah vino al mundo tengo un súper poder que me hace ser consciente en todo momento de dónde están mi mujer y mi hijo. No he oído lo que Álex te ha dicho, pero he visto tu cara en cierto momento de la conversación y sé que no ha debido ser bonito. Es un buen chico, pero a veces se le calienta la boca. Hoy tenía un mal día, según me ha dicho Esme y es probable que también haya bebido más cervezas de las aconsejadas. —Chasquea la lengua y resopla—. No quiero justificarlo, no sé qué te ha dicho, pero...

—Ey, Nate, está bien, no ha sido nada grave.

—¿Segura?

Le miro y me río, pero me da tanto sentimiento, para bien, que se preocupe por mí de esa forma, que acabo emocionándome delante de él, poniendo la guinda a una noche un tanto bochornosa para mí.

—Lo siento, lo siento. Es solo que me alegra saber que puedo contar contigo.

—Puedes contar con toda la familia. Créeme, ni siquiera sus hermanas, su padre o su madrastra van a tener reparo en patearle el culo si se ha pasado de la raya.

—No ha sido para tanto, de verdad.

Él parece creerme, supongo que porque ve la convicción en mi cara. No creo que haya sido para tanto, conozco a Álex de sobra y sé que adora a las mujeres y, precisamente por eso, no suele insultarlas. No es machista, ni retrogrado, ni las trata como objetos. Sé bien que solo se junta con chicas que buscan lo mismo que él. Esta noche se le ha soltado la boca, sí, pero supongo que todos la cagamos en algún momento.

Las palabras de Einar, asegurándome que está celoso, me vuelven a venir a la mente, pero las desecho y pienso que, como ha dicho Nate, ha tenido una mierda de

día, ha bebido más de la cuenta y ha pagado algún tipo de frustración conmigo.

Me despido de Nate con un beso, un abrazo y la promesa de que estoy de maravilla. Cierro la puerta, me doy una ducha y me meto en la cama intentando, por todos los medios, no darle más vueltas a este tema.

Veo a Eli marcharse de casa después de despedirse de todos menos de mí y pienso que me lo tengo bien merecido por capullo. Esme se ha dado cuenta de que ha pasado algo, porque no ha dejado de taladrarme con la mirada y estoy seguro de que, si no se ha acercado a mí para interrogarme, ha sido porque la familia de Nate la ha mantenido ocupada todo el tiempo. Por eso y porque yo he procurado mantenerme siempre cerca de alguna de mis hermanas, mis cuñados o los bebés. Cualquier cosa me valía. Ahora, por ejemplo, estoy tomándome un vaso de agua al lado de Julieta y Diego mientras ellos se morrean. ¿Debería darme por aludido y largarme? Sí. ¿Voy a hacerlo? No, ni de coña. Tengo vigilado el jardín y si me despego ahora, ojos verdes encontrará la manera de llegar a mí, así que aquí estoy, escuchando el sonido de sus besos y hasta alguna guarrada que se susurran, creo que, a conciencia, para espantarme. Si ellos supieran que hay poco que pueda espantarme en lo referente al sexo... Eso sí, oírle a mi hermana ciertas cosas me revuelve el estómago, y la estoy odiando un poco, pero es mejor soportar esto que un tercer grado de Esme.

—Míralo, el pánfilo, que no se entera de que sobra —dice Julieta a su chico.

Diego, mi cuñado, se ríe entre dientes y me mira elevando una ceja.

—Dios sabe que no soy partidario de darle la razón muy a menudo a tu hermana, pero esta vez la tiene. ¿Qué haces aquí, Álex? Por lo general, cuando nosotros nos liamos, tú desapareces el primero.

—Algo habrá hecho —dice Julieta—. Si mi hermano está aquí aguantando nuestro magreo, es que ha hecho algo por lo que va a tener que responder ante Tempanito o Amelia, ¿a que sí? —Cuando me quedo en silencio Julieta chasquea la lengua, se baja del regazo de Diego, donde estaba subida, y se sienta a mi lado, quedando en medio de los dos—. Desembucha.

—No ha sido para tanto.

—Eso ya lo decidiremos nosotros.

—Eh, Álex —dice Einar acercándose—. ¿Puedo dormir ya? Tengo sueño.

Eso es mentira, lo sé, igual que sé que está dándome la excusa perfecta para librarme de esta. Podría ser un hombre y enfrentarme a Julieta, pero la verdad es que los consejos que pueda darme no van a servirme de nada, porque sé bien que la he cagado y tengo una disculpa pendiente, así que como paso de escuchar sermones de nadie, y menos de ella, me levanto y me despido de mi hermana, que susurra un «cobarde» que ni siquiera me ofende, porque empiezo a pensar que tiene razón. No estoy comportándome como un hombre extremadamente valiente, lo sé, pero eso también me da igual.

Nos despedimos de todo el mundo y salimos juntos de casa, pero no llevamos ni dos pasos cuando mi padre, Sara y Amelia nos avisan para que esperemos, pues se

vienen con nosotros.

—¿Se acabó la fiesta? —pregunto en tono jocosos, porque mi padre, ahí donde lo ves, suele aguantar hasta última hora en todas las barbacoas.

—Sí, sí, estamos cansados.

Me sonrío de una manera un tanto extraña, pero con el día tan largo que llevo ni siquiera lo tengo en cuenta. Me limito a comentar con Einar los últimos arreglos que he hecho a mi coche y cuando llegamos a casa y estoy a punto de subir, mi padre me retiene.

—Einar, conoces la casa, así que elige si quieres dormir en la habitación de Julieta o en la de Esme.

—Vale. Buenas noches todo el mundo.

—Deja que te dé unas sábanas —dice Sara.

—Yo me voy a dormir también, que estoy molida. —Amelia se despide de todos y sube las escaleras la primera.

Antes de poder darme cuenta estoy a solas con mi padre mientras él me sigue sonriendo de una manera extraña y yo empiezo a fruncir el ceño.

—¿Vas a contarme qué es lo que pasa?

—Mira lo que tengo.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una caja de viagra que me pone los pelos como escarpas, porque lo último que necesito ahora mismo es otra conversación de sexo con mi padre.

—¿Cómo...? ¿Has hecho caso a Marco?

—Pues claro, ¿quién te crees que las ha comprado?

Abro los ojos como platos y me acerco más a él para poder susurrar con fuerza sin que nos oigan.

—¿Has hecho que el chico te las compre?

—El chico fue el que me dio el consejo, así que relájate. Además, es mayor de edad, de modo que no es delito.

—Si Diego lo supiera...

—Por suerte ni tú, ni yo, vamos a abrir la boca.

—¿Y él? ¿Cómo estás seguro de que no dirá nada?

—¿Y qué va a decir? ¿Qué me ha comprado viagra? Eso le hace quedar a él mucho peor que a mí, hijo. Despierta, que algunas veces pareces un poco tonto.

No entiendo por qué mi familia se empeña en decir que a veces parezco tonto. ¡Lo que parezco es normal! Por el amor de Dios, ¿cómo no voy a quedarme a cuadros sabiendo que mi padre ha hecho que el sobrino de su yerno le compre viagra en la farmacia? Lo que pasa es que en esta familia todo el mundo está como una cabra y parecen asimilar este tipo de cosas sin problemas, con total normalidad, cuando no es normal, joder. Me parece bien que mi padre se la tome, pero no que inmiscuya a toda la familia. ¡Y menos al chico! Lo último que Marco necesita es que alguien tome en cuenta sus consejos, ese crío ya tiene ego para cubrir el país entero, si encima le

vamos alzando la colita no habrá quien lo soporte.

Suspiro e intento calmarme. En realidad, Marco me cae muy bien, le tengo mucho aprecio y no es tan capullo como parece. Al menos, ya no. Tiene sus momentos, pero teniendo en cuenta el día que yo llevo, mejor me estoy calladito.

—¿No vas a decir nada? —pregunta mi padre.

Suspiro con cansancio y me encojo de hombros.

—¿Suerte? —Mi padre pone mala cara y yo abro los brazos un poco desesperado—. ¿Qué quieres que te diga?

—No sé, hijo, no sé, pero no esperaba que me desearas suerte. O sí, yo que sé, si es que estoy nervioso.

Chasqueo la lengua y pongo las manos en sus hombros para que me mire.

—Escucha, no es aquí donde tienes que estar, y los dos lo sabemos. Sube arriba, a vuestro dormitorio, con Sara, y demuéstrole a ella de lo que estamos hechos en esta familia.

Mi padre sonrío y yo sé que acabo de decirle las palabras correctas, aunque la imagen me provoque náuseas. A ver, que Sara está muy buena y si no fuera la mujer de mi padre no tendría yo problemas en... y mi padre está de muy buen ver, pero joder, es mi padre. Es como... como... antinatural. Hay un pensamiento en la cabeza de cada niño que no se moldea cuando nos hacemos adultos: los padres no follan. Nunca. Jamás. Da igual que tengamos diez o treinta años porque todos preferimos pensar que nuestros padres por las noches lo más que hacen es ver una peli, leer un libro o rellenar un crucigrama. Que sí, que muy en el fondo sabemos que es mentira, pero estamos mucho más cómodos así. ¿O me vas a decir que tú no lo haces?

El caso es que mi padre se pierde escaleras arriba y yo decido que lo mejor que puedo hacer es irme a dormir, así que subo a la planta superior, me meto en mi cuarto y cuando pienso que voy a tener una noche tranquila me encuentro con Einar en mi cama.

—Pero, ¿qué...? Venga ya, hombre, tienes dos dormitorios libres. Largo de mi cama, vikingo.

—No puedo, Álex. Dormir en cama Julieta trae recuerdos que ya no me gustan, me siento sucio. Dormir en cama Esme es raro, porque es mujer de mi otro mejor amigo.

—¿Y qué tiene que ver? Sara te ha dado sábanas limpias, ¿no?

—Sí, pero yo mejor aquí.

—Ni de puta coña.

—Sí.

—No, te tienes que largar.

—No, vikingo no se larga porque vikingo está aquí por culpa de Álex. Se larga Álex, no vikingo.

Abro la boca para rebatirle, pero me quedo a cuadros cuando veo su sonrisa y me doy cuenta de que el muy cabrón está chantajeándome. Este muy bueno, muy santo,

pero vaya si sabe cómo salirse con la suya.

—Oye, lo de Eli ha sido...

—Celos.

—¿Qué? ¡No han sido celos, Einar! —exclamo ofendido.

De hecho, lo exclamo tan ofendido que la puerta del dormitorio se abre y aparece Amelia. Lleva puestas las enormes gafas de pasta negra y un pijama de pantalón y manga corta con un unicornio inmenso, morado y rosa estampado en el pecho. Mi hermana sí que sabe cómo ser el antimorbo personalizado.

—¿Qué pasa aquí?

—Nada, vuelve a la cama —mascullo.

—¡Mola unicornio! —grita Einar.

—Shhhh. —Le miro mal, pero él solo sonrío, se vuelve a tumbar y se tapa hasta el cuello.

—Vikingo duerme aquí.

—Einar, este es el cuarto de Álex. ¿No prefieres el de Esme? Tiene sábanas limpias y mi hermano no las cambia desde vete tú a saber.

—Huele bien aquí. Un poco a queso, pero no pasa nada. Vikingo fuerte.

Amelia se echa a reír y yo me cabreo más. ¡Mis putas sabanas no huelen a queso! Las cambié hace menos de una semana, estoy casi seguro. De todas formas, ese no es el tema a tratar, así que los ignoro, porque si les doy coba no vamos a acabar en la vida.

—Einar...

Él me mira con una sonrisa y cuando ve mi seriedad carraspea y mira a mi hermana. Cuando empieza a hablar en inglés me doy cuenta de que esto se va a poner jodido para mí.

—Amelia, ¿te ha contado tu hermano lo que ha hecho en la barbacoa?

¿Ves? Si cuando yo digo que ya lo conozco y le veo venir... Jodido vikingo.

—¿Qué has hecho? —me pregunta Amelia.

—Nada.

—Se ha puesto celoso porque Eli me invitó a dormir en su piso y le ha faltado el respeto.

—No es verdad —digo en el acto, pero en cuanto lo suelto sé que el que miente soy yo y que sí, se lo he faltado.

—Le ha dicho que, si pensaba acostarse conmigo, detrás podría ir él y hacer lo mismo porque el camino quedaba abierto.

—Einar, yo no sé en tu país, pero aquí ser un puto chivato está muy mal visto.

—¿Has hecho eso, Álex? —pregunta Amelia.

Valoro la posibilidad de mentir, pero solo lo hago durante medio segundo, porque los dos sabemos que soy incapaz de mentir a Amelia. Me mira con esa cara de chica comprensiva, esos ojos azules tan parecidos a los míos se abren y consiguen brillar y yo pienso que mentirle sería como mentirle a un ángel. Así de cursi consigue que se

vuelvan mis pensamientos.

Dios, la detesto.

—Me disculpé de inmediato —susurro—. La cagué, ¿vale? Pero le pedí perdón.

—No es suficiente. Tienes que ir a verla y pedirle perdón otra vez.

—Amelia...

—Lo que has hecho no es propio de ti. Tú no tratas mal a las mujeres, aunque te folles hasta a las piedras. —Einar suelta una risita, pero no le reprendo, porque ver a Amelia hablar así impresiona y no le pega, aunque te sorprendería lo firmes que sabe ponernos sin necesidad de decir un solo taco—. Arregla esto, o Esmé va a patearte el culo hasta que se vuelva tan morado como este unicornio.

—Que sí, que lo haré —susurro—. ¿Te puedes largar ya? ¿Os podéis largar los dos?

—Yo duermo aquí —dice Einar—. Tú la has cagado, tú has querido que viniera aquí, en vez de a casa de Eli, así que yo duermo aquí.

Podría discutir, pero sé que es inútil, sobre todo porque Amelia acaba de sonreír y sé que Einar se la ha ganado y va a defender su postura, en vez de la mía, así que salgo de la habitación y me meto en la de Julieta, que es la que más a mano me pillá. Me quito la ropa, destapo la cama y me doy cuenta de que no hay sábanas. Podría ir al cuarto de Esmé y coger las que Sara ha dejado allí, pero es que estoy tan cansado y tengo tanto calor que me dejo caer en el colchón y cierro los ojos mientras pienso que tengo que arreglar las cosas con Eli. Y luego debería buscar un país pequeño, contactar con el presidente, convencerle de que no deje entrar a nadie de mi familia y mudarme.

El día siguiente es largo y estoy muerto de sueño, porque mi padre debió tomarse la tableta entera de viagra, a juzgar por el ruido que han armado toda la noche. Tengo que madrugar para entrenar, así que he dormido pocas horas, estoy cansado y esta tarde, en vez de dormir, tendré que estar con la familia, apurando las últimas horas en España de Einar y la familia de Nate.

Al final no basta con el gimnasio, porque un amigo me pide que le eche una mano en la restauración de su piso y como soy un facilón en muchos aspectos accedo y voy a trabajar por un par de refrescos a modo de pago. Cuando por fin puedo volver a casa estoy tan reventado que mi padre me aconseja dormir un par de horas, teniendo en cuenta que mis hermanas trabajan y en casa de Esmé están más que entretenidos. No rechazo su plan, así que me tumbo y cuando me levanto, ya al atardecer, me encuentro bastante mejor. Voy a casa de Esmé para estar un rato con Einar y me encuentro con que Diego y Nate también están aquí. El primero, de hecho, sigue llevando una de las camisas que suele ponerse para trabajar en el restaurante de sus padres, así que supongo que no ha querido perder tiempo en ducharse para aprovechar más. En realidad, me da pena que Einar se vaya, aunque haya sido un

poco tocapelotas. Se le echa mucho de menos cuando no está. Y si yo pienso así, sin ser íntimo suyo, me imagino cómo se sienten mis cuñados.

Apuramos el reloj el máximo posible, pero al final tenemos que marcharnos si queremos llegar con tiempo al aeropuerto. La familia de Nate se va con él en el coche y Einar se viene conmigo, tal como me pidió. En realidad, me pide conducirlo, pero antes muerto que permitir que alguien más lleve esta preciosidad. ¡Es el amor de mi vida! Es como pedirle a tu mejor amigo que te preste a su novia; son cosas que ni siquiera se dicen.

—¿Vas a pedirle perdón a Eli hoy? —pregunta Einar en inglés.

Podría mentirle, decirle que no he pensado más en ello y que lo mejor que podemos hacer es olvidar el episodio de ayer, pero sé que ni él se lo va a creer, ni yo me voy a quedar tranquilo, así que respondo con total sinceridad.

—En cuanto te deje iré a su piso.

—Bien, ya me contarás.

—Claro, pero espero que no haya mucho que contar y me perdone rápido, la verdad.

—Sí, Eli es una gran chica, ¿verdad?

—Lo es.

—Y preciosa.

—Ajá.

—Muy preciosa.

Frunzo el ceño mientras miro la carretera e intento evitar la punzada de rabia que crece en mi interior. ¿Qué cojones me pasa? A mí no debería molestarme que Einar piense que es preciosa, entre otras cosas porque lo es, así que no entiendo a santo de qué reacciono así. Guardo silencio, porque no quiero darle cuerda, pero al parecer es justo lo que acabo de hacer.

—Lo sabía.

—¿Qué?

—Te gusta Eli.

—¿Qué? ¿Otra vez, Einar? —Consigo reírme entre dientes y negar con la cabeza—. Eli tiene un polvazo, pero en vista de que ella no busca nada espontáneo y yo preferiría cortarme una mano que tener una relación seria, lo nuestro es bastante imposible.

—Pero te gusta.

Chasqueo la lengua y bajo la música, porque me está poniendo nervioso que siga tan alta.

—Tú mismo has dicho que es una gran chica y preciosa, claro que me gusta, no soy imbécil.

—Pero no te gusta tanto como para que sea tu novia.

—A mí las chicas me gustan todas, ¿entiendes? Ese es el problema. Ninguna me gusta tanto como para que sea mi novia, pero porque no quiero novia, no porque no

sean geniales.

—Yo sí quiero novia. Novia y niños, bebés vikingos pequeñitos.

—Pues muy bien —murmuro de mal genio.

En realidad, no entiendo por qué estoy de mal humor, porque no está diciendo nada malo, pero tener que explicarle cualquier cosa referente a Eli me pone así.

—A lo mejor, si vuelvo a España y Eli no tiene novio, puedo intentar tener algo con ella. Le pediré una cita.

Aprieto el volante con las manos y procuro que él no se dé cuenta de que acabo de tensarme entero. No va a pedirle una puta cita a Eli, de eso ya me encargo yo. ¡Y no son celos! Conste, no lo son, es solo que estoy seguro de que Einar no pega con ella. Eli es pequeñita y Einar es demasiado grande. Además, los dos son muy rubios y eso sería raro, porque... bueno, porque sería raro, y punto. De todos modos, pienso en algo para decir, si no quiero que Einar me siga dando la tabarra.

—Has dicho que quieres bebés pequeños y Eli ya tiene un hijo de seis años.

—Óscar es un crío genial. Yo creo que podría ganármelo también a él.

—No te creas, ¿eh? El niño es mucho más exigente de lo que parece.

Mentira. Óscar es, probablemente, el niño menos exigente del mundo. Con que estés a su lado, le des charla y le hagas un par de preguntas acerca de alguna receta ya te lo has ganado, pero Einar no tiene por qué saber eso.

—Ah, ¿sí?

—Sí. O sea, no es mal crío, pero no es tan fácil de llevar como crees. Además, Einar, has visto a Eli dos veces. ¿Estás seguro de que te gusta como para pedirle una cita? No sé, no la conoces mucho.

—Para eso son las citas, para conocerse.

Ahí me ha pillado. Debería callarme y pensar que Einar ni siquiera tiene una fecha para volver a España. De hecho, ni siquiera es seguro que vaya a volver, así que no hay motivo para hablar más, pero como soy imbécil y, al parecer, tengo que dejar constancia de forma permanente, abro la boca de nuevo.

—No sé, yo creo que no pegáis.

Einar se ríe entre dientes y me señala el aeropuerto, al que ya estamos llegando.

—Yo creo que eso no tienes que decidirlo tú.

—Einar...

—Reconoce que estás celoso y dejaré de insistir.

—No estoy celoso.

—Vale, no estás celoso, pero te reventaría que saliera con Eli. —No puedo negar eso, así que me limito a apretar la mandíbula y dar volumen a la radio. Él se ríe a carcajadas, la vuelve a bajar y palmea mi hombro—. Tranquilo, Eli no me interesa. Yo solo quería comprobar mi teoría.

—Ni teoría ni hostias, Einar, no me calientes más.

Él se ríe por respuesta, yo me enervo un poquito más, llego al aeropuerto, le bajo la maleta del coche y le doy un abrazo forzado, porque ahora mismo este tío no es el

que mejor me cae del mundo, la verdad. Me despido de la familia de Nate y luego vuelvo a mi coche y pongo rumbo a casa de Eli. No voy a pensar más en las palabras del vikingo, no tienen caso, no son ciertas porque yo no soy celoso, para empezar, así que lo mejor que puedo hacer es olvidar todo este absurdo episodio.

Aparco en la calle de Eli, toco al portero y cuando me contesta y le digo que soy yo, abre sin decir ni media palabra, lo que me pone un poquito tenso, porque igual sí está cabreada. O no, a ver, hay mucha gente que no es habladora por el portero, ¿no? Una vez sabía que era yo, no iba a ponerse a tener una conversación por ahí y... Dios, me estoy poniendo paranoico. Corto el pensamiento por lo sano y cuando llego al recibidor me doy cuenta de dos cosas:

1. Su cara no demuestra una alegría excesiva por verme. Más bien parece tensa y confundida.
2. Lleva un *short* de pijama y una rebeca inmensa y gris cruzada en el pecho, lo que me hace pensar que la parte superior del pijama es tan ceñida como el *short*. O quizá no y yo soy un puto perverso.

Las palabras de Einar resuenan en mi mente y carraspeo, porque él no tiene razón y yo tengo una disculpa que ofrecer, así que más me vale dejar de pensar en lo guapa que está y centrarme en parecer tan arrepentido como me siento.

Eli

Miro a Álex sin saber bien qué decir. Soy consciente de que es posible que esté quedando como una tonta, pero es que ha venido a este piso en contadas ocasiones y siempre ha sido con toda la familia o, al menos, parte de ella. No sé bien qué hace aquí, aunque por la cara de perro apaleado que trae me hago una idea, pero aun así es raro. No sé si me siento cómoda teniéndolo en casa cuando yo tengo puesto un *short* y un top de tirantes para sofocar el calor que ya hace en mi piso, de manera que antes de abrir la puerta me he puesto una rebeca encima y es así como estoy asfixiándome de la manera más tonta, pero el jodido aire acondicionado no funciona y yo, por una cosa o por otra, sigo sin llamar al técnico.

—¿Te pillo muy mal?

—No, acabamos de cenar y Óscar iba a meterse en la cama ya. Está lavándose los dientes.

Como si la mención de su nombre hubiese sido un llamamiento, mi hijo aparece en el rellano y abraza las piernas de Álex antes de saludar siquiera.

—¡Hola, colega! ¿Cómo estás?

Se agacha para quedar a la altura de Óscar, aunque al final quede un poco por debajo, lo que me hace pensar, otra vez, lo alto que es Álex, teniendo en cuenta que mi hijo ya tiene seis años. No es demasiado ancho, quiero decir, no es un armario empotrado ni nada de eso, pero no le hace falta porque se nota que cada porción de su cuerpo está fibrada. No es como si yo me hubiese fijado mucho ni nada...

—¡Bien! Iba a irme a dormir. ¿Vienes a jugar? Porque tengo que madrugar y eso, no puedo acostarme tarde.

Álex se ríe y yo pongo los ojos en blanco pensando que este niño es demasiado maduro para su edad. Cuando el mayor se relame los labios pienso con ironía que es demasiado inmaduro para su edad, así que al final, de alguna extraña manera, encajan la mar de bien.

—Vengo a charlar con tu madre de algunas cosas, pero me encantaría jugar, aunque si tienes que irte a dormir supongo que podemos dejarlo para otro día.

—Mejor, sí, pero te dejo leerme un cuento.

—Óscar, cariño, Álex igual tiene prisa y...

—No, no tengo ninguna prisa —dice el susodicho levantándose y sonriéndome—. Puedo leerle un cuento, si estás de acuerdo.

Asiento porque hay algo en Álex que me sorprende y me agrada a partes iguales, y es que jamás hace nada con mi hijo si no tiene antes mi permiso. Puede parecer una tontería, pero como madre soltera he aguantado a una cantidad ingente de personas

diciéndome a diario cómo debo educar a Óscar, qué debo comprarle, hacerle de comer, leerle, y hasta cómo castigarle. Es un alivio dar con alguien que tiene en cuenta mis métodos y mi forma de educar antes de hacer nada, por nimio que sea.

—De acuerdo —digo al final para acompañar el movimiento afirmativo de mi cabeza.

—¡Bien! —exclama Óscar cogiendo la mano de Álex y metiéndolo en el piso—. Ven, ven, vamos a la estantería a ver cuál nos gusta más.

—¿Hay alguno de coches?

—Prefiero recetas.

—Pero a mí no me gusta cocinar —dice Álex como si fuese un niño enfurruñado.

—Pero a mí sí y el cuento es para mí. Otro día, cuando yo te lea a ti, si quieres, te leo un cuento de coches.

—¿Me lo prometes?

Mi hijo suelta una risita, encantado de tener que ejercer el papel de adulto y yo tampoco puedo evitar sonreír, porque Álex es inmaduro, pero también hay mucho teatro en sus acciones con Óscar, por lo general. Es otra cosa que me gusta de él: no teme ponerse a su altura a todos los niveles. Actúa como un niño porque entiende que así mi hijo se siente mucho más cómodo y en igualdad de condiciones. No teme sonar ridículo o perder la compostura y eso, precisamente eso, hace que resulte sexi a rabiarse. O quizá soy yo, que llevo demasiado tiempo sin tener sexo y este hombre parece saber cómo tocar algunos de mis puntos débiles emocionales.

—Te lo prometo, de verdad —dice Óscar sacándome de mis pensamientos.

—¿Has hecho pis? Mira que luego te haces pis en la cama y...

—¡Yo no me hago pis en la cama! —exclama mi hijo.

—Ah, ¿no?

—¡No!

—¿Seguro? Yo me hice pis hasta que era bastante mayor.

Mi hijo se ríe a carcajadas mientras yo pongo los ojos en blanco, otra vez, porque este tío es un payaso.

—¿Hasta qué edad?

—Veamos, tengo treinta y un años —dice Álex mientras Óscar se mete en la cama y el mayor elige el cuento de *Ratatouille* antes de seguir hablando—. Pues hasta que tuve por lo menos treinta.

Óscar se ríe a carcajadas mientras se tapa con la sábana, ayudado por Álex, que también sonríe antes de sentarse junto a él apoyando la espalda en el cabecero. En un primer momento creo que lo mejor es que me aleje de aquí, pero la escena me resulta tan bonita que me apoyo en el quicio de la puerta y los miro unos minutos, mientras Álex lee y Óscar empieza a dejarse vencer por el cansancio. Me doy cuenta de cómo el mayor acaricia el pelo del pequeño de vez en cuando, cómo le sonríe y cómo pone voces infantiles y distintas a cada uno de los personajes del cuento. Me doy cuenta de todo eso, y también de que estoy sonriendo como una tonta frente a él. Creo que no

me ha visto pero, por si acaso y temiendo haberme puesto en ridículo, les dejo a solas y entro en la cocina para hacerme una infusión. Mi piso no es gran cosa en cuestión de tamaño, la verdad: dos habitaciones, un baño, una cocina enana y un salón es todo lo que lo tenemos, pero para mí es maravilloso. Hiervo agua de sobra por si Álex quiere algo y me voy al salón. Pasan más de veinte minutos en los que me siento apoyando los pies en el sofá y la taza sobre mis rodillas mientras oigo la voz suave de Álex leer no uno, sino tres cuentos. Cuando por fin sale y me mira, sonrío de una forma tan encantadora que a punto estoy de quitarme la rebeca y dejarle ver el top. No lo hago, claro, una cosa es tener pensamientos tontos y medio suicidas y otra llevarlos a cabo.

—¿Hay de eso para mí? —pregunta señalando mi taza.

—En la cocina hay agua hervida, aunque ya estará fría. ¿Quieres infusión o café?

—Infusión me vale. —Hago amago de levantarme y me hace un gesto para que me quede quieta—. Dime dónde está y me lo preparo.

Lo hago, la verdad, principalmente porque ahora que ha llegado el momento de hablar estoy un poco nerviosa. Intuyo que va a volver a disculparse por su salida de tono y, aunque objetivamente pienso que no fue para tanto, no puedo negar que en su momento me dolió. De todas formas, no soy una persona rencorosa ni me gusta andar echando en cara cagadas ajenas, menos aún desde que yo misma cometí grandes errores y me lo recordaron hasta el cansancio. Literalmente hasta que me cansé de tanta distancia entre mis amigos y yo y me largué cambiando de ciudad y de vida, afrontando la decisión de tener un hijo sola y cargando con las consecuencias, para bien y para mal. Por supuesto, la cagada de Álex no está ni cerca de eso, pero en la comparativa seguro que me has entendido.

Cuando por fin vuelve, se sienta a mi lado, apoya los antebrazos en sus rodillas y mira su taza antes de carraspear y clavar sus ojos azules en mí. Y joder, qué azules son. Tiene el pelo más largo de lo que es normal en él, así que le cae sobre la frente en ondas despeinadas que hacen que sienta el impulso de pasar una mano por su rostro para retirarlo y poder verlo bien, sin impedimentos. No lo hago, claro, ya he dicho que en referencia a este hombre tengo millones de pensamientos y deseos, pero ni uno solo llevado a cabo. En su lugar, lo miro con la misma fijeza que él y acabo elevando una ceja y torciendo la boca en una sonrisa.

—¿Y bien?

—Eres tan jodidamente preciosa... —susurra antes de carraspear y soltar la taza en la mesa. Se frota la cara con vigor y creo que está recriminándose haber dicho eso. No me quejo, conste, pero sí me molesta que mi piel haya estado a punto de erizarse con algo que es probable que repita a diario a sus incontables amantes—. Lo siento, no estoy aquí para incomodarte más.

—No me incomodas, cielo, necesitas algo más que un piropo manido para conseguir que me sienta incómoda.

Él se ríe entre dientes y suspira antes de morderse el labio disparando un pico de

tensión dentro de mí. Manejable, muy manejable.

De momento.

—Eres un hueso duro de roer, Elizabeth.

Pongo los ojos en blanco, como siempre que pronuncia mi nombre completo. No porque me parezca absurdo, sino porque hasta eso me resulta sexi. O será que es el único que me llama así a estas alturas. Ni siquiera en el trabajo lo hacen, no después de que yo haya pedido que me llamen Eli encarecidamente. Elizabeth me resulta formal y estirado, o me lo resultaba hasta que Álex decidió que, muy puntualmente, iba a llamarme así. Por suerte, las normas de este juego también me las sé.

—Lo que pasa es que no estás acostumbrado a un mínimo de resistencia, Alejandro.

Él vuelve a reírse y asiente, dándome la razón o meditando acerca de sus próximas palabras, no lo sé, pero cuando abre la boca las dudas se disipan.

—Sabes que quiero volver a disculparme por todo lo que pasó en la barbacoa.

—Y tú sabes que ya acepté tus disculpas.

—En realidad, no, solo dijiste que preferías no seguir hablando conmigo. Mira, no voy a justificarme, ya me conoces lo bastante como para creerte cualquier chorrada que yo te diga. A veces soy un imbécil, tú lo sabes y yo también.

—Como disculpa, te está quedando regular —digo en tono irónico, solo por molestar.

Él frunce los labios, chasquea la lengua y se gira en el sofá para quedar de frente a mí.

—Hagamos una cosa: dime qué tengo que hacer para que me perdones.

—¿Quién ha dicho que tengas que hacer nada?

—Bueno, con una simple disculpa no va a servirte.

—Eso es lo que dices tú, no yo.

—Elizabeth, joder, no me vuelvas loco.

Sonríó mientras pienso que eso es lo que quisiera, volverle loco. Tan loco como para que olvide, aunque sea por unos días, que tiene una lista interminable de mujeres dispuestas a acostarse con él sin poner una mínima pega. Volverle tan loco como para hacer que se conforme con estar conmigo un tiempo, pero eso es imposible y ni siquiera fantaseo con la idea de convertirlo en una realidad. Bueno, vale, es mentira, puede que fantasee un poco, pero casi nada, lo prometo. Bueno, no, no lo prometo, mejor no.

Como sea, lo importante es que él parece agobiado y arrepentido de verdad, así que sonrío con sinceridad y palmeo su brazo restando importancia a toda esta escena.

—No te preocupes más, está olvidado.

—¿De verdad?

—Claro, todos tenemos momentos malos. No deberías haber venido solo por eso, Álex.

—Yo creo que sí. Y mi hermana Amelia y Einar también lo creen, por si te lo

preguntas.

—Bueno es tener la información —digo riéndome.

Él me sonrío y yo me quedo en silencio y, de pronto, un poco cortada, aunque desde fuera no lo parezca. Ya hemos acabado con el panorama de la disculpa, pero él tiene la taza casi entera, así que se supone que no va a irse aún, ¿no? Odio estas cosas, la verdad, si fuera Esme ya le habría sacado algún tema absurdo y estaríamos riendo de cualquier tontería, por eso me molesta tanto que, con Álex, que es un amigo más, me ataquen estas dudas. Tengo que intentar verlo como a sus hermanas, como a una más y punto.

—Tengo algo para ti. Bueno, para Óscar. —Se mete la mano en el bolsillo y saca un camión de bomberos en miniatura—. Le prometí que el ratoncito Pérez se acordaría de él, así que... ¿Se lo darás?

—Sí, claro. —Sonrío y cojo el camión—. Le va a encantar.

—Sí, estoy seguro, me lo ha pedido muchas veces.

—¿Cómo que te lo ha pedido? —Me quedo a cuadros, porque mi hijo no suele pedir nada a los demás—. Tú no tienes que comprarle nada.

—Y no lo he hecho. El camión estaba en mi cuarto, fuera de mi colección. Le expliqué que yo trabajo con uno como este. Más de una vez Óscar me lo pidió, o más bien intentó hacer un trato conmigo y cambiármelo por alguno de sus coches. — Cuando ve que no hablo me lo explica con más claridad—. Como si fueran cromos.

—Eso lo sé, lo que no sé es por qué querría este, cuando tiene tantos.

—Oye, es un camión autentico de bomberos, rubia. ¿Ves esto? —Coge el camión de mi mano y señala el lateral—. Todo tipo de detalles perfectamente recreados. ¡Claro que lo quiere! Todos queremos uno así.

—Y entonces, ¿por qué se lo das?

—Porque yo tengo muchos así en el trabajo y además puedo subir en ellos. — Sonrío con suficiencia y me río, porque me resulta imposible no hacerlo—. ¿Se lo darás de parte del ratoncito Pérez?

—Que sí, pesado, pero, ¿qué harás cuando no lo vea en tu cuarto y sepa que es el tuyo?

—Bah, no lo sabrá y, si pregunta, le diré cualquier cosa. Estaba esperando la oportunidad para regalárselo y la caída del primer diente me parece un gran momento. Podrá silbar con el hueco que le quede en la boca, ¿y sabes qué?

—¿Qué?

—Que estará un día más cerca de empezar a besar chicas y encontrar el placer más grande de la vida.

—Oh, Dios, ya me extrañaba que no salieras con tu tema favorito.

Álex se ríe, encantado de que hayamos relajado el ambiente lo suficiente para que estemos bromeando y se retrepa en el sofá después de coger su taza y tirar de las puntas de mi pelo. Odio que haga eso. Lo odio con todas mis fuerzas y él no se corta ni aunque lo lleve recogido. Le miro mal a conciencia pero solo consigo que vuelva a

reírse, así que resoplo y me retrepo en el sofá.

—¿En qué piensas? —pregunta con malicia.

—En lo guapísimo que estás y las ganas que tengo de arrancarme las bragas y dártelas en ofrenda. —Contesto batiendo las pestañas con fingida inocencia.

—Dios, desarrolla un poco más ese pensamiento, ¿quieres? Pero hazlo más cerquita de mí, nena, ven. —Tira de mi rebeca y suelto una carcajada mientras le empujo con el codo y me alejo aún más—. Joder, me pone tanto cuando te pones arisca... como una gatita salvaje.

—No sé cuál de todas esas frases me pone más frenética.

Él se ríe de buena gana y vuelve a tirar de mi rebeca. Le miro mal, pero no sirve de nada.

—Aquí hace un calor que flipas. ¿Qué pasa con el aire acondicionado?

—Está roto, pero no me importa porque yo no tengo calor.

—Pero si estás sudando, rubia —dice riéndose—. Estoy convencido de que debajo llevas algo ajustado que no quieres que vea y prefieres asarte, lo que me parece súper injusto para los dos, si me permites decirlo.

—¿Qué te hace suponer que debajo llevo algo? —pregunto en tono repelente.

Mal, mal por mí, porque estoy dándole cuerda. Que me ponga chula, contestona e irónica solo sirve para que él insista más y mi deseo aumente, así que estoy cagándola mucho, a lo bestia, pero, como siempre que estoy con Álex, parece darme igual. Como si fuese una mujer con una tara especial en lo referente a este hombre.

—¿No llevas nada debajo? —pregunta alzando las cejas.

—Puede que no. —Él se relame mirando en dirección a mi pecho y entrecierra los ojos con tanta concentración que empiezo a sentirme incómoda, a pesar de tener aún los pies subidos en el sofá y las rodillas protegiendo mi pecho—. ¿Intentas ver a través de mi ropa?

—Joder, sí.

Suelto una carcajada, porque su sinceridad me resulta encantadora, mal que me pese, y sé que es un gran punto a su favor cuando de ligar se trata.

—Creo que es hora de que te largues, Alejandro.

—No, creo que quiero quedarme y ver una peli o algo, ¿no te apetece?

—Uf, la verdad es que no.

—¿Segura? ¿O es que estás asándote debajo de esa rebeca y estás deseando que me largue para poder librarte de ella?

—Como te he dicho, no tengo calor.

—Rubia, te brilla la nariz por culpa del sudor. Si sigues tapándote así, con el calor que hace aquí, vas a criar pollos entre las tetas.

—Tu romanticismo me deja anonadada.

—Es que el calor me vuelve tierno. —Se levanta y, cuando pienso que se va, señala la máquina de aire acondicionado—. ¿Has cambiado las pilas al mando?

Mierda. Se me olvidaba que este tío es un manitas en todos los sentidos y adora

arreglar cosas. Una parte de mí está incluso agradecida de que quiera ayudarme. La otra está cabreada por el hecho de que piense que soy tan tonta como para no comprobar las pilas del mando. Podría contestarle una bordería, pero, como siempre, opto por la ironía.

—¿Había que comprobar las pilas? Yo solo soplé un poco pensando que no funcionaba por el polvo...

Pongo morritos y Álex, lejos de quedarse cortado, se ríe entre dientes y me señala con el mando.

—Polvo el que te echaba.

—Qué fino eres. ¿A todas las conquistas con tu boquita?

—No voy a negar que mi boca sabe hacer su trabajo en todos los aspectos, o eso me dicen.

Me guiña un ojo y reconozco, a regañadientes, que esa salida ha sido buena.

—Eres un capullo.

—Tú eres preciosa, pero ya te lo he dicho hoy y no quiero que te pongas muy creída, así que voy a largarme. Eso sí, pasado mañana vengo y te arreglo el aire.

—¿Qué? Ni hablar, no necesito que lo toques.

—¿Por? ¿Has avisado a algún técnico?

—No, pero lo haré.

—Yo puedo arreglarlo, es una gilipollez que gastes dinero en algo que puedo hacer con estas manitas tan útiles que Dios me ha dado. —Hago amago de protestar, pero me corta—. Te prometo que tampoco se han quejado de mis manos nunca. Jamás.

Me muerdo la lengua para no soltarle una de las mías, porque si no, no vamos a acabar nunca y suspiro asumiendo mi derrota.

—¿Pasado mañana?

—Mañana trabajamos los dos, así que sí.

Tiene razón. Yo como matrona trabajo en turnos de veinticuatro horas, igual que Álex como bombero. Casualidad es que los dos coincidamos. No tengo muchas excusas para negarme, sería de tontos rechazar otra vez su ayuda, cuando está claro que el calor va a ir a más y este piso es un pequeño horno, así que asiento y me dirijo hacia la puerta para que entienda que no tenemos mucho más que decirnos.

—¿Me das un besito de despedida?

—No.

—¿Me echarás de menos?

—No.

—¿Soñarás conmigo, al menos?

—No —contesto riéndome.

—Vale, ya sueño yo a lo grande por los dos. —Tira de mi rebeca y me besa en la frente antes de tirar de las puntas de mi pelo otra vez y alejarse guiñándome un ojo—. Buenas noches, gatita.

Le hago un corte de mangas y cierro la puerta en sus narices, pero lejos de tomárselo mal oigo su risa mientras se aleja por el descansillo y yo apoyo la frente en la puerta pensando que este tío, me guste o no, se está convirtiendo en mi perdición.

—¡Ey, Álex!

Me giro a tiempo de ver a Sandro, uno de mis compañeros, acercarse a mí.

—¿No tienes ganas de marcharte a casa o qué? —pregunto.

Él sonrío y se encoge de hombros. Después de veinticuatro horas trabajando los dos estamos deseando largarnos de aquí. El turno no ha sido de los peores, la verdad, pero una vez acabado solo quiero llegar a casa y descansar un rato. Además, esta tarde voy a casa de Eli para mirarle el aire acondicionado y, con suerte, verla con poca ropa. Con mucha suerte igual hasta se contonea y me la pone dura mientras trabajo. Bien, vale, igual esto ya forma parte más de una fantasía mía que de la realidad, porque es probable que, si se lo insinúo, me haga un corte de mangas y se largue a la cocina o incluso al descansillo, con tal de no verme la cara. La conozco tan bien ya que a veces incluso me asusto, porque quitando a mis hermanas, creo que es la mujer con la que más confianza tengo. Tengo muchas amigas, cierto, pero ninguna metida en mi núcleo familiar, sabiendo tanto de mí y que me sepa poner en mi sitio como Eli. No voy a decir que sea una experta como mis hermanas, pero está cogiendo la experiencia adecuada para meterme un palo por el culo cada vez que me pongo más tonto de la cuenta y eso, en vez de molestarme, me hace gracia. Ni siquiera me paro a pensar qué demonios significa este pensamiento, la verdad, así que lo deshago y me centro en Sandro.

—Esta noche tú, yo y dos universitarias de último curso. ¿Qué me dices?

—¿Dónde has conocido a dos universitarias? —Sandro abre la boca y yo alzo las manos—. ¿Sabes qué? Prefiero no saberlo. Si son adultas, me vale.

—Créeme, están crecidas en muchos aspectos.

Se señala el pecho haciéndome ver que las chicas lo tienen grande y me río, pero pienso que Sandro es un cerdo. Yo no soy un ángel, lo sé, pero al menos miro algo más que un par de tetas. Entre otras cosas porque soy más de culos. Claro que tampoco soy de ponerme tiquismiquis. A mí mientras sea mujer y mayor de edad, me vale. No voy a sentirme culpable por ser un enamorado del género femenino. Tampoco soy un cerdo, ni un machista, de hecho, he crecido con tres hermanas, lo que me da el conocimiento suficiente para saber que soy feminista y que adoro el suelo por el que pisan todas, hasta mis hermanas, que suelen ser unas cabronas de cuidado cuando quieren.

—¿Entonces? —insiste Sandro—. Te apuntas, ¿no?

—Sí, no veo por qué no.

—Genial, es a las nueve, así que luego te mando dirección del restaurante.

Asiento y me despido de él mientras me voy a casa con una sonrisa, porque soy de esos que disfrutan de la anticipación casi tanto como de la culminación. Una cena,

una charla, un tonto descarado, una copa, un beso descuidado en el cuello, la comisura de la boca, el lóbulo; un bocado en la barbilla y luego los labios, y las manos jugando en su cuerpo mientras las de ella hacen de las suyas en el mío. Y los cuerpos enredándose y dando la nota en un sitio público; una cama; unas sábanas revueltas; un cuerpo desnudo; gotas de sudor; gemidos; mordiscos; arañazos; palabras calientes y, al final, el clímax, el estallido que llevamos buscando desde que empezamos y que, al mismo tiempo, pone el final a una noche perfecta. Es inevitable que solo pensar en ello me ponga de buen humor, pero ahora es cuando estoy más convencido aún de que debo descansar antes, así que, en cuanto entro en casa, me doy una ducha y me acuesto intentando obviar los gritos de mis sobrinas y las canciones infantiles a todo trapo que entona mi padre para entretenerlas. Adoro a las enanas, pero creo que apuntan maneras y van a ser como Julieta, porque no es normal lo que pueden llegar a alborotar cuando ni siquiera pueden mantenerse sentadas del todo. Me despierto unas horas más tarde, bajo a la cocina para comer algo y me encuentro con Julieta, Diego, Marco, Esme, Nate, Amelia y los tres bebés. En serio, mis hermanas, en vez de independizarse, se dedican a traer más gente a esta casa. ¡Como si fuéramos pocos! Me giro para abrir el frigorífico y me encuentro a Sara removiendo una olla enorme de pasta y a Campofrío, el perro de la urbanización, a sus pies. El chucho fue abandonado por alguien anónimo y nosotros, que somos como somos, en vez de denunciar su desaparición o llevarlo a la perrera, lo hemos adoptado entre todos. Bueno, fue Julieta la que empezó, pero al final todo el mundo se ha sumado y ahora hasta Conchi, la más anciana de Sin Mar, reclama pasar tiempo con el perro. Es como Pancho, el perro de los anuncios de la lotería, pero en blanco y con el pelo rizado. La verdad es que es bastante mono y me cae en gracia siempre que no pille a mi hermana Julieta poniéndole mi perfume caro. Me agacho para olerlo y cuando me llega el aroma a coco sonrío, porque es una colonia de Amelia y me la sopla que se la gaste, la verdad.

—A buenas horas te levantas —dice mi padre—. Podrías haberme ayudado con el césped, que hay que cortarlo.

—¿Y lo has hecho tú?

—No. Te he dicho que podrías haberme ayudado y pensé en hacerlo, pero luego he recordado que vives aquí de gorra y que lo mínimo que puedes hacer es cortarlo, así que está esperándote.

Resoplo e intento no protestar demasiado, porque en esta familia todo el mundo tiene asumido que el césped es cosa mía y de nada sirve que me enfade. Además, es cierto que es lo mínimo que puedo hacer teniendo en cuenta que chupo del bote a diario, pero mis hermanas abusan mucho más que yo y lo más que hacen es recoger la mesa o poner el lavavajillas. Que no le quito merito a la acción, ¡pero es que son tres! Tienen un morro que se lo pisan.

—Lo haré, pero no hoy.

—Ya estamos —dice mi padre.

—Javier, por favor, vamos a tener, aunque sea, una comida tranquila —le pide Sara.

Elevo una ceja en dirección a mi padre, que bufaba, y beso la mejilla de Sara, que me da un plato de pasta hasta arriba.

—Eres la mejor de esta casa.

—Y tú un adulator —dice riendo—. Anda, siéntate y come.

—¿Por qué él tiene más carne picada? ¡Eso es machismo! —exclama Julieta.

Sara está a punto de contestar, pero Diego coge su plato y le echa casi toda su carne picada a mi hermana.

—Ya está, protestona —dice suavemente mientras ella frunce el ceño y él le da un tierno beso en la cabeza.

—Ahora tú no tienes. ¿Por qué mi hombre no come como el tonto este? ¡Tiene más mérito porque tiene dos trabajos!

—¡Oye, oye, oye! Sin faltar que yo no he dicho nada —contesto.

—Perdónala, está de mal humor porque no ha dormido mucho. Las gemelas han empezado con los dientes y está siendo complicado —dice mi cuñado.

Yo pongo los ojos en blanco por respuesta. ¡Tienen dos bebés! Haberlo pensado antes de decidirse a procrear, aunque vinieran sin ser esperadas. Miro a mi hermana de nuevo solo para darme cuenta de que está dándole a su chico otra vez la carne picada. Creo que van a darle tantas vueltas que, cuando alguien decida comérsela, va a estar asquerosa. Diego suspira intentando contenerse, porque ya le conozco, y agacha la cabeza mientras come y yo pienso que están raros.

—Vosotros estáis raros —dice Amelia, que se ve que tiene conexión directa con mi mente.

—¿Quiénes? ¿Nosotros? —pregunta Julieta.

—Sí, estás muy nerviosa. Más de lo normal, quiero decir —intervengo.

—Ya te ha dicho Diego que las niñas no han dormido.

—Las niñas llevan sin dormir desde que nacieron porque han salido a ti. No es eso lo que te pasa —dice Esmé—. Yo también creo que estás rara.

—Y yo —añade Nate.

—No me pasa nada, ¿vale? Dejadlo ya.

—Ha sido una mañana dura en el trabajo —dice Diego.

—Deja de excusarla, tío —le contesta Nate—. ¿Qué os pasa?

—¡Que no pasa nada! —replica Julieta—. Joder, ¡la que estáis armando por un poco de carne picada!

—¡No digas tacos! —grita mi padre.

—¡No le grites más a la pobre! —responde Sara, también gritando.

—Confiesa, ¿qué te pasa? —pregunta Esmé con mirada avasalladora. Esa que debe poner en los juicios, porque da miedo y hace que sea casi imposible mentirle.

—Nada.

—Mentira.

—¡Te digo que nada!

—Mentira. ¿Estás preñada otra vez? ¿Es eso?

—Oh, mierda. ¿Estás preñada, Julieta? —pregunta mi padre—. Hija, ¿no te parece que con las gemelas es más que suficiente?

—Aquí no tenemos sitio para otro bebé —dice Amelia.

Todos empiezan a discutir y les lleva unos buenos cinco minutos callarse. Si lo consiguen es porque Diego da un grito que nos deja helados y todos le miramos con la incertidumbre pintada en la cara.

—No está embarazada, pero si lo estuviera sería cosa nuestra y no tendríais nada que decir. —Diego pasa un brazo por los hombros de Julieta y sigue hablando—. Le he pedido a vuestra hermana que se case conmigo.

El silencio reina en la estancia durante unos instantes, pero pocos, porque Sara da un grito, mi hermana Amelia se pone a llorar, espero que de alegría, y Esme sonrío como si la que fuese a pasar por el altar fuera ella. De hecho, la única que no sonrío es la futura novia, así que después de la reacción de euforia inicial todos la miramos y ella se pinza el labio antes de hablar.

—Le he dicho que tengo que pensarlo.

El corazón se me para un momento y miro de inmediato a Diego que, lejos de mostrarse preocupado, sonrío y frota la espalda de mi hermana mientras ella aprieta la mandíbula.

—Vamos a casarnos, solo que vuestra hermana tiene que asumir la noticia.

—Yo no pienso casarme en una iglesia. No me van nada esas cosas.

—Estoy de acuerdo —dice Esme—. Creo que podrías convertirte en la niña del exorcista solo con pasar al lado de la fuente de agua bendita.

—¿Tienen fuentes en las iglesias? ¿Y echan agua y todo? —pregunto.

Las miradas se centran en mí y comprendo, tarde, que acabo de sucumbir a ese gen imbécil que sale a la luz cuando me siento sorprendido o fuera de mi zona de confort. Por suerte en el trabajo no me pasa, porque ya es bastante bochornoso quedar en ridículo frente a mi familia cada vez que alguien hace una jodida locura. Algo que pasa muy a menudo, por cierto.

Cuando Julieta suelta una carcajada pienso que, al menos, he ayudado a romper su tensión.

—Sí, tienen fuentes que echan agua y piscinas olímpicas. De verdad, hijo, qué lelo eres a veces.

Hago amago de contestarle, pero mi padre me corta en seco y se centra en mi hermana.

—Si la iglesia no te gusta, te puedes casar por lo civil. Nosotros lo hicimos aquí, en el jardín, y salió una boda preciosa.

—A mí eso no me gusta —dice Julieta—. Sin ofender, que lo pasé muy bien en la vuestra, pero yo eso de vestirme de blanco... —Simula un estremecimiento y chasquea la lengua—. No, gracias.

—Podéis ir un día cualquiera al ayuntamiento y ya —dice Amelia—. No es nada romántico y, para mi gusto, es una situación fría, pero bueno, conociéndote no me extrañaría que te casaras en vaqueros.

—No quiero hacerlo así tampoco.

—¿Entonces qué quieres, cariño? —pregunta Sara.

—Ahora verás... —murmura Diego mientras mi hermana se mordisquea el labio.

—Si voy a entrar por el aro y comprometerme con un tío legalmente, quiero hacerlo a mi manera.

—¿Y qué manera es esa? —pregunto dubitativo porque, conociendo a mi hermana, de aquí puede salir cualquier cosa.

Julieta mira a Diego, que niega con la cabeza, se ríe y se frota los ojos retrepándose en la silla mientras ella se le acerca más y besa su mejilla.

—Porfi...

—No, pequeña, no, joder. No me hagas pasar por eso... —susurra este.

Bueno, a ver, lo susurra, pero todos nos enteramos, así que no sé para qué se esfuerza. Julieta le hace ojitos y Diego mira a otro lado, porque es un calzonazos que no puede negarle nada a mi hermana. Somos testigos entonces de cómo se sube en su regazo y mordisquea su cuello mientras Nate se ríe entre dientes, porque ya sabe cómo acabará esto, mi padre protesta y Esmé pone los ojos en blanco. Creo que los únicos que estamos expectantes somos Amelia y yo, que estamos concentrados en que Julieta le gane esta mano y nos cuente, por fin, cómo demonios quiere casarse. Podría decir que hacemos apuestas sobre si ganará o no, pero cuando Diego gime en público y se agarra al culo de mi hermana mientras lo morrea, sabemos que ella es la vencedora.

—Si no te quisiera tanto, te odiaría —dice él mientras apoya la frente en la de mi hermana.

—Te adoro —susurra ella mientras se retira de su regazo con una sonrisa triunfante y nos mira a nosotros—. Vamos a casarnos en la playa.

—¿En la playa? —pregunto—. ¿Y tanto lío para eso?

—Es que la playa solo es el enclave —sigue ella—. Vamos a casarnos en la playa, en agosto, para que podamos ir todos en nuestras vacaciones y...

—¿Y? —pregunta Esmé exasperada—. Jesús, Julieta, consigues que me desespere hasta lo más mínimo viniendo de ti. ¡Habla de una vez!

Ella mira a Diego, que tiene cara de resignación, y se ríe aspirando por la nariz, haciendo el mismo ruido que los cerdos y aplaudiendo antes de soltarlo de una vez.

—¡Vamos a casarnos disfrazados de Emily y Víctor!

—Oh, joder —murmuro.

En realidad, no sé por qué me sorprende. Lo que sí me extraña es que ninguno de nosotros haya sido capaz de verlo venir antes. Mi hermana está obsesionada con las películas de Tim Burton en general, pero *Eduardo Manostijeras* fue su preferida hasta que sacaron *La novia cadáver*. Desde entonces vive encandilada y enamorada de todo

lo que tenga que ver con la peli. De hecho, mis sobrinas se llaman Victoria y Emily por los protagonistas, y ya la Nochebuena que Diego le pidió que se fuera a vivir con él, apareció disfrazado de Víctor y obligó a Nate a vestirse de Emily y a Marco de *Eduardo Manostijeras*. Fue una noche memorable, pero claro, una cosa es eso y otra casarte hecho un mamarracho. Más que nada porque mi cuñado es un tío serio de naturaleza y sé que se va a morir de vergüenza disfrazándose delante de toda la familia. De hecho, ahora que lo pienso, la situación tiene su gracia y estoy a puntito de reírme de él de buena gana, pero entonces Julieta sigue hablando y se me pasan las ganas de reírme de nadie.

—¡Y ahí no termina lo bueno! Todos tenéis que venir disfrazados de algún personaje de la peli o, en su defecto y para no repetir demasiado, algún personaje de una peli de Tim Burton.

—Ni de puta coña me visto yo de mamarracho en la playa y en agosto —digo levantándome y soltando mi tenedor, porque ni hambre tengo ya.

—Conmigo tampoco cuentas, Julieta —sigue Esme—. Me parece que te estás pasando mucho. ¿No tienes bastante con hacer el ridículo tú?

—Pues no, no lo tengo, y vais a hacerme caso porque, o me caso así, o no me caso.

—Hija... —Mi padre la mira con intensidad, pero yo sé que solo intenta encontrar las palabras adecuadas—. Por favor, no nos hagais esto...

—¡Pero es que es mi sueño! Y si mi futuro marido accede, con lo mal que lo pasa con estas cosas, ¿por qué no podéis hacer vosotros el esfuerzo? ¿Tan horrible es? Si dijera que me caso en febrero y en carnaval os parecería bien.

—¡Es agosto y la playa! —exclamo de nuevo—. ¿Sabes cuánta gente hay en la playa ese mes? ¡No vas a tener narices de encontrar una sola en la que no haya saturación, Julieta, joder!

—¡Álex, no grites! —dice mi padre.

—¡No le grites tú! —sigue Sara, porque esta mujer es muy de defendernos siempre que mi padre nos pide no gritar, a gritos.

—Bueno, yo ya he dicho lo que hay. Mi futuro marido está de acuerdo así que nosotros, nuestras hijas y Marco estaremos allí, además de mis suegros, claro. Si no queréis venir me dolerá en lo más profundo, pero no cambiaré de opinión.

La miro con la boca abierta y me dirijo a mi familia para medir sus reacciones. Todos están igual que yo, así que sé que el chantaje emocional al que acabamos de ser sometidos ha surtido efecto. En menos de dos meses tendré que disfrazarme de mamarracho en la playa y la única que parece impasible ante eso es Amelia.

—¿Y tú por qué no te sorprendes? —le pregunto.

—Es Julieta. La pregunta debería ser por qué os sorprendéis todos.

Y así, de la nada, acaba de desmontarnos por completo. Esta chica cuando habla sentencia, en serio. Muy dulce y muy lo que quieras, pero acaba de cerrarnos la boca de un plumazo mientras Julieta sonrío, Diego la mira resignado, pero con una

pequeña sonrisa en la boca, porque ya he dicho que es un calzonazos y besa el suelo que ella pisa, y Nate se ríe entre dientes antes de coger a Noah en brazos y mirar a Esme, que se ha puesto a comer, supongo que pensando en lo que se nos viene encima, igual que yo.

Al final me siento, como y antes de tomarme el postre me despido y me voy a casa de Eli, porque no quiero hablar más de esto. En serio, necesito unos días para asimilarlo y ahora mismo lo único que quiero es olvidar toda esa locura de boda, sobre todo porque presiento que de ahora en adelante será el tema principal en nuestras vidas.

Llego al piso de Eli una hora antes de lo que le dije, pero cuando toco el portero me abre de inmediato y, ya arriba, me recibe con una sonrisa. Bueno, con una sonrisa, un *short* vaquero que, para mi desgracia, es bastante decente, y una camiseta de tirantes ajustada. Es alucinante lo preciosa que está con algo tan básico. A ver, no me entiendas mal, todas las mujeres son guapas a su manera, pero Eli... joder, es que no necesita hacer nada especial para que las fantasías acudan a mi mente en tropel.

—Espero que vengas con una coca cola y dispuesto a quitarte la camiseta —dice a modo de saludo—. Si tengo que aguantarte aquí toda la tarde, lo menos que puedes hacer es alegrarme la vista.

Me río, porque me encanta esta mujer y su forma de ser, y me quito la camiseta en el rellano, haciendo que suelte una carcajada. Supongo que, por un momento, ha dudado si lo haría o no.

—La coca cola no la traigo, pero si quieres voy a la cocina y me tiro vasos de agua por encima hasta que estés tan cachonda que solo pienses en bajarme el pantalón y...

—¡Hola, Álex! —exclama Óscar apareciendo y cortándome el rollo en el acto—. Mamá dice que vas a arreglarnos el aire acondicionado y que puedo ayudarte. ¿Es verdad?

Carraspeo, porque a mi mente le cuesta un poco salir de la fantasía que había empezado a contarle a Eli y asiento mientras revuelvo el pelo del niño.

—Claro que sí, voy a necesitar las manos de otro hombre para hacer bien esto.

Entro en casa con el crío y cuando paso por el lado de Eli me retiene y me sonrío con malicia antes de alzarse sobre sus puntillas y susurrarme en el oído.

—Me pregunto a cuantas chicas tienes que decirles eso...

Hago amago de contestarle, pero cuando me guiña un ojo y se pierde en el interior del piso, no me queda otra que reírme entre dientes y reconocer que acaba de ganar el primer asalto.

Esta tarde va a ser, como mínimo, entretenida.

Eli

No sé qué es peor, si mi incontinencia a la hora de picar a este tío, o que lejos de tomárselo a mal, me siga el juego con tanta naturalidad. Ahora lo tengo en medio del salón, con la camiseta quitada y sudando la gota gorda mientras monta y desmonta cosas del aparato del aire. Ni siquiera he entendido una sola palabra de lo que me ha explicado porque así, de la nada, me he vuelto medio imbécil y solo me han quedado operativos los ojos y las hormonas.

—¿Eli?

Salgo de mi letargo, otra vez, para mirar a Álex, que eleva una ceja y me sonrío de esa forma canalla que debería odiar, que finjo que odio, de hecho, pero que solo es otra de esas cosas que me derriten contra mi voluntad.

—¿Eh?

—Tu hijo te estaba preguntando si puede merendar bizcocho.

Miro a Óscar de inmediato, que fija sus ojitos azules en mí y espera con paciencia una respuesta. Soy consciente de que he tenido mucha, muchísima suerte con él, pues nunca ha sido un niño de armar dramas o exigir demasiada atención. No todo ha sido un camino de rosas, conste, he aguantado sus rabietas muchas veces, pero la verdad es que solían pasar pronto y no se repetían muy a menudo. No creo que sea porque yo lo haya hecho mejor que otras como madre; al revés, creo que he tenido suerte y me ha tocado un niño más tranquilo, nada más. Y digo esto porque sé que muchas mujeres van por la vida, por desgracia, criticando la forma de educar de las demás. Yo, además, he tenido que soportar infinitas ordenes disfrazadas de consejos, solo porque soy madre soltera y algunas, de inmediato, piensan que no tengo ni idea, o que necesito ayuda extra.

No es así, de hecho, más de una vez he conocido en paritorio a mujeres con parejas que, bajo mi punto de vista, habrían hecho mejor en largarse como hizo el padre de Óscar, porque más que ayudarlas las presionaban incluso pariendo. Hombres egocéntricos que acababan convirtiéndose en los protagonistas de los partos, cuando no debería ser así.

Miro de nuevo a Álex e intento imaginarlo como uno de esos, pero me resulta imposible. Sé que tiene un ego del tamaño del planeta tierra, pero también sé que se ha desvivido por sus hermanas cuando han parido. Ha estado al pie del cañón en la sala de espera y no ha hecho más que darles cariño después de eso.

Que sí, que no lo pongo en un altar tampoco porque sé que es infantil, inmaduro y, a veces, un poco gruñón, pero también tiene cosas muy buenas y no pasa nada por contarlas.

Igual que no pasa nada por decir que tiene un cuerpo espectacular; sus músculos no son exagerados, ni mucho menos, pero está lo suficientemente marcado como para que yo fantasee con la posibilidad de pasear mi lengua por su estómago terso. Tiene vello, pero no demasiado; yo diría que tiene el justo y necesario. Tiene esas pulseras adornando su muñeca que, por alguna estúpida razón, me vuelven loca. Quizá porque sé que una se la hizo Óscar hace unos meses y otra, la de cuero, fue un regalo que su padre hizo a él y sus hermanas y personalizó para cada uno. En la de sus hermanas cuelgan abalorios que las definen, y en la de Álex hay una S de *Superman*, supongo que porque su padre tiene claro que su hijo es un héroe. Luce algunas más de cuero trenzado o hilo, además del reloj que usa cuando sale, pero no sé si solo son de adorno o significan algo. Algunas veces me paro a pensar que son pulseras que recibe de sus amantes, a modo de agradecimiento por hacerles pasar un buen rato. Luego me siento mal, crítica y envidiosa e intento olvidarlo.

Además, yo iba enumerando sus virtudes físicas, así que lo mejor que puedo hacer es seguir contando que tiene un culo redondito y duro que me ha hecho pinzarme el labio alguna que otra vez; piernas fuertes, acompañando al resto del cuerpo y pies bonitos, que es una cosa muy importante para mí. De verdad, si un chico no tiene los pies bonitos, pierdo interés en él. No sé bien por qué me sucede, pero supongo que todas tenemos un fetiche, igual que los chicos.

De su cara ya he hablado alguna vez, así que no hace falta que diga que sus ojos azules pueden ser tan intensos que me ponen nerviosa, su pelo ondulado y oscuro, más largo que de costumbre y pidiendo un corte a gritos, me incita a enredar mis dedos en él y su boca mullida y con dientes blancos y perfectos hace que la imagine recorriendo mi cuerpo en dirección descendente y piense cómo sería...

Y cuando llego aquí, paro, porque soy una mujer casi virgen, a estas alturas, y no quiero tentar a la suerte más de la cuenta y que Álex acabe dándose cuenta de que babeo por él mucho más de lo que me gustaría. Si él supiera que todas estas pullas que me salen de forma natural no son más que la forma de protegerme de él y sus insinuaciones... Bueno, eso, y que me lo paso la mar de bien pinchándolo, tampoco voy a mentir.

—A lo mejor se ha quedado sorda de golpe —dice mi hijo, volviendo a sobresaltarme.

—¿Eh?

—¿Estás bien? —pregunta Álex soltando el destornillador y acercándose a mí—. Te noto como ida.

—Sí, lo siento, estaba pensando en el trabajo. Es verdad que hice un bizcocho esta mañana, así que si queréis podéis parar un poco y merendamos.

—Yo nunca diré que no a comer bizcocho. ¿Hay batido de chocolate? —pregunta Álex.

Me río y pongo los ojos en blanco mientras los tres nos metemos en la minúscula cocina. La adicción de Álex por el batido de chocolate y las chuches me parece tan

tierna que hasta en eso tengo que controlarme para no acabar delatándome.

—Creo que hay un resto en la nevera —contesto.

—Genial, me lo pido —dice Álex—. Óscar, colega, vas a tener que beber café.

Mi hijo se ríe y va a la nevera con él mientras se niega y dice que el adulto es él, así que el café debería tomarlo él.

—El batido es para los niños.

—¿Quién dice eso? Los batidos y el chocolate son para todo el mundo.

—¡Pero solo hay un poco! Tienes que beberte el café y dejarme a mí el batido.

—¿Y eso por qué?

—¡Porque yo no puedo tomar café! —exclama mi hijo, pero lejos de exasperarse, parece encantado, como siempre que Álex está cerca y juega a ser más niño que él. Aunque a veces dudo si es un juego o realmente es así.

—Vaya... pues a ver si creces rápido, porque no me gusta nada quedarme sin batido. Bizcocho para mí sí que habrá, ¿no?

—Hay bizcocho para todos —digo sonriendo— y para que no te quejes le pondré un poco de chocolate como cobertura. Creo que tengo algo para deshacer por aquí.

Abro una de las puertas superiores y me alzo de puntillas para buscar el chocolate en la estantería. Estoy tan distraída que no soy consciente de cómo Álex se pega a mí por la espalda, coloca las manos en mi cintura y susurra en mi oído.

—¿Necesitas ayuda con eso?

Intento que no se me note que acabo de contener la respiración y suelto el aire lentamente, porque odio que esté tan pegado a mí. No, mentira, me encanta que esté tan pegado a mí. O sea, lo odio, pero me encanta. Tú ya me entiendes...

—No estaría mal que cogieras el chocolate —digo sin moverme del sitio.

Álex se estira, lo que hace que su cuerpo se pegue más al mío. Siento su torso desnudo pegado a mí y juro que quema, quema mucho. La cremallera de su pantalón me roza la parte baja de la espalda y sus muslos aprisionan los míos contra la encimera. Necesito soltar una frase que relaje el ambiente, pero estoy tan tensa que se me notarían las intenciones demasiado, así que me quedo callada mientras él sonrío en mi oreja, porque el capullo está disfrutando de la situación y, cuando por fin baja el chocolate y lo pone frente a mí, me debato entre sentirme aliviada o un poco triste porque el magreo gratuito se acabará de un momento a otro.

—Lo tengo, ahora dime qué me he ganado por ser un buen chico y bajarlo para ti.

—Ni que me hubieses bajado la luna.

—¿Quieres que lo haga? Porque creo que podría...

Me río y apoyo la nuca en su torso para girar mi cara y poder mirarlo a los ojos.

—¿No crees que te sobrevaloras un poquito?

Sus ojos azules se clavan en los míos y, por un segundo, tengo la absurda sensación de que puede ver todo lo que pienso y, peor aún, todo lo que siento.

—Soy bombero, ¿recuerdas? Tengo una escalera inmensa. Podría subir y bajar la luna para ti, si quisiera.

—Me da que tu escalera no es tan larga como crees.

—Cariño, hazme caso, sé bien cómo de larga es mi escalera.

Bien. Si hay algo que he aprendido es que, a veces, cualquier palabra puede tener una connotación sexual. En este caso, si sustituyo escalera por pene, dicho de manera fina, obtengo como respuesta la sonrisa que Álex me está dedicando en este momento.

—Dios mío, estás tan creído que te salen estas frases de manera automática. Apuesto a que es una de las más usadas en tu repertorio.

Él se ríe, se despega de mí mientras pellizca mi costado con suavidad y me guiña un ojo antes de blandir el chocolate frente a Óscar, que nos mira con cara de no entender nada.

—Bueno, ¿qué? ¿Deshacemos esto y bañamos el bizcocho?

—¡Sí! Menos mal que lo has cogido, porque mi madre es muy bajita.

—¡Oye! —exclamo ofendida—. Podría haberlo cogido sin problemas.

—Sí, mami, pero por suerte Álex estaba aquí y no has tenido que subirte en la encimera como otras veces.

Me pongo como un tomate mientras Álex suelta una carcajada y yo maldigo la inocencia de los niños. Solo me he subido en la encimera algunas veces, cuando me urgía coger lo que fuera de las baldas superiores y no me daba tiempo o no me daba la gana coger una silla del salón.

—Mi vida, ¿recuerdas cuando te dije que hay algunas cosas que es mejor no contar a la gente?

—Ajá.

—Lo de que a veces me subo en la encimera es algo que no deberías contar a la gente.

—¿Por qué? ¿Es malo? Te subes porque eres pequeñita. ¡Yo a veces también lo hago! Cuando no llego a las chuches que escondes ahí arriba.

Abro la boca, sorprendida al máximo porque no tenía ni idea de que Óscar supiera dónde escondo las chuches. Álex sigue riéndose a carcajadas, al parecer se lo está pasando en grande a nuestra costa y, al final, cuando consigo superar la sorpresa y dejo de sentirme tensa por la escena vivida con él, consigo reírme también y revolver el pelo de mi hijo mientras le quito el chocolate a Álex y me dispongo a disolverlo.

—Vosotros dos sois unos listos de cuidado. Anda, largaos al salón mientras yo termino con esto.

Ellos se van mientras se ríen, cada uno por sus cosas, y yo me quedo preparando el bizcocho y recuperándome de mi contacto con Álex. Hay que ver lo idiota que es una, de verdad. Estoy segura de que cualquiera de los trillones de amigas que tiene este tío se quedarían indiferentes ante una escena como la que acabamos de vivir, lo que demuestra lo mojigata que puedo llegar a ser, pero es que me puede. Me puede el tiempo que llevo sin sexo, me puede que él sea tan desenvuelto para la tontería más grande y me puede, mucho, saber que soy cinco años mayor. Que es una tontería, ya

ves, si yo lo sé, objetivamente ni siquiera es un dato importante, pero para mí lo es, porque no dejo de pensar que, cuando yo descubrí que tenía el periodo, con once años, él era un niño pequeño. Pequeño, pequeño. De la edad de mi hijo. O sea, pequeño. O que cuando yo tenía quince y estaba en plena efervescencia hormonal, él jugaba al fútbol en el patio de su cole; que cuando yo empecé a trabajar, él aún estudiaba, seguramente; que cuando yo estaba embarazada él tenía veintipocos y se follaba todo lo que se meneaba. Bueno, esto último tampoco ha variado tanto, así que podemos tacharlo, pero ya entiendes un poco por donde voy. ¿Cómo es posible que me ponga tanto un tío que encima es más joven que yo? ¿No deberían gustarme los maduritos? Esos de treinta y más o cuarenta y poco con un trabajo estable y más seguro que el de bombero, porque me pone histérica pensar que sale por ahí a jugarse la vida. Un hombre serio, con traje y conversación fluida de temas serios; un hombre que no se llene los bolsillos de chucherías, pero olvide las llaves casi cada vez que sale de casa; un hombre que se ponga camisetas normales, y no de esas personalizadas con mensajes *frikis* que se pone Álex cada dos por tres. En fin, un hombre serio, adulto y responsable, y no un Álex que se ríe de todo, inmaduro y... bueno, responsable, para lo que tiene que serlo, sí que lo es. No voy a quitarle eso tampoco porque estaría mintiendo. ¡Pero el caso aquí es que mi cuerpo no tiene ni idea de lo que nos conviene! Ha decidido él solito y sin contar conmigo que cada vez que Álex se acerque a mí las pulsaciones se me van a disparar, el calor invadirá partes muy muy íntimas mías y el corazón latirá al doble de su velocidad recomendable. El día menos pensado me da un infarto y todo por culpa de esta bipolaridad que sufro en lo que concierne a este chico. Hombre, es un hombre. No voy a empezar a llamarlo chico porque entonces haré todavía más evidente que es más joven que yo y...

—¿Pero se puede saber qué te pasa hoy? —pregunta Álex entrando de nuevo en la cocina y mirándome, esta vez, muy serio—. Tienes a Óscar preocupado, Elizabeth. ¿Es que tienes algún problema? ¿Es eso?

—No, no, claro que no —contesto sintiéndome culpable por estar tan ida esta tarde—. Perdona, solo pensaba en el trabajo.

—Pues te voy a dar un consejo y espero que lo cojas: da igual cuánto te importe tu trabajo, nena, porque cuando salgas del hospital lo mejor que puedes hacer es olvidarlo. Necesitas vivir tu vida sin pensar en todo lo que te espera al volver y eso no te hace peor, al revés.

—¿Tú lo consigues? —pregunto, aprovechando el tema para indagar más en las partes que no conozco demasiado de su vida, porque Álex apenas habla de nada que tenga que ver con su trabajo—. ¿Desconectas como si nada cuando sales de tu turno?

Él se moja los labios y suspira mientras sonrío y se acerca más a mí. Me quita la paleta de madera de la mano y remueve el chocolate un poco antes de apagarlo y apartarlo en el cuenco que ya tengo listo justo al lado.

—Hago lo posible por desconectar, sí.

—Eso no quiere decir que lo consigas.

—No, pero lo intento, y tú esta tarde estás tan ida que sé que no lo estás intentando, así que, o me cuentas lo que te pasa, o lo olvidas y disfrutas de la compañía de dos hombretones como Óscar y yo.

Sonríó un poco y asiento, entendiendo su punto y sabiendo que no tiene caso mentir, porque no soy de esas. Lo mejor es olvidarlo y procurar estar al cien por cien lo que queda de tarde.

—Está bien —digo en tono suave—. Desde ahora mismo, soy toda vuestra.

—Joder, imagina que Óscar no fuera un crío, ni tu hijo. Sería una frase de la hostia para dar pie a un trío.

—Eres un cerdo.

—¿No te gustaría? Dos hombres para ti solita.

—Si el otro chico cuenta como hombre y medio...

Sonríó y salgo de la cocina mientras él suelta una carcajada y me sigue hacia el salón. Cuando llega con el cuenco de chocolate y la cuchara se sienta y recubre el bizcocho sin decir ni una palabra. Óscar está impaciente por merendar, así que no nos presta mucha atención, pero yo soy muy consciente de cada mirada que Álex me dedica. Al final, cuando recubre nuestra merienda, se saca del bolsillo dos piruletas.

—Os voy a enseñar algo que hacíamos nosotros de pequeños.

Las aplasta contra la mesa y las golpea con el cuenco hasta que el caramelo queda desecho, luego las abre y espolvorea el contenido por encima del bizcocho.

—¿Chocolate y piruletas? ¿Y eso está bueno? —pregunto yo frunciendo el ceño, porque Óscar está entretenido disfrutando ante la perspectiva de darse un atracón de dulce.

—Buenísimo. Y si lo llego a saber, me traigo las bolsas de sangre que Julieta vende en la tienda. Tienen sabor a piruleta, pero es sirope, así que nos habría venido de perlas.

—Eres, de verdad, la persona más adicta al azúcar que conozco.

Álex se ríe, en vez de tomárselo a mal, y me guiña un ojo mientras parte un trozo de bizcocho para Óscar, otro para mí y uno inmenso para él.

—Y ni siquiera te he hablado aún de los beneficios de ese sirope cuando se come directamente de la piel.

—¿De la piel? —pregunta mi hijo—. ¿Cómo se come de la piel, Álex?

—Eh... pues verás... —Yo me río y me como un trozo de bizcocho disfrutando de lo lindo, pero Álex no es hombre de quedarse parado mucho tiempo, así que de inmediato sonrío y le guiña un ojo a Óscar—. Te lo pones aquí, en las muñecas, y te lo comes súper rápido, sorbiendo como si fueras un vampiro.

—¡Hala! ¡Cómo mola! Mamá, la próxima vez que vayamos a la tienda de Julieta tienes que comprarme las bolsas de sangre con sabor a piruleta, ¿vale?

—Sí, cariño —contesto riendo.

Merendamos y cuando acabamos Álex vuelve a trabajar, Óscar a hacer como que le ayuda y yo me meto en la cocina para limpiarlo todo y poner una lavadora

pendiente.

El resto de la tarde se nos va entre bromear, tirarnos indirectas y mirarnos de reojo mientras disimulamos, cada vez peor, frente a mi hijo. La verdad es que nunca había estado tanto tiempo a solas con él y es... reconfortante. Quiero decir, que nosotros siempre nos comportamos así, pero rara vez nos dejan a solas. Siempre estamos rodeados de su enorme familia porque no hay motivos para estar a solas, así que tenerlo aquí, en casa, pendiente de mi hijo y de mí todo el tiempo ha sido gratificante, no puedo negarlo.

Cuando por fin acaba con el aparato del aire acondicionado y comprobamos que funciona estoy tan agradecida que no dudo en invitarle a cenar, porque sé que no va a aceptar que le pague de ninguna otra manera. Él sonrío y se revuelve el pelo antes de hacer una mueca.

—Me encantaría, de verdad, pero esta mañana quedé con un amigo y no puedo echarme atrás.

—Oh, lo entiendo —le contesto con una sonrisa, sin querer sentirme decepcionada—. Tranquilo, solo quería agradecerte que hayas arreglado la máquina.

—Y acepto el trato, pero otra noche, ¿vale?

—Jo, qué mal que no te puedas quedar, Álex, porque podríamos cenar un poquito de verdura y luego bizcocho otra vez. —Óscar baja la voz hasta hacerla un susurro, aunque le oigo perfectamente—. Si tú estás aquí, a mamá no le importará darnos más dulce.

—Creo que te estás pasando de listo, colega —dice Álex en el mismo tono guiñándole un ojo—. Mejor ve a lavarte las manos mientras yo quedo con tu madre otra noche para cobrarme esa cena a modo de pago.

El niño se ríe y sale disparado hacia el baño mientras Álex se acerca a mí y yo sonrío y señalo el pasillo por el que se ha ido.

—Creo que eres mala influencia para él. Ahora va a querer agregar caramelos a todos los pasteles que haga.

—Claro que sí, es un niño. Debería querer agregar caramelo hasta a las verduras. Yo lo intentaba.

—No me extraña —contesto riéndome.

Él se muerde el labio y se acerca más, y más y más y, al final, cuando estamos a solo un palmo de distancia, pasa un índice por mi costado y consigue que se me erice cada pelo de la nuca, aunque lo disimule bastante bien.

—De verdad me habría encantado quedarme a cenar —susurra.

—Tranquilo, aunque no lo creas, solo era una invitación a cenar. No era un plan para seducirte ni mucho menos, así que no te pierdes mucho.

—Una cena, un bizcocho con vosotros y risas garantizadas... En realidad, sí que me pierdo mucho.

Sonrío, porque es un adulator nato y sabe cómo hacer sentir bien a la gente, pero no puedo evitar pensar que, si tanto cree que pierde, haría lo posible por quedarse

aquí. No se lo digo, por supuesto, porque es muy libre de ir a donde quiera, pero tampoco me dejo engañar por su palabrería.

—¿Vas a decirme que preferirías ese plan a salir con un amigo de caza por ahí? —pregunto en tono sarcástico—. Me extrañaría que, de hecho, no hubieses quedado de antemano con un par de chicas que os garanticen un broche perfecto a la velada. —Su sonrisa es tan culpable y delatadora que no puedo más que reírme, aunque algo por dentro pique, de la forma en que solo pica cuando imagino a Álex con otra chica, me guste o no—. Haces bien, eres joven, soltero y te has pasado la tarde haciendo de buen chico para una amiga, así que te has ganado tu recompensa.

—Mi recompensa era esta cena.

—Ya la haremos en otro momento.

—Eli...

—Álex, que no pasa nada, de verdad. —Me río deseando que me crea y cuando sonrío y frunce los labios sé que lo he conseguido—. Pásalo bien y, si triunfas, dedícame algún orgasmo.

—Joder, Elizabeth... —Me río mientras él bufa, pero acaba riéndose también y besando mi frente de esa manera tan fraternal y que tanta rabia empieza a darme—. Lo creas o no, te he dedicado muchos orgasmos de mi vida —susurra sobre mi piel.

Abro la boca anonadada por su confesión. A ver, sé que no habla de cuando está con otras y seguramente se refiera a la masturbación, y sé que el tono pretendía ser de broma, pero su voz ronca y la forma en que me mira ahora me hacen dudar hasta el punto de carraspear, alejarme de él y recuperar la compostura justo antes de que Óscar llegue y se enganche a su cuerpo para darle un beso de despedida. Álex le presta atención, como siempre, pero sé que está pendiente de mí, así que intento actuar de forma natural por todos los medios y, cuando por fin se va del piso, dejo ir un enorme suspiro y pienso que, en el fondo, estoy agradecida de que no se haya quedado a cenar, porque en una sola tarde esto se ha complicado de una manera del todo innecesaria, así que es mejor que permanezcamos alejados y solo nos veamos en reuniones familiares y eventos en los que estemos rodeados de mucha gente, puesto que es lo único que parece mantenernos bajo control.

—Tío, despierta, joder, tienes una preciosidad delante de ti y no le haces ni puto caso. ¿Qué demonios te pasa?

Miro a Sandro y resoplo, porque en realidad ni yo mismo sé lo que me pasa. O sí, sí que lo sé. Me pasa que desde que esta noche entré en el restaurante y conocí a Elsa, estoy descentrado. La chica es preciosa, inteligente y divertida, pero yo no he podido dejar de pensar que Eli estaría en casa cenando con Óscar y comiendo ese bizcocho que estaba de muerte. Por mucho que me joda admitirlo no he dejado de pensar que, en realidad, quería estar allí, y no en esta cita doble. Después de cenar la cosa no ha mejorado, hemos venido a un *pub* en el que Elsa intenta acercarse a mí y yo me dejo hacer, pero no consigo entrarle de la misma forma en que suelo entrar a todas. Sé que Sandro está flipando bastante y, la verdad, no me extraña. Yo tampoco me reconozco ahora mismo.

En fin, quiero decir, esta tarde ha sido genial, sí, hemos reído y disfrutado mucho, también, pero eso es porque Eli sabe darme caña y me entretiene mucho estar con ella; consigue que una simple conversación me enganche y eso es algo que no he encontrado en nadie, hasta la fecha. Ahora bien, de ahí, a dejar de disfrutar de esto por querer aquello... No, no es lógico, ni racional, ni siento que sea yo mismo. La única explicación que encuentro ahora mismo es que la tensión sexual entre Eli y yo es bestial, brutal, exagerada. No hay una palabra exacta para definirla, pero sé que se debe, en gran parte, a que ella supone un reto; no me lo pone fácil, no quiere tener nada conmigo y eso me espolea y me hace desearla aún más. Entiendo sus razones y, de hecho, estoy de acuerdo. Creo que ceder a esto que sentimos solo nos llevaría a acabar jodiendo su relación con mi familia y no quiero eso. Si ella me dijera que está segura de que quiere tener sexo sin compromisos conmigo me lanzaría de cabeza a la piscina, pero según tengo entendido por Esme, a Eli no le van los rollos de una sola noche, lo que es raro, porque sé que no ha tenido ninguna relación. Imagino que, cuando no puede aguantar más las ganas de tener sexo, lo hace de manera discreta. Yo que sé, yo lo único que sé es que estoy de acuerdo en que lo mejor es que no nos acostemos, pero que, si ella mañana me dice que ha cambiado de opinión, voy a ceder. Soy así de facilón y le tengo todas esas ganas.

Volviendo al presente, intento centrarme en Sandro e inventar algo creíble, porque decirle que me apetece más comer bizcocho con Eli que follarme a Elsa me hará quedar como el culo, así que me limito a sonreír y encogerme un poco de hombros.

—No estoy muy fino hoy.

—No hace falta que lo jures. —Mi amigo chasquea la lengua y me mira muy serio—. Escucha, me la suda lo que acabes haciendo hoy, pero haz el favor de no hacer sentir mal a la chica, porque si tú la jodes, yo me quedo sin follar también,

¿entiendes?

Miro a Elsa y a su amiga, la chica de Sandro. Charlan y sonríen, pero sé que mi amigo tiene razón. Si Elsa se cabrea conmigo y esta cita se va al traste por culpa de una metedura de pata mía, su amiga se cabreará con Sandro por haber traído a esta cita un tío tan impresentable. Aparte de eso, no está en mis genes tratar mal a nadie. No lo he hecho, en realidad, pero sí asumo que le he prestado poca atención; algo que pienso resolver ahora mismo.

—No te preocupes, voy a centrarme de inmediato.

Mi amigo sonrío, aliviado de que vuelva a ser yo mismo y me palmea el hombro antes de que nos dirijamos de nuevo hacia las chicas. Me fijo en que Elsa casi se ha tomado su bebida y me apresuro a pedirle otra. Cuando el camarero me la da me giro y se la entrego a la chica con una sonrisa.

—Ten, pero bebe despacio; estos cócteles pegan fuerte, aunque entren con suavidad.

Ella sonrío sin malicia y da un sorbo mientras asiente. Yo pienso que Eli habría aprovechado esa frase para colarme alguna de sus patadas verbales.

Deja. De. Hacer. Eso. Joder.

Me repito la frase por lo menos cuatro veces antes de entablar conversación con ella. Empezamos charlando de lo mucho que odiamos la música que ponen en el noventa por ciento de los bares hoy día y una hora después nos estamos morreando. No sé qué ha propiciado esta situación exactamente, porque no me he esforzado demasiado en conquistarla, pero besa de lujo y no pienso desaprovechar el momento. Tengo la oportunidad de arreglar la noche y hacerle ver que no soy un completo capullo, así que sonrío en su boca, la arrinconó contra la pared del *pub* y la beso poniendo todos mis sentidos en ella por primera vez en la noche. Si algo puede hacer que me concentre es el sexo. Elsa cuela las manos por debajo de mi camiseta y sonrío cuando nota cómo me tensó con su tacto.

—¿Salimos de aquí? —le pregunto antes de morder su labio inferior.

Ella araña con suavidad mi torso en respuesta y yo consigo que mi erección se endurezca aún más. La cojo de la mano y ni siquiera aviso a Sandro de que me voy, claro que, al salir, Elsa me dice que mejor le escribe un mensaje a su amiga, así que supongo que mi amigo se enterará. Mejor, así la doble cita será un éxito para ambos. Hago que Elsa suba en mi coche y cuando lo hace no pierde oportunidad de acercarse a mí lo máximo posible y besarme antes de que yo pueda arrancar.

—No te lo dije antes, porque te notaba raro, pero me flipa este coche.

Su mano se posa en mi muslo y yo sonrío y la beso con suavidad antes de arrancar, porque si esto se sigue calentando así vamos a dar un espectáculo.

—¿Vives cerca? —pregunto mientras salgo del aparcamiento.

Elsa sonrío y se acomoda en su asiento, consciente de que no pienso jugármela mientras conduzco y pensando en mi pregunta, supongo.

—Comparto piso con Alba y Alicia. Si me hubieses prestado un poco de atención

en la cena, lo sabrías.

Hago un mohín arrepentido, porque he debido estar muy perdido para no enterarme de que comparte piso, más que nada porque Alba es la chica que está con Sandro, así que supongo que los tres han hablado de ello mientras yo estaba pensando en bizcochos y cierta rubia que...

No, no, no voy a seguir por ahí.

Miro a Elsa de soslayo y coloco una mano en su muslo. Lleva un vestido bastante corto y ceñido, su piel es suave y agradezco el calor que ya hace, porque no voy a tener que molestarme en quitarle las medias. Sueno como un auténtico cabrón, pero es que ahora mismo no puedo dejar de pensar en desnudarla y enterrarme en ella hasta que cada pensamiento absurdo y ridículo se funda y salga de mi cuerpo junto con el orgasmo.

Sigo sus indicaciones para llegar a su piso, que resulta estar en las afueras de la ciudad, pero en la otra punta de mi urbanización, lo que me asegura más de una hora de coche para volver a casa, pero eh, todo sea por entregarme a los placeres carnales.

Cuando llegamos y entramos la avasallo en el recibidor, pero ella me hace un gesto con el dedo índice para que me calle y me lleva a rastras hasta un dormitorio; el suyo, por lógica. En cuanto escucho la puerta cerrarse la abrazo y esta vez no me aparta. Acaricio su espalda, beso su mandíbula y procuro ir con lentitud, pero ella tiene otros planes y tironea del botón de mi pantalón con tantas ganas que se me escapa una risa entrecortada, porque parecía muy dulce y resulta que está dispuesta a llevar el ritmo. Por mí, perfecto, no soy de los que tienen que llevar el mando siempre, así que me dejo hacer y en solo un par de minutos estoy completamente desnudo mientras ella solo se ha quitado los zapatos de tacón.

—Deja que me ocupe de ti —susurro mientras acaricio sus costados y ella se agarra a mi erección—. Espera, primero quiero verte.

Elsa sonrío y se gira para que baje la cremallera de su vestido. Beso su nuca y, cuando empiezo a descubrir la piel, dejo que mis labios descendan por su espalda, erizando su piel y provocando algunos escalofríos que me hacen sonreír de orgullo. Le quito el vestido y me muerdo el labio inferior cuando se gira y puedo disfrutar de sus pechos, puesto que no llevaba sujetador. Ella misma se quita las braguitas de un par de tirones y, en cuanto acaba, la arrastro hacia la cama y la tumbo para colarme entre sus piernas. Chupo y mordisqueo su cuello y no le doy opción a moverse, porque la arrincono entre el colchón y mi cuerpo y juego con sus pechos, su estómago y, por último, su pubis. Elsa gime, se arquea y se agarra a mi pelo mientras me mira; yo disfruto tanto o más que si la situación fuese al revés, porque hay algo grandioso e indescriptible en el poder que da complacer a una mujer; verlas retorcerse, suplicar más y deshacerse en mi boca y en mis manos es, con toda probabilidad, la única cosa que me crea más adicción que las chucherías y el chocolate. El primer orgasmo llega con fuerza, hace que se siente de golpe en la cama y en cuanto su cuerpo deja de temblar me aparta de un tirón para que no siga

tocándola. Sonríó satisfecho, porque eso quiere decir que está demasiado sensible y he cumplido con mi propósito, me arrodillo y la beso antes de bajarme de la cama para coger un condón de mi pantalón.

—Tengo en la mesita de noche —dice ella mientras yo revuelvo los bolsillos.

—Solo uso mis condones, cariño —contesto sonriendo y guiñando un ojo para no parecer un borde.

—Vaya, ¿así de desconfiado eres?

—Cuestión de seguridad para las dos partes.

—A lo mejor yo no me fio de tus condones.

Elevo las cejas sorprendido y ella se ríe, se arrodilla y deshace su moño con un par de movimientos de muñeca y quitándose solo algunas horquillas. Mi sonrisa vacila un momento, porque sigue estando preciosa, pero su pelo rubio se acaba de esparcir sobre sus hombros y por un momento...

No, pero no, estoy centrado. Sé muy bien con quién estoy y lo que quiero, así que subo en la cama, agarro algunos de sus mechones y los meto detrás de su oreja antes darle el condón para que me ayude a ponérmelo. En cuanto estoy listo abro sus piernas, me cuelo en el centro y la penetro con suavidad, pero sin pararme a pensarlo demasiado.

—Dios, qué bueno —gime ella en mi oído.

Sonríó y beso su hombro mientras me muevo y aspiro su aroma. Entierro la cara en su cuello y, cuando la alzo unos segundos después para mirarla, me fijo otra vez en su pelo rubio. Tiene el mismo largo, joder, es que si la pusiera a cuatro patas podría...

No, mierda, no haré eso. Es un puto insulto hacia Elsa y hacia mí mismo. Yo no soy ese tipo de tíos. A mí me gustan todas las mujeres, no me desciento nunca y menos en plena faena. Esto solo es un pequeño bache. Estoy sugestionado después de haber pasado toda la tarde con ella a solas. No es una situación habitual y a mi cerebro le está costando un poco adaptarse a esta noche porque quedarme en el piso con ella y Óscar me apetecía, pero es que también me apetecía esto.

—¿Estás bien? —pregunta Elsa.

Me doy cuenta de que mi ritmo es mucho más lento, mi cuerpo no parece estar bien acompasado al suyo y hasta mi erección empieza a flojear. Si no hiperventilo de la impresión es porque estoy seguro de que esto no ha sido más que un lapsus puntual.

—Perfectamente —susurro rozando su nariz—. Dame esa boca, anda.

Ella sonrío y me besa mientras yo me obligo a calmarme y disfrutar de esta maldita noche. Lo consigo, a base de persistencia y porque Elsa es una chica maravillosa que sabe cómo dar placer a un hombre. Cuando ella vuelve a tener un orgasmo me giro y la dejo sobre mi cuerpo para que me cabalgue y me ayude a llegar a mí. Se mueve como una jodida amazona, está preciosa y sonrío mientras me lleva a la locura. El orgasmo empieza a desatarse, una corriente eléctrica nace en las plantas de mis pies y, para cuando llega a mi espalda cierro los ojos, gimo y me corro... con

la imagen de Eli en mi cabeza. La visión es tan repentina que necesito clavar los dedos en los muslos de Elsa para que se esté quieta, porque creo que me estoy quedando sin aire. Soy consciente de que la persona que está sobre mí no es ella. Ella estará en su casa, con su hijo, durmiendo o viendo la tele mientras yo la tengo aquí, clavada en la cabeza como un imbécil. Este orgasmo ha sido tan... raro, intenso, devastador y egoísta que no sé si me siento bien o mal. Abro los ojos con lentitud, me encuentro con los ojos de Elsa y decido que me siento mal, porque no se merece esto. Ninguna chica se merece esto, pero no he podido evitarlo, lo que me cabrea como nadie se imagina, porque Elizabeth ya me vuelve loco con su verborrea cuando la tengo cerca y lo último que necesito es que empiece a joderme la cabeza.

—Bueno, pues ha estado genial, pero deberías vestirte e irte.

—¿Eh? —pregunto frunciendo el ceño.

Elsa baja de mi cuerpo y, para mi sorpresa, me quita el condón, lo anuda y lo tira en una papelería antes de ponerse sus bragas y mirarme poniendo los brazos en jarra.

—La noche ha estado genial, de verdad. Al principio ha sido un poco rara, pero ha merecido la pena. —Sonríe y se sienta en el borde de la cama mientras yo sigo desnudo y algo confundido—. No suelo dormir con mis líos.

—¿Qué...? No, yo tampoco, pero joder, me podías haber dado tiempo a vestirme.

Ella se ríe y se rasca el brazo mientras me mira un poco arrepentida.

—Tienes razón. Es solo que... bueno, ha sido un poco raro.

Suspiro con pesar, porque sé que se ha dado cuenta de que pasa algo conmigo. O eso, o piensa que soy un *friki*, por muy bien que me haya vendido Sandro. La noche ha sido tan rara que lo mejor que puedo hacer, desde luego, es largarme, pero antes quiero dejarle claro que no suelo actuar así.

—Tienes razón y no te imaginas cómo siento que...

—¿Tú? ¿Qué vas a sentir? Has estado genial. —Sonríe y chasquea la lengua—. Al menos desde que llegamos al *pub* hasta ahora. Lo que pasa es que hace solo unas semanas que lo dejé con mi chico y es la primera vez que estoy con otro, ¿sabes?

Sus ojos se aguan mientras carraspea y se levanta para ir hacia el armario, sacar una camiseta y ponérsela. Supongo que se siente incómoda estando desnuda frente a mí, ahora que ha pasado todo. Me levanto con cuidado y cojo mi ropa para vestirme con premura, pero sin quitarle el ojo de encima. No sé qué decirle, la verdad, ni siquiera sé por qué cojones me cuenta lo de su ex, a no ser que se haya sentido tan mal conmigo que haya sido un chasco, pero ha dicho que ha sido genial, ¿no?

Al final y por experiencia propia decido que lo mejor es ir de frente, pero, una vez más, ella se me adelanta.

—Alba me convenció de que necesitaba un polvo espontáneo. Una sola noche y fuera. Era un plan perfecto. Era un plan la hostia de perfecto y todo iba genial, pero luego tú te desnudaste y me penetraste y yo... no dejé de verlo a él. —Abro la boca para decir algo mientras sus lágrimas recorren sus mejillas, pero, consciente de que es posible que quede en ridículo, la cierro de nuevo—. Creo que eres un gran chico y no

te mereces esto. O sea... te he utilizado, ¿sabes? aunque tú no lo sepas, lo he hecho.

—No me importa —susurro acercándome a ella—. No me importa, de verdad. Ey, no llores, vamos... —Chasqueo la lengua mientras ella solloza y la abrazo besando su pelo y acariciando su espalda con suavidad—. ¿Llevabais mucho tiempo?

—Nueve años. Es el único chico con el que he estado. Lo era, hasta esta noche. Supongo que es algo que tenía que hacer tarde o temprano. —Cierra los ojos y se aprieta los párpados con los dedos antes de separarse de mí y sonreír, pero sin alegría—. Estoy quedando en ridículo. Te juro que por lo general no soy tan niña.

—No estás quedando de ninguna forma. Es normal que te sientas rara y un poco fuera de lugar. Además, dado lo joven que eres, imagino que empezaste con él siendo casi una niña. —Ella asiente y yo frunzo los labios, comprendiéndola.

—¿Te ha pasado alguna vez?

Podría decirle que no, porque yo no he tenido relaciones nunca. Yo ni me encoño, ni me enamoro, ni me pasan estas cosas tan raras, pero es que me he corrido imaginando a la mejor amiga de mi hermana Esmeralda, así que no sé cómo hacer esto sin mentir. Al final opto por ser parco en palabras, así que asiento con brusquedad y contesto un «Sí» que, al parecer, es acertado, porque ella me vuelve a abrazar, besa mi mejilla y me pide que me vaya.

—¿Estarás bien? —pregunto preocupado.

Una cosa es que no me gusten los compromisos y otra que sea un imbécil y no me preocupen las chicas con las que me acuesto, aunque las acabe de conocer.

—Estaré bien. Te diría que podemos repetir, pero creo que no estoy lista, así que lo mejor será que lo dejemos así por ahora.

Sonrío, porque no voy a ponerle pegas a eso, y beso su mejilla antes de despedirme y salir de la habitación. Cuando recorro el pasillo y oigo gemidos en otro de los dormitorios me imagino de inmediato a Sandro y me río entre dientes, porque al final ese cabrón es el único que está teniendo una noche medio normal.

Conduzco hasta casa, me doy una ducha, me meto en la cama y me acuesto convencido de que mañana será otro día y todo volverá a estar como antes de mi visita a la casa de Eli. Entre nosotros existirá un tira y afloja sano y del todo controlable. Estoy seguro, más que seguro. Estoy tan seguro que me apostaría uno de los coches de mi colección.

O no, mejor no. Sin apuestas, pero sigo estando seguro. Segurísimo.

Mañana será otro día.

Eli

Han pasado dos días desde que vi a Álex. Mañana entro a trabajar a las ocho de la mañana, así que es posible que tampoco lo vea, lo que quiere decir que, cuando vuelva a encontrarme con él, hará una semana o más desde la última vez. No es que lleve la cuenta por algo en concreto ni nada... De hecho, agradezco que sea así, porque lo último que necesitamos es adquirir aún más confianza. Ya tenemos de sobra con tener que vernos en reuniones familiares. Lo mejor es evitar tardes como la del otro día, por muy bien que lo pasara, a pesar de que él estuvo trabajando.

Además, ayer Óscar preguntó cuándo volveríamos a verlo y, si bien es cierto que siempre le ha tenido mucho cariño, temo que la cosa vaya a más si nos ve a solas. Siempre me he esforzado por explicarle que él no tiene padre, aunque su madre le quiere más que a nada en el mundo, pero no soy tonta y sé, porque lo sé, que, en su cabecita, a veces, se pregunta cómo sería tener un papá, igual que el resto de sus amigos. Intento cumplir con los dos papeles, pero a ratos es tan difícil que me abandono al pesimismo, aunque sea por unos minutos, y me pregunto si estaré siendo una buena madre para mi hijo; si tendrá suficiente conmigo o nunca bastará. Por suerte, esos momentos me duran poco y me obligo a animarme pensando que Óscar tiene una madre que no es perfecta, eso está claro, pero daría la vida por él y es consciente, así que no puedo hacer más que apoyarlo en todo, guiarlo y educarlo para que el día de mañana sea un hombre de bien.

—Ahora, fíjate, Dios, cómo duele.

Miro a Esme, que a su vez mira a su hijo mientras hace una mueca de dolor. Nate frunce el ceño y yo sonrío, porque me resulta muy tierno que sufra, incluso, con los pequeños problemas que Esme está teniendo para dar el pecho al pequeño. En realidad, ni siquiera son problemas como tal, el niño no se coge bien, pero aprenderá, estoy segura y, si fuese otra mujer, Nate estaría tan tranquilo como yo. Lo que me hace gracia es precisamente eso, que, aun sabiéndolo de manera objetiva, se preocupa por su chica como si fuese un novato más. Le hago unas indicaciones a mi amiga para que sepa cómo tiene que ayudar a Noah a cogerse mejor y, cuando lo logra, me mira y achica los ojos de forma sospechosa.

—Vale, ahora cuéntame qué te pasa.

—¿A mí? Nada, ¿por?

—Llevas unos días rara.

—¿Yo?

—Sí, tú, desde la barbacoa. ¿Pasó algo?

—¿Y qué iba a pasar?

Miro a Nate que, a su vez, mira a su hijo. Sé que no le ha contado nada de mi discusión con Álex, porque Esme lo último que necesita es preocuparse por nosotros ahora, pero también sé que para él no es fácil evitar el tema si sale y, conociendo a mi amiga, estoy segura de que ha salido.

—Ya lo sé, pero quiero que me lo digas tú.

Esta vez es Nate el que me mira a mí y tiene los ojos tan abiertos que estoy tentada de tapárselos. Lo haría, pero creo que mi cara de sorpresa es incluso peor.

—¿Cómo?

—Estás cohibida porque no sabes si Julieta va a invitarte a su boda. —Chasquea la lengua y suspira—. Le dejé bien claro que lo mejor era que te lo dijera antes de que te enterases y pensaras que no estabas invitada, porque llevas más de un año cerca de esta familia, pero a veces te dan esos ataques de timidez que no entiendo y...

—Para, para un momento, Esme —le digo—. ¿Julieta se va a casar?

Ella me mira como si me hubiese caído de un séptimo y luego mira a su chico, que se encoge de hombros y se levanta murmurando que va a por un vaso de agua.

—¿No te lo ha dicho cuando has dejado a Óscar en la tienda?

Niego con la cabeza. Mi hijo se ha quedado allí porque quería comprar ese sirope de piruleta que viene en bolsas de sangre. Cuando hemos entrado la tienda estaba a tope, pero Julieta ha recibido a Óscar encantada y me ha dicho que, como le faltaban solo unos minutos para cerrar, lo dejara y ya me lo trae ella cuando acabe. Ahora, mirando a Esme, respiro de alivio pensando que es eso lo que la tiene mosqueada y sospechando de mí, pero entonces habla de nuevo y mis nervios vuelven.

—¿Y Álex no te lo dijo?

El niño suelta el pecho de nuevo y arranca a llorar. Ella se centra en él de inmediato y pasan unos segundos antes de que me mire. Yo aprovecho para hacer algo que últimamente se me da de maravilla: cagarla.

—¿Y por qué tendría que decirme nada Álex? ¡Ni que lo hubiese visto!

Esme vuelve a mirarme como si me hubiese vuelto un poco loca. No lo entiendo, la verdad. ¿Por qué supone que su hermano tendría que contarme algo tan importante como que Julieta se casa? Yo no tengo tantísima relación con Álex. Nosotros hablamos en las reuniones y somos amigos, pero poco más.

—Estuvo hace dos días en tu casa arreglando el aire acondicionado, ¿no?

—Eh... pues...

—Eso me contó, al menos. Si es mentira dímelo, porque te juro que se la carga por mentiroso.

—No, no, perdona, sí que estuvo, pero no me contó nada.

—¡Pero si fue el día que Julieta dio la noticia! ¿Cómo no te dijo nada? Este tío es tonto.

—Bueno, igual no sabía si yo estaba invitada y...

—¿Ves? Ya te está dando el ataque de timidez.

Resoplo y pongo los ojos en blanco, porque no estoy teniendo ningún ataque.

Simplemente entiendo que Álex no me dijo nada porque no sabía si Julieta me invitaría, o porque se le olvidó, o porque estaba muy ocupado quitándose la camiseta y tonteando conmigo, pero como ninguna de esas opciones le deja muy bien parado, decido que lo mejor que puedo hacer es tomar una actitud fría, como si fuese lo más normal del mundo que viniera a mi piso. Esme no sospecha de mí, me conoce a la perfección y sabe que corro de los tíos del tipo de Álex como de la peste, así que solo tengo que mantener la calma y todo saldrá bien.

—No me está dando un ataque de nada, Esme. Imagino que Julieta me invitará, pero quizá Álex no se acordó. De todas formas, no pasa nada, seguro que me lo dice ahora.

—Seguro, si no deja de hablar del temita.

—¿Y cuándo se casa?

—En agosto.

Abro la boca de la sorpresa y ella resopla, dejándome claro que para todos ha sido un notición.

—¡Pero eso es en menos de dos meses! Tengo que buscar vestido, complementos, ropa de Óscar. ¡Es demasiado precipitado! Tu hermana se ha vuelto loca.

—¿Y ahora te das cuenta? ¿Te crees que lo tienes difícil? Prueba a encontrar un vestido con el que te veas medio guapa recién parida y que, además, permita bajar el escote para dar el pecho. Luego vienes y me cuentas mierdas.

—Uy. —Miramos a Nate, que acaba de entrar en el salón de nuevo con un vaso de agua en la mano—. ¿Estáis hablando de la boda del año?

Asiento y después miro a mi amiga y, además, la miro mal. ¿Qué es eso de que tiene que verse medio guapa con un vestido porque está recién parida? Joder, si está preciosa. Ya quisiera yo haber estado así después de mi parto, y no que cogí anemia y parecía un cadáver andante, sin contar que perdí tanto peso que apenas podía con el crío y... bueno, que Esme no tiene motivos para decir que está fea porque no lo está. Se lo digo, Nate me da la razón, ella resopla y vuelve a quejarse de la boda.

—Y encima en la playa. ¿Te imaginas lo que supone viajar a la playa, en temporada alta, con tres bebés? Y las gemelas tendrán ya medio año, pero Noah seguirá siendo un recién nacido. Está como una cabra.

—Mi vida, igual deberías replantearte todo esto y afrontar la boda con un poquito de ilusión, ¿no crees? —le pregunta Nate—. Ya sabes, como si te alegraras por tu hermana, a la que quieres mucho, aunque tu mal genio y las hormonas te hagan pensar otra cosa.

—¿Ya estás echándole la culpa a mis hormonas? —pregunta ella en un tono tan frío como el hielo.

Él, lejos de mostrarse precavido o cauto sonrío, da un sorbo a su agua y se agacha para besarla con tanta ternura que se me atraganta un poco, porque en momentos así, quiero tener a alguien que soporte mis salidas de tono con tanto amor y paciencia como lo hace Nate.

—Reconoce que te tienen un poquito desquiciada. Es lo normal y te entiendo, pero Julieta va a venir ahora y creo que, si tú estuvieras en su lugar, te gustaría que tu familia te apoyara y se mostrara ilusionada ante un evento tan importante y bonito.

—No voy a encontrar un vestido que me guste, y menos acorde a la temática de las narices.

—¿Temática? —pregunto interrumpiendo a la pareja.

Esme suspira, Nate coge al pequeño de su regazo y lo echa sobre su pecho con cuidado mientras mira a su chica de una forma que hace que ella acabe sonriendo, aunque sea un poco.

—Se va a casar en la playa y ha decidido hacer la boda temática. Todos tenemos que ir vestidos de algún personaje de una peli de Tim Burton.

Se me sale una carcajada mientras ella me mira muy seria un segundo, pero al siguiente se echa a reír conmigo. Desde luego no esperaba menos de Julieta y, de pronto, estoy deseando estar invitada, aunque es casi seguro que lo estoy, pero es que no quiero perderme algo así por nada del mundo.

—Pero espera, ¿es la semana que todos tenemos vacaciones? —Esme asiente y yo sonrío.

En realidad, yo iba a cogerlas en septiembre, pero ella fue la que me informó de que en la familia todos la habían cogido la misma semana y que sería genial que estuviera libre para poder disfrutar de barbacoas, salidas y demás en grupo. Puede parecer una tontería y sé que es probable que la mayoría no tuviera en cuenta algo así para coger sus vacaciones, pero en mi caso, después de haberme sentido tan sola tanto tiempo, tener una gran familia con la que disfrutar esos días era y es un regalo, así que no lo pensé mucho a la hora de pedir la misma semana y, por suerte, me la dieron sin problemas. Ahora parece que, además de todo, tendremos un viaje y una boda que ya se intuye inolvidable. Cuando mi mente empieza a pensar que en esa boda estará Álex y que podré verlo día y noche durante el tiempo que estemos en la playa la maldigo y le ordeno centrarse en lo importante, que es el amor. El de Julieta y Diego, se entiende.

Frunzo el ceño y me concentro en Esme y en lo preocupada que está porque no sabe qué personaje elegir. En realidad, no es que no lo sepa, es que es tan sobria que le da vergüenza disfrazarse de cualquier cosa porque piensa que hará el ridículo. Yo reconozco que disfrazarme no entra entre mis pasatiempos favoritos, pero no me molesta buscar un vestido tétrico para la ceremonia. De hecho, me hace bastante ilusión, aunque solo sea por lo original que es.

Poco después llega la futura novia armando jaleo, contándole chistes a mi hijo y asegurándome que no le ha dado más que cuatro gominolas. Yo mentalmente apunto que se ha comido por lo menos ocho, porque ya conozco a Julieta y siempre hay que poner el doble de las que ella dice.

—¿Y dónde están las gemelas? —le pregunto.

—Ha ido Diego a por ellas, viene ahora y así vemos a Noah. Por cierto, ¿el

bocazas de mi hermano te ha contado lo de mi boda?

—No, pero tu hermana sí.

Julieta abre la boca aspirando y formando una O con sus labios y mira a su hermana con las cejas alzadas.

—¿Me has pisado la noticia, Tempanito? Qué mal por tu parte. Podría esperar algo así de Álex, porque no sabe guardar un secreto, pero de ti...

—Cierra la boca e invítala ya, que está esperando.

—Bueno, a ver, tanto como esperando... —digo un poco cortada, porque no quiero quedar como una desesperada.

Julieta se ríe y me echa un brazo por los hombros antes de darme un beso sonoro en la mejilla y luego pellizcarla de una forma que me hace fruncir el ceño.

—¡Pues claro que estás invitada! Nos vamos toda la semana, porque antes tenemos que hacer la despedida de solteras, ya sabes. ¡Noche de chicas!

—No te emociones, bruja —dice Diego entrando en el salón.

No me extraña que Julieta se haya dejado la puerta abierta. De hecho, en esta urbanización es raro que algún vecino la cierre con llave, por mucho que eso me haga alucinar. Además, estoy demasiado ocupada babeando con la nueva escena ante mis ojos. Y no, no me refiero a Diego, que trae a una de sus hijas en brazos, sino a Álex, que trae a la otra mientras sonrío y saluda a todo el mundo. Sostiene a Emily a la vez que esta intenta morderle las pulseras de cuero e hilo y se ríe con tanta naturalidad que mis bragas se funden en cuestión de segundos. Dios, odio que este tío me ponga así sin hacer nada. A veces creo que bastaría con que me mirara y respirara para despertar mi deseo, lo que no me agrada en absoluto.

—Buenas noches, familia —dice mientras se adentra y se para frente a mí—. ¿Cómo tú por aquí?

—He venido a ver a Noah.

—¿Qué tal el aire? ¿Te funciona bien?

Sonrío a la pequeña, que mueve los brazos mientras me mira y, cuando hago amago de cogerla, se vuelve hacia su tío y estampa la boca en su cuello. Me río, pero también la envidio un poco, por patético que suene. Álex se ríe entre dientes y la mece mientras espera mi respuesta.

—De maravilla, gracias —contesto con una pequeña sonrisa.

Lo de ser cordiales se nos da de culo, lo sé. Lo que pasa es que toda la familia está pendiente de nosotros, incluso Amelia, que acaba de llegar. Se ve que venía detrás de los chicos y agradezco que haya entrado, porque eso me da una excusa para saludarla y alejarme de Álex.

—¿Qué tal?

—Tengo novio. —Abro la boca para decir algo, pero ella me sonrío y luego mira a su familia—. ¡Tengo novio! Dicho queda. Tengo novio y va a venir a la boda, Julieta, así que pon un cubierto más.

—A la boda vendrá si le damos el visto bueno, digo yo —dice Álex.

—Estoy de acuerdo —sigue Diego.

—Y yo —Nate se une y yo elevo las cejas y resoplo.

—¿Perdonad? No tenéis que estar de acuerdo en nada. Es su vida y su novio.

—Es mi hermana, rubia. Si un capullo quiere entrar en esta familia, antes tiene que tener mi aceptación.

—Y la mía —dice Diego.

—Y la mía —sigue Nate.

—Se os va mucho la olla —contesta Julieta riéndose—. Además, Álex, tú a Diego no le diste visto bueno, ni malo. Te lo comiste con patatas y punto.

—Es distinto —dice su hermano.

—¡Claro que lo es! —exclama Diego—. Yo soy un jodido encanto.

—En realidad le caías mal —dice su futura mujer sonriéndole—. Nate sí que le gustaba, pero incluso a él lo echó de casa cuando se puso tonto con Tempanito.

—Julieta, deja de sacar trapos sucios —le advierte Esme.

Yo suspiro y me preparo para una diatriba entre hermanos que acabará con todos ellos gritándose unos a otros mientras sus parejas intervienen y los separan. Claro que en este caso Diego parece ser el desencadenante, porque se planta delante de Álex, frunce el ceño y clava un dedo en su pecho. La imagen sería tensa, de no ser porque cada uno sostiene a una gemela y las dos hacen gorgoritos, se ríen y se babea las mejillas una a la otra, lo que da una idea de lo pegados que están los adultos.

—¿No te caía bien? ¿Por qué no? ¡Pero si soy genial!

—Y súper humilde —dice Julieta riéndose sin disimulo.

Su chico la fulmina con la mirada, pero ella sonrío más y se sienta al lado de Esme mientras sube los pies a la mesita y su hermana le riñe.

—Era una cuestión de honor —dice Álex—. No tenías bastante con quedarte a mi hermana, que encima tenías que ser poli.

—¿Qué cojones tiene que ver mi profesión en todo esto?

—¡Yo era el del uniforme potente en la familia, tío! —exclama Álex—. El bombero buenorro era yo, hasta que llegaste tú con tus esposas y tus mierdas varias y me tocó compartir el puesto.

—Si es que es un celoso de categoría —dice Amelia mientras se ríe, sin tomar en cuenta la actitud molesta de su hermano. De hecho, pasa por su lado y pellizca su mejilla como si fuese un niño enfurruñado—. Ay, mi chiquitín, que le entra pelusilla si ve a otro hombre en la familia.

—Yo le entiendo —dice Julieta—. Se vio al lado de mi hombre, que es un machote de los de verdad, y se acomplejó. Pobrecito.

—¡No estoy acomplejado, Julieta!

La susodicha se retrepa en el sofá, se alza la camiseta y se palmea la barriga como si fuera un tambor. Creo que la única función que tiene ese gesto es la de molestar a su hermano, porque ahora mismo parece que está divirtiéndose a su costa tanto con sus palabras como con sus gestos. Álex lo entiende, porque aprieta más la mandíbula.

—Estás súper acomplejado. Primero te ganó el poli y luego te tuviste que comer a Nate, que es médico, con su batita blanca y su tranca de tres metros. Yo te entiendo, a ver, es que pierdes por mucho.

La familia entera estalla en carcajadas. Bueno, casi toda la familia. Esme mira a Julieta frunciendo el ceño y Álex se ha tensado tanto que, al final, Amelia le ha quitado al bebé de los brazos.

—Si no fueras mi hermana, no te volvería a hablar en la vida.

—Oye, a ver si voy a tener yo la culpa de que seas el más feucho de todos.

Sé que Julieta lo hace solo para divertirse, porque muchas, muchas veces se ha jactado conmigo y con cualquiera que quiera escucharla de que tiene un hermano bombero y guapísimo. También dice que es un poco tonto, pero bueno, eso siempre lo ha dicho por costumbre, como cuando dice que Esme es un tempanito de hielo y Amelia una hierbas. El caso es que, a pesar de saberlo, ver cómo le ríen las gracias mientras Álex se molesta hace que sienta el deseo de defenderlo. No lo hago, pero cuando Óscar se pone a su lado y mira mal a Julieta sé que mi hijo acaba de pensar lo mismo que yo.

—Julieta, ¿por qué le dices cosas feas a Álex? ¿Es que no le quieres?

—Claro que le quiero, cielo. Los hermanos a veces decimos estas cosas para molestarlos.

—Pero si le quieres, ¿por qué quieres molestarlo? Yo quiero a mamá y no quiero que se moleste nunca.

Julieta se queda callada y pone cara de arrepentimiento. Álex, por su parte, sonrío y posa las manos en los pequeños hombros de mi hijo antes de agacharse y sonreírle.

—No te preocupes, colega. A veces los hermanos se dicen cosas feas, aunque se quieran mucho.

—¿Por qué?

—Pues porque los adultos no somos tan listos como nos creemos la mayoría de las veces.

—Yo también lo pienso —dice Óscar haciendo reír a toda la familia.

—Bueno, ahora que queda aclarado que en realidad no te caía mal, sino que me tenías envidia, deberíamos tratar el tema del novio de Amelia —dice Diego llamando la atención de todo el mundo.

—Estoy de acuerdo, pero que conste que no te tenía envidia. Sigo siendo mejor que tú y mi uniforme sigue siendo más morboso —sigue Álex.

—Ya, tus ganas... —contesta Diego riéndose entre dientes.

Álex frunce el ceño y cuando pienso que va a contestarle, Amelia los fulmina con la mirada y habla de nuevo.

—Tengo novio y ni vosotros, ni nadie, puede decirme si debo o no debo salir con él.

—Hombre, si va a venir a la boda, tendremos que conocerlo antes, ¿no? —pregunta Julieta.

—Vale, pero a la boda viene.

—Que sí, pesada —dice Esme—, pero tú tráelo, que le conozcamos a fondo.

—Si le hacéis pasar vergüenza o me ponéis a mí en evidencia, os odiaré de por vida.

Álex, Julieta y Esme ponen los ojos en blanco, pero yo no, porque entiendo a Amelia y sé que sus hermanos son muy tocapelotas. En serio, los quiero a los tres, pero no estoy ciega y sé cómo son.

Cuando por fin consiguen aclararse un poco deciden que lo mejor es hacer una barbacoa para conocer al supuesto novio de Amelia. Yo intento no pensar que esa fiesta va a ser un descontrol, pero es que conozco a los cuatrillizos y sé que desear algo así es un imposible.

Al final Nate mete en el horno unas *pizzas* y acabamos cenando aquí, pero no miento si digo que la comida me sabe amarga. Álex ha estado distante conmigo. Me ha hablado, pero de manera muy casual y cuando no quedaba más remedio. No digo que se ponga a tontear a saco, claro, pero él nunca se ha cortado, incluso estando frente a su familia, a la hora de dejarme caer alguna de sus perlas y esta noche no ha soltado ni una. Además, cuando nos hemos sentado para cenar ha procurado hacerlo lo más alejado posible de mí y juro que no son paranoias mías. O sí, no sé. El caso es que cuando he acabado de cenar me he despedido de todos y, antes de salir, he fijado mi mirada en él para intentar descifrar qué le pasa, pero solo me la ha devuelto durante un segundo antes de levantarse y decir que tenía que ir al baño. Ha sido el detonante para mí; le pasa algo conmigo, no sé el qué, pero intuyo que tiene que ver con el hecho de que estuvimos tonteando y le invité a cenar.

Salgo de casa, subo a Óscar al coche y arranco para volver a mi piso mientras la sangre empieza a hervirme poco a poco, porque no soporto que ese imbécil, egocéntrico y gilipollas se crea que tiene que esquivarme para que no me tire a su cuello o algo así. ¡Solo le invité a cenar! Por el amor de Dios, es un amigo, ¿no? ¿Tanta importancia tiene? Me dijo que tenía planes, sonreí y le aseguré que no pasaba nada. ¿No es eso lo que hacen los amigos? ¿Entonces de qué va todo esto? Por más vueltas que le doy no lo entiendo y, cuando por fin llego a mi piso y consigo acostar a Óscar, decido que lo mejor es no dedicarle ni un segundo más de mis pensamientos. ¿No quiere acercarse a mí? Bien, mejor, mucho mejor, así cada vez que la neurona que funciona mal en mí me insinúe que podría tener algo con él, podré presentarle las pruebas irrefutables de que liarme con Álex, aunque fuera una vez, sería el mayor error de mi vida. Y con ese pensamiento y un cabreo monumental me acuesto y pienso que mañana será otro día.

Mañana será un día en el que Alejandro no tenga el menor valor en mi vida, más allá de ser un conocido al que debo saludar con cortesía y educación. Y punto.

¿Sabes eso que dije la noche que salí con Elsa? Que lo que me había pasado era puntual, que al día siguiente seguro que lo tenía olvidado, que estaba sugestionado, que no era nada importante...

Pues me pasó anoche otra vez. ¡Otra vez! Lo mío es tan fuerte que no sé ni cómo me atrevo a mirarme al espejo. Y lo peor no es eso, no, lo peor es que Elsa, al menos, guardaba cierta similitud con Elizabeth, aunque solo fuera en el pelo, pero es que anoche me pasó con Adriana. ¡Con Adriana! Es morena y tiene los ojos verdes, joder, no se parece en nada a Eli, pero allí estaba yo, cerrando los ojos e imaginándomela mientras me chupaba la polla y, peor aún, llegando al orgasmo gracias a la fantasía.

Que sí, que yo sé que Adriana y yo tenemos este juego de utilizarnos un poco, ella para olvidar a su ex y yo cuando tengo días de mierda en el trabajo, pero una cosa es eso y otra recurrir a ella para intentar olvidarme de otra que no se le aparece pero que, por arte de magia, ha decidido colarse en todos mis malditos polvos.

Es tan frustrante que esta noche, cuando la he visto en casa de mi hermana Esme, no he podido hacer más que saludarla y luego esquivarla. No dejo de tropezarme con ella en mi cabeza, así que, al tenerla en persona, he sentido el impulso de ignorarla para demostrarme algo... Y lo he hecho, me he demostrado que mis hermanas tienen razón y a veces soy un tonto del culo, porque es muy probable que ahora ella piense que soy un capullo. No exagero, soy consciente de que se ha dado cuenta de mi distanciamiento y, conociéndola como la conozco, sé que lo tomará como una norma y no se acercará a mí más de lo justo y necesario. No es ella de arrastrarse o pegarse a mí, incluso cuando soy un capullo. Sonará feo decir que eso lo hacen otras, pero lo hacen. Eli, sin embargo, ha pillado la indirecta y es muy posible que de aquí a que vuelva a verla me haya torturado yo solito tanto que esté deseando congraciarme.

Sea como sea, cuando por fin llego a casa, me ducho y me meto en la cama solo quiero dormir. Dormir mucho, que llegue mañana y poder trabajar infinitas horas, pero, como era de esperar, el karma se pone en mi contra y mi hermana Amelia aparece en la habitación con su pijama de unicornio, sus gafas enormes y un libro entre las manos.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto de mal humor, más por costumbre que otra cosa.

—¿Puedo dormir contigo?

La miro frunciendo el ceño, porque, por lo general, después de que discutamos no quiere saber mucho de mí, así que supongo que pasa algo, porque con Amelia casi siempre pasa algo. Me pongo las manos bajo la nuca y fijo la vista en su libro.

—¿Has estado leyendo algo de terror?

—No.

—¿Fantasmas?

—No.

—¿Familias abandonadas, animales abandonados, árboles talados? —Ella niega con la cabeza y yo suspiro y bajo los brazos—. Vale, me rindo. ¿Me lo cuentas?

—No es sobre lo que he leído —dice—. Es sobre lo que ha pasado esta tarde. ¿Vais a tratar mal a Nacho?

—No, porque no sé quién coño es Nacho.

Amelia resopla, pone los ojos en blanco, salta sobre la cama y se abre paso a empujones. Así, por la cara, sin pedir permiso porque total, ¿para qué? De verdad que estoy hasta la punta del...

—Nacho es mi novio, Álex —dice ella sacándome de mis maldiciones mentales.

—Tú no novio, dirás.

—Y dale. Es mi novio y punto. No seas machista, ¿quieres?

—No se trata de machismo, se trata de que tú eres muy inocente y cualquier imbécil podría engañarte. Tienes que entender que nos preocupamos por ti.

—Y tú tienes que entender que no es de tu incumbencia con quién me acuesto yo. Puedo tener sexo con Nacho y con quien me dé la gana. Puedo tener hasta una orgía y tú no podrías decirme nada, porque no eres mi padre. De hecho, ni siquiera siendo mi padre podrías, porque soy adulta.

Una parte de mí quiere decirle que, para ser adulta, bien que se cuele en mi cama, como cuando éramos pequeños, cada vez que le parece, pero me callo, porque con el día que llevo es posible que encima quede yo de malo. Además, que me da tanta grima imaginarla teniendo sexo, sea con quien sea, que prefiero acabar con este tema de una vez por todas.

Paso un brazo alrededor de sus hombros intentando ser el hermano que Amelia se merece, porque da igual lo que haga, diga y piense; ella se merece al mejor hermano del mundo solo por ser como es.

—Le trataremos bien siempre que te trate bien, ¿de acuerdo?

—Me da miedo que se asuste en la barbacoa y me deje.

—Cariño, siento ser tan sincero, pero si te deja por cómo es esta familia, quizá es que no es el indicado. —Ella me mira interrogante y yo le sonrío—. Bueno, el que de verdad te quiera tendrá que aceptar que estamos en tu vida y, más aún, tendrá que asumir que no pensamos ir a ninguna parte y que siempre vamos a formar parte de ti. Si no lo entiende... mejor que se vaya ya, ¿no?

Ella sonrío, porque entiende lo que quiero decirle. Bueno, en realidad me encantaría que comprendiera que da igual a quien me presente, porque estoy casi seguro de que no me parecerá lo bastante bueno para ella. Y sí, antes pensaba lo mismo de Julieta y Esme, pero de alguna forma era distinto. Aparte de que Diego y Nate demostraron ser las parejas perfectas para mis hermanas, ellas son distintas a Amelia. No digo que esta última sea más débil, ni mucho menos, pero sí es mucho más sensible y, por lo tanto, más vulnerable. Julieta sabe bien ampararse en su locura, Esme controla su vida a golpe de miradas frías y actitud de hielo, pero Amelia es lo

que ves. No tiene un escudo, ella va por la vida a corazón abierto y es por eso por lo que sufro tanto pensando en su futuro y en que algún desgraciado se dé cuenta con un solo vistazo de lo mucho que vale y juegue con ella. Entiendo que ha decidido vivir su vida así, exponiendo sus sentimientos, pero no sé cómo consigue dormir sin cagarse de miedo pensando en todo lo que eso puede traer a su vida. ¿Es que no ve que está dejando que cualquiera pueda hacerle daño? No se da cuenta del peligro que supone que los demás vean que tienes una parte frágil y vulnerable. No comprende que la gente no es buena por naturaleza, como suele decir. No sé cómo hacer que vea que tiene que protegerse más, inventarse un escudo y usarlo cada vez que alguien intente acercarse más de la cuenta. Que encierre sus sentimientos más puros en un sitio donde nadie pueda tocarlos ni dañarlos. Todo eso pienso, pero luego la miro y ella me devuelve la mirada a través de esos enormes cristales; observo el azul de sus ojos, tan idéntico al mío, pero con algo que yo no tengo, algo transparente, dulce, puro; algo que solo tiene Amelia, y me doy cuenta de que es imposible pedirle que se guarde algo para sí. No puedo pedirle que intente no salir herida, porque ella ya sabe los riesgos que corre, los teme, pero, aun así, se expone. Supongo que, después de todo, no es la más débil, sino la más valiente de todos nosotros.

—¿Sabes una cosa, Álex? —Niego con la cabeza y ella se pone de lado, mirando hacia mí y pasando un brazo por mi torso. Sus gafas se han torcido un poco, lo que le da un aspecto aniñado y, cuando sonrío, no puedo evitar devolverle el gesto—. Tienes razón en una cosa: la persona que elija quererme, tiene que querer a esta familia y entender que no hay cielo, tierra o mares capaces de separarnos. Nosotros tenemos un vínculo especial.

Le guiño un ojo y beso su frente por respuesta. Amelia está convencida de que Julieta, Esme, ella y yo tenemos un vínculo de cuatrillizos que nos unirá siempre. Cree que somos capaces de detectar cuándo estamos tristes, enfermos o cosas así. Yo no sé si creo en esas cosas, la verdad, no me atrevo a negarlo porque sí es cierto que todas mis hermanas parecen tener un sexto sentido para adivinar cuándo estoy jodido, pero como no me abro con ellas si se trata de asuntos del trabajo, piensan que no funciona. También es verdad que yo mismo fui capaz de darme cuenta de que con mi hermana Esme pasaba algo, pero eso es porque somos hermanos, nos conocemos a la perfección y sabemos cómo es nuestro genio y nuestra forma de actuar. No tiene por qué haber un vínculo mágico, pero sé que explicárselo a Amelia es inútil porque está convencida y oye, tiene derecho a pensar y creer lo que le dé la gana.

—Vamos a dormir —susurro.

Amelia asiente, apoya la cabeza en mi hombro y me llega el aroma a albaricoque, esta vez. Ella y su manía de ponerse colonias frutales hasta para dormir...

Cierro los ojos y me concentro en descansar, pero mi hermana todavía no ha terminado de atormentarme, o eso parece, así que pasados diez minutos siento las yemas de sus dedos en el lateral de mi cuello. Ya sé de qué va esto, así que en vez de preguntar abro los ojos y le sonrío.

—Estoy vivo —murmuro—. Duerme.

Ella me mira con culpabilidad, pero yo sonrío y la abrazo con fuerza. De pequeña una niña le contó en el cole que su abuela había dejado de respirar mientras dormía y se había muerto sin que nadie se diera cuenta. Amelia cogió pánico a que nos pasara a alguno de nosotros y recuerdo infinitas noches en las que iba de habitación en habitación tomándonos el pulso. Ahora de adulta lo hace menos, a Julieta y a Esme, de hecho, procuraba no hacérselo nunca porque se cabreaban y le daban un sermón, pero yo, por alguna razón, no puedo enfadarme cuando la pillo haciéndolo. Sé que es adulta y, más importante aún, sé que ella es consciente de que es adulta, pero los miedos irracionales son eso, irracionales, no puedes controlarlos y tampoco hace daño, así que me limito a abrir los ojos, asegurarle que estoy vivo y seguir durmiendo. No es tan complicado y me lleva mucho menos tiempo del que me llevaría cabrearme y echarla del cuarto.

Cinco minutos más tarde, su voz vuelve a sonar en la habitación y yo empiezo a perder la paciencia.

—Álex.

—¿Mmmm? —No abro los ojos siquiera, para que entienda que tenemos que dormir, pero ella sigue hablando.

—Quiero que sepas que, en realidad, no me parece tan troglodita que quieras asegurarte de que mi novio te gusta, porque si un día me dices que te has enamorado, querré conocer a la chica que ha logrado el imposible y asegurarme de que te hace feliz.

—Yo no voy a enamorarme nunca, Amelia. No soy de esos.

—Es imposible que no seas de esos.

—¿Por qué es imposible?

—Porque tú no sabes vivir sin querer. Quieres tanto que te portas como un idiota: a papá, a nosotras, incluso a Sara. Tu problema, Álex, es que cuando te descuidas, quieres demasiado. —Besa mi mejilla y sonrío con dulzura—. Pero no tienes de qué preocuparte, porque aquí están tus hermanas para protegerte hasta que estés listo para asumir lo que de verdad quieres.

Me río entre dientes y la miro elevando las cejas. Quiero decirle alguna chorrada que le cierre la boca, pero ella se gira y me da las buenas noches como si nada. ¡Ahora sí que quiere dormir, mira tú por donde! Cierro los ojos y suspiro un poco frustrado, porque estoy muy cansado de que cualquiera de mis tres hermanas se crea que tiene derecho a psicoanalizarme. Yo no quiero querer a una mujer. Al menos, no quiero hacerlo como para comprometerme, casarme y tener hijos. No es lo mío, aunque nadie me crea. Yo quiero que mi vida siga como hasta ahora.

No, mentira, quiero que mi vida siga como hasta hace dos días. Quiero salir con mis distintas amigas y disfrutar del sexo que nos ofrecemos sin pensar en nadie más; quiero conocer más mujeres, abrirles las piernas y regalarles tantos orgasmos como sus cuerpos puedan soportar; quiero ir a trabajar cada día sin pensar que hay alguien

en casa esperando mi vuelta, alguien que se preocupa y teme por mi vida, alguien que puede sufrir demasiado si yo un día no vuelvo.

Mi respiración trastabilla y miro al techo dando vueltas a esto último. Ese pensamiento no lo había tenido hasta ahora y, si digo la verdad, no sé muy bien de dónde ha salido, pero ahora que lo medito me doy cuenta de que tampoco es ninguna mentira. Estoy acostumbrado a que mi familia se preocupe por mí, pero no soy capaz de contarles que estoy mal algún día, o que a veces el estrés puede un poco conmigo. No hablo con ellos porque no quiero que carguen con un peso como ese. Y si no quiero hacerlo con mi familia, que es sangre de mi sangre, mucho menos quiero echarle a alguien de fuera la responsabilidad de tener que preocuparse a diario por mí. No quiero que una mujer se enamore de mí y me quiera hasta el punto de sufrir por mi culpa o por culpa de mi trabajo. No quiero enamorarme de alguien y no poder prometerle que volveré cada día a su lado. No quiero enamorarme, morir y perder más de lo que ya tengo, que es muchísimo.

El pensamiento me agobia tanto que mi respiración se vuelve irregular y Amelia, que no es tonta, vuelve a girarse para mirarme. Le devuelvo la mirada, pero no le digo nada, y me doy cuenta de que no es necesario cuando me abraza con fuerza y besa mi pecho, como si no necesitara palabras, como si ese puto vínculo que se ha sacado de la manga de verdad existiera y estuviese viviendo la misma revelación que yo. Como si comprendiera que no hay palabras que me ayuden ahora mismo, porque acabo de darme de bruces contra uno de los muros que yo mismo construí.

El día en el trabajo es un caos, nada parece ir bien ya desde primera hora, no hay ningún incendio grave, pero tenemos un accidente que atender, sin muertos, por fortuna, una señora que rescatar de su terraza, porque la puerta se ha atrancado y unos entrenamientos que me dejan medio KO para lo que resta de turno, probablemente porque no he conseguido dormir mucho por culpa de cierta hermana tocapelotas que metió ideas raras en mi cabeza.

La noche se intuye algo más tranquila, pero a las dos de la madrugada nos avisan de que hay un incendio en una sierra a las afueras de la ciudad y que, además, tenemos que desalojar a toda la gente que vive en los alrededores.

Veo a Sandro, mi compañero, subir al camión a toda prisa, igual que yo, pero por alguna razón me siento ralentizado, como si mi mente fuese mucho más lenta que mi cuerpo, lo que es una pésima noticia teniendo en cuenta que estoy a punto de enfrentarme a un gran fuego.

En cuanto llegamos empezamos a recibir órdenes y trabajamos sin descanso, aplicándonos todas las técnicas habidas y por haber y procurando mantener el fuego a raya mientras llegan los refuerzos. El humo es insoportable, la gente tiene pánico y, en algunas ocasiones, tenemos que ayudarles a dejar sus casas porque están tan paralizados que no se mueven, el traje pesa hoy más de lo normal y el calor me está

abrasando, pero no puedo dejar de hacer mi trabajo ahora. No puedo dejar a mis compañeros en la estacada y mucho menos puedo sentarme y mirar cómo las llamas arrasaban con todo.

El problema es que las horas pasan, el aire se vicia tanto que el simple hecho de respirar se vuelve difícil y el cuerpo cada vez me pesa más. Sin contar con que el pensamiento de que mi familia estará preocupada por mí empieza a llegar en corrientes que van y vienen por mi cabeza. Durante un momento, incluso soy capaz de pensar en la jodida casualidad que ha hecho que anoche pensara en esto y hoy esté pasando. Intento no darle vueltas, concentrarme en el trabajo y seguir, solo seguir hasta que todo acabe, pero reconozco que es, sin duda, uno de mis turnos más complicados desde que entré en el cuerpo.

El amanecer nos pilla trabajando, exhaustos y desorientados por las horas transcurridas en las que apenas hemos parado. Muchos más compañeros han llegado de todas partes y el fuego sigue arrasando con todo. Pasan doce horas desde que llegamos aquí, lo sé porque es el tiempo máximo que podemos permanecer en activo en un incendio forestal, y nos mandan a casa para descansar un poco antes de volver, si es necesario. Han sido, con diferencia, las doce horas más duras de toda mi vida, incluso contando los partos de mis hermanas, y lo peor no es eso, lo peor es saber que, al llegar a casa, tengo que enfrentarme a la preocupación de mi padre, mis hermanas y mis cuñados. Joder, si pudiera me iría a un hotel solo para poder dormir unas horas y volver al trabajo. En el camino, de hecho, pienso en la posibilidad de hacerlo, pero sé que mi familia no me lo perdonaría. Ellos no pueden entender la impotencia que siento, la rabia e, incluso, el miedo que atenaza mi garganta cuando intentamos enfriar los puntos calientes que nos asignan y vemos cómo se reaviva el fuego poco después. No saben cómo me he sentido frente a llamas de veinte metros mientras pensaba que eran, hasta el momento, las más altas que he visto, sin duda. No saben que desde anoche algo se está desmoronando y no sé qué coño hacer para dejar de sentirme así, como si estuviese a punto de caer por un precipicio. No lo saben y, como quiero que sigan sin saberlo, llego, sonrío como puedo a mi padre y a Sara, que corren a abrazarme. Les aseguro que estoy de maravilla pero que necesito descansar y subo los escalones como si cada uno de ellos fuese un barranco. Cuando por fin llego a mi dormitorio me acerco a la cama, me tiro en plancha y me duermo antes de que mi cabeza toque la almohada mientras pienso que es una suerte haber salido vivo de eso, porque estoy convencido de que Julieta habría sido capaz de buscarme en el más allá y putearme de lo lindo por haberme atrevido a morir antes de su boda y joderle la fiesta.

Eli

Me pinzo los labios y tamborileo con los dedos en la mesa de la cocina mientras Óscar acaba de desayunar y yo me pongo al día con las noticias del incendio de la sierra. Álex no está allí. Lo sé, está en casa desde ayer por la tarde, cuando llegó exhausto. Esme me ha mantenido al día de todo y, aunque quise verlo ayer, me aseguró que era mejor dejarlo dormir. De hecho, nadie pudo verlo porque, al parecer, por la noche aún estaba dormido, así que supongo que ha estado en la cama hasta esta mañana.

No quiero ser pesada, ni molestarlo, pero es que estas horas han sido un infierno para mí también. Yo salí de trabajar ayer por la mañana, así que no tenía ni idea de qué había pasado y me encontré con las noticias y los *whatsapp* de Esme avisándome que Álex estaba en el incendio. Busqué a toda prisa la noticia en internet y cuando vi las imágenes que publicaban sentí cómo mi cuerpo y mi alma se ponían en alerta. No conseguí descansar en toda la mañana, a pesar de que lo necesitaba. De hecho, aun sabiendo que Álex había vuelto a casa estuve nerviosa todo el día, pensando en lo que podría haber pasado. Mala idea, lo sé, pero es que sentarme en el sofá de mi casa con una taza de té e imaginarle entre esas llamas, intentando luchar contra la fuerza de la naturaleza, fue el detonante que hizo saltar todas mis alarmas, porque hasta el momento yo tenía claro que le deseo, que me importa como amigo y que no quiero que le pase nada, por supuesto, pero no sabía que la simple idea de imaginarlo herido o algo peor podía conseguir que me sintiera enferma. Me he pasado la noche fantaseando con la idea de ir a su casa, sentarme en los pies de su cama y velar sus sueños hasta que hubiese descansado. No lo he hecho porque soy una mujer madura, pero, sobre todo, porque eso sería exponerme y dejarle ver hasta qué punto me importa.

Porque me importa, es un hecho que ya no puedo esconder más. Me gustaría ocultarlo, porque significaría que, al menos, me quedan fuerzas para negar lo evidente, pero creo que la careta se me está cayendo, las gomas que la sujetan están vapuleadas y desean partirse y dejarme desnuda ante mis sentimientos, asumiendo que hay más que deseo y que no aprendo, que da igual los años que pasen, porque seguiré encontrando una preciosa piedra en mi camino y tropezaré con ella mil veces antes de acabar hecha un guiñapo e intentando recomponer los pedazos rotos. Porque las piedras como él hacen daño, estoy segura, pero ni siquiera así me veo capaz de olvidarme de esto. No sé si estoy enamorada, no sé qué es esto, pero sé que no es lo que he sentido antes con otros hombres y por eso es mucho peor. Este no es un sentimiento caprichoso de una chica joven una noche de fiesta, como me pasó con el

padre de Óscar. No es el primer amor adolescente que sentí antes de él, tan intenso, desmedido e irreal. Esto no se parece a nada que yo haya sentido, no me gusta y no sé qué hacer para dejar de sentirlo. Lo asumo, porque soy una mujer adulta, pero eso no significa que tenga que estar feliz con la idea de saber que me gustaría ser una más en la lista de Álex.

No, no quiero ser una más, quiero ser la última.

Llegar, borrar de un plumazo cada nombre que hay guardado en su memoria, cada cuerpo, cada boca, cada gemido de otra que no sea yo y sustituirlo todo con mi propio nombre, cuerpo, boca y gemidos.

La parte positiva de todo esto es que no soy tonta, o no mucho, y sé bien que eso no es lo que él quiere. En realidad, asumir que deseo más de Álex no cambia mucho nuestra situación, porque yo no puedo ceder a esto que empieza a quemarme si quiero salir ilesa de esta historia y él no va a querer más de un polvo, si es que lo quiere, teniendo en cuenta la forma en que me evitó el otro día.

—¿Nos vamos ya? —pregunta Óscar cuando aparece en el salón.

Asiento y lo cojo de la mano mientras salimos del piso. En su otra manita lleva el camión de bomberos de Álex porque justo anoche se le cayó el diente que se le movía. Esta mañana recibió el regalo que Álex me dio y, aunque intenté convencerlo de que no era el de él, mi hijo no es tonto, así que al final he optado por decirle que Álex se lo regaló al ratoncito con la condición de que se lo regalara a él cuando se le cayera el diente. Al principio no sabía si la mentira iba a colar, pero su sonrisa mellada y radiante me demostró que sí, había salido del paso. Eso sí, en cuanto se lo confirmé pidió ver a Álex para darle las gracias. ¿Y qué hice yo? ¿Le dije que lo mejor era dejarlo descansar? ¿Qué podía verlo en la barbacoa que tenemos en unos días? ¿Qué podía llamarlo por teléfono? No, no hice nada de eso. Sonreí y le prometí que le llevaría a verlo. Me sentí un poco mal, porque sabía que, en el fondo, estaba aprovechando sus ganas de escudo para ocultar las mías, pero es que no me veo confesándole a mi hijo que tengo más deseos que él de ver al hombre que nos ha ganado casi sin proponérselo.

Salimos de casa, subimos al coche y ponemos rumbo a Sin Mar. Óscar me pide parar en la tienda de Julieta para comprar ojos comestibles; ojos que, por cierto, me dan muchísima grima, porque parecen muy reales, aunque solo sean gominolas. Me niego, primero porque no quiero entretenerme más y, segundo, porque no quiero que Julieta sepa que estamos aquí. Hoy tengo la sensación de ser más transparente de lo normal, así que me da un poco de miedo que puedan averiguar que estoy más ansiosa que mi hijo por ver a su hermano. Esa chica puede estar un poco loca, pero tiene una intuición envidiable y no se corta a la hora de soltar lo que piensa, así que es mejor ser más lista y evitarla.

Aparco frente a la casa de los cuatrillizos y, antes de salir del coche, mi hijo ya corre por el camino y toca el timbre. Sonrío y me apresuro a salir para acompañarle, pero para cuando llego a la puerta Óscar ya está abrazando a Javier, que se ha

agachado para recibirlo y yo sonrío como una tonta, porque adoro ver a mi hijo rodeado de tanta gente buena y que le quiere.

—... y entonces el ratoncito Pérez me lo ha dejado. ¡Mira! ¿A que mola?

—Mola muchísimo —contesta Javier riéndose y revolviéndole el pelo. Se levanta cuando me ve y me besa las mejillas mientras me sonrío—. Hola, cariño, pasa.

—Espero no molestar.

—No, tranquila. De hecho, me alegra que hayas venido.

—¿Y eso? Tengo entendido que no habéis estado aburridos, precisamente.

Javier sonrío sin despegar los labios y yo pienso en lo guapo que es. Tiene los ojos azules y Álex se le parece mucho, así que no puedo evitar pensar que, cuando pasen los años, se convertirá en un hombre tan atractivo como su padre. Amelia también se parece a él, igual que la mayoría de los rasgos de Julieta, aunque ella tiene los ojos castaños, cosa rara porque su madre los tenía verdes. De hecho, mi mejor amiga es una copia exacta de su progenitora. Ahora, a veces, Julieta dice que es que ella se parece a Sara, nosotros nos reímos de buena gana, pero ella lo dice con toda la seriedad del mundo y sé que, en el fondo, a Sara le hace mucha ilusión la comparación, supongo que por el hecho de que Julieta da a entender que ella es su segunda madre.

—Han sido unos días difíciles. Álex ya ha estado en situaciones malas antes, lleva años siendo bombero, pero, por fortuna, nunca se había enfrentado a un fuego forestal de esas magnitudes. Hoy aún intentan controlar algunos focos, así que su móvil sigue localizable, por si hace falta.

—Supongo que el hecho de que no lo llamen es bueno. Estará controlado, aunque no extinguido. —Javier asiente y suspira—. ¿Va todo bien?

Él me mira y fuerza una sonrisa que no llega a sus ojos, luego se fija en mi hijo y le manda a la cocina para que salude a Sara. Óscar no se lo piensa y sale disparado dejándonos a solas.

Miro a Javier que, a su vez, mira al techo.

—Está arriba y no ha querido bajar ni siquiera para desayunar. Anoche se despertó de madrugada y salió a correr. Lo sé porque Julieta me ha llamado para contarme que Paco, el del bar, le ha dicho que Conchi, la señora más mayor de la urbanización, estaba en la butaca leyendo, porque tiene insomnio, aunque en realidad su problema es que se pasa el día durmiendo y claro, llega la noche y ya no tiene sueño, pero bueno, el caso es que Conchi oyó ruido fuera, se asomó a la ventana y lo vio. Llevaba solo el pantalón corto de deporte y las zapatillas, según ella corría mucho, se paraba en seco, hacía flexiones, volvía a correr, se paraba otra vez, hacía sentadillas, y así se le ha ido la noche.

Bien, no sé por qué me cuenta esto, pero sé que imaginarme a Álex corriendo de madrugada, o haciendo flexiones, o sentadillas, o cualquier otra cosa en pantalón corto, con el torso al descubierto y sudando me provoca palpitations. Lo de que en esta urbanización sean capaces de vigilarte hasta de madrugada sería algo a reseñar si

esto no fuera Sin Mar, donde todos saben hasta lo que comen las mascotas de los demás.

—Entiendo.

—Estoy muy preocupado.

Su cara lo demuestra, aunque a mí no me parezca que sea para tanto, pero como sé que en esta familia todos gozan de una imaginación muy extensa decido preguntar un poco más.

—¿Crees que salió a hacer deporte porque...?

—Pesadillas, o estrés *post* traumático de ese, del mismo que sufren los soldados. Está traumatizado, Eli.

—Ya...

—De aquí a volverse loco, van dos pasos.

Intento no reírme, de verdad, porque sé que para él esta preocupación es muy real, pero es que el hecho de que diagnostique a su hijo de estrés *post* traumático porque sale a correr de madrugada es un pelín exagerado. Luego recuerdo que en esta familia exagerar es deporte vital e intento calmarlo.

—¿Y no crees que es posible que se acostara cuando llegó del fuego, durmiera muchísimas horas seguidas, se despertara, se frustrara porque ya no tenía sueño y saliera a hacer un poco de ejercicio para ver si se cansaba?

Javier chasquea la lengua y se cruza de brazos, como si estuviera meditando a fondo mis palabras. Al cabo de unos segundos frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No ha querido desayunar y él siempre desayuna un montón.

—¿Y no comió nada antes de acostarse de nuevo?

—No lo sé, Conchi tiene buena vista, pero dudo que vea a través de las paredes de casa.

Me río, palmeo su brazo con cariño y procuro no ser antipática, porque sé que todo esto no es más que la preocupación de un padre que ha vivido durante horas esperando que su hijo volviera sano y salvo de una situación bastante peligrosa. Creo que el hecho de que las noticias saquen imágenes del fuego no le ha ayudado. Javier sabe que Álex se juega la vida muchas veces, pero no tiene que verlo. En cambio, si enciende el televisor y ve las inmensas llamas arrasando la sierra, los bomberos exhaustos y trabajando contrarreloj, todo lo que ya se ha quemado y, además, oye a los presentadores decir el gran desastre natural que el fuego sigue provocando, es probable que se haya alterado más, porque de alguna forma ha sido como ver, por primera vez, que el peligro es real, que podía haberle pasado algo grave. Supongo que es como cuando creemos que nosotros o nuestros seres queridos jamás tendrán un accidente o serán atropellados. Nunca pensamos que estas cosas pueden tocarnos, hasta que ocurren y nos damos de frente con la realidad. Me aseguro de mantener una sonrisa tranquilizadora para que Javier se dé cuenta de que le entiendo, pero no hay motivo para ser alarmista.

No me malinterpretes, yo estoy muy muy preocupada por Álex, pero más bien por

el cansancio que puede tener, no porque tenga ningún tipo de estrés *post* traumático. No dudo que tenga pensamientos de todo tipo porque, además, no es dado a hablar de su trabajo con nadie, ni siquiera con su familia, pero sé que está muy lejos de seguir un patrón preocupante, igual que sé que otras veces se ha visto expuesto a situaciones peligrosas, muchas veces con víctimas mortales, y ha seguido siendo nuestro Álex de siempre.

—Estoy segura de que comió algo, volvió a dormirse y por eso no ha querido desayunar, Javier, de verdad.

Él se pinza el labio mientras asiente, pero al final señala las escaleras mientras me mira.

—¿Por qué no subes e intentas despertarlo? A ti te hará más caso que a nosotros.

—Eh...

—Cuidaremos de Óscar mientras tanto. Te quedas a comer, ¿no? Ya que estás aquí, puedes pasar el día en casa, así el niño le distrae. Si está enfermo, necesita distracción.

—No está enfermo, Javier, sácate eso de la cabeza y no se te ocurra decírselo, porque lo vas a cabrear.

—Ese hijo mío se cabrea por todo, ya estoy acostumbrado. ¡Si hasta se molesta cuando le pido consejos!

Frunzo el ceño y le miro preocupada, porque no sabía que Javier le hubiese pedido algún consejo a Álex y este se hubiese enfadado. Eso no me parece bien, la verdad, y negarse a ayudar a alguien tampoco es algo que le pegue a su hijo, así que me siento confundida.

—¿Qué consejos?

—Pues verás, es que hace un tiempo tuve un gatillazo con Sara y yo le pregunté a mi hijo si a él le había pasado alguna vez. Se cabreó porque claro, no quiere saber nada de mi vida sexual, pero entonces el chico, que andaba por aquí, me dijo que lo mejor era conseguir una viagra y probar. Total, como a mí me daba vergüenza, un día lo llamé y le dije que mejor me la comprara él.

—¿Álex?

—¡No! El chico, Marco. Me la compró y aquello funcionó de maravilla, pero cada vez que intentaba contárselo a mi hijo, se ponía frenético y me decía que no quería conocer detalles. ¿Te lo puedes creer?

Me lo creo, me lo creo porque estoy segura de que ahora mismo tengo en la cara todos los tonos de rojos posibles. Javier me mira con los ojos de par en par, como si buscase mi aprobación, y yo no sé qué demonios decir. Solo sé que es verdad que tenemos cierta confianza, pero hasta este grado no. Joder, hasta este grado no tengo yo confianza con nadie. Entiendo que el hombre está preocupado por su hijo, seguramente no haya dormido en días y esté un poco desquiciado, así que solo espero que él mismo no se avergüence cuando se dé cuenta de que me lo ha contado todo.

—Eh...

—Yo esto te lo cuento porque como tú eres matrona y atiendes partos, igual sabes bastante también de educación sexual y puedes recomendarme algún ejercicio o algo para no tener que tomar otra viagra, porque desde entonces la uso siempre. Yo creo que ya estoy curado y no la necesito, pero me da miedo dejarla y quedar en ridículo otra vez. Tú, como profesional, ¿qué opinas?

De todas las cosas que pensé que podían pasarme hoy, juro por lo más sagrado que esto no entraba en mis planes. Lo miro con la boca abierta, de manera literal, porque no puedo creerme que esté pidiéndome consejo para tener sexo con Sara. ¡Por el amor de Dios, soy matrona, no sexóloga! No quiero decirle algo que le ofenda, pero es que tampoco sé qué contestar, así que, al final, carraspeo y paso el trago como puedo.

—Verás, Javier, no sé si lo que yo pueda decirte sirve de algo, pero creo que igual el problema es... eh... psicológico. Ya sabes...

—¿Psicológico? Ay Dios, que al final el que necesita terapia soy yo, y no mi hijo.

—No, a ver, a ver, que yo creo que lo tuyo se curará cuando asumas que el cuerpo humano, a veces, tiene reacciones negativas para nosotros, pero eso no significa que un hecho puntual tenga que convertirse en algo permanente, ¿entiendes?

—Entiendo. Tengo que enfrentarme a mis miedos.

—Eso es.

—Y hacerlo sin viagra.

Trago saliva, porque contestar esto me está costando la vida y estoy segura de que estoy sudando, porque noto el nacimiento del pelo mojado y tiene que ser por el sudor a causa del bochorno.

—Sí, eso.

Él sonrío, palmea mi mejilla en un gesto paternal y besa mi frente antes de señalarme las escaleras.

—Si ya sabía yo que tú podías ayudarme. Ahora sube a despertar a mi hijo, anda. —Yo me muevo de inmediato, deseosa de acabar con esta situación y, cuando estoy a punto de subir las escaleras, oigo de nuevo su voz—. Eli, esto se queda entre tú y yo, ¿verdad?

—Desde luego, puedes estar muy tranquilo.

Por dios, como si quiera hablar de esto con alguien...

—Buena chica, buena chica... ¡Ya te contaré!

—¡No hace falta! Quiero decir que... —Él sonrío y se da la vuelta, entrando en la cocina y sin hacerme ni puñetero caso mientras yo me quedo a los pies de la escalera con cara de idiota—. Pues muy bien... acabo de ganarme el papel de consejera sexual del padre del tío del que me he colgado. Joder, si esto no da para escribir un libro...

Entro en la habitación de Álex con cuidado y contengo la respiración cuando me doy cuenta de que está tirado en la cama sin tapar y solo lleva puesto un pantalón de

chándal gris suelto, sin ropa interior debajo. ¿Que cómo lo sé? Porque si llevara un jodido bóxer no se le marcaría tanto la... pues por eso, por eso lo sé. Hago ejercicio de contención para no mirar esa zona en concreto y me siento en el borde de la cama mientras le miro de cerca. Su respiración es regular y su gesto tranquilo; expulsa el aire por los labios entreabiertos mientras algunas ondas caen por su frente. Uno de sus brazos está doblado hacia arriba, por encima de su cabeza y el otro cae al lado de su cuerpo. Está precioso, perfecto... tan perfecto que me da pena despertarlo, porque en cuanto lo haga, habré perdido la oportunidad de mirarlo a placer. Lo observo un poquito más, siendo consciente de que esto solo sirve para que algo dentro de mí se hinche. Me molesta, pero también acepto que el sentimiento está aquí y rechazarlo no sirve de nada, aunque no lo deje salir al exterior nunca.

Pasan un par de minutos, acaricio su frente y sonrío cuando arruga los ojos, tal como hace Óscar cuando no quiere levantarse. Es curioso que consiga despertarme ternura y un deseo salvaje al mismo tiempo, ¿verdad?

—Eh... —susurro mientras paso la yema de mis dedos por su mejilla—. Despierta, dormilón.

Álex se remueve y se gira, dándome la espalda y protestando con palabras ininteligibles. Su espalda es ancha, pero sin exagerar. Es un chico delgado a pesar de que cada parte de su ser es fibra pura. Bajo la mirada hacia su trasero y pienso que es el trasero más firme, redondo y bonito que he visto nunca, y eso que tiene puesto el pantalón corto.

—Largo, Amelia, lo digo en serio —dice al cabo de unos segundos.

Elevo las cejas y sonrío, sorprendida de que no haya reconocido mi voz, aunque supongo que, dormido como está, es complicado, sobre todo porque apuesto lo que sea a que soy la última persona que espera ver en su dormitorio.

Me levanto, doy la vuelta a la cama y me agacho, poniéndome en cuclillas y dejando mi cara a escasos centímetros de la suya. Me pinzo el labio antes de hacer lo que he pensado, porque quizá me estoy pasando, pero es que está tan irresistible que... Me acerco a él y rozo su mejilla con mi nariz antes de hacer lo mismo con mis labios. Solo es su mejilla, pero el deseo me arde como si estuviera jugando con su lengua. Arrastro con suavidad mi labio inferior de manera ascendente hasta llegar a su oreja.

—¿Crees que Amelia te despertaría así?

Me separo solo unos milímetros para mirarlo, pero sus ojos se abren tan de golpe que me sobresalto, porque no esperaba una reacción tan inminente y porque su mano se ha posado en mi nuca, enredándose en mi pelo y manteniéndome tan cerca de él que bastaría moverme un poco para que nuestros labios se rozaran. Álex me mira fijamente, como si estuviese asegurándose de que soy real y, al final, deja mi nuca, pero su mano se para en mi mejilla, la acaricia con suavidad con el dorso de sus dedos y baja a mi hombro para tirar de un mechón de mi pelo mientras me sonrío un poco.

—¿Alguna vez has soñado con alguien y, al abrir los ojos, ha sido lo primero que has visto? —Niego con la cabeza, un poco aturdida, porque imagino que se refiere a mí, pero él no parece darse cuenta, porque sonrío y roza su nariz con la mía antes de hablar de nuevo, haciendo que su aliento se estelle en mi cara, zarandeando mi deseo, poniendo patas arriba mis emociones y volviendo del revés cada uno de mis órganos vitales—. Es una experiencia que no deberías perderte. Acabas de regalarme el mejor despertar de toda mi jodida existencia, rubia.

De todas las cosas que pensé que haría al despertar hoy, confieso que no imaginaba abrir los ojos y tener frente a mí a la mujer que parece haber hecho un pacto con mi subconsciente para que no pueda dejar de verla ni dormido, ni despierto. Durante un segundo, cuando he oído su voz, he abierto los ojos y la he visto tan pegada a mí, he dudado si no sería un sueño; uno de esos tan reales que, al despertar, aún dudas si, en realidad, no ocurrieron. Una preciosa ilusión dispuesta a acabar con todas estas horas de angustia, letargo y cansancio que he pasado.

Pero no, ella no es un sueño y me he dado cuenta cuando he sentido su aliento en mi cara y he sido consciente de cómo se dilataban sus pupilas. Que esté aquí no me molesta, todo lo contrario, pero sí me pregunto qué la ha llevado a meterse en mi habitación y despertarme. Bueno, en realidad me pregunto qué la ha llevado a despertarme acariciando mi mejilla y susurrando en mi oído con esa voz tan dulce y excitante que tiene.

—¿Siempre te levantas así de romántico? —pregunta con sorna.

Le sonrío, porque sus patadas verbales ya están aquí, presentando una nueva guerra, pero da igual cuánto intente esconderse ahora en esa fachada, porque he sentido toda su ternura en un acto tan simple como despertarme.

—Es la primera vez que abro los ojos y veo a una chica que no es alguna de mis hermanas, así que estoy descubriendo este lado tanto como tú.

—¿Nunca duermes con tus millones de fans? —pregunta enarcando las cejas, como si no me creyera.

Su cara sigue cerca, muy cerca de mí, tan cerca que bastaría un leve movimiento, una respiración un poco más fuerte de lo normal para que mis labios fuesen a parar a los suyos. Por un momento, incluso estoy tentado de hacerlo; besarla y descubrir qué demonios pasa entre nosotros, porque estoy seguro de que pasa algo. Si no lo hago, es porque estoy seguro de que vamos a tener más oportunidades para besarnos y, cuando pase, porque pasará, será algo que los dos deseemos tanto que sea palpable hasta desde el jodido espacio. Ni ella tendrá dudas de que la deseo, ni yo las tendré de que ella quiere enredarse conmigo. No quiero hacerlo así, cuando no estoy seguro de qué siente, o qué quiere; cuando no sé si puedo ofenderla o, peor, hierla sin darme cuenta. Y como no puedo hacer eso, pero tampoco soy tan tonto como para creer que puedo soportar la tentación de estar a milímetros de su cara, me separo, me dejo caer boca arriba en el colchón y le guiño un ojo mientras me estiro.

—Nunca.

—No te creo —dice ella levantándose.

Ese es otro de los pequeños problemas que esta chica y yo tenemos. No confía en mí. Como amigo, sí, claro, estoy seguro, pero no confía en mí como hombre y,

aunque mi parte racional piensa que hace bien, la sentimental se siente dolida cada vez que ella me deja ver hasta qué punto pone en duda mi palabra.

—Puedes creer lo que te dé la gana, gatita, pero es la verdad.

—Llámame gatita otra vez y te juro que no sales vivo de esta habitación.

Me río entre dientes mientras salgo de la cama por el otro lado. Nadie se imagina lo que disfruto chinchándola, pero ahora mismo tengo una erección causada por el simple hecho de verla y no quiero parecer más pervertido de lo que soy, así que me revuelvo el pelo, saco una camiseta de mi armario y me la pongo en silencio, pensando en mis hermanas y eliminando, de raíz, todo rastro de excitación. Cuando me giro sigue ahí, de pie, mirándome con una mezcla de altanería y dulzura que solo es posible en ella.

—¿A qué debo el honor de tu visita?

Eli rodea la cama, se acerca a mí y, por primera vez en estos minutos, sonrío.

—Óscar está abajo. Anoche se le cayó el diente que se le movía y esta mañana, al ver tu camión, lo ha reconocido al instante. He tenido que convencerle de que hiciste un pacto con el mismísimo ratoncito Pérez y se lo regalaste con la condición de que fuese para él.

—Vaya... tengo grandes contactos. —Silbo y se ríe.

—¿Me seguirás la corriente?

—Por Óscar, lo que sea.

Su sonrisa se amplia y yo me doy cuenta, una vez más, de lo increíble que resulta. Puedo halagarla hasta el infinito, adorar su cuerpo y venerar su mente, decirle que es, de lejos, la mujer más ingeniosa que he conocido fuera de mi familia; que admiro su capacidad para criar a su hijo sola, sin familia, ni amigos, hasta que llegamos nosotros. Puedo decirle que es una mujer fuerte, que imaginarla ayudando a traer vida al mundo me reconforta, porque yo, por desgracia, veo como muchos la pierden en incendios o accidentes. Puedo decirle todo eso y más, pero estoy seguro de que nada la hará tan feliz como saber que de verdad haría cualquier cosa por su hijo; que Óscar me importa y me preocupa tanto o más que a mi familia. Sé que el conocimiento de que él tiene a mucha gente queriéndolo es lo que más la llena y su sonrisa, al final, no es más que un reflejo de la mía, porque saber que es feliz me importa mucho más de lo que ella, ni nadie, se imagina.

—¿Bajas conmigo ahora, lo hago yo antes, o lo haces tú?

Su cara es interrogativa, supongo que se pregunta en qué demonios estoy pensando o por qué la miro con tanta fijeza y yo, en vez de darle una explicación, cojo su mano y la saco del dormitorio.

—Bajo contigo, no confío en que llenes mi cama de chinchetas mientras no estoy aquí para vigilarte.

—Ja, ja. Imagino que piensas eso porque es lo que harías tú si estuvieras en mi habitación, ¿no?

—Gatita, si estuviera en tu habitación, lo último que haría sería pensar en

chinchetas. —Me giro para mirarla por encima de mi hombro y le dedico esa sonrisa que sé que gusta tanto a casi todas las chicas—. En realidad, no pensaría en chinchetas, ni en nada que no fuera tú, desnuda, revolcándote en las sabanas, conmigo como complemento de tu cuerpo.

Si mi comentario ha conseguido removerla por dentro, no se le ha notado, lo que es de admirar porque, joder, este ha sido bueno, tiene que reconocérmelo. Ella se adelanta, poniéndose frente a mí, gira la cara un poco, como si me estuviera estudiando a conciencia y, de pronto, sin darme tiempo a reaccionar, su mano sale disparada y pellizca mi pezón por encima de la camiseta. Grito y me echo hacia atrás mientras ella enarca una ceja.

—¿Eso es todo lo que puedes soportar antes de ponerte a gritar? Te hacía más hombre, Alejandro.

—¿A qué cojones ha venido eso? —pregunto cabreado.

—Te dije que no volvieras a llamarme gatita, no me gusta.

—¡Pues pellizcándome solo vas a conseguir que pase a llamarte salvaje! ¿Qué ha sido de las mujeres dulces y cariñosas?

—Te las has follado a todas, corazón, ya solo te quedo yo.

Sonríe con tanta arrogancia que no puedo evitar admirarla en secreto, aunque jamás lo confiese en voz alta. Ahí está, envarada y mirándome como si estuviera perdonándome la vida, y no sé si es por su actitud, por la sorpresa o por la forma en que se da la vuelta para bajar los escalones contoneando ese culito que tan loco me vuelve, pero el caso es que mi erección ha vuelto por la puerta grande y pienso, resignado, que Elizabeth ha conseguido sacar un puntito masoquista en mí que todavía no sé si me gusta.

Óscar está en el jardín trasero jugando con mi padre, pero en cuanto me ve viene disparado hacia a mí, gritando como los locos que el ratoncito Pérez ha cumplido su promesa y le ha dado mi camión de bomberos para su colección.

—Me alegro mucho, colega. ¿Estás contento?

—¡Claro! Y encima Javier dice que vamos a comer aquí y hará macarrones. —Miro a Eli, que está detrás de mí y cuando la veo sonreír imagino que mi padre la ha invitado antes—. Lo único malo es que hoy las gemelas no vienen.

—¿Y eso? —le pregunto a mi padre, que se ha acercado por la espalda del niño.

—Teresa y Giu se han tomado el día libre para ir a la ciudad y les hacía ilusión llevarlas. ¿Cómo estás, hijo?

Teresa y Giu son los padres de Diego, o sea, los otros abuelos de las gemelas, y están tan enamorados de sus nietas que necesitan lucirlas por ahí de vez en cuando.

Pongo los ojos en blanco e intento contener mi cabreo, porque mi padre lleva preocupado desde el incendio. Tanto, que ha conseguido agobiarme, porque sé que no deja de observarme y eso me pone nervioso. No quiero que me vigile como si fuera

un crío, joder, pero no le entra en la cabeza.

—Genial.

Reconozco que le contesto con una sonrisa un poco falsa, porque lo que más me molesta es que lo haga delante de Eli y Óscar. ¿No ve que me hace parecer un niño? Entiendo sus motivos, de verdad, pero creo que se excede un poco. No han sido mis mejores días, eso es verdad, pero he visto cosas mucho peores en accidentes u otros incendios con víctimas. ¿Que las llamas eran grandes? Sí, enormes. ¿Qué puede que haya tenido alguna que otra pesadilla viéndome envuelto en ellas? También, pero no es nada que no se cure con el paso de los días y el control del fuego. En cuanto consigan apagarlo del todo, respiraré mucho mejor.

—¿Entonces Julieta no viene hoy? —pregunta Eli acercándose a nosotros.

—Sí, el que no viene es Diego porque trabaja. Esme y Nate también dijeron que vendrían a comer y de Amelia aún no tengo confirmación, pero, ¿qué os parece si jugáis en el jardín mientras yo me ocupo de la comida?

—¡Podemos jugar al tres en raya! —exclama Óscar, encantado con la idea.

Sonrío y le revuelvo el pelo antes de aceptar. Nos vamos a un extremo del jardín y dibujo la cuadrícula en la tierra para que podamos jugar. El chico se ha especializado mucho en esto, la verdad. Al principio tenía que rebajar el nivel un poco, pero confieso que ahora, cuando me gana, lo hace de verdad. Es listo y tiene unos ojos despiertos y absorbentes que me recuerdan un poco a Amelia; quizá porque en estos tampoco hay maldad. Juego con él unos minutos antes de darme cuenta de que no sé dónde está Eli. Me giro y la veo sentada en los escalones, mirándonos sin perder detalle, pero de lejos, sin acercarse a nosotros. No lo entiendo, así que le pido a Óscar que paremos un poco para poder hablar con ella.

—Pero si paramos, me aburro...

—¿Por qué no construyes carreteras para tu nuevo camión? —Él me mira poco convencido, pero insisto un poco más—. Quiero hablar un ratito con mamá, colega. Luego podremos jugar a lo que tú quieras, pero no me gusta que se sienta sola.

Óscar mira a su madre de inmediato. Su ceño se ha fruncido y me arrepiento un poco de haberle dicho esas palabras, porque sé que la adora y no quiere que esté mal nunca. De hecho, es posible que sea él quien quiera ir con ella y eso, que tan simple, básico y coherente es, me hace fruncir el ceño a mí, porque quiero tener un ratito a solas con Eli.

—¿Crees que mamá se siente sola muchas veces, Álex? —pregunta en tono bajo.

Mis ojos se achican aún más. De todas las cosas que esperaba, esta pregunta no era una de ellas. Aun así, intento contestar con naturalidad, porque sé que Eli no es partidaria de mentir a su hijo, y yo tampoco.

—No lo creo. Te tiene a ti y, ahora, también nos tiene a nosotros.

—Pero vosotros vivís en otros sitios, no en casa. A lo mejor en casa se siente sola.

—No si tú estás con ella.

—¿Y cuando no estoy? ¿Crees que se siente sola cuando no estoy?

—No, no lo creo. —Bien, es cierto que no soy partidario de mentir, pero, como no sé la respuesta, opto por la que menos daño puede hacer al crío—. Mira, cuando tú no estás ella está trabajando, o haciendo cosas de madres, ya sabes. Y cuando acaba con todo eso, seguro que se dedica a sentarse y relajarse, porque las mamás a veces están muy estresadas.

—Porque trabajan mucho en casa y fuera de ella y mucha gente no lo reconoce, ¿verdad?

Me río, porque se ve que tiene la lección aprendida y asiento.

—Exacto. Mucha gente no reconoce todo el trabajo que hace, pero lo importante es que estoy seguro de que, cuando no está haciendo cosas, está relajándose y disfrutando. La soledad no siempre es mala, Óscar.

—¿No?

—No, a veces la soledad es buena y necesaria. A veces, estar solos nos ayuda a entendernos mejor a nosotros mismos.

—Yo no creo que tenga nada bueno. Me da miedo estar solo y me da miedo la oscuridad, también.

—Tener miedo tampoco es malo.

—¿Cómo no va a ser malo? Te hace sentir mal.

—No siempre. A veces el miedo te ayuda a ser mejor. El miedo no es malo; te hace valiente, Óscar.

—¿Cómo?

Me pinzo los labios y vuelvo a mirar a Eli, que sigue observándonos. ¿Cómo he pasado de querer ir con ella a hablar con Óscar de sus miedos? ¿Y cómo voy a saber yo si la respuesta que le doy es la correcta? ¿Y si la cago y meto en su cabecita una idea equivocada? Mis pensamientos y teorías pueden ser muy buenos para mí, pero no estoy seguro de querer transmitirle todo eso a él. No sé si quiero condicionarlo para que crea lo que yo le digo. Quizá debería olvidarme de esto y dejarle explorar; que sea él quien comprenda con los años todo lo que intento explicarle. Pienso en todo esto, pero cuando le imagino de noche, a oscuras y sintiendo miedo, mis razonamientos caen y me doy cuenta de que tengo que contarle lo que pienso. Él será un buen chico, independientemente de que yo la cague con mis consejos, estoy seguro. Óscar será un hombre increíble porque viene de una madre increíble, así que tendría que cagarla muchísimo para perjudicarle.

—Cuando tienes miedo, tus oídos truenan con fuerza, se taponan y tu respiración se vuelve mucho más rápida, ¿verdad que sí? —Él asiente con vigor.

—Y el corazón me late demasiado rápido muchas veces. Sobre todo, si mamá me apaga la luz del pasillo y todavía no estoy dormido —susurra.

—Que el corazón lata fuerte y rápido es bueno, es buenísimo, ¿sabes? es lo que te demuestra que estás vivo. ¿Tienes miedo de estar vivo?

—No, claro que no. Tengo miedo de que en mi armario se escondan monstruos. Y de los fantasmas, y de muchas cosas más.

—Ya... ¿pero sabes qué? He visto tu armario y no es tan grande. ¿Qué tipo de monstruo puede caber ahí? Uno súper pequeño y delgado.

—Yo soy pequeñito y delgado, Álex.

—Pero tú tienes algo que los monstruos no. —Él me mira interrogante, esperando que le dé una solución definitiva—. Tienes esto. —Señalo su cabeza—. Aquí dentro, en tu mente, hay algo con lo que no has contado hasta ahora. Se llama imaginación y es el arma más poderosa para vencer cualquier monstruo o miedo.

Él frunce el ceño y me mira dubitativo, como si no creyera una sola palabra de lo que le digo.

—La imaginación no sirve para matar monstruos.

—Claro que sirve. Cuando tengas miedo, en vez de mirar la puerta del armario temblando, tienes que mirar al techo e imaginar que tú puedes crear un monstruo mucho peor que el que pueda existir ahí dentro. Puedes crear incluso un ejército con tu cabeza, añadirle tres ojos, cinco patas o dos bocas enormes llenas de dientes afilados que te protejan toda la noche.

—Mamá dice que piense en ángeles.

—Los ángeles molan, también —digo, pensando que igual me he pasado con eso de que imagine que él crea su propio ejercito—. ¿Te gustan los ángeles?

—No sé. Si tienen dos bocas enormes de dientes afilados que me defiendan por las noches de los monstruos del armario, sí que me gustan.

Me río y niego con la cabeza, porque este chico es genial. En serio, no he visto un niño más obediente y dispuesto a tener una conversación de cualquier tipo nunca. Seis años y ya se comporta como todo un hombrecito.

—Los ángeles pueden ser como tú quieras, pero haznos un favor a los dos y no le hables a tu madre de bocas gigantes y eso.

—Porque te la podrías cargar, ¿verdad?

—Verdad —contesto riéndome y levantándome para ir con Eli.

—Álex. —Me giro y lo miro de nuevo. Él se pinza el labio y mira al suelo antes de volver a clavar sus ojos en mí—. ¿Y si no basta con la imaginación? ¿Y si estoy soñando y no puedo imaginar nada porque no estoy despierto? ¿Y si siento miedo fuera de casa por otras cosas? ¿Qué puedo hacer con mi miedo, entonces?

Me agacho frente a él y me fijo en su semblante serio y preocupado. Por un momento, dudo si Óscar tendrá algún tipo de problema, pero luego me recuerdo a mí mismo que, de pequeño, yo también me hacía este tipo de preguntas. Es más, he lidiado con mis propios miedos y los de mis tres hermanas, así que quiero pensar que esto no son más que cosas de niños.

—Si estás en un mal sueño y no puedes activar tu imaginación, solo te queda una opción. Tienes que enfrentarte a esos miedos, sean cuales sean y demostrarles que contigo no pueden, porque eres el niño más valiente de todos los que conozco.

—Tampoco conoces tantos, Álex.

Me río y me rasco la mejilla pensando que tiene razón, pero conozco a los de los

Sanz, por ejemplo, y a varios más de Sin Mar, sin contar con los niños de mis compañeros de trabajo, así que tengo con quién comparar y puedo asegurar, sin miedo a equivocarme, que Óscar es el mejor de todos ellos.

—Conozco los suficientes para saber que, de todos ellos, tú eres mi favorito.

Su sonrisa es tan inmediata y amplia que no me queda otra que devolvérsela. Óscar se adelanta, me da un beso en la mejilla y luego me abraza con tanto cariño que se me atraganta un poco, porque no sé si lo he hecho bien, si le he ayudado o, por el contrario, le he dejado con más dudas, pero sé que, pase lo que pase, voy a estar aquí cada vez que necesite algunos de mis consejos, aunque no siempre sean los acertados.

—Ve con mamá, Álex. A lo mejor tienes que explicarle a ella también que estar sola y tener miedo, no es malo.

—Creo que mamá ya sabe eso, campeón.

—A lo mejor sí... —Mira a Eli con atención y vuelve a hablarme, pero sin despegar la vista de su madre—. O a lo mejor solo intenta que nadie lo sepa para no parecer una niña pequeña y miedica.

Sé que ha dicho eso por él mismo, porque es probable que muchas veces se calle sus miedos, pero no puedo evitar mirar a Eli y preguntarme si alguna vez se ha sentido sola, o asustada. Creo que sí, porque no ha debido ser fácil para ella llegar hasta aquí, pero no me basta con suponerlo. Quiero saberlo, quiero que me cuente cómo ha sido su vida, cómo era el padre de Óscar y cómo se quedó ella cuando él se largó y la dejó sola y embarazada. Quiero que confíe en mí sus miedos y me pida consejo para librarse de ellos.

Joder, por querer, quiero que me pida, directamente, que sea yo quien la libre de ellos. Y sé que es innecesario y una tontería, porque yo no soy ni la mitad de luchador que ella, estoy seguro, pero, aun así, una parte de mí quiere saber cómo sería ser su sostén. Hay una parte de mí que quiere saber cómo sería que ella sostuviera mis propios miedos. Una parte que no puede salir a la luz jamás, porque puede que sepa dar un consejo a un niño de seis años, pero está claro que no tengo ni idea de cómo aplicármelo a mí mismo.

Me acerco a ella, porque Óscar sigue esperando, me siento en los escalones, a su lado y, en vez de soltar alguna de esas perlas mías que dan pie a una guerra dialéctica, la miro con atención y le hago una de las mil preguntas que me rondan desde que la conozco.

—¿Por qué no hay un hombre en tu vida, Elizabeth?

Ella me mira frunciendo el ceño, creo que duda si contestarme o no, pero al final se encoge de hombros y señala a Óscar.

—Hay un hombre en mi vida.

—Me refiero a uno adulto, de esos que abrazan por las noches.

—Él me abraza por las noches.

—De esos que abrazan antes y después de follarte y hacerte el amor hasta dejarte exhausta.

Ella abre la boca para replicarme, me mira y me concentro en sus ojos azules, en el rosado de sus mejillas y en sus mullidos labios. Joder, ¿por qué la deseo tanto? Es preciosa, sí, pero no es la primera mujer preciosa que conozco y con ninguna he sentido este deseo permanente de encerrarme durante días en una cama. Con ninguna he sentido que da igual cuántas veces le haga el amor, porque nunca será bastante. Con ninguna me he cagado de miedo como con esta, que tanto me desarma sin proponérselo.

—Tengo un chico de los que abrazan y un consolador capaz de dejarme exhausta. ¿Para qué más necesito un hombre, según tú?

Me río entre dientes y suelto el aire de forma abrupta, lo reconozco. Acabo de tener unos pensamientos que no van conmigo ni con mi personalidad, así que agradezco, como ni siquiera se imagina, que sea ella la que ponga cordura a esta conversación y me devuelva a la realidad; esa en la que yo no quiero tener una relación con nadie y ella tampoco. Una realidad en la que todo es más sencillo, más agradable, menos acojonante y, en definitiva, deja mi corazón a buen recaudo, latiendo a un ritmo un poco más alto de lo normal, pero no desbocándose.

Porque hay una cosa que no le he dicho a Óscar, y es que, para enfrentarse al miedo, primero tienes que conocerlos a la perfección y armarte de valor. Esa es la parte más complicada. Él lo conseguirá, estoy seguro. Yo, de momento, prefiero no averiguar a qué tengo miedo exactamente, porque eso me obligaría a luchar y, por desgracia, creo que soy mucho más cobarde que un niño de seis años.

Eli

No sé qué han hablado Óscar y Álex, pero sé que ha debido ser importante para mi hijo, porque he podido ver en sus ojos lo mucho que admira a mi amigo. Bueno, diría que más que admirarlo, lo venera, pero tiene seis años, así que es normal que un bombero simpático e inmaduro le caiga bien. Es un héroe en su trabajo y el resto del tiempo se infla a chucherías, batidos de chocolate y juega revolcándose por el suelo del jardín sin importarle lo que dirán los demás. Que se gane a los niños que conoce es cuestión de minutos. Sin embargo, hoy les he visto interactuar con otros ojos; no sé, quizá ser consciente de que siento algo por Álex me ha hecho más observadora, o quizá es que veo cosas dónde no las hay, que también puede ser, pero el caso es que creo que la conversación que han tenido ha sido importante y, cuando Álex se acerca y me pregunta a bocajarro por qué no hay un hombre en mi vida me quedo bloqueada y preguntándome a qué viene eso. Por suerte, mi lengua es más rápida que mi cerebro y tardo poco en replicarle, pero sé que un día conseguirá acorralarme. Es muy perspicaz y a mí cada vez me cuesta más resistirme, así que el desastre está servido en bandeja.

—¿Qué habéis hablado Óscar y tú? —pregunto después de unos segundos en silencio.

Él mira a mi hijo pasear el camión de bomberos por el césped y sonrío sin despegar los labios.

—Cosas de hombres.

—Venga, Álex... os he visto muy serios. ¿Te ha contado algo que yo no sepa?

—No, no lo creo.

—¿Entonces?

—Eli, no pasa nada. Solo necesitaba un par de consejos.

—¿Sobre qué?

—Cosas de hombres.

—Alejandro, o me dices ahora mismo qué demonios habéis hablado, o vas a ver lo que es una mujer pesada de verdad.

Él me mira con un gesto divertido que me molesta bastante, la verdad, y sé que se da cuenta, pero en vez de ponerse serio, tira de un mechón de mi pelo, lo enreda en su dedo y me mira con gesto dulce.

—Óscar me ha contado que tiene miedo de la oscuridad y le he dado algunos consejos, nada más, rubia.

—No me llames rubia.

—No puedo llamarte rubia y no puedo llamarte gatita. De acuerdo, probemos con

cariño.

—No soy tu cariño.

—¿Amor?

—Mucho menos.

—¿Cielo?

—Más manido imposible. Además, tampoco soy tu cielo.

—¿Vida?

—Ni hablar —digo riéndome—. Puedes llamarme Eli, como todo el mundo.

Él hace una mueca y frunce el ceño de una forma tan adorable que, en mi mente, ya le he quitado toda la ropa y estoy subiéndome encima de sus piernas. Por suerte mi mente es como Las Vegas y lo que ahí pasa, ahí se queda.

—Yo quiero ser especial y llamarte como nunca nadie te ha llamado.

Le miro para detectar el punto de sarcasmo, chulería o prepotencia que siempre encuentro en él, pero no lo veo. Suspiro y me ordeno a mí misma no creerle, porque Álex es un experto en esto de tratar con mujeres y yo llevo demasiado tiempo sin sexo, entre otras cosas, así que, con mucho esfuerzo, logro dedicarle una mirada cínica y sonreír de medio lado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes hacerme todas las que quieras.

—¿Qué crees que pasaría si un día yo dejase de pararte los pies? —Álex eleva las cejas y se acerca más a mí, rozando nuestras caderas y haciéndome reír—. Estoy hablando en serio.

—¿De verdad me estás preguntando qué pasaría si te dejaras cortejar por mí?

—Si vas a usar palabras como «Cortejar», esta conversación se acaba aquí.

Él se ríe y pasa un brazo por mi cintura, como si tratase de impedir que me moviera del sitio. Mira a Óscar y le imito, para cerciorarme de que sigue jugando y sin enterarse de nada y, al final, siento sus labios acercarse a mi oreja.

—Vale, nada de usar esa palabra. A ver qué te parecen estas: Si tú un día dejases de pararme los pies, yo te encerraría en una habitación y me ocuparía de hacerte disfrutar hasta la extenuación. Empezaría comiéndote la boca y no pararía hasta llegar a los dedos de tus pies. Quiero follarte con mis manos, mi lengua y mi polla hasta que sientas que has perdido la voz de tanto gritar mi nombre. Quiero que acabes cayendo en la cama, o encima de mí con la sensación de no haber sentido nada parecido, no porque yo sea el mejor amante del mundo, sino porque no te dejaría parar hasta cerciorarme de que, físicamente, no puedes más.

Por si sus palabras no fuesen suficientes, su mano acariciando mi costado, su aliento rozando mi cara, la gravedad de su voz y su mirada, cuando conecta con la mía, hacen que sienta la necesidad casi incontrolable de gemir. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no asentir y decirle que quiero todo eso y más, pero no soy tonta. Entiendo que en toda esa perorata no se incluye ni una promesa seria y, aunque valoro que sea sincero, pienso, una vez más, que Álex es todo lo que no me conviene.

No puedo dejarme dominar por lo que siento, pero si soy sincera, cada vez me cuesta más no ceder a mis propios deseos.

—¿Y luego? ¿Haríamos como si nada? ¿Podría venir a las barbacoas, o ir de vacaciones con tu familia y contigo sin que pensaras que te agobia mi presencia?

—A mí tu presencia jamás me agobia.

—Me entiendes a la perfección.

—Entiendo que no estás dispuesta a tener un revolcón de una sola noche, igual que tú entiendes que no soy un hombre de promesas serias. Sé que es eso lo único que te impide ceder a esta química, Elizabeth, pero sería muy cobarde por mi parte mentirte y decirte que no me muero por saber cómo es estar entre tus piernas.

—Álex...

Suelto un suspiro frustrado, porque es la primera vez que tratamos este tema con claridad. Llevamos más de un año tonteando, tirándonos pullas e intentando negar esta atracción, pero es hora de hablar claro. Él no puede seguir insistiendo en algo que no va a darse y yo no debería permitir que este juego siga, no porque me moleste, eso puedo soportarlo. El problema es que empieza a quemar y duele, porque dentro de mí se prenden sentimientos e impulsos que tenía adormecidos, a la espera de que alguien llegase y los despertase. Lo malo es que ese alguien no quiere todo lo que tengo para darle, desea mi cuerpo, sí, pero no acepta todo lo demás. Y no quiero que parezca que es mala persona, no lo es, porque me lo dice claro. Soy yo la que sufre, pero no puedo cargarle a él con la culpa. En realidad, no puedo cargar a nadie con la culpa y creo que eso es lo que más me frustra. Siento que yo misma me he puesto al borde de un acantilado, tenía una cuerda al lado, un salvavidas al que me aferré en un principio, pero poco a poco la he ido dejando en el suelo, sin nudos y sin asegurarme, pensando que era lo bastante lista como para saltar y salir indemne. Tan valiente me creí, que acabé por tirarme sin pararme a pensar que esto no es de valientes, sino de suicidas. Ni siquiera sé qué hay abajo; puede que un mar, o un lago, o quizá solo hay rocas que me destrozarán cuando llegue. Da igual, con la velocidad que estoy saltando, haya lo que haya va a dejarme heridas de por vida, estoy segura y es por esa seguridad por la que tengo que alejarme, una vez más. Volver a dormir las partes que despiertan, advertirles de que este chico no es el correcto; convencerlas de que tienen que esperar y rogar que me hagan caso, porque si mi cuerpo y mis sentimientos se siguen revelando, acabaré volviéndome loca.

—No quiero presionarte, Eli, no me mires así. —Álex sonrío y acaricia me mejilla con el dorso de sus dedos—. Yo solo quiero que nos demos una noche, pero si no te ves capaz, no es lo tuyo o simplemente no te apetece, no pasa nada. Seguiremos siendo amigos.

—¿Y no volverás a insistir?

—¿Eso quieres? ¿Que deje de tontear contigo?

—También es lo que quieres tú.

—No.

—Sí. Me evitaste el otro día, en casa de tu hermana.

Álex para el movimiento de su mano, la baja y apoya los brazos sobre sus rodillas mientras mira un momento al suelo y asiente levemente.

—Sí, es verdad.

—¿Es porque te invité a cenar? Porque ya te dije que solo era un gesto amistoso.

—No, Elizabeth, no fue por ti. Oye, yo... —Tuerce la boca y chasquea la lengua. Es evidente que no encuentra las palabras exactas para decirme, pero aun así habla—. Yo también tengo mis pajas mentales, mis dudas y mis miedos. No eres la única que ha pensado lo que pasaría si acabáramos echando un polvo. Fui un imbécil, lo soy muchas veces, así que no debería extrañarte tanto.

—No creo que lo seas, pero sí que me das la razón en una cosa, y es que no podemos seguir con este juego, por inocente que parezca.

—No es inocente. Dejé de ser inocente el otro día, cuando estuve en tu piso. Algo cambió, tú lo sabes y yo también. A mí ya no me basta con lanzarte una pulla amistosa y provocadora. Quiero más, pero menos de lo que tú buscas, y supongo que eso tiene poco remedio, ¿no?

—Supongo. —Carraspeo, incómoda con la idea de que él esté dejándome claro, otra vez, lo que no quiere—. Tampoco soy un bicho raro por no querer líos de una noche. Mi opción es tan válida como la tuya.

—No he dicho lo contrario.

—Pero no lo entiendes.

—No es que no lo entienda, es que... es solo sexo. Joder, es lo más primitivo que existe, se ha hecho desde siempre y no veo por qué la gente se empeña en ligarlo siempre a una relación. ¿Por qué no podemos disfrutar del placer carnal sin complicarlo todo? La vida sería mucho más sencilla si la gente dejara de obsesionarse con encontrar el gran amor de su vida y disfrutara del placer de follar con cada persona con la que sienta química.

—A mí eso me parece demasiado... sórdido.

—¿Por qué? ¿Quién ha decidido que dar rienda suelta a lo que tu propio cuerpo te pide está mal? Dime una cosa, Eli: ¿No te planteas nunca salir, echar un polvo sin pretensiones, dejar ir todo lo que te quema en tu día a día y volver a casa tranquila y relajada? ¿No has pensado en usar el sexo como cura a tus días de mierda?

Lo pienso un momento. No quiero dar una respuesta precipitada, porque sé que Álex no intenta convencerme. Él de verdad cree en ese modo de vivir, en darle a su cuerpo cada cosa que le pida en lo referente al sexo y, al parecer, usarlo como vía de escape. Yo, por fortuna o por desgracia, no soy así, de modo que contestarle me lleva poco tiempo.

—Yo cuando tengo un día de mierda estoy deseando llegar a casa, abrazar a mi hijo, conseguir que me sonría y pensar, así, que todo merece la pena por él. No necesito el sexo para superar los malos momentos, Álex, tengo el amor para eso.

Me mira con una seriedad que he visto pocas veces en él hasta el momento. No

contesta de inmediato, solo me mira con fijeza, como si intentase decidir si me cree o no. Supongo que, al final, sí que ve algo que le convence, porque asiente, besa mi mejilla y suspira mientras se levanta.

—¿Sabes una cosa? Me alegra que hayamos llegado al acuerdo de no hacer nada. —Me quedo en silencio, un poco dolida por sus palabras, y él sigue—. Me alegro como no te imaginas, porque si algo tengo claro, ahora más que nunca, es que eres la última persona del planeta a la que querría hacer daño.

—Tú no me harías daño.

Él sonrío un poco y me molesta darme cuenta de que su sonrisa es cínica, irónica. Como si yo hubiese dicho una mentira.

—Los chicos como yo siempre hacemos daño a chicas como tú.

—Yo sé que no me harías daño a conciencia. Tú no eres de esos.

Él se pasa una mano por el pelo, mira a mi hijo y luego, en voz casi inaudible, contesta sin mirarme.

—No estés tan segura, gatita.

No puedo contestarle, porque ha subido los escalones y ha entrado en casa sin decir nada más. Y aunque esto sea lo mejor, me siento mal, porque las historias que se viven y no salen bien dejan cicatrices, pero, ¿cómo superas algo que te duele sin que hayas llegado a vivirlo? Una herida fantasma, que sangra por anticipado, demostrándome que lanzarse al vacío sin cuerda, sin salvavidas y sin mirar abajo, es la peor idea del mundo.

Creo que no miento si digo que nunca, jamás, he estado tan tenso en una comida, mucho menos en mi propia casa.

La conversación con Eli ha sido reveladora, entre otras muchas cosas. Al principio intenté hacerle ver las cosas tal como yo las veo para que entendiera por qué las relaciones no son tan importantes como ella cree. El problema es que la jugada me ha salido de culo y, casi sin darme cuenta, he recorrido el camino hacia la incertidumbre y me he visto reflejado en sus ojos. Me gustaría decir que solo he visto admiración, cariño y respeto, pero no. Todo eso estaba, pero quedaba relegado a un segundo plano por culpa de la lástima. La jodida lástima que siente por mí, aunque no tenga motivos. No le he dicho nada, no creo que merezca la pena porque ella tiene sus ideas, yo las mías y ninguno de los dos está dispuesto a cambiarlas, pero sí me ha molestado darme cuenta de que de verdad cree en lo que piensa, lo que es muy tonto y contradictorio, porque tiene derecho a pensar algo distinto a mí y defender su postura hasta la muerte.

Si no he seguido insistiendo ha sido también porque me he dado cuenta de que, ni siquiera queriendo, sería una buena opción para Eli. Ella necesita un hombre que no se cague de miedo ante la idea de tener una relación seria, uno que quiera ser digno de ella y de su hijo, que sueñe con aumentar la familia de verdad, no solo como una posible idea en un futuro infinito. Ella necesita un hombre de esos que piensan en boda y disfrutan de un abrazo sin pensar de inmediato en sexo, que es lo que suelo hacer yo. Elizabeth necesita, en definitiva, alguien que sea capaz de prometerle la luna y, además, bajársela. Ese alguien no soy yo, eso está claro, pero como pensar en otros posibles candidatos me pone de mal humor, decido que lo mejor es intentar normalizar mi mente y mi cuerpo e incorporarme a la conversación que se está teniendo en la mesa, aunque gire alrededor de la boda de mi hermana Julieta, como siempre estos últimos días.

—Yo creo que lo mejor será que me lo haga a medida —dice mi hermana Esme.

—Seguro que encuentras algo, todavía tenemos tiempo, vida —le contesta Nate.

Pongo los ojos en blanco, porque me juego el culo a que esto va de la bendita ropa para la boda. Esme estará de morros porque no encuentra nada, mi hermana Julieta se pondrá de malas y le recriminará que no muestre más ilusión por el evento del año, Amelia intentará poner paz y acabará pillando repaso de todos y yo... solo puedo mirarla a ella, que se ha manchado las comisuras de la boca de tomate y parece no haberse dado cuenta aún. Que un gesto tan tonto me haga fantasear sobre la posibilidad de acercar mi lengua a su boca y limpiarla antes de besarla a placer me da una idea de lo jodida que está hoy mi cabeza, así que, en cuanto puedo, me levanto de la mesa, soltando una excusa de mierda, y me largo mientras ella me mira con una

sonrisa y yo me imagino la decepción que siente al ver que, otra vez, la evito y me quito del medio para no estar cerca y ceder al impulso de acercarme constantemente. Subo los escalones de casa, llamo a Sandro para que venga conmigo a dar una vuelta y, cuando salgo sin despedirme de ellos, que siguen charlando en la cocina, me siento como el mayor cobarde del mundo, pero al menos he sido un cobarde sincero y le he dejado claro que ella no es para mí, ni yo para ella, y si Elizabeth se comporta como la mujer coherente que sé que es se dará cuenta de que tengo razón. Y si se da el caso, igual es ella la que se aleja y entonces... Frunzo el ceño y aprieto la mandíbula, porque esa idea ya no me gusta ni me parece bien. Si ella se aleja, ¿qué pasa con Óscar? Yo tengo derecho a ver al niño como hasta ahora y...

—Deja de hacer el capullo —murmuro para mí mismo.

Supongo que la voz de mi conciencia ha decidido dominar mi boca para hacerme ver lo patético que resulta mi razonamiento. Si soy yo el que se aleja, está bien, pero si pienso en la posibilidad de que sea ella, me quema, me duele y, en definitiva, me jode, demostrándome que soy todavía peor persona de lo que yo pensaba.

Que la tarde se me vaya en tomar unas cervezas con Sandro y, por la noche, follarme a una chica desconocida en el baño de un *pub*, no hace que mi ánimo mejore. No desde que follar con cualquiera es sinónimo de pensar en ella. Joder, últimamente todo es sinónimo de pensar en ella, así que me pregunto hasta cuándo tendré que soportar esta situación. Cuando llego a casa, me ducho para limpiarme el olor a alcohol y sexo y me tumbo en la cama mirando al techo y preguntándome cómo será el hombre que conquiste a Eli, llegado el momento, y cuánto lo odiaré por quedarse una mujer tan maravillosa como ella solo porque yo no estoy hecho para ofrecerle lo que quiere y, además, merece.

Como te podrás imaginar, dormirme me cuesta y, cuando el sueño por fin llega, ella está en todas partes, así que me levanto con la moral por los suelos y pensando que ojalá pasen los días de una vez y mi cabeza empiece a mejorar.

Casi una semana después estoy en el césped trasero de casa esperando que Amelia y su famoso novio lleguen. Que novio no es todavía, por muy altanera que se ponga ella o mis hermanas. Diego y Nate me dan la razón y sé que hasta mi padre concuerda con nosotros en opiniones, pero él se calla porque le encanta que sus niñitas lo vean como a un héroe.

—A mí si no me gusta, se me va a notar —dice Diego—. Además, que voy a tener que llevarlo a mi boda.

—Peor, vas a tener que llevarlo a tu despedida —sigue Nate—. Como sea un petardo, nos arruina la noche, ya verás.

Frunzo el ceño y pienso en la despedida de soltero. La haremos en la playa, el sábado antes de la boda que es, además, el día que llegamos allí. Diego nos ha pedido que nos encarguemos, pero nos ha prohibido contratar bailarinas o *stripers*, cosa que

en el fondo agradezco, porque no tengo ganas de tragarme el pollo que montarían mis hermanas si se enterasen, así que supongo que saldremos por allí, cogeremos una buena borrachera y volveremos a dormir la mona hasta el domingo bien tarde. Si el tal Nacho no nos cae bien, ¿qué pasa? ¿Tenemos que llevarlo con nosotros de todas formas? Es una injusticia, porque las noches de tíos son para hablar de todo lo que no hablamos delante de las chicas para que no se cabreen. No quiero contar mis intimidades delante de un tío que lo mismo es un puritano, o peor, igual es más mujeriego que yo, ¿y cómo voy a permitir que mi hermana esté con alguien así? Y me la suda mucho que Amelia diga que es un pensamiento troglodita porque no puedo evitar tenerlo. Yo hasta que no lo conozca y me asegure de que encajará con la familia, no voy a estar tranquilo.

Y encima, para rematar, Eli está preciosa con un vestido veraniego azul turquesa, a juego con sus ojos y con un escote de infarto. Lo del escote lo ha hecho para joderme, seguro. Es una sádica de narices cuando quiere, que ya la conozco. Me acerco a ella para saludarla, pero después de dos besos me despacha con Óscar mientras ella se va hacia Marco, que ha aparecido con un ojo morado y tiene a Julieta y a Diego cabreados como hacía ya tiempo que no los veía. El chico dice que se emborrachó y la cosa se le fue de las manos, así que no es para tanto, no con su historial, pero mi hermana se pone frenética si se hace un arañazo, así que imagina si ve que se ha vuelto a meter en una pelea después de lo que parecen siglos.

—¿Qué le has hecho? —pregunta Óscar a mi lado.

Lo miro después de darle un sorbo a la cerveza y lo llevo hacia el trozo de césped que está más seco y donde siempre jugamos al tres en línea.

—¿Qué le he hecho a quién?

—A mamá. Está como rara contigo.

—Qué va. Tenía ganas de ver a Marco y por eso se ha ido tan deprisa.

Óscar alza las dos cejas y me dedica una sonrisita que no me gusta nada. ¿Desde cuándo los niños tan pequeños se dan cuenta de lo que pasa con los adultos? Se agacha y sigue trazando el tablero para jugar mientras pienso que el niño es pequeño, no tonto.

—A lo mejor está enfadada porque ha engordado —dice de pronto.

—¿Qué?

—Mamá ha cogido un kilo en una semana y está muy enfadada, así que mejor no le digas nada.

Acerco la boquilla del botellín a mi boca y hago un esfuerzo para no reírme, porque me juego el culo a que a Eli le encantaría saber que su hijo va por ahí contando esta información.

—¿Se ha enfadado mucho?

—Bastante, ahora por las noches solo comemos verduras. Me gusta la verdura, pero a veces me cansa, ¿sabes? —Esta vez no puedo evitar reírme y él me mira frunciendo el ceño—. Ya no compra chocolate. Me he subido en la encimera y todo

para buscarlo, pero no hay nada. Ella engorda y yo me quedo sin chocolate. ¡Es un asco!

—Sí que lo es —contesto con una sonrisa—. ¿Sabes qué? En mi cuarto tengo algunas chuches, así que después de cenar te bajaré unas pocas, pero tienes que esconderlas muy bien, ¿me oyes? Y si tu madre te pilla no dirás que fui yo quien te las dio.

—Te lo prometo, Álex, no soy un chivato —dice con los ojos muy abiertos y una gran sonrisa mellada—. ¿Y batido, tienes?

—Sí, pero el batido es más difícil de esconder.

—Eso sí. A ver si a mamá se le pasa el enfado del kilo y hacemos la tarta que he visto en mi libro nuevo. Si la hacemos te invito, ¿vale? Y vienes a comerte un trocito.

Sonrío y asiento pensando que es bastante improbable que yo acabe en el piso de Eli comiendo la tarta de Óscar. Y sí, que no te parezca raro que el niño cocine, porque además lo hace bien, con ayuda de su madre, por supuesto, pero aun así lo hace mejor que yo. Óscar es uno de esos niños que tienen claro su futuro casi desde la cuna; adora la cocina a un nivel tan extremo que, en vez de cuentos por las noches, le gusta que le lean recetas o, como máximo, *Ratatouille*. Será un gran chef con un montón de estrellas Michelin y yo tendré acceso gratuito a su restaurante, así que todos estaremos contentos.

Nos ponemos a jugar en el suelo mientras Óscar parlotea de coches, recetas y lo bien que vamos a pasarlo en la playa tantos días juntos. Yo intento prestarle la máxima atención posible, pero es que ese vestido turquesa me tiene del revés. Bueno, en realidad es su dueña la que me lleva por la calle de la amargura, la misma dueña que ríe y habla con todos, pero no se acerca a donde estamos. De hecho, solo nos dedica algunas miradas y hace lo posible para dejar claro que son dirigidas a su hijo, no a mí, lo que me jode mucho porque, a ver, ¿es necesario que se aleje de esta forma?

Cierro los ojos y recuerdo, sin esfuerzo, que yo empecé con esa mierda. Que me crea en el derecho de poder evitarla cuando me salga de los huevos, pero me joda que ella me pague con la misma moneda, te da una idea de lo capullo que puedo llegar a ser.

Por un momento, hasta estoy tentado de ir hacia ella y preguntarle por el famoso kilo que ha subido de peso, pero valoro mucho mi hombría y Eli no es mujer de andarse por las ramas. Vale que no quiero asentar cabeza, pero aún no he decidido si quiero ser padre y sería una lástima quedarme eunuco esta misma noche gracias a su colaboración.

En esas estoy cuando Amelia llama la atención de todo el mundo. Ni siquiera me he fijado que entraba en casa, pero ahora está en el césped y lleva cogido de la mano al supuesto novio, que todavía no lo es, diga lo que diga. Me pongo de pie, cojo la mano de Óscar y me acerco a ellos mientras Nate y Diego se vienen a mi lado de inmediato. Bien, ante estas situaciones, lo mejor es hacer unión ya desde el principio.

—Familia, os presento a Nacho. —Amelia le dedica al chico una sonrisa dulce y nos señala—. Nacho, ellos son mi familia. —Nos presenta a todos uno por uno mientras el candidato asiente con una sonrisa, porque ponerse a repartir besos y apretones de manos sería más incómodo y, cuando Amelia acaba con la lista de nombres, nos mira y sonrío, pero sé que está nerviosa—. Nacho es contable, pero, además, colabora con siete asociaciones distintas y lucha por varias causas.

—Eso suena muy bien —dice mi padre para romper el hielo—. ¿Te gusta la cerveza, Nacho?

—No señor, no bebo alcohol. Preferiría agua o té, si no le importa.

Mal asunto. ¿A qué tío no le gusta la cerveza? A ver si es que es ex alcohólico o algo... Ay, joder, yo lo sabía, con el ojo que tiene mi hermana seguro que este tío tiene un historial negro y retorcido que...

—Menudo capullo —susurra Diego a mi lado—. ¿Tú has visto su ropa? Tu hermana pretende meternos un Borjamari en la familia y nosotros con Nate ya vamos sobrados, ¿eh?

—Nate está aquí, oyendo, y no le hace ni puta gracia que lo taches de estirado. Lo mío es elegancia, lo suyo es ser un pijo, no hay más que verlo.

Y eso hacemos. Lo miramos con atención mientras mi padre le llena un vaso de té helado que ha hecho para Esmé, que es la que da el pecho y él, con disimulo, pasa los dedos por el borde, como si quisiera asegurarse de que está limpio. ¡Menudo imbécil! Eso es de ser imbécil, por muy disimulado que quiera ser. Viste un pantalón de traje, una camisa de manga larga, en verano, en una barbacoa, con este puto calor, y unos zapatos que yo me pondría solo para la boda de un ser querido. Tiene el pelo corto, la cara lisa como el culito de un bebé y una sonrisa que no me gusta.

—Eh —nos giramos para ver a Marco, que acaba de acercarse a nosotros—. Ese tío no le pega a Amelia ni con cola, ¿no? —Todos le damos la razón con la cabeza y él sigue—. Tiene una pinta de estirado que... ¿Habéis visto sus zapatos? ¿Qué va, a los Óscar?

—No tengo nada en contra de vestir bien —vuelve a decir Nate—, pero lo de este es pasarse.

—No me gusta —digo—. No me gusta este tío, ya está, ya lo he dicho.

—Este os va a dar problemas, ya os lo digo yo —dice Marco riéndose entre dientes.

Diego frunce el ceño y da un sorbo a su botellín mientras vemos a Nacho comerse un dorito y limpiarse los dedos en una servilleta de papel. No sería criticable si después no hubiese cogido otro dorito. Por el amor de Dios, ¿va a limpiarse el jodido dedo cada vez que se coma uno? ¿Y por qué tarda tanto entre uno y otro? Los Doritos se comen a puñados, por si tus hermanas o tus cuñados llegan y se los comen antes. En esta familia somos así y Nachete va a tener que aprenderlo.

—Eh —nos giramos para ver a Esmé, que sostiene a Victoria en brazos mientras la niña juega con uno de sus pendientes—. Dejad de mirar al pobre hombre como si

fuera un bicho e integradlo en vuestra conversación.

—Hemos decidido que no nos gusta —dice Marco muy digno.

Victoria, que ha oído su voz, agita las piernas y los brazos mientras le chilla para que la coja, porque estas niñas tienen adoración absoluta por su primo y al revés, igual, así que Marco la coge y se ríe mientras le besa la cabeza.

—A mí me importa entre poco y nada lo que vosotros hayáis decidido en un ataque de celos, infantilismo o inmadurez. Vais a ir allí, vais a darle conversación y vais a integrarlo en vuestro grupo, porque Amelia nos importa y no queremos que se sienta mal, ¿verdad que no? —Fruncimos el ceño, pero negamos con la cabeza—. Pues ya estáis tardando.

—Yo dudo que llegue a caerme bien —dice Nate—. ¿Has visto cómo se come los Doritos? —Esme lo mira sin entender y él se acerca a ella, pasa una mano por su cintura y señala con la cabeza a Nacho—. Míralo y dime si lo ves normal.

Y Esme lo mira, y no le parece normal, se le nota en la cara, pero aun así envara la espalda, porque menuda es ella, nos mira mal y le quita a Victoria de los brazos a Marco sin importarle que la niña proteste.

—Si de verdad vais a basar vuestra opinión en cómo se come unos Doritos, es que sois más idiotas de lo que ya pensaba. —Mira a su chico y lo fulmina con la mirada—. Esperaba más de ti, Nathaniel.

Se larga mientras Nate se siente como el culo, porque a él que mi hermana le diga algo así le duele en el alma, pero a mí me la pela, la verdad. Miramos otra vez a Nacho, que esta vez está charlando con Julieta mientras ella sonríe y es agradable. Es eso, acompañado de la riña de Esmeralda, lo que nos hace hablar y llegar a la conclusión de que no vamos a juzgar al tal Nacho por lo que vemos a simple vista. Lo mejor será que le conozcamos a fondo. Además, cuando Elizabeth se acerca a ellos y se pone a charlar, también, como si se conocieran de toda la vida, decido que es hora de ser amable. Soy un capullo la mayor parte del tiempo, ella ya lo sabe, pero no hace falta que piense todavía peor de mí, así que me agarro a mi cerveza, dedico una mirada a los chicos y, sin palabras, pero unidos por el deseo de ser buenos cuñados, nos acercamos para saludar al candidato a integrante de la familia mientras yo solo pido, en silencio, que mi opinión cambie, porque como no lo haga nos espera una semana de vacaciones muy muy larga.

Eli

Estoy hablando con Nacho, o más bien intentando que Julieta no le presione más de la cuenta, porque desde que el chico ha llegado el ambiente se ha tensado. De verdad que me parece un poco ridículo que a estas alturas de la vida Álex, Diego y Nate se pongan en plan cavernícola, como si ellos tuviesen poder para tomar alguna decisión en la vida privada de Amelia. ¡Si hasta Marco ha puesto mala cara! ¿Qué les pasa? ¿Es que no comprenden que es decisión de Amelia estar con alguien como Nacho, aunque tampoco sea mi prototipo de hombre ideal? Porque seamos sinceros, este hombre será mono, pero deja ver, de lejos, que es un poco... pijo. No sé si pijo es la palabra, en realidad, pero está claro que no pega mucho con Amelia. Eso sí, yo por lo menos estoy intentando no quedarme en el físico y las primeras impresiones. Quiero conocerle, saber si es amable, buena persona —aunque debe serlo si colabora en siete organizaciones solidarias— si le gusta su trabajo... ¡Mil cosas! Hay mil cosas a tener en cuenta antes de despreciar a una persona. Claro que, en eso, Alejandro, ya es experto.

Aprieto la mandíbula y hago un enorme esfuerzo de contención, porque eso es injusto y él a mí no me ha despreciado. ¿Que el otro día se largó nada más comer como si la silla de la cocina le ardiera en el culo? Sí. ¿Que desde entonces me ha estado evitando? También. ¿Que ahora soy yo la que piensa pasar de su cara, así se caiga el cielo a trozos? Por supuesto. Yo no sé qué se piensa este tío, pero no soy una de esas chicas o mujeres que se arrastran ante un hombre, no lo he hecho nunca y no pienso empezar ahora. Supongo que la diferencia de edad también se nota. Sé que cinco años no parecen muchos, pero cuando él, que es el pequeño, encima es inmaduro a más no poder, se nota. Me he cansado de sentir que tengo que andar con pies de plomo a su alrededor, no sea que el señorito se acojone, porque es un cobarde de alta categoría y se eche a correr, que es lo que mejor hace. De verdad, siento que mi tono suene tan indignado, pero es que a ratos me resulta incompatible pensar que este mismo hombre se dedica a salvar vidas, apagar incendios o prestar ayuda en accidentes y siniestros.

Sé que le molesta que le esté evitando, lo sé porque no ha dejado de taladrarme de soslayo en toda la noche. Claro, él está acostumbrado a mover el culo dos veces y que un puñado de chicas se agolpen a su alrededor. Bueno, a ver... tanto como eso, tampoco, pero estoy segura de que más de una vez se ha ganado a alguna chica solo con una sonrisa y una de esas miradas que tan ensayadas tiene. Porque Álex es un producto, ahí donde lo ves. Todo en él es ensayado: la pose para ligar, sus palabras para endulzar los oídos de cualquiera, la sonrisa, las pulseras de cuero, la forma de

revolverse el pelo, la manera en que la ropa se ciñe a su alto y atlético cuerpo... Todo, todo está pensado al milímetro para conseguir que las mujeres se paren, lo miren y le deseen. Suena exagerado, lo sé, si a mí me contaran algo así no me lo creería, pero resulta que estoy viviéndolo, así que supongo que, simplemente, el karma tiene un jodido sentido del humor espléndido.

Tomo aire con fuerza, con tanta que Julieta me mira raro y Nacho me ofrece su vaso de té helado. Joder, es que encima bebe té helado que, a ver, no digo yo que esté mal, pero en esta casa a los niños se les bautiza con cerveza, así que esto podría parecer hasta una provocación. Si conoceré yo a esta familia...

—¿Estás bien? —pregunta el tal Nacho.

Sonrío por inercia, porque bien no estoy, pero no podía faltar a esta barbacoa. Llevo una semana agotada, el trabajo ha sido duro, Óscar ha estado un poco más exigente de lo normal y he engordado un kilo. Ni siquiera voy a contar que siento que tengo un agujero en el pecho que crece a medida que los días transcurren y Álex y yo nos alejamos más y más...

No, no estoy bien, eso está claro, pero me toca tragarme lo que siento, como siempre, y ser amable con el hombre que acapara miradas de toda la familia.

—Sí, claro. Entonces, ¿eres contable?

—Sí, eso es. Llevo en la misma empresa más de diez años, creo que ya no sabría hacer otra cosa —contesta sonriendo.

—¿Y no te aburres? —pregunta Julieta, a mi lado.

Sonrío sin despegar los labios y pienso que mira, yo ya la he contenido bastante, así que, por mí, puede empezar a hacer de las suyas, porque necesito otra cerveza. Estoy a punto de marcharme cuando los chicos se ciernen sobre nosotros y miran a Nacho como si ellos fuesen serpientes y él, un pobre ratón esperando una muerte rápida e indolora. Tanto se tensa, el pobre, que decido quedarme un poco más.

—¿Qué tal, Nacho? ¿Lo pasas bien? —pregunta Álex.

—Muy bien, gracias.

—¿Quieres comer algo? ¿Carne, ensalada, Doritos? —Los chicos se agitan, pero no entiendo por qué.

—Estoy bien, gracias.

—¿Sabes? Tengo curiosidad por saber cómo os conocisteis Amelia y tú —dice Nate.

Pongo los ojos en blanco, porque que hasta él haya entrado en este juego me parece patético, la verdad.

—Oh, bueno, pues...

—Creo que puedo contarle yo —dice Amelia apareciendo.

—Eso, eso, cuéntenos una historia romántica y apasionada —jalea Julieta haciendo ojitos mientras Diego se ríe, besa su cuello y coge a una de las gemelas, que viene en brazos de Sara.

No sé muy bien cómo, pero en menos de dos minutos la familia entera, incluidos

los bebés, se han sumado a la reunión y todos rodeamos a Nacho y Amelia mientras esperamos que cuenten su historia de amor.

—En realidad, no es para tanto —dice Amelia—. Me lo presentó un amigo en común que tenemos en una de las ONG, dedicada, entre otras cosas, a recaudar donativos para la hambruna en África. Jorge insistió en que seguro que congeniábamos, así que un día quedó con los dos sin decirnos nada.

—Aquella noche nos pasamos más de tres horas ignorando a Jorge y hablando de los diferentes problemas y soluciones a varias causas, ¿te acuerdas? —le pregunta Nacho con una sonrisa.

Amelia se la devuelve y creo que es el rubor en sus mejillas lo que hace que tanto Álex, como el resto de chicos, se corten un poco a la hora de cuadrar los hombros y mantener una postura tensa. La parejita sigue hablando mientras yo me percató de dos cosas: Él está muy muy orgulloso de ser tan generoso, tanto que lo repite cada dos frases, y ella está muy muy orgullosa de que él sea tan generoso.

A ver, no me entiendas mal, no quiero dejar mal a Amelia, pero después de más de media hora de charla, creo que ella se empeña en realzar todas sus cualidades y él, en vez de hacer lo mismo con ella, le da la razón y se jacta, aunque de manera educada, de lo buenísima persona que es. No sé, creo que Nacho es muy solidario, pero también un poco pedante. Valoro mucho que se preocupe tanto por los problemas de este mundo, que no son pocos, pero, ¿por qué no le da a Amelia el valor que tiene al luchar, también, por diferentes causas?

No sé, mira, igual yo estoy paranoica y simplemente intentan resaltar las cualidades de él porque a ella ya la conocemos y, después de todo, es él quien tiene que ganarse a la familia, pero a mí, desde luego, hay algo que me chirría.

Una hora después, cuando intento comerme un chorizo asado sin pensar que esto no va a ayudar en nada a bajar ese maldito kilo, aparece Álex a mi lado, maldigo y me limpio la salsa de las comisuras de la boca como puedo.

—Ese tío es un gilipollas —dice apoyándose en la mesa que hay al lado de la barbacoa y mirándome con una sonrisa torcida—. ¿Está rica la salchicha, princesa?

—Primero, es chorizo, segundo, si vuelves a llamarme princesa, te meto el palo de los pinchitos por donde la espalda pierde su bendito nombre, y tercero, este mundo, esta ciudad y esta urbanización están llenos de gilipollas. ¡Hay *overbooking* de gilipollas! Así que uno más, ni se nota —contesto de mala leche.

Lo he dicho por él y lo ha pillado, porque ha fruncido el ceño de inmediato y ahora me siento mal, porque no es así como quiero que sea mi relación con Álex, pero es que me frustra tanto que él pueda alejarse y acercarse cuando quiera, como si no pasara nada, que acabo dejando ver lo que me duele en forma de palabras hirientes. Cierro los ojos, me limpio la boca de nuevo con una servilleta de papel y, estoy a punto de disculparme, cuando él se gira, mirando a la mesa y se pone a prepararse un poco de carne con pan.

—Tienes razón. Uno más, ni se nota.

—Álex, lo siento, no quería decir...

—Querías decir exactamente lo que has dicho. —Suelta el pan de mala manera en la mesa y me mira—. Una de las cosas que más valoro en ti es que no te esfuerzas en dorarme la píldora, eso me gusta, aunque no te lo creas, así que no te atrevas a disculparte y mentirme, porque los dos sabemos que ahora mismo piensas lo que has dicho, igual que sabemos que tú me has estado evitando toda la noche, así que tampoco estás libre de pecado.

—¿En serio? ¿De verdad vas a reclamarme que te haya evitado? ¿Tú?

Él aprieta la mandíbula y yo suspiro y doy un trago a mi botellín. Seguimos de espaldas a toda la familia, porque la barbacoa la suelen poner al fondo, así que lo único que vemos es la calle iluminada por las farolas.

—Tenemos que arreglar esto, Eli —susurra al final, pero sin mirarme.

—¿Cómo? —pregunto.

En realidad, estoy intentando que no se note las ganas que tengo de largarme de aquí y llorar de impotencia, porque parezco una niñata incontrolable que no es capaz de ser razonable y adulta ni en una maldita barbacoa familiar.

—No lo sé. Ni siquiera podemos mantener una conversación sin discutir. Nosotros no éramos así. Me gustaba tenerte como amiga y odio pensar que, de ahora en adelante, esto es lo que nos espera. —Resopla y agarra mi brazo para ponerme de frente a él y así poder mirarme—. No nos acostamos juntos para no joder esta amistad y míranos, al final, ha sido peor.

—¿Y cuál es la solución, Álex? ¿Follar una noche entera y que mañana no recuerdes ni mi nombre? Ya sabes que no soy de esas.

—Y tú sabes que yo no soy de los que prometen cosas, joder, Elizabeth. Estamos en igualdad de condiciones, no hagas parecer lo mío una mala opción porque yo podría hacer lo mismo.

Aprieto la mandíbula, porque en eso tiene razón. Estoy pagando con él el dolor que siento y no es justo. Él no tiene la culpa de no querer algo serio, igual que yo no la tengo de quererlo. Aun así, prefiero dejarle claras un par de cosas.

—Es verdad que no soy una mujer de relaciones esporádicas, pero también es cierto que lo que te dije el otro día, no iba dirigido a ti, necesariamente. —Él me mira sin entender y yo sigo—. Quiero una relación seria, pero eso no significa que quiera una relación seria contigo. Eso lo has dado por hecho tú, y me duele, porque das por sentado que estaría encantada de perder mi soltería por estar contigo, cuando quizá no sea así.

Mentirosa. Dios mío, qué mentirosa puedo llegar a ser. La parte buena es que ha parecido funcionar, porque él ha fruncido el ceño hasta casi cerrar los ojos y me está mirando como si me hubiese vuelto loca. Me parece increíble la cantidad de ego que puede haber en un solo cuerpo. Por otro lado, aunque sea obvio que siento algo por él, es cierto que no me lanzaría a sus brazos sin pensarlo. Una relación con Álex supondría un montón de problemas para los que creo que no estoy lista, así que, al

final, ni siquiera yo sé a qué conclusión llegar.

—¿No querrías tener nada conmigo? ¿Ni temporal, ni serio?

—No en un principio —susurro.

—Pero el otro día reconociste que había atracción...

—Sí, hay química sexual, pero eso no significa que vaya a ceder a ella. Me gustaría saber cómo es el sexo contigo, porque me atraes, pero creo que, como pareja, no serías bueno para mí, y dado que yo no practico sexo casual... ¿Me entiendes?

Esto sí que es cierto, de una retorcida y extraña manera, he llegado a explicarle la situación y, de paso, comprenderla yo misma.

—No soy mala persona, Eli. Puede que me gusten las mujeres, pero eso no es un delito.

—No he dicho que lo sea. No me lo parece, de hecho. Eres libre de hacer lo que te dé la gana y no crítico tu modo de vivir, Álex, pero no hagas tú lo mismo conmigo.

Él agacha la cabeza y asiente de manera leve antes de apretarse los ojos con las palmas de las manos y volver a mirarme.

—¿Podemos ser solo amigos? No quiero perderte y estoy jodido, aunque no me creas.

—Te creo, para mí tampoco es plato de buen gusto que me esquives o, de pronto, sientas la necesidad de largarte de tu propia casa solo porque yo estoy en ella.

—Fui un capullo, lo sé.

—¿Follaste bien aquella noche, al menos? ¿Valió la pena?

Él me mira a los ojos, niega con la cabeza con levedad y, para mi consternación, me abraza con tanta fuerza que siento que me cuesta respirar.

—¿Sabes cuál es el problema contigo, Elizabeth? —pregunta en tono ronco en mi oído—. El jodido problema es que tú dueles. Dueles cuando estás cerca y dueles, aún más, cuando te alejas.

—Álex...

—Cada vez que intento correr de ti, cada vez que me levanto de una maldita silla y te dejo decepcionada, cada vez que me alejo, cada vez que me follo a otra y cada vez que me emborracho desde hace ya un tiempo, pienso en ti. Estoy obsesionado con quitarte la ropa y enterrarme en tu cuerpo, aunque suene crudo. Quiero follarte hasta que no puedas más, hasta que yo no pueda más. Quiero sacarte de mí a base de sexo sucio y duro, y no te lo digo para convencerte, pero sí me gustaría que intentaras comprender que, para mí, todo esto, no es fácil, y menos si tengo que oír que tu cuerpo me desea, pero tú no me consideras válido ni para una noche, ni para una relación. Ni siquiera alcanzo el nivel necesario para ser un objeto al que puedas usar y tirar. ¿Cómo crees que me siento?

Cierro los ojos con fuerza, pero ni siquiera así consigo retener el gemido que escapa de mi garganta. Un gemido que no ha sonado a sexo, sino a impotencia, a dolor, a todo lo que me arde por dentro cada vez que pienso que él no puede superar sus miedos y yo no puedo rendirme a una sola noche. Un gemido que suena a anhelo,

a los besos que no nos hemos dado, ni nos daremos, a los «ojalá» que pienso cada noche, aunque no quiera, a las espinas que se clavan y sangran mucho tiempo, más del que deberían, en realidad. Un gemido que suena a todo lo que podríamos ser, y no seremos.

Cuando creo que he conseguido controlarme, aunque sea un poco, beso su mejilla y me separo de él. No me avergüenza tener los ojos acuosos, porque quiero que entienda hasta qué punto esto es doloroso también para mí.

—Vamos a hacer un pacto, Alejandro. —Él me mira sin entender y yo hago un esfuerzo por sonreír—. Vamos a encargarnos de no vernos hasta que nos marchemos de vacaciones.

—No, ni lo sueñes, joder.

—Sí, escúchame, será lo mejor para los dos. Tú podrás olvidar esa obsesión por tener una noche conmigo y darte cuenta de que hay millones de peces en el mar que merecen tu atención y yo voy a tomar la distancia que necesitamos para volver a ser amigos.

—Eli...

—Saldrá bien. Cuando nos vayamos de vacaciones lo haremos como dos grandes amigos y los dos habremos olvidado esto. Te lo prometo.

—No puedes prometerme algo así.

—Por favor, colabora un poco, ¿vale?

No sé si es mi mirada, todavía contenida de lágrimas, mi gesto impotente o la situación que estamos viviendo, pero al final asiente y besa mi frente justo antes de que Esme aparezca y nos pregunte qué ocurre. Le aseguramos que todo está bien, él vuelve con los chicos y yo me quedo con mi amiga. La miro, me mira y siento que el corazón se me vuelve del revés cuando habla.

—Algún día tendrás que contarme de qué va todo esto, Elizabeth.

Se da la vuelta y se va, mientras yo cierro los ojos y rezo a todos los santos que existen y a los que no, que este plan de estar un mes sin vernos funcione. Que podamos olvidar esto y, para cuando lleguen las vacaciones, sea capaz de mirarlo sin pensar que podría darle todo lo que soy a poco que se esforzara. Convivir con él sin que la desolación me invada con cada mirada que él dedique a otras.

Funcionará.

Tiene que funcionar.

No hay más opciones.

—Te voy a matar.

Miro a mi hermana Amelia y le frunzo el ceño cuando empieza a darme pellizcos en la barriga, los brazos o cualquier otra parte de mi anatomía que le pilla a mano.

—¡Eh!

—Ven conmigo.

Tira de mi mano a través del césped y contengo las ganas de decirle que no estoy para mierdas tuyas. La conversación con Eli me ha dejado jodido a tantos niveles que, ahora mismo, lo único que quiero es irme a una esquina y mirarla enfurruñado para que entienda que su plan de no vernos en un mes me parece una soberana mierda. ¿Cómo se le ha podido ocurrir algo tan ridículo? ¡No pienso estar un mes sin verla! Que se ponga como quiera, me da igual, si tengo que acampar en su portal lo haré, pero no puede tomar una decisión tan grave como esa y esperar que yo me quede de brazos cruzados. Además, ¿qué pasa? ¿ya no piensa venir a comer a casa? ¿Ni a las barbacoas? ¿Y qué pasa con Óscar? ¿No puedo verlo? ¿Ni siquiera irá a casa de Esme a ver a Noah? ¡Es su mejor amiga! No debería tirarse faroles tan grandes. Lo mejor será que hable con ella otra vez. No sé qué decirle, porque está claro que no estamos hechos para ponernos de acuerdo en ciertas cosas, pero tengo que conseguir, como sea, que recapacite y no haga algo así.

Resoplo mientras sigo siendo arrastrado y casi me río con cinismo, porque no soy tonto, aunque mi familia a veces lo piense. Sé que no es tan descabellado como parece, igual que sé que yo no he sido el perfecto caballero. Ella tampoco ha sido la dama perfecta, todo sea dicho. Suspiro y pienso que, en realidad, en todas sus imperfecciones es donde se haya ese conjunto tan perfecto que me vuelve loco. Tan loco como para ser, cada día, más incapaz de ponerme una excusa nueva.

No puedo ponerme a pensar ahora en lo que podría ser y no es, ni será, porque ella me ha dejado claro que, ni siquiera poniendo de mi parte y cambiando tendría una posibilidad real. ¿Entonces? ¿Cuál es el camino para nosotros? ¿Jodernos y ya está? Me parece injusto, la verdad, sobre todo cuando hemos conseguido ser buenos amigos. Mi familia se verá resentida por esta tensión entre nosotros, estoy seguro, acabarán echándome la culpa, porque es mía en gran parte, yo me rebotaré, me largaré, follaré con unas y otras y luego, como siempre, volveré a casa con el cuerpo relajado y la cabeza enredada, porque si algo tiene Eli, es que consigue que mi cabeza no pare de crear ideas; algunas buenas, otras absurdas, otras locas, otras ni siquiera las considero y otras, las peores, duelen, y duelen mucho, porque me hacen pensar en un futuro hipotético en el que ella y yo estaríamos juntos. Un futuro en el que yo siento cabeza, voy a su piso cada noche, le hago el amor y luego me quedo en su cama, convencido de que no hay otro lugar en el mundo en el que quiero estar. Esas

ideas nacen, las recreo en mi cabeza, pero intento no estudiarlas, o no demasiado. Yo no podría ser feliz así. En algún momento querría estar con otra mujer, o con varias y, al final, acabaría jodiéndolo todo, haciéndole un daño irreparable a una mujer que me importa mucho más de lo que reconozco en voz alta y provocando una crisis familiar de altura, porque mi familia no me lo perdonaría en la vida. Con razón, todo hay que decirlo.

Quizá, después de todo, la idea de no vernos no sea tan mala. A lo mejor así mi cabeza también se aclara y dejo de estar tan obsesionado con su cuerpo. Puede que, aunque sea duro, sea la solución que necesitamos para poder seguir conviviendo sin acabar tirándonos los trastos a la cabeza, o haciendo y diciendo cosas que nos pesen el resto de nuestras vidas. Puede que sea lo correcto, pero eso no significa que sea lo que me gusta, y por eso estoy de malas y sé, porque lo sé, que el humor no va a mejorarme en todo el mes, así que más le vale a mi familia armarse de paciencia.

—¿Cómo puedes ser tan capullo? —pregunta Amelia en cuanto estamos en el salón de casa.

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

—No has dejado de atosigar a Nacho. Tú y tu panda de secuaces estáis consiguiendo que se sienta cohibido.

Frunzo el ceño, porque el tal Nacho no me ha gustado una mierda, pero de atosigarlo, ni hablar. ¡Al revés! Nos hemos esforzado en darle conversación y hacerle sentir integrado. Se lo digo a mi hermana, pero está tan enfadada que solo atina a insultarme.

—Oye, oye —le digo pasados unos minutos—. ¿Te ha dicho él que se siente atosigado? ¿O son cosas tuyas?

—Claro que me lo ha dicho, y tiene razón en que no deberíais estar encima todo el tiempo.

—Pero, ¡si lo hemos hecho por él! Para que se sienta integrado y aceptado. Vamos, no jodas, si el problema es que me he acercado que no se preocupe, que desde ahora mismo paso de su jodida cara.

Amelia me mira muy seria y la veo vacilar, porque sabe que tengo razón y, si hace uso de ese cerebro tan magnífico que tiene la mayoría de las veces, se dará cuenta de que su novio no debería haber abierto la boca y menos en mitad de la barbacoa. ¿Qué es, un niño pequeño esperando que su madre le defienda? Joder, lo entendería si le hubiésemos tratado mal, pero es que llevamos toda la noche comportándonos como unos santos. ¡Hasta Julieta se ha comportado! Y eso, por sí solo, ya es un hecho admirable.

—Oye, Álex, tienes que entender que está nervioso, para él no es fácil venir aquí y enfrentarse a toda mi familia.

—Es que, de hecho, no tiene que enfrentarse a nadie. No estamos aquí para abrir una guerra contra él, por mucho que nos apetezca.

Su boca se tuerce en un mohín adorable, pero que indica que esta disgustada.

—No os ha caído bien —dice en tono suave.

No ha sido una pregunta, ella no es tonta y sabe muy bien la respuesta. No puedo mentirle y decirle que sí, porque nosotros siempre nos hemos dicho las cosas a la cara, pero también me jode hacerle daño. Por suerte, se oye una voz que me evita tener que contestar.

—Hija, es que parece que le hayan metido un palo por el culo. —Los dos nos giramos para ver a Julieta, que viene de la cocina—. Entré a calentar los biberones de Emily y Victoria y os oí, no lo siento, pero si queréis me disculpo.

—Julieta... —digo en tono de advertencia.

—No, déjala —me corta Amelia—. Me interesa mucho saber cuáles son los motivos por los que mis hermanos no pueden aceptar al hombre con el que estoy saliendo, sobre todo después de que yo haya apoyado a dos de ellas en todo momento en sus relaciones, que no siempre fueron perfectas, por otro lado.

—Siento decírtelo, Amelia, pero ese tío no es para ti —dice Julieta—. ¡Si está más pendiente de su ombligo que de cómo lo pasas tú!

—Eso no es verdad. Nacho es un hombre encantador, generoso, solidario y...

—Créeme, nena, sus virtudes nos han quedado muy claras. Él mismo se ha encargado de recalcarlas.

Amelia tensa la mandíbula y yo la entiendo, porque sé que Julieta puede pasarse de directa, pero, por otro lado, agradezco que no sea Esme la que está aquí, porque lo soltaría todo de una forma aún más cruda. No es que sean unas cabronas de nacimiento, es que se pasan de sinceras.

—Mirad, me da igual si os cae bien o mal, vais a tener que aguantarle y respetarle, sobre todo porque yo lo hago con Diego, con Nate y con... —Me mira y frunce el ceño—. Bueno, a ti te aguanto tantas mierdas, que no necesito ni que tengas novia para hacerte sentir mal.

Le pongo mala cara, porque puede que eso sea cierto, pero me molesta, no lo puedo evitar. Julieta cuadra los hombros, pero, por suerte, Diego entra en la estancia con las dos niñas llorando.

—Pequeña, no aguantan más, ¿qué pasa con los biberones?

—Voy —contesta mientras mira a Amelia—. Sabes que te quiero y quiero lo mejor para ti. Si ese tío te hace feliz, lo aguantaré, pero déjame darte un consejo, aunque sea una vez en mi vida. —Nuestra hermana asiente con levedad y la primera sigue—. Me parece bien que reconozcas todo lo bueno que Nacho tiene, pero por favor, no olvides por el camino que tú eres igual o mejor que él.

—No lo hago.

Julieta hace un mohín con la boca, como si no la creyera, y yo entrecierro los ojos porque es muy raro verla tan seria, primero, y porque estoy seguro de que me he perdido algo, segundo. Creo que voy a tener que organizar una reunión con Esmeralda y Julieta, porque tengo que ponerme al día e intercambiar opiniones con ellas acerca de nuestro nuevo cuñado, pero eso será otro día, porque de momento,

creo que estamos amargándole la barbacoa a Amelia y, puede que no seamos los mejores hermanos del mundo, pero hasta nosotros tenemos ciertos límites, así que Julieta coge a una de las gemelas de los brazos de Diego y los dos se sientan en el sofá, cada uno con un bebé y un biberón, mientras les dan la toma antes de dormir y yo los miro un momento para percatarme de que mi hermana, con lo loca que está y lo mucho que desvaría, es una gran madre. Ya lo demostró en su momento con Marco, cuando este entró en su vida, pero verla con dos bebés, pasando horas sin dormir, agotada por su trabajo, llevando la carga de Marco, que está infinitamente mejor, pero, aun así, tiene días en que se mete en peleas o aparece a las tantas sin decir dónde ha estado y, en definitiva, siendo una de las mujeres más responsables que me rodean ahora mismo, me hace pensar en dos cosas: la primera, es que se le da bien. Cualquiera lo diría, viendo que a veces viste a las niñas con trajes negros o de zombis estampados, pero, aun así, se le da bien todo esto. La segunda es que, si Julieta pudo sentar cabeza, enamorarse y formar una familia, quizá yo cambie de idea en un futuro y pueda...

Bien, este pensamiento se corta aquí, porque no va a llevarme a nada bueno, así que vuelvo al jardín y procuro integrarme en la fiesta para no hacer ver que estoy jodido. Cuando Eli se despide alegando que Óscar se muere de sueño, mientras el niño jura que no, el alma se me cae un poquito más a los pies, porque por muy bravucón que me haya puesto, sé que tengo que respetar su deseo de no vernos en un mes, pero voy a echarlos mucho de menos. Mucho. Demasiado, quizá.

—Eh, colega, nos vemos pronto, ¿vale? —le digo acercándome a él cuando ya están en la puerta delantera y a punto de subir al coche.

Eli parece incómoda, pero sonrío y asiente mirando a su hijo, que sigue protestando porque no quiere irse aún.

—Álex, me prometiste que me darías chuches —dice poniendo cara triste.

Me río entre dientes, porque le prometí chuches y le hice prometer que no lo diría delante de su madre, pero supongo que, con seis años es difícil acordarse de todo.

—El próximo día te daré el doble.

—Vale. ¿Nos vemos mañana?

Sonrío y niego con la cabeza mientras revuelvo su pelo y miro a su madre.

—Otro día, pequeño, otro día. —Él asiente, Eli le abre la puerta del coche y, cuando está dentro, cojo a su madre del brazo y la miro muy serio—. No puedo estar un mes sin verlo.

—Álex...

—No, Elizabeth. Vamos a ponernos a prueba tú y yo, pero no me alejes de él, joder, es injusto para los dos.

Ella chasquea la lengua, mira al interior del coche, donde Óscar espera que su madre entre y arranque y, al final, asiente mientras vuelve a mirarme con algo que se parece mucho a la tristeza.

—Me las ingeniaré para que venga a casa, o a casa de tu hermana Esme. Le verás,

te lo prometo.

—¿Puedo escribirte al menos y recogerlo alguna tarde para llevarlo al parque?

—Alejandro, joder, estás complicándolo todo...

—Eres tú la de la fantástica idea de estar un mes sin verme, no yo.

—Sabes muy bien que es lo mejor para los dos.

—Yo solo sé que te largas, te alejas de mí y me alejas del niño, pero luego te llenas la boca diciendo que el cobarde aquí, soy solo yo.

Ella aprieta la mandíbula, sé que le duelen mis palabras y lo siento como no se imagina, pero es que esto no es justo, lo mire por dónde lo mire. Y sí, puede que ya tuviera medio asimilado esto del mes sin vernos, pero en cuanto he visto a Óscar me he dado cuenta de que no funcionará, porque yo necesito tener a ese niño en mi vida tanto como mis hermanos. Él ya es parte de mí, aunque a ella no le guste.

—No voy a discutir —dice al final—. Verás a Óscar como hasta ahora y él no se enterará de que entre nosotros pasa algo.

—Claro, porque es muy normal que dejemos de vernos tanto tiempo. ¿Qué harás con las barbacoas? ¿Eh? ¿No vendrás?

—Alegaré trabajo.

—Sí, muy maduro por tu parte. —Me río entre dientes y me alejo un paso—. ¿Sabes qué? Tienes razón, vete, nos vemos en un mes, pero recuerda que, esta vez, la que se larga eres tú.

—Ya estamos en paz, entonces.

—Supongo.

Ella se gira enfadada, abre la puerta del coche, pero vuelve a cerrarla de inmediato y me mira, dándose la vuelta otra vez.

—Eres un capullo, que lo sepas. Todo esto es porque estás obsesionado con follarme y te has propuesto cargarte esta amistad.

—Mi deseo y nuestra amistad son dos cosas distintas. Te he dicho que quiero una noche contigo, me has dicho que no y lo he aceptado como el hombre que soy.

—Sí, lo has aceptado muy bien. Como el otro día, cuando te largaste a follarte a saber Dios quién solo porque te dejé las cosas claras.

—¿Qué pasa? ¿No puedo follar contigo, pero tampoco con otras? ¿Así es como funciona, Eli?

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Lo sé, claro que lo sé. Se refiere a las veces que huyo y me hundo en otros cuerpos imaginando el suyo. Me está echando en cara las mismas acciones que me recrimino yo en silencio cada noche desde que esto empezó. La diferencia es que reconocerlo ante mí mismo es fácil, pero reconocérselo a ella es jodidamente complicado, así que he acabado haciendo el capullo, que es una cosa para la que tengo una facilidad extrema. Deberían darme un premio, de verdad. Resoplo, me paso las manos por el pelo y me froto los ojos antes de mirarla de nuevo e intentar ser, aunque sea un segundo, el amigo que ella necesita.

—Tienes razón. Lo sé, y sé que tu plan es una buena idea, porque está claro que ahora mismo no podemos estar juntos más de tres minutos sin acabar lanzándonos dardos. —Ella asiente y yo cojo aire, intentando calmarme del todo—. ¿Puedo darte un abrazo?

—Álex ...

—Solo un abrazo, joder, no es tanto pedir, ¿no?

Ella agacha la mirada y, por un momento, me parece ver que está a punto de emocionarse, pero cuando me mira en su rostro solo hay una sonrisa; una que no llega a sus ojos, pero es mejor que la tristeza que intuyo que hay detrás, porque a poco que se sienta como yo, será un sentimiento que esté dentro, quemándole y deseando salir. Rodea mi cintura con los brazos y la estrecho contra mi cuerpo con fuerza, cerrando los ojos y suplicándole en silencio que no se vaya, que no me abandone. Por un momento, siento el deseo de rogarle que no desista conmigo arderme en la garganta. Quiero que me prometa que seguirá estando ahí, incluso cuando yo no la merezca, porque está claro que no la merezco. Es egoísta, inmundo e incluso un poco cruel, pero no puedo evitar pensar que la quiero en mi vida cada maldito día, aunque el pensamiento me abrume y aterre. Supongo que parte de este pánico viene del miedo, porque no reconozco estos sentimientos, no sé dominarlos, tenerlos bajo control y disfrutarlos. Viene, también, de la debilidad, porque me guste o no, cada vez que ella me dice las cosas claras me doy cuenta de lo irónico que es que me juegue la vida sin miedo en el trabajo y, al salir, verla y desearla, la valentía se ausente y me deje a solas con un puñado de sentimientos que duelen cada vez más y un anhelo que ya no se conforma con llenar mis noches, o los ratos en los que estoy con otras; ahora cuando la posibilidad de no verla en tantos días se ha vuelto real, amenaza con asfixiarme y lo peor, es que creo que prefiero acabar muerto a reconocer, aunque sea por un momento, que algo dentro de mí empezó a cambiar el día que esa maldita sonrisa entró en mi vida arrasando con todo.

—No te olvides de mí. ¿Vale, rubia? —susurro en su pelo cuando ella empieza a separarse.

—No podría ni aunque quisiera —contesta con una sonrisa que se refleja en mi cara de inmediato, aunque a ninguno de los dos nos llegue a los ojos.

Y entonces sube al coche, se va y siento, por primera vez, que estoy perdiendo algo vital en mi vida. Un mes sin ella. Un jodido mes sin su sonrisa. No parecía tan difícil hace un momento, mientras permanecía pegada a mi pecho, pero ahora no está y ya me falta, así que no puedo evitar preguntarle a mí cabeza cómo demonios vamos a manejar, soportar y superar esto.

Al cabo de unos minutos, sin una respuesta y con el ánimo a ras de suelo entro en casa, subo las escaleras y me acuesto, porque esta noche dejó de tener sentido en el momento en que el motor de su coche rugió y se alejó por la calle delante de mis ojos.

El mes de la discordia ha pasado entre ir con Óscar al restaurante de los Corleone para colarlo en la cocina y que le enseñaran a hacer masa casera en las horas en las que no tenían mucho jaleo. Giu y Teresa, los padres de Diego, se portaron de maravilla cuando les pedí el favor y el pequeño disfrutó como un loco. Incluso Marco le dio algunos consejos que aceptó de buena gana. Otro día, en el que estaba de descanso, lo saqué de casa de Esme y lo llevé a la estación para que conociera a algunos compañeros y subiera en uno de los camiones de bomberos que tanto le gustan. Le he llevado al parque, hemos jugado en el césped y hasta nos hemos intercambiado cromos, porque me he enganchado a unos que hay de coches que son geniales y..., bueno, que lo hemos pasado muy muy bien. Ha sido casi perfecto, y digo casi, porque en todos y cada uno de los planes que hacía con Óscar, faltaba su madre, de la que no he sabido nada. Creo que Esme sabe de qué va todo esto; lo intuyo por su postura rígida y, sobre todo, por la forma en que me insulta cada vez que le devuelvo a Óscar a la hora que me indica para que Eli pueda recogerlo sin tropezar conmigo.

La verdad es que no me molesta que lo sepa porque, siendo un coñazo y todo, se ha portado bastante bien y no ha habido vez que Óscar estuviera en su casa que no me haya avisado, siempre que yo estuviera de descanso. El niño me ha preguntado varias veces por qué su madre no venía con nosotros, pero yo siempre le explicaba que estaba trabajando, o cansada, o haciendo cosas para la boda de Diego y Julieta. Creo que no se quedaba muy convencido, pero como es un santo en miniatura se callaba y no insistía demasiado.

Julieta me ha preguntado qué pasa. Amelia me ha preguntado qué pasa. Mi padre me ha preguntado qué pasa. Sara me ha preguntado qué pasa y creo que, hasta Campofrío, el perro de la urbanización, me mira con cara de sospecha, pero yo me mantengo en mis trece y juro que no sé por qué Eli no se pasa por casa, que supongo que estará liada y que, si quieren saber, le pregunten a ella. Mi padre un día amenazó con hacerlo y creo que se me notó en la cara la descomposición, porque se limitó a sonreír, decirme que soy más tonto de lo que pensaba y largarse del salón dejándome solo.

Creo que no me equivoco si digo que todos están pendientes de Eli, de mí y de la situación tan rara que hemos provocado.

Por suerte, hoy están tan exaltados con las vacaciones que me están dejando tranquilo, lo que es un alivio, porque a poco que se centren en mí, se darán cuenta de que estoy de los nervios, y no por el viaje que vamos a hacer en unos minutos, sino porque por fin voy a verla de nuevo.

Un mes, un jodido mes sin verla y me ha parecido un año. He cogido el teléfono

tantas veces, he escrito tantos mensajes para decirle que la echaba de menos que ya no puedo ni contarlas. No los envié nunca, no por falta de ganas, sino por el miedo que me daba que ella no me contestara, o me dijera que no me extrañaba. Sé bien que he sido un idiota, igual que sé que todavía doy coletazos y estoy lejos de ser el hombre que se espera de mí en muchos aspectos, pero después de un mes, si tengo algo claro, es que no he podido olvidarme de mi deseo por ella. Deseo, atracción, cariño, llámalo como quieras, pero el caso es que llevo dos semanas sin follar porque, ¿para qué? Si todas tienen su cara, su cuerpo, sus gestos y su sonrisa. Esa maldita sonrisa que aparece en cada pensamiento cuando duermo, como, me ducho, follo o me masturbo. No sé si serán los nervios, el estrés por la boda, las vacaciones o que he asumido, de una vez, que no puedo seguir utilizando mujeres al azar para fingir que estoy con Eli. Es insano y un insulto tanto para las chicas, como para mí, así que tengo una incontinencia de, exactamente, trece días, que está acabando conmigo porque no estoy acostumbrado a pasar más de cuatro o cinco sin un polvo. Pero no importa, porque hoy voy a verla, voy a poder tocarla y vamos a pasar juntos nueve días, le guste a ella o no, así que hasta el dolor de huevos se me pasa cuando miro el reloj y me doy cuenta de que faltan quince minutos para la hora de quedada. Estamos en el jardín de casa de mi padre, donde ya han llegado Esme y Nate con el pequeño Noah, iluminando la urbanización con esos ojos heredados de mi hermana. Hay que joderse, al final sí que ha sacado lo mejor de cada casa. Ese niño hará que las mujeres caigan como moscas solo con mirarlas, literalmente.

El caso es que están ellos, mi padre y Sara, Marco con Teresa y Giu, que han contratado camareros extras para no faltar a estas vacaciones y Nachete, el novio de Amelia al que ya no soporto de manera oficial. Él no lo sabe, o se hace el tonto, o es tonto de verdad y no se entera. En este mes le hemos visto unas cuantas veces y sé de buena mano que ni siquiera Sara, que no habla por no ofender, lo aguanta. Es un egocéntrico de aúpa, pero eso no es lo peor; lo peor, sin duda, es que hace que Amelia se sienta inferior. Ella no lo dice, claro, pero todos vemos la forma en que se excusa cuando él le recuerda que no ayuda al mundo tanto como debería, que siempre se puede hacer más y no sé cuántas mierdas más. No seré yo el que se ponga en contra de salvar el planeta, pero no a costa de vivir amargado y, menos, a costa de hacer que los demás se sientan como gusanos. Todavía recuerdo la vez que pilló a Julieta echando un pañal en la basura y le dio un discurso acerca de la importancia de no usar pañales desechables; que se los pusiera de tela, decía. Mi hermana abrió el pañal de Emily, que estaba cargadito, se lo puso delante de la cara y le dijo, literalmente «Si quieres, puedes limpiarlo y devolvérmelo, así se lo vuelvo a poner». Mi hermana Esme y Diego carraspearon muy muy alto, pero yo no me quedé con las ganas y solté una carcajada que se debió oír en toda la península, porque la cara de asco de Nachete fue digna. Nunca más le ha vuelto a decir lo que tiene que hacer con los pañales de mis sobrinas. Julieta, a veces, es mi jodida heroína, porque creo que es la única que no sufre sus miradas reprobatorias. Al resto nos ha dado no sé cuántos discursos

acerca de distintos temas, algunos muy lógicos y que he tenido en cuenta, conste, pero otros que solo tienen como fin dejarnos claro lo superior que es como persona. No sé si hace eso porque se piensa que así vamos a aceptarlo antes, venerarlo, como hace Amelia, o lamerle el culo, pero lo único que está consiguiendo es que todo el mundo lo ignore. Además, yo dudo mucho que Amelia esté enamorada de este tío. Hala, ya lo he dicho. No creo que esté enamorada, sino más bien que se ha dado cuenta de que, estando a su lado, puede hacer más, porque él le da una caña impresionante. Para ella eso será bueno, pero para nosotros es malo, porque mi hermana, que ya tomaba antiácidos como caramelos, ha pasado a tomarlos como el agua. Apenas come, está más delgada y tiene a mi padre tan preocupado que ya ni siquiera me mira con carita de cachorro abandonado cuando vengo de trabajar y sabe que he tenido un día duro. Yo tengo la teoría de que mi padre a este ritmo no llega a los sesenta. Ahora no tiene bastante con preocuparse por los hijos, que se le suman los yernos y los nietos. El pobre hombre sufrirá un colapso el día menos pensado. Menos mal que tiene a Sara, con la que sigue teniendo sexo regular; lo sé porque oigo los muelles del somier de las narices, no porque me guste tener esta información.

Pero a lo que yo iba es a que Nacho está aquí y solo faltan Julieta y Diego con las gemelas. Minutos después, cuando veo un minibús acercarse por la calle pitando y con mi hermana Julieta sacando medio cuerpo por la ventanilla se me abre la boca sin poder remediarlo.

—¿Qué demonios...? —murmura mi padre antes de que Diego aparque el minibús y mi hermana se baje de un salto.

—¡Sorpresa! ¡Nos vamos de viaje todos juntos!

—Julieta, eso se avisa —dice mi padre muy serio—. ¡Ya tenemos cargados los coches!

—Pues los vacías y así haces ejercicio, que te me estás poniendo fondón, ¿eh? No me digáis que no es la mejor idea del mundo. Iremos y volveremos juntitos como una gran familia feliz.

—Yo ahí no subo a mi hijo —dice Esme.

—¿Por qué?

—Porque no me fío, no sé si tiene sistema de sujeción para su silla y...

—¡Pues claro que lo tiene, Tempanito, no me toques las narices! ¿Te crees que subiría a mis hijas si no fuera así? —Eso hace que mi hermana cierre la boca, porque si algo tenemos claro es que Julieta y Diego adoran a sus gemelas y jamás las pondrían en peligro de forma consciente—. Esto es más barato, más divertido y, además, viene con sorpresa incorporada.

—Si hay sorpresa, ya me gusta —dice Sara riéndose—. Viniendo de ti no me puedo imaginar lo que será.

Ella se ríe, Diego tira de su mano y la pega a su costado y la puerta del minibús se abre dando paso a un Einar tan eufórico que, bajando los escalones se salta uno y cae de boca en la acera.

—¡Qué hostia puta he dado!

Suelto una carcajada y me acerco a él, intentando llegar el primero, pero sin lograrlo. El primero es Nate, que se le abraza con una alegría que hace que los demás nos sintamos felices, porque somos conscientes del vínculo que une a mis dos cuñados con el vikingo. Empiezan a darse golpes en la espalda y yo frunzo el ceño, porque sigo sin entender esta costumbre. Mala suerte es que suelte a Nate y me coja a mí por banda. Claro, ya tiene la mano suelta y con la primera que me da me imagino llevando el tatuaje de sus huellas dactilares de por vida. Aun así, estoy tan contento de verlo que no me importa.

—¿Te quedas toda la semana?

—¡Toda semana completa! ¡Esta noche fiesta! Y mañana, pasado, al otro. Mucha fiesta. —Sonríe, me suelta y se va para Esme, que lo recibe con un abrazo y un beso en el cuello antes de alzar el cuco para que vea a Noah—. ¡Cada día más guapo! ¿Verdad? —nos pregunta con una sonrisa.

Somos su familia, así que la objetividad no va con nosotros y asentimos dándole la razón. Nuestros bebés son los más guapos del mundo.

Einar besa a mi sobrino, abraza a mi padre, a Sara, a Amelia y, cuando llega a Nacho, le zampa un abrazo también, porque el vikingo es así de natural. El novio de mi hermana se queda tieso como un palo, pero eso a Einar se la trae floja, como casi todo. Después se lanza a los brazos de Giu y Teresa que se ríen mientras él le palmea el brazo y la madre de Diego le llena la cara de besos.

—Bueno, ¿quién falta? —pregunta Diego mirándonos a todos—. Eli y Óscar —dice de inmediato antes de mirar su reloj—. Aún es pronto. Si os parece, vamos metiendo las cosas en el minibús y así lo tenemos todo listo para cuando lleguen.

—Yo no pienso ir en esa cosa —digo—. Voy en mi coche, que para eso lo tengo.

A ver, esto tiene otra razón de ser, y es que tenía pensado que Eli y su hijo viajaran conmigo. Horas de carretera teniéndolos solo para mí, charlando y recreándome en ella después de un mes sin verla. ¡No es tanto pedir! Pero tenía que llegar mi hermana y su maravillosa idea de viajar en plan familia feliz y unida. ¿No se da cuenta de que somos unos salvajes y meternos a todos en un minibús hará que acabemos matándonos vivos? Pues no, ella en esas cosas, no cae. Es así de despierta.

—No vas a llevar tu coche a la playa, Alejandro —dice mi padre muy serio.

—¿Por qué?

—Porque seguro que lo quieres para engatusar a cuanta mujer se te cruce por delante y estas vacaciones son familiares.

Elevo las cejas y le miro sin poder creerme que me esté soltando una mierda así. ¡Tengo treinta y un años! Si quiero ir en mi coche, voy, y punto.

—No le mires así —dice mi hermana Esme poniéndose a mi lado—. Lo mejor es que vayamos y volvamos juntos.

—A mí me gusta mi coche.

—Pues lo siento por ti, pero no vas a llevarlo —dice Julieta—. Esta es mi

semana, voy a casarme en unos días y quiero que la familia entera esté unida y metida en el jodido minibús, así que si no quieres tenerme a malas y que me dedique a joder cada día de tu miserable vida vas a subirte sin protestar. —La miro sorprendido, porque mi hermana de nunca ha estado muy cuerda, pero ponerse tan seria no es normal en ella—. Y sonrío, que parece que te hubiese amenazado de muerte y no es así. Todavía...

Se da la vuelta y se dedica a disponer mientras todos le hacen caso y yo hiervo de ira, porque entiendo que es su boda, pero ha conseguido arrastrarnos fuera de la ciudad, que nos disfracemos de mamarrachos en su boda y que le prometamos que el fin de semana que se case nos ocuparemos de las niñas día y noche. No me quejo, pero, ¿no tiene suficiente?

¡No! Claro que no, para ella nunca es suficiente. Aprieto la mandíbula y miro a la carretera, deseando que llegue Eli y me quite el mal humor. Tiene que llegar ya, joder, ¿por qué tarda tanto?

—Viajar con un niño no es fácil —susurra Esme a mi lado—. Si yo he tenido que preparar infinidad de cosas y solo es un bebé, imagina ella, que ya tiene uno que exige llevarse sus propias cosas en la maleta. Cosas que no son imprescindibles, pero ocupan mucho sitio, claro. —Frunzo el ceño, porque no sé si el pensamiento que acabo de tener lo he dicho en voz alta y por eso me está diciendo esto, pero ella sonrío, pasa un brazo por mis hombros y besa mi mejilla antes de acariciarla con la nariz—. Llevo un mes viendo cómo tu paciencia se deteriora por días. Te entiendo, pero si no disimulas un poco mejor, todos se acabarán dando cuenta de lo que pasa.

—¿Y qué es lo que pasa, según tú?

Esme se ríe, chasquea la lengua y me mira como si yo fuese el último tonto en enterarse de las cosas.

—Estás loco por ella. Mi hermano Alejandro está probando, por fin, un poquito de su propia medicina.

—No sé de qué hablas —murmuro.

—Ya, claro. ¿No te gusta Eli?

—Me gustan todas, cariño —contesto con una sonrisa chulesca.

Ella pone los ojos en blanco, frunce los labios y me da el cuco de mi sobrino antes de hablar.

—Esa no es la actitud, ¿sabes? Así solo vas a conseguir volver a cagarla.

—¿Por qué das por hecho que la he cagado? ¿Te ha dicho algo?

—Ni falta que hace, Alejandro, te conozco lo suficiente como para saber que la has cagado. Ella no me ha dicho nada, lo cual dice muy poco en su favor, teniendo en cuenta que es mi mejor amiga, pero no te preocupes, porque de esta semana no pasa que me cuente hasta el más mínimo detalle de toda vuestra historia.

—No tenemos ninguna historia.

—Claro que sí, guapi.

Aprieto la mandíbula, porque desde que en esta familia todos seguimos a la

vecina rubia en *twitter* usar sus frases está a la orden del día. ¡Como si nosotros solitos no tuviéramos ironía de sobra! Estoy a punto de contestarle, pero entonces el coche de Eli aparece ante mis ojos y, antes de poder reaccionar, ella ha aparcado y toda la familia la recibe con sonrisas y besos mientras yo sufro, por primera vez en mi vida, un ataque de pánico. Se supone que ya ha pasado un mes, así que puedo saludarla, ¿verdad? Tengo que hacerlo, además, si no quiero que piense que estoy molesto o peor, que he conseguido enfriar tanto esto como para ignorarla sin ningún esfuerzo. Doy un paso al frente y me fijo en su *short* vaquero con descosidos, su camiseta celeste y sus zapatillas blancas. Lleva el pelo suelto y sujeto solo por las gafas de sol que acaba de ponerse en la cabeza. Tan jodidamente preciosa...

Me acerco justo cuando veo que Einar se abre paso y la alza en brazos mientras mi sangre hierve.

¿Sabes toda esa alegría que he sentido antes, cuando la he visto bajar del coche? Pues se acaba de esfumar de un plumazo. Llego hasta ellos, pellizco a mi amigo en el costado y él, que tonto no es, lo entiende y se aparta dejándome frente a ella.

—Hola. —Eli sonríe y su mirada me recorre de arriba abajo. No se centra en mis ojos, así que supongo que está tan nerviosa como yo—. ¿Lista para viajar? —susurro.

Ella asiente, vuelve a sonreír, carraspea y, al final, al darse cuenta de que todos nos miran, se eleva sobre sus puntillas y me abraza.

Cierro los ojos, porque no es normal que consiga que yo me muera de anhelo solo con eso y rodeo su cintura mientras entierro la cara en su cuello un segundo; solo un segundo, lo justo para inspirar su aroma y volverme aún más loco.

—Hola —susurra en mi oído.

—Te eché de menos, rubia.

Ella se aprieta más contra mi cuerpo y sé, así, sin palabras, que tampoco ha conseguido olvidarse de mí. Noto sus nervios, el sentimiento que la ha embargado y no la deja hablar, las ganas de fundirse conmigo... lo noto todo doble, porque yo siento lo mismo y, al final, hago un enorme esfuerzo para separarme de su cuerpo, más que nada porque no quiero que la familia hable, pero odio, como nunca, que tengamos que hacer este viaje todos juntos y me priven de disfrutar de su compañía de nuevo.

—Ey, Álex, fíjate —dice Óscar llamando mi atención. Me enseña un puñado de piruletas azules, amarillas y rojas y me río, porque todo el mundo sabe que soy adicto a estas mierdas—. Mamá las ha comprado solo para nosotros dos.

—¿En serio? —pregunto mirándola con una sonrisa torcida—. ¿No tengo que compartirlas?

—No, son todas para ti.

No sé si es porque estoy en lo cierto, o que soy un enfermo, pero sus palabras me resultan sensuales al máximo.

—Muchas gracias, gatita.

Eli cierra los ojos y cuadra la mandíbula, dejándome ver lo mucho que le sigue

molestando que la llame así. Yo me río, la abrazo otra vez con rapidez y cojo al niño en brazos mientras le quito una piruleta, la abro y me la meto en la boca.

—¿Listos para viajar?

Todos gritan de emoción, yo miro a Eli de soslayo y veo que Esme se le ha acercado. Recuerdo las palabras de mi hermana y se me eriza el vello de la nuca, pero hoy, sin que sirva de precedente, estoy tan contento que me da igual que cuchichee de mí a mis espaldas.

Subimos al minibús mientras miro mi coche conteniendo un suspiro, porque habría sido una pasada conducir con él por la carretera durante horas, pero supongo que este plan no está tan mal, después de todo. Hago lo posible por sentarme al lado de Eli, pero Esme no me lo pone fácil, sienta a Nate y a Noah con su cuco juntos y se coloca justo detrás con su amiga del alma mientras a mí me toca estar con Óscar. No me quejo, conste, me encanta estar con él, pero creo que la ansiedad de haber estado un mes sin verla se me está multiplicando, porque verla y no poder estar a su lado es mucho peor. Aun así, el ambiente general es bueno, incluso con Nachete, y al principio hasta entonamos canciones chorras mientras Diego conduce, Einar le acompaña en el puesto del copiloto y Julieta baila para sus gemelas, porque asegura que a las niñas les encanta. Yo no sé si es verdad, pero verla hacer el payaso y luchar por no perder los dientes en cada curva es tan gracioso que no me quejo.

Cuatro horas después me quejo y me quejo mucho. ¿A dónde demonios nos están llevando? Todo el mundo está desesperado, los bebés se quejan porque no quieren estar más en las sillas de sujeción, a pesar de que hemos parado un rato, Óscar protesta porque se está mareando, Nachete ha dado la chapa a media familia y mi padre dice que tiene que parar con urgencia en una farmacia antes de llegar a destino, porque tiene que comprar «una cosa». Cuando lo ha dicho le ha guiñado el ojo a Marco, que ha soltado una carcajada mientras yo cerraba los ojos y me retrepaba en el sillón, muerto del bochorno y siendo consciente de que se refiere a la viagra.

—¿A qué playa vamos, Julieta? —pregunta Amelia.

—A una buenísima.

—¿No hay playas buenísimas más cerquita de casa?

—Como esta, no.

—¿Y dónde está el hotel? —pregunta Esme—. Espero que sea de los buenos, que tú eres capaz de meternos en un albergue y hacernos dormir en el suelo.

Mi hermana Julieta pone los ojos en blanco y le contesta que no, que no vamos a dormir en el suelo y que todos tendremos nuestra habitación. Después suelta una risita que nos pone de los nervios, porque no confiamos en ella y nos da miedo lo que haya podido contratar. Aun así, hacemos ejercicio de contención verbal y nos aguantamos, por no aguarle la semana de las narices.

Dos horas después ya no hay ejercicio de contención que valga. Óscar ha vomitado, llevamos tres pañales sucios en una bolsa que huelen como si estuviéramos buceando en un estercolero, Diego dice que no para porque estamos a punto de llegar y yo necesito que mi jodida hermana deje libre a la jodida Eli, pero eso no pasa. Su mirada se cruza con la mía a veces, nos la mantenemos unos segundos, pero ella siempre acaba volviendo su atención a alguien de mi familia mientras yo me frustró y rezo para que lleguemos de una vez.

Cuando mi cuñado por fin avisa de que estamos en nuestro destino miramos por las ventanas ansiosos, buscando el hotel.

Hotel que no está, por supuesto, porque Julieta es Julieta y tenía que jugárnosla hasta en esto. El minibús se adentra por un camino de arena blanca y aparca mientras nosotros guardamos silencio, cosa rarísima, pero es que creo que mi hermana se acaba de superar.

Bajamos contenidos, como si pisáramos la luna por primera vez. Vemos los árboles, olemos el mar, que debe estar al fondo, porque no cuesta esfuerzo oír las olas y los carteles indican los caminos por los que se accede, observamos la gran casa que hay en la entrada y seguimos a Julieta y Diego como imbéciles mientras se dirigen hacia allí y entran en el recibidor, que hace las veces de recepción. Allí, una chica menuda, con coleta y bastante atractiva nos recibe con una gran sonrisa.

—Buenas tardes —dice Diego—. Somos la familia Corleone. Tenemos reserva para quedarnos toda la semana.

Estoy tentado de decirle que yo no soy de la familia Corleone, pero es que sigo flipando un poco, así que me limito a agarrar la mano de Óscar mientras él mira hacia fuera con interés.

—¡Bienvenidos! Os estábamos esperando. Me he tomado la libertad de registraros gracias a los datos que mandaste hace días, así que solo me queda repartir las llaves. Un segundo.

La chica coge el teléfono, marca un número y murmura: «Ya están aquí» antes de colgar y ponerse a colocar llaves encima del mostrador mientras nos informa de dónde vamos a dormir. Todavía estoy intentando procesar la información cuando se oye un grito a nuestras espaldas. Me giro agarrando con más fuerza la mano de Óscar, porque ha sido un grito de alegría, pero, aun así, me siento un poco desconcertado ahora mismo.

—¡Hasta que por fin llegas! ¿Habéis venido en patinete o qué?

El hombre sobre el que Diego se abalanza para dar un abrazo de oso —palmadas sonoras incluidas, como buenos machotes— viste un pantalón corto, chancletas negras y una camiseta blanca con el logo del recinto. Se abraza a mi cuñado como si viniese de la guerra y se ríe con tanto estruendo como Julieta, o más, que ya es decir.

—¡No es fácil viajar con toda la familia!

—Y porque no has probado a salir de España. Yo cada vez que lo intento vuelvo aquí con la idea de no volver a repetir experiencia, pero soy un blando y me

convencen, ya sabes.

Los dos se ríen a carcajadas mientras yo no entiendo nada y el amigo de mi cuñado se acerca a Julieta para besarla, decirle lo guapísima que está y hacerle prometer que comerá en su restaurante y votará la comida.

—¿Quieres que vote? —pregunta risueña.

—Por supuesto que sí. Quiero que votes porque sé que voy a ganar y no quiero perderme la oportunidad de restregarle a tu futuro marido que hasta su mujer prefiere mi comida. Anda, di que sí y hazme feliz.

Mi hermana, que de nacimiento es un poquito cabrona, se ríe y asegura que sí, que lo hará. Diego resopla, lo coge por los hombros y, por fin, se dirige a nosotros.

—Familia, os presento a Fran Acosta, uno de los socios del *camping* en el que vamos a pasar toda la semana.

El tal Fran nos grita que somos bienvenidos al paraíso, recoge todas las llaves del mostrador y nos insta a salir de aquí para llevarnos a nuestros bungalós, que es donde vamos a dormir toda la jodida semana.

Un *camping*, la loca nos ha traído a un *camping* del sur en pleno agosto, donde hace un calor asfixiante, y pretende que nos disfrazemos y maquillemos de personajes de Tim Burton el día de su boda que, visto lo visto, será aquí mismo.

Bien.

Genial.

Maravilloso.

Muy lógico todo.

En serio, Julieta es mi hermana y bien sabe todo el mundo que, en el fondo, la quiero, pero creo que esto me va a costar perdonárselo.

Eli

No entiendo la necesidad de este tío de estar siempre así de bueno. En serio, ¿es vital que esté asquerosamente guapo hasta cuando se siente desconcertado? Porque está claro que esta situación le ha sacado de su zona de confort. Intento no sonreír para que no se note que Álex me provoca una ternura indescriptible en los momentos más tontos, como ahora. Siento deseos de ir hacia él, abrazarlo y prometerle que, aunque esto no sea un hotel de cinco estrellas, conseguiremos pasarlo bien esta semana. No lo hago, más que nada porque ya he tenido mi dosis de acciones ridículas al abrazarme a él nada más verlo, como si mi cuerpo le reclamase y necesitara su contacto para constatar que es real, que por fin ha acabado este mes de infierno.

De infierno, sí, porque me he sentido cada día como si alguien viniera a robarme un poco de oxígeno; al principio era soportable, pero a medida que el tiempo pasaba la situación se complicaba. Óscar preguntaba por Álex casi a diario, y eso que él sí lo veía, pero mi hijo no es tonto y se daba cuenta de que algo pasaba entre nosotros. Y yo, que no soy partidaria de mentirle, maquillé la verdad, le dije que estaba muy ocupada y nuestros horarios no coincidían y, por primera vez en la vida, me avergoncé de mí misma como madre.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? He sido siempre partidaria de sentar a mi hijo y contarle la verdad, aunque duela, de la manera más suave posible, pero no sé cómo contarle que me he enamorado de Álex, que él no tiene la culpa y jamás se sentirá así con respecto a mí y que, por eso, decidí que lo mejor era no verlo. Por eso y porque fui una tonta al pensar que un mes bastaba para olvidarle. Debería haber sabido que cuando Alejandro entra en la vida de una mujer la marca para siempre; da igual que sea para bien, o para mal, pero ninguna de nosotras queda indiferente ante su paso por nuestras vidas. Podemos guardarle cariño después de un tiempo, algunas le odiarán y es probable que él tenga toda la culpa, pero la mayoría nos conformamos con intentar engañar a nuestro propio subconsciente; hacerle creer que no le necesitamos cuando, en mi caso, es obvio que sí.

He echado de menos su manera de sonreírme, la forma en que devora las piruletas, verlo sacar de la nada una cerveza o un batido de chocolate, según le convenga, decirme «rubia» o «gatita» aunque me ponga frenética... He echado de menos tantas cosas, que al verlo ni siquiera me han salido las palabras. O sí, sí que querían brotar, pero para pedirle que no se alejara más, que no me permitiera alejarme a mí, tampoco. Una mala idea, por eso he preferido guardar silencio y mantener las distancias.

El viaje ha sido eterno, Esme no ha dejado de mirarme de soslayo, esperando que

le cuente de una vez por todas lo que ocurre entre su hermano y yo. Y lo haré, conste, pero cuando estemos en un lugar agradable e íntimo. Sobre todo, íntimo. Ella es mi amiga y me entenderá, a pesar de que sé que va a sentir lástima por mí. Me ha advertido infinidad de veces acerca del poder que su hermano parece tener en las mujeres y le he prometido todas esas veces y algunas más que no tenía de qué preocuparse, porque yo corro de los tíos así como de la peste. Una lástima que no haya sabido cumplir mis propias palabras...

—Mami, ¿has visto cuántos niños hay aquí? —pregunta Óscar, que ha aparecido a mi lado de pronto.

—Sí cariño —le contesto sonriendo y acariciando su pelo.

—¿Crees que alguno querrá jugar conmigo?

Le sonrío con seguridad, o eso pretendo, porque Óscar es un niño muy bueno, pero también un poco tímido de primeras. Aprieto su hombro y le guiño un ojo.

—Estoy convencida de que mañana mismo estarás corriendo por aquí con otros niños.

Él no sonrío, pero asiente, intentando creer en mis palabras y yo pienso que ojalá yo tuviese a alguien que me infundiese tanta confianza. Mi mirada se escapa hacia Álex de manera irremediable; por suerte, está tomando el pelo a Amelia y no se da cuenta de que lo observo, así que me recreo unos segundos. Por desgracia Esme, que está a su lado, eleva una ceja en mi dirección y es todo lo que necesito para mirar al frente y hacerme la tonta.

Seguimos caminando hacia la zona de bungalós, donde vamos a alojarnos. Fran, el dueño, o uno de ellos, no deja de hablar acerca de todo lo que podemos hacer por aquí. El *camping* cuenta con restaurante, discoteca, piscina, parque infantil, supermercado, pista de tenis, de baloncesto y actividades programadas para niños y adultos. Tienen animaciones cada noche en el inmenso césped de la piscina y hasta proyectan una peli los miércoles por la noche, también en la parte de la piscina.

—Y por si os aburrís, tenéis acceso directo a la playa. Allí podéis alquilar motos de agua, lanchas, hidropedales, bananas hinchables o dar clases de submarinismo y surf. Tenemos nuestra propia escuela y Martín, mi hermano, es un gran profesor; un poco mequetrefe, pero de todas formas un gran profesor, lo prometo. Y si no, podéis tumbaros en la arena con un tinto y disfrutar de la brisa marina, que lo cura todo. ¡Respirar aquí da vida! Os lo digo yo, que llevo viviendo aquí desde que nací. —Diego se ríe entre dientes, porque el tal Fran este es un personaje y, en el fondo, me recuerda un poco a Julieta. No en la locura, sino en su forma de desenvolverse ante desconocidos, como si fuésemos amigos suyos de toda la vida—. ¡Hemos llegado al primero! —exclama mientras nos señala una calle y se saca una lista del bolsillo—. A ver si no me equivoco, Dieguito. Me acompañas y vamos alojando, ¿no?

—Hecho —dice este.

Y así es como comenzamos a recorrer bungalós mientras Fran y Diego disponen a la gente en unos u otros. En realidad, no es tan complicado. Hay una calle ancha y las

casas de madera están en paralelo, separadas solo por unos centímetros de césped. En el lado derecho se alojan Javier y Sara, Giu y Teresa, Marco, Einar y Álex y, en la última, Óscar y yo. En el izquierdo están Diego con Julieta y las gemelas, Esme con Nate y Noah y Amelia con Nacho. Estamos todos juntitos, como una gran familia feliz y yo, además, dormiré sabiendo que justo en la cabaña de al lado está Álex. Que el pensamiento me ponga tontorrón solo da una muestra de lo desesperada que estoy y lo patética que puedo llegar a ser. Cuando llego con Fran y Diego hasta mi bungalow todos están ya en los suyos, así que me dan las llaves y me dejan a solas con mi hijo para que deshagamos las maletas. Accedo por el camino de arena blanca, subo los dos escalones para llegar al porche y abro mientras Óscar apenas aguanta la emoción por saber cómo será por dentro. Me río y dejo que se ocupe de recorrer la estancia a toda prisa, aunque el sitio es reducido, como todas las casas de este estilo. Un salón-cocina-comedor de madera muy bonito y limpio, una habitación con una cama de matrimonio y otra con una litera, donde dormiré mi hijo. Me pregunto, de manera irremediable, cómo lo harán los chicos para dormir, y casi sonrío al imaginarlos apostando para ver quién se queda con la cama de matrimonio y quienes duermen en la litera.

—¡Mira, mamá! —Óscar sale de su habitación con una pelota de fútbol—. ¡Estaba en el armario! ¿Me la puedo quedar?

—No, cariño. Es probable que los dueños la pongan ahí para que los niños jueguen, así que puedes usarla mientras estemos de vacaciones, pero cuando volvamos a casa tienes que dejarla en su sitio.

—Oh, vale, tendré mucho cuidado de no romperla. —Hace un mohín y se sienta en el sofá mientras pone la pelota sobre sus rodillas—. Mami, ¿crees que algún niño querrá jugar a la pelota conmigo?

El corazón me duele un poquito cada vez que Óscar me dice esas cosas. Me acerco a él, me siento a su lado y paso un brazo por sus hombros. Mi hijo nunca ha sido demasiado seguro o ha gozado de una confianza extrema en sí mismo, no sé por qué, supongo que salió a mí, pero me duele ver que, cuando sale de su zona de confort, el sentimiento de inseguridad se agranda. Supongo que todos los niños temen por estas cosas, pero a mí me da verdadero pánico que el resto de críos puedan rechazarlo. Sé que Óscar no es un niño al uso; no es amor de madre, ni siquiera lo digo como algo bueno o malo. Es distinto, le encanta la cocina y eso, de por sí, ya es bastante raro en niños de su edad, pero además es que no disfruta tanto jugando al fútbol como otros niños. Le gusta la pelota, sí, pero se lo pasa mejor haciendo rodar un coche por el suelo o aprendiendo a manejar juegos de cartas, tres en raya y demás. Correr detrás de un balón le gusta, pero, pasado un rato, se cansa, y es por eso por lo que en el colegio no suelen cogerlo el primero cuando de hacer deporte se trata. Intento no pensar en ello, hago lo posible para animarlo y hacerle ver que tiene que hacer lo que le guste, aunque no sea lo mismo que gusta al resto. Sé que él me entiende, pero también sé que en época escolar se ha llegado a sentir solo e, incluso,

un poco apartado del resto. Nadie sabe nada de esto, aparte de Esme, que ha aguantado mis preocupaciones y me ha dado ánimos cada vez que he confesado que me da miedo que los niños sean crueles con Óscar, porque mi hijo cada vez se desmarca más de la mayoría y, lo mismo que él se da cuenta, el resto también lo hace.

De hecho, aunque no me guste pensarlo, reconozco que el hecho de que estemos en vacaciones de verano hace que yo esté mucho más relajada. Puedo manejar a Óscar, darle juegos que le gustan, alimentar su amor por la cocina y, en definitiva, estar todo el día con él, reforzando sus gustos y su forma de ser para que no se sienta mal. Es cuando sale de casa y ya no puedo controlar su día a día, cuando el corazón se me encoge un poco.

—Estoy segura de que muchos niños van a querer jugar contigo —susurro intentando sonar tranquila y rezando para que así sea.

Cuando me doy cuenta de lo que hago, me riño a mí misma y cambio de actitud. Óscar es un niño sano, inteligente y amigable. No va a tener problemas, hará amigos sin esfuerzos y yo no sufriré por anticipado, porque no le hago ningún favor con esta actitud. Ni a él, como niño, ni a mí, como madre.

—A lo mejor encuentro aquí a alguien que juegue al tres en raya.

—Seguro que sí. Y si no, me tienes a mí para jugar contigo. No te olvides que estoy de vacaciones y también quiero disfrutar de ti, ¿eh?

Él se ríe, enseñándome su dentadura mellada y haciéndome sonreír, porque a veces pienso que, ni siquiera queriendo, habría podido hacer un niño tan perfecto.

—Y también tengo a Álex.

—También —contesto con una sonrisa tirante—. Y al resto de chicos.

—Sí, Marco mola. Bueno, todos molan. —Me río y asiento antes de que él siga—, pero mami, Álex mola más. ¿A que sí?

Me río y me contengo de poner los ojos en blanco, porque creo que no soy la única que está enamorada del bombero. Mi hijo tiene absoluta adoración por él. Supongo que el hecho de que sea tan inmaduro y Óscar tan responsable hace que se queden en tablas. Eso, la adicción del mayor a las chucherías, su paciencia cuando juega con él, que compre cromos solo para poder intercambiarlos con Óscar... Bueno, en realidad, tengo la seria sospecha de que los cromos los compra porque le gustan, pero sería el colmo del infantilismo, así que procuro no pensarlo mucho. El caso es que Álex sabe cómo tratar con él y se nota. El resto de chicos son geniales también, adoran a mi hijo y lo tratan de maravilla, pero no se ponen a su altura tanto como el bombero. Ver a Óscar y a Álex juntos es ver a dos niños con almas de edades similares.

—Vamos a deshacer las maletas.

—Vamos, pero no me has contestado, mamá. ¿Verdad que Álex es un poquito más genial que el resto?

—Cariño, no está bien comparar. ¿Te gustaría a ti que algún adulto dijera que tú eres mejor, o que otro niño es mejor que tú?

Él se queda mirándome muy serio, medita mi pregunta y, tras unos segundos, contesta.

—Mami, a mí me encantaría que los adultos dijeran que soy el mejor.

Me río, porque creo que no ha entendido lo que quería decir, o no ha querido entenderlo, que también es posible, y le arrastro hasta el dormitorio para que me ayude a desempaquetarlo todo, sobre todo la ropa de la boda. Observo el traje azul y blanco hecho jirones que se pondrá Óscar, imitando al niño cadáver que aparece en la peli de *La novia cadáver*. Julieta fue la que me dio la idea, porque quiere que le lleve los anillos junto a las gemelas y Noah, que también van disfrazados, aunque lo suyo se quedará en unos trajes de tela fresca y en adornar sus carros. Lo cuelgo con cuidado y, después, saco mi vestido de Sally. Elegir personaje no me costó; una vez que hice memoria para recordar a todos los personajes de Tim Burton, tuve claro que el mío sería el de Sally de *Pesadilla antes de Navidad*. Una muñeca de trapo con miles de costuras rotas y remendadas después adornando mi cuerpo. Cicatrices de guerra que no me dejan olvidar, pero me permiten avanzar, aun con el conocimiento de haberme enamorado de un imposible, igual que hizo ella con Jack. La diferencia es que lo suyo acabó en historia de amor y lo mío... Bueno, lo mío acabará mal, con toda probabilidad, pero, aun así, soy más Sally que ningún otro personaje de Tim Burton, así que preferí mantenerme fiel a mí misma y elegir el disfraz de alguien con quien poder identificarme.

No sé de qué irá Álex, pero da igual, porque en mi interior será Jack y fantasearé con que algún día él me declare su amor infinito en la cima de una montaña y tengamos un final de película. De esa película, en concreto.

Lo sé, es una locura y debería ocupar mi tiempo en encontrar a un hombre que sí quiera las mismas cosas que yo, en vez de fantasear con cambiar al mujeriego más grande de la tierra.

Suspiro y cojo el resto de mi ropa para colocarla. Unos segundos después, la puerta se abre y el protagonista de mis sueños, para bien y para mal, aparece en vaqueros, pero sin camiseta y con una sonrisa que ilumina la estancia y acelera mi pulso, aunque me moleste admitirlo. Que el hecho de que este espacio sea tan reducido, y desde mi armario pueda verlo en la entrada de casa, me hace pensar en que mantener las distancias va a ser muy complicado. Tampoco es que me lo haya planteado en serio hasta ahora, pero bueno...

—¿Cómo estáis? ¿Necesitáis ayuda para deshacer las maletas? —Entra en la habitación, se acerca a mí y mira mi maleta sonriendo de medio lado—. Puedo colocarte las braguitas si quieres, rubia.

Pongo los ojos en blanco, porque pensé que nos habíamos tomado un mes para intentar enfriarnos y no volver a esto. Y lo peor no es que él parezca tan dispuesto a flirtear conmigo como el primer día, no. Lo peor, sin ninguna duda, es que no quiero que se aleje, no quiero que deje de tontear conmigo y no quiero que volvamos a repetir la experiencia de estar un mes sin vernos. Una locura, porque creo que estoy

echando por tierra todos mis esfuerzos para olvidarme de él, pero es que estoy harta de engañarme a mí misma. Esto que siento no va a irse a ninguna parte a menos que lo enfrente y sea consecuente. No puedo esconderme de por vida, no voy a alejarme de su familia, porque también la considero un poco mía y no voy a alejarme de él, así que creo que acabo de darme cuenta de que voy a dejar la pelota en su tejado, aunque eso suponga entrar en estado de pánico permanente porque sé que, en algún momento, él se dará cuenta de lo que siento y saldrá corriendo, alejándose de mí tanto como le sea posible. Lo sé, lo sufro por anticipado, pero también tengo ganas de que ese momento llegue de una vez. Que se vaya y me deje, que me parta el corazón en dos y así podré empezar a recomponer los pedazos y estaré más cerca de volver a ser la Elizabeth de siempre. Estoy tan cansada de fingir, de intentar manejar esto de la manera equivocada y de resistirme que creo que ahora ansío el momento del palo, que llegará, no me cabe duda, pero así, al menos, podré sufrir con un motivo real.

—Ey. —Álex se acerca y acaricia mi mejilla con el ceño fruncido—. ¿Estás bien? Te has puesto pálida.

—Estoy bien —susurro con la poca voz que me sale—. Soy de piel blanca y en la playa se nota más, supongo. —Sonrío, aunque sé que él no se ha tragado mi excusa. No me extraña, porque es malísima—. ¿Ya has ordenado tus cosas?

—Si por ordenar te refieres a vaciar el contenido de mi maleta en un cajón sin mirar: sí, ya lo he hecho.

—¿No has doblado nada? —pregunto riéndome.

—Nada de nada. Tenía demasiada prisa por venir aquí.

—¿Y eso? ¿Te hacías pis y no querías que los chicos vieran que, en comparación, pierdes por mucho? —pregunto mirando con intención hacia el pantalón.

Él se ríe entre dientes, se pega más a mí, arrinconándome entre su cuerpo y los pies de la cama y, cuando habla, siento su aliento en mi cara, las manos sudadas y el corazón en la boca.

—Por suerte, el tamaño de mi polla no es algo que me preocupe. El cómo usarla tampoco, por si te lo preguntas.

Me pongo roja en el momento, en parte porque ya no recordaba lo directo que puede ser Álex y, en parte, porque Óscar está a un tabique de madera de distancia.

—Mi hijo... —susurro.

—Tu hijo ha salido cuando yo me he acercado, Elizabeth. ¿Tan entretenida estabas disfrutando de las vistas que no te has dado cuenta?

Frunzo el ceño, porque eso es imposible. Yo me habría dado cuenta en el acto de que Óscar salía. Empujo el cuerpo de Álex, salgo de la habitación y miro al lado, al cuarto de la litera, solo para encontrarlo vacío. Abro la puerta del baño y, aunque sea una estupidez, vuelvo a mirar la habitación. Escucho la risita de Álex en mi espalda y asumo, con todo el bochorno que eso conlleva, que tiene razón. Óscar ha salido y yo ni siquiera he oído cómo cerraba la puerta, porque imagino que abierta la dejó Álex.

No he acabado de pensar en lo alucinante que es que este tío me haga perder el

oremus de esta forma, cuando su cuerpo se pega a mi espalda y siento su sonrisa en mi oreja.

—¿Y bien? ¿Podemos seguir ya hablando de mi polla, o prefieres que te organice las braguitas?

Cierro los ojos intentando controlar el ritmo de mi respiración. Vale que esté hecha un manojo de nervios, pero antes muerta que demostrárselo. Sonrío con frialdad, apoyo mi cuerpo entero sobre el suyo y dejo que mi cabeza se acople en su pecho, dándome cuenta de que sus labios quedan a la altura de mi frente. Giro la cara un poco, la alzo y rozo su mentón con mi nariz, dándome cuenta de que su pulso también se ha acelerado. Álex rodea mi estómago de inmediato con las manos y me pega más a él. Pensaba que no era posible, pero cuando siento su erección en el final de la espalda entiendo sus intenciones. Contengo un gemido, me obligo a mantener los ojos abiertos, porque si los cierro me abandonaré a lo que sea que esté pasando ahora mismo y, después de lo que me parece un siglo, consigo hablar.

—Imagino que lo de aplastar el paquete en la espalda de las chicas es un método infalible con otras, pero déjame decirte que pensé que sería mucho más... imponente. —Siento su rigidez y sonrío con altivez—. No es un bulto demasiado sorprendente, Alejandro.

—Si quieres que me quite la ropa e intente demostrarte que puedo sorprenderte, solo tienes que decirlo, princesa.

—Soy demasiada mujer para ti... —susurro justo cuando él muerde el borde de mi oreja y a mí me cuesta la misma vida no gemir.

—En eso estamos de acuerdo. —Álex suspira, me abraza con más fuerza y apoya la frente en mi hombro antes de hablar de nuevo—. Te eché de menos, Elizabeth. Te eché de menos cada jodido día, así que voy a separarme de ti ahora mismo, porque es eso, o cagarla en nuestro primer día de vacaciones, y creo que no podría soportar un mes más de castigo, así que...

Sus palabras me afectan como él no se imagina, porque parece sincero y sé que me desea de forma desmedida en este momento, pero no soy capaz de sentirme agradecida al saber que se ha alejado. Lo sé, es una locura, debería estar contenta porque él ha parado la situación, pero solo me siento... vacía, como si se hubiese llevado en sus brazos algo que había adherido a mi piel; algo mucho más importante que la ropa. Algo mucho más importante que la propia piel de mi cuerpo. Algo que está dentro, creciendo con fuerza, haciéndose indomable y demostrándome que no estoy ni siquiera cerca de descubrir cuánto puedo querer a este hombre.

—Álex... —susurro con voz ronca mientras me giro y lo miro.

—Voy a irme ya —me dice cortándome en un tono tenso. Sonríe, pero no está cómodo y lo sé. Si tuviera que apostar por una teoría, diría que solo intenta que yo no le dé una charla acerca de lo que debemos y no debemos hacer. Sus ganas de irse, además, me lo confirman—. Tengo que ducharme y ponerme guapo para la despedida de soltero, ya sabes. ¿Qué haréis vosotras, al final?

—Julieta no quiere celebrarlo otro día, así que, como tenemos a los niños, vamos a hacer una cena y beberemos hasta las tantas mientras Esme nos vigila, supongo.

—Buenas chicas —dice con una sonrisa.

—Hubiese preferido una noche loca, pero...

—Tenemos siete noches aún para hacer todas las locuras que se te antojen... — dice con un tono de voz bajo y bronco. Yo me pongo de los nervios, él lo nota, porque sonrío pagado de sí mismo y, antes de poder protestar, se acerca y besa mi frente—. Pásalo bien y acuérdate de mí esta noche, gatita. —Sale antes de que pueda insultarlo por llamarme así de nuevo y, cuando la puerta se cierra, me doy cuenta de que el temblor que siento por dentro se visualiza por fuera.

Lo que yo diga, soy tan Sally que, cuando me ponga su vestido, no voy a necesitar ni maquillarme como ella. Ya no hay gomillas que sujeten la careta o maquillaje que oculte lo que siento; ahora voy por la vida a pecho descubierto, aterrorizada, temblorosa y anhelante. Patética y enamorada, con el corazón sangrante, con hilo y una aguja en las manos, para intentar remendarme cada herida, y con la estúpida esperanza brillando en alguna parte, a lo lejos, pidiéndome que siga en pie, porque, al final del camino, puede que piense que cada cicatriz que he sumado a mi cuerpo y a mi alma, ha merecido la pena.

Hay gente en esta vida que tiene un don para cagarla y yo soy uno de los afortunados. Es como un gen más que me obliga a meter la pata cuando pendo de un hilo, porque así me siento con Eli. Creo que me veo a mí mismo como un sujeto en periodo de pruebas. Ni siquiera yo entiendo lo que pretendo, así que no puedo pedir que lo haga ella, pero no puedo evitar más lo que siento y sé que, si ella no sintiera lo mismo, no me dejaría llegar tan lejos. Le he restregado el paquete por la espalda, joder, eso son palabras mayores tratándose de nosotros, que nunca hemos pasado de un abrazo o nuestros ya famosos retos verbales.

El caso es que aquí estoy, poniéndome perfume antes de salir con los chicos y aguantando las peleas de Einar y Marco porque los dos creen que van a quedarse con la cama de matrimonio. Suspiro sin dejar de pensar lo distinto que sería todo si yo durmiera con Eli y a estos dos les dieran por culo, pero la realidad es que nos toca compartir un espacio minúsculo y que vamos a necesitar algunas normas, porque Marco ya habla de traer ligues aquí esta semana.

—Ni lo sueñes —le digo desde el baño—. Si tienes que echar un polvo te vas con la chica a su alojamiento, a la playa o al jodido bosque, pero no vas a venir aquí a follar.

—No pienso ir a la playa en plan niñoato.

—Eres una niñoato —dice Einar haciéndome reír.

—No lo soy —contesta Marco—. Soy más hombre que tú.

Einar se limita a reírse entre dientes, poniendo al chico de los nervios porque claro, cuando uno busca pelea lo mínimo que espera es que la otra parte esté dispuesta a entrar al trapo en las provocaciones, pero con lo que Marco no ha contado es con que Einar es un hueso duro de roer. Le conozco desde hace años y, pese a ser tan grandullón, es el hombre más pacífico que existe. Bueno, no sé si tanto, pero es el más pacífico que conozco y Marco ya debería saberlo, pero el chaval es cabezón y tocapelotas como él solo.

—Claro que sí. ¿Has oído, Álex? —Einar vuelve a reírse y casi puedo sentir el fuego brotar en el cuerpo de Marco.

—Déjale en paz, vikingo —le contesto saliendo del baño—. El pobre chaval sigue en plena efervescencia hormonal. Es cosa de la adolescencia.

—Tengo diecinueve años y un historial que supera el vuestro.

Esta vez el que se ríe soy yo, claro, porque el niño de las narices cuando dice de ponerse gracioso, lo clava.

—Claro que sí, guapi —contesto poniéndolo de los nervios. Más todavía, quiero decir.

Está a punto de contestarme, pero la puerta se abre y Nate entra con una botella

de ron en las manos.

—¿Y eso? —pregunta Einar.

—Para calentar motores —contesta sonriendo.

El doctor cuando quiere es muy de detalles, el problema es que no tenemos hielo, ni vasos grandes, pero Einar empieza a decir que es un vikingo y no lo necesita, Marco, que no quiere quedarse atrás, dice que él bebe a morro, si hace falta, y yo los miro y pienso que son gilipollas, porque yo no pienso beberme un chupito de ron barato a palo seco. Ellos se alteran solitos y, para cuando mi padre, Giu, Nacho y Diego llegan ya llevan dos chupitos cada uno. Bueno, Nate lleva uno, porque se las ha ingeniado para librarse mientras los otros dos seguían a lo suyo.

—¡Vivan los novios! —grita Einar en la cara de Diego mientras este se ríe y le quita el vaso de las manos.

—¿Qué tal si controlamos un poquito y procuramos aguantar conscientes toda la noche?

—Ya estás cortándonos el rollo —le dice Marco justo cuando su tío le quita el vaso—. Si no fueras el novio, te retiraría la invitación a esta fiesta.

Diego se limita a reírse e informarnos de que ha reservado mesa en el restaurante del *camping* para cenar.

—Más tarde podremos ir a la discoteca un rato y...

—Espera, espera, espera —dice Marco—. ¿No vamos a salir del *camping*? ¡Me he puesto guapo para la ocasión, tío!

Giu y Javier se ríen, poniendo frenético al chico, pero Diego se limita a encogerse de hombros.

—A mí no me importa quedarme —dice Nate—. Así estoy cerca si Esmé me necesita.

—Menudos calzonazos estáis hechos —contesto riéndome.

—Me parece una gran mierda todo esto —sigue diciendo Marco—. ¡Va a ser la peor despedida de la historia!

—Contrólate, chico —dice Giu, su abuelo, haciendo que Marco frunza el ceño, pero se calle.

Yo sonrío al darme cuenta de que hace dos años, ni en sus mejores sueños hubiese conseguido nadie que se callara y dejara de protestar. Bueno, hace dos años nadie habría conseguido arrastrarlo a un *camping* familiar de vacaciones, pero aquí está. La vida a veces da unas vueltas alucinantes.

—Entiende que no quiero alejarme de Julieta —dice Diego a su sobrino—. Si por mí fuera, ni siquiera tendríamos una jodida despedida separados, pero ella se ha empeñado, así que...

—Estás pillado por los huevos, sí, lo pillamos —contesta Marco haciendo reír al resto.

Diego, lejos de molestarse, se encoge de hombros asumiendo que sí, lo está. Solo Nate sonrío con comprensión y yo me pregunto, no por primera vez, cómo debe ser el

amor que sienten, para que no les importe lo más mínimo que puedan reírse de ellos.

El único que no habla es Nacho, que se limita a mirarnos y apoyarse en la puerta, como si temiera juntarse con nosotros por si se le pega algo.

—¿Qué harán las chicas, por cierto? —pregunta Marco.

—Se reunirán en una de las cabañas por eso de juntar a los críos y estar tranquilas —contesto.

—Sí, van a la de Eli, por si Óscar se duerme, porque a los bebés es más fácil trasladarlos —dice Diego—. Lo que no entiendo es cómo es que tú lo sabes.

—Se ha escabullido hace un rato para ver a la doctorcita —dice Marco riéndose con sorna.

—No es doctora, es matrona, listo —contesto en un tono del todo infantil, mal que me pese.

—Vaya... así que los rumores son ciertos —dice Diego.

—¿Qué rumores? —pregunta Giu.

—El gran Alejandro León por fin ha caído en las redes de una mujer —contesta Nate con una sonrisa que deja ver todos sus dientes. Dientes que me encantaría echar abajo ahora mismo, por cierto.

—Eso es una gilipollez —respondo mientras me dirijo hacia la puerta—. ¿Vamos a cenar o es que esta despedida va a basarse en marujear encerrados en esta cabaña de las narices?

—Uy, ya le has tocado la fibra —dice mi padre por lo bajinis.

Aprieto los dientes, porque contestarle no merece la pena. Además, ¿qué iba a decirle? Si en el fondo empiezo a entender que tiene razón. El tema de Eli me toca la fibra mucho más de lo que estoy dispuesto a reconocer. En realidad, me toca la fibra, los cojones y la moral, porque al principio tenía su gracia que se resistiera, me hacía pensar en todo esto como en un juego, pero aquello acabó el día que ella decidió alejarse un mes entero de mí. Treinta días sin verla han sido suficientes para entender que hay más que un juego de seducción en todo este lío. Siento algo aterrador, nuevo e intenso que me está comiendo las entrañas y siento que no puedo contárselo a nadie, porque la mayoría de las personas de mi alrededor se limitarían a reírse de mí o a celebrar que por fin me he enchochado de una mujer. Y tienen sus razones para hacerlo, lo entiendo, pero no quiero que den por hecho que estoy enamorado, porque a lo mejor no es eso. A lo mejor es que... es que...

Mierda. Qué imbécil soy, ¿no? Estoy cometiendo otra vez los mismos errores que juré no cometer a partir del tercer día de no verla, cuando susurré a modo de promesa no volver a negar ningún sentimiento, por más que me aterrorizara, en lo referente a ella. Sé que estoy muy lejos de poder darle lo que necesita, pero también sé que algo ha cambiado y ahora soy yo el que no sabe lo que quiere. O sí, lo sé, claro, así, como deseo inmediato, quiero tenerla para mí una noche, o dos, o mil y procurar agotar este deseo que más que quemar ya devora mi cuerpo cuando la tengo cerca. Quiero sexo duro, tierno, sucio y romántico; practicar posturas imposibles y hacerlo en misionero;

gritar cuando me corra de placer o hacerlo en silencio. Quiero probar en su cuerpo cada cosa que he aprendido del placer de las mujeres y que ella experimente con el mío hasta que se canse, deseando que no lo haga nunca. Quiero saciar esta ansia primitiva, eso está claro, pero aparte de todo eso hay algo más. Está el cariño por Eli, más allá de su cuerpo. La forma en que me hace reír con sus salidas de tiesto, la manera que me pone firme cada vez que me paso de la raya, que suele ser a menudo, sus amenazas de muerte cuando la llamo «gatita», el modo en que sube los pies apoyándolos en el borde del sofá y se rodea las rodillas con los brazos mientras sujeta una taza de té entre las manos, haciéndome creer que no hay una imagen más casera que esa. Está también la forma en que se me eriza la piel cuando ella se pone de puntillas y roza su nariz o sus labios con mi mejilla, provocándome un cosquilleo y unas ganas infinitas de abrazarla y no soltarla nunca. Está el conocimiento de que empieza a ser más, algo incontrolable, desbordante y demasiado poderoso para saber cómo afrontarlo. Y la seguridad de que voy a cagarla, porque yo cuando me muevo en terrenos seguros acabo jodiéndola, pero si encima voy a ciegas, la catástrofe está asegurada. Y, por encima de todo, está su sonrisa, su maldita sonrisa llenando cada espacio de mi mente y cuerpo, apareciendo en mi pasado, en mi presente y en el futuro que imagino con ella cuando el miedo me da tregua. Hay tantas cosas que no sé controlar, que tengo la constante sensación de que voy a desbordarme frente a todo el mundo, van a reírse de mí y ni siquiera va a valer la pena, porque ella no verá todo lo que siento, o pensará que es algo pasajero, que no la tengo en cuenta; que solo intento añadirla a mi lista de conquistas y luego olvidarla.

Sé que podría acabar con todo esto hablando claro, pero es que tengo tanto miedo de cagarla, que no puedo. Necesito averiguar antes si ella está dispuesta a intentar algo conmigo, lo que sea, porque lo que sí sé es que no puedo presionar mucho más sin tener claro dónde están los límites. ¿Podemos tontear, o de verdad tenemos que jugar a ser amigos y fingir que esta pantomima del mes separados ha funcionado? ¿Puedo intentar acercarme a ella sin que sienta rechazo o piense que vamos a cargarnos esta amistad? ¿Puedo hacer que comprenda que, dadas las circunstancias, ya no podemos volver a como estábamos antes?

Porque no podemos, eso es un hecho incuestionable. Hasta ella tiene que comprender que, después de todo lo sucedido, hacer como si nada ya no es una opción, pero tratándose de Elizabeth a saber con qué me sale.

Joder, voy a volverme loco y solo llevo aquí unas horas.

—Eh —dice Einar a mi lado mientras caminamos hacia el restaurante—. Tengo pregunta.

—Tú dirás.

—¿Vas a dejar de ser capullo y vas a conquistar a Eli? Porque vikingo molón quiere...

—Vikingo molón no quiere nada, ¿me oyes? —susurro cogiendo su brazo y reteniéndolo para que el resto camine un poco y tomen distancia, después le miro con

toda la seriedad del mundo y hablo claro, para que se entere de una vez—. Te juro, Einar, que como te acerques a Eli no respondo de mí mismo.

—No te pongas agresivo, hombre... —dice en inglés, sonriendo de lado—. Yo solo quería saber si ya has empezado a ser un hombre.

—Soy un hombre desde hace mucho, pero si lo que quieres saber es si ya he tomado alguna decisión con respecto a ella, sí, lo he hecho.

—¿Y cuál es? —Aprieto los dientes, porque el mamón me lo está poniendo muy difícil. Cuando sonrío y palmea mi hombro, me enerva todavía más—. No será una decisión muy firme, si no eres capaz de decirlo sin parecer que te están apuntando con una pistola.

—Tú no lo entiendes.

—El que no lo entiendes eres tú, Álex. Estás loco por ella y prefieres hacer el ridículo y cabrearte por lo que pensemos los demás, cuando debería darte igual. ¿Te gusta? Ve a por ella, es fácil.

—No lo es, Einar, joder. Ella no cree que yo pueda querer algo más que un revolcón.

—¿Le has explicado que quieres algo más que un revolcón? —pregunta. Niego con la cabeza y chasquea la lengua—. ¿Te has preguntado tú si de verdad quieres algo más que un revolcón? —Asiento y sonrío—. ¿Y lo has reconocido en voz alta? ¿Te has oído a ti mismo decirte que quieres olvidarte de todas las mujeres y centrarte solo en ella?

—¿Por qué debería hacer algo así?

Einar suspira, como si le cansara sobremanera tener que explicarme algo tan básico, y yo me siento un poco imbécil porque, al parecer, después de todo, entiendo mucho de sexo y de mujeres con las mismas pretensiones que yo, pero ahí queda todo.

—Porque pensar que quieres algo es fácil, pero cuando ese pensamiento sale en forma de palabras en voz alta puedes oírlo y, por lo tanto, lo vuelves un deseo real. Ya no es algo que está solo ahí dentro, a buen recaudo y protegido de todo y todos. Se convierte en algo vulnerable, pero también en un primer paso para conseguir eso que quieres.

—¡Eh! ¿Venís o qué? —pregunta Nate desde donde está.

Miro a Einar, pienso en sus palabras y en que tiene toda la razón del mundo. Y lo peor, o lo mejor, según se vea, es que tiene razón. No dejo de decir que quiero tener algo con Eli, lo que sea, pero ni siquiera le he dicho a ella nada de esto. Me he limitado a pensar que podía conquistarla a base de insinuaciones sexuales, cuando está claro que ella no se deja impresionar por esas cosas. Elizabeth no es una mujer de dejarse engatusar por mujeriegos, pero sí es una mujer dispuesta a dar oportunidades a las personas, eso lo sé de sobra, así que supongo que debería echarle huevos de una vez y afrontar todo esto que pienso y siento desde hace ya tanto tiempo.

—No sé si puedo prometerle una relación. —Incluso yo me sorprendo con mis palabras, pero Einar se limita a escucharme con atención, ignorando a nuestros amigos y familia—. No sé si quiero prometerle algo así, porque las veces que lo he tenido ha sido tan de mentira que me da miedo hacerle daño y que piense que la he engañado a conciencia.

—Es normal que te dé miedo entregarte a una mujer, si nunca lo has hecho.

—¿Tú lo has hecho? Quiero decir, con Julieta...

—No era amor —me contesta de inmediato—. Era cariño sincero y leal, pero, aunque lo intenté, no conseguí enamorarme de ella. Y te prometo que lo intenté mucho, porque estaba seguro de que podría ser feliz con alguien así.

—Supongo que uno no elige de quién se enamora, ¿no? —susurro.

Solo mencionar esa frase ha hecho que me ponga a temblar, porque yo no sé si estoy listo para hablar de amor. Eso me viene muy grande, demasiado. O quizá... quizá no. A lo mejor esta vez puedo hacerlo bien. No sé, si a otros les funciona... ¿Por qué a mí no?

—Álex, si te sirve de algo lo que yo pueda decirte, pienso que Eli y tú hacéis una gran pareja.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Os complementáis y adoras a Óscar, que es lo más importante aquí. Ella es perfecta para ti y, por raro que te lo parezca, tú lo eres para ella, pero necesitas creértelo. —Einar pone las dos manos en mis hombros y me obliga a mirarlo—. No tengas miedo de enfrentarte a lo que sientes y piensa que es mejor sufrir una vez por haberlo intentado, aunque salga mal, que vivir eternamente con la duda y preguntarte cada día cómo habría salido si hubieses sido más valiente. Peor: preguntándote si de verdad era tan imposible ese amor que sientes.

—No sé si siento amor.

—Yo creo que lo que no sabes, es si quieres sentir amor. El problema es que, en los sentimientos, lo que uno quiere, no importa. Ellos llegan, se instalan y conviven contigo, hundiéndote o elevándote según el día y las circunstancias. —Sonríe, vuelve a caminar con paso lento y habla sin mirarme, pero consciente de que voy a su lado—. Tú sabes bien lo que sientes, Álex, pero necesitas coger un poquito de toda esa valentía que usas en tu trabajo y aplicarla en tu vida personal. Ponte el traje de bombero y olvídate de los riesgos, porque existen, pero si desde el primer minuto vas pensando que te vas a quemar, lo más lógico es que acabes achicharrado antes siquiera de llegar al incendio.

Einar se echa a correr y me fijo en sus chancletas de plástico, sus bermudas cortas y su camisa de cuadros de manga larga, porque es un guiri en toda regla y se viste como el culo en cuanto coge vacaciones, según se ve. Pero lo importante no es cómo se vista, sino la puta habilidad que tiene para enfrentarme a mis propios sentimientos, obligándome a abrir los ojos y demostrándome que he sido un capullo muchas veces, pero todavía no lo he perdido todo. Estoy a tiempo de hacer ejercicio de conciencia,

estudiarme a fondo y reconocer, de una vez por todas, lo que siento.

Y así es como llegamos al restaurante, se me pasa la cena, comemos los postres y, en la puerta de la discoteca, por fin, he conseguido ordenar todos los factores y tomar una decisión. Una sobria, porque no he probado el alcohol aún, pues quería tener la cabeza despejada y prefería no darme excusas para poder echarme atrás mañana, cuando un nuevo día amanezca y mis sentimientos vuelvan a armarse de pies a cabeza.

Nos dirigimos al reservado, pedimos un par de botellas y en cuanto Einar se llena la primera copa, lo agarro el brazo y tiro de él hacia los baños, solo porque aquí el sonido está amortiguado y, además, estamos solos.

—Dime.

—Tengo sentimientos por ella. Sentimientos fuertes, tan fuertes que me hacen replantearme toda mi vida y que me obligan a avergonzarme de todo lo que he sido hasta ahora, porque no sé si soy lo bastante bueno para ella. No sé si quiero obligarla a conformarse conmigo, cuando está claro que merece algo mucho mejor. Tengo miedo, Einar. —Me río con sarcasmo, sintiendo desprecio por mí mismo—. Soy un puto bombero, me juego la vida en incontables ocasiones y estoy acojonado por lo que una mujer me hace sentir. Es patético, ¿no?

Él sonrío, me abraza, porque este hombre es muy de abrazar, yo carraspeo, pero le da igual, porque no tiene problemas a la hora de demostrar su cariño por los demás y eso solo es otra cosa más que admiro en Einar.

—Lo patético sería enamorarte y no sentir miedo, o no pensar que quieres ser la mejor persona posible para ella —dice en inglés, así que sé que se está tomando esto en serio—. Sentir miedo es bueno, Álex. El miedo te hace fuerte, igual que el dolor. Me parecería mucho más triste que me dijeras que estás seguro de que vas a conquistarla sin apenas esfuerzo. Eli se merece a un hombre que tenga miedo de no poder conquistarla; que quiera darle el mundo con tantas ganas, que sufra por anticipado, por si no lo consigue. Ella se merece tu miedo tanto como tu amor, porque son dos cosas que nunca has entregado a nadie.

—¿Y si en algún momento echo de menos estar con otras...?

—¿Y si en algún momento una estrella cae del cielo y nos mata a todos? —Einar se ríe y da un trago a su copa—. Si te vas a poner así, no vas a conseguir estar con Eli, ni nada que te propongas en esta vida.

Asiento, porque en eso tiene toda la razón del mundo. No puedo adelantar hechos o sufrir por anticipado por algo que no ha ocurrido. Ahora mismo estar con otra no es una opción, joder, ni siquiera puedo tirarme a otras sin pensar en ella, así que lo que tengo que hacer es dejar de lado mis inseguridades y lanzarme. Cojo aire, miro a Einar y asiento, mientras él sonrío.

—Voy a hacerlo. Voy a conquistarla, Einar. Voy a conseguir que Elizabeth vea en mí más de lo que hay a simple vista. Intentaré ser digno de ella.

Él me vuelve a abrazar, palmea mi espalda emocionado, lo que significa que me

duele bastante. Me da su copa, que está por la mitad y me bebo un buen trago, porque ya lo he dicho en voz alta y, por lo tanto, ya es una realidad. Ahora ya puedo emborracharme y pensar cómo demonios voy a convencer a mi preciosa rubia de que quiero convertirme en un buen chico y darle todo lo que me pida y mucho más.

Eli

Estamos en el jardín de mi bungalow, son las dos de la mañana y Julieta intenta convencernos de que nos desnudemos y nos bañemos en la pequeña piscina hinchable que han comprado para Victoria, Emily y Noah. Una piscina enana, para empezar, y que ahora está puesta aquí mismo, en mi jardín, a la vista de todos los vecinos.

—Os hacía más valientes. Menudas mujeres de pacotilla.

—No se trata de ser o no valiente —dice Amelia—. Se trata de que no me da la gana que todo el mundo me vea en pelotas. Además, ¿y si vuelven los chicos? ¿Qué pensaría Nacho?

—Lo que Nachete piense es lo de menos, Amelia, tú eres una mujer independiente y puedes hacer lo que te dé la gana. ¿O es que él te dice cuándo puedes desnudarte y cuándo no?

Pongo los ojos en blanco, porque a esta familia Nacho no le ha caído bien y se nota. A mí tampoco, conste, tiene algo que no me cuadra, pero al menos no intento dejarlo mal cada vez que su nombre sale a relucir. Soy de la opinión de que, si es un capullo, acabará por descubrirse él solito y sin ayuda. Las hermanas, hermano y padres de Amelia piensan distinto, porque hasta Sara le ha soltado alguna indirecta ya. Por suerte ella se limita a sonreír y pasar de todo, que es la única forma de no darle alas al resto para que se crezcan.

—Nacho no tiene ningún problema en verme desnuda. Es más, le encanta.

—Es que, si no le encantara, mal iríamos —dice Esme.

La miro reprobándole su actitud, más que nada porque es mi mejor amiga y hay confianza de sobra. Ella se encoge de hombros y da un sorbo a su San Francisco sin alcohol. Julieta se cabrea, nos dice que somos unas petardas y se sirve un zumo después de ladrar que mejor no se emborracha, porque seguro que Diego está viviendo la fiesta del siglo mientras nosotras estamos aquí, sentadas en el césped, sin ni siquiera sillas.

—Te recuerdo que fuiste tú la que no quiso hacer su despedida otro día —le dice Sara—. Si la hubiésemos hecho mañana, nos habríamos dado una gran fiesta también y los chicos habrían cuidado a los niños.

—No quiero separarme de mi hombre dos noches seguidas —confiesa la futura novia.

Y es una declaración de lo más normal, pero a mí se me encoge algo por dentro, porque ha de ser precioso estar enamorada hasta el punto de no querer pasar ni una noche sin él. Bueno, no, precioso no es, porque eso ya lo siento yo; lo que ha de ser precioso es que te correspondan el sentimiento y saber que ese hombre, al volver,

solo querrá estar entre tus brazos.

Pienso en Álex de manera irremediable y me pregunto si esta noche se ligará a alguna chica. Ya sé que no van a salir del *camping*, pero me han bastado unas horas aquí para darme cuenta de que no lo necesita si quiere conocer mujeres. Es agosto, esto es el sur y el *camping* es una pasada en cuanto a ofrecer entretenimiento se refiere, así que todo está plagado de gente, en su mayoría, joven. Hay grupos de chicas por todas partes, algunas muy jóvenes y otras de veintitantos que son ideales para Álex. Lo sé porque se las ve ir y venir con poca ropa y riendo sin preocupaciones, que es justo lo que a él le va. Mujeres que vendrán a pasarlo bien sin pensar en responsabilidades. Solo querrán salir de fiesta, follar con algún tío que esté bueno y repetir mañana. No sé si la envidia se palpa en estas letras, pero por si acaso, ya te aclaro yo que sí, la sufro y en grandes cantidades. Ellas no tienen que pensar en sus hijos, porque no los tendrán, no tienen que protegerse para no salir jodidas y perder a todos sus amigos, como yo. Peor, yo perdería a mi única familia ahora mismo, porque en eso se han convertido estas personas ya.

El pensamiento de Álex entrándole a alguna de ellas me pone tan frenética que me levanto con la excusa de entrar al baño y echar un ojo a los niños para que nadie note que, de pronto, sonreír, aunque sea de manera falsa, se me ha vuelto imposible.

Una vez dentro cojo aire con fuerzas, porque no puedo ponerme así ya el primer día. Tengo que asumir que estas vacaciones van a ser muy largas, vamos a pasar muchas horas juntos e, inevitablemente, voy a ver a Álex recrearse en el físico de muchas chicas y entrarle a unas cuantas, seguro. Él no va a soportar una semana entera sin sexo y yo ignoro de inmediato la vocecita que me dice que yo podría dárselo y así no tendría que buscarlo fuera. No quiero caer en un pensamiento como ese, no es justo para él, ni tampoco para mí. No quiero acostarme con él solo para convencerlo de que no necesita nada más, porque no sería cierto. Quiero que él piense de verdad que no necesita nada más y eso es imposible, así que ya no hay nada más que pensar ni decidir.

Compruebo que Óscar duerme en su camita a pierna suelta, suda un poco, así que decido poner el aire acondicionado, porque como abra la ventana, con el jaleo que armamos hablando, se despertará en nada. Luego me paso por mi habitación y miro a Emily, Victoria y Noah dormir en la cama. Están rodeados de cojines y almohadas, así que no hay peligro y, además, hemos puesto al pequeño dentro del capazo, porque sus primas ya se mueven mientras duermen. Son una preciosidad y no puedo evitar derretirme un poco cada vez que los veo así, tranquilos, dulces y dormiditos. Tampoco puedo evitar sentir cierta nostalgia, porque Óscar ya no es un bebé y cada día se hace un poquito más independiente. Es ley de vida, lo sé y me alegra ver que se está convirtiendo en una gran persona, pero no puedo evitar pensar en los días en los que solucionaba todos sus problemas poniéndolo sobre mi pecho, ya fuera para comer o para darle consuelo. Suspiro y me doy el lujo de pensar que echo de menos amamantar, tener un bebé indefenso entre mis manos y saber que yo lo he creado de

la nada. Ese tiempo ya pasó para mí y, aunque lo recuerdo con mucho cariño, y lo extraño, también me esfuerzo por recordar todas las veces que me sentí sola y asustada, sin apenas dormir, con un niño que no durmió una noche del tirón hasta pasados los dos años. Por suerte, esos recuerdos se evaporan con el tiempo y solo queda lo bueno, pero en momentos de morriña, como hoy, me esfuerzo por traerlos de vuelta y pensar que no todo fue bonito. Además, aunque así fuera, tengo treinta y cinco años, el tiempo pasa y cada vez pienso con más frecuencia que encontrar un hombre bueno, maduro, que nos enamoremos y agrandemos la familia es imposible. Cuando ya tienes un hijo y va creciendo, cada vez da más pereza pensar en volver a los pañales y biberones. No lo digo por mí, que estaría encantada, sino por el futuro padre, que ya tendría bastante con aceptar a Óscar, como para querer uno más.

—Eh, ¿estás bien? —susurra Esme a mi espalda, sobresaltándose.

—Sí, perdona, vine a ver cómo estaban y me quedé embobada con ellos. — Sonríe y carraspeo, intentando deshacerme del nudo de emociones que tengo atravesado en la garganta—. Son preciosos.

—Lo son —contesta ella con una sonrisa, pasando un brazo por encima de mi hombro—. Nate y yo hemos estado hablando acerca de la posibilidad de hacer un bautizo de mentira para Noah.

—¿Un bautizo de mentira? —pregunto con el ceño fruncido.

—Sí, queremos casarnos algún día por lo civil, pero no sabemos cuándo y Einar tiene una ilusión tan grande por ser padrino de Noah, que hemos pensado que podríamos hacer una ceremonia nosotros mismos para proclamarle padrino oficial. Quiero redactar algo sencillo para entregarle, un diploma o no sé, cualquier cosa que le haga dar saltos de alegría y gritar que es un padrino vikingo molón.

Me río y salgo con ella de la habitación, para no despertar a los niños. Pienso en Einar y en lo contento que va a ponerse con un gesto tan bonito como ese. La verdad es que él se merece eso y mucho más; es un gran amigo, para Nate, además, es como un hermano y ha ayudado tanto a esta familia en malos momentos que lo menos que se merece es que hagamos una celebración solo para tenerlo contento.

—Me parece una idea maravillosa.

—¿En serio?

—Claro que sí. Einar se merece todo eso y más.

Esme asiente y coge mi mano, sonriendo y apretándola antes de hablar.

—Me alegra que pienses así, porque necesitamos una madrina y no podemos pensar en nadie mejor que tú para ocupar ese puesto.

—¿Yo? Esme...

—Fuiste la primera persona a la que le conté cuál era mis sueño. Sufriste conmigo cada intento fallido y aguantaste todas mis lágrimas y mi dolor. Conseguiste que no me rindiera y lloraste de alegría conmigo cuando supiste que un bebé venía, por fin, de camino.

—Pero tienes a tus hermanas y a Sara. Yo solo soy...

—Tú eres mi mejor amiga y una parte imprescindible de mi vida; de la nuestra, porque Noah va a adorarte tanto como a ellas. Además, ellas son sus tías de sangre. Para mí, tú también eres su tía, pero sé que te avergüenza sentirte así, por lo que yo pueda pensar, así que tengo la esperanza de que, al darte este título, te creas de una vez por todas que pase lo que pase quiero que estés siempre en la vida de Noah, que le cuides y le protejas como tú sabes y que me enseñes a ser una madre la mitad de buena que tú. Con eso, habré cumplido todas mis expectativas. —La miro de hito en hito, sin poder creerme todo lo que me está diciendo, porque es demasiado maravilloso como para que sea verdad. Ella sonrío y me abraza después de besar mi mejilla—. ¿Qué me dices? ¿Quieres ser madrina molona?

Me río mientras asiento y mis ojos se llenan de lágrimas, porque soy una mujer dura hasta que pasan cosas así. Mis labios tiemblan y ahogo un sollozo justo en el momento en que entra Julieta, pero es tarde para disimular, porque la emoción me puede y me veo obligada a agachar la cabeza, gesto que hace que las lágrimas caigan, así que me las limpio a toda prisa y Julieta, que es la persona más imprevisible del mundo, se asoma a la puerta e informa a todo el mundo de que estoy llorando, así que en medio minuto las tengo a todas rodeándome y preguntándome qué me pasa mientras Esme regaña a su hermana y esta se encoge de hombros, asegurando que solo está preocupada por mí.

—No es nada, tranquilas —digo sonriendo y señalando las habitaciones—. Vamos fuera, que no quiero que se despierten.

Ellas me obedecen, pero en cuanto estamos en el jardín empiezan a avasallarme con preguntas, hasta que explico que Esme me ha elegido como madrina de Noah. Durante un momento temo que sus hermanas o Sara se tomen a mal la noticia, pero lejos de eso se ríen y me abrazan, dándome la enhorabuena y asegurándome que soy la indicada para ocupar ese puesto.

—Así te darás cuenta de que perteneces a esta familia de una vez por todas —dice Amelia.

Me sorprende que todas se hayan dado cuenta de que a veces tengo dudas acerca de eso. O más que dudas, son pensamientos objetivos que me recuerdan que, por muy integrada que esté, no soy familia de sangre de ninguno de ellos, así que en cualquier momento puedo perderlos. Es un pensamiento que se ha vuelto recurrente desde que soy consciente de que me he enamorado de Álex, así que agradezco en el alma este gesto, aunque tenga miedo de que todo salga mal y acabe perdiendo más de lo que nunca pensé que tendría.

—Si ella quisiera, ya sería de la familia por otros medios —dice Julieta.

—No empecemos —le advierte Esme.

Yo frunzo el ceño y las miro, pero todas hacen como si no pasara nada. Bueno, Teresa, la suegra de Julieta, frunce el ceño igual que yo, porque tampoco se entera de nada.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

No soy cotilla, pero una vez que lo ha soltado, quiero saber a qué vienen sus palabras. Durante un momento pienso que no va a decírmelo, pero es Julieta, a ella las miradas de advertencia le resbalan tanto como el aceite.

—Viene a que, si tú quisieras, te liarías con mi hermano de una vez y te convertirías en cuñada nuestra. O hermana, porque ya te consideramos un poco así.

Abro la boca para decir algo, pero estoy tan sorprendida que me he quedado muda. Amelia resopla, pero se acaba riendo y mira a Esme que, para mi sorpresa, también se ríe.

—Chicas, comportaos —dice Sara—. La pobre está sufriendo demasiadas emociones esta noche, no creo que necesite más.

—¡Pero si es que no se cae del guindo! —exclama Julieta—. Si en mi despedida de soltera no podemos emborracharnos, ni desnudarnos, ni follar en una orgía delante de todo el mundo, lo menos que podemos hacer es abrirle los ojos a la gatita de una vez por todas.

Rechino los dientes ante la mención de ese apelativo que tan histérica me pone, pero solo sirve para que ella se dé cuenta y se ría aún más fuerte.

—¿Te ha dicho tu hermano que me llama así?

—No ha hecho falta, nena —dice Esme—. Lo hemos oído muchas veces y sabemos que no te gusta, así que Julieta te pide perdón. —Su hermana asiente, como si de verdad lo sintiera—. Sin embargo, no creo que deba pedir perdón por decirte lo que piensa acerca de vuestra relación.

—¿Qué relación?

—La tuya con mi hermano, por supuesto.

Me río con sarcasmo, porque esto sí que es bueno. ¡Relación! Por el amor de Dios, ni siquiera tenemos sexo esporádico, como para hablar de algo así. Además, si Álex supiera que sus hermanas hablan de nosotros con ese término sería capaz de volver a Sin Mar corriendo en chancletas, estoy segura.

—No hay ninguna relación —susurro—. No sé por qué pensáis algo así, pero estáis equivocadas.

—Puede que nosotras estemos equivocadas —dice Amelia— pero tú estás ciega, y eso es mucho peor.

La miro sorprendida, porque ella no suele hacer declaraciones tan directas, pero lejos de mostrarse arrepentida, me mira con dulzura y diría que pena, como si no pudiese creer que yo no piense como ella. Me río entre dientes y siento el deseo de tomar algo fuerte con alcohol, porque no sé cómo enfrentarme a esta conversación. Sabía que en algún momento tendría que hablar con Esme, pero no esperaba hacerlo así, delante de sus hermanas, su madrastra y la suegra de Julieta. No sé, imaginé que sería más íntimo y, sobre todo, que ella comprendería que, en realidad, da igual cuánto hablemos de esto, porque seguirá siendo imposible al acabar la conversación.

Este amor que siento está abocado al fracaso desde mucho antes de nacer. No soy tonta, sé bien lo que siento y también sé que tengo que buscar la manera de superarlo,

o acabaré como la tierra que se mezcla con el agua, sin pensar que se convertirá en barro y, al secarse, ya no será más blanda y manejable, sino dura y cuarteada, dejando una clara evidencia de que jamás debió pensar en mezclarse con algo o alguien que la cambiaría para siempre.

Y por si no tuviera suficiente con la metáfora, me echo a llorar así, de pronto, mientras todas cambian sus sonrisas por ceños fruncidos y me miran como si de verdad estuviesen arrepentidas de haber sacado el tema.

—Lo siento —susurro—. Perdonad, de verdad, es solo que... necesito un minuto.

Entro de nuevo en el bungalow y me encierro en el baño odiándome por ponerme así. Solo me han insinuado que entre nosotros existe algo, pero el dolor de tener que desmentirlo, cuando en realidad deseo que sí lo haya es tan fuerte que ni siquiera he podido decirlo en voz alta. No estoy lista para contarles que me he enamorado como nunca en mi vida y lo he hecho de la persona que menos me conviene.

Cierro los ojos y me apoyo en la puerta mientras pienso que, en realidad, no estoy lista para que me digan que es imposible, porque doy por hecho que eso es lo que van a decirme y duele demasiado enfrentarse a la realidad.

Aunque pensándolo bien, lo que ellas han insinuado es que, si quisiera, podría ser su cuñada y estar con Álex.

Me muerdo el labio con fuerza y me obligo a no hacerme ilusiones, no quiero que esto signifique algo, que mis esperanzas crezcan solo porque su familia me tiene cariño o verme teniendo fantasías absurdas con Álex de protagonista porque ellas me dan el visto bueno. Lo valoro, pero la realidad es que él no quiere tener una relación ni conmigo, ni con nadie, así que todo esto está demás.

¿Y por qué no se lo cuento a ellas? Después de todo me han demostrado una y otra vez que son mis amigas, parte de mi familia, también. ¿Tan malo sería confiar en ellas y decirles que a veces siento que la nostalgia me mata cada día un poquito más? ¿Que necesito librarme de este sentimiento que me ahoga o acabará conmigo? ¿Tan grave sería contarles que me siento sola, triste y ansiosa desde que hemos llegado porque no paro de imaginar a Álex con otra en la playa, o en su bungalow, o donde quiera que sea, pero follando y gimiendo mientras yo estoy más sola que la una?

No, no sería tan grave y lo decido cuando abro los ojos, me miro en el espejo y veo la palidez que adorna mi cara. Necesito compartir esta carga, para bien o para mal. Ellas no van a darme de lado por algo así, puede que me compadezcan, lo que ya me molestará, pero, aun así, creo que puede merecer la pena solo por liberar un poco toda la tensión que tengo acumulada, así que me echo agua en la cara, agradeciendo no estar maquillada, me hago una coleta nueva y salgo del bungalow dispuesta a enfrentarme a todas.

Por suerte, como siempre, no hace falta, porque en cuanto me siento ellas me rodean y empiezan a insultar a Álex, haciéndome reír.

—Dinos qué ha hecho ese imbécil para que podamos atormentarlo de aquí hasta el día de su juicio final —dice Julieta—. ¿Te ha follado y te ha dado de lado?

—¡No! No, él no ha hecho nada.

—Escucha, puedes contarnos lo que sea —dice Esme—. Si mi hermano te ha hecho daño y creemos que tú tienes la razón, vamos a dártela. Le queremos muchísimo, pero sabemos cómo es con las mujeres.

—No ha hecho nada —digo con una risa temblorosa antes de echarme a llorar de nuevo—. Ese es el problema, que no ha necesitado hacer nada especial para que me enamore de él. —Un murmullo de sorpresa corre entre ellas y me río—. Ya lo sabíais.

—Intuíamos que te gustaba, sí, pero es muy fuerte oír de tus labios que estás enamorada —dice Amelia—. Lo que no entiendo es eso de que Álex no ha hecho nada. Todas somos conscientes de cómo te mira y cómo te trata.

—Y este mes que habéis pasado sin veros ha sido un infierno para él —dice Esme—. Eso lo sé de buena tinta.

—Cierto. ¿Qué ha sido esa mierda? ¿A qué ha venido? —pregunta Julieta.

Y yo, cumpliendo la promesa que me he hecho a mí misma, lo cuento todo. Y cuando digo todo, me refiero a que cuento incluso que me encantan las pulseras de cuero de su muñeca, que el día que me arregló el aire acondicionado por poco me lanzo sobre él y que la separación no ha sido más que un intento ridículo de retomar nuestra amistad obviando este deseo y yo, además, este amor, aunque esto último él no lo sabe, claro.

Cuando por fin acabo Teresa y Sara me miran con cariño y comprensión, como mujeres adultas que son, pero las tres hermanas tienen reacciones muy distintas.

—Está loco por ti —dice Amelia—. Ni siquiera sé cómo es que no te has dado cuenta. ¡Dios! Sois un par de cabezones.

—No es cierto. —Me defiendo—. ¿Te ha dicho él algo de eso?

—Ni falta que hace, si te estoy diciendo que ha dormido fatal este último mes. Lo escuchaba levantarse constantemente y a última hora ni siquiera salía tanto por ahí. Es más, Sandro vino a buscarlo a casa un día y pasó de él.

—¿Y eso es motivo suficiente para pensar que era por mí? —pregunto riéndome—. Sandro es solo un amigo y...

—No es solo un amigo —dice Esme—. Es su mejor amigo, su compañero y, además, la única persona de su entorno que ve la vida igual que él. Le encanta salir por ahí y follar con unas y otras sin comprometerse con nadie, cosa que Álex adora, así que el hecho de decirle a Sandro que no, significa mucho, Eli.

—No creo que...

—Ay, por Dios, no soporto tanta duda y tanta hostia —dice Julieta—. ¿Quieres comprobar si siente lo mismo o no? ¡Tíratelo! Mi hermano Álex nunca, jamás, repite con ninguna mujer, a no ser que se trate de la fulana esa...

—¿Qué fulana? —pregunto de inmediato, sintiendo mi pecho arder.

Ellas se ríen, pero cuando hablan de ella se les nota el desprecio en la voz. Me cuentan que Álex se ve de manera asidua con una tal Adriana, pero que solo se utilizan cuando alguno de los dos está de bajón y que eso lo han averiguado porque

siempre que Álex viene mal del trabajo sale con ella. Y saben que sale con ella porque se lo han sonsacado al mismísimo Sandro.

Mi primera reacción es la de sorprenderme, porque siempre pensé que Álex utilizaba el sexo como diversión; no imaginé que también lo usaba como vía de escape. Tampoco me extraña, porque él mismo me ha dejado claro siempre que es una persona muy sexual, así que supongo que él todo lo celebra, lo alivia o lo paga de la misma manera. No soy nadie para decidir si eso está bien o mal, pero los celos que me producen saber que hay una mujer en el mundo capaz de aliviar el malestar de Álex con sexo me hacen darme cuenta de hasta qué punto me he caído con todo el equipo.

—Eh, tranquila, porque hace mucho que no la ve —susurra Amelia.

—¿Cuánto es mucho? —pregunto.

Ella se queda en silencio y yo sé que es cuestión de días, puede que semanas, pero está claro que no hace meses que no la ve. Trago saliva, porque Álex puede ir con quién le dé la gana, pero saber que hay una con la que repite y que consigue ponerlo de buen humor cuando el día es una mierda para él me duele tanto que siento, otra vez, las lágrimas pujar tras mis ojos. Y no voy a llorar, joder, no se lo merece, así que, haciendo un enorme ejercicio de contención, consigo sonreír y encogerme de hombros ante su falta de respuesta.

—¿Sabéis? Da igual, todo esto no tiene sentido.

—Claro que lo tiene, joder, es normal que te duela —dice Julieta—. Yo cuando veo a Lerdisusi en la puerta de su casa todavía siento deseos de arrancarle los pelos. Y si encima me acuerdo de que sabe cómo es Diego en la cama y desnudo me pongo frenética. En serio, me pongo tan frenética que me cabreo con él, cuando está claro que no tiene la culpa de tener un pasado. Mi hermano tampoco la tiene, por cierto.

Asiento, comprendiendo que le defienda, porque además tiene razón, pero tampoco pienso callarme lo que yo pienso.

—El problema es que esa tal Adriana no forma parte del pasado de tu hermano.

—Hace mucho que no la ve —repite Amelia.

—Si por mucho te refieres a semanas, o a un mes, no me sirve, Amelia, sobre todo porque estoy segura de que volverá a verla. —Miro a Julieta y suspiro—. A ti te queda el consuelo de saber que Diego ahora está contigo y no quiere nada con ella, pero a mí solo me queda estar en tensión porque no sé en qué momento volverá a sus brazos.

—No digas chorradas, está loco por ti —dice Esme.

Me encojo de hombros, porque comprendo que para ellas todo esto sea complicado y no entiendan mi modo de pensar, pero es que tampoco creo que tenga que convencerlas de nada, así que sonrío y carraspeo antes de hablar.

—Está loco por follarme, pero eso a mí no me basta, aunque suene egoísta, así que no hay nada que hacer.

—Pero Eli, es que... —dice Esme.

—No quiero hablar más de esto —la corto—. En serio, agradezco vuestro apoyo, pero es que vuestro hermano no quiere ni pensar en tener algo serio con nadie, mucho menos conmigo, así que no hay nada que discutir.

—Podrías acostarte con él una vez —dice Sara con cautela—. Quizá te sirva para darte cuenta de que, ni él es tan indiferente a ti, ni tú tan débil como piensas. —Quiero contestarle que no pienso que sea débil, pero ella sigue hablando y me doy cuenta de que tiene razón—. Te has convencido de que no puedes acostarte con él porque no eres así, porque tú necesitas más de un hombre, pero, sobre todo, porque te da miedo engancharte y acabar sufriendo el doble. —Guardo silencio y ella sigue—. Lo que no pareces entender es que también puede servirte para tener el recuerdo de Álex entre tus brazos y darte cuenta de que estar enamorada de él te duele, pero no te mata, porque tú eres mucho más fuerte que todo eso.

Las demás aplauden, literalmente, sus palabras, mientras yo me quedo en silencio, asiento una sola vez, dándole a entender que voy a pensar en ello y me levanto a por una cerveza, porque esta despedida de soltera está empezando a venirme larga.

Por suerte, al volver al jardín todas bailan y parecen haber olvidado el tema tan de repente que, por un momento, me pregunto si no lo habré imaginado. Luego veo a Esme guiñarme un ojo y soy consciente de lo real que ha sido.

Ahora me falta decidir si me lanzo a una noche con Álex, a riesgo de acabar más rota aún, o me quedo en mi posición de defensa, sufriendo igualmente y, además, anhelando su cuerpo, su boca, su ser, en definitiva. Preguntándome cómo sería tenerlo encima, empujando en mi cuerpo y susurrándome en el oído palabras subidas de tono con esa voz que consigue erizarme entera.

Las horas pasan y, cuando dan las cinco de la mañana y todas se marchan, dejándome a solas con mi hijo dormido y una cama que se me antoja enorme, llego a la conclusión de que necesito pasar una noche con Álex. Solo una. Sé que no voy a convencerle de tener una relación conmigo, que me dejará hecha una mierda y que tendré que recomponer aún más trozos de los que ya siento desperdigados dentro de mí, pero también creo que puedo sacar una noche entera de recuerdos memorables que me acompañen toda la vida, porque dudo mucho que consiga enamorarme así de nadie más.

Utilizar esa noche para llevarme conmigo un millón de gemidos, caricias, sonrisas y palabras que atesoraré para siempre. Y aunque suene triste, viviré viéndolo en la distancia y sabiendo que, al menos, rocé la felicidad completa durante unas horas. Como ver una estrella fugaz, cerrar los ojos, sentir su brillo rozarte el alma y sonreír, porque no necesitas nada más. Como abrirlos y ver cómo se aleja llevándose consigo todos tus deseos e ilusiones. Así será mi noche con Álex y ahora, más que nunca, sé que hasta el dolor merecerá la pena.

La despedida de soltero es bastante divertida, si quitamos el hecho de que Diego preferiría estar con Julieta antes que en esta discoteca llena de gente joven, donde varias chicas ya han intentado ligar con él, haciéndole sentir visiblemente incómodo. Es alucinante verlo, porque este tío, hasta no hace tanto, ni siquiera creía en el tipo de amor que dura toda la vida, a pesar de haberlo visto en sus padres. Intento no pensar mucho en que está atado de por vida a mi hermana, porque él parece feliz. Igual que Nate, que no deja de mirar el móvil, por si mi otra hermana necesita algo, lo que sea. Tampoco parece triste por eso, de hecho, creo que él también se iría con gusto si ella lo llamara, así que todo esto me lleva a pensar que quizá, y solo quizá, eso del amor a largo plazo no es una cadena perpetua.

Javier y Giu se fueron a dormir hace un rato ya, alegando que si no descansan sus horas de rigor luego no son personas. Nos hemos reído un poco de ellos, pero teniendo en cuenta que ya es bastante entrada la madrugada, han aguantado como dos campeones. Otra historia es lo de Nacho, que se ha largado en la segunda copa después de pasarse toda la noche con cara de mustio. Yo no sé qué cojones ha visto mi hermana en este tío, si solo parece disfrutar cuando hace ver a los demás lo bueno que es y lo malos que somos el resto por no estar las veinticuatro horas del día salvando el mundo.

El único que no mira el móvil, ni a nosotros, es el vikingo molón; toda su atención está puesta en las botellas que hemos pagado y que bajan de contenido a una velocidad de vértigo. Bueno, en eso y en desgraciar con sus coreografías cualquier canción que suene, porque Einar es un buenazo, pero baila entre mal y como el culo, la verdad sea dicha.

—¡Álex! ¡Álex, mira cómo perreo!

Me río mientras le veo mover el culo de manera desastrosa y Marco le hace un video que no subirá a ninguna parte si no quiere acabar con los huevos de corbata.

—Lo que se hace en las despedidas, se queda en las despedidas —le digo unos minutos después.

—¡Pero si esto es lo más fuerte que ha pasado esta noche! Espero acabar echando un polvo, porque si no habrá sido la fiesta más deprimente de toda mi vida.

—Teniendo en cuenta que tienes diecinueve años, no hay mucho donde comparar.

—Que no te engañe mi edad, tengo más tiros dados que cualquier viejo de vuestra tanda.

Será asqueroso el niño. ¿Pues no me ha dicho viejo? ¡Si apenas paso de los treinta! Estoy hecho un chaval y mi mirada debería habérselo dejado claro, pero solo ha soltado una carcajada y se ha ido detrás de una rubia que le saca, mínimo, diez años. Ganas me dan de ir y preguntarle si a ella no la ve vieja, pero es que sé que a

Marco las que son mucho mayores le tiran mucho. De hecho, no recuerdo haberlo visto con ninguna chica joven desde que lo conocí. Bueno, estaba Erin, pero ella no cuenta, claro. Ella era... ella. Una chica por la que se desvivía en su antiguo barrio hasta que la madre murió y su tío irlandés se la llevó, haciendo que Marco se volviera aún más rebelde y cerrado en sí mismo. A veces me pregunto si la recuerda y sé que Diego también lo hace, pero en esta familia nadie se atreve a mencionar su nombre, porque es de las pocas cosas que sigue consiguiendo que Marco se largue dando un portazo y vuelva horas o días después, normalmente hecho un desastre, así que hemos llegado a un acuerdo no escrito ni hablado en el que nadie la nombra y todos vivimos en paz.

—¡Álex! ¡Álex! —grita Einar tiempo después acercándose a mí con un chico de mi edad, más o menos—. ¡Te presento mi nuevo amigo! ¡Martín! ¡Martín, saluda!

El susodicho se ríe y estira la mano en mi dirección. Es rubio, tiene el pelo rizado, los ojos azules, creo, y una sonrisa rápida que me recuerda bastante a la mía. Es un mujeriego en potencia, lo sé; reconozco a los de mi especie.

—Encantado. Tu amigo es un *crack* bailando.

—Sí, estoy por hablar con el dueño del *camping* para que lo contraten de gogó —contesto riendo.

—Pues lo tienes fácil, soy uno de ellos.

—¿Eres gogó? —pregunta Einar, que lleva un pedal importante ya—. ¡Yo quiero bailar!

—No —dice riendo—. Soy uno de los dueños, camarero en el restaurante a tiempo parcial, profesor de submarinismo y también de surf, *kitesurfing*, *paddel surf* y cualquier otra cosa que lleve la palabra surf e implique una tabla.

—¡Vaya! Entonces esta mañana debimos conocer a tu hermano, ¿no?

—¿Cómo se llamaba?

—Fran.

—Es uno de ellos, sí. Él es el chef y dueño del restaurante. Somos muchos —explica riendo—. De hecho, he venido con Lorenzo, pero le perdí la pista hace un rato. —Nos guiña un ojo y los dos comprendemos que es posible que el tal Lorenzo esté disfrutando ya de una noche memorable de sexo.

—Yo sé hacer surf —dice Einar de pronto— pero me gustan clases. ¿Cuándo son?

Me río y le miro dar un gran trago a su copa mientras Martín nos cuenta que podemos pasarnos por la playa por la tarde, porque duda mucho que por la mañana seamos personas sobrias y dispuestas a hacer deporte. No le llevamos la contraria, porque yo no estoy borracho, pero a este ritmo es posible que acabe con un puntito importante. Martín se queda con nosotros, nos invita a una botella, así que solo por eso lo consideramos amigo de por vida y nos habla de todo lo que se puede hacer en el *camping* o alrededores, sin omitir, por supuesto, el montón de chicas que hay por metro cuadrado, cosa de la que ya me había dado cuenta.

En otra época, me habría alegrado lo indecible porque al final este sitio es la caña, sobre todo para ligar, pero ahora mismo estoy tan concentrado en pensar en cierta rubia que todo me sobra, hasta el cubata de mi mano. Me doy cuenta, con una sonrisa irónica, de que estoy a un paso de pasarme la noche mirando el móvil por si Elizabeth me escribe, cosa que es bastante penosa, porque he criticado mucho a mis cuñados e intuyo que, si esto va por buen camino, voy a tener que soportar muchas risas.

Claro que me da igual, siempre que ella quiera darme una oportunidad y se lance conmigo a esta locura a la que no sé poner nombre.

En realidad, lo único que tengo claro es que quiero ir a donde esté y besarle hasta el alma, para que entienda que esta vez voy en serio; que me ha costado llegar a este punto, pero lo he hecho solo por ella, porque quiero y necesito que esto salga bien. Quiero decirle que desde que entró en mi vida algo cambió para siempre, pero temo que no me crea, así que me callo y preparo un par de pullas de esas que sí sabemos manejar los dos mientras pienso que algún día, quizá, estemos listos, ella para escuchar y yo para decir todo esto que cada día se me clava más.

Contarle que sueño con ella muchas veces y no siempre está desnuda, como seguro que imagina. A veces solo está ahí, frente a mí, con esa sonrisa que hace que yo amanezca con ganas de buscarla y provocarle una igualita o mucho mejor; conseguir que invente una sonrisa que solo me dedique a mí, algo de lo que pueda hacerme dueño, aunque eso signifique que, a cambio, también tengo que entregar parte de mí. Y lo haría, ahora lo sé, no es el alcohol, lo juro, es el deseo contenido de decirle que cuando mira a su hijo puedo ver el amor infinito que siente en sus ojos y, a veces, me pregunto cómo sería que me quisiera a mí así, sin condiciones ni trabas, por quien soy, aunque no sea perfecto y no la merezca. Me gustaría decirle, también, que voy a cagarla mucho, porque estoy seguro de que lo haré, pero que eso nunca significará que siento menos, sino más. Es irónico, pero supongo que el motivo es que soy un cobarde de mierda y, cuanto más puedo conseguir, más me asusto por perder y más corro en dirección contraria.

Inspiro, doy un trago a mi copa y decido que no voy a pensar en eso. Ahora mismo tengo que centrarme en lo positivo y en todo lo bueno que puedo darle, que también es mucho, o eso espero. Sé que tendrá dudas, que no confiará en mí de buenas a primeras porque mi carrera me avala, pero si consigo convencerla de que se abra un poco, solo un poquito, lo justo para poder colarme y demostrarle que podemos hacer esto sin destrozarnos en el camino, me sentiré satisfecho.

Miro el reloj de nuevo, son las seis de la mañana, Diego y Nate se han animado bastante y bailan una canción que no les pega nada, quizá por eso les hace reír. Einar está con Martín en la barra, pidiendo una ronda de chupitos que acabará con mi amigo, Marco ha aparecido hace un rato con cara de satisfacción y un condón menos en el bolsillo, seguro, y yo estoy aquí, deseando que esta despedida de soltero se acabe para poder volver al bungaló, dormir unas pocas horas e ir a ver a Elizabeth en cuanto pueda. Por suerte, una hora después, cuando ya ha amanecido, Diego dice que

ya no puede más y que da por terminada la despedida. Ha sido una gran fiesta, pese a que me he pasado buena parte de la noche disperso, pero eso no quita que todos vayamos un poco borrachos. Bueno, unos más que menos, porque Einar sale de la discoteca el primero gritando que quiere churros con cola cao. Yo de lo primero no quiero saber nada, pero a un batidito no le diría que no, aunque, cuando lo propongo todos me dicen que no, que ni de coña, que acabarían potando, seguro. Einar es el único que se mete con nosotros por no ir a por churros y, al final, el propio Martín, que ha salido con nosotros, le convence de que lo mejor es dormir porque, además, él trabaja en unas horas. Supongo que tiene turno de tarde y va a dedicar la mañana a dormir. Lo que yo diga, este tío es casi una fotocopia mía. Rubio, pero fotocopia de todas formas.

—¿Nos vemos esta tarde? —pregunta mientras se aleja.

—¡Sí! ¡Surf! —grita Einar.

—Yo fijo que sí —dice Marco.

—Yo igual me apunto —sigue Nate.

—Pues yo no lo sé, depende de si Julieta quiere o no. —Todos le gritamos calzonazos y capullo, pero él se encoge de hombros y sonrío—. Es la semana previa a mi boda, perdonadme por preferir estar con mi preciosa novia antes que con una panda de capullos borrachos como vosotros.

—Esta tarde no estaremos borrachos —dice Einar.

—Siempre podemos preguntar a las chicas si quieren hacerlo —sugiere Nate.

—¿Y qué pasa con los niños? —pregunto.

—Podéis traerlos a la playa, no prohibimos la entrada a nadie —dice Martín riendo—. En realidad, muchas tardes mis sobrinos están conmigo, así que si tenéis niños traedlos, lo pasarán bien.

—En realidad son bebés —dice Nate.

—Óscar, no —intervengo, pensando que le vendría genial conocer niños aquí—. De hecho, creo que es una gran idea que pasemos la tarde en la playa. El que quiera que haga surf y el que no, que tome el sol.

Todos están de acuerdo y nos despedimos de Martín antes de dirigirnos a los bungalós. Yo no sé si haré surf, me gustaría, pero antes quiero asegurarme de que Óscar hace amigos. Sé que está preocupado porque le cuesta un poquito acercarse a otros niños. No es que sea antisocial, es que es tímido y no se lanza, sobre todo porque es consciente de que tiene gustos distintos a los de la mayoría. Sé por mi hermana Esme que en el cole algunos críos se metían con él el curso pasado y, aunque me hierva la sangre cada vez que lo pienso, intento encajarlo de la mejor manera posible y entender que Óscar no es un niño de jugar largo tiempo al fútbol o disfrutar de ensuciarse y dar carreras como otros. Eso le gusta, claro, pero se cansa pronto y disfruta mucho más intercambiando cromos o hablando de recetas de cocina. Al principio pensé que se lo ponía muy fácil a los abusones siendo así, pero luego, cuando le conocí a fondo, comprendí que él es especial por ser como es y hace bien

en no dejar de lado sus gustos solo para encajar mejor con el resto de niños, aunque eso le haga sufrir. Intento reforzarle cuando estoy con él, emocionarme ante sus recetas y demostrarle, sin palabras, que estoy orgulloso de que sea él mismo. No sé si lo hago bien y no sé si él lo valora, pero espero que algún día, cuando sea mayor, comprenda lo mucho que lo quiero, no solo porque sea el hijo de Elizabeth, sino porque es único e irreplicable.

—Vikingo molón quiere vomitar —dice Einar sacándome de mis pensamientos.

Me cuesta un poco adaptarme a esta realidad, teniendo en cuenta que llevo toda la noche en Babia, pero cuando se abraza a una papelera, a pocos pasos del bungalow, y empieza a echar la pota, comprendo que me va a tocar cuidarle y meterle en la cama, así que espero junto a Marco que acabe y, en cuanto se relaja un poco, nos echamos cada uno un brazo por encima de los hombros y caminamos, o más bien lo arrastramos hasta la cabaña.

—Directo a la ducha —me dice Marco nada más entrar—. Una agüita fría por encima, café con sal, potar de nuevo y dormir, en ese orden.

Le doy la razón, porque el pedo que el vikingo lleva es importante, así que empezamos a trabajar en equipo y un rato después, cuando por fin está en la cama, metemos su ropa en la lavadora, para mitigar un poco el olor a vómito, y nos vamos al cuarto de la litera pensando que el cabrón, al final, se ha salido con la suya.

—Por lo menos he echado un polvo —susurra Marco.

Me río y me meto corriendo en la cama de abajo, porque paso de dormir en las alturas y porque él es más joven, así que tiene que joderse. Es una cuestión de prioridad por año de nacimiento y cuando se lo explico me insulta un poco, pero al final cede y se sube. Cierro los ojos y programo el despertador para las doce de la mañana. Serán cuatro horas de sueño, más o menos, así que tendré que aguantar con eso porque no sé si puedo esperar más para volver a ver a Eli.

A la hora indicada el móvil suena y Marco vuelve a insultarme mientras yo me levanto desorientado y pensando que el niño este debería aprender a respetarme de una vez y tal, pero como estoy demasiado dormido para decirle nada me limito a abrir el cajón que me ha tocado, sacar un bóxer y el bañador y meterme en la ducha.

Media hora después tengo un café cargado en la mano que me bebo a sorbos rápidos y me asomo por la ventana lateral del salón para observar el bungalow de Eli, por si ya hay movimiento. En cuanto veo a Óscar salir al jardín doy un trago al café y corro hacia la puerta tan rápido que me obligo a frenarme y no parecer tan ansioso.

—Hola, colega —saludo al niño, que me dedica una sonrisa mellada que hace que las pocas horas de sueño merezcan la pena—. ¿Cómo lo llevas?

—¡Menos mal que ya estás despierto! Todos están como zombis hoy. Esta mañana he ido a dar un paseo con Giu y Javier, que han despertado a mamá y la han enfadado, aunque luego le han dicho que me llevaban a desayunar para que

descansara y ya se le ha quitado el enfado y se ha vuelto una persona sonriente otra vez. También han venido Victoria, Emily y Noah, que se han reído cuando les he hecho esto: ¡Mira! —Pone una cara súper fea y me río mientras él me imita—. He desayunado churros con chocolate.

Me río entre dientes y agradezco en silencio tener a mi padre en mi vida. Ahora entiendo que anoche él y Giu se fueran antes; supongo que ya tenían pensado llevarse a todos los niños hoy para dar descanso a los adultos. Desde luego en esta vida no hay nada como un buen padre, o una buena madre.

—Entonces, ¿mamá está despierta?

—Sí, pero está despierta igual que cuando viene el primer día de trabajar, que se sienta y cierra los ojos para descansar un momento. —Se pinza los labios, como si estuviera pensando decir algo más, y al final se lanza—. A veces, en esos descansos, ronca.

Suelto una carcajada y revuelvo su pelo mientras le aconsejo que no cuente eso a nadie más.

—¿No es adecuado?

—No mucho.

—¿Como cuando te conté que había engordado y estaba de mal humor? Eso no fue adecuado, me lo explicó ella.

—Sí, pues contarle a la gente que mamá se duerme sentada y ronca, tampoco es adecuado.

—¡Que no se duerme, Álex! Se sienta un momento y descansa, pero con ronquidos.

Vuelvo a reírme y pienso en la cara que pondría Eli si lo escuchara ahora mismo. Podría aprovecharlo para meterme con ella, pero es que hoy tengo otros planes y ni siquiera voy a llamarla gatita, para no cabrearla. Bueno, es posible que sí acabe llamándola así, porque cuando se enfurruña no puedo evitar imaginarme a un gatito de esos de YouTube enfadado. Es imposible ser adorable y enfadarse, y eso le pasa a esta mujer, que da igual que me dedique miradas asesinas, porque para mí sigue siendo uno de esos gatitos.

Entro en la cabaña después de charlar un poco más con Óscar y veo a Eli sentada en el sofá, con una revista sobre las piernas y la cabeza apoyada en el respaldo. Imagino que está en uno de sus descansos, así que carraspeo bastante alto, para que me oiga.

En cuanto ella abre los ojos mis nervios vuelven por la puerta grande, pero intento que no se me note. Camino hacia donde está y me pongo de cuclillas, colocando las manos en sus rodillas.

—Una noche movida, ¿eh? —pregunto sonriendo.

Ella sonrío y, para mi absoluta estupefacción, se deja caer hacia mí y apoya su frente en mi hombro.

—¿Puedes sentarte aquí y vigilar que mi hijo no se mate, sea secuestrado o eche a

arder la cocina mientras yo duermo un poquito?

—Puedo —susurro atreviéndome a poner una mano en su espalda y acariciar las puntas de su pelo rubio. Que este gesto tan tonto sea capaz de despertar un nido de mariposas en mi estómago es un indicativo de lo colado que estoy por ella—. Deja que me sienta a tu lado y vele tus sueños, rubia.

Ella alza la mirada y lo hace. Sonríe y mi mundo vibra, y vuelve a hacerlo y me deshago, y si lo hace otra vez, provocará un seísmo en mi vida, desordenándolo todo de nuevo, porque su sonrisa, su maldita sonrisa acabará conmigo, estoy seguro.

—Ven —susurra cogiendo mi mano y tirando hacia ella.

Hipnotizado por su forma de mirarme, por la manera en que me toca y por su sonrisa, me siento a su lado. Ella apoya la cabeza en mi hombro y tira de mi mano, pasándola por detrás de su espalda y apoyándola en su cintura, pidiéndome que la abrace sin palabras y creando magia de la nada; haciendo memorable este momento y asegurándome un recuerdo de por vida. Un sofá, una cabaña de madera, mi brazo alrededor de su cuerpo y su sonrisa pegada a mi hombro. Verla dormir y pensar, de repente, que esto es todo lo que quiero de la vida. Besar su frente y prometerme en silencio luchar sin cansancio para conseguirlo. Remojar mis labios con saliva y controlar, a duras penas, las palabras que quieren salir de mi boca, obligándolas a ser pronunciadas solo en mi cabeza.

«Tú y yo haremos que el universo se le quede pequeño a nuestra historia».

Eli

No quiero abrir los ojos nunca. Me pido quedarme aquí lo que me resta de vida, con la mejilla apoyada en su hombro, rozando su pecho cuando él se estira un poco, sintiendo su piel, porque solo lleva puesto el bañador y oliendo su gel de baño y su perfume, porque sé que se lo ha puesto, aunque tenga pensado pasarse el día en el agua. Puede parecer una tontería, pero tenerle aquí, rodeándome con su brazo y velando por mi sueño y por mi hijo me hace sentir la mujer más especial del mundo. Da igual que se haya acostado con medio país, porque ahora está aquí, conmigo y conformándose con abrazarme. Ahora le siento un poquito mío, aunque no esté de acuerdo con eso de sentir a las personas de nuestra propiedad, pero es que vivo pensando que Álex se comparte entre las mujeres del mundo; que es patrimonio de la humanidad y que cualquiera tiene acceso a él, así que tenerlo ahora me hace fantasear e imaginar un mundo paralelo en el que me confiesa que no necesita a nadie más; que todo lo que yo estoy dispuesta a darle es suficiente.

Una tontería, lo sé, pero dado que pienso tomarme una noche para disfrutar de él, creo que puedo permitirme fantasear acerca de este amor imposible.

Imposible, porque él quiere, porque no siente esto que a mí me carcome, pero si lo sintiera, ay... qué feliz sería entonces.

No sé cuánto tiempo paso así, en duermevela, pero sé que él no se mueve, más que para abrazarme más cuando me despego un poco intentando cambiar de postura. Y sonrío otra vez, porque parece que no quisiera soltarme nunca, aunque yo sepa que, en cuanto otra se le cruce, lo hará.

Al final yo me voy acoplando, él me va abrazando y acabamos medio estirados en el sofá, él sujetándome aún y yo con la mejilla en su torso mientras pienso que una de las pocas condiciones que le pongo a nuestra noche de sexo es que al acabar me deje abrazarle así. O no, no así, sino más. Quiero apoyar la mejilla en su pecho y oír cómo su corazón late desbocado nada más tener un orgasmo y se va relajando después bajo mi tacto. No sé qué noche será la que lo hagamos, pero sé que será en estas vacaciones, porque ahora que he tomado la decisión no puedo esperar más y sé, o espero, que él esté dispuesto en cualquier momento. Tampoco puedo abalanzarme de buenas a primeras sobre su cuerpo, porque resultaría raro en mí, pero supongo que esto ya es un gran paso y hará que se dé cuenta de que algo ha cambiado. Podría decírselo a las claras, pero si voy a darme el capricho de pasar una noche entre sus brazos, quiero que sea casual, que surja y no sea algo premeditado y frío. Quiero que sea tan perfecto como para poder vivir del recuerdo lo que me resta de vida.

—Reconozco que, como almohada, no tienes precio —digo abriendo los ojos al

cabo de un rato.

Siento sus labios en mi pelo y sé que sonrío justo antes de besarme.

—Bienvenida de vuelta al mundo de los vivos —susurra.

Sonrío y me remuevo mientras él enreda un mechón de pelo entre sus dedos.

—Te gusta mi pelo —murmuro, no como una pregunta, sino como una afirmación.

Él vuelve a besarlo y apoya su mejilla en mi cabeza antes de contestar.

—Me recuerda al verano —dice sorprendiéndome.

Me enderezo y le miro por primera vez desde que le abracé antes de dormirme. Está estirado en el sofá, luciendo una sonrisa tranquila, paciente y sexi.

—¿Y eso por qué?

—No sé —contesta encogiéndose de hombros—. Quizá porque es rubio, largo y brillante. O puede que no. Yo lo único que sé es que lo miro y pienso en el verano.

—Eso es bueno, ¿verdad? —pregunto sonriendo.

—Muy bueno. —Me devuelve la sonrisa y sigue—. Ahora, sintiendo mucho cargarme este momento tan bonito e intenso, debería decirte que hace un rato que me estoy preguntando si tienes por ahí algún batido de chocolate, piruleta o cualquier cosa que guardes para Óscar, pero puedes darme a mí.

Me río y me levanto, tomándome muy en serio sus palabras, porque sé que Álex nunca hace bromas cuando de chucherías o batidos se trata, así que voy a la pequeña cocina, abro un armario y saco una bolsa llena de piruletas. Cojo un batido de la nevera y se lo doy, sintiéndome absurdamente feliz cuando me sonrío de vuelta con todo el agradecimiento del mundo pintado en su cara.

—Eres la mejor, rubia. ¿Gominolas no tendrás?

—Tengo.

—Dios, te voy a adorar por siempre si me das unas pocas.

—No, vamos a comer ya mismo —digo mirando el reloj—. De hecho, deberíamos ver dónde anda el resto.

Él hace un puchero, yo me río y no me pasa por alto que esta faceta suya sigue siendo muy inmadura, pero está tan mono dándole lametones a su piruleta y me pone tanto imaginarle haciendo lo mismo en ciertas partes de mi cuerpo, que se lo paso por alto. Al final le convengo de buscar a su familia, solo después de que él acabe su aperitivo de niño pequeño y me convenga de ponerme el biquini, porque esta tarde, al parecer, vamos a la playa.

—Martín dice que sus sobrinos estarán por allí, así que Óscar podrá jugar con ellos.

—¿Qué edad tienen?

—¿Qué más da? Son niños y Óscar es otro niño.

Me pinzo el labio un poco preocupada, porque siempre me pone nerviosa enfrentar a mi hijo a niños que lo valorarán y juzgarán si quieren acercarse a él o no. Si funciona, genial, pero puede que sufra y quiero que estas vacaciones sean

memorables para él. Álex, que se da cuenta de que me he puesto tensa, viene hacia mí y me abraza por la cintura con tanta firmeza que siento su torso apretarse contra mi pecho. Mentiría si dijera que no me pone nerviosa saber que solo nos separa la tela de mi ligero vestido, y la del bikini, de estar desnudos y abrazados. En otro momento de mi vida me habría apartado, creo, de hecho, sé que Álex espera que lo haga y parece tan sorprendido cuando alzo mis manos y las coloco en sus brazos, pero sin alejarlo de mí, que le cuesta unos segundos más sonreír y hablarme.

—No te preocupes —dice con una voz un poco más ronca que hace unos segundos—. Óscar va a estar bien, jugará y lo pasará en grande.

—A lo mejor las chicas no quieren ir a la playa.

—Esto es un *camping* en la playa, rubia, hay pocas opciones.

—De eso nada, dentro del *camping* hay un montón de cosas para hacer.

—Ninguna tan interesante como ir a la playa, que tu hijo juegue con otros niños, tú te quedes en bikini y yo pueda mirarte y fantasear con todo lo que te haría si estuviéramos solos y tú quisieras.

Me río y me cuesta la vida no apartarme de él, porque sé que está poniéndome a prueba ahora mismo. En cualquier otro momento yo le habría soltado algo así como «Eso solo pasaría si el agua del mar se evaporara y la humanidad se extinguiera hasta dejarnos solos y sin nada que hacer». Que sería una gran mentira, también, pero lo diría y pensaría que así ganaba puntos y me protegía. Ahora, sin embargo, me muerdo el labio inferior y le dedico una sonrisa que, espero, no resulte demasiado temblorosa y parezca firme.

—No me parece justo que te guardes todas esas fantasías siempre para ti —suelto sin pensar.

El efecto de mis palabras es tan inmediato que siento el rubor crecer en mis mejillas. A Álex le ha empezado a crecer otra cosa, por eso sé que lo que he dicho ha funcionado y está entendiendo, como el chico listo que es, que algo ha cambiado en cuestión de horas.

—Tú solo dime cuándo quieres que comparta alguna, gatita.

Ignoro esa palabra del demonio que tan histérica me pone, quizá porque estoy demasiado nerviosa por la escena que se está desarrollando, o porque creo que Álex sigue esperando mi pulla o la bordería que acabe con este flirteo. No será así, no esta vez, pero tampoco sé cómo seguir sin dejar de ser yo misma. No quiero adoptar un papel de falsa devora hombres, porque no lo soy, así que opto por ser sincera y dejar que él se dé cuenta, poco a poco, de que esto no es ninguna broma.

—¿Qué pasaría si dijera que quiero oírlos? —pregunto entre susurros, mirándole a los ojos y siendo consciente de cómo se abren un poco, sorprendidos—. ¿Qué harías si te dijera que de verdad quiero que me cuentes todo lo que imaginas conmigo?

Álex me aprieta contra su cuerpo hasta que pienso que nos estamos tocando de pies a cabeza; apoya su frente en la mía y una de sus manos vuela a mi mejilla. Va a

besarme, joder, lo sé, siento su aliento en mi cara, su erección se aprieta contra mi estómago con tanta fuerza que deseo, como nunca en mi vida, agacharme, bajar su bañador y disfrutar de él de una vez por todas. No lo hago, porque ya el hecho de estar a punto de ser besada por él me tiene tan frenética que ni siquiera puedo moverme.

—Te lo contaría —contesta— y luego me arrastraría como una babosa suplicándote que me dejes cumplir al menos una, de todas las que tengo.

—No necesitas arrastrarte —musito.

—Joder, Elizabeth —dice a escasos centímetros de mi boca.

Tan cerca, que casi puedo notar el tacto de sus labios. Cierro los ojos y pienso que bastaría con relamerme para que la punta de mi lengua acariciara su boca, y el pensamiento me impacienta tanto que, por un momento, estoy tentada de hacerlo y acabar con esta tensión, pero es que quiero que sea él quien dé el paso. Es una tontería, pero quiero recordar siempre nuestro primer beso sabiendo que Álex no pudo más, que no soportó tanta tensión y acabó arrasando mi boca, como espero que haga en apenas unos segundos.

—¡Mamá, Julieta dice que te vistas ya que vamos al restaurante a comer! —grita Óscar desde el porche.

No nos ha visto, pero el efecto ha sido el mismo, porque salto del susto y me aparto de Álex de inmediato mientras él maldice entre dientes y se restriega los ojos con fuerza.

—Tenemos que salir... —le digo un poco avergonzada por haberme apartado tan rápido.

Él me mira, sonrío y tira de mi mano, acercándose de un tirón y pegándose a su cuerpo de nuevo.

—Lo de antes... no se ha acabado.

Podría decirle que sí, que ha sido una tontería, un error y que lo mejor es que no volvamos a repetirlo, pero es que eso es lo que haría la Elizabeth sensata, y está claro que a esa la dejé en la ciudad, en Sin Mar o en alguna parte del viaje que hicimos en minibús ayer mismo, así que le miro a los ojos antes de ponerme de puntillas y besar su mejilla, muy muy cerca de la comisura de su boca.

—No, no se ha acabado —contesto.

Él aprieta mi costado con una de sus manos, como si la idea de tener que parar ahora le resultara odiosa. Al menos espero que sea por eso, porque a mí sí me crea ansiedad saber que tenemos que separarnos, juntarnos con el resto de la familia y esperar una nueva oportunidad para estar a solas que llegará, como mínimo, esta noche.

—Tengo que ponerme una camiseta y calmarme un poco —dice sonriendo y carraspeando.

Miro a su bañador de manera inevitable y cuando veo lo evidente que es su deseo me acaloro tanto que estoy segura de que me he ruborizado, aunque sea algo que

odie. Yo nunca me pongo roja, joder, pero él consigue que esté tan ansiosa que me avergüence saber que se da cuenta. De hecho, estoy esperando que se ría un poco de mí, porque me está mirando fijamente, pero al final solo carraspea de nuevo y se aleja un paso más hacia la puerta.

—Me voy a ir con paso lento y seguro antes de que vuelvas a ruborizarte, mirarme el paquete o hacer cualquiera de esas cosas que solo sirven para que quiera pasar de todo y convencerte de que encerrarnos aquí todas las jodidas vacaciones es la mejor idea del mundo.

Me río y estoy a punto de contestarle que no tengo ningún impedimento, pero Óscar vuelve a gritar y sé que es inútil seguir esta conversación ahora, así que me limito a guiñarle un ojo, para que vea que no me molestan sus palabras, y meterme en el baño, solo para facilitarle la salida y que no se entretenga más.

Cuando oigo la puerta de fuera cerrarse deajo ir una risa temblorosa y me llevo una mano al corazón, porque puede parecer que no hemos hecho nada, pero toda la escena que acabamos de protagonizar es suficiente para que mi pulso lata desenfrenado lo que me resta de día.

Llegamos al restaurante pasadas las tres, pero aquí la cocina no cierra hasta las doce de la noche, además, teniendo en cuenta la cantidad de mesas que ocupamos y juntamos para no separarnos, lo mejor es que vengamos pasada la hora punta siempre.

Me siento entre Álex, que está en un extremo y solo tiene al lado los carros de bebés y Einar, porque Óscar se ha empeñado en comer al lado de Marco, que le está explicando qué lleva cada plato de la carta. Cuando digo qué lleva, me refiero a que es muy posible que esté contándole los ingredientes que necesita si quiere cocinarlos. Mi hijo asiente con el ceño fruncido, intentando retener todos los datos y yo me río, porque es adorable hasta niveles infinitos, y no lo digo solo porque yo sea su madre.

—¿Quién va a querer tinto de verano? —pregunta Julieta cuando todos estamos colocados. Algunos alzamos las manos y ella sigue—. ¿Y cerveza? —Otros alzan la mano y ella mira a Einar—. Vikingo, ¿no quieres nada?

—Agua —contesta con voz ronca.

Miro a mi lado y le veo con unas gafas de sol que le quedan de maravilla, pero que solo está usando para tapar unos ojos que probablemente estarán rojos, debido a la resaca.

—Anoche lo diste todo, ¿eh? —pregunto palmeando su muslo.

Él sonrío en mi dirección y asiente, pasando un brazo por el respaldo de mi silla y suspirando.

—Necesito fuerzas para repetir.

—Lo que necesitas es no tocar tanto —dice Álex a mi otro lado, quitándole el brazo de mi silla y haciéndome poner los ojos en blanco.

—Vikingo molón necesita una mami que haga mimos —me dice él poniendo morritos y obviando a Álex, o quizá cabreándolo a conciencia.

Y vale que antes he dicho que seguir tirándole pullas no tenía sentido, pero eso es cuando estemos solos y pueda demostrarle que quiero pasar una noche con él, no ahora, ¿verdad?

Como sea, le sonrío a Einar y beso su mejilla mientras acaricio la otra con mi mano.

—¿Mejor?

—Si me das masaje en la playa, mucho mejor.

—No te pases —contesto riéndome.

—Eso, no te pases, a ver si esta noche te quedas encerradito en la cabaña —dice Álex.

Vuelvo a poner los ojos en blanco mientras Einar le contesta algo que hace reír a algunos. No sé qué es, porque yo estoy centrada en Esme que, frente a mí, da el pecho a Noah y me mira con una sonrisa que quiere decir que sabe que algo ha cambiado. Le sonrío, para que entienda que sí, pero que estoy bien, ella lo capta y yo agradezco al cielo, una vez más, esta conexión que hace que podamos mantener conversaciones sin hablar.

La comida transcurre entre risas, conversaciones y contarnos qué hicimos anoche. Bueno, eso nosotros, porque Diego y Julieta están entretenidos construyendo un mundo aparte. No es que no se integren, es que llevan toda la comida dedicándose carantoñas y susurrándose cosas en el oído que hacen que no puedan apartar las manos uno del otro. Solo se separan cuando sus hijas exigen su atención y alguno tiene que sacarlas del carro para que se tranquilicen. E Incluso en esos momentos centran toda su atención en ellas, las llenan de besos y se ríen cuando les corresponden con pederretas y patadas enérgicas llenas de alegría.

No quiero pensar que me muero de envidia, pero es que es así. Quiero eso, joder. Quiero un bebé regordete en mis rodillas y un hombre que susurre en mi oído que me quiere con la misma frecuencia que confiesa que se muere por follarme hasta dejarme sin sentido. Así, sin medias tintas ni extremos, de forma intensa y desmedida. Quiero poder girarme ahora mismo y besar al hombre del que estoy enamorada sin que nadie se extrañe, o mejor, quiero que nos ignoren, sabiendo que somos así, como hacemos nosotros con Julieta y Diego o con Esme y Nate cuando se ponen en el mismo plan. Quiero que me toque, sentirlo y que este amor sea inmenso.

Sé que no es posible, no me engaño, pero, aun así, decido fingir un poco más que esto no será una cosa puntual y, con el ánimo que da el deseo, deslizo mi mano por debajo de la mesa y la coloco en su rodilla. Él me mira de reojo, pero centra su atención en el plato, supongo que para disimular frente a todos. Yo podría quedarme en ese gesto y conformarme con tocarlo, pero una fuerza mayor me impulsa a acariciar su muslo de manera ascendente mientras noto cómo se tensa.

No sé qué me pasa, estamos rodeados de su familia, por Dios, es un momento

pésimo para hacer esto, pero, de alguna forma, me pone muchísimo el morbo de tocarlo mientras los demás siguen a lo suyo. Me pone tanto, de hecho, que tengo que relamerme varias veces y beber de mi copa de tinto solo para calmar la ansiedad que estoy generándome yo sola.

En algún momento de las caricias que dedico a su pierna siento la mano de Álex sobre la mía y me sobresalto un poco, pero él me la aprieta, advirtiéndome sin palabras de que la deje quieta. Lo hago y me dejo guiar cuando desliza mi mano por el interior de su muslo y asciende, pero siempre por encima del bañador. No llega a su entrepierna, se queda mucho antes, pero el gesto sirve para que mi pulso se vuelva frenético y mi respiración trastabillo. Álex suelta mi mano y da un trago a su cerveza, bebiéndose medio vaso del tirón, después la baja de nuevo, pero esta vez la coloca en mi pierna y acaricia con la yema de mis dedos mis rodillas y, en vez de ascender por mis muslos, como yo esperaba, la rodea y siento cómo me hace cosquillas detrás de las rodillas. Un gesto demasiado tonto, pero suficiente para que tenga que tragarme un gemido cuando pellizca sin avisar y siento un ramalazo de placer. Joder, ¿cómo ha conseguido hacerme eso solo con tocarme la curva de la rodilla? Agacho la mirada hacia mi plato y tomo un par de respiraciones antes de que el camarero ponga el pescado que he pedido delante de mí. Álex permanece quieto todo ese tiempo, igual que yo; retiramos nuestras manos de la pierna del otro, pero en cuanto todos vuelven a estar entretenidos hablando de la boda, la fiesta de anoche y mil cosas más, volvemos a las andadas. Mi mano se coloca en su muslo esta vez ya desde el inicio; la suya, en mi rodilla. Los dos sonreímos mirando a nuestros platos como dos idiotas y supongo que los dos pensamos más o menos lo mismo.

Yo, al menos, esta vez quiero hacer lo mismo que él ha hecho conmigo, así que vuelvo a ascender por su pierna, pero ahora me aseguro de hacerlo por debajo del bañador. Álex se tensa entero y puedo notar cómo su espalda se endereza. Me encantaría tomarle el pulso ahora, pero eso sería pasarse, así que me limito a sentir el vello de su pierna bajo el tacto de mi mano y un poco antes de tocar su ingle la aprieto, para que note lo cerca que estoy y luego la quito y doy un trago a mi copa mientras él cierra los ojos un segundo y los abre carraspeando.

Su mano sigue en mi pierna y estoy ansiando su caricia, pero entonces Einar nos pone su teléfono por delante.

—Mirad qué foto bonita —dice mientras nosotros fruncimos el ceño, porque no hay ninguna foto.

De hecho, lo que vemos es la aplicación de Notas abierta y una frase que Einar ha escrito en inglés.

«Si seguís así, va a terminar cachondo hasta el camarero».

Álex suelta una carcajada, yo me pongo roja de inmediato y miro al resto de la mesa, pero nadie parece darse cuenta de nada. Einar se ríe, quita el teléfono de delante de nosotros y escribe a toda prisa y de manera disimulada antes de ponerlo de nuevo frente a nuestras caras.

«Tranquila, solo me he dado cuenta yo. Si queréis trío estoy dispuesto».

—No te pases con los chistes, Einar —dice Álex mientras yo me abochorno más y él suelta una carcajada.

El resto de la comida pasa de manera tranquila, porque ni loca pienso hacer nada más. Eso sí, reconozco que, cuando acabamos y salimos del restaurante, todavía siento la excitación azotarme con pequeños ramalazos que, presiento, no se evaporarán en todo el día.

Me va a matar. No sé qué cojones ha pasado, pero sé que esa actitud acabará por matarme.

¿Qué ha sido de la Elizabeth reticente? ¿Dónde están sus tiritos, insultos camuflados e ironía? No parece haber rastro y reconozco que antes, en la cabaña, llegué a pensar que estaba gastándome la broma más cruel del mundo y pensaba darme un palo justo cuando más excitado estuviera, pero después de lo que ha hecho en el restaurante... Dios, puede parecer una tontería, pero en la vida imaginé a Eli jugando conmigo a hacer manitas por debajo de la mesa. Bueno, manitas, porque nos ha parado Einar, porque yo ya me visualizaba apartando a un lado la braguita de su biquini y tocando por primera vez lo que me muero por tocar desde que la vi.

Eso sí, en el fondo estoy agradecido al vikingo, porque la primera vez que toque y vea a Eli desnuda quiero tener todos los sentidos puestos en ella y no estar escondiéndome de nadie, así que me ha venido bien que nos frene.

Salimos del restaurante después de que Fran, el dueño y chef, saliera a saludarnos y darnos la bienvenida con un chupito que Einar ha pedido sin alcohol, porque anoche recibió las vacaciones por la puerta grande. El caso es que Fran se ha ofrecido a acompañarnos a la recepción, donde podremos apuntarnos a las clases de surf, si queremos.

—¿Te apuntarás? —pregunta Eli a mi lado.

—¿A las clases? No creo, ya sé surfear.

—Ah, ¿sí?

—Sí, hace años me dio por ir a la playa siempre que tenía vacaciones para practicar. No es que sea una máquina, pero me defiendo. ¿Y tú, te apuntarás?

—No, tengo que vigilar a Óscar.

—Puedo hacerlo yo, apúntate. —Ella duda, pero sé que tiene ganas, así que insisto un poco más—. Escucha, estaré pendiente de él y conseguiré que lo pase de maravilla. Deja de preocuparte por él.

—Soy su madre, mi obligación es preocuparme. —Me río y me mira mal—. ¿Qué?

—Nada, me hace gracia la forma en que te obstinas. —Intenta quejarse, pero la freno—. Oye, ¿y si lo apuntamos a él también? Hay clases de iniciación para niños.

—Ni loca, es peligroso.

—Venga ya, rubia. De hecho, el que se ocupa de los críos es uno de los dueños, lo conocimos anoche. —Ella duda y yo paso un brazo por sus hombros, aprovechando que nos hemos quedado atrás y me acerco a su oreja, solo por el placer de tocarla con mi boca, porque sé que puede oírme perfectamente—. Hacemos esto: apuntamos a Óscar a las clases de iniciación, y a ti te inicio yo...

Ella guarda silencio un momento, pensando en mis palabras, pero al final niega con la cabeza, se para en seco y me mira.

—Apunto a Óscar a iniciación hoy, pero me quedo vigilándole y, si se le da bien, mañana le dejo al cuidado de los monitores y voy contigo.

—¿A dónde yo quiera?

—El grupo...

—Que le jodan al grupo, aquí cada uno hace lo que le da la gana. Podemos perdernos un rato y no se caerá el mundo. Ellos lo hacen.

—Ellos son pareja.

Me muerdo la lengua para no soltarle que nosotros también, joder, tenemos el mismo derecho. No lo hago, claro, me limito a coger aire e intento pensar que ella ya está dando pasos en mi dirección que yo pensé que no daría en la vida, así que no puedo quejarme.

—Apuntamos a Óscar a iniciación hoy, pasamos el día todos juntos en la playa, y mañana ya discutiremos el plan.

Eli asiente, consciente de que no podemos pelearnos ya por lo que haremos mañana, porque nosotros somos dados a discutir y, aunque solo sea hoy, me apetece tener la fiesta en paz.

Al final a las clases solo se apunta Óscar, así que tenemos que estar a las seis en la playa porque como solo es uno lo han metido en el grupo familiar por recomendación del propio Fran. A esa hora Martín solo da clases a los hijos de los socios del *camping*, que además tienen edades parecidas a la de Óscar, así que acabamos bastante contentos.

Volvemos a nuestros bungalós y cogemos la piscina hinchable de los bebés, las sombrillas, las neveras cargadas de bebidas, la mesa plegable, las sillas, los juguetes, la colchoneta por si alguno de los bebés se duerme, el bolso de biberones, pañales y mudas limpias por si se ensucian, las toallas, el unicornio de quinientos metros que se empeñó en traer Amelia y que, además, ha inflado en el bungaló, porque es mucho más divertido llevar esa cosa gigante por todo el *camping*, eso lo sabe todo el mundo, la crema solar, las palas, el balón de fútbol y si no llevamos auestas el bungaló es porque mis hermanas no han averiguado cómo quitar los anclajes.

Yo voy cabreado, porque intuyo que vamos a montar un circo nada más llegar, pero no, resulta que, a la playa, las familias, van todas igual. Oye, que hay gente que hasta delimita lo que consideran su parcela haciendo una línea en la arena. ¡Tócate las narices! ¿Dónde ha quedado eso de ir a la playa con una toalla y una botella de agua? A más tirar, una litrona, pero nada más. Miro a un extremo y veo a un grupo de niñatos con un altavoz de música a todo volumen, una toalla para cada uno y una nevera llena de cerveza y frunzo el ceño. No sé por qué, pero yo en mi recuerdo lo pinto más bonito de lo que en realidad es. De hecho, prefiero nuestro caos a eso. Supongo que estoy madurando, aunque todo el mundo diga que no.

Cuando por fin lo soltamos todo empezamos a hacer planes. Einar ha decidido

alquilar una tabla porque ya sabe surfear y yo he pensado que esta semana lo haré también en algún momento, porque es un deporte que me gusta bastante.

—Pues yo quiero alquilar una moto acuática —dice Julieta señalando el extremo izquierdo de la playa, donde están todas las actividades que se pueden hacer o alquilar—. ¿Quién se apunta?

—¡Yo! —exclama Diego—. Me pido ir de paquete, ¿puedo?

—Puedes ser mi paquete, poli —dice mi hermana agarrándole la entrepierna y haciendo que todos protestemos, porque no hace falta ser tan descarada.

Y sí, que lo diga yo después de lo que ha pasado en el restaurante es un poco hipócrita, pero, aun así, lo digo, lo siento.

—Yo también me apunto, no lo he hecho nunca pero seguro que es divertido —dice Amelia.

—¿Soy el único que piensa disfrutar de un tinto y el sol, sin más? —pregunta mi padre.

—No, yo te acompaño —dice Giu mientras Teresa y Sara les dan la razón.

—Yo tampoco iré muy lejos —dice Eli—. Me quedaré cerca de donde Óscar da las clases.

Estoy a nada de decirle que se está pasando un poquito con la sobreprotección, pero como entiendo que esté nerviosa lo dejo estar. Además, es su hijo, yo solo puedo darle una opinión, pero las decisiones, como madre, son suyas. Mi hermana Esme y Nate dicen que tienen ganas de dar un paseo después de que mi padre, Sara, Giu y Teresa se ofrezcan a cuidar de los tres bebés. Yo creo que el paseo no es más que una excusa para magrearse en privado, así que tomo nota y miro a Eli a conciencia, pero ella mira al agua, seguramente valorando todas las posibilidades que existen de que Óscar muera ahogado, de modo que no me hace ni caso.

—Yo voy contigo a las motos, Amelia, nos turnamos si quieres para conducir las y así nos sale más barato —dice Marco.

—¡Genial! —contesta ella antes de mirar a su novio—. No te importa, ¿no? Como sé que no te gusta mucho el agua...

—Lo que no me gusta es contaminar el mar, así que voy a quedarme aquí, disfrutando de una manera sana y prudente, sin atentar contra las vidas de los bañistas al llevar una moto sin tener ni idea de conducirla.

A Marco la mandíbula le llega al suelo, pero es que yo creo que todos estamos igual de alucinados. ¿Cómo se puede ser tan gilipollas? Y lo peor no es eso, lo peor es que Amelia cambia el semblante de inmediato y frunce el ceño.

—No había caído en lo que contaminan las motos el agua.

—Por no hablar de la contaminación acústica —sigue el Nacho de los cojones.

—Sí, cierto. Mejor me quedo aquí contigo.

—Pero Amelia... —dice Marco interviniendo.

—Lo siento, Marco, pero es que... prefiero quedarme aquí.

Todos fruncimos el ceño, bueno, todos menos Nacho, que le sonrío como si le

estuviera perdonando la vida por haber recapacitado. Tengo a este tío atravesado a un nivel que nadie se imagina. Que no digo yo que las putas motos no contaminen, pero joder, eso tendrá que decidirlo ella, ¿no? ¿Ahora tiene que vivir en base a todo lo que crea, piense y opine Nacho? No reconozco a Amelia, porque ella puede ser extremadamente sensible y buena, sí, pero no es una mujer sin personalidad y, por un momento, eso es lo que he visto por culpa de Nacho. No ha necesitado más de dos frases para anular su voluntad y eso no me mola una mierda.

—El surf no contamina —dice Einar—. Amelia, ven conmigo.

Ella lo mira, se pinza el labio y sé que tiene ganas, así que espero y deseo que diga que sí, que va con él, pero al final mira a su chico, que no le dice nada, solo la mira, pero supongo que ve en sus ojos algo reprochable porque le sonrío a Einar y niega con la cabeza.

—Estoy bien aquí, gracias.

Él asiente de manera brusca y sé que está cabreado, como yo, como mi padre, como Nate, como Diego, como Julieta, como Esme y como todo ser vivo que conozca a Amelia y esté odiando a Nacho a marchas forzadas.

—En fin, voy a darme un baño —dice mi padre quitándose la camiseta y pasando por el lado de Nacho—. Aviso que tengo ganas de tirarme un pedo, pero me esperaré a estar fuera del agua y así solo contamina el aire.

Marco y yo soltamos una carcajada sin poder remediarlo mientras mi padre se va pavoneándose y yo pienso que ahora entiendo de dónde nos vienen estos arrebatos tan nuestros, sobre todo a Julieta y a mí. Eli, a mi lado, también sonrío y tira de mi mano alejándome un poco del grupo.

—No te pongas en plan cavernícola con tu hermana.

Aprieto los dientes y le frunzo el ceño, porque manda huevos que encima tenga yo que controlarme por lo que provoca el Nacho de las narices.

—¿Tú has visto lo que ha hecho? Eso no está bien.

—No, no lo está, pero si le echas tierra encima solo conseguirás que ella le defienda a capa y espada, aunque por dentro piense que tenéis razón.

—¿Entonces? ¿Qué hago?

—Tenéis que dejarla decidir lo que es bueno para ella y lo que no, Álex. —Hago amago de protestar, pero se agarra a mi cintura con las dos manos y se pone de puntillas para besar mi mentón—. No eres su padre —susurra en mi oído— y ella no es una niña. Se dará cuenta de que no pinta nada con ese idiota, pero tiene que hacerlo sola. Como mucho, podemos decir frases sutiles para que vayan calándole, pero no la enfrentes. Hazme caso.

Sé bien por qué me dice esto a mí. Reconozco que, a veces, me paso de protector con Amelia, pero es que no soporto pensar que acabe con un... con un... ¡Pues con un Nacho, joder! Ella se merece mucho más que un tío que intenta cambiarla de manera constante. La manipula y tiene tanta desfachatez que lo hace frente a su familia, como si necesitara demostrarnos hasta qué punto la puede dominar.

Igual me estoy dejando llevar y el tema de las motos es una tontería, sí, pero es que intuyo que esto solo es el inicio.

—Álex... —vuelve a decir Eli.

—No me portaré como un cavernícola —prometo— pero Nacho es un gilipollas.

—De alta categoría, sí —dice haciéndome sonreír.

—Me gusta cuando estamos de acuerdo, rubia.

—A mí también —responde sonriéndome.

Miro atrás, a mi familia, que ha empezado a organizarse y deslizo con disimulo la yema de mis dedos por el costado de Eli, deseando que se quite de una vez el vestido.

—Quiero que volvamos a hacer lo del restaurante, sin restaurante —susurro—. ¿Fue solo un juego?

Ella me mira con sus preciosos ojos azules, que son más bonitos que cualquier par de ojos azules que haya visto nunca, incluidos los míos. Sonríe, me roba el corazón y contesta.

—No, no fue solo un juego.

La adrenalina me invade tan de repente que tengo miedo de perder el equilibrio. Joder, necesito quedarme con ella a solas, pero cuando voy a hablar Óscar nos avisa de que un chico nos está llamando. Miramos a un lado y vemos a Martín saludarnos.

—Es el monitor —le digo a Eli—. Vamos a saludarlo para que veas que es todo un profesional.

Ella asiente y guiamos a Óscar mientras la familia se organiza y todos se ponen a hacer sus cosas. El niño empieza a caminar con mucha decisión, pero, a medida que nos acercamos y empieza a ver a todos los niños que hay ya reunidos frente a Martín, camina más lento y empieza a ponerse nervioso.

—Eh, colega, ¿todo bien? —pregunto poniendo una mano en su hombro.

Él asiente y Eli se agarra a mi mano, apretándola y mirando al frente. Sonríe, porque creo que la madre está más nerviosa que el niño, pero todo irá bien. Entiendo a Elizabeth, lleva toda la vida sola con su hijo, los niños no han sido especialmente simpáticos con Óscar en el colegio y es normal que piense que, si lo pasa mal, se le va a quedar un recuerdo agrio de las vacaciones, pero es que eso no pasará, porque este niño es la caña y si los otros no lo ven es porque están ciegos.

—Buenas tardes —dice Martín adelantándose un poco para saludarnos, porque como sigamos caminando así de lento, llegará un punto en que iremos hacia atrás en vez de hacia delante—. Hola, campeón. ¿Cómo te llamas? —pregunta a Óscar mientras le estira la mano para saludarlo.

—Me llamo Óscar y tengo seis años.

—¡Vaya! Eres muy mayor. ¿Sabes una cosa, Óscar? Yo tengo un montón de sobrinos y dos de ellos tienen tu edad.

—¿Sí?

—Sí, ven, que te los presento. —Nos acercamos a donde están los niños y Martín sonríe mientras les habla—. Trupe, salud a Óscar, es nuevo y desde hoy dará clase

con nosotros.

—¿Es un primo perdido? —pregunta una niña rubia de ojos azules.

—No —contesta Martín riéndose—. No es un primo, pero es hijo de unos amigos, así que estará con nosotros.

—Ah, vale. —La niña mira a Óscar y sonrío—. Hola, mi nombre es Candice, aunque mi padre me llama Candela, tengo seis años y estas son mis hermanas pequeñas, Elizabeth y Lola.

—¡Pero yo ya tengo cinco! —dice Elizabeth, rubia también.

La pequeña es la que me hace saber que son las hijas de Fran, porque, al contrario que sus hermanas, es morena, tiene los ojos casi negros y la misma sonrisa rápida de su padre.

—Yo tengo cuatro años.

—Hola —dice Óscar a las tres.

—¡Y yo soy *Naniela* y *teno* dos añitos y un *tatu*! —Una niña pequeña, prácticamente un bebé, se adelanta y nos enseña su brazo con una calcomanía de un delfín rosa—. Mida, me lo ha hecho mi papi.

—Se dice hecho —contesta un niño rubio adelantándose y poniendo los ojos en blanco—. Hola, soy Oliver, pero todos me dicen Junior y ella es mi hermana Daniela, solo tiene dos años y viene porque si no se pone a llorar como las locas. —Señala a un par de gemelos morenos y sigue hablando—. Ellos son Ethan y Adam, mis hermanos también. Y aquel pequeño es Samu, nuestro primo.

—¡De pequeño nada que tengo cuatro y medio, para cinco! —exclama ofendido Samu.

—¿Te gusta el surf? —pregunta Lola, la pequeña de las tres hermanas.

—No sé surfear.

—Oh, pues tranquilo, tito Martín te enseña en un plis —dice Junior—. ¿Cuántos años tienes?

—Seis.

—Yo también. ¿Habéis llegado hoy? —Óscar asiente y el niño sonrío—. Nosotros llegamos hace unos días. Vivimos en los Ángeles.

—¿En serio? Eso está lejísimos.

—Sí, pero venimos mucho porque el *camping* es de mis abuelos y mi padre tiene uno de sus trabajos aquí.

—¡Hace tatuajes! —Grita uno de los gemelos.

—Mida, mida, teno tatuajes que me hace papi —vuelve a decir Daniela, esta vez enseñando una calcomanía que tiene en la pierna—. ¿Ves?

—¿Te gustan los tatuajes? —pregunta un niño.

—¿Y nadar? —suelta una de las rubias.

—¿Y el futbol te gusta? ¡Si quieres jugamos luego!

—¿Y te gusta hacer castillos? ¡Yo sé hacer unos inmensos!

Se llevan a Óscar en medio de una lluvia de preguntas mientras él intenta

contestar a todo, pero sonrío, encantado de ser tan bien recibido.

Yo miro a Eli, alzo una ceja y hago que ponga los ojos en blanco antes de susurrar un «Te lo dije» y que ella me haga un corte de mangas.

—Como veis, mi trupe ya ha captado en su secta a Óscar, así que podéis venir a recogerlo en una hora y media. —Eli se muestra reticente y él le sonrío—. Estará bien, ni siquiera entraremos mucho en el agua hoy, me limitaré a enseñarle los movimientos que tiene que hacer en la tabla sobre la arena, ¿de acuerdo?

—Es solo que no está muy suelto en el agua y...

—Tranquila, es normal. Esta hora es más para hacer de canguro de estos salvajes y que sus padres estén un rato tranquilos que para prepararlos para un mundial de surf. —Nos reímos y señala un hueco de arena que hay justo al lado—. Si queréis quedaos, pero no hace falta. Lo dejo a vuestra elección.

Al final hacemos un poco de cada. Nos quedamos unos minutos, hasta que vemos que es verdad que no hay peligro y que Martín se maneja de maravilla con ellos. De hecho, consigue manejarse incluso mientras la pequeña Daniela se le cuelga de los brazos cada dos por tres, lo que le sirve para demostrarnos que hace más de canguro que de profesor serio de surf.

—¿Y bien? ¿Qué quieres hacer ahora? —pregunto cuando vamos hacia nuestro puesto, que está solo un poco alejado.

De hecho, desde donde nos hemos puesto podemos ver a Óscar practicar, para mayor tranquilidad.

—Quiero darme un baño en el mar y que vuelvas a tocarme. —Lo suelta tan de sopetón que tropiezo y me clavo de rodillas en la arena, frente a una señora mayor que suelta una carcajada sin ningún disimulo. Me levanto de un salto y la miro, pensando que va a reírse de mí, pero ella parece un poco contenida y sonrío mientras se encoge de hombros—. Si quieres, claro.

—Joder, rubia, ya tardas en meterte en el agua.

Ella se ríe, llega en unas zancadas a donde están todos, se quita el vestido dejándome ver su glorioso cuerpo, por fin, y sale corriendo mientras pienso que soy el cabrón con más suerte del mundo solo por tener el derecho de perseguirla hasta el agua.

Eli

Apenas he tenido tiempo de llegar nadando a un lugar en el que el agua me cubra por completo cuando Álex se pega a mi espalda y tira de mí hacia un lateral.

—Vamos allí. —Señala el rompeolas y niego con la cabeza.

—No, me da miedo golpearme.

—Yo te sujeto.

—No —contesto—. Quiero quedarme aquí.

Él hace unos pucheros adorables y me mira con carita de perro degollado.

—Toda la familia nos va a estar mirando, no voy a poder tocarte como quiero.

Me río y me dejo caer en el agua, alzando los pies y nadando para refrescarme y que no note lo nerviosa que me ponen sus palabras. Que sí, he sido yo la que le ha dicho que quería que me tocara, pero ahora que ha llegado el momento me ha dado un ataque de inmadurez, porque pienso que él se va a dar cuenta de que hace siete años, más o menos, que no tengo ningún tipo de acercamiento o sexo con alguien. Mi último polvo lo eché una noche loca y no fue memorable, aunque me llevé un recuerdo de por vida. Uno en forma de niño de seis años que en este momento está rodeado de otros niños y pasándolo en grande, así que más me vale dejar de hacer el tonto y aprovechar el rato libre que Álex y yo tenemos para estar juntos.

Tengo que volver a lanzarme, hacerle ver que no estoy jugando con él, o sí, pero de la manera que a los dos nos gusta, así que me acerco nadando a dónde está y enrosco mis brazos por detrás de su nuca, pero manteniéndome a una distancia prudencial, sin rozar nuestros cuerpos. Él sujeta de inmediato mis caderas y las aprieta, haciendo que sienta el deseo de enroscar las piernas en su cintura. No lo hago, no todavía, al menos, porque es cierto que la familia entera está mirando y una cosa es que todos estén al tanto de lo que siento y otra que vean hasta qué punto pierdo la cabeza cuando Alejandro me toca.

—Enróscate en mí —dice él apretándome de nuevo las caderas. Me pinzo el labio inferior con los dientes y sonrío negando un poco con la cabeza—. Sí, enróscate para que pueda tocar tus piernas, solo tus piernas, te lo prometo. Vamos, no seas cobarde.

Me río y me pego a su cuerpo, haciendo rozar mis pechos con su torso y provocando un pequeño tsunami de emociones a mi alrededor.

—Álex... —murmuro.

—No las tocaré —dice mirando hacia abajo, a mis pechos—. Me basta con sentir las, me sobra con sentirte, joder.

Me trago un gemido, para no dejar ver aún hasta qué punto estoy desesperada por su tacto y asiento de manera casi imperceptible mientras subo mis piernas y él pasa

sus manos con avidez de mis caderas a mis muslos, ayudándome a enroscarme en su cuerpo.

En cuanto me acoplo siento su erección presionar mi centro y gimo, esta vez sin control y provocando, de manera sorprendente, el mismo gemido en él. Cierro los ojos para intentar controlarme y, al abrirlos, me encuentro con los suyos, tan azules como este mar, clavados en mi cara.

—Eres preciosa —susurra—. Sé que no me vas a creer, pero de todas formas voy a decirte que es un sueño estar así contigo, rubia.

Apoyo mi frente en la suya, sensible por sus palabras, intentando a toda costa creerlas y no pensar que son cosas que dirá a todas. Suspiro y beso la punta de su nariz haciendo que él gima de nuevo.

—Estoy cansada de luchar contra esto. El mes sin verte fue una tortura y ya no sé qué más hacer.

—No tienes que hacer nada, solo dejarte llevar, cariño. Yo lo haré todo por los dos.

—Álex...

—No confías en mí, lo sé, pero te prometo que saldrá bien.

—No puedes prometerme eso. No tienes el poder de hacer que salga bien a ciencia cierta.

—Entonces te prometo algo que está en mi poder, y es que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para intentar que salga bien.

—No quiero perderte como amigo.

—No lo harás —susurra—. Dime que tienes las mismas ganas que yo de que nos besemos de una vez. —Asiento y sonrío, pero él niega con la cabeza y aprieta mis muslos—. Dímelo y hagamos de nuestro primer beso algo memorable.

—¿Porque estamos en la playa?

—Porque somos tú y yo, y eso basta para que cada cosa que hagamos se vuelva imborrable, indestructible, infinita.

Y así, ¿cómo voy a resistirme?

Si ya sé que da igual las vueltas que demos porque, al final, siempre acabamos en el mismo punto: deseando lanzarnos uno a los brazos del otro. Rebelarse más es una tontería, por eso tomé la decisión de pasar una noche con él. No sé si será esta, aunque con lo rápido que vamos intuyo que sí, así que más me vale empezar a olvidarme de mi repentina timidez y disfrutar de cada hora, minuto y segundo que esto dure. Lo que sí sé, es que tiene razón en una cosa: puede que solo dure una noche, pero el recuerdo será infinito.

—Bésame, Alejandro. Bésame hasta que no recuerde ni cómo me llamo, ni qué he venido a hacer aquí.

Y él lo hace, vaya si lo hace. Sus labios vienen en busca de los míos sin distraerse por el camino. Nada de rozar su nariz con la mía, nada de probar antes mis comisuras, nada de tentar suavemente mi labio inferior. No, nada de eso porque se nota que está

tan hambriento como yo, así que siento su boca, sus dientes y su lengua avasallarme y llenarme por dentro. Lo siento y enredo mis dedos en su nuca mientras estrecho nuestro abrazo y hago que cada milímetro de mi ser se roce con él. Álex lo aprecia con un gemido y dice algo, pero sus labios no se despegan de los míos, así que no le entiendo y tampoco le digo que me lo repita, porque eso implicaría que nos separásemos y no estoy dispuesta; no todavía.

Su boca sabe a fresa y me pregunto en qué momento se ha comido un caramelo, una gominola o una piruleta, si todo el tiempo ha estado a mi lado. O quizá es que él siempre sabe así, a algo picante y dulce al mismo tiempo, a chuches y a sexo, a la picardía extrema que Alejandro tiene desde que nació. A cosas tan contradictorias que me parece un milagro que consiga encajarlas en un mismo ser y hacerlo con naturalidad, además.

—Más —jadea cuando me separo para coger aire y siento el sol calentar mi cabeza.

—Más —repito, porque mi intención era meter la cabeza bajo el agua, pero hasta el calor se me olvida cuando él me mira así.

Por suerte, parecemos estar sincronizados, porque Álex separa una mano de mí y me echa agua en el cabello antes de mojarse la mano y ponerla justo encima de mi cara, dejando que las gotas mojadas caigan sobre mi frente, ojos, mejillas y resbale por mi cuello, donde su boca y su lengua se encargan de interceptarlas antes de que vuelvan al mar.

—Me vas a matar —gimo cuando baja un poco más y besa el inicio de mis pechos.

Si no llega más abajo es porque estamos en un lugar público y porque tendría que meterse bajo el agua, lo que implicaría soltarme.

—De placer, gatita, solo de placer. —Rechino los dientes ante el apodo de las narices y él sonrío en mi mentón y lo muerde antes de mirarme—. Me gustas hasta cuando tus ojos echan chispas de enfado.

—Es que sabes que no me gusta, lo sabes de sobra, pero...

—Pero me encanta cabrearte.

—¿Por qué?

—Porque, ahora sí, tengo la excusa perfecta para aliviar tu enfado a base de besos.

Y así, de la nada, acaba de conseguir que mi molestia desaparezca. No necesita más que un maldito beso para eliminar todo rastro de mal humor y, aunque me jode, es peor el sentimiento de dolor que puja un poco desde dentro, porque una vocecita se empeña en repetirme que todo esto no es más que su despliegue habitual con todas. Que yo ya sabía cómo es, sí, pero me duele porque parece tan sincero... como si nunca hubiese dicho nada de esto a otra, quizá porque quiero creerlo con todas mis fuerzas. Y aunque sé que no es cierto, voy a auto engañarme y a creerme todo lo que me diga, disfrutando de cada palabra y pensando que solo yo soy merecedora de algo

tan bonito como esto. Me lo he ganado por los años de abstinencia y por haber conseguido regenerar mi himen, porque estoy segura de que a estas alturas la penetración va a dolerme.

Ay, Dios, seguro que me duele.

—Ey, ¿estás bien? —pregunta Álex tras unos segundos—. Te has puesto muy tensa.

—Estoy bien, estoy bien —miento, porque decir la verdad me avergüenza demasiado—. Acalorada, a pesar de estar en el agua. —Él sonrío, orgulloso de que esto sea culpa suya y besa mi nariz.

—¿Quieres salir?

—No, no quiero, pero...

Miro a la arena, donde parte de la familia charla y donde Amelia mira hacia el agua. No tengo claro que esté observándonos a nosotros, pero de todas formas creo que ya nos hemos lucido suficiente.

—¿Podré volver a besarte? —pregunta Álex cuando desenroscó mi cuerpo del suyo.

De inmediato extraño sentir su erección pegada a mí, pero creo que así es mejor, al menos por ahora, porque si seguimos calentándonos de esta forma vamos a dar un espectáculo delante de todo el mundo.

—Siempre que quieras —susurro—. Álex, yo... —Cojo aire, porque no sé cómo decir esto. Al principio pensaba que era mejor que él me conquistara, pero eso ya lo ha hecho. Entiendo que esté confundido, así que decido echarle una mano—. Quiero que estas vacaciones sean especiales para nosotros —acabo diciendo—. Me gustaría que, durante estos días, te olvides de todas y te centres en mí. ¿Podrás hacerlo?

Él me mira con una intensidad que me abruma, se acerca a mí y enmarca mi cara entre sus manos antes de besarme con una suavidad que me mata un poquito, porque tanta dulzura se me atraganta hasta el punto de tener que controlar mis emociones. Por eso, y porque soy consciente de que estoy pidiéndole más de una noche, pero supongo que mi subconsciente ha pensado que, puestas a pedir, más vale hacerlo a lo grande.

—No miraré a otras porque no quiero hacerlo y no lo necesito, no porque tú me lo tengas que decir. Contigo me sobra, Eli.

Quiero creer en sus palabras, necesito hacerlo y sé que es probable que se refiera solo a estos días, tal como yo le he pedido, así que lo mejor que puedo hacer es sonreír y fingir que no me duele estar un día más cerca de salir de este paraíso.

Cierro los ojos, me obligo a no pensar en ello y le beso, tomando la iniciativa por primera vez.

—¿Te bastará con mi cuerpo, entonces?

Él resopla y me abraza de nuevo, a pesar de que ya hemos quedado en que tenemos que separarnos.

—Me sobraré con tu cuerpo, porque me encanta, pero también adoro tus ojos, tu

boca, tu pelo pintado de verano... —Sonrío y él se muerde el labio—. Y tu sonrisa, tu maldita sonrisa.

Suspiro, embargada por este amor que siento y que, ahora, en este preciso momento, me parece perfecto, porque es correspondido con las palabras más bonitas, pero, más allá de eso, tengo sus besos, sus caricias y su mirada haciéndome sentir segura y resplandeciente.

—Salgamos del agua de una vez —susurro—. Deja que esté con Amelia un rato, porque la pobre estará aburrida como una ostra.

—Esta noche —dice él en cuanto me giro y empiezo a nadar hacia la orilla.

Me giro y le miro con una sonrisa.

—¿Qué pasa con esta noche?

—Quiero estar contigo.

—Óscar...

—Entraré cuando me avises de que está dormido.

—Las paredes son muy finas. Nos oirá.

—Lo mandaré a dormir con alguna de mis hermanas, o con Einar y Marco, o construiré una maldita pared insonorizada entre la tuya y la suya, pero esta noche voy a colarme en tu cama, Elizabeth.

Nado hacia atrás y no le contesto, porque sé que eso hará que su faceta competitiva se ponga las pilas y piense en las posibles formas de conseguir estar conmigo un rato. Sé que le dejaré entrar en cuanto llegue, pero eso no implica que no pueda jugar con sus nervios un poquito.

Amelia no está bien. Lo noto nada más sentarme a su lado en la orilla y darme cuenta de que no se ríe de mí, como sí han hecho Marco, Javier, Sara, Giu y hasta Teresa. Nacho no se ha reído, porque ese imbécil solo se ríe cuando le jode el día a su novia. De hecho, está sentado bajo la sombrilla mientras se toma una limonada con toda la tranquilidad del mundo. Está claro que a él no le importa lo más mínimo que su chica esté aburriéndose como una ostra el primer día de vacaciones. De verdad, o yo soy muy idealista, o es raro de narices que una pareja que recién está empezando sea tan distante a los ojos de cualquiera. No los veo enamorados. Él es demasiado egocéntrico y Amelia... no sé por qué demonios está con él, pero no siente el amor que sienten Julieta y Esme por sus chicos, estoy segura. Y para no comparar con nadie de fuera, me meteré en el saco, porque sea o no correspondida sé bien cómo me siento con respecto a Álex. Sé, por ejemplo, que no dejo de mirarlo de reojo por si él se da cuenta y me dedica una sonrisa rápida, sé también que estoy deseando que me diga algo para pegarme a él y que, por el motivo que sea, para él es importante hacerme reír y eso es una de las cosas que más me ha enamorado.

Para Nacho no es importante hacer reír a Amelia, ni que ella esté contenta o ceder en cualquier cosa que implique ir contra sus miles de ideales. Comprendo que esté

comprometido con tantas causas y lo admiro, pero creo que no le corresponde a él dar lecciones a Amelia y lo hace. Más que un novio parece un padre enseñando a su hija lo que está bien y lo que está mal. No, de hecho, ni siquiera yo trato así a Óscar; intento que crea en lo mismo que yo, pero le dejo la libertad necesaria para que actúe bajo su propio criterio, aunque solo sea un niño.

Y es que, si no le gusta cómo es Amelia, ¿qué hace con ella? Es algo que no comprendo, de verdad. No puedes estar con una persona y querer cambiar su personalidad por completo para acoplarla a la tuya; entiendo que quiera que ella se involucre tanto como él, pero no puede jugar con sus emociones y hacerla sentir culpable hasta por respirar.

—Me tenía que haber ido a hacer surf con Einar —dice de pronto—. Esto es un asco.

—Todavía estás a tiempo.

—No, gracias, paso de tener otra pelea. —Frunce el ceño y me mira negando con la cabeza—. Lo siento, estoy de mal humor.

Una ola más grande de la cuenta rompe y nos traspasa, mojándonos hasta el ombligo.

—Amelia, cariño, ponte crema —dice su padre.

—Claro, que se ponga crema, así ensucia el mar todavía más —contesta Nacho.

La forma en que Javier y el resto le miran, incluido Álex, que estaba cogiendo un batido de la nevera, me tensa entera, porque sé que están a nada de saltar y no creo que sea la forma de hacer que Amelia abra los ojos. Ella se limita a torcer el gesto y mirar al frente sin responder a ninguno de los dos. Yo intento callarme, de verdad, pero se ve que soy muy buena dando consejos y pésima llevándolos a cabo.

—¿Por qué permites que te lo reproche todo? —pregunto con calma.

Ella chasquea la lengua, se abraza las piernas en una postura que yo hago muy a menudo en el sofá de casa y apoya la barbilla sobre sus rodillas.

—Al principio pensé que era un tipo genial, parecido a mí y comprometido con causas que me importan.

—¿Y ahora?

—Ahora empiezo a arrepentirme como nadie se imagina de haberlo traído, pero ya está hecho y tengo que aguantarme.

—No, no tienes, Amelia. No es normal que permitas que te trate así, te has criado con tres hermanos con personalidades fuertes y sabes manejarlos a la perfección, así que no le veo mucho sentido a que te dejes anular por alguien de fuera.

—Tú no lo entiendes, Eli.

—Explícamelo, entonces.

—Nacho está muy estresado, necesita una persona tranquila a su lado para que lo ayude a ver las cosas positivas de la vida, ¿sabes? porque si no, se encierra solo en todo lo que está mal. Nacho es...

—Una obra de caridad más —digo por ella.

—¡No! —exclama ofendida—. No es eso.

No contesto, pero creo que sí, es eso. No quiere dejarlo porque le da pena lo que él pueda sentir, pero no se da cuenta de que es posible que él no sienta nada, porque es tan idiota que, con toda probabilidad, lo único que le dolerá será su orgullo.

—Mira, Amelia, yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, pero si tu mundo no tiembla cuando él te besa, o te toca, quizá no es la persona con la que deberías estar.

—¿Te sientes así cuando él te toca? —pregunta de vuelta. La miro y sonrío un poco—. Cuando mi hermano te toca, ¿tiembla tu mundo?

Me pienso unos segundos la respuesta, pero la verdad es que tampoco tantos, porque tengo claro lo que siento, aunque también tenga claro que voy a toda velocidad y sin frenos hacia un muro de hormigón que me hará mierda conforme llegue y me estrellé.

—Cuando tu hermano me toca mi mundo no tiembla, Amelia; cuando tu hermano me toca, mi mundo desaparece.

Ella sonrío con dulzura, besa mi mejilla y asiente, entendiendo lo que quiero decir. Yo miro a un lado, a Álex, que me sonrío también, ajeno a esta conversación, o eso espero, porque lo último que él necesita es saber que, después de Óscar, es la persona que más quiero del mundo, lo que demuestra que me he convertido en una terrorista dispuesta a atentar contra mí misma de una de las peores maneras posibles. Y lo peor es que estoy tan ansiosa por entregarme a él que las consecuencias han dejado de importarme.

Creo que me he vuelto bipolar. No es normal la mezcla de emociones contradictorias que estoy sintiendo. Por un lado, está el hecho de haber pasado una tarde increíble con Eli. Bueno, más que una tarde, unos minutos, porque después de disfrutar por fin de su boca poco hemos podido hacer, aparte de comportarnos como dos buenos amigos, sobre todo por Óscar. De hecho, mi familia se ha reído a base de bien de nosotros, pero en cuanto el crío ha acabado sus clases y ha vuelto al grupo todo se ha acabado y se han limitado a mofarse con gestos y miradas cuando el niño no estaba pendiente. Agradezco el esfuerzo que hacen, porque lo último que queremos es liarlo y que empiece a pensar en cosas que, de momento, no le corresponden.

Sé que Eli se ha mantenido reticente a esta atracción mucho tiempo por su hijo, en gran parte. No quiere que él crea que estamos juntos, se haga ilusiones y acabe dolido, y la entiendo, pero eso es algo que tendrá que ir cambiando con el tiempo. Óscar me importa tanto como ella, aunque de una forma distinta; quiero a ese niño como si fuera de mi propia familia, así que, si tengo los huevos necesarios para conquistar a Eli, empezar una relación y no cagarme de miedo a las dos semanas, tendré que pensar seriamente en mantener una charla con él y explicarle lo que pasa, antes de pedirle su visto bueno. Que tiene seis años, pero es el universo de Eli y, por lo tanto, su opinión y aceptación cuenta tanto como la de su madre.

Pero yo lo que estaba contando es que estoy bipolar porque, por una parte, está el sentimiento de haber disfrutado de los besos hoy con Eli, y por otra está el cabreo que estoy cogiendo conforme avanza la noche y me doy cuenta de que mi familia no ha tenido suficiente con el día que llevamos. Aquí estamos, en el jardín comunitario de Julieta, viendo a las niñas gatear mientras Noah llora y Nate se pasea con él de un lado a otro masajeando su barriga, porque se ve que tiene gases. Marco está tumbado en una hamaca bebiendo cerveza junto a Einar, que ha decidido descansar y quedarse aquí también. El resto se desperdiga por todas partes y Eli no parece tener prisa por irse. ¿Qué le pasa? ¿No tiene las mismas ganas que yo de acostar a Óscar y esperarme desnuda en su cama? Espero que sí, porque a mí las manos me sudan solo de pensar en ello, la verdad.

Llevo todo el día dedicándole miraditas, tocándola de manera distraída cuando Óscar no nos ve e intentando convencerla de que esta noche tiene que dejarme entrar en el bungalow. Ella no me dice que no, pero tampoco me dice que sí, así que me estoy poniendo un poquito de los nervios, porque igual decide que vamos a esperar un poco o yo qué sé. Normalmente cuando salgo con mis amigas o ligo con alguna chica sé que es por sexo, así que tengo claro cómo acabará la noche, pero esta incertidumbre es nueva, se supone que tenemos que ir dando pasos en una misma dirección para empezar con buen pie, o eso dice mi hermana Esme. Ya sabes, los cimientos de una

relación y todo lo que conlleva. Curioso que justo me dé la charla la que empezó su relación con su novio proponiéndole que le vendiera su semen, pero como no tengo ganas de meterme en una pelea lo dejo estar y le agradezco los consejos de Cupido, porque encima que intenta ayudar no me voy a poner sarcástico o en modo imbécil, que para eso ya tenemos a Nachete, que lleva todo el día rifándose que alguno de nosotros acabe por echarle abajo los dientes.

Ahí está el tío, sentado en los escalones con una limonada, que yo no sé cómo cojones puede pasarse el día bebiendo eso y sin probar una cerveza. Mi hermana Amelia está a su lado, en silencio y mirando a Victoria y Emily gatear por el césped. Bueno, a ver, gatear es un decir, más bien se arrastran como gusanos, pero ya se trasladan de sitio, que es algo.

Mi padre mira a Amelia, mi hermana Julieta mira a Amelia y su futuro marido la mira a ella, porque todos podemos ver que está a nada de saltarle a Nacho a la yugular; mi hermana Esme mira a Amelia, Einar mira a Amelia, Marco mira su móvil, porque Marco no domina bien lo de interactuar en grupo, Sara mira a Amelia. En definitiva, casi todos miramos a Amelia, pero ella no nos ve, porque estará muy entretenida pensando cómo demonios ha terminado con un imbécil de ese calibre. Solo espero que llegue pronto a la conclusión de que no pinta nada con él, lo mande a plantar algas marinas en Australia, por lo menos, y vuelva a ser nuestra hierba dicharachera, porque a este ritmo no habrá antiácido en el mundo que alivie su malestar, sobre todo porque ese malestar es emocional, no físico, pero ella no se entera y luego resulta que el que tiene fama de tonto soy yo.

—Mami, tengo sueño —dice Óscar acercándose a Eli y subiéndose en su regazo.

Ella está a mi lado en una butaca de playa y sonrío mientras besa su pelo y lo abraza con una dulzura que me hace estirar los labios, porque me encantaría acercarme a ellos y rodearlos a los dos con mis propios brazos; pegarlos a mi pecho e imaginar que tengo alas, solo para poder meterlos bajo ellas y protegerlos de todo mal. Así de intenso y cursi me vuelve esta mujer.

—Ya nos vamos, cariño.

—El surf te ha dejado agotado, ¿eh? —le digo antes de dar un sorbo a mi cerveza.

Él se acopla en el pecho de su madre y me dedica una sonrisa radiante, aunque cansada.

—Ha sido genial. ¡Y Martín dice que se me da muy bien! ¿Mañana querrás verme practicar?

—Claro que sí. Te miraré un rato y luego me iré yo también a bañarme, si te parece bien.

—Sí, cuando me mires un poquito puedes irte, igual que mamá. Los niños Acosta son geniales, Álex. —Bosteza y cierra los ojos un momento, pero los abre con esfuerzo de nuevo—. Hemos jugado al fútbol y, cuando me he cansado, Junior se ha venido conmigo y hemos jugado a hacer el pino en la arena.

—Eso es genial, colega —susurro mientras él empieza a abrir y cerrar sus ojos.

Miro a Eli, que sonríe en su pelo y me mira con una dulzura que se me atraganta un poco, porque no quiero que parezca que trato así a  scar para gan rmela a ella. Adoro a ese crío, ya lo he dicho y, en algún momento, ella tendr  que ver que él se ha ganado un hueco en mi vida y en mi corazón por méritos propios, no por ser hijo suyo.

—Nosotros vamos a irnos antes de que tenga que llevarlo a costas hasta nuestro bungaló —dice Eli.

Yo me levanto como si me hubiesen puesto un muelle en la silla, algunos en la familia se ríen entre dientes, pero me da igual, porque por fin el momento está llegando y no pienso desaprovecharlo haciéndoles cortes de manga.

—Ven, coleguita,  quieres que te lleve? —le pregunto a  scar mientras lo cojo en brazos.

—Soy mayor,  lex. S  caminar.

—Lo s , pero est s en modo zombi y a lo mejor te caes si te dejas solo.

—Se me cierran los ojos porque ha sido un día genial. Mamá dice que, cuando por las noches los ojos se nos cierran solitos, es porque el día ha merecido la pena.

Sonrío y acaricio su espalda mirando a Eli, que se ha alejado para decirle algo a Esme.

—Mamá es una mujer muy sabia.

—S . Y muy guapa,  a que sí?

—La más guapa —susurro.

 scar no contesta, pero cuando le miro veo que sonríe, a pesar de tener los ojos ya cerrados. Me despido de mi familia y, cuando Eli se acerca a nosotros, comienzo a caminar hasta el bungaló. Cuando entramos y dejo al niño en su cama le quito los zapatos y lo tapo con una sábana, aunque sí que es dado a destaparse y con el calor que hace no me extraña. Salgo del cuarto justo cuando veo a Eli salir del baño y poner el aire acondicionado. Voy hacia a ella y siento el cosquilleo de mis manos, porque voy a volver a tocarla en solo unos segundos y la anticipación se muestra de maneras curiosas en mi cuerpo. Por ejemplo, mi boca se ha secado, lo que es curioso, porque nunca me había pasado antes. Supongo que es el efecto Elizabeth, pero sea como sea, necesito besarla ya y hacer que nuestra saliva empiece a mezclarse para hidratarme de ella, porque no pienso parar, en este momento, para beber agua. No pienso parar, en este momento, por nada del mundo.

Llego a su altura, la abrazo con suavidad, enlazando mis dedos en el final de su espalda y sonrío cuando las suyas se colocan en mis b iceps y los aprietan en un gesto cariñoso.

—Voy a quedarme —susurro antes de apoyar mi frente en la suya y movernos lentamente—. Quiero bailar contigo y luego, que vayamos a la cama.

— No te parece que est s muy mandón? —pregunta, pero no cesa nuestro movimiento, así que doy por hecho que, en realidad, le gusta esto tanto como a mí.

—Era una proposición, rubia, pero si quieres que te d  ordenes, no tienes más que

decirlo.

—No me niego a dejarme llevar por un hombre en el sexo —susurra— siempre que yo pueda llevar el mando alguna vez también.

Mi polla se endurece en el acto y trago saliva antes de besar su sien y bajar a sus labios, mordisqueándolos y tragándome su suspiro satisfecho cuando se da cuenta, al apretarse contra mí, de lo que sus palabras han provocado en mi cuerpo.

—Puedes mandar siempre que quieras —murmuro—. Puedes incluso mandarme que te mande y lo haré encantado. —Ella se ríe y yo la beso de nuevo, porque soy incapaz de soportar estar tan cerca de su sonrisa y no intentar comérmela—. Deja que te lleve al dormitorio, Elizabeth.

Ella clava sus ojos azules en mí y cuando asiente, de manera casi imperceptible, la empujo con suavidad, sin dejar de bailar una canción que no suena, hasta el umbral, traspasándolo, cerrando la puerta con una mano y colocándonos a ambos a los pies de la cama. Estoy nervioso, pero sé que ella también, porque sus labios tiemblan cuando sonrío, así que me animo y pienso que esto es el principio de algo inmenso, estoy seguro. No quiero pensar en el miedo irracional que siento cuando me veo atado a una mujer, ni en lo mucho que he luchado para no sentir lo que ya estoy sintiendo y cada vez me cuesta más negar. No quiero pararme y pensar que, hoy por hoy, me veo incapaz de pasar mis días sin ella, porque si lo hago empezaré a darme cuenta de que llevo mucho tiempo anestesiándome a conciencia ante algo tan perfecto como esto que estamos creando. No quiero tener que aceptar que soy tan tonto como mis hermanas dicen, porque he necesitado más de un año para darme cuenta de que, desde que ella llegó, ya nada es lo mismo.

Le quito el vestido y la dejo en bikini en un par de segundos. Ella empuja mi camiseta hacia arriba y, cuando mi torso queda al descubierto, lo besa, haciendo que cada jodido vello de mi cuerpo se erice. Joder, me correré antes de conseguir quitarle las bragas y haré el ridículo más grande del universo.

Alejandro el mujeriego reducido a un gatillazo el primer día que se acuesta con la única mujer con la que quiere de verdad tener algo serio. Esto hará que me avergüence hasta el final de mis días, ya casi me veo pidiéndole una viagra a mi padre y, tan concentrado estoy atormentándome, que mi erección empieza a flaquear, lo que no sé si es de agradecer, porque Eli aprovecha justo ese momento para bajar su mano y acariciarme, lo nota y se tensa un poco.

—¿Estás bien? ¿He hecho algo que no te guste o...?

¿Algo que no me guste? ¡Pero si solo ha besado mi torso! Lo que pasa es que soy un imbécil redomado para según qué cosas. Qué razón tienen mis hermanas cuando me insultan a veces...

—Estoy bien —susurro besándola, llevando una mano a la suya y apretando mi erección, haciendo que sus dedos me masajeen y todo vuelva a su sitio en cuestión de segundos—. Intento controlar el efecto que me produces, pero es difícil, rubia.

—No tienes que controlar nada, Álex —murmura alzándose de puntillas y

besando mis labios—. No quiero que seas el semental que todo el mundo dice que eres, o sí, pero que lo seas sin meditar antes cada paso. Necesito hacer esto de verdad, que te dejes llevar y actúes por instinto, olvidándote de los tecnicismos y de todo lo que no sea disfrutar desde el placer más primitivo e irracional.

Sus palabras me cierran la boca, no porque no quiera, que sí, sino porque creo que es jodidamente perfecta y ni en un millón de años habría encontrado una mujer que me dijera justo las palabras que necesito escuchar en cada momento. Y aquí está, mirándome como si yo fuese aquí el especial, cuando debería arrodillarme y hacer que se corriera en mi boca un número indecente de veces antes siquiera de atreverme a sacar mi polla a pasear. De hecho, esa es una gran idea, así que la beso por respuesta, poniendo todo lo que siento, tengo y soy en su boca y esperando que entienda que para mí esta noche es el mejor regalo de mi vida.

Suelto la cuerda de la parte superior de su biquini mientras ella acaricia mi espalda con sus uñas y la dejo caer para rozar mi torso con sus pezones antes de bajar la vista y verlos.

—Preciosa... —murmuro—, pero quiero más.

—Coge lo que quieras —susurra ella de vuelta.

Y, joder, está tan dispuesta, tan cariñosa y tan dulce que me cuesta pensar en esa Eli que sacaba su lengua viperina a pasear hasta no hace tanto. De hecho, estoy seguro de que esa Eli volverá en cuanto los dos nos acostumbremos a estar juntos y, llegado el momento, lo disfrutaré, pero ahora quiero perderme en esta, en su sonrisa, en sus ojos, en su cuerpo desnudo y en todo lo que pienso provocarle y provocarme, de paso.

—Lo quiero todo —susurro antes de mordisquear su oreja y bajar por el lateral de su cuello hasta su hombro.

La tumbo en la cama con delicadeza y me ocupo de lamer, chupar y morder sus pezones, arrancándole unos gemidos que tapo con la palma de mi mano, porque Óscar ha caído agotado en la cama, pero estas paredes son de papel y, lo último que necesito, es que se despierte justo ahora.

Bajo a su ombligo, meto la punta de mi lengua en él y lo beso antes de bajar y encontrarme con el lunar más bonito del mundo. Está medio tapado por la tela de la braguita del biquini y sé, antes de verlo por completo, que será, de entre todos los lunares que existen en este mundo, mi favorito, porque es suyo y porque está entre su vientre y su centro; porque parece darme la bienvenida, abriéndome la única puerta que aún permanece cerrada en su cuerpo para mí, así que tiro de la tela con suavidad y la bajo por sus muslos, acariciando sus rodillas cuando llego a ellas y liberándola de lo único que aún cubría su desnudez. Vuelvo arriba, besando, acariciando y mordiendo la piel de sus muslos antes de abrir sus piernas y lamer su centro de abajo arriba sin avisar, sin tentar y sin suavidad. La chupo con ganas, me la como con las ansias que he acumulado todo este tiempo, me impregno de su sabor, de su olor y hasta de los granos de arena que aún cubren sus ingles. Sabe a mar, a salado, a dulce,

a deseo, a sexo. Sabe a ella, joder, a ella, y eso basta para volverme loco.

Su primer orgasmo llega mucho antes de que yo esté listo para abandonar mi posición. Siento sus manos tironear de mi pelo, pero solo me separo unos segundos para darle tiempo a calmarse y coger aire. Mordisqueo sus muslos y alzo su trasero para hacer lo mismo con la parte final de sus glúteos, soplo sus ingles, alzo mis manos, pellizco sus pezones y consigo que se retuerza justo antes de volver a comérmela. Un orgasmo más, su espalda curvándose, su labio inferior rojo de tanto como se lo muerde, sus ojos vidriosos y mis ganas de complacerla, que no menguan, sino aumentan, así que sigo y consigo que gimiera mi nombre en el tercero, doblando las rodillas y obligándome a apartarme de ella.

Repto por su cuerpo besándola, acariciándola y procurando rozar cada parte de mi cuerpo con el suyo. Cuando llego a sus labios, por fin, Eli me besa con tantas ganas que siento que me mareo un poco. Mi respiración está agitada y necesito algo de tiempo para procesar todo esto. Necesito pensar en que he tenido sexo con una cantidad ingente de mujeres, pero nada, nada, me ha preparado para esto. Siento mi vello erizarse cada vez que ella mordisquea alguna parte de mi cuerpo, estoy tan ansioso que apenas sé dónde tocar y todo lo que quiero es volver a bajar y que se siga corriendo en mi boca para convencerla, aunque sea a base de orgasmos, de que estoy muy lejos de ser perfecto para ella, pero puedo complacerla mientras intento ser la mejor versión de mí mismo para que entienda que esto es de verdad, que no pienso permitir que ni su desconfianza, ni mis posibles miedos, jodan una historia que ya se intuye grandiosa.

Eli me empuja, haciéndome caer boca arriba en la cama y subiéndose a horcajadas en mi cuerpo. Su pelo rubio cae por sus hombros y estoy convencido de que ningún sueño o fantasía que haya tenido con ella me ha preparado para verla así, tan preciosa y perfecta tomándome y queriéndome, aunque sea durante este momento.

—Deja que te devuelva algo de lo que me has dado —susurra con una sonrisa mientras se arrodilla al lado de mi cuerpo y baja mi bañador.

Su sonrisa se amplía cuando me ve desnudo y lame mi glande, recogiendo las gotas de líquido preseminal que ya estoy derramando. Echo la cabeza hacia atrás y enredo mi mano en su pelo, consciente de que tengo que parar esto, pero disfrutando de su lengua tanto como siempre imaginé. Sin embargo, cuando me agarra con una mano y me come casi hasta el fondo de una sola vez, gimo y la separo de mí, porque estoy a punto de correrme y no quiero que la primera vez acabe tan pronto.

—Guarda eso para después de que me corra moviéndome dentro de ti —digo entre resuellos—. Ahora necesito follarte, nena.

Ella gime, se sube a horcajadas de nuevo sobre mí y se sienta sobre mi erección bien abierta de piernas, moviéndose hacia delante y hacia atrás y haciendo fricción con nuestros sexos, masturbándonos a ambos solo con el movimiento de sus caderas. Oh, joder, esto también acabará conmigo, así que pongo las manos en sus muslos y la

freno mientras ella se pinza el labio.

—Entonces hazlo de una vez —dice—. Coge un condón y entra en mí, Alejandro.

Me siento en la cama, cojo el bañador y me doy cuenta, tarde, de que no tengo condones. Joder, ¿cómo he podido ser tan imbécil? Mi desesperación es tan evidente que Eli me besa y me susurra que ella tiene antes de bajar de mi cuerpo, abrir la puerta de su armario y rebuscar algo en el fondo. Saca un neceser, lo abre y me lanza un preservativo antes de volver a la cama. Yo agradezco al cielo que sea precavida, porque jamás he tenido una relación sexual sin condón y, aunque me encantaría hacérselo a pelo, prefiero que vayamos paso a paso. Además, si lo hiciéramos sin protección me correría nada más entrar en su cuerpo, sin necesidad de movimientos, de modo que es mucho mejor para los dos que lo usemos. Me lo pongo y la coloco sobre mí, para que sea ella la que lleve el ritmo que mejor le venga. Eli me sujeta por la base y se acaricia el clítoris antes de colocarme en su entrada y empezar a dejarse caer, pero noto de inmediato que algo no va bien. A pesar de que se deja caer no puedo entrar bien en su cuerpo, así que frunzo el ceño, me siento y acaricio sus mejillas.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Necesitas que te lubrique?

—Me he corrido tres veces, Álex, tiene que entrar.

Me doy cuenta de que está tan tensa como una tabla y no sé a qué se debe el cambio, pero sé que no pienso salir de esta cama sin averiguarlo, aunque eso implique que nos pongamos a hablar ahora mismo y nos olvidemos de follar. Y que yo, siendo como soy, piense esto, ya es prueba suficiente de que algo ha cambiado para siempre gracias a ella.

—¿Qué pasa, entonces? ¿No te gusta esta postura? ¿Quieres que lo haga yo? ¿Necesitas que...?

—¡Ha pasado mucho tiempo, Álex! —exclama exasperada antes de mirar a la puerta, que sigue cerrada, y cerrar los ojos con un suspiro de resignación. Baja de mi cuerpo y se sienta en la cama mirando hacia otro lado—. Hace mucho que no... ya sabes.

Tiro de su mano con suavidad, la tumbo en la cama y abro sus piernas, colándome entre ellas y acariciando su sexo con el mío, para que no pierda del todo la excitación.

—¿Cuánto? —Ella no contesta y yo beso sus labios y rozo mi torso con sus pezones, torturándola un poco para que hable—. ¿Cuánto hace que no tienes una polla dentro, nena?

—Álex...

—¿Cuánto? Dímelo.

—Tengo un vibrador. Pensé que no sería problema, aunque me guste decir que seguro que vuelvo a ser virgen, pero resulta que tu jodida cosa no entra bien en mí y...

Sonrío, porque me hace gracia que llame a mi polla «jodida cosa». Como halago no es el mejor del mundo, pero entiendo que está nerviosa, así que se lo dejo pasar.

—Bueno es saber que tienes un vibrador —susurro—. Espero que esté en ese neceser tan mono, además, porque me encantaría jugar con él en tu clítoris mientras te follo lentamente. —Ella gime y yo beso las comisuras de sus labios—. ¿Quieres que juguemos, Elizabeth?

—Sí, Dios, sí... Te deseo.

—Entonces dime cuánto hace que no tienes sexo real con un hombre.

Entierro la boca en la curva de su cuello porque pienso que, si no me mira, le será más fácil hablar, y no me equivoco, porque de inmediato la oigo susurrar.

—Algo más de siete años...

Agradezco al cielo mi decisión, porque no sé hasta qué punto habría podido impedir que mi boca se abriera de sorpresa delante de su cara. ¿Siete años? Joder, siete malditos años sin sexo. Eso es como... ¡Es como toda una vida! Bueno, no tanto, pero sí, o sea... Tiene un hijo, entiendo que haya sido cuidadosa con sus relaciones, pero es que... ¡Siete años!

—Álex —susurra—. Me encantaría que dijeras algo ahora mismo, porque me siento muy abochornada y tú estás muy quieto y...

Alzo la cara de su cuello y la beso, porque quiero que comprenda que no hay ningún problema. O sí, hay uno, claro, uno pequeñito que no puedo callarme, porque ella se merece que sea sincero con respecto a lo que siento ahora mismo.

—Siete años...

La miro y veo el rubor de sus mejillas. Está preciosa. Es preciosa, por Dios, no entiendo cómo ha conseguido no tener sexo en siete años, porque por falta de tíos con ganas no ha sido, seguro. Y cuando me descubro sintiendo celos de los imbéciles que habrán intentado ligar con ella tomo la decisión de dejar de pensarlo y centrarme en el presente.

—No pensé que te supondría un problema —dice un poco a la defensiva e intentado apartarse de mí.

—No me lo supone —contesto de inmediato cogiendo sus manos y alzándolas por encima de su cabeza—. No es eso, es que... míranos, joder. Esto es un bungalow de *camping*, no puedes gemir en alto, no puedes retorcerte de placer y no puedes hacer chirriar la cama tanto como mereces después de siete putos años sin hacerlo. —Beso su mentón y me arrodillo en la cama obviando mi erección y sentándome sobre mis talones—. Debería ser distinto, Eli. Tendría que haber puesto velas, o flores, o... no sé, cualquier cosa que hiciera este sitio especial para ti.

Ella sonrío, se sienta y me mira con tanta dulzura que me siento sobrepasado, porque esta mujer lleva siete malditos años rechazando tíos y, por alguna razón que no comprendo, ha decidido que yo soy el afortunado que se merece disfrutar de su cuerpo, de su sexo, de su dulzura y de todo lo que me está dando solo con mirarme de esa forma y sonreírme así, como si yo fuera importante o estuviera a su altura. Como si me la mereciera.

—Está bien, Álex, tienes razón. No quiero que lo hagamos así —dice acariciando

mi mejilla y rozando su nariz con la mía— pero no porque falten velas, o flores, o cualquier otra cosa. No quiero que lo hagamos así, porque he esperado siete años que fuera especial y, ahora que te tengo a ti, solo deseo pedirte una cosa.

—Lo que sea —susurro abrazándola y enroscándola en mis caderas.

—No me folles —murmura pasando los brazos por mis hombros y enroscándolos tras mi nuca—. No quiero que me folles, quiero que me hagas el amor. —La saliva que perdí al inicio de esta noche ha vuelto de golpe, amenazando con atragantarme con mis propias emociones—. Hazme el amor como si yo fuese la mujer más importante de tu vida. Como si fuese la única, por favor...

La beso antes de que siga hablando, porque si sigue, voy a tener que enfrentar cada puto sentimiento que tengo dentro en cuestión de segundos, voy a acabar confesándole todo lo que me carcome y voy a cargarme una noche que, ahora más que nunca, tiene que ser memorable para ella, así que la vuelvo a tumbar, me coloco en su entrada y empujo con suavidad mientras beso sus labios, su mentón, su cuello y llego a su oreja para susurrar palabras que dejan ver lo que siento, pero no lo dicen a las claras.

—Esta noche, tú y yo seremos todo, Elizabeth. Que la tierra se vuelva plana o caigan mil meteoritos, que mientras tú estés aquí, conmigo, todo me importa una mierda.

Ella gime, yo embisto en su cuerpo y acoplo mi vaivén al ritmo que marca nuestro deseo mientras los dos jadeamos y nos lanzamos a una carrera hacia una cima que alcanzamos en pocos minutos. Me corro y la noto temblar entre mis brazos antes de morder su mandíbula y besar su boca, porque temo que, si no mantengo la mía ocupada, acabe dejando salir algo que todavía no está lista para oír, porque no confía en mí y no sé si siente lo mismo, pero desde esta noche, ahora más que nunca, voy a dedicar mis amaneceres y anoheceres a hacer que ella entienda que ya no hay sitio en este mundo al que quiera pertenecer más que a su cuerpo, a sus besos y a su maldita sonrisa.

Eli

Perfecto. Sublime. Glorioso. Extraordinario.

Nada, ninguna me sirve para describir lo que siento ahora mismo, mientras Álex me abraza después de haber practicado sexo durante horas. Sí, horas. Ahora entiendo a qué se debe, en gran parte, su buena fama. Nuestra primera vez ha sido increíble, pero a esa han seguido dos más que me han dejado hecha polvo, para bien. Tengo la entrepierna irritada, estoy sudada y aún tengo arena pegada en ciertas partes de mi cuerpo, pero creo que soy incapaz de levantarme para darme una ducha de tan cansada como me ha dejado. Además, aunque intente no pensarlo, sé que no me levanto, en gran parte, porque temo que él se vaya. Y lo hará, sé por Esme que Álex nunca se queda a dormir con las chicas con las que tiene sexo y, además, está Óscar, que no puede verlo aquí y empezar a tener fantasías de algo que no va a ocurrir. Sé todo eso, pero todavía tenemos tiempo antes de que él despierte y de verdad que abrazarlo es la segunda cosa que más me gusta del mundo. La primera es tenerlo encima, o debajo, o en un lado, o donde sea, pero dentro de mí o preparándose para entrar.

—¿En qué piensas? —pregunta mientras acaricia mi espalda.

—¿Mmm? —Sonrío girando mi mejilla en su pecho y mirándolo mientras beso su mentón y mordisqueo su barbilla—. En que estaría genial que me froteras la espalda en la ducha, pero no tengo ganas de levantarme todavía.

Álex sonríe y yo me derrito, porque es tan guapo, tan dulce, tan canalla y tan mío en este momento que no puedo evitar derramar litros y litros de babas.

—Solo lo haré si tú haces lo mismo.

—Hecho.

—Y si me comes la...

—No te cargues este momento acabando esa frase —digo cortándolo.

Él se echa a reír y besa mi cabeza. Sé que lo dice de broma, pero imaginarme en la ducha haciéndole sexo oral no me desagrada lo más mínimo. De hecho, me lo apunto para hacerlo, si no hoy, cualquiera de estos días, porque Álex ha aceptado que pasemos las vacaciones así. No sé cómo me atreví a pedirle que me tratase como si fuera la única y no sé si es sano, dado su historial y lo mal que voy a quedarme cuando estos días se acaben, pero sé que, lo que en principio iba a ser solo una noche, se va a convertir en una semana y, si ya he conseguido un puñado de recuerdos imborrables en unas horas, imagino que voy a salir de este *camping* con una maleta cargada de escenas que me ayudarán a soportar el hecho de perderlo y me recordarán que, una vez, durante unos días, Alejandro León y yo fuimos algo más que amigos y

conseguí que él me diera más de lo que da a cualquiera. ¿Patético conformarme con algo así? Puede, pero en este punto creo que lo que de verdad importa es el amor que siento y estoy alimentando a base de caricias y orgasmos. Estoy cometiendo un acto suicida, lo sé, lo he repetido mucho, pero también he repetido que me da igual y, cada minuto que pasa, más inconsciente me vuelvo y menos pienso en ello. Ya me enfrentaré a todo de golpe el domingo que viene.

—¿Sabes lo que me encantaría a mí de verdad? —pregunta Álex girándose y tumbándose en el colchón. Pasa un brazo por mi estómago y me abraza desde arriba, besándome y rozando su torso contra mis pezones. Juraría que lo que quiere es otra ronda de sexo, pero entonces habla y despeja mis dudas—. Un batido y algunas de esas chuches que escondes para Óscar. O una de esas piruletas que nos enseñaste el primer día y que ya probé ayer. Dios, me muero de hambre. —Mordisquea mi barbilla, mi pecho y mi pezón derecho mientras yo gimo y me río.

—Ya me extrañaba que llevaras tantas horas sin acordarte de tu mayor adicción.

—Mi mayor adicción ahora mismo eres tú —dice él metiendo la cara en la curva de mi cuello, así que no puedo ver si sonrío o lo dice de verdad, pero el cosquilleo que me provocan sus palabras sí que es sincero—. El problema es que estoy pensando en repetir contigo, pero necesito un tiempo de recuperación, porque no soy Dios y, ya que estamos, no me vendría mal un poquito de azúcar.

—No hace falta que lo hagamos hasta que nos matemos hoy —le digo—. Créeme, casi he perdido la cuenta de los orgasmos que llevo.

—En esa frase todo es perfecto menos el «casi». Cuando la pierdas de verdad, estaré satisfecho con mi trabajo.

Me río y me revuelvo cuando me hace cosquillas, saliendo por un lado de la cama y mirándolo mientras me pongo el vestido que llevaba hace unas horas, porque en las películas queda genial eso de tener sexo y comer desnudos, pero yo tengo un hijo que no tiene por qué traumatizarse si le da por despertarse.

—¿Eso soy? ¿Un trabajo? —pregunto con sorna mientras él se pone el bañador y me sigue hacia la cocina.

—Oh, Dios, dime que no eres de las que se ponen quisquillosas después del sexo.

—¿Quisquillosa?

—Sí, ya sabes, analizando mis frases o buscando un motivo para discutir.

Sonrío mientras me alzo de puntillas para coger las chucherías que escondo de Óscar de un armario alto y él me intercepta por detrás, abrazándome y besando el lateral de mi cuello antes de mordisquear mi oreja. Ronroneo como una gata en celo y arqueo mi espalda para pegar mi culo a él.

—No quiero discutir —susurro mientras él alza las manos y acaricia mis pechos—. Era una pregunta de lo más normal.

—Entonces te contestaré que no eres ningún trabajo, pero que sí me voy a seguir esforzando por hacerte disfrutar de cuantas maneras pueda. —Pellizca mis pezones por encima de la tela, arrancándome un gemido, y restriega su inicio de erección

contra mí—. Te diré también que si no estoy dentro de ti de nuevo es porque estoy seguro de que necesito algo de tiempo para poder correrme, pero no veo la hora de abrirte de piernas otra vez.

—Álex...

—Joder, cariño, es que me vuelves loco.

Me giro entre sus brazos y me alzo de puntillas para besarle, pero él tiene otros planes, así que me coge en brazos y me sienta en la encimera antes de pegarse a mí y darme su boca. Dios, me quedaría así todo el día, y eso que no es la postura más cómoda del mundo, pero saber que tiene tantos problemas para mantener las manos alejadas de mí me pone eufórica.

—Óscar... —susurro en su boca pasados unos minutos.

Él se separa, porque sabe que es posible que se despierte y nos pille y esa es solo otra cosa de las muchas que han conseguido que me enamore de él. Puede parecer un inmaduro y, de hecho, lo es, pero quiere a mi hijo con sinceridad y sé que no haría nunca nada que pudiera dañarle a conciencia. Para cualquier madre eso ya suma el máximo de puntos en cualquier tío.

Al final le doy las chucherías, el batido y las piruletas y miro atentamente cómo lo devora todo mientras yo me bebo un vaso de zumo y me pregunto cómo es posible que esté tan delgado, con la cantidad de mierda que come. Claro que practica muchísimo deporte, así que es normal que lo quemee todo, sin contar con su trabajo, para el que se entrena a diario.

Cuando acaba su fiesta de azúcar ya es bastante tarde, o bastante pronto, según se mire, así que decidimos que lo mejor es dejar la ducha conjunta para otro día y nos despedimos con un beso largo, húmedo y caliente en la puerta del bungalow. De hecho, es un beso tan erótico que estoy a punto de pedirle que entre y lo hagamos una vez más, pero los dos necesitamos tiempo para recuperarnos y yo, además, quiero dormir un par de horas antes de que Óscar se levante y empiece a hacer las exigencias de cualquier niño de seis años que no comprende que su madre se ha pasado la noche practicando ejercicio de alta intensidad.

Me ducho, me meto en la cama y la siento enorme. Suspiro, preguntándome durante un segundo si cuando amanezca Álex seguirá pensando que quiere pasar las vacaciones conmigo y, antes de entrar en pánico y llenarme de paranoias que no van a llevarme a ningún sitio, decido que lo mejor es pensar solo en lo que ha ocurrido, en lo bien que me siento y en lo a gusto que voy a dormir. Cojo el móvil para mirar la hora y me encuentro con un *whatsapp* suyo, lo abro y leo.

Álex: Acabo de salir de tu bungalow y ya te echo de menos. Me debes una ducha, rubia.

Sonrío, le pongo el emoticono del corazón, pensando que dice mucho más de lo que parece y me duermo con la sonrisa más grande del mundo dibujada en los labios.

El amanecer es otra historia. Óscar no deja de darme órdenes y le entiendo, porque parezco un zombi de un lado a otro de la cocina mientras preparo sus tostadas, pero es que dos horas de sueño no son suficientes para mí. Dios, estoy mayor para practicar sexo toda la noche y luego hacer de madre como si nada.

—... y entonces Daniela se echó a correr hacia el agua y Martín la cogió en brazos y le dijo que no hiciera eso, porque iba a terminar provocándole un infarto. — Mi hijo se ríe recordando otra de las tantas anécdotas que tiene de su rato de ayer con los niños Acosta—. Es una niña súper graciosa, mamá. A veces no la entiendo cuando habla, pero sus hermanos o sus primos me traducen. Sobre todo, Junior, que es un *crack*.

Me río, pero me siento un poco nostálgica, porque ver a mi hijo usar el término «*crack*», no sé por qué, me hace pensar que está dejando de ser mi bebé a pasos agigantados. Bueno, en realidad, si soy sincera, debo admitir que mi hijo es tan maduro que siento que dejó de ser un bebé antes de dejar los pañales.

—Lo pasaste realmente bien, ¿no?

—Sí, mamá, fue genial. Martín es un profe guay y los niños molan. Bueno, Lola se enfadó y se quitó el bañador y cuando le pregunté a Martín por qué lo hacía, me contó que Lola, cuando se enfada, se desnuda y que él está seguro de que eso acabará matando a su padre. —Me río imaginando a la hija pequeña de Fran Acosta quitándose la ropa en señal de rebeldía y pienso que Óscar nunca ha sido de tener ataques fuertes de carácter. Mi hijo siempre se ha mostrado dócil y, aunque tiene sus rabietas, como todos, por lo general es bastante fácil razonar con él—. Martín es muy gracioso —sigue él después de dar un sorbo a su batido—. Es un profe guay.

—Me alegra mucho que lo pasaras tan bien, cariño.

—Sí, estoy deseando volver hoy. Podré ir todos los días, ¿verdad?

—Sí, tesoro, siempre que tú quieras.

—Genial. Voy a echar de menos esto cuando nos vayamos.

—Pero no te adelantes, que solo llevamos aquí dos días —digo riendo.

—Ya, mamá, pero estas vacaciones van a ser tan *guays*, que las voy a recordar siempre. Ojalá volvamos aquí un millón de veces más.

Sonrío y pienso que estoy de acuerdo. Ojalá pudiéramos volver aquí un millón de veces, o no irnos, directamente, y seguir disfrutando de esta realidad paralela en la que a mi hijo y a mí nos va a las mil maravillas. Él siendo un niño con amigos que le respetan y le tratan con cariño, a pesar de no conocerlo, y yo siendo la amante de Álex. Su única amante, en estos momentos, y que tenga que recalcarlo, y que además me sienta especial, ya da una idea de lo enganchada que estoy.

Alguien llama a la puerta y me pongo nerviosa pensando que quizá sea él, pero cuando Óscar sale corriendo y abre es Julieta la que entra. Bueno, primero entra el carrito de las gemelas y luego ella.

—¡Buenos días! Nos vamos a dar un paseo matutino para bajar toda la cerveza de ayer. ¿Te vienes? —deja a las niñas en la entrada, porque el carro gemelar es bastante

aparatoso y se viene hacia nosotros rebuscando en los armarios. En esta familia lo de tener intimidad es que no se lleva de nunca—. ¿Tienes chucherías, chocolate o algo que esté rico y vaya directamente a mi culo?

—En el armario de arriba hay gominolas —dice Óscar.

—¡Pero bueno! —exclamo—. ¿Sabes dónde las escondo también aquí?

—Ay, mamá, yo siempre sé dónde escondes las chuches —contesta como si fuera lo más obvio del mundo.

Julieta suelta una carcajada y revuelve el pelo de mi hijo antes de subirse de rodillas en la encimera y abrir el armario. Me río, porque su baja estatura no le impide, en absoluto, llegar a todas partes y cuando me mira frunciendo el ceño elevo las cejas, esperando alguna de sus paridas.

—Aquí no están. —Mira a mi hijo y entrecierra los ojos—. ¿Me has mentido, pequeño diablo?

—¡No! —dice Óscar riendo—. Están ahí. Ayer estaban, por lo menos. Mira bien. —Julieta rebusca, pero no las encuentra—. Mamá, ¿te has comido mis chuches? ¡Pero si tú nunca comes!

Me tenso un poco, pero lo disimulo bien, porque la razón de que no estén es que Álex se las comió todas. De hecho, sobraron unas piruletas y se las llevó por la cara, alegando que iba a necesitar azúcar al despertar y que hoy me compraría una bolsa llenita para que no le llamara ladrón. En aquel momento estaba tan satisfecha sexualmente que simplemente me reí y le besé mientras yo misma le metía las piruletas en el bolsillo del bañador. Ahora me arrepiento, porque mi hijo no es tonto y no se va a tragar que yo me haya comido todo lo que falta. ¿Dónde ha quedado eso de no mentir a Óscar, además? Me siento un poco mal, pero creo que la verdad le hará un daño innecesario a la larga, así que decido que, a veces, mentir en pequeñas cosas es correcto.

—Anoche me levanté con hambre.

—¿Con hambre de chuches? —pregunta Óscar frunciendo más el ceño.

No me extraña, si yo de normal no soy muy golosa, en medio de la noche es impensable que me despierte buscándolas.

—Tenía mucha hambre, mi vida.

—¿Y te comiste mis chuches?

—Óscar, no agobies a tu madre, que la pobre bastante tendrá con pensar que seguro que ha engordado otro kilo. —La miro mal, pero ella bate las pestañas mirándome con carita de ángel—. A no ser que hayas hecho un montón de ejercicio para quemar tanto azúcar, claro.

—Procuraré hacerlo hoy, no te preocupes.

—¿Sabes un ejercicio que va muy bien y se puede hacer por las noches en vez de levantarte a comer chuches? El...

—¿Qué quieres, Julieta? —pregunto, porque dudo mucho que diga la palabra «sexo» delante de mi hijo, pero seguro que usa un similar que me da aún más

vergüenza.

—Ya te lo he dicho, vamos a dar un paseo matutino. Esme está terminando de dar el pecho a Noah, Amelia se está vistiendo y Sara y Teresa me hicieron prometer anoche que no las despertaría porque para ellas estar de vacaciones es dormir hasta tarde y comer sin remordimiento, así que no vendrán, pero no importa, porque nos valemos y sobramos nosotras solitas para hablar de cosas interesantes. Cosas interesantes que tienen que ver con la familia. ¿Tienes algo interesante que contar de la familia, Elizabeth?

Miro a Óscar, que a su vez nos observa intentando comprender algo de todo esto. Por suerte, su inocencia aún le impide entender el doble sentido de las frases en muchas ocasiones, así que niego con la cabeza y, antes de que ella insista, le digo que tengo que ducharme y que ahora salgo, aunque sea mentira. Otra más. Cuando se va, advirtiéndome que tengo cinco minutos para salir, Óscar me sigue hasta el dormitorio y me pregunta por qué no me ducho.

—Ya me duché anoche, cariño, solo quería que me dejara vestirme tranquila.

Mi hijo se ríe y se sienta en la cama mientras me mira vestirme y recogerme una coleta alta.

—Julieta es muy guay, mamá.

—Sí que lo es, hijo.

—Y las gemelas también molan mucho. ¿Y sabes lo que más me gusta a mí de que sean dos? —Niego con la cabeza y él sigue—. Que no van a estar solitas ni van a echar de menos tener un hermanito nunca.

Me quedo un poco parada mirándole, intentando adivinar si, esta vez, es él quien usa las indirectas, aunque ni siquiera sepa qué es una indirecta y lo haga solo porque le nace de dentro.

—Óscar, cariño, ¿tú echas de menos tener un hermanito?

Él se encoge de hombros y mira a otro lado mientras se rasca la rodilla con nerviosismo. Me siento en la cama, a su lado y sujeto su mano para que me mire.

—Los Acosta tienen un montón de hermanos —susurra—. Bueno, Samu no, pero su mamá está embarazada de un bebé. Samu está un poco enfadado porque es una niña y dice que ya tiene niñas suficientes en su vida gracias a Candela, Eli y Lola, que viven aquí todo el año, porque Junior, los gemelos y Daniela viven en Los Ángeles y, aunque vienen mucho, no es lo mismo.

—Entiendo.

—Pero, aunque Samu esté enfadado porque va a tener una hermana, en vez de un hermano, yo creo que es guay, porque las niñas también molan.

—Cierto, pero no has contestado a mi pregunta. —Él me mira con sus preciosos ojos azules y yo vuelvo a hacerla, más que nada porque no me gusta dejar las cosas a medias con él—. ¿Echas de menos tener un hermanito o una hermanita?

—Sí, un poco —admite—. Pero no estés triste, mamá —dice de inmediato—. A veces, también echo de menos tener un papá y luego recuerdo que no importa, porque

tú eres mi papá y mi mamá.

—No estoy triste, cariño —susurro, aunque lo cierto es que sí me rompe el alma un poquito que mi hijo sea tan bueno como para echar de menos esas figuras en su vida y no decírmelo por miedo a ponerme mal—. Oye, aunque tú no tengas hermanos, me tienes a mí, pero, además, ahora, tienes a las gemelas y a Noah, que son como de la familia.

—Porque la mejor familia es la que uno elige —dice Óscar recordando lo que le he explicado muchas veces—. Lo sé, mamá, no te preocupes.

Sonríe, pero sé que por dentro piensa que no es lo mismo tener a Emily, Victoria y Noah que un hermano o hermana de verdad. Y le entiendo, porque yo, por más que intento convencerme, también echo de menos algo que no he tenido nunca. Otro bebé y, más importante aún, un padre para ese bebé y para Óscar. Un hombre que nos quiera y nos acepte tal como somos, sin condiciones.

Pienso en Álex de inmediato y sonrío con tristeza, intentando que el alma no se me parta en dos, porque él adora a Óscar, pero también es inmaduro e incapaz de aceptar una responsabilidad tan grande como la de formar una familia, mucho menos con una mujer que tiene un pasado y un hijo. No es que él sea malo o un cabrón, es que aceptar algo así requiere mucha responsabilidad y Álex no casa bien con las responsabilidades. Si ya le dan alergia las relaciones estables con mujeres solteras, no quiero ni imaginarme cómo correría si supiera que yo, en secreto, sueño que él desea formar parte de esta familia y, ya de paso, añadir algún que otro miembro. Tuerzo el gesto, porque es doloroso pensarlo, así que me limito a recordar lo bien que se nos da el sexo y lo contenta que estoy. Me basta con eso y no puedo permitir que mis frustraciones o sueños perdidos me impidan disfrutar de estas vacaciones, como tampoco debo permitir que le arruinen estos días a mi hijo, así que lo abrazo y beso su pelo antes de hablarle.

—Si alguna vez te sientes triste por no tener un hermano, una hermana o un papá, quiero que me lo cuentes, ¿de acuerdo? No vas a hacerme daño y no pasa nada por hablar de ello.

—Sí, mamá, no te preocupes. Es solo que creo que tener un papá molaría, y me gustaría tener un bebé para poder hablarle de recetas y enseñarle a comer rico, pero no pasa nada, porque tengo a las gemelas y a Noah, y lo mejor de todo es que por las noches dormimos sin problemas, porque Junior dice que él no ha vuelto a dormir tranquilo desde que nacieron los gemelos y Daniela.

Me río, porque el tal Junior tiene pinta de ser un gran personaje y revuelvo el pelo de mi hijo justo al mismo tiempo que Julieta asoma la cabeza por la puerta y amenaza con sacarnos a rastras si no salimos de una vez.

Una vez fuera, Óscar ve a Diego, Nate y Einar practicar ejercicio en el jardín de Esme y sale corriendo gritándome que prefiere estar con los hombres de la familia mientras yo me río y lo despido con la mano. Me alegra que mi hijo tenga una relación tan sana con los chicos, pero en cuanto me giro y veo a Esme, Julieta y

Amelia mirarme con una sonrisa canalla sé que voy a arrepentirme de haber dejado que mi escudo personal se largue.

—Tienes dos minutos para empezar a contarnos qué pasó anoche con todo lujo de detalles —dice Julieta.

—Bueno, los detalles, en realidad, te los puedes ahorrar —sigue Esme.

—Sí, por favor, ya sé que mi hermano es un donjuán, pero no hace falta hablar de cosas como el tamaño o la técnica —termina Amelia.

Me río entre dientes, algo avergonzada, y empiezo a caminar para ganar tiempo.

—Pasaron muchas cosas —digo al final—. Sí, tuvimos sexo, no, no estamos en una relación seria, pero Álex me ha prometido que durante estas vacaciones solo estará conmigo, así que he decidido disfrutar de estos días y recopilar una cantidad ingente de recuerdos y sensaciones que me acompañarán cada día cuando estemos en casa y todo vuelva a la normalidad.

—¿Por normalidad te refieres a que tú estés jodida y él vuelva a follarse a otras? —La pregunta de Esme me duele tanto que soy incapaz de disimularlo, pero ella es mi mejor amiga, me conoce, así que suspira y sigue hablando—. Solo quiero que entiendas que va a ser complicado.

—Tú misma estuviste de acuerdo en que debía lanzarme —susurro.

—Eso, Tempanito, joder, no la líes ahora que por fin ha dado el paso.

—No lo hago —dice ella—. Solo quiero que tenga claro que, cuando esto acabe, va a doler. Es mucho mejor enfrentar de cara estas verdades.

—Estoy de acuerdo —admito—. Y no te preocupes, sé que voy a quedarme jodida en cuanto nos montemos en el minibús de vuelta el domingo, pero la otra opción consiste en olvidarme de Álex y no estoy lista para eso, aunque deba.

Esme asiente y sé que me entiende; me lo demuestra cuando me abraza por el costado con tanto cariño que me emociono un poco, lo que hace que Amelia y Julieta se unan de inmediato y me dediquen palabras de ánimo.

—A lo mejor él también quiere algo serio cuando todo esto se acabe —dice Amelia.

—Y si no lo quiere que le jodan —sigue Julieta—. Tú aprovéchate ahora, fóllatelo del derecho y del revés y demuéstrole que no va a encontrar a otra como tú ni aunque busque debajo de las piedras del maldito planeta.

—A lo mejor lo tiene claro ya —vuelve a decir Amelia, demostrando la lealtad que siente por su hermano.

—No sé yo, mira que este cuando se propone ser tonto se lleva todas las medallas.

—No te pases —le dice Esme.

Julieta se encoge de hombros y me mira con impaciencia y determinación.

—Oye, sé cómo es mi hermano, ¿vale? Todas lo sabemos, así que lo único que queremos decirte es que no te preocupes, porque pase lo que pase, tú vas a seguir siendo parte de esta familia.

—Exacto —dice Esme—. No queremos que pienses en ningún momento que, si

esto sale mal, vas a perdernos, porque no será así.

—Tú eres parte de esta familia desde antes de liarte con él, Eli, no lo olvides nunca —termina Amelia.

Yo asiento, las miro un momento y me echo a llorar, porque soy una tonta, pero es que esta familia me ha robado el corazón y, aunque no lo diga, sí tengo mucho miedo de perderlos a todos. Álex ha conseguido que me enamore, pero sus hermanas me han demostrado que es cierto eso que tanto le digo a Óscar y es que, al final, la mejor familia, es la que nosotros mismos elegimos.

Me levanto apenas unas horas después de dormirme y pienso, mientras bostezo, que estas vacaciones estoy durmiendo menos que nunca, pero no me importa, porque es hora de desayunar y quiero ver cómo está Eli. Anoche me la dejé con la entrepierna irritada y, aunque el pensamiento me haga sonreír con orgullo, porque es culpa mía y del placer que le di, no quiero que se ocupe ella sola de entretener a Óscar mientras se muere de sueño. Lo haremos juntos, como tantas otras cosas que tendremos que hacer de ahora en adelante si quiero que entienda que esto va en serio. Y, aunque siempre pensé que el mero pensamiento de construir una relación así me daría alergia y pavor, la verdad es que estoy muy tranquilo y no puedo dejar de sonreír. Claro, llevo una noche liado con ella, así que sería absurdo sentir miedo o agobio ya, pero de todas formas estoy tan convencido de que esto es lo que quiero, porque jamás he sentido algo ni parecido, que casi podría prometer que el pánico, en esta ocasión, no llegará. Cuando pienso en pasar mis días con ella lo único que llega es la ansiedad, el deseo, la anticipación y las ganas, muchas ganas, así que, ¿cómo no iba a sonreír como un idiota?

—O te vas, o te quedas, pero deja de hacer ruido, joder —dice Marco refunfuñando desde la cama de abajo.

El vikingo ha vuelto a quedarse con la cama de matrimonio y no quiero ni imaginar la pelea que debieron tener anoche o qué le prometió a Marco para que claudicara, pero me da igual, porque a mí para dormir unas pocas horas me da lo mismo estar en la pequeña. Ya no me preocupa pelearme por las camas, eso lo dejo para ellos. De hecho, si por mí hubiese sido, me habría quedado con Eli y habríamos despertado juntos. Y esta declaración en cualquier otro momento hubiese sido suficiente para hacerme correr, porque yo jamás he dormido en casa de ninguna mujer. Sin excepciones. No recuerdo una sola vez en la que me haya planteado siquiera quedarme a dormir con alguna de mis amigas o ligues de una noche. Si estaba muy bebido llamaba a un taxi y si no me iba en mi coche, que para eso lo tengo. Y aquí estoy, pensando que habría sido genial dormir con ella abrazada a mi pecho, amanecer probando eso del sexo matutino, penetrarla mientras sus ojos somnolientos me piden más y desayunar juntos luego. Por desgracia, ella tiene un hijo que no puede ver nada de eso, porque lo último que queremos es confundirlo. Un hijo que me importa tanto que sufro por anticipado pensando si alguna vez podré convencer a Eli de que soy una buena opción para ellos. Eso sí me da miedo, ¿ves? No saber si voy a poder hacerlo bien con el chico, porque tengo claro que, al querer estar con Eli, Óscar entra en la ecuación. Óscar es la ecuación, de hecho, y lo es porque los dos lo queremos así. ¿Pero querrá ella en un futuro que yo sea su figura paterna? ¿Me creará capaz, o pensará que soy un niño y no tengo derecho a

meterme en cómo cría a su hijo? Porque ahora no me pone pegas nunca respecto a lo que hablo y hago con él, pero en un futuro, si la cosa se vuelve seria y...

—Que te largues, joder —dice Marco interrumpiendo mis pensamientos—. En serio, si no te vas, te voy a terminar sacando por las malas.

Me río y le tiro mi bañador usado, porque el niño esto se piensa que de verdad puede obligarme a hacer algo. Con todo, le agradezco la amenaza, porque ha conseguido que deje de pensar en cosas que, por el momento, es mejor dejar aparcadas.

Salgo del bungalow para alegría de Marco y me encuentro con que en el jardín de Esme y Nate hay reunión de chicos. Bueno, a ver, están Einar, Nate y Diego, así que supongo que mi padre y Giu aún duermen. De Nacho ni siquiera hablo, porque pensar en él es ponerme de mal humor y hoy no va a poder estropearme el día.

Los saludo con la mano y me doy cuenta de que Óscar también está con ellos, así que decido acercarme y preguntar dónde está su madre. Si está dormida, igual puedo buscar una buena excusa para ir a su bungalow y...

—¡Hola, Álex! ¿Vienes a entrenar? Mamá y las chicas se han ido a dar un paseo y nosotros estamos entrenando para estar fuertes y guapos para nuestras mujeres. —Se ríe y se encoge de hombros—. Que yo no tengo mujer, pero eso es lo que dicen ellos que estamos haciendo.

—Yo tampoco tengo mujer, pero mantengo guapo y fuerte para mí mismo, porque me quiero y me respeto —dice Einar lleno de orgullo haciéndome reír, porque a saber dónde demonios ha escuchado una frase tan de anuncio. Además, que la ha pronunciado sin saltarse una palabra, así que es copiada, está claro.

Yo intento no pensar que mi gozo está en un pozo y me uno a ellos, porque si no puedo estar con ella, bien puedo ejercitarme un poco, así que me coloco frente a Óscar y hago que colabore en mi entrenamiento.

—¿Qué te parece si me agarras los pies mientras hago abdominales?

—Me parece mejor hacer abdominales contigo, la verdad.

Me río y palmeo el césped, a mi lado, para que se tumbe. Empiezo a hacer series y me sorprendo cuando Óscar me sigue el ritmo. No son tan duras como las de un adulto, pero, para tener seis años, lo hace de maravilla.

—Eres un campeón, Óscar —le digo en un momento dado antes de hacer flexiones—. ¡Se te da mejor que a mí!

—Qué va, las flexiones nunca me salen —contesta con cara de pena.

Me río entre dientes y le ayudo a doblar las rodillas apoyadas en el suelo.

—Hazlas así, ejercitarás y te cansarás menos.

Él me dedica una sonrisa que me recuerda tanto a su madre que me quedo sin palabras. Joder, es el niño perfecto para la mujer perfecta. Me va a costar tanto sentir que me los merezco...

Me ocupo en hacer ejercicio y cuidar de Óscar y, tan entretenido estoy, que no me fijo en que Diego, Nate y Einar se han puesto a nuestro alrededor. Miro arriba y veo

al futuro novio con una botella de bebida isotónica en la mano.

—Para un poco y bebe de esto, que te hará falta.

—Estoy bien —digo levantándome.

—¿En serio? ¿No has perdido sales minerales con el entrenamiento? Creo que ha sido duro y largo, muy largo —dice Nate alzando una ceja.

Me fijo en Óscar para ver si se percata del doble sentido de todo esto, pero el niño está entretenido inspeccionando unos insectos del jardín, así que miro de vuelta a los chicos y cojo la botella de bebida.

—Se agradece.

—¿Fue bueno? —pregunta Einar.

Me río sin remedio, porque están los tres expectantes. Son una panda de cotillas, pero no pienso ponerme a dar detalles, así que sonrío por respuesta, les guiño un ojo y doy un trago a la bebida.

—No le salen ni las palabras, eso es que fue muy bueno. —Dice Diego.

—No hay más que ver la cara de idiota que tiene —sigue Nate—, pero no te sientas mal, yo la primera vez que conseguí hacer ejercicio con tu hermana me quedé mudo durante tanto tiempo que pensé que parecía lelo. Por suerte no había nadie de la familia que se riera de mí.

—Sí, esa fue una suerte que tú no vas a correr —Diego se ríe con malicia.

Mi cara de malestar debe ser notable, porque Einar se ríe y habla en inglés.

—Sé positivo. Se ríen de ti porque follas, pero Nate lleva un mes a pan y agua porque Esme ha estado con la cuarentena.

—¡Einar! —le regaño antes de mirar al niño y darme cuenta de que sigue entretenido y, además, se ha alejado bastante de nosotros detrás del saltamontes o lo que sea que esté siguiendo.

Él se encoge de hombros y se fija en el susodicho, que frunce el ceño y le mira mal, muy mal.

—Eres un chivato de mierda. Para tu información, Esme ya está bien y el primer día que llegamos aquí lo hicimos a lo bestia.

—Perdone usted. —Einar me quita la botella de bebida y se la da—. Toma semental, te la has ganado.

—Eres idiota y te prefiero cuando hablas español.

—¿Porque hablo menos y mal?

—Pues sí.

—Yo creo que soy adorable en todos los idiomas.

Nos reímos un rato unos de otros y pienso, otra vez, en lo contento que estoy de que estos tíos formen parte de mi familia. Son los hermanos que pedí durante mucho tiempo. Bueno, Einar en teoría no es de mi familia, pero creo que ya todos damos por hecho que está incluido en el paquete siempre que viene a España.

—Ahora en serio —dice Diego—. ¿Estás contento?

—Estoy muy muy muy contento —respondo con una gran sonrisa—. Fue genial.

Ella es genial.

—Lo es —dice Nate—. Como persona y como profesional. En la clínica están encantados con su labor. —Luego se queda en silencio un momento antes de seguir—. Sería una pena que alguien le hiciera daño, porque no se lo merece.

Me doy por aludido de inmediato y él sonrío, intentando ser amigable. Entiendo su advertencia y la valoro, lejos de lo que pueda pensar. Me encanta que se preocupen por Elizabeth y demuestren que ella les importa tanto como yo, porque eso significa que forma parte de todos, no solo de mí, y eso es genial. Ya ha pasado demasiado tiempo sola y es hora de que comprenda que tiene una familia, y si para eso tengo que aguantar amenazas sutiles, lo haré encantado.

—Soy un cabrón, soy consciente, pero ella es distinta. Lo último que quiero es herirla. Esta vez voy en serio. —Ellos me miran sorprendidos y me encojo de hombros—. ¿Qué? ¿Cuándo no lo admito me amenazáis y ahora me miráis como si hubieseis visto un fantasma?

—Es que no pensé que vería este día nunca —admite Nate.

—Yo sí —dice Diego sorprendiendo a sus amigos—. Yo no creía en el amor y estoy a punto de casarme en un *camping*, en agosto, vestido de muerto viviente y con dos hijas que llevarán vestidos de calaveras. Sé muy bien lo que el amor puede hacer en un hombre, así que no me extraña. —Coge la botella de las manos de Nate y la alza en mi dirección—. Brindo por ti, cuñado, porque has encontrado a la mujer que conseguirá que conozcas el infierno y el paraíso.

—Dicho así, no sé si alegrarme... —susurro.

Entonces Diego suelta una carcajada, algo que no es tan habitual en él si no está al lado de Julieta, porque es muy serio, y me mira como si yo fuese el tonto por no entender el chiste. Lo peor es que Nate también sonrío y me jode mucho darme cuenta de que hay algo que no estoy pillando.

—Créeme, si es la mujer de tu vida, hasta el infierno más ardiente valdrá la pena por conseguir tenerla a tu lado y verla sonreír cada día.

Nate asiente y Einar también, no sé por qué, si no tiene pareja, pero él es muy de estar de acuerdo con sus amigos, aunque no tenga ni puta idea de lo que habla. Yo, por mi lado, creo que entiendo, por fin, lo que quiere decir. Imagino que, por infierno, se refiere a lo que él vivió cuando mi hermana le dejó durante más de un mes y se convirtió en un zombi de los de verdad; de esos que apenas salían, más que para trabajar. Nate también se llevó su parte cuando mi hermana le dejó y me doy cuenta de que, en esta familia, parece ser tradición que las mujeres dejen a los hombres. Solo espero que eso se aplique a Amelia y deje a Nacho para siempre, pero no a mí, porque Eli no puede dejarme ahora que por fin he entendido que la quiero en mi vida de manera permanente. En mi vida como mujer. O sea, está claro que es una mujer, pero me refiero a mujer pegada a un hombre. Ay, joder, estoy teniendo uno de esos lapsus por los que mis hermanas se ríen de mí y me dicen que soy tonto. A lo que me refiero es a que la quiero como mujer comprometida conmigo. No comprometida de

boda, ojo, que tan rápido tampoco quiero ir. O a lo mejor sí, yo que sé, si nos va bien en un futuro... No, espera, eso da demasiado miedo todavía. Vamos a dejarlo en que es una mujer. Novia. ¡Es una novia! Eso es. Joder, me ha costado, pero lo he pillado. ¿Ves? Si yo, cuando se me da tiempo, acabo reaccionando solito. Soy de entendimiento lento a veces, pero eso no es malo, ni significa que sea tonto, simplemente necesito tiempo para comprender las cosas que me dan miedo, y pensar en Eli como novia me da miedo. O no, lo que me da miedo es la palabra «novia» a secas, pero ahora mismo me imagino frente a Sandro con Eli a mi lado y presentándola como a mi novia y no me da vergüenza, ni miedo, ni inseguridad. Al contrario, me hace sentir bien y satisfecho. De hecho, aunque suene muy mal, me hace sentir orgulloso porque, joder, Eli es preciosa, por fuera y por dentro, pero a Sandro le va a matar lo preciosa que es por fuera así, de primeras. Sonríe solo de imaginarlo y ni siquiera me paro a pensar que, tan parecido a mí como es, lo más normal es que acabe poniendo velas en un altar para no contagiarse de esta fiebre y acabar cayendo ante alguna tía. La verdad es que me gusta más la opción de que me tenga envidia, porque es para tenérmela.

—Es la mujer de mi vida —digo al final a los chicos—. No sé si voy a cagarla, a lo mejor sí, pero lo que sé es que, si hay una mujer perfecta para mí, es ella, así que espero que no se dé cuenta de lo capullo que puedo ser y me deje antes de poder demostrarle que juntos podemos ser geniales.

—Bah, no eres tan capullo.

—Sí que lo eres, en realidad —dice Marco llegando a nuestra altura.

Este chico tiene el don de aparecer cuando menos falta hace, todo hay que decirlo.

—Hombre, has decidido salir de la cama y ser un hombre de provecho. —Él me hace un corte de mangas y coge la botella de bebida de manos de Diego, que a este paso va a rular más que un porro en una convención de marihuana.

—Necesito algo fresquito y ahora iré a dar una vuelta.

—Espera y vamos contigo —dice Diego.

—No, gracias, vais apestando a tíos comprometidos y eso espanta a las chicas que solo quieren pasar una noche loca.

—Serás capullo... —dice Nate.

—Yo estoy soltero —suelta Einar— pero no voy. A mí las chicas me gustan para muchas noches.

—Tú es que no sabes lo que te pierdes con eso de tirarte a una sin saber ni cómo se llama —dice Marco en plan chulo.

Y podría criticarlo, porque está en modo niño insoportable, pero es que, hasta no hace tanto, yo era él y no tenía la excusa de ser muy joven. Me doy cuenta ahora del montón de cosas que he hecho mal en mi vida y de que, encima, las justificaba. Es verdad que no he tratado mal a ninguna chica, no a conciencia, al menos, pero estoy seguro de que más de una me ha notado tan frío después de que echáramos un

polvo que ni siquiera se han atrevido a proponer otro encuentro, más por miedo al rechazo que porque fuesen igual que yo. Y es jodido, porque pensar en esto es pensar en lo cabrón que he sido y en que esta solo es una cosa más a sumar en la lista de los contras que yo mismo me he puesto para ver si soy capaz de ser merecedor de Eli. De momento pierdo por mucho, pero prefiero no pensarlo, la verdad.

—¡Eh, poli! ¡Vamos a marcarnos un *Dirty Dancing*!

Me gustaría decir que todos vemos a Julieta al mismo tiempo que la oímos, pero no es así. Nos giramos buscándola y, cuando la localizamos, ya viene corriendo a toda hostia, así que a Diego no le queda otra que ponerse delante, doblar un poco las rodillas y prepararse para la recepción.

—¡Tranquila pequeña, joder!

Pero no, ella no está tranquila. Corre como si se la llevaran los demonios y cuando llega a él ni siquiera para saltar, simplemente se le echa encima sin erguirse ni tener en cuenta que así es bastante complicado que él la alce en brazos. Eso sí, lo comprende cuando los dos se dan la hostia del siglo mientras ella se ríe a carcajadas y él maldice en español primero y en italiano después.

—Menudo blandengue estás hecho. Al final me voy a tener que replantear la boda, porque si no puedes ni hacerme un *Dirty Dancing*...

—¡A ti se te va la puta olla!

—¡Diego ha dicho puta! —exclama Óscar, que de pronto está más atento que nunca.

—Es que encima de blandito es mal hablado —dice Julieta—. Me llevo el paquete completo. —Mi cuñado la mira tan mal que ella se ríe y se sube a horcajadas sobre él—. La parte buena es que podrías tener tres brazos y yo te querría exactamente igual. —Eso le hace sonreír, porque mi hermana sabe muy bien cómo ganárselo, pero luego, como es ella, sigue—. Aunque si tuvieras tres piernas sería mejor, porque usaríamos una para hacer cosas indecentes. ¡Serías como Nate, pero tú en la del medio tendrías dedos! Jo, qué felices seríamos.

Diego cierra los ojos y apoya la cabeza en el césped, seguramente haciendo el esfuerzo del siglo para no reírse y que ella se venga arriba. Nate se tapa los ojos con una mano, porque las referencias a sus partes íntimas le abochornan y divierten a partes iguales, Esmé la mira enfadada, porque no le gusta un pelo ese tema, Amelia se ríe mientras mece a Emily, que mira a sus padres y patalea para ir con ellos, Victoria llora desde el carrito y Esmé la coge de inmediato, pero entonces Noah llora y Einar se acerca para sostenerlo también, Diego besa a Julieta, Marco bufar y dice que se larga porque siente vergüenza ajena, pero no se va, mi padre, Sara, Giu y Teresa también aparecen y, además, estos últimos preguntan por qué su hijo y su nuera están en el suelo, Diego dice que le duele la espalda, pero cuando Julieta le besa la rodea con los brazos y empiezan a montar una escena subida de tono que se corta en seco cuando Óscar se acerca y le recuerda, otra vez, que ha dicho una palabrota, y yo estoy aquí, mirando a Eli, que a su vez me mira sonriendo y casi en

calma, como si pudiera permanecer al margen de todo este lío. Me acerco a ella, acaricio su costado y me muerdo el labio inferior para no comérmela a besos aquí mismo, porque eso sí que sería dar un espectáculo, así que me contento con acariciar su mano y, cuando ella enlaza sus dedos con los míos en un gesto que apenas dura unos segundos, me descubro pensando que es la mujer más maravillosa que he visto o conocido nunca y que más me vale no cagarla, porque creo que ya no puedo soportar pensar en una vida en la que ella no pinte mis días con su sonrisa.

Eli

La semana pasa tan rápido que, a la altura del viernes, empiezo a sentir vértigo, porque atisbo el final de estos días tan maravillosos y siento que me descompongo. No quiero irme de aquí ni el domingo, ni nunca. Quiero quedarme para siempre en este bungalow con Álex entre mis brazos, justo como ahora, que siento su mejilla en mi pecho. Son las seis de la mañana y tiene que irse en breve, si no queremos arriesgarnos a que Óscar nos pille. Llevamos así toda la semana y la verdad es que, no sé él, pero yo odio cada vez más estas despedidas furtivas. Necesarias, por otro lado, tengo clarísimo que mi hijo no puede enterarse de lo que nos traemos porque lo último que necesito es que se haga ilusiones con respecto a algo que dejará de existir en menos de setenta y dos horas, pero eso no quita que mi parte emocional odie darle un beso para dejarlo marchar sin saber si, a lo largo del día, encontraremos un hueco para estar solos o tendremos que esperar a la noche. Y eso que después de todo no podemos quejarnos, porque gracias a las clases de surf de Óscar tenemos un rato por la tarde para hacer actividades juntos, pero son actividades al aire libre y no incluyen el sexo. Que no me quejo, conste, pero después de siete años manteniendo mi virtud, ahora estoy tan salida que hasta Álex se ríe de mí a veces. Eso sí, no se queja lo más mínimo y está encantado con que quiera quitarle la ropa a la mínima de cambio, o eso asegura.

—¿Por qué no dejas que esa cabecita pare un poco, rubia? —pregunta de pronto.

Sonrío y beso su pelo por respuesta, porque me parece increíble lo bien que ha llegado a conocerme en este aspecto. Bueno, aquí tengo que hacer un inciso y decir que él ya me conocía, igual que viceversa, porque éramos amigos antes de meternos en esta relación de amantes, o como se quiera llamar, pero ahora hemos adquirido una intimidad que no teníamos antes. Álex es un hombre avisado, aunque a veces tenga momentos de aturullamiento mental y parezca que la cosa más simple le viene grande, pero por lo general se queda de inmediato con las cosas y ha aprendido que, cuando me despierto por las mañanas, avisada por el despertador para que él se vaya, me vuelvo pensativa y empiezo a darle vueltas y más vueltas a cualquier tema que me preocupe. No sabe qué me distrae con exactitud, porque le evade y no soy concisa, pero sabe que mi cabecita no para y no pierde oportunidad de recordarme que todo el sexo que practicamos no sirve de nada si vuelvo a tensarme en cuanto él se aleja de mí. En momentos como ese, me encantaría decirle que, en realidad, que él se aleje de mí es el motivo de que la tensión vuelva a mi cuerpo siempre.

—Solo pensaba en Óscar y en lo mucho que va a dolerle irse de aquí.

Vale, bien, teóricamente esto no es una mentira. Mi hijo ha hecho tan buenas

migas con los Acosta que incluso lleva dos días intentando convencerme de que le permita quedarse a dormir en casa de Junior. Al parecer harán esta noche una fiesta de pijamas y, aunque Álex vio el cielo abierto y me hizo prometer que lo pensaría, porque eso uniría más a Óscar a los chicos, pero, sobre todo, nos daría una noche entera para nosotros, yo no estoy segura. Quiero que Óscar disfrute, de verdad, pero por más que Martín y Fran me caigan bien y haya tratado con ellos esta semana, no conozco a los padres de Junior, los gemelos y Daniela. Martín habló ayer conmigo, me prometió que su propia hermana, que también se llama Daniela, le pidió que invitara a Óscar y me dijera que estarían encantados de quedarse con mi hijo, pero a mí dejarlo ir con gente que, al fin y al cabo, no conozco, me hace dudar.

—Es una gran oportunidad para Óscar, Eli.

—Eso no lo sabemos. ¿Qué pasa si lo pasa mal? Él nunca ha dormido fuera de casa, Álex —digo incorporándome y sentándome, haciendo que se despegue de mi cuerpo—. No quiero que se asuste en mitad de la noche.

Él suspira y se apoya en el cabecero de la cama mientras mira al frente. Está serio, lo que podría resultar raro en Álex, pero he aprendido que, cuando tratamos temas de Óscar, sabe cómo ser un hombre maduro y responsable. Sus muchas facetas se mezclan tanto entre sí, que a ratos no sé si hablo con un niño o con un viejo, pero supongo que eso también forma parte de su encanto.

—Es tu hijo, gatita —dice al final. Se ríe cuando le fulmino con la mirada y pasa un brazo por mis hombros, atrayéndome hacia su cuerpo—. No quiero meterme en cómo lo educas. Eres una gran madre y, decidas lo que decidas, estará bien para él.

Frunzo el ceño y beso su pecho antes de mirarle y hacer un pequeño puchero, como si fuera una jodida niñata, sí, porque se ve que el sexo me ablanda las neuronas.

—Ya sé que es mío, pero puedes darme una opinión, aunque sea como amigo.

Sí, he recalcado lo de «amigo» porque no quiero que piense que intento inmiscuirlo en la vida de mi hijo para engancharlo de alguna manera a nosotros. Eso no va a pasar, yo no voy a utilizar a Óscar para que Álex quiera estar a nuestro lado, me parece ruin y descabellado. ¿Qué me gustaría que él fuese el padre de mi niño y pudiéramos ser una familia feliz? Por supuesto, pero no dejo de entender que eso solo ocurrirá en mis mejores fantasías, porque no está ni cerca de ser una realidad.

—Mi opinión como amigo, amante y hombre es que le permitas ir a la fiesta de pijamas. Óscar es un gran crío, muy maduro para su edad y, Eli, los dos sabemos que en la escuela no se le va plantear una situación igual, al menos si las cosas siguen como el curso pasado. —Tuerzo el gesto y él frunce los labios, arrepentido de recordarme que mi niño no es el más querido de su cole—. No pasa nada, cariño, él enfrentará este curso con una actitud distinta, porque ha conocido a estos niños y sabe que ahora tiene amigos, aunque estén lejos. Si quieres que te dé un consejo, es este: deja que conviva con ellos todo lo posible y se haga con un montón de recuerdos que le acompañarán en los malos momentos el próximo curso, si es que los hay. Quizá incluso le venga bien para ganar seguridad y logre relacionarse mejor cuando entre en

septiembre al colegio.

Dudo mucho eso último, porque sé el tipo de chicos que hay en su clase y que mi hijo no encaja con ellos, pero tiene razón en una cosa, y es que yo misma estoy permitiéndome esta relación con Álex solo porque quiero poder vivir de los recuerdos cuando se acabe, así que sería injusto no dejar que Óscar hiciera lo mismo. Cuando el domingo subamos al minibús que nos llevará de vuelta a la ciudad, los dos tendremos el corazón roto por distintas razones, pero buscaremos la forma de seguir adelante juntos y solos, como lo hemos hecho siempre.

—Bueno..., la casa en la que van a quedarse está en este mismo *camping*, así que, si Óscar me extraña, siempre pueden llamarme para que lo recoja en un momento.

—Cierto.

—Y los niños Acosta son un poco salvajes, pero me gustan. Se parecen un poco a esta familia. —Álex asiente y sonrío mientras yo suspiro y vuelvo a apoyarme en su pecho—. De acuerdo. Le permitiré ir.

—Esa es mi chica.

Cierro los ojos cuando él besa mi pelo y pienso que ojalá fuera su chica de verdad, pero no me recreo demasiado en la fantasía porque él deshace nuestro abrazo y sale de la cama. Empieza a vestirse, si es que a ponerse el bañador se le puede llamar vestirse y, cuando se pone las chancletas y sale de la habitación me pinzo el labio, porque no sé si debería pedirle de manera formal que se quede conmigo esta noche o lo da por hecho. Quizá no quiere, pero no lo creo, porque estamos muy bien y... Chasqueo la lengua, pongo los ojos en blanco y me doy una colleja mental, porque no soy una cría. Es tan fácil como preguntarle y punto.

—Oye... —digo cuando ya ha abierto la puerta. Él me mira y yo le acompaño al porche para no despertar a Óscar—. Estaba pensando que como mañana es la boda, esta noche podríamos tomarla de relax.

—Sí. Creo que mi familia dijo algo de tomar una copa y brindar por los futuros novios, pero Julieta se negó, alegando que en esta familia no sabemos beber solo una copa.

—Sí, me lo contó ayer —contesto riendo—. Entonces... ¿tienes planes? Quiero decir, que quizá quieres salir con los chicos o...

—Elizabeth —dice cortándome—. Ni aunque me prometieran la mayor fiesta de mi vida me perdería pasar una noche entera contigo. Quiero venir aquí, que cenemos y disfrutar de una noche de sexo sin tener que privarnos a la hora de gemir o hacer chirriar la cama, pero solo si te parece bien.

Me río, porque sus últimas palabras sobran. Por Dios, si estoy derretida solo de pensar en disfrutar tal y como él ha dicho, ¿cómo no iba a parecerme bien? Me alzo de puntillas y beso sus labios, permitiendo que me rodee con los brazos.

—Me parece genial. ¿Querrás prepararme el desayuno?

—Claro que sí. Batido de chocolate, cereales de chocolate y unos chicles de sandía para cada uno como postre. ¿Te sirve? —Me río y él besa mi nariz antes de

bajar a mis labios—. Te comería entera cuando te ríes así.

—Me comerías entera hasta por respirar. Soy adorable, Alejandro.

Él se ríe y me abraza con más fuerza, haciéndome notar que está excitándose. Estos días no hemos mantenido el ritmo de la primera noche, pero tampoco puedo quejarme, porque no ha habido noche que no me haya llevado, mínimo, dos orgasmos.

—Mañana, en la boda, quiero que estés a mi lado, Eli. Que seas mi pareja, aunque a Óscar no se lo digamos.

Su propuesta me pilla desprevenida, sé que es una tontería, porque en realidad iba a estar a su lado de todas formas, pero el hecho de que me haya dejado claro que me considera su pareja para el evento me emociona tanto que solo puedo alzarme de nuevo sobre mis puntillas y besarlo, esta vez con más ganas.

—Será un placer —susurro en sus labios—. Anda, vete ya, antes de que mi hijo se despierte y nos pille aquí.

Álex sonríe, vuelve a besarme y se aleja un paso de mí.

—¿Volverás a dormirte?

—Sí, Óscar aguantará un par de horas más, con suerte. ¿Y tú?

Sé de sobra que sí, cada noche jugamos a esto, así que ya no puedo evitar sonreír anticipándome a su respuesta.

—Dormiré un rato antes de levantarme para hacer ejercicio. ¿Soñarás conmigo, rubia?

Ahí está, la pregunta que me hace cada noche, o cada mañana, según se mire, antes de salir de mi bungalow. Y mi respuesta no será distinta esta vez, así que carraspeo para aclararme la garganta y le guiño un ojo.

—Solo si me prometes que tú lo harás conmigo. Nos encontraremos en el mundo de los sueños y me darás, al menos, dos orgasmos más.

Él se hace una cruz en el corazón y me guiña un ojo antes de relamerse y susurrar «lo prometo» de una forma que me sigue erizando el vello. La primera vez que se lo dije me sentí cursi, pero cuando él hizo ese gesto sobre su corazón me emocioné tanto, que repetí las mismas palabras al día siguiente y así, de la nada, hemos conseguido crear una tradición.

La mañana es caótica ya desde el principio. Julieta está de los nervios, lo que significa que va por la vida haciendo de las suyas y crispando a toda la familia. Esme no deja de repetir que hace tanto calor que seguro que mañana el maquillaje nos cae a churretones, lo que pone a Julieta más de los nervios aún. Sara intenta mediar entre ellas ejerciendo de madre y amiga, demostrando que ya es una figura imprescindible en esta familia y Amelia... Bueno, ella se limita a coger el unicornio e irse a la playa sola, sin Nacho siquiera, porque él pasa de bañarse y ella pasa de quedarse sentada en la arena, así que creo que han llegado a una especie de acuerdo en el que se soportan

mientras esta semana dure y punto. No entiendo por qué demonios no lo ha mandado a freír espárragos ya, porque el tío ha seguido en plan prepotente y dictador con ella toda la semana, pero empiezo a pensar que Amelia intenta aguantar el tipo para no cargarse con una ruptura la boda de su hermana. Yo le he avisado que, siendo Julieta cómo es, lo que me extraña es que no haya puesto de vuelta y media ya a su novio, pero ella me contestó que su hermana ahora mismo no tiene ojos para nadie que no sea su futuro marido y sus hijas, así que tuve que darle la razón. Lo único que me molesta es que en la boda no va a poder evitarlo, y no quiero que le arruine la fiesta, pero también es cierto que toda la familia está advertida, ya, de que debemos intentar que se lo pase bien y no se centre demasiado en las críticas de ese imbécil. Espero que el domingo, cuando lleguemos a casa, le meta tal patada en el culo que no volvamos a verlo nunca más.

Como iba diciendo, Amelia se ha largado a la playa con el unicornio gigante y Marco la ha seguido un rato después, porque ha dicho, y cito textualmente «Si tengo que aguantarla un segundo más poniéndome pegas hasta por respirar voy a terminar cometiendo una locura». Y sí, se refería a Julieta. Ya he dicho que está un pelín desquiciada.

—Tengo que hablar con Fran. Lo mejor será que, en vez de casarnos a las ocho de la tarde, lo hagamos a las diez de la noche. ¡Las ocho no es buena hora para hacer una boda temática de Tim Burton! ¡Hará sol! ¿En qué película de Tim has visto tú que haga un sol como este? —me pregunta en un momento dado.

—Julieta, estamos en el sur, en la playa. Esto lo quisiste tú —le digo con suavidad.

—La cagué y vosotros, que no estáis en nada, me lo permitisteis.

—No la cagaste, fue una idea muy loca, pero ha salido genial. Hemos pasado una semana maravillosa y mañana vas a casarte con el hombre de tu vida, padre de tus dos hijas.

—Mis dos hijas están súper gruñonas hoy, creo que me odian. —Hace un puchero y mira a Diego mientras patalea el suelo—. Él también me odia.

Me fijo en su novio, que nos mira con expresión hosca mientras sostiene a cada niña con un brazo. No quiero ser abogado del diablo, pero es que conociéndola como la conozco...

—¿Qué has hecho?

—¡Nada!

—Se le ha ocurrido decirle que estaba más guapo cuando lo conoció, que la paternidad le ha demacrado y que podía haberse cuidado más para la boda.

Miro a Esme, que se ha acercado a nosotras. Tiene a Noah en brazos y, cuando me lo ofrece para que lo coja, ni lo dudo. No es por nada, pero qué precioso es mi ahijado, de verdad. Tan moreno, con esos ojos tan verdes, tan perfecto y milagroso...

—Uy —dice Julieta sacándome de mis pensamientos—. Alguien acaba de reventar el reloj del instinto maternal.

—Pero, ¿qué dices?

—Hija, que has puesto cara de querer uno así para ti.

Elevo las cejas y alzo a Noah para que lo mire antes de hablar.

—¿Tú le has visto? ¡Claro que quiero uno así para mí! No habla, no llora, duerme del tirón. Es el bebé perfecto. También querría a cualquiera de tus hijas, por si te lo preguntas.

—Las mías no duermen toda la noche del tirón aún —dice— por eso mi poli está tan demacrado.

—Y dale —dice Esme—. ¿No te das cuenta de que estás haciéndole daño, Julieta? ¿Te gustaría a ti que él te dijera que desde el parto tu culo está más grande?

—Me lo dice, pero porque está encantado.

Esme y yo ponemos los ojos en blanco; es imposible que esta mujer entienda las cosas, o eso parece, porque cuando él se acerca a nosotras sé que Julieta está a punto de pedirle perdón por haberle dicho eso, que bajo mi punto de vista es una estupidez, pero entiendo que, a horas de la boda, cualquier cosa parece un mundo para los dos.

—Espera, espera, no digas nada —dice Diego antes de que ella hable. No deja de mecer a las niñas, que pasan de chuparse los puños a morder la mandíbula de su padre cuando él las aúpa más—. Sé que tengo más ojeras que cuando me conociste y pensé que no te importaría, sobre todo porque vamos a hacer una boda en la que iré disfrazado de muerto, pero si lo que necesitas para tener un día perfecto es que me maquille, lo haré. Yo solo quiero que tengas cualquier cosa que necesites y desees mañana, pequeña.

—Diego... ¿Por qué cedes? —pregunta Julieta exasperada—. ¿Por qué no te peleas conmigo, como hacías antes?

Él suspira y la mira con tanta dulzura que siento que la saliva se me atraganta, porque mataría para que Álex me mirara así alguna vez.

—Porque tengo miedo de que, a última hora, comprendas que casarte conmigo es el mayor error de tu vida; que te mereces más de lo que yo puedo darte y que no voy a ser capaz de hacerte feliz. No discuto contigo porque no quiero que, en un arrebato de esos tuyos que tanto adoro y tanto pánico me dan, me digas que lo has pensado mejor y no quieres unir tu vida a la mía. No discuto porque eres lo que más quiero en el mundo, junto a nuestras hijas, y me da terror que mañana el día no sea todo lo perfecto que tú te mereces.

Agacho la mirada, porque me ha resultado imposible no emocionarme hasta las lágrimas y, cuando miro a mi lado, veo a Esme limpiarse las mejillas a toda prisa y sonreír a Julieta, que llora, como nosotras, pero no se limpia la cara ni trata de esconderse.

—Necesitarías un ejército entero en el pasillo del altar para impedir que llegue mañana a ti, y tendrían que matarme para conseguirlo, así que déjate de mierdas, poli. Tenemos dos hijas y un adolescente cabrón que está agotando las existencias de condones del sur de este país, de modo que deja a un lado tus dudas, pelea conmigo y

vuelve a ser mi hombre, porque lo último que necesito es que tú, que eres quien más me entiende, empieces a pasar de puntillas a mi lado, temiendo mi actitud, por mala que sea. Por favor...

Él sonrío un poco, sus hijas patean y, cuando se acerca a Julieta agradezco que Esme le interrumpa y coja a las crías de sus brazos, porque tan emocionado como va es capaz de aplastarlas entre su cuerpo y el de Julieta.

—Mueve ese precioso culo hasta el bungalow para que pueda castigarte con sexo duro por lo cabrona que has sido estas últimas horas.

—Dios, deberíamos habernos ido hace un rato —dice Esme poniendo los ojos en blanco y meciendo a las niñas—. Escuchar eso ha sido del todo innecesario.

Yo me río, muevo a Noah y veo cómo Julieta suelta una carcajada y Diego la echa sobre su hombro para irse al bungalow. Unos minutos más tarde Nate se acerca, coge a Victoria de brazos de Esme y la besa con esa devoción que siente por ella y que, a mí, en este momento, me duele como cuchillos clavándose en el centro de mi estómago, así que dejo a Noah con ellos y me muevo buscando a mi hijo para ir a la playa porque todo lo que acabo de vivir ha sido precioso, pero también me ha servido para darme cuenta de que, ahora más que nunca, quiero eso y no lo tengo. No puedo dormir por las noches y sonreír como Esme, Nate, Diego o Julieta porque yo no tengo la seguridad de que el hombre de mis sueños quiere y necesita estar a mi lado tanto como yo necesito estar al suyo.

No encuentro a Óscar por ningún lado y eso me desespera más, porque necesito con urgencia un abrazo de mi hijo. Quiero pegarlo a mi pecho y prometerme que todo estará bien; que seré fuerte por los dos, como siempre y que el final que cada vez se acerca más en mi historia con Alejandro será duro, pero no me matará. Y no será porque crea que el dolor no mata a nadie, porque estoy segura de que sí lo hace, aunque solo sea por todas esas personas que, ante un dolor insoportable se abandonan y se dejan morir. No, no es por eso. A mí este desamor no me matará porque tengo un hijo que se merece que yo me levante cada mañana con una sonrisa, aunque por dentro sienta que me consumo. Él no va a sufrir las consecuencias de mis decisiones, eso lo tengo claro, pero ahora mismo necesito encontrarlo y darle un maldito abrazo.

Por desgracia, no es a Óscar a quien encuentro, sino a Álex, que, cuando me ve, viene corriendo hacia mí y sujeta mis mejillas con las dos manos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

—¿Dónde está Óscar? —pregunto desesperada y consciente de que estoy sufriendo una crisis de pánico.

—Está con Einar en la playa. Se han ido hace unos minutos y yo iba camino de tu bungalow para avisarte y que no te preocuparas. —Sollozo y él besa mi frente con suavidad—. Shhhh ya está, cariño, está bien, no te preocupes.

Las lágrimas se escapan de mis ojos, porque no dejo de recordar las palabras de Diego, el amor que irradiaban sus ojos mientras miraba a Julieta y, en este momento, juro que parece que Álex me mira así, aunque yo sepa que solo es una ilusión y que él

no siente algo tan grande por mí, pero es que parece tan real que creo que voy a volverme loca. Él lo interpreta de manera equivocada, pensando que estoy así por creer que había perdido a Óscar y me abraza mientras yo lloro desesperada y me muerdo la lengua, de manera literal, para no pedirle que se quede así siempre, a mi lado, queriéndome y deseando ser parte de mis días. Me cuesta la vida no suplicarle que intente amarme y la certeza de llegar a ser así de patética me duele tanto o más que saber que me he enamorado de un imposible. Sé que es una crisis, que pasará en cuanto logre calmarme, pero es que siento que mi alma se retuerce y que soy yo la que le hace daño a conciencia, como si gozara destruyéndome poco a poco con algo que no va a ninguna parte.

—Álex... —gimo.

Él me abraza con más fuerza y yo no acabo la frase, porque no sé qué decir. En realidad, solo sé que exhalar su nombre en forma de deseo es otra muestra más de cuánto le quiero.

—No llores, Elizabeth. Insúltame si quieres y así liberas estrés, dime que soy un cerdo, deja que te haga el amor, vamos a ver a tu hijo. Hagamos lo que sea, pero no llores, porque me estás rompiendo, joder.

Cierro los ojos y me doy cuenta de que sus palabras, siempre tan perfectas y profundas, consiguen calmarme como nada más puede hacerlo, y eso solo es otro problema a sumar, porque cuando todo se acabe, me tocará lidiar sola con muchos momentos como este.

Me separo de él y enderezo los hombros porque, aunque una gran parte de mí quiera y lo necesite, todavía no puedo dejar salir el dolor que siento. Tengo que contenerlo un poco más y el domingo, cuando llegue a casa, podré permitir que todo salga y me devore, pero ahora mismo tengo que seguir adelante. Ya no hay más opciones, estoy enamorada de él y no puedo cambiar eso, así que solo me queda afrontar esto con la misma valentía que conseguí cuidar de mi hijo sola sin permitirme pensar ni un solo día que estaba haciéndolo mal, o que no era la madre que él necesitaba. Necesito rescatar a esa Elizabeth del pasado; que venga al presente y me ayude a superar todo lo que está por venir, que es mucho.

—Hazme el amor —le susurro a Alejandro—. Llévame a la playa, al bungalow o a donde sea, pero hazme el amor para que pueda calmarme.

Álex no habla, pero enlaza sus dedos con los míos y me lleva a mi cabaña, en la que me quita la ropa y consigue que me olvide hasta de cómo me llamo a base de caricias, besos y las palabras más hermosas del mundo.

Como si de verdad yo le importara.

Como si de verdad le matara un poquito verme así.

Como si me quisiera.

Y qué bonito sería, ¿verdad?

Miro a Eli dormir y respiro aliviado, porque parece estar más tranquila. No sé qué ha sido lo de antes, pero sé que no ha sido solo por Óscar. La conozco de sobra como para tener claro que Eli se fía al máximo de nosotros y sabe que no dejaríamos a su hijo solo o sin vigilancia, así que estoy seguro de que algo desencadenó que ella se pusiera a buscarlo como las locas y acabara teniendo un ataque de ansiedad como el que ha sufrido. Me froto los ojos y miro al techo pensando si habré hecho bien en hacerle el amor en ese estado, porque ahora me siento como un cerdo aprovechado, aunque haya sido ella la que me lo ha pedido. Solo quería que dejara de llorar porque con cada lágrima que echaba yo me partía un poco por dentro; supongo que ha sido una decisión de lo más egoísta. Necesito que ella esté bien porque su estado de ánimo afecta directamente al mío. Así de fuerte me ha hecho caer esta mujer, y no me molesta, de hecho, estoy aquí pensando en ello con una media sonrisa que, si no es sonrisa entera, es por la preocupación. Ahora mismo no puedo hacer más por ella, además, es la hora de comer, pero intentaré tantear a mis hermanas, a ver si ellas pueden contarme algo que haya llevado a mi chica a ponerse así.

Acaricio su cadera y beso su hombro mientras se remueve y protesta.

—Tenemos que ir al restaurante, gatita.

—Si vuelves a llamarme gatita te arranco los huevos, te lo juro, Alejandro.

Me río entre dientes porque adoro que vuelva a ser ella y mordisqueo su nuca antes de pegarme por detrás y abrazarla.

—¿No preferirías arrancarme otra cosa? Creo que los huevos son bastante necesarios para tener sexo. Al final perderías tú tanto como yo. ¿Por qué quieres castigarte? —La noto sonreír, aunque no la vea, y muerdo su oreja antes de palmear su culo—. Venga, perezosa, levántate y vamos a coger fuerzas para ir esta tarde a la playa, que hoy quiero hacer algo de surf.

—Yo paso.

—Me prometiste venir conmigo al menos un día, estamos a viernes y todavía no lo has hecho —le recuerdo—. De hecho, yo solo he ido un día porque he preferido estar contigo.

—Y te lo agradezco muchísimo, pero no tengo ganas de matarme con una tabla.

—Cariño, esto no es Hawaii, las olas de aquí, como mucho, te pueden revolcar un poco.

Ella se encoge de hombros, se levanta y me besa con tanto ímpetu que me mareo un poco. Juro que, cuando hace eso, mis neuronas se apagan y solo pienso en quedarnos en la cama y hacerle de todo, pero es que de verdad debemos ir al restaurante para reunirnos con la familia, así que dejo que remolonee un poco más y luego la obligo a vestirse mientras pienso, aliviado, que parece mucho más animada.

De hecho, parece normal, lo que tampoco me cuadra, así que llego a la conclusión de que finge que todo ha pasado para no preocuparme y eso, por supuesto, me preocupa aún más.

Esto del amor es complicado de cojones.

Espera. ¿He dicho amor? Sí, lo he dicho. Bueno... supongo que, a estas alturas, no tiene sentido seguir sin ponerle nombre a lo que siento. Pensar que me gusta ya no es suficiente y nunca me he sentido así con nadie. Yo, que hasta hace un año juraba que no existía mujer en el mundo capaz de conseguir que yo quisiera despertar cada mañana a su lado, ahora siento que una mano fantasma me asfixia cuando caigo en la cuenta de que, desde el domingo, volvemos a la vida real y allí, donde no existen cabañas juntas, ni comidas a diario, ni tardes de playa, pero sí están los turnos de veinticuatro horas, el cole de Óscar y las mil responsabilidades diarias, ahí, temo perderme y no ser capaz de mantenerla pegada a mí. Y por encima de eso, temo perderme y no ser capaz de mantenerme pegado a ella.

Tengo miedo de volver a ser el de antes, de llegar a casa y que algo cambie mi manera de ser y pensar de nuevo. Tengo miedo, porque el Álex de antes, ya no me gusta, ni me cae bien. Me escondía en mi coche, mi trabajo y los cuerpos desnudos, de casi cada noche, para no pensar que llegar a tener lo que mis hermanas, Esme y Julieta, ya tienen sería genial.

En realidad, me escondía en todas esas cosas para no pensar que yo no sería capaz de hacer feliz a una mujer de forma permanente, como hacen Diego y Nate. Todavía tengo serias dudas al respecto, soy más joven que Eli, pero la edad no importa; en cambio, mi inmadurez innata para según qué cosas sí puede llegar a ser un problema, porque ella es responsable en exceso debido a Óscar y a lo que ha luchado como madre soltera, y yo muchas veces soy un niño de instituto debido a... pues no sé, supongo que ha sido debido a que asumí este papel de pequeño y ya no he podido soltarlo.

De hecho, si me paro a pensar en ello, me doy cuenta de que mis hermanas y yo conseguimos crearnos una personalidad muy perfilada y cuidadosamente estudiada para no parecernos entre nosotros, pero, al final, somos todos iguales.

Julieta se ampara en sus salidas de tono, sus locuras y sus idas de olla, Esme se refugia en el sentimiento de responsabilidad extrema y esa vena maternal que desarrolló siendo una niña, Amelia no sabe vivir sin dar más de lo que recibe y no entiende que, a veces, es mejor guardarse los sentimientos para uno mismo, y yo... yo me dediqué a ser el mujeriego, porque tenía hermanas, sabía cómo era la forma de pensar de las chicas la mayoría de las veces gracias a lo que vivía en casa y me aseguraba constantemente de que todas ellas se quedarán con un buen sabor de boca cuando yo pasaba por sus vidas, o eso pensaba mi ego, pero en el fondo, todos fallamos en lo mismo. No tenemos ni idea de cómo afrontar una relación sana, por eso Esme y Julieta entraron en pánico en sus relaciones y dejaron a Nate y Diego en el momento en que todo se hizo cuesta arriba y por eso tengo pánico de hacer lo

mismo. No quiero regresar a Sin Mar, que las cosas se compliquen y acabar huyendo y haciendo daño a Eli. Me odio por anticipado, porque sé que voy a herirla, aunque no quiera. Nosotros somos dados a herir a la gente que más queremos antes de abrir los ojos definitivamente, y si no, mira a mis hermanas...

Quizá es porque mi padre nunca tuvo pareja hasta ahora. Tenía amigas de esas que le daban sexo sin compromiso, pero eso lo supimos de mayores y nunca conocimos a ninguna. No hemos convivido en casa con dos adultos que mantuvieran una relación sana y, aunque muchos niños se crían en familias monoparentales y no pasa nada, creo firmemente que a nosotros nos trastocó más de lo que pensamos.

No sé cómo afectan todas estas teorías a mi relación con Eli, pero sé que voy a hacer lo imposible para que el Álex del pasado no vuelva y lo joda todo, como hace siempre. Necesito que Eli entienda que quiero estar con ella, pero si se lo digo ahora, en vacaciones, no va a creerme. Pensaré que lo digo por el buen sexo del que hemos disfrutado y se convencerá de que, en realidad, no la quiero y la cambiaré por otra en cuanto pisemos la ciudad. Sé bien cómo funciona su mente, su vida está marcada por el gilipollas que le echó un polvo, le prometió la luna una noche cualquiera y la dejó sola y embarazada. No creo que me compare con él, o no demasiado, pero sé que es dada a desconfiar de los hombres en general y de mí en particular. Al principio me parecía normal, pero con el paso de los días debo admitir que duele, y mucho, porque por más que yo quiera cambiar, si ella no me da un mínimo de credibilidad, voy a tenerlo muy jodido.

—Eh —susurra Eli acercándose a mí y besándome—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —miento—. Tengo un hambre alucinante, eso es todo.

—Siento haberte entretenido tanto rato.

Me río, la abrazo y beso su frente antes de bajar a sus labios y comérmela un poquito, ahora que todavía podemos y no estamos en público.

—Me encanta entretenerme contigo, rubia, así que no sientas nada.

Ella me sonrío, mi corazón salta y salimos de la cabaña mientras pienso que me he acostumbrado demasiado rápido a que cada reacción suya tenga un efecto inmediato en mí, pero ni siquiera eso me da miedo. No más del que me da saber que piensa darme la patada en cuanto lleguemos a Sin Mar, claro. Cojo aire, deshecho el pensamiento y me digo a mí mismo, otra vez, que ya afrontaré esa realidad cuando llegue el momento. Sufrir por anticipado no tiene ningún sentido.

Llegamos al restaurante, donde todos están ya sentados y veo a Eli ir hacia Óscar y llenarle la cara de besos antes de sentarse a su lado. Me río, porque parece que acaba de ver a su hijo después de volver de la guerra, y me siento al lado de ella, con Einar al otro lado.

—Te he guardado sitio porque soy buena gente —dice.

—Se agradece —contesto riéndome—. Oye, tenemos que hablar.

—Dime.

—Después —digo señalando a Eli con los ojos. Él asiente y sonrío,

entendiéndome, y yo cambio el tema de manera inmediata—. ¿Harás surf esta tarde?

—Sí. ¿Te vienes?

—Sí, Eli quiere probarlo también.

—Ni loca —dice la susodicha.

Me río e intento convencerla, pero ella se niega en rotundo y, al final, claudico y quedamos en que yo iré con Einar un rato y ella se quedará con las chicas. Me jode perderme estar a su lado, pero lo organizaré de manera que, cuando Óscar empiece sus clases, yo ya haya acabado para poder estar con ella a solas. Además, de esta forma podré hablar con Einar, así que le propongo que se quede conmigo en el restaurante después de comer, tomemos un café y vayamos directos a la playa.

—Yo me apunto —dice Amelia.

—¿Otra vez vas a empezar con eso? —pregunta Nacho a su lado—. Pensé que habías entendido lo peligroso que es el surf.

—Y yo pensé que tú habías entendido que, de todas formas, quiero practicarlo.

Nachete cierra la boca y yo elevo las cejas intentando disimular una sonrisa de orgullo, porque es la primera vez que Amelia se atreve a llevarle la contraria en público y, joder, estoy sintiendo el triunfo como propio.

—Haz lo que quieras, pero si te haces daño no vengas llorando.

Einar bufa a mi lado y da un trago a su cerveza mientras intenta disimular lo mal que le cae este tío, o eso creo, porque yo estoy haciendo lo mismo y es por esas razones.

—No se hará daño. Es adulta y se cuida —dice al final, sorprendiéndome, porque creo que es la primera vez que se dirige a Nacho en un tono tan irritado.

Bueno, a ver, es Einar, creo que es la primera vez que usa un tono irritado en lo que va de vacaciones. Punto. Ni siquiera haber dicho mal la frase, con su tono de guiri, le ha restado sequedad.

—No sabe surfear, así que da igual lo adulta que sea, porque si haces cosas de manera inconsciente corres el riesgo de hacerte daño —contesta este.

—Nosotros la ayudamos —insiste Einar.

—Lo que tú digas —contesta Nacho con una risa irónica.

Einar aprieta la mandíbula y mira a Amelia, que agacha los ojos y se pone a comer pan como si el tema no fuera con ella. De verdad que me dan ganas de cogerla por los hombros y zarandearla hasta que me diga por qué cojones permite esto. ¿Quién es este tío y qué poder tiene sobre ella? Me tensó en la silla porque, de pronto, me da por pensar que igual Nacho está presionándola de alguna manera. Mi hermana es buena y bondadosa, pero no tonta, ella sabe mantener el tipo incluso frente a chicos conflictivos, así que no entiendo por qué no pone en su sitio a este tío y le permite que le falte el respeto de esa manera, porque es lo que hace al dejarla de inútil constantemente, más aún frente a su familia. Y lo peor es que ni siquiera parece enamorada, así que no sé qué pinta con él, de verdad que no lo entiendo. ¿Es que no ve que está sufriendo y, por el camino, nos está haciendo sufrir a nosotros? ¿Qué le

da Nacho para que no lo haya mandado a tomar por culo ya? Buen sexo no, desde luego, o no creo, porque si así fuera no estaría tan seria todo el tiempo, ¿no?

Siento la mano de Eli apretar mi muslo y miro en su dirección. Ella me sonrío y se acerca para besar mi mejilla, lo que me sorprende mucho, porque Óscar nos está mirando. A ver, no ha sido un gesto delatador, porque muchas veces nos hemos besado en las mejillas y el niño está acostumbrado, pero esta semana todo tiene un tinte distinto.

—Calma —susurra en mi oído antes de separarse de mí.

Cierro los ojos y hago ejercicio de contención, agradecido de tenerla y de que me tranquilice con algo tan simple como un beso y una palabra cuando sabe que estoy a punto de abalanzarme sobre alguien. No, sobre alguien no, sobre el imbécil de Nacho.

—Pues yo, viendo cómo aguantas el equilibrio encima de ese unicornio gigante, apuesto lo que sea a que la tabla para ti es pan comido, Amelia —dice Marco.

Mi hermana le sonrío de inmediato, agradecida por sus palabras y no me extraña, porque la relación de ellos al principio fue muy tensa. Amelia es asistente social y Marco era un niño de la calle, como quien dice. Tuvieron una época en la que él estaba muy resentido con todo el mundo, pero, sobre todo, con ella, porque pensaba que no había hecho lo suficiente para que Erin se quedara cuando su madre murió y su tío vino a por ella. Durante mucho tiempo mi hermana se sintió culpable por causarle dolor, pero sabía que había hecho lo correcto y creo que Marco, con el tiempo, también llegó a comprenderlo, aunque, como siempre, nadie habla del tema, porque esa chica es innombrable en esta familia y todos procuramos hacer como si no hubiese existido para tener a Marco tranquilo y relajado. El caso es que sé que Amelia agradece sus palabras mucho más que si vinieran de cualquier otro, y lo demuestra enderezando los hombros y adoptando una postura mucho más segura de sí misma.

—Es que para subir en el unicornio hace falta un don —dice riéndose.

—Eso es verdad —admite Julieta—. Dos veces lo he intentado y una, no sé cómo, perdí las bragas. Menos mal que estabas allí para recuperarlas, poli.

Diego se ríe entre dientes y se pinza el labio mirándola, seguramente recordando alguna cerdada que le hizo a mi hermana en ese momento. Yo miro a otro lado con ganas de arrancarme los ojos, porque odio presenciar escenas así y la familia al completo se ríe mientras se dedican a hablar del unicornio de las narices y de lo difícil que es subirse en él. Cuando acabamos de comer Amelia está de tan buen humor que ni siquiera pone mala cara cuando Nacho le dice que se va al bungaló a dormir una siesta.

El resto de la familia también se despide de nosotros, incluso Eli, que me guiña un ojo antes de irse con Esme y Julieta a preparar las cosas para ir más tarde a la playa.

—Bueno, ¿vamos? —pregunta Amelia después de tomar un café.

—Esperad, antes quiero hablar con Fran, a ver si lo pillo por aquí —digo mientras

me levanto.

—¿Para qué?

—Nada importante. Esperadme en la puerta si queréis, yo voy enseguida.

Ellos asienten, yo voy a la barra y pregunto por Fran Acosta, que está en la cocina, como siempre, porque ese hombre no sale de ahí. Me siento en un taburete y espero que lo avisen.

—¿Algún problema con la comida?

Me giro y veo a una mujer rubia y preciosa sonreírme y esperar una respuesta. No sé quién es, pero le sonrío por educación y niego con la cabeza.

—No, todo perfecto. En este sitio se come genial.

—Me alegro, asegúrate de dejárselo claro a mi marido, ¿quieres? Se preocupa mucho por sus clientes.

—¿Quién es tu marido? —pregunto.

—¿Quién me busca por aquí? —Fran sale de la cocina y, cuando ve a la mujer que hay a mi lado, su sonrisa se amplía hasta tal punto que creo que deben dolerle las mejillas—. Hola, rubia, si llego a saber que ibas a venir me habría puesto guapo para ti.

Se acerca a ella y la besa con un ímpetu que me hace reír, porque ahora entiendo las palabras que ella me ha dedicado. La mujer de Fran es preciosa, pero por encima de eso, está el hecho de que él la llame «Rubia», como hago yo con Eli. Puede sonar tonto, pero me hace pensar que quizá, algún día, yo pueda besar a mi chica en cualquier parte con esa despreocupación, sabiendo que ella es consciente de cuánto la quiero por lo evidente que es, porque incluso yo, que no conozco bien a Fran, sé cuánto quiere a su mujer solo por el beso que está dándole.

—El que te busca es él, pero el recibimiento me ha encantado —dice ella riéndose mientras Fran me mira.

—Hombre, Álex, me vas a perdonar, pero ni te he visto. Te presento a Wendy, mi mujer y madre de nuestras tres hijas.

—Encantado —contesto saludándola con dos besos antes de mirar a Fran—. Oye, sé que eres amigo de mi cuñado Diego y que ya has hecho mucho por nosotros, pero me preguntaba si podrías ayudarme con algo más... personal.

—Tú dirás para qué soy bueno.

—Verás, tiene que ver con Eli, la madre de Óscar.

—Una mujer de bandera. Educada, guapa y simpática, no me extraña que estés coladito por ella.

—¿Tanto se nota? —pregunto sorprendido.

—Los demás no sé, pero yo, que soy experto en el amor, lo noto.

Wendy suelta una carcajada mientras palmea su brazo, como si intentara bajar un poco su ego, pero solo consigue que Fran se estire más y me haga reír con su actitud.

—Ya, pues el caso es que su hijo va a quedarse esta noche en la fiesta de pijamas que organiza tu hermana, así que tenemos el bungalow para nosotros solos y me

preguntaba si...

—No digas ni media palabra más. Te voy a organizar una cena que se va a chupar los dedos. ¡Qué digo! Se va a desmayar del gusto. Después de esta noche, esa mujer ya no se te escapa en la vida, te lo digo yo, que convencí a la mía de que se quedara aquí conmigo y oye, si años después sigue a mi lado, muy mal no lo habré hecho, ¿no? —Me río y él acaricia el culo de Wendy haciéndola reír antes de llamar a una camarera—. Dame papel y boli, que voy a organizar una cita digna de la mejor película de amoríos de todos los tiempos.

Yo me río entre dientes, porque en realidad me conformaba con que me dijera que podía encargarse de la cena y recogerla en el restaurante más tarde, pero se ve que Fran Acosta es de los que necesitan hacerlo todo a lo grande y oye, no seré yo quien se queje. Me organiza un menú que me parece excesivo, pero cuando intento quejarme me dice que las cosas o se hacen bien, o no se hacen y me promete servirla en mi bungalow a las diez en punto, así que solo tendré que encargarme de no estar por allí antes de esa hora. Lo concretamos todo, le pago la cena, le doy las gracias, una y mil veces, y salgo del restaurante para encontrarme con Amelia y Einar.

—¿Listos para surfear? —pregunta mi hermana.

—¡Más que listo! —contesto antes de girarme hacia Einar y palmear su hombro—. ¿Qué te parecería dormir esta noche en la cabaña de Eli?

—¿Con Eli? —Le fulmino con la mirada mientras Amelia se ríe y él alza las manos—. ¡Era broma! Puedo dormir allí.

—Bien, y ocúpate de que Marco también lo haga, necesito nuestro bungalow libre a partir de las ocho, más o menos.

—No sé lo que tramas, pero ojalá la hagas sentir la mujer más especial del mundo. Ella se lo merece —dice mi hermana.

Sonrío, paso un brazo por sus hombros y beso su pelo mientras la pego a mi costado.

—¿Sabes quién más se merece sentirse la mujer más especial del mundo? Tú, porque lo eres, Amelia. Eres buena, amable, educada, inteligente y preciosa, entre otras muchas cosas, y no deberías permitir que nadie, nunca, te haga pensar lo contrario.

Ella se emociona, esconde la cara en mi cuello un momento y yo miro a Einar, que asiente en mi dirección y nos abraza a los dos con fuerza, porque ya he dicho muchas veces que este vikingo es muy de abrazar por todo, así que no iba a perder esta ocasión.

—Sois gente puta madre.

Amelia y yo nos reímos, porque es incorregible, y le devolvemos el abrazo antes de separarnos y dirigirnos a la playa a practicar surf de una vez por todas.

Ahora solo falta que llegue esta noche y mi rubia se sienta tan bien como para no pensar en la posibilidad de darme la patada cuando estas vacaciones acaben.

Eli

Llego a la playa a tiempo de ver a Álex salir del mar junto a Einar y Amelia. Vienen riéndose y ella, además, empuja a su hermano con tan mala pata que lo hace caer en la orilla, pero lejos de enfadarse se ríe, tira de su mano y la revuelca en el mar mientras Einar estalla en carcajadas.

—Son como niños —dice Óscar a mi lado.

Me río y revuelvo su pelo, porque no sé cómo me las he ingeniado, pero he acabado teniendo un hijo que a veces parece un viejo y un amante que a veces parece un niño. Miro de nuevo a Álex y pienso en la dulzura que demostró esta mañana ante mi ataque de ansiedad. Por suerte, estoy casi recuperada, sería absurdo decir que me encuentro al cien por cien, pero creo que aguantaré un par de días más sin volver a derrumbarme en público y eso ya es más de lo que puedo pedir.

—Uy, por allí llegan Martín y los chicos —digo al verlos entrar por un extremo de la playa—. Vamos a saludarlos.

—Mamá... ¿Vas a dejarme ir a la fiesta de pijamas? Te lo digo porque es esta noche y seguro que Junior me pregunta. Él me dijo que puedes hablar con su madre si te quedas más tranquila.

—Tienes muchas ganas de ir, ¿eh? —le pregunto con una sonrisa.

—Sí, me gustaría mucho, pero si te parece mal o te da miedo quedarte solita me quedo contigo. No pasa nada.

Siento que mi alma se derrite con cada palabra que pronuncia, así que me acuclillo frente a él y acaricio sus manos mientras le hablo mirándole a los ojos.

—Escúchame, cariño, voy a dejar que vayas a esa fiesta de pijamas, pero solo si me prometes que lo pasarás en grande y no te preocuparás por mí, ¿de acuerdo? Yo estaré bien.

Óscar sonrío de inmediato, me abraza y besa mi mejilla antes de apoyar su cara en mi hombro.

—Te quiero, mami.

—Y yo a ti, mi vida.

—Si te despiertas por la noche un poco asustada y quieres que vuelva, puedes venir a buscarme, ¿vale?

Me río y beso su oreja pensando en la inmensa suerte que tengo, porque Óscar es el niño más maravilloso del mundo. Con su llegada al mundo mi vida se complicó, pero, al mismo tiempo, se hizo más bonita que nunca.

—Te digo lo mismo. Si en algún momento quieres volver a nuestro bungalow, puedes llamarme, sea la hora que sea. —Él asiente y yo me pongo en pie y cojo su

mano—. ¿Listo para tu clase?

Óscar asiente con vigor y miro a Álex, que acaba de levantarse y se acerca a nosotros a pasos agigantados.

—Hola, colega —le dice al niño—. ¿Vas a dar tus clases ya?

—Sí, ¿y sabes qué, Álex? Mamá me ha dejado ir a la fiesta de pijamas de esta noche.

—¿En serio? ¡Qué bien! Me das muchísima envidia, que lo sepas. —Óscar se ríe y se encoge de hombros.

—Si quieres puedo decirle a Junior y los chicos que te inviten. Comeremos chuches y veremos pelis.

—Suenan genial, pero no quiero ser el más viejo de la reunión, así que mejor me quedo en casa y tú te comes mi parte de chuches.

Óscar asiente y yo me río. Nos acercamos a donde los chicos ya están reunidos y saludamos a Martín, que tiene a Daniela en brazos mientras riñe a Lola por algo que, de primeras, no entendemos.

—No, no te lo voy a repetir más. No vas a meterte en el agua sin el chaleco.

—¡Pero me da calor!

Martín la mira cada vez con más impaciencia mientras la niña, de ojos vivos y pelo negro, lo reta con la mirada.

—¡Estarás dentro del agua, Lola! Es imposible que te dé calor.

—Que sí, que me da calor. ¡Y me pica!

—Bueno, se acabó, no voy a discutir más. O te lo pones, o te llevo de vuelta con tu padre.

—Mi padre está trabajando —dice en tono chulesco.

Yo intento no reírme, pero es que esta niña, para tener solo cuatro años, es un torbellino. Es cierto que se parece mucho a Fran, pero por lo poco que he visto yo estos días, creo que llegará a superarlo cuando crezca.

—Pues con tu madre.

—También está trabajando.

Martín aprieta los dientes y mira al frente justo al mismo tiempo que dos mujeres se acercan a nosotros con una gran sonrisa en la cara.

—Pues con tus tías —dice el mayor triunfante—. Ale, se acabó. Hoy ya no das clase.

Lola mira atrás y cuando ve a las dos mujeres se enfada y se quita a tirones el traje de neopreno con tanta habilidad que me deja pasmada. En cambio, sus hermanas y primos ponen los ojos en blanco o se los tapan, directamente, así que supongo que están acostumbrados a esto, tal como me contó Óscar. Las dos mujeres se apresuran en llegar a nuestra altura y, cuando lo hacen, miran a Martín curiosas.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta una de ellas.

Debe ser la madre de Samuel, porque está en un estado avanzado de embarazo. Tiene los ojos azules, el pelo negro y un par de hoyuelos que hacen que su cara

parezca la de una muñeca. Es preciosa. Tan preciosa que miro a Álex de inmediato para medir su reacción. Me odio en el acto, también, porque yo no soy el tipo de mujer que se pone celosa cuando su chico mira a otra.

Bueno, en realidad, yo no soy el tipo de mujer que tiene chico, para empezar, así que mejor me callo porque a la vista está que sí me preocupa lo que él pueda pensar de ella. Sin embargo, Álex se limita a reírse cuando Lola empieza a correr mientras Martín la persigue con el neopreno en una mano y Daniela aun en brazos.

—No quería ponerse el chaleco. ¡Esta niña es que todos los días tiene que montar un drama por algo! —exclama exasperada Candice, su hermana mayor.

—Sé buena, cariño, lo de hacer drama y montar un circo es algo que nos corre por la sangre en esta familia —dice la otra mujer antes de echarse a reír y mirarnos—. ¡Hola! Soy Daniela Acosta. Tú debes ser la madre de Óscar. —Asiento y ella se acerca más y me da dos besos antes de señalar a la primera—. Ella es Tina, la madre de Samu y mi cuñada. —La susodicha se acerca y me saluda también.

Me fijo en la primera y me doy cuenta de que, si Tina es preciosa, esta no se queda corta. Viste un peto vaquero corto con rotos, unas Vans deportivas y lleva el pelo recogido en una trenza lateral que la hace parecer juvenil al máximo. De hecho, si me señalaran a esta chica por la calle y me dijeran que tiene cuatro hijos, no me lo creería.

—Encantada, yo soy Elizabeth y él es Álex, mi... amigo. —Frunzo el ceño, porque ha sido raro presentarlo así, pero nadie parece percatarse de mi incomodidad y se saludan con naturalidad.

—Veníamos a hablar contigo. Nuestra trupe de diablos no deja de hablar maravillas de Óscar. —Daniela mira a mi hijo y sonrío, agachándose un poco—. Y ese debes ser tú, ¿no?

—Sí, señora.

Tina suelta una carcajada y le da un codazo a su amiga antes de hablar.

—Te ha dicho señora. Si es que esas patas de gallo ya no engañan a nadie.

—No empecemos, Antonia, que yo podría meterme con tus kilos de más y no lo hago.

—¡Estoy embarazada! No me sobra ni un kilo, ¿verdad que no? —me pregunta.

Yo abro la boca, sorprendida de lo cercanas que son y, cuando voy a contestar, Martín vuelve tirando del brazo de Lola y se la entrega a Daniela como el que entrega un terrorista.

—Esta hoy ya tiene el día hecho —dice enfadado—. ¡Menuda tardecita me está dando! Se acabó, te la llevas y ya la recogerá su padre en tu casa.

—Hoy es la fiesta de pijamas.

—Pues más vale que os deis al alcohol en cantidades ingentes, porque no sé yo cómo cojones vais a soportar una noche entera con estos monstruos.

—¡Tito ha dicho «cojones»! —exclama Samu tapándose la boca con las dos manos mientras todos los niños hacen corrillo y le imitan.

Martín pone los ojos en blanco y yo intento no reírme, pero es que esta familia tiene un ritmo rápido y adictivo que me gana por segundos. Será que, en el fondo, estoy enganchada a las familias grandes, desordenadas y caóticas.

—¿Queréis hacer el favor de dejar de dar mala imagen? —pregunta Daniela—. Así no vamos a convencer a esta mujer en la vida de que deje a Óscar venir con nosotros toda la noche. —Me mira y sonrío con dulzura antes de seguir hablando—. Te prometo que no beberemos alcohol. No hagas caso de mi hermano, que a veces se ofusca y se le apagan las poquitas neuronas que tiene.

Me río y miro a Álex, que también se ríe entre dientes y acaricia los hombros de Óscar, que parece nervioso. Imagino que está pensando que puede que me eche atrás en el último momento, pero eso no pasará.

—Bueno, Óscar tiene muchas ganas de ir, así que si no os importa...

—Para nada —dice ella de inmediato—. De hecho, quería proponerte que vinieras a traerlo sobre las ocho, así conoces a mi marido y te convences de que no somos psicópatas o algo parecido.

—Claro, porque tu marido tiene unas pintas muy formales —dice Tina riéndose.

—¡Mi papá e muuyyyyy guapo!, ¿eh? —grita Daniela mirando a su tía con tanta seriedad que ella se echa a reír y me mira con sorna.

—Cuidado con decir algo malo del Dios Oliver, que por aquí sus retoños y su mujer te comen viva.

Daniela pone los ojos en blanco y aparta a su cuñada antes de llamar mi atención.

—Ven a las ocho a traerlo y así charlamos un poco más.

—De acuerdo —digo un poco aturrullada.

—¡Genial! Nosotras nos vamos ya. Venga, Lola, vamos a casa.

—¡Nooooo! Yo quiero quedarme aquí con ellos —dice llorando.

—No haber cabreado a tu tío. Anda, no llores que nos vamos a llevar a la prima Daniela y vamos a comprar un helado.

Tina coge en brazos a Daniela, que arranca a llorar de inmediato y se alejan mientras Martín suspira de alivio y el resto de chicos guarda silencio. Creo que piensan que, si se pasan de la raya ahora, es muy posible que acaben siendo expulsados de la clase también, así que están siendo un ejemplo de conducta, la verdad. Yo me despido de Óscar y quedo en recogerlo al finalizar la clase, después me alejo con Álex y, en cuanto estamos fuera de su alcance, siento su brazo rodearme por la cintura y acariciar mi cadera de manera suave y dulce.

—¿Estás más tranquila ahora que has conocido a Daniela?

—Un poco, aunque me pone nerviosa ir esta noche a su casa.

—¿Quieres que te acompañe?

Me paro en seco en la arena, le miro y siento que mi corazón se acelera, porque es algo muy tonto, sé que se está ofreciendo a acompañarme como amigo, se preocupa por Óscar y quiere asegurarse de que estará bien, pero una parte de mí, una cada vez más grande, se pregunta, por una milésima de segundo, cómo sería que me ofreciera

acompañarme como pareja, porque se preocupa por mi hijo como algo más que un amigo, o por mí como algo más que un amante.

Carraspeo, me encojo de hombros y sonrío un poco.

—¿Te importaría?

—Me gustaría, si a ti no te importa.

Álex se ríe, yo me río y, al final, me pego a su cuerpo y me alzo de puntillas para besarlo. Él me abraza, como hace siempre que yo doy el paso, y acaricia mi espalda mientras me recreo en su boca y siento su erección apretarse contra mi estómago.

—Esta noche... quiero hacer algo especial —susurro.

—Haremos lo que tú quieras —dice él—. Solo pide por esa boquita.

—No, todavía no... te lo diré esta noche.

—¿No vas a darme una pista?

Sonrío, me aprieto más contra su cuerpo y, con disimulo, meto una mano entre nosotros y acaricio su erección sobre el bañador.

—Te va a gustar... —susurro.

Él gime, se aleja de mí y se mete en el agua sin mirar a los lados, porque esto está lleno de gente y como se entretenga todos van a ver que está excitado al máximo. Yo me río y le veo nadar un poco antes de que se gire y me llame con los brazos. Niego con la cabeza y me río cuando hace como si se ahogara, pero como no le funciona bracea un poco y, al cabo de unos minutos, sale con el bañador desinflado ya. Nos agarramos de las manos como si fuésemos dos enamorados y decidimos irnos al chiringuito de la playa a tomar algo mientras hacemos tiempo para recoger a Óscar.

Allí nos encontramos con Einar y Amelia, que juegan a los dardos, y nos unimos a ellos. Marco llega poco después con las gemelas y se queja de que Diego y Julieta le han obligado a hacer de canguro para encerrarse en el bungaló.

—¿Y por qué no se las dejas a mi padre y a Sara? —pregunta Álex— o a tus abuelos.

El chico se encoge de hombros con desgana y le pone el chupete a Victoria mientras yo intento no reírme, pero es que se ha notado que, en realidad, disfruta mucho de estar con ellas.

Pregunto por Esme y Nate y el propio Marco me informa de que han ido al pueblo a por pañales y a dar un paseo con Noah. Me pido otra cerveza y me apunto a la siguiente partida de dardos sin preguntar por Nacho. De hecho, nadie lo hace y creo que Amelia incluso lo agradece, porque está riéndose y socializando mucho más hoy que en todos los días que llevamos aquí.

El tiempo se nos pasa volando y, aunque me encanta estar a solas con Álex, reconozco que me divierte muchísimo pasar tiempo con esta panda de locos. Al final nos despedimos de los chicos para recoger a Óscar y los dejamos jugando otra partida y haciendo apuestas absurdas acerca de cualquier cosa que se les ocurra, sobre todo Amelia y Einar, que van bastante perjudicados. Marco no ha bebido para estar centrado en las gemelas, así que se limita a grabarlos en video y prometerles que hará

un canal de YouTube solo para colgar la cantidad de paridas que son capaces de decir por minuto.

Nosotros volvemos a la playa, recogemos a Óscar, lo llevamos al bungalow y le preparo una mochila con una muda, el pijama, un libro de recetas, el coche de bomberos que le regaló Álex y, cuando estoy a punto de meterle mi móvil en el bolsillo interior, Álex me mira poniendo los ojos en blanco, se ríe y me recuerda que el niño estará a diez minutos andando dentro del mismo recinto, así que me corto un poco y me limito a mirarlo mal mientras me estiro y le doy prisa a Óscar para que no lleguemos tarde.

Paseamos hasta la zona restringida en la que, según nos contó el propio Martín, solo están las casas de los hermanos Acosta. Pulsamos el botón del portero que hay junto a la verja y, cuando se abre, nos quedamos maravillados con las preciosas casas de madera que rodean un inmenso jardín lleno de árboles frondosos, flores y un parque infantil privado. Las casas no son mansiones, ni mucho menos, pero parecen hogareñas, amplias y, además, tienen acceso privado a la playa, así que no puedo evitar envidiarles mucho, porque ya quisiera yo poder vivir en un paraíso así todo el año.

Al fondo a la derecha se abre una puerta y Daniela aparece en el porche saludándonos para que nos acerquemos. Óscar se agarra a mi mano y sé que está nervioso, así que se la aprieto intentando infundirle ánimos.

—¡Qué bien que ya estéis aquí! Pasad, los chicos están preparando los cuencos con palomitas y patatas fritas para cuando lleguen los demás.

Óscar sonríe, saluda con timidez y entra después de que Álex y yo saludemos con dos besos a la anfitriona.

—Este sitio es una pasada —dice Álex.

—Gracias, la verdad es que hace unos años mis padres decidieron cedernos este terreno para uso privado y estamos encantados. Nos gusta que los niños sientan la tranquilidad del *camping* cuando venimos de Los Ángeles.

—Óscar me ha comentado que venís mucho por trabajo.

—Sí, mi marido tiene un estudio de tatuajes en el pueblo, así que venimos varias veces al año. También tiene uno en Ibiza, pero procuramos pasar más tiempo aquí para que los primos estén juntos.

—¡Hola, Óscar! —exclama Junior acercándose seguido por sus hermanos—. Qué guay que hayas venido.

—Gracias —dice mi hijo con timidez.

—¡Mida Ódca! —dice la pequeña Daniela alzándose el pantalón del pijama y mostrándonos sus piernas llenas de rayones de bolígrafo—. ¡Mida mis *tatus*! Me los he *hacido* yo estos, no papi.

—Mi hija tiene una pequeña obsesión con el arte en general y los tatuajes en particular. —Daniela suspira y se encoge de hombros—. Ha salido a su padre y yo estoy cansada de frotar cada noche su cuerpo para limpiarla. Es agotador.

Me río y agradezco que sea tan cercana. Acepto el té helado que nos ofrece y nos sentamos mientras los niños juegan y ella nos cuenta que es fotógrafa y de las buenas, al parecer. Cuando nombra un par de modelos con las que ha trabajado Álex muestra un interés tan evidente que me causa risa, porque es normal que se maraville, a ver, si a mí me dijera alguien que ha fotografiado a Adam Levine, por ejemplo, también mostraría un interés descomunal.

Y hablando de Adam Levine... la puerta de casa se abre y una voz retumba en el salón justo antes de que una copia exacta, o puede que incluso mejorada de él, aparezca con una gran sonrisa, un vaquero negro ajustado y roto, una camiseta estampada con las iniciales de una banda de *rock* y unas Ray Ban que se quita con tanto estilo que creo que suspiro en alto. Los tatuajes que adornan sus brazos por completo y asoman por su cuello solo añaden un punto más a una ecuación ya perfecta.

—Ey, chica *híster*.

Sonríe de medio lado, se acerca a su mujer y la besa con tantas ganas, tanto amor y tanta pasión que me muerdo el labio y suspiro como una tonta pensando que las hay que nacen con una suerte tremenda, porque Daniela Acosta se ha llevado a uno de los mejores especímenes del género masculino en cuanto a físico se refiere, de eso no cabe ninguna duda.

Yo, sinceramente, no entiendo por qué las mujeres pierden las bragas en cuanto ven a un tío tatuado con pinta de macarra. Que sí, que el Oliver este será guapo, pero tampoco es como para que la lengua te llegue al suelo y ahí está Eli, babeando sin ningún disimulo. Y no es que sienta celos, ojo, que yo no soy celoso, pero tampoco me parece bien que lo mire como si fuera el último caramelo de la tierra. Tiene tatuajes, sí, ¿y qué? Tampoco es para tanto. Y esos pantalones apretados al final le darán problemas, no voy a decir que se quedará estéril porque a la vista está que no ha tenido impedimentos para procrear, pero tienen que dar un calor de la hostia, sin contar que cuando te sientas te debe apretar todo el... Vaya, que no veo yo que sea para tanto.

Luego está la sonrisa bajabragas que tiene y que le sale de manera natural, todo hay que decirlo, porque hay hombres que tienen que ensayarla, otros que ni así pueden hacerla y otros que nacemos con el don, porque sí, yo también lo hago, pero en este momento lo que me jode es que lo haga él y me robe la atención de Eli sin hacer el esfuerzo de hablar, siquiera.

—Ella es Elizabeth, la madre de Óscar —dice Daniela—. Y él Álex, un amigo.

Sonrío, pero juro que cada vez que Eli, Daniela o alguien me presenta como un simple amigo algo se funde dentro de mí. No soy un amigo, joder, soy... soy... bueno, no puedo decir que soy su novio, porque eso solo ocurre en mi cabeza, pero quiero serlo y me mata un poco darme cuenta de que ella ni siquiera duda a la hora de presentarme así.

Oliver da dos besos a Eli, que ya se ha repuesto de la primera impresión y consigue comportarse como una mujer adulta y no una niña de quince años frente a su ídolo, y cuando me da la mano le sonrío con cortesía.

—¿Cómo van las vacaciones? Sois invitados de la famosa boda, ¿no?

—Sí —contesto—. La novia es mi hermana.

—Fran me ha hablado mucho de ella y de Diego. Está encantado con eso de celebrar una boda temática en el *camping*.

—La verdad es que se está portando de maravilla con todos nosotros —digo con sinceridad, recordando que incluso me ha ayudado a mí a organizar lo de esta noche—. Es un tipo genial.

—Sí que lo es, y adora ayudar a sus amigos, así que no os sintáis mal ni abrumados —dice Daniela antes de sonreír—. No sé si os habéis agobiado ya, pero si llegáis a hacerlo por sus atenciones, no os preocupéis, es normal.

Nos reímos y los niños aparecen de nuevo donde estamos. La pequeña Daniela corre hacia su padre con tanto ímpetu que, si no es porque él se agacha a tiempo para cogerla, se habría estampado contra sus piernas con la fuerza suficiente para hacerse

daño.

—Princesita de papá —susurra él sonriendo y besando su sien—. ¿Cómo estás?

—¡Bien! *Mida*, papi, ¡*mida* mis *tatus*! —Se alza como puede el pantalón del pijama otra vez mientras su padre la sostiene y se ríe cuando ve sus piernas—. Los he hecho yo.

—¡Que se dice «hecho», Daniela! —exclama Junior.

—Déjala que hable como quiera, jo, eres un mandón —suelta uno de los gemelos frunciendo el ceño mientras el otro asiente, dándole la razón.

Oliver se ríe y mira a su mujer elevando las cejas.

—¿Día duro?

—¿Cuándo no? —pregunta ella sonriendo.

Él se acerca, la besa con suavidad y le dice algo en el oído que hace que Daniela se ría y lo aparte dándole una palmadita en el pecho. Y no necesito saber qué le ha dicho para comprender que ha sido algo subido de tono, porque sus mejillas están sonrosadas y sus ojos brillan de la misma forma que los de Eli hace un rato, cuando me acariciaba de manera disimulada en la playa.

De todas formas, ver esta pequeña escena, sentir a sus hijos reír y darme cuenta de que Óscar se ha quedado un poco apartado, me parte en dos, porque yo quiero todo eso. Me doy cuenta de que Daniela, Oliver y sus hijos son un conjunto perfectamente consolidado, cada uno tiene su papel y funcionan como un gran equipo.

Eli y Óscar son un gran equipo también, pero el niño no tiene padre y eso es algo que, en algunos momentos, debe echar de menos. Y luego estoy yo, haciendo el papel de amigo y queriendo ser la pareja de ella y el padre Óscar, pero temiendo que Eli me rechace por mi historial. Es una situación tan complicada que, justo en este momento, no puedo evitar pensar que desde fuera parecemos un triángulo de vértices desperdigados y no saber si seré capaz de unirlos me provoca tanta ansiedad que, de pronto, solo quiero salir de aquí, refugiarme en ella y demostrarle otra vez con acciones, besos y caricias que estoy deseando ser todo lo que ella y Óscar necesitan.

Y si no se lo digo con palabras es porque, en el fondo, soy un cobarde que se aterroriza ante la idea de ser rechazado.

Charlamos un rato más con Oliver y Daniela y descubro, mal que me pese, que él me cae bastante bien. La verdad es que a pesar de su aspecto de tío duro y macarra es un hombre educado, amable y bastante cercano, teniendo en cuenta que es un tatuador de renombre, además de un compositor conocido, según hemos averiguado gracias a uno de sus hijos. Total, que parece el hombre perfecto y, cuando salimos de casa, después de rechazar una invitación a cenar, porque no queremos molestar más de la cuenta, no puedo evitar sentirme un poco insignificante en comparación con él.

—Ya es casi noche cerrada —susurra Eli.

—Sí.

—¿Estás bien?

No, no lo estoy. Me ha bastado un rato rodeado de una pareja ajena a mi familia para darme cuenta de que, en realidad, hay muchas cosas que añoro en mi vida. No sé por qué me siento tan mal, porque estoy acostumbrado a ver a mis hermanas con sus parejas y sus hijos, pero enfrentarme a la casa de Oliver, Daniela y sus hijos ha sido revelador de un modo doloroso. Que él sea algo así como un genio y no tenga problemas a la hora de demostrar su amor a su mujer incluso delante de dos desconocidos no ha hecho sino minarme la autoestima, porque yo pensaba que era un hombre hecho y derecho. No soy el más maduro del mundo, vale, lo entiendo, pero creí que, para lo importante, era capaz de poner las cartas sobre la mesa y me he dado cuenta de que no es así. Soy un cobarde de mierda que lleva toda su vida escondiéndose en cuerpos de mujeres anónimas, o casi, porque así no tenía que pararme a pensar que había ciertos huecos que nada ni nadie podía rellenar. Huecos que implicaban una relación estable, fidelidad, confianza y el deseo de formar mi propia familia, pero el pánico a no saber hacerlo, no ser capaz de mantener el tipo o no ser lo que mi pareja pudiera necesitar me podía y me sigue pudiendo. Creo que en todo esto tuvo mucho que ver el crecer sin madre. Tenía a Esme, claro, que lo intentó, pero al final no era más que una niña asumiendo un papel que le venía demasiado grande. Llevo toda la vida viendo a mi padre solo, empeñado en no enamorarse y en criar solo a sus hijos y creo que, a raíz de que él trajo a Sara a nuestras vidas, las cosas han comenzado a cambiar.

O puede que, simplemente, haya sido un imbécil redomado que disfrutaba del sexo vacío porque era fácil y, hasta no hace tanto, eso es lo único que yo le pedía a la vida: que no se me complicara. El problema es que estoy entendiendo a base de golpes que son las situaciones complicadas las que consiguen que mi corazón lata con fuerza, haciéndome saber que estoy más vivo que nunca.

Pensé que para emociones fuertes tenía mi trabajo y fuera de él quería que todo fuera sencillo. Ahora creo que, en comparación con mi relación con Eli, mi trabajo es como jugar a las casitas con un niño de tres años.

Sea como sea, ahora mismo, después de pasar este rato con Oliver y Daniela, he comprendido lo que ya sospechaba: que no soy bueno para Elizabeth, que ella se merece algo mucho mejor que yo y que... no sé, que quizá me esté equivocando a la hora de tejer ilusiones y esperanzas.

—¿Álex? —Miro a mi lado y me la encuentro observándome con cara de preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí —digo mintiendo—. Sí, perdona, estaba distraído.

—Ya te veo... Te decía que ya es de noche, pero podríamos dar un paseo.

—¿Ahora?

—Sí. ¿No te apetece?

Miro el reloj de pulsera y me doy cuenta de que, en realidad, me apetezca o no, tenemos que darlo, porque en estos momentos Fran estará disponiendo la cena en la cabaña. Bueno, imagino que habrá mandado a algún trabajador, pero el caso es que

no podemos volver aún, así que asiento y cuando Eli entrelaza sus dedos con los míos me los llevo a la boca y los beso con suavidad antes de dejarme guiar hacia la playa.

Caminamos en silencio y, para no faltar a la verdad, admitiré que es ella la que me guía a mí, porque sigo perdido en mis pensamientos, aunque no quiera.

No dejo de pensar en todo lo que quiero, en lo difícil que parece conseguirlo y en lo mucho que me gustaría tener la clave de qué hacer para no acabar cagándola, como siempre.

—Estás muy callado —dice ella.

La miro y me doy cuenta de que parece tensa, así que es probable que esté pensando que me pasa algo con ella. Me esfuerzo por sonreír y paso un brazo por sus hombros.

—Solo pensaba.

—¿En qué? —Guardo silencio y ella sonríe y asiente mientras camina—. Entiendo...

—¿Qué entiendes?

—No tengo derecho a hacer ese tipo de preguntas, ¿no? —Me mira con algo de ironía y se encoge de hombros—. Ahora que somos amantes, hemos dejado de ser amigos y ya no puedo preguntarte qué piensas por si me malinterpretas o me meto donde no me llaman.

—¿Qué...? No, joder —contesto—. ¿De dónde has sacado todo eso? No me importa que me hagas preguntas.

—Pero no las contestas.

—Sí las contesto —digo en tono serio.

Me esfuerzo por mantener el contacto, porque por algún motivo ella piensa que yo quiero alejarme y no sé cómo hacerle entender que el problema es justo el contrario sin acabar teniendo una discusión que arruine nuestra noche.

—Será mejor que volvamos... —dice ella en tono seco.

Me doy cuenta de que he vuelto a quedarme en silencio y me maldigo mentalmente, porque estoy haciendo esto como el culo y no sé cómo arreglarlo, así que, al final, desesperado ante la idea de echar a perder nuestra noche, cojo su mano y la miro a los ojos dispuesto a ser sincero, al menos en parte.

—Ahí dentro, en casa de Daniela y Oliver... me he sentido como un niño más.

—¿Qué...?

—Me he sentido fuera de lugar, no sé por qué. El marido de Daniela es... parece el tío perfecto, y me ha dado por pensar que, en comparación con él, yo pierdo bastante, ¿no? —Eli abre los ojos con sorpresa y yo chasqueo la lengua—. O sea, sé que somos distintos, pero él parece no tener problemas a la hora de demostrar sus sentimientos y, por descontado, adora los compromisos, o no tendría cuatro hijos ya. Es el tipo de hombre que las mujeres queréis a vuestro lado, ¿verdad? —Agacho la mirada, sintiéndome ridículo y siento las manos de Eli en los laterales de mi cuello.

—Álex, yo no quiero un Oliver en mi vida.

—¿No? —pregunto mirándola a conciencia.

Y le pido sin palabras que se lance y me diga que me quiere a mí, que no necesita nada más que mis besos y mis brazos cada noche para sonreír y ser feliz cada mañana, pero ella se limita a besarme y tirar de mi mano hacia la orilla, desconcertándome de nuevo y sonriéndome de esa forma que hace que sienta que podría robar cada estrella de mar de esta playa, cada grano de arena, cada litro de agua y hasta el aire que respiramos. Cometería cualquier locura, si a cambio ella me prometiera una sonrisa así cada día de nuestra vida. Así de vivo y jodido me siento.

—Te dije que hoy quería hacer algo especial —dice ella sacándome de mis pensamientos.

La miro instándola a seguir y, cuando se quita el vestido que lleva y lo deja caer en la arena, siento que la sangre se me hiela.

—¿Y tu ropa interior? —pregunto como un idiota.

Ella sonríe, mira a los lados, consciente de que es de noche, pero aún puede venir alguien en cualquier momento y se encoge levemente de hombros, haciendo que sus pechos se muevan y me cautiven de manera irremediable.

—Quiero que nademos desnudos, Álex —susurra—. Que me hagas el amor en el agua para que este sitio se convierta en uno de mis recuerdos favoritos.

Y así, de la nada, consigue que yo quiera arrodillarme ante ella y declararme su esclavo por lo que me queda de vida porque, maldita sea, es perfecta.

Me quito la ropa con celeridad y cojo su mano mientras entramos en el agua y pienso, de manera fugaz, que espero que algún gracioso no nos robe la ropa. Por suerte, en cuanto Eli acaricia mi cadera antes de ponerse a nadar alejo de mi mente todo pensamiento coherente y me concentro solo en seguirla hasta que se detiene en un punto en el que aún hacemos pie, pero el agua nos cubre casi por completo.

Eli se acerca a mí y, en cuanto sus pezones rozan mi pecho, siento que mi erección se hincha más, cuando pensaba que ya no era posible. La beso en los labios y la abrazo mientras se enrosca en mis caderas, apretándose contra mí y jadeando en mi boca cuando aprieto uno de sus pezones y subo la mano para acariciar su mejilla.

—No tengo un condón —susurro mirándola a los ojos, aunque sé bien la respuesta que va a darme antes de que hable.

—No lo necesitamos.

Mi corazón se desboca, nunca he tenido sexo a pelo con una mujer, pero no es solo ese el motivo de mi emoción; es su mirada, su sonrisa, su primera muestra de confianza lo que hace que esté a punto de cometer la locura de confesarle mis sentimientos. La bajo de mi cuerpo, le doy la vuelta en el mar y hago que mire hacia el fondo, porque no quiero que alguien pase y se ponga nerviosa o nos corte el rollo. De esta forma pueden mirar, si quieren, porque no pienso parar ni aunque se caiga el cielo a trozos. Llevo mi mano a su entrepierna y la acaricio mientras ella apoya la nuca en mi hombro y gime mirando hacia el cielo. De sus labios resbalan algunas gotas de agua y no controlo el impulso de lamerlas, mordisqueando su boca y

gimiendo en ella cuando empuja su culo hacia atrás y me acaricia con él.

—No puedo esperar más —susurra cuando acaricio su clítoris—. No quiero correrme así, Álex, te quiero dentro.

No tiene que repetírmelo, me separo lo justo para que se gire y pueda enroscarse de nuevo en mi cuerpo, acaricio sus costados y dejo que sea ella la que me agarre con una mano y me guie hacia su interior. El contacto es caliente, suave, tan distinto a todo lo que he sentido antes que no puedo evitar temblar y gemir sin ningún control hasta que noto que estoy en lo más hondo de su cuerpo, haciéndola mía y haciéndome suyo con tanta intensidad que ni siquiera me salen las palabras, porque no hay nada que yo pueda decir que iguale o supere la perfección de este momento. Ella suspira y susurra mi nombre una y otra vez mientras yo beso su mandíbula, su cuello y sus labios manteniéndome quieto, esperando que se mueva y tome el control de todo lo que soy, o más bien de lo que queda de mí. Elizabeth entiende lo que pretendo y niega con la cabeza mirándome a los ojos y acariciando mi labio inferior con las yemas de sus dedos.

—Házmelo tú, Álex. Quiero que sea memorable, quiero que sea perfecto para ti.

—Para mí es perfecto porque es contigo, rubia —digo jadeando, pero moviendo mis caderas y atendiendo a su petición—. Cariño, me gusta tanto, joder..., tú me gustas tanto...

Ella gime, enrosca los brazos alrededor de mi cuello y se acompasa a mis movimientos, haciendo que los dos bailemos una danza perfecta mientras gemimos y nos susurramos un montón de palabras que atesoraré por siempre en el cajón de los mejores recuerdos de mi vida.

Su pelo flota a nuestro alrededor y el mío cae sobre mi frente mientras nos miramos a los ojos y veo, por primera vez, más de lo que su boca dice. Ella siente algo por mí, estoy seguro, joder, no me miraría así si no lo hiciera; no me haría el amor de esta forma si no lo hiciera, ¿verdad?

—Elizabeth... —susurro con voz ronca.

Estoy tan desesperado por pedirle que me diga lo que siente, que confiese que soy algo más que un rollo de verano... pero ella cierra los ojos, gime mi nombre y se convulsiona a mi alrededor, alcanzando un orgasmo que, de manera irremediable, me arrastra con ella y hace que me hunda en lo más profundo de su ser y me corra entre espasmos y la certeza, ahora más que nunca, de haber encontrado a la mujer de mi vida.

Temblamos, nos abrazamos y, cuando la intensidad deja paso a la calma, la miro a los ojos y encuentro en ellos, por fin, el brillo que me indica que hay algo más que no me dice; algo que la devora con la misma fuerza que a mí.

Un brillo que se convierte en la esperanza y el motivo que necesito para prometerme que, pase lo que pase, no voy a rendirme hasta que nuestra historia y nosotros seamos más grandes que el mar que nos rodea.

Eli

Camino con la mano de Álex enlazada en la mía y pensando en lo que acaba de pasar en la playa. Sonrío sin poder evitarlo, porque no tengo una palabra que defina lo maravilloso que ha sido. Por primera vez he sentido que no había nada que no pudiéramos salvar, porque los dos queríamos lo mismo y estábamos de acuerdo en luchar para conseguirlo. He creído, por un instante, que Álex me quería tanto como yo le quiero a él y que lo nuestro podía llegar a ser serio y real, y aunque ahora me toca volver a la realidad, me resulta imposible no sentirme tranquila y casi, casi, feliz, porque sé que he conseguido un recuerdo que me hará esbozar una sonrisa muchas veces, aunque sea triste.

—¿En qué piensas? —pregunta él mientras acaricia nuestros dedos.

Sonrío, porque es la misma pregunta que le hice yo antes, cuando salimos de casa de Oliver y Daniela. Decir que su respuesta no me dejó con la boca abierta sería mentir, porque lo hizo. No esperaba que Álex se sintiera inferior respecto a ningún hombre, así que apenas he podido creerme que de verdad Oliver le ha hecho sentir así, pero supongo que, en el fondo, hay parcelas de él que desconozco, igual que al revés.

Eso sí, cuando me ha confesado sus pensamientos he estado tan tentada de contarle lo que siento que he decidido que era mejor no esperar más y llevarlo a la playa. Quizá no pueda decirle en palabras lo que me carcome, por si echa a correr, pero puedo demostrárselo tal como lo he hecho en el mar; darle todo lo que soy y confiar en que el karma, de alguna forma, me pagará en el futuro por amar sin condiciones en el presente, aunque entremedias me toque sufrir un poquito.

—¿Me vas a contestar, o vas a aplicarte eso de que siendo amantes ya no puedo hacerte preguntas íntimas? —dice él haciéndome sonreír.

—Pienso en que me ha encantado la experiencia de tener sexo en el agua. Ahora hay partes de mi cuerpo que escuecen un poco, pero ha merecido la pena, ¿no crees?

—Desde luego, y siempre puedo darte crema en esas partes que escuecen.

Me río entre dientes y aprieto su mano, porque no quiero admitir que esas palabras me siguen poniendo nerviosa. Es que, si me paro a pensarlo, todavía me sorprende darme cuenta de todo lo que hemos hecho en una semana. He pasado de tener claro que jamás dejaría salir mis sentimientos, a ceder y proponerme convertir estas vacaciones en algo memorable.

Lo he conseguido, estoy segura, igual que estoy segura de que sacarme a Álex de dentro va a costarme un mundo, pero ahora mismo, esta noche, me da igual, porque no pienso estropear las horas que nos esperan por algo que llegará, lo quiera yo o no.

Llegamos a la calle en la que están nuestros bungalós y, cuando giro para que entremos en el mío, él me retiene, sujetando con fuerza mi mano y negando con la cabeza.

—Ven conmigo antes.

—¿A dónde?

—A mi bungaló, quiero coger ropa para ducharme cuando me levante y así pasar la mañana contigo.

Sus palabras me clavan un aguijón de ilusión, pero disimulo de maravilla haciendo uso de mi ironía y retomando la vieja y sana costumbre de chincharlo.

—¿Y no te pica el cuerpo?

Él frunce el ceño y me mira sin entender.

—¿Cómo?

—Al pensar que vas a dormir toda la noche conmigo.

Se ríe y niega con la cabeza antes de abrazarme por los hombros y besar mi cabeza.

—Llevo toda la semana durmiendo contigo.

—No es lo mismo echar una siesta después de un polvo y levantarte antes del amanecer, que quedarte hasta el final, ya sabes: ducha, desayuno completo y no solo las chucherías de mi hijo, una charla matutina...

—Estoy deseando vivir todo eso —asegura.

Me muerdo el labio para no sonreír como una idiota, porque sé bien cómo es Álex con respecto a dormir en casas ajenas, o cómo ha sido, así que me siento especial, aunque me dé rabia, porque es una nimiedad para cualquiera, lo sé, pero no para mí.

—Si no te conociera, conseguirías engañarme y hacerme pensar que, en realidad, el fiero león que se folla a toda la manada pretende ser un dulce gatito.

Álex suelta una carcajada mientras subimos los escalones del porche de su bungaló y palmea mi trasero antes de colocarse detrás de mí y agarrarme por la cintura.

—Yo siempre seré un león, rubia, pero a lo mejor es hora de que deje descansar a la manada y concentre todos mis esfuerzos en la gatita que se ha propuesto volverme loco. —Le miro sin entender, porque eso se ha parecido mucho a una declaración de intenciones, pero me he puesto tan nerviosa que no atino a decirle nada. Él sonrío, besa mi cuello y abre la puerta, adentrándose en el pequeño salón y hablando en mi oído—. Bienvenida a mi guarida.

Me quedo petrificada al enfrentarme a un montón de velas encendidas y dispuestas por todos los muebles, incluso en el suelo de la pequeña estancia. Hay pétalos de flores desperdigados aquí y allá, la mesa está puesta con cubiertos para dos personas y, al lado, hay una mesa adicional que han montado para la ocasión llena de bandejas y recipientes que seguramente contendrán una cena exquisita. Estoy tan

sorprendida que, por un momento, apenas unos segundos, pienso que nos hemos equivocado de cabaña, pero sé que no. Esta es la de Álex y los chicos, y esto lo ha preparado él para nosotros. Para mí.

Y es algo tan jodidamente bonito que lo único que a mí me sale es emocionarme hasta el punto de tener que pinzarme el labio inferior con los dientes para no ponerme a llorar. Sé que puede parecer una reacción desmedida, pero es que nunca me atreví a soñar con que un hombre preparase algo así para mí. No se trata de la cena, se trata de tener los suficientes motivos como para querer sorprenderme y halagarme con algo como esto. La verdad es que, cuanto más lo pienso, más cuenta me doy de que Álex esconde facetas que aún no conocía y que sospecho que solo me muestra a mí. Y no seré yo quien se queje, desde luego, pero sí me hace replantearme si no le habré juzgado demasiado a la ligera. Claro que, de haberlo hecho así, me habría enamorado el primer día y no habría aguantado más de un año, como ha sido el caso.

La vocecita que siempre me susurra que lo que él hace por mí no es especial, porque ya lo ha hecho con muchas, está apagada esta vez. Álex no ha hecho esto para otras, estoy segura, tan segura de eso, como de que está más tenso que una tabla esperando que yo diga algo.

—Álex...

Mi voz suena temblorosa, así que decido girarme y permitir que vea todo lo que esta sorpresa ha causado en mí. Él lo entiende en el acto, sonrío y mete un mechón de pelo detrás mi oreja mientras apoya su frente en la mía.

—Quería darte una noche perfecta, que te sintieras más especial que nunca, porque es lo que tú haces siempre conmigo.

—No es cierto...

—Lo es, hace un rato, en la playa... Elizabeth, yo nunca he estado con una mujer así. Nunca he hecho el amor sin barreras de ningún tipo, incluyendo el condón. —Álex carraspea, besa la punta de mi nariz y sonrío—. Nunca he hecho el amor. Punto.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Y por qué conmigo sí?

Seguimos en mitad del salón, Álex me abraza, juega con las puntas de mi pelo y mi corazón late a un ritmo impetuoso, pero ahora que he hecho la pregunta, quiero que conteste más que ninguna otra cosa del mundo. Él se separa de mí lo justo para poder mirarme a los ojos y sonrío con dulzura antes de hablar.

—Porque contigo no hay barrera que yo alce capaz de sostenerse en pie más de lo que dura una mirada tuya. Porque adoro besarte y me mata que me beses tú, porque me entiendes, me sostienes, me valoras y eres una de las mejores personas que he conocido nunca, y he conocido muchas. —Sonrío para no echarme a llorar y él suspira y acaricia mi mejilla—. Y, sobre todo, está eso.

—¿El qué? —pregunto, desconcertada por su mirada.

—Tu maldita sonrisa —susurra.

Suspiro y me besa con una ternura que me descompone el alma y compone una tormenta, porque Álex es de esos que miran y desarman, y hablan y sentencian, para bien o para mal. Le quiero, Dios, le quiero tanto que hasta siento el impulso de confesarlo. Si me contengo es porque no quiero cargarme esta noche. Él está dando infinitos pasos en mi dirección y quiero ver a dónde se dirige, darle la mano y disfrutar del camino sin pensar en el después.

—Es maravillosa.

—¿La cena? —susurra en mis labios sonriendo—. No la has probado.

—La cena, las velas, la vida, tú. —Mordisqueo su mentón y sonrío antes de hablar—. Y a ti sí te he probado.

—Yo a ti no lo suficiente. —Sus manos viajan por mi espalda y aterrizan en mis glúteos, apretándolos y haciéndome jadear—. Si por mí fuera, te sentaría en la mesa, abriría tus piernas y me daría el banquete de mi vida, pero estoy casi seguro de que no vas a dejarme, ¿verdad?

—¿Casi?

—Siempre hay que dejar sitio a la esperanza, rubia.

Me río, porque adoro a este hombre, y beso su boca una última vez, antes de apartarme, aunque me pese, y señalar la mesa. Su plan me tienta mucho, no voy a negarlo, pero también quiero disfrutar de todo lo que ha preparado con tanto esmero. Vamos a tener sexo, por descontado, pero creo firmemente en el poder de la anticipación. Así que, si olvidamos que venimos de hacerlo en la playa, bien podemos disfrutar de esta cena comiendo y calentándonos a partes iguales.

Álex lo entiende, de modo que me guía hacia la mesa y, cuando tomo asiento, lo hace frente a mí. Abre la botella de vino que hay en el centro y sirve nuestras copas en silencio, pero sin dejar de sonreír, mientras yo pienso lo distinto que parece estos días.

No atisbo al mujeriego de siempre, ansioso por salir por ahí y conocer a unas y a otras. De hecho, hemos estado toda la semana rodeados de chicas jóvenes y solteras que paseaban de un lado a otro del *camping* y he sido testigo de cómo ha pasado de todas hasta el punto de parecer no verlas. Imagino que echa un vistazo de vez en cuando porque la vista es libre y yo también lo hago, claro, pero en ningún momento he tenido la sensación de que echase de menos estar con ellas, o de fiesta, en vez de conmigo en la cama. Y es que, oye, quizá... bueno, tal vez haya una posibilidad de que él y yo podamos ser algo más, ¿no?

Después de todo estamos aquí, sonriéndonos, hablando de todo lo que pensamos hacernos en cuanto esta cena acabe y haciendo más cosas en una semana de las que hacen muchas parejas en meses. A lo mejor, como él dice, siempre hay que dejar sitio a la esperanza.

Cenamos un menú compuesto de marisco, en su mayoría, y un postre de chocolate que me vuelve loca. Tardamos casi una hora, lo que es un récord mundial porque, siendo sincera, yo no me veía capaz de soportar diez minutos mirándole a los

ojos sin querer comérmelo de arriba abajo.

—¿Cuánto le queda a tu *coulant*? —pregunta Álex ansioso.

Me río, porque él ya se ha acabado el suyo, pero es que lleva toda la noche así. Le ha durado la cena un suspiro y se ha pasado todo el tiempo mirándome a mí comer y haciendo referencias sexuales a mi modo de morder, lamer, chupar o hacer cualquier cosa que implique estar viva.

—Casi la mitad —contesto—. ¿No lo ves?

—Sí, pero tenía la esperanza de que te lo metieras entero en la boca y dijeras: ya no le queda nada.

Me río, mojo la punta de la cucharilla en la crema de chocolate blanco que se ha derramado cuando lo he abierto y la lamo, esta vez sí, procurando ser lo más sexual y sugerente posible. Álex lo nota, porque se agarra con más fuerza a su copa de vino y sé que está a nada de saltar sobre mí. Sonrío, vuelvo a mojarla y permito que el acero manche mis labios antes de metérmelo en la boca. No me los limpio, pensando que quizá eso consiga que Álex no resista más y, cuando él se levanta, me siento tan triunfante que no puedo evitar sonreír.

—¿Qué pretendes?

No contesta, o sí, lo hace, pero a golpe de besos. De uno más bien: largo, intenso, desesperado; de esos capaces de montar una revolución en tu estómago. Me levanta de la silla y me pega a él haciéndome notar su excitación y ayudando a que me olvide del mundo.

—Coge el postre —susurra en mi oído.

—¿Mmmm?

Álex se ríe y me alza en brazos con una mano mientras coge el plato con el *coulant* con la otra. Camina hacia el dormitorio y, cuando me deja sentada sobre el colchón y me dedica una sonrisa torcida, sé lo que pretende. Le conozco demasiado bien a estas alturas.

—No vamos a pringar la cama con el postre, Alejandro.

—Tranquila, cariño, dudo mucho que llegue a caer en la cama.

Y así, sin más preámbulos, suelta el plato en la mesita de noche, me levanta y consigue quitarme el vestido en unos segundos. No llevar ropa interior porque quería darle la sorpresa antes, en la playa, solo ha sido algo que ha contribuido a ponérselo fácil. Sonríe, me mira a los ojos y aprovecho para alejarme, solo porque quiero hacer esto a mi manera, así que rodeo la cama y subo por el lado contrario. Me tumbo y arqueo la espalda, entregándome sin que tenga que pedírmelo, diciéndole lo que siento sin palabras, pero con miradas que no dejan lugar a dudas. Cuando se da cuenta de que no voy a resistirme a nada que quiera hacer, se pinza el labio, se desnuda y coge el plato del postre, o lo que queda de él, se acerca y, sorprendiéndome de nuevo, se come en dos bocados la parte sólida y deja solo el relleno, la crema de chocolate blanco. Sé bien lo que pretende, le veo las ideas a mil kilómetros y, aun así, cuando vuelca el plato sobre mi estómago y el líquido cae sobre él como una suave

caricia no puedo evitar encogerme un poco por la impresión. Él mueve el plato, así que los hilos de chocolate empiezan a llenarlo todo; un pezón, el ombligo, parte de los muslos y mi vagina. Álex se relame y me mira con un deseo que me devora las entrañas. En cuanto el plato deja de gotear lo suelta en la mesa, abre mis piernas y se coloca entre ellas de rodillas. Y desde ahí, inclinándose como si hiciera una reverencia a mi cuerpo, se dedica a lamer cada gota de líquido que encuentra en él, consiguiendo que los gemidos acudan a mi boca con una celeridad sorprendente.

—Tan jodidamente exquisita... Tan perfecta para mí —susurra metiendo la lengua en mi ombligo y bajando al punto en el que mis piernas se unen—. Haré que esta noche sea memorable, lo prometo.

—Ya es memorable —jadeo enredando mi mano en su pelo y haciendo que me mire—. Estoy aquí contigo. Eso basta.

Álex se tumba sobre mí, cubriendo su cuerpo con el mío y demostrándonos a ambos que, aunque haya lamido casi todo el chocolate, mi piel sigue pegajosa, pero creo que a ninguno de los dos nos importa, porque estamos demasiado centrados en disfrutar de la sensación de tenernos piel con piel. Álex me besa y siento su excitación acariciar mis muslos, pero antes de que entre en mí quiero devolverle parte de todo lo que ha hecho por mí, así que le giro con esfuerzo haciendo que quede tumbado en el colchón y, antes de que pueda preguntarse qué pretendo, me agacho y me meto su erección en la boca haciéndole gemir en alto. Creo que es, hasta el momento, el sonido más alto que le he oído. No es la primera vez que le hago sexo oral, pero sí es la primera que no tenemos que reprimir nuestros gemidos, así que, impulsada por su visible placer lamo desde la base hasta la punta y me encargo de volverlo loco con mis manos, mi boca y mis pechos. Álex está tan excitado que me pide que pare, pero no quiero hacerlo. Quiero que acabe en mi boca y él, cuando se da cuenta, no lo soporta más y se corre mientras acaricia mi pelo y tiembla de un modo que solo consigue excitarme más.

Hablando de cosas perfectas...

—Ven aquí —susurra en cuanto acaba, con voz aún jadeante—. Voy a pagarte esto con creces, lo prometo.

Me tumba sobre la cama, chupa uno de mis pezones y se levanta, desconcertándose. Abre el armario y, cuando saca mi neceser, le miro con la boca abierta.

—¿Cuándo me lo has robado? —pregunto alzándome sobre mis antebrazos mientras él se ríe.

—Cuando hacías la mochila de Óscar. —Saca un pequeño vibrador que traje conmigo y sonrío mordiéndose el labio—. Llevo soñando con jugar contigo un año, pero cuando vi esto... —Resopla y se acerca a la cama agarrándose la entrepierna—. Joder, me acabo de correr, pero la idea de usar esto en tu cuerpo hace que mi polla pida más guerra.

Podría haber sido más delicado, es verdad, pero es que cuando miro abajo y veo

que tiene razón me sorprende tanto que no me sale otra cosa más que volver a tumbarme y abrir las piernas.

—Más te vale hacerlo bien, si quieres repetir esta experiencia.

Álex sonríe con malicia, se sube en la cama y deja el neceser a un lado después de sacar el vibrador. Pensé que iría directo a mi clítoris, pero decide que es mucho mejor entretenerse en pasar el glande de plástico por mi estómago en dirección ascendente. Rodea uno de mis pezones, lo golpea suavemente con el látex y, cuando consigue que me arquee buscando más, se ríe entre dientes y sigue subiendo hasta la base de mi cuello.

—Eres un capullo.

—Sí, cariño, insúltame, eso me pone.

Me río y me fijo otra vez en su entrepierna. Sí, joder, esto le pone. Reconozco que no es el sexo tierno y lento que esperaba después de semejante cena, pero de eso ya hemos tenido en la playa así que, ahora que le estoy viendo con mi vibrador en las manos, lo que más quiero es que lo use de cuantas perversas maneras se le ocurra. Él sigue subiendo el látex por mi cuello y cuando lo apoya en mi mejilla gimo y me arqueo.

—Álex...

—Chúpala —dice él poniéndola sobre mis labios—. Vamos, cariño, comete esta polla, quiero verte. —Gimo y obedezco mientras él me dedica un sonido ahogado y se relame—. Joder, es tan caliente... —Su mano libre viaja al centro de mis piernas y me acaricia con suavidad—. Estás empapada, nena —jadea.

—Sabes bien cómo conseguir que una mujer se derrita —digo entre gemidos sin dejar de chupar y lamer el vibrador cada vez que él me lo ofrece.

Álex sonríe de medio lado, orgulloso de mi cumplido y se aleja de mí, arrodillándose de nuevo entre mis piernas abiertas y apoyando el glande de plástico en mi clítoris justo antes de encenderlo y hacer que vibre sin vacilaciones. Me arqueo y le pido que lo retire y empiece por abajo, para acostumbrarme, pero, sobre todo, porque temo llegar al orgasmo en cinco segundos si sigue así. Él sonríe, niega con la cabeza y aprieta más el vibrador contra mi clítoris haciéndome gemir en alto. Muy alto.

—Así, vida, quiero oír cómo te vuelves loca, joder, ojalá consiguiera que mi propia polla vibrara así.

En otro momento me habría reído por la ocurrencia, pero estoy tan excitada que todo lo que alcanzo a hacer es retorcerme para pedirle más. Álex hace que el vibrador abandone mi clítoris y se dedica a moverlo en círculos alrededor de él al tiempo que se agacha para lamer y chupar mis pezones. Yo cierro los ojos con fuerza, agarro la sábana en dos puños y gimo su nombre una y otra vez, suplicándole que no deje de darme placer, que me lance al espacio de los orgasmos con sus manos, su boca y mi juguete favorito. Y él lo hace; su lengua juega en mis pezones, el vibrador en mi clítoris y dos de sus dedos se cuelan en mi interior desatando una tormenta que

empieza en mis pies, pasa por mi espalda y acaba en los gemidos que escapan de mi boca mientras alcanzo uno de los orgasmos más intensos de toda mi vida. Aún no he acabado de temblar cuando siento sus manos agarrar mis caderas y su erección entrar en mí con lentitud, pero sin detenerse. Se entierra en el fondo de mi cuerpo y gimo cuando se mueve rozando su pubis con mi clítoris.

—Vas a matarme —murmuro jadeante.

Él sonrío, me besa y suelta el vibrador a un lado para enlazar sus manos con las mías. Las alza por encima de mi cabeza y se dedica a rozar cada parte de mí mientras se mueve, alargando los estertores de mi orgasmo y consiguiendo que uno nuevo empiece a construirse. Haciéndome sentir viva, especial, única y perfecta, porque eso es lo mejor de Alejandro, que consigue que yo sienta que soy increíble y eso sí que no está pagado con nada.

—Júrame que esto no acaba aquí, Elizabeth —susurra en mis labios—. Prométeme que lo que hemos empezado estas vacaciones, no está ni siquiera cerca de terminar.

Sus palabras me pillan tan de sorpresa que no puedo hablar, pero mi cuerpo se contrae y él gime, sintiéndose más apretado dentro de mí. Sus manos dejan de enredarse con las mías para acariciar mis costados, sus dientes rozan mi mandíbula y besan mis labios esperando una respuesta y yo no sé cómo contestarle sin dejar ver este amor que cada vez me sobrepasa más.

—Será difícil y...

—No lo será —dice embistiendo en mi cuerpo—. Será perfecto, tan perfecto como aquí. —Niego con la cabeza, no sé por qué y él vuelve a entrar en mí con rotundidad, arrancándome un nuevo jadeo—. Sí.

—No —susurro—. Tú querrás estar con otras.

—No. Nunca más, Elizabeth, te lo prometo.

—No digas cosas de las que puedas arrepentirte —murmuro sintiendo que incluso mi excitación va a menos.

Álex me besa, se mueve en círculos y logra, por un momento, que deje de pensar en lo que nos hemos dicho. Cuando mis caderas vuelven a seguirle el ritmo sonrío y me besa los labios con dulzura, haciéndome saber que no va a insistir más en este tema y dejándome a partes iguales aliviada y decepcionada. Sin embargo, sus caricias consiguen que el alivio gane la partida y la anticipación se le una de inmediato. Mis pezones están erguidos, me siento llena de él y cuando vuelve a coger el vibrador me muerdo el labio muerta de deseo y de ganas de que lo use. Álex sonrío pagado de sí mismo, nos gira y me deja sobre su cuerpo.

—Cabálgame y deja que te vuelva loca con esto, rubia.

Y lo hago, porque nunca he jugado a esto con un hombre y quiero saber qué se siente. Muevo mis caderas en círculo, aprieto los músculos internos de mi vagina y consigo que Álex gima y apriete los labios, intentando controlarse. Enciende el vibrador y lo lleva directamente a mi clítoris, estimulándolo sin preámbulos, como

antes, dándome de lleno en un punto sensible mientras yo pierdo el ritmo y él mueve sus caderas, alzándonos a ambos e instándome a moverme. Me cuesta, pero consigo hacerlo y cuando Álex deja el vibrador entre nosotros y me tumba sobre su cuerpo para que los dos lo sintamos rozarse en cada movimiento creo volverme loca. Estallo en un orgasmo tan intenso que siento que me derrito, no solo a nivel emocional, sino físico, porque noto perfectamente cómo mi cuerpo consigue eyacular y moja incluso los muslos de Álex, que suelta una exclamación de sorpresa y se corre besándome y temblando conmigo mientras me agarra por el culo y me mantiene bien pegada a él.

Me cuesta unos segundos comprender que he conseguido eyacular debido al inmenso placer que he sentido y, cuando puedo despegarme un poco para quitarme el vibrador, que ahora ya me molesta por lo sensible que estoy, y veo los muslos de Álex mojados por mi culpa, siento tal vergüenza que rompo nuestra unión de golpe. Él, que todavía tenía los ojos cerrados, los abre y me mira sin entender qué pasa, pero cuando baja la vista a sus piernas siento que el bochorno me mata.

—Joder —dice antes de mirarme y dedicarme una sonrisa torcida—. Quiero repetir eso otra vez. Y otra. Y otra. Y otra. Dios, quiero conseguir que te corras así cada día de nuestra existencia, rubia.

Abro la boca sorprendida, porque pensé que... bueno, no sé qué pensé, la verdad. Estoy tan aturdida ahora mismo que no sé qué decir, así que Álex, que parece entenderlo, aparta a un lado el vibrador, me abraza y acaricia mi pelo mientras me mira con una dulzura que me parte en dos, porque no entiendo cómo pueden coexistir dentro de un cuerpo tantas facetas sin acabar estallando. Él parece cómodo siendo así, haciendo que el sexo sea la cosa más dulce del mundo un minuto y convirtiéndolo en algo perverso y puramente físico al siguiente. No sé cómo lo consigue, pero sé que me vuelve loca y que, ahora más que nunca, sé que no podré desengancharme de él nunca, estemos juntos o no, suene bien o no. Álex es mi punto débil, la persona que consigue que yo me replantee toda mi existencia a un nivel aterrador, pero también el que más placer me ha hecho sentir en toda mi vida, y no hablo solo del sexo.

Su petición de seguir con esto cuando acaben las vacaciones me ha desbordado el alma, él lo sabe, pero no sé si debería tener en cuenta una conversación que ha transcurrido entre gemidos y sexo. Hay cosas que se dicen debido a la excitación y que...

—Antes o después tendremos que hablar de ello de nuevo —dice Álex irrumpiendo en mis pensamientos.

—¿Qué?

—La promesa que te he pedido y has ignorado. Puedes hacerla o no, Eli, pero no vas a conseguir que me olvide de ello.

Y así, de la nada, acaba de volver a poner mi mundo patas arriba. Ojalá algún día deje de hacerlo, porque es agotador.

No, mentira. Sí que es agotador, pero ojalá nunca deje de hacerlo, porque es Álex en estado puro.

Aquí está, abrazada con ganas a mi pecho, como si temiera que me levantase y me fuese. Como si eso fuera a pasar alguna vez. Cada vez estoy más seguro de que hay algo en su mirada que ya no es igual. O sí, quizá sí es igual y soy yo el que no ha sabido verlo hasta ahora. He necesitado una semana de sexo, caricias, besos y mirarla a conciencia, sin su ironía y mi chulería jodiéndonos, para darme cuenta de que Eli quiere lo mismo que yo, pero se niega a dárnoslo.

Entiendo sus reticencias, de verdad, la última vez que decidió confiar en alguien acabó jodida y embarazada, aunque, bien mirado, tuvo un hijo maravilloso, así que ella mejor que nadie debería entender que hasta las peores catástrofes son capaces de traernos algo bueno, y aquel imbécil a ella le dio lo mejor de su vida y lo mejor de la mía, si nos ponemos, porque Óscar sigue muy presente para mí. ¿Cómo voy a olvidarlo, si hasta tengo pensado mantener, en algún momento, una charla con él para ver si me aceptaría como novio de su madre? A Eli no le digo nada, claro, no quiero que me cuelgue por los huevos del marco de la puerta y tampoco voy a hacerlo sin su permiso, así que más me vale convencerla de una vez de que esté conmigo para así poder convencer al pequeño, aunque me imagino que con él lo tendré mucho más fácil, o eso espero. Siempre puedo tantear el terreno en una de esas conversaciones nuestras...

El caso es que aquí está ella, aferrada a mí y, al mismo tiempo, intentando alzar un muro entre nosotros. La contradicción hecha persona y volviéndome loco, pero no importa, ahora que por fin tengo claro lo que quiero y necesito solo tengo que ser paciente. No es mi mejor cualidad, pero puedo hacerlo si es lo que necesita.

—Estás muy callado —susurra con voz tensa.

Sonrío, porque es increíble lo bien que la conozco. Ya lo hacía como amiga, porque llevamos mucho tiempo viéndonos casi a diario gracias a la obsesión que sufre mi familia por las reuniones, pero ahora es distinto, como si pudiera mirarla a los ojos y saber lo que piensa justo después de hacer el amor, o durante. Todas sus barreras se caen y, aunque se esfuerza en erguir las lo más rápido posible, yo estoy ahí para captar el momento exacto en que me deja ver hasta qué punto siente cada caricia mía, igual que viceversa. Sé, por ejemplo, que ahora mismo está nerviosa pensando en lo que le he dicho, en si habrá sido en serio o en cuándo pienso sacar el tema de nuevo, porque ya le he avisado que voy a sacarlo. Elizabeth es una mujer calmada, pero tiende a dar muchas vueltas a las cosas que le preocupan, así que no tengo ninguna duda de que estará volviéndose loca con esto nuestro. El problema es que no deja que yo se las resuelva y, cuando intento hacerlo, no me cree, lo que me frustra bastante.

Paciencia, Álex, paciencia.

—Has conseguido agotarme —le digo a modo de respuesta.

Eli sonrío, probablemente aliviada de que no vuelva a la carga, y yo también sonrío, pensando que solo voy a darle esta noche de descanso. Mañana en la boda tendrá los sentimientos a flor de piel y volveré a sacarlo cuando menos se lo espere. Y si me dice que no, seguiré insistiendo otro día. Y otro. Y otro. Y otro. Y, al final, se dará cuenta de que un tío, si se pone tan pesado, es porque va en serio, o es muy tonto. Espero que piense lo primero, que para lo segundo ya tengo a mis hermanas.

—Deberíamos darnos una ducha. Estamos pringosos de tarta y... —Se ruboriza otra vez y me río entre dientes.

Sé bien que haber conseguido eyacular la mortifica, pero a mí, en cambio, me la pone como una piedra. Sin contar con lo inflado que está mi ego ahora mismo; que no será mérito mío, supongo, pero soy hombre, así que me atribuyo parte del resultado y me doy palmadas en el pecho a lo *Tarzán* y primitivo, aunque sea en mi cabeza.

—Sí, estamos pringados de muchas cosas, pero la ducha vamos a dárnosla en unos minutos.

—¿Por qué?

—Porque quizá me haya repuesto y podamos probar hacerlo allí.

—Uy, no —dice riéndose—. Yo ya lo he hecho en la playa y aquí a lo bestia, no doy más hasta mañana.

—Pero, ¿qué dices? ¿Y qué hacemos el resto de nuestra noche libre?

—No sé, podemos ver una peli, o leer, o jugar a algo.

—¿Jugar a algo desnudos? —Eli se ríe y yo elevo una ceja con intención—. ¿*Strip poker*?

—No tenemos cartas.

—Bajamos la aplicación por el móvil.

—De eso nada. Yo voy a darme una ducha y a ver una peli.

—Pero yo quiero...

—Tengo chucherías nuevas, ¿sabes? hay piruletas de sabores, gominolas y Petazetas.

—La de los Petazetas es Amelia, no yo. ¡Yo quiero sexo! —digo justo antes de darme cuenta de que acabo de sonar como si tuviera cuatro años.

—Y batido de chocolate... —dice ella obviando mi tono gruñón, convenciéndome, mal que me pese.

Y es que esta mujer conoce y maneja a la perfección mis adicciones. El problema es que las chucherías y el batido pasan a un segundo plano cuando en la balanza está la posibilidad de practicar sexo con ella. Dios, ahora mismo daría mi brazo por tener una erección constante toda la noche para poder seguir disfrutando y haciendo que ella se corra de esa manera tantas veces como sea posible.

Sin embargo, soy consciente de que somos personas reales y necesitamos un mínimo de descanso, así que al final claudico y, después de que nos duchemos, nos tiramos en el sofá y nos tragamos un trazo de peli que pillamos ya empezada y todo.

Después hay otro truño, pero ni siquiera me he quejado, porque la tengo aquí, vestida con una de mis camisetas limpias, impregnándola de su olor y haciendo que esté deseando ponérmela cualquier día solo para alzar el cuello, aspirar por la nariz y sonreír.

La noche se nos va así, entre besos, pelis malas y chucherías. Nos acostamos tarde y por la mañana descubro lo jodidamente bueno que es que te despierten con una mamada. Hacerle el amor cuando todavía no podía abrir bien los ojos ha sido una maravilla, sobre todo porque ella estaba igual que yo. Despeinada, con los ojos hinchados y la boca seca, pero más preciosa que nunca. Es la primera vez que amanezco con una mujer que no sea de mi familia y puedo decir, sin miedo a equivocarme, que ha valido la pena escabullirme toda la vida de innumerables camas solo para llegar a este momento y disfrutar al cien por cien de la experiencia.

A las doce de la mañana recogemos a Óscar, tal como prometimos, y nos reímos cuando se queja y nos pide que le dejemos pasar más tiempo con los niños Acosta. No lo hacemos, pero porque hoy es un día muy especial y queremos que esté con nosotros. Bueno, por eso y porque si le tenemos al lado, Julieta se controlará algo más, porque ha amanecido desquiciada y no deja de dar órdenes y poner a todo el mundo de los nervios. Diego va detrás de ella intentando controlarla, pero es imposible, claro, si mi hermana de normal ya es indomesticable, imagina con los nervios del día de su boda encima.

—Es como un *gremlin* mojado —dice Marco en un momento dado mientras la vemos gritarle a Nacho que las sillas tienen que estar más separadas.

Estamos, para sorpresa mía, en el jardín privado de los Acosta, rodeados por todas sus casas. Yo pensé que se casarían en la piscina o en el césped principal, pero Julieta y Diego me han explicado que no, que Fran les presta el jardín privado para evitar a los curiosos. Entiendo la idea, porque ver a una familia entera celebrar una boda disfrazados de personajes de Tim Burton es raro y caótico, pero yo pensé que precisamente por eso le gustaba a Julieta. Óscar está encantado, porque al final se ha salido con la suya y lleva todo el día corriendo de arriba abajo con sus amigos mientras algunos de sus padres vigilan y ayudan a crear un ambiente apropiado para la boda. En realidad, la mayoría trabaja, pero Oliver, Daniela, Tina, su marido Samuel y Wendy están por aquí colocando flores, manteles y cubiertos sin protestar lo más mínimo. Fran y Diego brindan, se ríen y recuerdan a todo el mundo lo amiguísimos que son siempre que quede claro que el restaurante de Fran es mejor, porque tiene playa, y punto. Ese es su razonamiento y ni siquiera Teresa y Giu le llevan la contraria, porque saben que, entre otras cosas, comparar es absurdo. El restaurante de mi cuñado y su familia es de comida italiana y el de Fran sirve de todo, pero, en su mayoría, comida del sur, así que no se parecen en nada. Yo creo que este último solo quiere picar a mi cuñado, pero hoy no lo conseguiría ni aunque le tirara piedras a la cara, porque está en modo enamorado y va detrás de mi hermana como si fuera una mujer única y especial, cuando en realidad es una loca de atar que conseguirá

desquiciarnos a todos antes de que acabe el día.

—¡Así no, Nacho! ¡Así, no!

Miramos cómo vuelve a gritarle mientras él resopla y mira a un lado, a Amelia, que se limita a observarlo con una sonrisa que da miedo, porque parece maligna y eso en ella queda raro, pero, sobre todo, desconcertante. Como los niños diabólicos de las pelis cuando sonrían sin despegar los labios, que no necesitan hacer nada más para cagarte de miedo, pues así mira mi hermana a Nacho, lo que me hace pensar que quizá esté abriendo los ojos de una vez por todas.

—Una boda puede llegar a ser muy estresante —dice Nate a nuestro lado.

Marco resopla mientras mece a una de las gemelas y la otra arranca a llorar en el carro. La cojo de inmediato, porque solo faltaba que Julieta nos acuse de no saber cuidar a sus bebés y, tal como está hoy, igual nos quema en la hoguera.

—¿Eso quiere decir que tú no vas a casarte? —pregunto a mi cuñado.

—Lo haré, pero por el ayuntamiento y sin tanta parafernalia —contesta.

—Creo que a mi hermana Esmé le molan las parafernalias —digo con una sonrisita maligna.

Él me mira mal, pero me encojo de hombros y amplío mi sonrisa. Es verdad, sé que Esmé no armará este circo, pero se inventará uno parecido, a lo estirado y fino, como es ella. Suspiro y rezo para que Nate no se lo pida pronto o esta familia tendrá que darse al alcohol y los antidepresivos de forma definitiva.

—De este mes no pasa que se lo pida —susurra entonces Nate.

Pongo los ojos en blanco porque es que, si antes lo pienso, antes va el doctorcito y jode la marrana.

—Pues a mí no me invites —dice Marco—. Yo este infierno no lo paso de nuevo.

—Ni yo —contesto.

—A mí sí invítame —Einar asiente y hasta alza la mano para hacerse notar—. Las bodas molan.

—De verdad que eres el tío más raro que he conocido en toda mi vida —le digo—. ¿Esto te mola? —Él se encoge de hombros y yo señalo a Julieta corriendo por el césped detrás de un perro que no sé de dónde ha salido, pero lleva un centro de mesa colgando de la boca mientras mi hermana maldice en arameo, por lo menos—. ¿Eso te mola?

—Está nerviosa Juli, pobrecita.

—Pobrecita los cojones —digo—. Pobrecitos nosotros, Einar, joder.

—Yo tampoco entiendo cómo pueden gustarte estas cosas —sigue Marco.

—Las bodas son celebración de amor —dice él muy digno—. Juli está nerviosa porque prometer amor para siempre es difícil, pero bonito. ¿No quieres que una mujer te prometa amor para siempre? —me pregunta.

Pienso en Eli de inmediato y la busco con la mirada antes de caer en que los chicos están pendientes de mí, pero es que no he podido evitarlo y, cuando la veo reírse con Tina de algo que ha dicho uno de los pequeños Acosta, me doy cuenta,

para mi sorpresa y estupefacción, de que sí, me gustaría mucho que una mujer me prometiera amarme siempre. O no, mejor dicho: me gustaría mucho que Eli me prometiera amarme siempre, hasta cuando no lo merezca. Y ese es el caso, que creo que no lo merezco simplemente porque ella es... y yo soy...

Suspiro y mezo a mi sobrina mientras ella intenta morderme la mandíbula y yo me lleno de un anhelo que no había sentido hasta ahora.

—Pues me da a mí que nos espera una larga temporada de bodas —dice Nate en un tono suave que, lejos de molestarme, me hace suspirar aún más.

—Para eso antes tendría que convencerla de estar conmigo cuando acaben estas vacaciones.

—¿Y no crees ser capaz? —pregunta Marco de manera irónica—. Utiliza el sexo, tío.

Me río entre dientes y le miro para devolverle alguna pulla, pero al final me encojo de hombros y le sonrío con la sabiduría de quien ya ha vivido durante años lo que él está viviendo ahora.

—Esta vez no se trata solo de sexo. Algún día conocerás a alguien que te haga entender que hay cosas mucho más sublimes que el sexo.

—Créeme, ese día no llegará nunca.

—Cuando llegue la mujer adecuada...

—No llegará —dice cortándome—. Nunca.

Su cuerpo se ha tensado y su mandíbula está apretada, así que sé que la discusión se ha acabado. No voy a llevarle la contraria a Marco, es inútil y sé que no me creará, entre otras cosas porque él está mucho más cerrado que yo y no va a permitirse tener ni un mínimo de sentimientos por las mujeres con las que se acueste. Lo siento por ellas, pero es así, si yo era un hueso duro de roer, acceder a Marco parece imposible y no seré yo quien intente convencerle de nada. Que se encargue la vida de enseñarle, como hace con todos.

—Dale espacio —dice Nate dirigiéndose a mí—. Eli ha pasado por mucho, es madre de un niño que va en primer lugar y necesita pensarlo a fondo antes de lanzarse de cabeza a una relación seria contigo.

Asiento, porque entiendo lo que quiere decir y no hay mucho más que discutir, así que vuelvo a mirar a Eli y me doy cuenta de que Julieta está a su lado, haciendo aspavientos mientras ella la calma con un par de caricias y algunas palabras que seguramente haya pronunciado en ese tono de madre que usa conmigo cuando me paso de la línea también.

El día se pasa volando y, antes de poder darnos cuenta, el atardecer ha llegado y todos estamos vistiéndonos para la ocasión. Me pongo mi traje negro de rayas blancas mientras pienso que es una gran suerte que Esme me chivara en su día que Eli se iba a vestir de Sally, de *Pesadilla antes de Navidad*, porque eso me dio la oportunidad de

comprar el disfraz de Jack. Para ser sincero, al principio lo compré con la idea de poder convencerla de echar un polvo, pero eso fue hace semanas y ahora, viendo cómo ha cambiado mi vida, me alegro por distintas razones, y espero que Eli se emocione cuando me vea de estas pintas y entienda que lo he hecho por ella. Que sí, mis motivaciones iniciales fueron otras, pero ahora me hace ilusión que vayamos a juego y eso tiene que contar para algo.

Marco repite disfraz y se viste de *Eduardo Manostijeras*, como ya hizo la Navidad que Diego le pidió matrimonio a Julieta en nuestra casa, y a Einar no le veo porque se viste en la cabaña de Diego, junto a Nate, mientras mi hermana se arregla en la de Esme junto a mis hermanas, Eli, Sara y Teresa. Óscar está conmigo, ya me he ocupado de que se ponga su traje y está como loco por enseñárselo a sus amigos.

Mi padre y Giu están por aquí también vestidos con un traje de chaqueta y telarañas puestas por las hombreras y la chaqueta a modo de concesión a la temática de la boda. En realidad, están muy elegantes y guapos. El que no está es Nacho; de hecho, no le hemos visto en toda la tarde y me preocupa un poco que haya tenido una bronca con Amelia y le joda la boda, así que me propongo estar pendiente de ellos toda la noche y así poder asegurarme de que mi hermana disfruta.

—Ya verás cuando los chicos vean mi disfraz, Álex. A Junior le va a molar un montón. Junior es un *crack*.

Me río entre dientes, porque llevo toda la semana escuchando que los niños Acosta molan mucho pero Junior es un *crack*. Creo que, en realidad, lo que más le gusta es que tiene su edad y le sigue el rollo hasta el punto de que, cuando Óscar confesó que le gustaba cocinar, le llevó al restaurante de su tío y le coló en la cocina para que viera trabajar a los chefs. A Fran la idea le hizo tanta gracia que, lejos de enfadarse, lo tuvo un buen rato participando en tareas de la cocina mientras Óscar alucinaba y Eli se emocionaba, porque no está acostumbrada a que gente desconocida se porte tan bien con ella. La entiendo, porque a pesar de pertenecer a una familia caótica, reconozco que los Acosta nos empatan, por imposible que parezca.

—Seguro que flipan —le digo a Óscar mientras vamos a la cabaña de Esme.

Él dice algo, pero no le oigo, la verdad, y la culpa es de su madre, que acaba de salir por la puerta dejándome petrificado, porque no pensé nunca, jamás, que una mujer vestida de muñeca de trapo pudiera robarme el aliento de esa forma. Está preciosa, joder, es perfecta y, cuando me sonrío, siento que las rodillas me tiemblan, así que me agarro más fuerte a la mano de Óscar y dejo que su hijo diga las palabras que a mí se me atragantan por culpa de los apabullantes sentimientos que me acaban de sobrepasar.

—Estás preciosa, mami. —Eli sonrío y mira a su hijo agradecida.

—Gracias, cariño, tú estás muy guapo. —Me mira y sonrío mientras se acerca a mí y, para mi sorpresa, me abraza, poniéndose de puntillas y besando mi mentón como solo ella sabe—. Y tú estás guapísimo... Jack.

Me doy cuenta entonces de que me ha reconocido al instante y, lejos de

molestarse, se siente encantada con la idea de que vayamos a juego. Cuando intenta separarse la retengo, la abrazo por la cintura y beso su cuello sin pensar que su hijo nos mira con atención.

—Preciosa, elegante, original, maravillosa —susurro en su oído—. Jodidamente perfecta, mi Sally.

Ella sonríe, mi mundo tiembla, como siempre, y me prometo que de esta noche no pasa que me dé una respuesta acerca de nosotros. De esta noche no pasa que ella acepte que esto no puede acabarse con el fin de las vacaciones. Que esto no puede acabarse nunca. Punto.

Eli

Reconozco que separarme de Álex me está resultando imposible, y eso que deberíamos hacerlo, porque mi hijo nos mira un poco sorprendido, no por el abrazo, pero supongo que el hecho de que yo bese su mandíbula y Álex mi cuello no es lo normal y él siempre ha sido más maduro de lo que corresponde, así que, haciendo un enorme esfuerzo, me separo de Álex y le miro a los ojos, solo para darme cuenta de que él tampoco está feliz de tener que soltarme, lo que hace que me sienta pletórica, y tonta, y niña, pero no importa, porque Óscar acaba de soltar una carcajada que no comprendo y, cuando le miro para preguntarle qué ocurre, me señala la cabaña de Diego y Julieta.

—La madre que lo parió... —susurra Álex.

Me fijo en Einar, igual que todos los que están por aquí ya y, aunque una parte de mí quiere matarlo, me es imposible no acabar riéndome, porque su traje es idéntico al mío, solo que en dimensiones más grandes. Es una Sally gigante y juro que no sé por qué demonios ha elegido ese disfraz, pero cuando Álex se lo pregunta a voces él sonrío y se encoge de hombros.

—Sally es molona porque quiere tener amor. Vikingo quiere tener amor también.

Ya está, y esa es razón suficiente para que él se disfrace de mujer sin importarle lo más mínimo lo que puedan decirle. La verdad es que no puedo enfadarme, porque sé que Einar no sabía que yo iba a vestirme de Sally, pero, principalmente, porque sé que estas cosas las hace de corazón y que, aunque no lo parezca, para él tiene algún sentido y es importante hacerlo. No es un hombre que se rija por lo que piensen los demás o lo que supuestamente está bien. Einar no funciona así: si algo le gusta, por la razón que sea, lo hace público y no se avergüenza. Es tan natural y transparente que encandila, porque no te esperas conocer a nadie con ese grado de confianza en sí mismo y, al tiempo, ese nivel de humildad.

—Estás muy guapo —le digo—. O muy guapa.

Él me mira y frunce el ceño, dándose cuenta de que hemos elegido el mismo personaje, luego mira a Álex y sonrío, comprendiendo que vamos conjuntados, pero de inmediato se centra de nuevo en mí.

—Si te molesta que yo sea Sally también, me lo quito, Eli. No *problemo*.

—No cariño, no me importa en absoluto. Lo que pasa es que solo tenemos un Jack, así que vamos a tener que compartirlo.

Einar se ríe y palmea el brazo de Álex con tanta fuerza que lo mueve del sitio. Yo me río también sin poder evitarlo, porque mi bombero es un hombre fuerte y definido, aunque sea muy delgado, pero no tiene nada que ver con el vikingo, que es

tan grandote que da la sensación de que podría aplastarlo de un manotazo.

—Vikingo molón quiere baile con Jack.

—Siempre que vikingo molón no se pase a la hora de restregar ciertas partes de su cuerpo conmigo, está bien.

Nos reímos y nos vamos caminando hacia el jardín privado de los Acosta, donde dará comienzo la ceremonia en unos minutos.

Diego llega poco después que nosotros, está guapísimo, aunque eso no es de extrañar porque es un hombre muy atractivo. Se coloca con su madre en el altar que han montado y fija su mirada en la entrada del jardín, esperando ver a Julieta de un momento a otro y tan nervioso que hasta Marco palmea su espalda e intenta darle conversación para que se le pase antes el tiempo.

Yo miro a un lado, a Álex, que también observa la alfombra por la que aparecerá su hermana de un momento a otro, y no puedo evitar sonreír como una tonta, porque no puedo creer que se haya vestido de Jax, porque está guapísimo, porque la noche que hemos pasado ha sido mágica y porque... pues porque sí, porque soy muy feliz, aunque mañana nuestras vacaciones se acaben y tengamos que salir de esta especie de realidad paralela.

El día ha sido caótico, Julieta ha estado histérica hasta la hora de vestirse, Óscar no ha dejado de correr con los niños Acosta, así que está sucio y sudado, aunque eso me alegra, porque significa que mi hijo es feliz. Nunca le había visto así y temo volver a la ciudad y que su carácter vuelva a retraerse un poco debido a los pocos amigos, pero confío en poder manejarlo día a día, como he hecho siempre. Además, supongo que siempre puede mantener su amistad con los niños Acosta por videollamadas. No será lo mismo, pero al menos sabrá que tiene el apoyo y el cariño de otros críos y eso hará que sea feliz. Conozco a Óscar y sé lo mucho que agradece cualquier muestra de cariño de otros niños, así que, cada vez que miro a uno de los Acosta, me emociono y agradezco en silencio su existencia, porque han conseguido que mi pequeño sea un niño sin ningún tipo de preocupaciones durante una semana entera.

Y hablando de ellos, al final han asistido a la ceremonia también, junto a todos los hermanos Acosta, que han dejado sus labores para hacer acto de presencia, encantados con que se celebre una boda en su jardín. Hemos podido conocer a Lorenzo y Diego, los hermanos que nos faltaban, y ya puedo asegurar, sin miedo a equivocarme, que son la panda de hermanos más guapos que he visto en mucho tiempo. A ver, que los cuatrillizos son atractivos, no hay duda, pero quitando a Álex todo son chicas y aquí es al revés. Menos Daniela todo son chicos, y qué chicos... Tan evidente ha sido mi repaso al verlos a todos juntos, que Álex no ha dudado en darme un toque y recomendarme un babero tamaño industrial. Me he reído de su comentario, pero reconozco que, en secreto, me ha encantado verle un poquito celoso. Cuando Oliver Lendbeck ha aparecido y se ha sentado tras su piano, en un extremo del jardín, junto a su mujer, no he podido evitar sentir un nudo en el

estómago, porque ese hombre tiene algo que... no sé. Hay algo en él que me hace suspirar. Quizá sean sus tatuajes, visibles incluso hoy, que se ha vestido con una camisa negra arremangada hasta los codos. Quizá sea la forma en que sonrío hacia todos nosotros, dispuesto a darle una sorpresa a la novia, que no sabe que tocará y cantará en su entrada; quizá la forma en que mira a sus hijos y los guía sin necesidad de alzar la voz, o la manera en que abraza a su mujer por la cintura y susurra en su oído algo que la hace sonreír y sonrojarse mientras palmea su brazo para que pare. Quizá sea que se ve de lejos que es un hombre enamorado de su chica y sus hijos; de su familia, o quizá sea que Oliver Lendbeck es único en su especie, pero la verdad es que solo dejo de mirarlo cuando Álex me da un toque y me mira con toda la seriedad del mundo. Esto ya no es un aviso, ya no es que esté un poquito celoso, es que está molesto y recuerdo, de manera inevitable, que ayer mismo se sintió inferior a Oliver, así que sonrío y me alzo de puntillas para besar su mentón.

—Se te cae la baba demasiado —murmura aprovechando nuestra cercanía.

Sonrío y niego con la cabeza mientras acaricio su costado, aprovechando que Óscar está distraído con algo que le dice Einar.

—No más de lo que se me cae cuando te miro a ti.

Álex sonrío sin despegar los labios, besa mi nariz y apoya su frente en la mía.

—No sabes las ganas que tengo de que esta boda acabe y podamos estar juntos y solos...

Y con esas simples palabras consigue que un mundo de emociones se estanque en mi estómago y amenace con subir y desbordarme entera. Ay, si él supiera que, cuando me mira así, como si yo fuese lo más importante de su vida, no podría despegar mis ojos de los suyos ni aunque un millón de Oliver Lendbeck vinieran a declararme su amor, porque, salvando a mi hijo, nada ni nadie me importa más que él.

Los acordes de una canción comienzan a sonar mientras nosotros seguimos rozando nuestras narices y frentes delante de todo el mundo. Por suerte, hoy los protagonistas son otros, así que pasaríamos desapercibidos aunque decidiéramos hacer el amor aquí mismo. Bueno, eso lo dudo, pero ya me entiendes.

Miramos a Amelia y Esme, que vienen caminando por el altar con Victoria, Emily y Noah en sus brazos. Julieta está unos pasos más atrás y justo cuando empieza a caminar reconozco la melodía que interpreta Oliver: es el dueto que tocan Emily y Víctor en *La novia cadáver* y, puede que no sea el tema más romántico del mundo, pero sabiendo lo que significa para ella, no me extraña verla emocionarse hasta las lágrimas y sé que, si no fuera porque su padre agarra su brazo y la hace caminar despacio, llegaría al altar en unas cuantas zancadas, porque desde aquí puedo ver la impaciencia que siente por estar al lado de Diego, que la mira embelesado mientras se acerca a él. Ella está preciosa, es una auténtica novia, aunque su vestido esté roto a jirones y su maquillaje sea pálido y tétrico. Es Julieta en estado puro y eso hace que sea una novia perfecta. Cuando por fin llega a donde está Diego los dos se besan en los labios, rompiendo todas las normas, como ya es costumbre en ellos y dando

comienzo a una ceremonia que nos arranca carcajadas y lágrimas a partes iguales.

Álex sujeta mi mano y la aprieta de vez en cuando, haciéndome ver cuándo se emociona o se siente más ansioso. Supongo que, aunque no lo diga, para él debe ser emocionante al máximo ver a su hermana casarse. Me pregunto si alguna vez imaginó este momento; si alguna vez se imagina a sí mismo así... Lo sé, una tontería, porque él nunca ha sido de compromisos, pero a una parte de mí le gusta pensar que, en el fondo, alguna que otra vez se imaginó teniendo una mujer e hijos, aunque sepa que es improbable.

Cuando el momento de los votos llega todos guardamos silencio y escuchamos con atención y emoción las palabras que comienza diciendo Diego.

—La primera vez que te vi pensé que te habías escapado de algún manicomio. Nadie podía salir a la calle con tus pintas y sonreír como si los raros fuésemos los demás. He pasado todas las fases contigo: me intimidaste, me sorprendiste, me sacaste de mis casillas, me enamoraste sin quererlo, ni darte cuenta y conseguiste que mi mundo entero se centrara en ti, porque eres el eje que lo mueve todo. —Coge aire mientras sujeta las manos de Julieta y le coloca la alianza—. Prometo cuidarte y serte fiel, pero, sobre todo, prometo quererte a ti y a tus excentricidades hasta el último de mis días. Que esa locura que tan grande viene a muchos jamás nos falte, porque es lo que hace que mi vida merezca la pena; porque es lo que te hace única y especial. Te quiero, pequeña.

Julieta sonrío y se alza de puntillas para besarlo, por más que el oficiante diga que antes tiene que decir sus votos. Ellos se ríen, le ignoran y solo después de haber besado a Diego, con lengua, recita sus votos.

—No me caíste bien la primera vez que te vi, pero teniendo en cuenta que me colocaste una multa del tamaño de este *camping*, es normal. —La gente se ríe y ella sigue—. Mis sentimientos por ti no aparecieron de la noche a la mañana, fueron creciendo y comiéndome de manera gradual. Sentí ira cuando me di cuenta de que estabas colándote dentro de mí sin permiso y a pasos agigantados, sentí miedo cuando entendí que este amor no iría a ninguna parte y sentí la felicidad más grande del mundo cuando descubrí que a ti te pasaba lo mismo. Eres la estabilidad que tanto necesito, la calma que tan a menudo pierdo y la cordura que a veces me falta. Eres el mejor padre del mundo, lo demostraste cuando Chucky apareció en nuestras vidas y lo sigues haciendo ahora que tenemos a las gemelas. —La gente se ríe y Marco pone los ojos en blanco, pero también sonrío mientras los mira con cariño. Julieta pone la alianza en el dedo de Diego—. Eres mi vida entera y espero que jamás llegues a dudarlo. Te quiero, poli.

Vuelven a besarse, el oficiante se rinde y comprende que esto va a ir según las normas de los novios y no las suyas y, unos minutos después, pasan de ser novios a ser marido y mujer mientras nosotros aplaudimos y yo, además, me limpio las lágrimas de las mejillas, porque ha sido una boda maravillosa, porque les quiero muchísimo y me alegra que sean felices y porque me encantaría que alguien, algún

día, me dijera a mí unas cosas tan bonitas como esas. Bueno, vale, me encantaría que fuese Álex quien me las dijese, pero intento no pensarlo siquiera, porque sé bien que es casi imposible, y eso que él está dando pasos agigantados en nuestra relación. De hecho, es el que más pasos está dando, porque a mí me cuesta un poco más confiar en él y creer que de verdad quiera seguir con esto cuando acabemos las vacaciones, pero tampoco puedo negarme más a hablar del tema, así que he decidido que, cuando vuelva a sacarlo, enfrentaré la conversación con madurez y naturalidad, como he hecho siempre con mis asuntos pendientes.

La celebración da comienzo casi de inmediato y, gracias a los pocos invitados que somos, es tan natural y sencilla que los nervios se van del todo y solo quedan las ganas de disfrutar. De hecho, es como otra de tantas barbacoas a las que he asistido con esta familia, con la diferencia de que aquí están los Acosta, al menos los que más hemos tratado, porque Diego y Lorenzo han tenido que volver a sus puestos de trabajo, pero Oliver sigue cantando canciones al piano a petición de Julieta, que ha prometido ponerle su nombre a su próximo hijo, dejándonos a todos con la boca abierta, no por lo del nombre, sino por lo de tener intención de tener otro hijo. No me malinterpretes, es una madraza, pero pensé que con las gemelas y Marco se daban por satisfechos. Suspiro y pienso que, en realidad, si yo estuviese en su lugar, también querría otro.

—¿En qué piensas? —pregunta Álex.

—En bebés.

—Uy. —Lo miro y me río con su cara de sorpresa.

—Puedes estar tranquilo, campeón, que nunca te pediría un hijo.

Álex frunce el ceño y me mira como si hubiese dicho algo fuera de lugar, aunque a mí no me lo parece.

—Si me lo pidieras tampoco pasaría nada. ¿O tan malo sería tener uno conmigo?

Abro la boca de par en par, sorprendida porque, a ver, este tío es el que hasta hace nada juraba y perjuraba que odiaba los compromisos, así que no le veo el sentido a molestarse por algo así e intento, por todos los medios, ignorar la bola de emoción que se ha formado en mi estómago. Ahora las opciones que tengo son dos: decirle la verdad, consciente de que, si tenemos una mínima oportunidad de estar juntos, mentir no ayudará en nada, o callarme y evadir el tema como he hecho siempre cuando algo me ha incomodado.

No tardo demasiado en decidir, porque quiero a Álex y de verdad deseo que tengamos una oportunidad, por mínima que sea, así que me armo de valor y sonrío mientras niego con la cabeza.

—No sería malo. Estoy segura de que serías un buen padre. Con Óscar eres maravilloso y eso que solo eres su amigo.

—Podría ser más, si su madre no se pusiera tan a la defensiva cada vez que intento pedirle que sea mi novia.

Abro la boca y me río, atacada de los nervios, porque es la primera vez que Álex

usa la palabra «novia» para referirse a mí y verlo usar una etiqueta que implica ese nivel de compromiso me da miedo, me pone nerviosa y hasta caliente, todo en unos segundos.

—Aunque su madre aceptara ser tu novia, Óscar seguiría siendo un amigo para ti, ¿no?

Los acordes de una canción nueva empiezan a sonar y Álex tira de mí mientras me arrastra hacia una parte privada del jardín desde donde seguimos oyendo la música, pero no vemos a nadie. Él me abraza y yo reconozco la letra de *The way you look tonight* cantada por Oliver. Es preciosa por sí sola, pero cuando Álex comienza a susurrarla me parece que nada nunca sonará igual que esta canción para nosotros. Me abraza con firmeza, pero con dulzura, y comenzamos a movernos al ritmo de los acordes de piano mientras él sigue cantando bajito y acariciando con sus labios mi frente, mejillas y labios. Estoy tan sensible, tan deseosa de más y tan nerviosa que ni siquiera sé cómo consigo moverme sin pisarlo, pero nada se compara a lo que siento cuando él pega sus labios a mi oreja y habla de nuevo.

—Óscar no es solo un amigo ni siquiera ahora, que todavía no estamos juntos, así que, si quisieras ser mi novia, él sería el hijo que no sabía que quería hasta que le conocí y tú serías la mujer que no sabía que necesitaba hasta que cubriste de besos y caricias todos los miedos que anidaban en mí; hasta que sonreíste y calmaste todas mis tormentas. —Las lágrimas acuden a mis ojos y Álex las limpia con sus labios antes de sonreír en mi boca—. No puedo prometerte que saldrá bien, ni siquiera puedo prometerte que no vas a sufrir, pero sí que te puedo prometer que me levantaré cada día con la firme intención de hacer que incluso las partes malas valgan la pena.

—Álex... —susurro llena de anhelo y con el corazón en la boca—. Yo siento... siento mucho por ti. Tengo miedo...

—Lo sé —murmura él en mis labios— pero llevas toda la vida conviviendo con el miedo y jamás te ha detenido para convertirte en la mujer que eres. No quiero que dejes de sentir miedo, Elizabeth, yo mismo estoy aterrorizado. —Se ríe un poco nervioso y se relame antes de seguir—. Estoy cagado, pero no porque no quiera estar contigo, sino porque me conozco e intuyo que voy a meter la pata en algún momento. Te haré sufrir, estoy seguro, pero soy lo bastante egoísta como para quererte a mi lado a pesar de eso y...

Le beso mientras él todavía intenta hablar, pero no se lo permito. No necesito que diga nada más. No hay promesa que quede por encima de la sinceridad que veo en sus ojos y, sobre todo, el miedo que sé que siente al pensar que me hará daño. No sé si será cierto, pero en todo caso, estamos en igualdad de condiciones, porque ahora entiendo que yo también podría hacerle daño, así que supongo que lo importante es que consigamos encauzar esto de alguna forma y no perdernos en cuanto las cosas empiecen a ponerse intensas.

Nos besamos durante lo que me parece un minuto, aunque es probable que haya durado una eternidad, pero, cuando por fin nos separamos, Álex todavía necesita una

respuesta verbal, así que me río y, entre lágrimas de felicidad, le confieso lo que llevo sintiendo más de un año.

—Quiero estar contigo casi desde que te vi, Álex. Quiero que seas parte de mi mundo, de mi todo. Quiero confiar en ti y quiero que no te vayas nunca de mi lado, pase lo que pase.

—Pase lo que pase, nena —susurra él sonriendo y enlazando sus brazos en mi cintura antes de alzarme y poner mis ojos a la altura de los suyos—. Tú y yo haremos magia con nuestra historia, rubia, ya verás.

Y así, con la promesa más bonita del mundo, su sonrisa y los acordes de una nueva canción de fondo, le beso y me tiro de este puente al que yo misma he ido subiendo a lo largo de los meses. Salto sin paracaídas y sabiendo que hay una posibilidad de estrellarme contra el suelo, pero Álex me está ofreciendo unas alas preciosas y sería una locura no ponerlas a prueba, aunque solo sea una vez.

Aunque este salto cambie mi vida para siempre.

Tengo novia. Tengo novia y es preciosa, lista, inteligente, simpática, graciosa, un poco cabrona cuando se enfada y..., joder, es perfecta. De hecho, es tan perfecta que hace que me pregunte por qué demonios me he negado toda mi vida a sentir algo como esto.

Ah, ya. Supongo que ha sido porque jamás sentí nada igual; porque ella ha reinventado el término «sentir». Llegó y arrasó con todo lo que yo pensaba, mandó a la mierda mis teorías y me obligó, sin darse cuenta, a replantearme mi vida y la forma en que la he vivido hasta el momento. Al principio tuve momentos de cabrearme un poco, incluso, porque a nadie le gusta que le cambien la realidad de un día para otro, pero así están las cosas y, ahora que por fin lo he aceptado, no puedo esperar para gritarle a todo el mundo que esta increíble mujer quiere tener algo serio conmigo. Ha hecho una apuesta arriesgada, eso lo sé, porque mi fama me precede y mucha gente no va a creerse que vayamos en serio, pero supongo que día a día todos verán que juntos somos geniales, incluso ella.

De momento, la tengo abrazada a mí, apurando los minutos de intimidad que nos ofrece este rincón en el que la he apartado y balanceándose con las últimas notas de la canción que, desde hoy, será mi favorita, porque ha sido el fondo del inicio de una nueva vida.

—¿Estás callado porque ya te arrepientes de haberte dejado cazar? —pregunta ella elevando una ceja y besando mi barbilla de esa forma que tanto adoro.

Me río entre dientes, me agarro a su culo y la aprieto contra mi cuerpo mientras la beso y mordisqueo sus labios.

—Todo lo contrario. Estaba pensando que ya era hora de que decidieras echarme el lazo, vaquera.

—Dios mío, si ya me molesta que me llames gatita, ni siquiera te imaginas lo que siento cuando me dices «vaquera».

—Oh, venga. Es bonito y cariñoso.

—No lo es. Parece...

—Eh, chicos. —Miramos a Einar, a nuestro lado, que sonrío y alza una copa—. Novia quiere brindar puta madre por felicidad. ¡No os perdáis!

Me río y cojo la copa que sujeta para que Eli dé un trago, y acabarla yo de un último sorbo. Einar protesta, pero le prometo compensarlo con dos bailes, en vez de solo uno, así que se acaba riendo y aceptando. Salimos del escondite y nos sentamos en nuestra mesa mirando a mi hermana, que se ha subido en la silla, porque ella de dar discursos con los pies en el suelo, como el resto de los humanos, no entiende.

—Quiero daros las gracias a todos por haber venido a mi boda, aunque creo que lo habríais hecho incluso sin invitación, pero bueno... —Las risas resuenan y ella

sigue—. Tengo una sorpresa para el novio, que ya es mi marido. —Mira a Diego y le guiña un ojo con tanto descaro que él se ríe, pero con nerviosismo, como quien sabe que algo muy gordo está por venir, porque con Julieta siempre es así—. Hace unas semanas estaba yo dándole vueltas y más vueltas a las canciones que quería poner en esta boda, pero no encontraba ninguna que me gustara así, a lo bestia, aparte de las de las pelis de Tim, que son geniales todas porque Tim es lo puto mejor y punto. — Pongo los ojos en blanco y Eli se ríe a mi lado antes de que mi hermana siga—. El caso es que, al final, sin querer, mi hermana Amelia me dio la respuesta. Ella llegó a casa de mi padre después de un día asqueroso, lo sé porque se encerró en su cuarto y puso a toda caña el cd de los *Backstreet boys*, porque es muy fan, eso lo sabéis todos menos los Acosta, que sois nuevos.

—En realidad la nueva aquí eres tú, mona, este es nuestro *camping* —dice Fran mientras Julieta suelta una carcajada y lo señala con su copa.

—¡Cierto! Cierto, es vuestro *camping* y la comida estaba riquísima, además. — Fran se ríe y mi hermana suspira—. Pero a lo que iba, Amelia es fan de la famosa banda y no me extraña, porque es que Nick tenía un meneo que... sin desmerecer a los otros, ¿eh? Que yo les daba lo suyo sin problemas y...

—¿No ibas a darme una sorpresa? —pregunta Diego frunciendo el ceño y haciéndonos reír.

—Que sí, jolín, que ya voy. La cosa es que ese día, cuando mi hermana puso el cd y oí por millonésima vez «*As long as you love me*» decidí que era la mejor canción del mundo mundial, así que aprovechando que tenemos aquí a un gran músico —dice señalando a Oliver, que ya se prepara para cantar la cancioncita—. ¡Voy a cantársela a mi marido!

Los Acosta aplauden como locos, Eli aplaude, Einar aplaude, mi padre aplaude, Sara aplaude, Giu y Teresa también, hasta Nacho aplaude. Todos aplauden; todos, menos Marco, Esme, Amelia y yo, que somos muy conscientes de que mi hermana canta como el culo. En serio, hay gente que cuando nace es llamada por el camino del canto y mi hermana solo entraría en ese camino para destruirlo con sus graznidos.

—¡Amelia, tú me harás los coros!

—Antes me dejo matar a pellizcos —dice esta con toda la razón del mundo.

—Que siesa eres, hija, de verdad. Bueno, pues yo solita. ¡Oliver dame la nota! Porque te la sabrás, ¿no? Mira que si no te la sabes me vas a decepcionar como músico.

Oliver se ríe entre dientes, coloca las manos en el teclado y le guiña un ojo antes de hablar.

—Yo por la novia toco lo que haga falta.

Y ya está, así, por quedar bien, acaba de jodernos los tímpanos a todos, porque darle cuerda a mi hermana para que cante se consideraría atentado contra la salud publica en cualquier país. En cualquiera, menos en este, claro está, porque las notas suenan, ella da el primer alarido, haciendo que Diego se tape un oído con el dedo

índice, y yo cierro los ojos y me preparo para la masacre.

Casi tres minutos y medio dura la tortura. Los Acosta se descojonan de risa, los niños la miran embobados y Einar se quita la peluca y la pisotea mientras mueve las caderas con la misma habilidad con la que canta mi hermana: o sea, ninguna, porque este hombre tiene el sentido del ridículo de una piedra y se la trae al paio bailar mal. Mi hermana Julieta aplaude la iniciativa y Óscar se suma al baile riéndose sin parar y animando a los otros niños para que también se metan en la pista, que no es más que el centro del césped, rodeado por todos nosotros. Al final Tina se mete haciendo que su marido la siga, porque se ve que no se fía de ella y de su avanzado estado de embarazo. A ellos le siguen Daniela y Martín y, cuando quiero darme cuenta, casi todos bailan en el centro de la pista, incluida Eli, mientras mi hermana suelta un corral de gallos por la garganta, mi chica se ríe a carcajadas y yo dejo de agachar la cabeza para alzarla y mirar a Esme y Amelia, que se han unido a mí en este sinsentido y miran a Julieta negando con la cabeza.

—Está como una cabra —dice Amelia.

—Es que no entiendo qué necesidad hay de hacer el ridículo de esta forma — Esme chasquea la lengua, pero en realidad no puede disimular que la situación la divierte un poco.

Miro a Julieta alzarse el vestido y moverle el culo a Diego mientras él cierra los ojos y estalla en carcajadas justo antes de subirse en la silla que hay a su lado y moverse al ritmo de la cancioncita. Su ya esposa le agradece la iniciativa con una sonrisa que ilumina su cara entera y yo paso mis brazos por los hombros de mis hermanas.

—Es Julieta —digo sonriendo—. ¿Y sabéis qué? Que no podría quererla más de lo que la quiero. —Suspiro, paso mis brazos por sus hombros y las acerco a mis costados—. No podría quererlos más de lo que ya os quiero, chicas.

Ellas me miran fijamente, pero yo centro mis ojos en Eli, porque no quiero que se rían de mí o que piensen que me he vuelto un blando. No es eso, simplemente..., bueno, creo que no les digo lo suficiente lo importantes que son para mí. A veces las personas tendemos a dar por hecho que los demás ya saben lo que sentimos y no necesitan que se lo digamos a cada instante. Nos perdemos en el día a día y olvidamos la importancia que tiene abrazar a la gente que más queremos y decirles que estamos orgullosos de cómo son, aunque a veces pasemos vergüenza o queramos meternos bajo tierra. Mirarlas a los ojos y hacerles saber que son imprescindibles en nuestras vidas.

—Nosotras también te queremos, Álex —dice Amelia.

—Tú siempre serás nuestro mayor superhéroe —susurra Esme—. No imaginas lo mucho que deseo que tú y Amelia encontréis la misma felicidad que sentimos Julieta y yo.

La miro, sonrío y beso su frente antes de suspirar y señalar a Eli con la cabeza.

—Le he pedido que sea mi novia y ha aceptado, así que más os vale prometerme

que vais a estar pendientes de mí, porque creo que voy a cagarla en cualquier momento y estoy bastante aterrorizado.

Ellas se alegran tanto que me abrazan haciendo que me tambalee y me ría, porque sabía que mis hermanas tenían ganas de verme con novia, pero esto me ha pillado por sorpresa.

—¡Es tan perfecta para ti! —exclama Amelia—. Es genial, Álex, cómo me alegro, de verdad. No te preocupes que irá bien, sois el uno para el otro.

Sonrío, beso su nariz y miro a Nacho, que está sentado en una mesa, al fondo, bebiendo limonada o algo parecido mientras mira el espectáculo con cara de asco.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de tu novio y de ti —susurro.

Y sé que no tengo tacto, pero es que no soporto que esté con ese tío. Esmé está de acuerdo conmigo porque acaricia su brazo y suspira con pesar antes de hablar, haciéndonos saber que va a tirar a la diana con todas sus fuerzas y sin medias tintas.

—Te mereces tanto, Amelia..., y estás con él que es..., bueno, no digo que sea malo, pero no es la persona que consigue que tu mundo tiemble. No te hace vibrar y tú te mereces algo así.

—No es tan fácil —susurra y cuando Esmé hace amago de hablar pellizco su costado con suavidad.

No es el momento de hablar de esto, no quiero que Amelia acabe amargada así que le sonrío y señalo a Julieta, que se está haciendo la ola a sí misma porque se ve que piensa que lo ha clavado con la canción. Nosotros nos reímos y Eli se acerca para tirar de mi mano y hacerme bailar. Yo niego con la cabeza, porque ya no hay música, pero Oliver se arranca con una canción de Maroon 5 que me encanta y me da la oportunidad de abrazar a mi chica en público, así que dejo de negarme y decido aprovechar las ventajas de la situación. Me pego a ella y no la beso, porque Óscar nos vigila, pero en cuanto la ocasión me lo permite la toco por todas partes y susurro en su oído cosas que hacen que su cuerpo reaccione y sus mejillas se enciendan. Me encanta hacerle eso, calentarla delante de todo el mundo y ponerla en antecedentes para que, cuando lleguemos a la cama, esté tan desesperada que me quite la ropa a tirones. Además, por lo general yo estoy igual, así que el sexo resulta explosivo, aunque luego torne a algo más dulce a veces. Y es que con ella todo es tan especial, joder...

Un par de horas después, agotados y yo, además, desesperado por estar con Eli a solas, convencemos a Óscar de que debemos irnos a dormir. El niño protesta un poco, pero al final le prometo entrar en la cabaña para contarle su cuento favorito y accede. A mí no me apetece demasiado entrar, hacer el paripé, salir y volver cuando esté dormido, pero me recuerdo que la paciencia es la clave. Aviso a Eli de que voy al baño, para que me espere, y camino hacia el interior de la casa de Fran, que es la que ha puesto al servicio de todos. Me encuentro a Daniela y Oliver morreándose en una

esquina y me pregunto por qué no se van a su casa, pero luego me imagino que es porque allí sus hijos los encontrarían con mayor facilidad. Ignoro el hecho de que Daniela tiene el vestido arremangado y su marido cuela las manos por sitios del todo indecentes, y entro en el baño deseando acabar para poder irme.

Al salir, sin embargo, algo llama mi atención y frunzo el ceño mientras giro hacia uno de los pasillos, donde he visto un movimiento sospechoso. Oigo cómo se abre una puerta y acelero el paso a tiempo de ver su pelo de refilón. Es ella, estoy seguro así que me rasco la barba, nervioso, y pienso en mi siguiente movimiento apenas unos segundos. Tengo que seguirla, esta casa es de Fran y no podemos abusar de su confianza, así que camino hacia donde la puerta se ha cerrado y abro de un tirón, dispuesto a sorprenderla.

Amelia ahoga un gritito y yo abro los ojos de par en par, porque sabía que era ella y me imaginaba que se había metido aquí con Nacho, pero no esperaba esto por nada del mundo. Tiene la espalda apoyada en la pared, pero no es eso lo raro, sino las manos que están colocadas a cada lado de su cara, sobre esa misma pared. Manos que pertenecen al mismo tipo que tenía su cara sospechosamente cerca de la de mi hermana hace solo un segundo. Un tipo que no es su novio, pero sí su amigo. Bueno, su amigo, y el mío, y el de mis hermanas, y el de toda la familia.

Einar me mira con calma, como si aquí no pasara nada raro, cuando lo cierto es que sí pasa, joder, claro que pasa. ¡Ella tiene novio! Y él... él estuvo con mi hermana Julieta, o sea, ¿qué significa esto?

—¿Ibas a besarla? —pregunto directamente.

—¡No! —exclama Amelia.

—Sí —dice Einar antes de mirar a mi hermana y fruncir el ceño—. Sí iba a besarte. No te hagas tonta.

—Einar... yo... oye... —Amelia empieza a hiperventilar y se encoge de hombros mientras nos mira con evidente nerviosismo—. Yo tengo que irme.

—¡No, no! ¡Amelia! —exclama Einar intentando salir detrás de ella, pero sin conseguirlo, gracias a mi mano, que le retiene a mi lado.

—Eh, espera un segundo. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Estás bebido? ¿Es eso?

—¿Qué? ¡No! —Elevo una ceja y él aprieta los dientes y me habla en inglés—. No estoy borracho, sé muy bien lo que hago.

—¿Y qué hacías aquí con ella?

—No es asunto tuyo.

—Es mi hermana, Einar, por supuesto que es asunto mío.

—No, no lo es, Álex. Oye, te quiero, eres mi amigo y me llevo genial contigo, pero en lo referente a esto que has visto, no voy a decirte ni una palabra, ¿me entiendes?

—Ella tiene novio.

—Ese capullo y nada, lo mismo es.

—Einar..., ¿te gusta Amelia?

Él aprieta los dientes otra vez, respira por la nariz y cuadra los hombros de una forma tan imponente que pienso en el contraste que hace con mi hermana, que es suave, pequeñita y delicada. O sea, que no digo que él sea un bruto, pero es que es tan grandullón y..., no sé. Estoy demasiado bloqueado como para pensar en algo coherente ahora mismo, así que me limito a esperar que él me aclare un poco esta situación.

—Como te he dicho, no es asunto tuyo.

Hace amago de salir, pero vuelvo a sujetarlo del brazo. Sin embargo, esta vez da una sacudida y se libra de mí con facilidad.

—Como te he dicho yo, es mi hermana, así que sí, es asunto mío.

—Pregúntale a ella, entonces, porque yo no pienso decir ni una palabra más.

Sale de la habitación y me deja aquí, pasmado, mirando hacia la pared y pensando que no entiendo nada, y que esta jodida familia tiene la habilidad de conseguir que me bloquee y me sienta como un tonto intentando resolver la ecuación más sencilla del mundo.

—Ey, ¿qué haces aquí? —pregunta Eli desde el marco de la puerta.

—¿Eh?

—¿Estás bien? —Se acerca y agarra mis mejillas mientras me mira—. ¿Qué ocurre?

—No, nada. —Sacudo mi cabeza para intentar centrarme y hago amago de sonreír, aunque sea de manera tensa—. Nada, todo está bien. Es solo que me pareció ver a alguien entrar aquí, pero esto está vacío.

Eli asiente como si estuviera diciéndole la obviedad más grande del mundo y se alza de puntillas para besar mis labios. Podría decirle lo que he visto, pero la verdad es que no sé ni cómo contárselo. No quiero que se preocupe por mi hermana o por Einar, así que lo mejor para todos será que intente olvidar el asunto, al menos hasta que volvamos a casa y pueda hablar con calma con mi hermana.

—Vamos a la cabaña —susurra Eli—. Estoy segura de que Óscar se dormirá antes de que acabe el cuento y tengo unas ganas infinitas de que saques de nuevo mi vibrador a pasear.

Sonrío, agradeciendo al cielo, otra vez, que haya puesto a esta mujer en mi vida y pensando que, si no fuera por ella, hace mucho que esta familia me habría hecho perder la cordura.

—¿Mi chica está juguetona hoy? —pregunto en un tono sexual que ella recibe con una sonrisa seductora.

—Tu chica está juguetona siempre, cariño, parece que no me conoces.

Bate las pestañas y sale del dormitorio moviendo las caderas, haciendo que me olvide de lo que he visto aquí y, si me apuras, hasta de mi nombre.

Y es que no hay nada que esta mujer no consiga...

Eli

El último día de vacaciones es triste porque nos da pena abandonar el *camping* y todo lo que hemos vivido aquí, pero, al menos por mi parte, estoy deseando volver a la normalidad, aunque solo sea para ver cómo va mi relación con Álex una vez salgamos de esta especie de realidad paralela. Él volverá a Sin Mar, yo a la ciudad, tendremos los trabajos, la vuelta al cole de Óscar es pronto también, la rutina, al fin y al cabo, y estoy ansiosa y un poco asustada por ver cómo la enfrentaremos.

Aparte de eso, Álex lleva toda la mañana tan pegado a Amelia que estoy empezando a agobiarme yo, así que imagino que si ella no lo ha mandado ya a tomar viento es porque..., pues porque es ella, porque Esme o Julieta ya lo habrían hecho y con razón.

—¿Por qué estás tan pesado con ella? —pregunto en un momento dado, cuando todos suben maletas al minibús.

—Es mi hermana, mi deber es estar pegado a ella.

—Tu deber es dejarla en paz, Alejandro, no me calientes.

—No, rubia, eso lo dejo para las noches.

Sonríe pasándose la lengua por el labio inferior y, si no me ruborizo, es porque quedaría patético después de todo lo que hicimos anoche, que fue mucho, muy pervertido, mucho tiempo... Álex, que no es tonto, averigua de inmediato lo que estoy recordando y amplía su sonrisa mientras yo pongo los ojos en blanco y me alejo de él para buscar a Óscar, que ha vuelto a alejarse de mí para despedirse, otra vez, de los chicos Acosta.

—Vamos cariño —le digo—. Tenemos que ir subiendo al minibús.

Él hace una mueca de disgusto, pero obedece, se despide de todos, otra vez, y les asegura que los llamará por videollamada en cuanto lleguemos a la ciudad. Ellos le prometen por su parte estar todos juntos y Junior, además, le invita a ir a Los Ángeles cuando quiera para hacer otra fiesta de pijamas. Oliver, Daniela y yo sonreímos, porque es adorable ver hasta qué punto simplifican los niños las cosas. Como si Los Ángeles y España estuvieran a un salto de distancia... Nos despedimos y, cuando subimos al minibús y Óscar se echa a llorar en silencio, como si se avergonzara, siento que se me parte el alma. Lo cojo en brazos, a pesar de que ya pesa lo suyo, y me lo llevo a la parte trasera mientras la familia entera lo mira enternecida y comprendiendo que para él estas vacaciones han sido memorables también.

Y es que creo que todos nos llevamos algo importante de aquí. Julieta y Diego se han casado de la manera que soñaban, Esme y Nate dieron la noticia ayer de que harán una fiesta de bautizo, pero sin bautizo, consiguiendo que Einar saltara de

felicidad y yo no pudiera ocultar mi ilusión por ser la madrina; Óscar se lleva amigos de por vida, o eso espero, y yo... yo tengo a Álex, que en este momento se ha sentado a nuestro lado, pasando un brazo por mis hombros y acariciando la cabeza de Óscar mientras él solloza sobre mi pecho porque ya echa de menos a sus amigos.

—Volveremos a verlos, colega, no te preocupes —le susurra con un cariño que me desborda.

Óscar le mira de reojo y casi sin pensarlo abandona mis brazos y se deja acoger por los suyos mientras yo sonrío, lejos de molestarme, y comprendo que entre ellos también hay una relación; una que empezó mucho antes de que nosotros comenzáramos nuestra historia. Tienen una química especial que toda la familia es capaz de ver y no puedo negar que ese ha sido un motivo importante a la hora de lanzarme a esta relación, porque quiero a Álex con todo mi corazón, pero no habría dado un solo paso de haber sabido que mi hijo no lo aceptaría, o que no era bueno para él también. Y ni siquiera pienso en la posibilidad de que Álex no quiera a Óscar porque sé bien que lo antepondría incluso a mí y a nuestra relación. De hecho, me lo ha dicho muchas veces y eso, lejos de molestarme, me llena el corazón, porque significa que comprende que él siempre será lo primero en nuestras vidas. Ahora, cuando veo a mi hijo adormilarse en sus brazos, mi instinto maternal se reanima, y si miro al frente no se alivia, porque veo a Noah mamando de su madre y a las gemelas acunadas por Diego y Julieta, que se irán de luna de miel, ya mañana, mientras las niñas se quedan en casa de Javier y Sara unos días y en casa de Giu y Teresa otros. Comprender que formo parte activa de esta familia, de manera oficial, además, porque Álex ya le ha contado a todo el mundo que estamos juntos, hace que los sueños que llevo reprimiendo mucho tiempo empiecen a asomarse con timidez, como si no quisieran molestarme, pidiéndome permiso para desarrollarse y dejando libre a la esperanza, por fin. Ahora puedo pensar en un futuro con él, con Óscar y quizá con otros bebés sin recriminarme de inmediato hacerlo y es tan liberador que no puedo dejar de sonreír, ni aunque quiera.

El único que aún no sabe que Álex y yo estamos juntos es Óscar, pero confío en que poco a poco lo entienda y lo acepte con naturalidad, como el resto de la familia.

El camino se hace eterno, estamos agotados, hace calor y los niños protestan casi a coro mientras los adultos se desesperan, cada hora que pasa, un poquito más. Para cuando llegamos a la ciudad estamos tan estresados que Julieta, Diego y Marco se bajan del minibús a toda prisa con las gemelas para darles la cena y acostarlas, porque con la tontería se nos ha hecho de noche. El siguiente punto de parada es mi piso y me pregunto si Álex bajará con nosotros, pero cuando llegamos él me guiña un ojo y se retrepa en el sillón, haciéndome saber que va a quedarse. A ver, lo entiendo, querrá llegar a casa, deshacer las maletas y darse una ducha con tranquilidad, pero reconozco que esperaba que viniese. Que sí, que sé que mañana los dos trabajamos y

nuestros turnos son muy pesados, pero aun así...

—¿Podemos llamar a los chicos ya? —pregunta Óscar cuando entramos en el ascensor.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza mientras acaricio sus mejillas.

—No, cariño, vamos a esperar a mañana, al menos, ¿vale?

—A lo mejor ahora están cenando todos juntos. Y yo aquí, más solo que una guinda.

—¿Una guinda? —pregunto extrañada mientras abro la puerta de casa y empujo nuestra enorme maleta.

—Sí, mamá, una guinda de las que van en el centro del pastel. Todo el mundo habla bien de ellas, pero, ¿te has fijado en lo solitas que están? Estoy tan solo como una guinda ahora mismo.

Intento no reírme, porque Óscar cuando dice de ponerse dramático es muy tierno y muy gracioso, aunque entiendo que para él el asunto es muy serio, así que asiento y me dirijo a la cocina para ir sacando la ropa sucia y poniendo lavadoras mientras él me sigue haciendo teorías acerca de los alimentos que más solos se sienten en este mundo. Pasada una hora, cuando ya ha cenado, se ha duchado y se ha lavado los dientes, estoy un poco cansada de que siga hablando de lo mismo, pero tomo aire con fuerza y pienso que un día será un gran chef y yo contaré todo esto como una anécdota de lo más adorable. Todo sea por el futuro.

Lo meto en la cama, le leo un recetario nuevo que compramos en el paseo marítimo del pueblo donde está el *camping* y cuando por fin se duerme me doy una ducha relajante, me pongo una camiseta que le he robado a Álex, sin que se dé cuenta, y me meto en la cama agotada y preguntándome cuándo volveré a verlo. Me quedo dormida después de leer un rato y cuando me despierto lo hago sobresaltada, porque el timbre del portero suena y pienso, de primeras, que me he dormido y la niñera ya está aquí para cuidar de Óscar hasta mañana, cuando yo salga del trabajo. En cambio, cuando miro el reloj me doy cuenta de que son las seis y media de la mañana, así que me asusto y pienso en el montón de desgracias que han podido ocurrir para que alguien toque el portero a esta hora. Salto de la cama, corro hacia la pantalla de la videocámara y cuando veo a Álex mi boca se abre de par en par. Aprieto el botón para darle paso y me voy al marco de la puerta para esperarlo. Cuando el ascensor se abre y le veo aparecer recién duchado, oliendo a ese perfume que me vuelve loca y con tres vasos gigantes de cartón de una cafetería famosa en una mano y una bolsa de papel en otra me quedo boquiabierta.

—He pensado que podemos desayunar juntos antes de que cada uno empiece con sus labores. Bollos de crema, donuts, café cargadito para mi rubia y chocolate para el pequeño chef, aunque a él, si quieres, se lo dejamos en la cocina y que duerma un poco más, porque entiendo que...

No puede hablar más, me abalanzo sobre él y reclamo un beso con tanta energía que suelta una carcajada en mi boca que me sabe a gloria, porque sus besos son

buenos, pero que su risa vibre en mi propia boca es..., no hay palabras para eso.

—Eres el mejor —susurro mientras le hago entrar en casa.

—Si llego a saber que ibas a recibirme así vengo mucho antes y aprovechamos para echar uno matutino.

—Mmm, habría sido una buena idea. Tuve la ilusión de que vinieras anoche, pero al final me dormí...

—Quería que descansaras, gatita. Nos espera un turno jodido después de las vacaciones.

En eso tiene razón y, como el café está de muerte, decido no cabrearme con él por haber usado otra vez ese apodo que tanta rabia me da. Me pienso un poco si despertar a Óscar, porque me da pena, pero como sé que mi hijo no tiene problemas para volver a dormir entro en su cuarto y le pregunto directamente si quiere ver a Álex y si le apetece un poco de chocolate. Obviamente mi hijo da tal salto que mi chico, que está apoyado en el marco de la puerta, suelta una carcajada mientras lo alza en brazos cuando se le abalanza.

—¡Buenos días, coleguita! ¿Cómo has dormido?

—Muy bien. Anoche me sentía muy solito porque ya no tengo amigos otra vez, pero mamá dice que has traído chocolate y el chocolate hace magia y se lleva la tristeza, que lo dice mamá, así que venga, llévame a la cocina.

—A sus órdenes, jefe. Si mamá dice que el chocolate se lleva la tristeza debemos hacerle caso, porque es la mejor, ¿verdad?

—¡Verdad!

Se ríen y salen de la habitación mientras yo tengo que hacer grandes esfuerzos para no echarme a llorar y agradezco a la vida, los dioses, el karma, el destino o quienquiera que haya tenido algo que ver por poder vivir momentos tan mágicos como este.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y devoramos los bollos y nuestras bebidas. Álex y Óscar hablan de todo lo que harán cuando vean a los niños Acosta de nuevo y no me extraña darme cuenta de que mi hijo lo incluye en sus planes, como si fuese un crío más. Es un derecho que se ha ganado Álex a base de jugar con él y sus amigos más de una vez en estas vacaciones. Ahora es uno más entre los adultos y entre los niños. Todo un privilegio.

En cuanto acabamos me meto en el baño para ducharme. Cuando salgo la niñera ya está aquí y nos despedimos de ella y de Óscar mientras salimos juntos de casa.

—Oye, ¿por qué no dejas que mi padre lo recoja esta tarde y se lo lleve a casa? —me pregunta Álex como si nada—. Puede cuidarlo y te ahorrarás esas horas de niñera.

—No quiero echarle ese cargo sin preguntar y...

—No se lo echas tú, me lo ha dicho él. Es una tontería que esté con una desconocida veinticuatro horas seguidas cuando mi familia puede hacerse cargo de él.

—Álex, no es una desconocida. Esa chica es una gran cuidadora y entiende a Óscar de maravilla.

—Él se lo pasaría mejor en Sin Mar y lo sabes.

Sí, claro que lo sé, pero no puedo ceder a mi primer impulso, que es aceptar, porque después de todo Óscar sigue unas rutinas y no sé si es bueno cambiárselas de golpe y sin hacer que se acostumbre antes a la relación que Álex y yo tenemos. Se lo hago saber a él, pero se ríe y me asegura que Óscar está más que acostumbrado a esto.

—Ese niño sabe más que tú y que yo juntos. Me jugaría el cuello a que ya sabe que estamos liados.

—No, hemos sido muy cuidadosos.

—Sí, cierto, no nos ha visto bailar, abrazarnos, besarnos mejillas, cuellos y toquetearnos a la mínima oportunidad. —Se ríe entre dientes y niega con la cabeza mientras abro mi coche—. No seas ilusa, cariño.

—No lo soy. Es solo que... —Suspiro y me encojo de hombros—. Vamos a dejar pasar unos días, ¿vale? En el próximo turno vemos cómo lo hacemos.

—Tú mandas.

—De todas formas, os lo agradezco mucho.

Álex me mira con intensidad, se acerca a mí y enmarca mis mejillas entre sus manos.

—No tienes que agradecerlo. Somos tu familia, rubia, a ver si lo entiendes y empiezas a contar más con nosotros. Sobre todo, conmigo. ¿Qué clase de novio sería si no me preocupara por vosotros? —Sonrío y él besa mis labios antes de suspirar y rozar su nariz con la mía—. Trae muchas vidas al mundo y échame de menos, ¿vale?

—Lo haré. Salva muchas vidas, échame de menos y ten cuidado, ¿vale?

Él sonrío, me besa y asiente antes de dejarme subir al coche para ir al trabajo. Decir que hago el camino como en una nube sobra, porque ya se sabe. Las horas de trabajo son duras, hay un parto que se complica y acaba en cesárea a pesar de que hago lo posible y lo imposible para evitarlo porque sé que la mamá no quería; es soltera, está asustada y se ha negado durante muchas horas, pero a veces no hay más remedio y me quedo a su lado durante toda la operación, dándole ánimos y acariciando sus mejillas mientras los cirujanos hacen su trabajo. Cuando colocan al bebé sobre su pecho me emociono y agradezco en silencio, otra vez, dedicarme a una profesión tan maravillosa como esta. No todo es bonito, a veces me toca lidiar con la muerte de algún bebé o alguna mamá, son casos muy puntuales, pero ocurren y duelen mucho. Aun así, pienso que tengo una de las mejores profesiones del mundo. Soy testigo de primera mano de cómo mamás y papás se enamoran a primera vista; lloran, tiemblan, rezan y gritan de felicidad cuando sus hijos vienen al mundo y pueden tocarlos, por fin.

Recuerdo lo asustada que estuve yo durante mi embarazo y posterior parto, igual que recuerdo que, cuando vi a Óscar por primera vez, supe sin ningún tipo de dudas que iba a pasar el resto de mis días dedicada a hacerle feliz. Lloré y lo abracé muerta de miedo e ilusionada a partes iguales, deseando hacerlo un hombre de bien y no

fallar demasiado en el camino.

Han pasado años y todavía, cuando veo a una madre soltera y jovencita, como esta, abrazar a su bebé y llorar de alivio después de un parto tan largo y difícil, me emociono de manera irremediable. Me encantaría prometerle que lo hará bien, que será fácil y su bebé tendrá todo lo que necesita con ella, pero no sería apropiado y, en cierto modo, tampoco sería verdad. No será fácil, ella tendrá amor de sobra para su hijo, pero la sociedad la juzgará a veces, se preguntarán cómo se las apaña y su vida sentimental se parará de golpe o sufrirá altibajos, porque no es fácil para ningún hombre asimilar que la mujer con la que quiere estar tiene un hijo que va por delante. La soledad, el miedo, la incertidumbre y millones de dudas acompañarán su camino desde hoy, estará tentada de rendirse más de una vez, pero, al final, mirará la sonrisa de su hijo y se levantará una y otra vez, comprendiendo que eso es lo importante; no dejarse vencer por las dificultades, por insalvables que parezcan. Y quizá, algún día, encuentre un Álex que le devuelva la fe en las relaciones.

Cuando el turno acaba estoy agotada y me doy cuenta de que me he dejado sobrepasar por las emociones. Compararme y verme reflejada en la mamá soltera ha sido una clara muestra de que debo intentar controlarme, porque, aunque está bien implicarse, no puedo hacerlo hasta el punto de contagiarme de sus emociones o en unos meses no podré con la ansiedad.

La parte buena es que todo esto es que, gracias a Álex, he despertado una parte emocional que me empeñé en enterrar y silenciar para siempre. Ha dado vida a sentimientos adormecidos y, aunque no puedo negar que tengo un miedo monumental, es la primera vez que siento que puedo hacerlo; puedo arriesgarme por él, darle todo lo que tengo, lo que soy y tener la esperanza, fe y confianza suficiente en él para creer que valdrá la pena.

Llego al cuarto de Amelia justo cuando la puerta del baño se abre. Me meto en la cama y me preparo para una discusión, pero, cuando ella entra, se limita a suspirar y señalar la puerta.

—Estoy muy cansada, Álex, vete, por favor.

—No hasta que hablemos.

—¡Que no hay nada que hablar! ¿Cómo puedes ser tan pesado? Llevas todo el día detrás de mí y no me gusta.

—Tú llevas toda la vida detrás de mí y me he aguantado como un campeón, así que ajo y agua. ¿Qué era eso que vi, Amelia? ¿Qué te traes con Einar?

—¡Nada!

—¡Estaba a punto de besarte!

—Shhhhh. —Abre de par en par sus enormes ojos azules y señala la puerta—. ¿Quieres que papá nos oiga, idiota?

—No me insultes.

—¡No te insulto, te describo!

Pongo los ojos en blanco, porque esto me recuerda de manera sospechosa a una de las tantas discusiones que tuvimos de pequeños. Esta vez, sin embargo, no estamos hablando de guardar el secreto sobre quién se ha comido la última magdalena casera. Esta vez estamos hablando de que ella va por ahí morreándose con Einar, que es amigo de la familia. Además, que tiene novio. A mí Nacho me cae como una patada en las pelotas, pero es su novio y ella no es de portarse mal con la gente, todo lo contrario, así que no voy a parar hasta que me dé una explicación válida.

—Amelia, o me cuentas lo que pasó, o voy y me chivo a Julieta y Esme de lo que vi.

—No serías capaz —dice de inmediato, pero la duda es patente en su voz.

—No me pongas a prueba, enana.

—Álex, no, por favor. —Se acerca y se mete en la cama conmigo, abrazándome y mirándome con esos ojos de pena que me parten el alma, porque la muy... se tiene muy bien ensayada la miradita de las narices—. Si le dices algo a Julieta, o a Esme, no van a dejarme vivir y ya sufro bastante yo sola.

—Dime por qué sufres para que pueda ayudarte.

—No puedo.

—Amelia..., ¿te gusta Einar?

—Eso no importa, yo estoy con Nacho.

—¡Claro que importa, joder!

—Shhh.

—Es que... no tiene que ser así. Deja a Nacho y punto.

—Es mi novio, Álex. Sé que no lo entiendes, pero... no puede ser.

—Pero Einar...

—Fue un error —dice de inmediato—. Todo fue un error. Estaba confundida y...

—Suspira y niega con la cabeza, pero no puede evitar que sus ojos se vuelvan un poco cristalinos—. Necesito que olvides lo que viste, para poder olvidar que lo viví. Por favor, Álex, nunca te pido nada, pero esto es en serio.

—Pero Amelia, no puedes ignorarle de por vida.

—Sí, sí puedo. Él volverá en unos días a Estados Unidos y aquí no habrá pasado nada. Álex, te lo suplico, ayúdame a hacer como si no hubiera pasado nada.

La miro un poco sorprendido, porque no me gusta esta actitud, no quiero ver a mi hermana sufrir de esta forma, porque es evidente que sufre, pero tampoco quiero crearle más estrés del que ya tiene. Después de todo, tiene razón en una cosa: Einar va a volver a Estados Unidos y no hay razón para que todos nos compliquemos la vida, así que asiento y cuando Amelia se me abraza con toda la intensidad del mundo comprendo que he hecho lo correcto, aunque me sienta confundido y tenga la sensación de estar viviendo algo surrealista.

Amelia me suplica que me quede, así que la abrazo y programo el despertador para ir a ver a Eli. Cuando suena me muero de sueño, pero me deshago de los brazos de mi hermana, me ducho y voy corriendo a la cafetería y luego al piso de mi chica.

Mi chica. Joder, no me digas que no suena bien.

Desayunamos juntos y cuando nos separamos me doy cuenta de que es la primera vez en toda mi vida que no me apetece entrar a trabajar. Sin embargo, cuando estoy en el vestuario cambiándome y veo a Sandro acercarse a mí después de las vacaciones, sonrío y le abrazo con alegría, porque he echado de menos a este mamón.

—¿Qué tal tus vacaciones en el *camping*? —pregunta con un poco de sorna—. Dime que al menos había chicas, tío.

—Había un montón de chicas —le confirmo— pero ninguna tan guapa como ella.

—¿Ella?

—Elizabeth.

—Oh, ¿la rubita? ¿Ha caído por fin?

En otro momento me hubiese reído e incluso le habría dado detalles de mi noche con la chica de turno, pero esta vez, sin saber bien por qué, me ha ofendido un poco que hable así. No sé, es como... despectivo. Siempre me he jactado de no ser así con las mujeres. O sea, le contaba algunos detalles a Sandro y tal, porque es mi amigo, pero no pensé que fuera irrespetuoso y, sin embargo, ahora me lo parece. Frunzo el ceño y decido que ya pensaré en todo esto más tarde, porque ahora mismo tengo que contestar si no quiero quedar como un idiota.

—Más bien he caído yo.

La sonrisa de mi amigo dura solo hasta que se da cuenta de lo que quiero decir. Niega con la cabeza, abre los ojos con exageración y tartamudea un poco antes de hablar.

—No iras a decirme que te has enredado con ella en serio, ¿no?

—Pues...

—No, Álex, ni se te ocurra. —Elevo las cejas y él se levanta del banquillo en el que estaba poniéndose las botas y me señala con un dedo—. Escúchame bien, si has hecho alguna tontería del tipo de echarte novia, la llamas cuando salgamos de aquí y la dejas, ¿me oyes? Tú no puedes tener novia.

—Ah, ¿no? ¿Quién lo dice?

—¡Yo! Lo digo yo. ¿Te has vuelto loco? Será una broma, ¿no? Espera, espera. —Se ríe de forma seca y da un par de palmas—. Es una broma, ya está, qué mamón, por un momento he pensado que era cierto.

—Si ni siquiera me dejas hablar...

—Tienes razón, tienes razón. Dime, tío. ¿Te la tiraste?

Le miro fijamente y me pregunto, no por primera vez, si yo era así. Y si la respuesta es afirmativa: ¿Cómo es que nadie me dio un guantazo por imbécil? Recuerdo todas las pullas de mis hermanas y empiezo a entender sus puntos de vista. No es que ellas me odieran o hicieran piña contra mí, es que yo, a veces, sí que soy un idiota.

—Estuvimos juntos. Estamos juntos —digo corrigiéndome de inmediato—. Tengo novia, Sandro, y antes de que digas nada deberías saber que estoy feliz con eso.

Él me mira fijamente unos instantes, abre la boca y, cuando las palabras no le salen, vuelve a cerrarla y carraspea antes de pasarse las manos por el pelo. Si viera esta escena desde fuera, me partiría de risa, estoy seguro, porque es bastante cómico verlo tan confuso por algo tan simple como la noticia de que tengo pareja.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo ha conseguido? Joder, tiene que ser una diosa en la cama.

—Eh. —Planto mi dedo en su pecho y lo miro con más seriedad de la que he mirado a nadie últimamente—. No se te ocurra pasarte un pelo más.

—Perdona, tío, tienes razón. —Carraspea otra vez y se frota los ojos—. Estoy en *shock*.

—Pues no entiendo por qué, no es para tanto.

—Hombre, Álex, sí que es para tanto. ¿Qué pasará ahora con nuestra amistad?

—¿Qué tiene que ver nuestra amistad en esto?

—Pues que ahora tienes novia y nosotros solíamos salir por ahí de pesca, ya sabes. ¿Con quién voy ahora a las citas dobles? ¿O de fiesta? Si tienes novia, ya no vas a querer ir de fiesta conmigo.

Me río y le paso un brazo por los hombros mientras salimos del vestuario porque, al final, con la tontería, vamos a llegar tarde.

—Saldré contigo alguna que otra vez, pero dejando que tú te quedes con todos los peces del mar. Si lo miras así, es una buena noticia.

Él bufa un poco, nada convencido, pero al final se encoge de hombros y me devuelve el abrazo de manera breve.

El turno es un poco complicado, tenemos un accidente en carretera que nos ocupa varias horas y en el que muere una señora justo cuando llegamos. La vemos agonizar y, por más que intentamos ayudarla, nos resulta imposible hacerlo a tiempo.

Intento no pensar de más en ello, pero es complicado, la verdad.

Una vez leí que, si nos paramos a pensarlo, muchas personas que están en coma aseguran ver una luz blanca al final del túnel. ¿Qué pasaría si ese túnel fuese el camino que recorre nuestra alma hacia una nueva vida? Es lo que dicen casi todas las religiones, pero ¿Y si ese camino fuera el canal de parto de una mujer y la luz del final fuese la luz del mundo exterior? El recibimiento a una nueva vida...

Sé que parece una paranoia, pero en días como hoy, en el que yo he visto agonizar y morir a una mujer, pienso en mi chica, que estará trayendo una vida nueva a este mundo casi al mismo tiempo. Yo despido un alma y ella recibe una nueva...

Dios, si le contara a alguien esto, me tomarían por loco, estoy seguro, pero para mí, de alguna retorcida manera, tiene sentido. Es más, me siento orgulloso de estar con ella, ahora más que nunca, porque en días de mierda como hoy, la idea de salir de aquí, volver a su casa y a sus brazos, me reconforta más que cualquier noche de juerga con Sandro, aunque a mi amigo, obviamente, no le digo nada de esto. Solo quiero llegar, que desayunemos algo, durmamos un rato y luego vayamos con Óscar a cualquier sitio. Podríamos ir al cine, o a un restaurante a comer, o pasar la tarde tranquilos en su piso viendo pelis. Lo que sea, pero con ellos.

Por desgracia, con el accidente no acaba el turno y, cuando queda poco para salir, nos informan de un incendio en un piso. Al principio todo va bien, pero al final un fallo técnico hace que un compañero acabe con un brazo lastimado debido a una viga de hierro. Podría haber sido peor, porque de no haberse movido ahora estaría muerto y Sandro no pierde oportunidad de recordármelo en cuanto acabamos el jodido turno, por fin.

—Esta es otra de las razones por las que ni tú, ni yo, hemos querido novia nunca.

—¿Cuál? —pregunto haciéndome el tonto, porque sé lo que viene ahora.

—El riesgo, la preocupación que ella sentirá y te acabará agobiando, la concentración que pierdes cuando estás pensando en las ganas que tienes de volver a casa antes que en lo que tienes que hacer. Y ya no hablo de la posibilidad de que te pase algo y ella tenga que cargar con la pena de perderte.

—Eso no pasará —digo en tono serio.

—¿Seguro? Ella tenía un hijo, ¿no?

—¿Qué tiene que ver Óscar en todo esto?

—Piensa, Álex, joder. Si te pasa algo y ese crío se encariña contigo tendrá que pasar el trauma de perder una especie de padre. Te lo voy a poner peor: ¿qué pasa si sigues con ella y te da por tener más hijos? ¿Y si luego te pasa algo y la dejas colgada con un par de niños? ¿Sabes lo jodida que es la vida de una madre soltera?

—Lo sé, Sandro, Elizabeth es una de ellas y lo ha hecho de maravilla. Confío en ella para cuidar de Óscar y de tantos hijos como tengamos, si es que los tenemos,

porque estás corriendo demasiado.

Él niega con la cabeza y se desnuda antes de meterse en la ducha. El tema se corta y pienso que ya no va a darme más la lata, pero cuando salgo y empiezo a vestirme, se pone a mi lado y vuelve a la carga.

—No quiero joderte la vida, Álex. Te lo creas o no solo quiero que estés bien y vivas tu vida de la mejor manera posible. Este trabajo es una mierda para tener familia. Imagina que a Sánchez le cae la viga en la cabeza o en la espalda y lo mata. ¿Cómo se quedaría su mujer? ¿Y sus hijos? ¿Crees que él no está ahora mismo dándole vueltas al tema? Joder, me apuesto el culo a que esta noche no conseguirá dormir pensando en lo que podría haber pasado. —Palmea mi espalda y se pone frente a mí, obligándome a mirarle—. Solo quiero que pienses bien en los pros y los contras de todo esto. Si no quieres recapacitar por ti, hazlo por ella, porque parece una buena mujer, ha sufrido mucho para criar sola a su hijo y no se merecen que los obligues a sufrir así, Álex.

—Si la dejo ahora, le haré el mismo daño.

—No, tío, qué va. Si la dejas ahora te odiará, pero ante una posible tragedia, es más fácil manejar el odio que el amor perdido. No sé, yo no querría que mi muerte fuese un motivo de sufrimiento constante para una mujer, pero tú haz lo que veas.

Podría guardar silencio, sé que no tiene sentido discutir esto, pero también conozco a Sandro y sé que no se quedará aquí. Es de insistir hasta el cansancio y me intentará colar sus teorías de mierda hasta que acabe cediendo, ya sea por desesperación o porque consiga convencerme de que tiene razón. No quiero que ocurra, pero no sería la primera vez que me quita ciertas ideas de la cabeza... Por eso tengo que pararle los pies, porque no puedo permitir que vaya a más y consiga amargarme hasta el punto de empezar a dudar.

—Cualquiera diría que das por hecho que voy a morir. ¿Tan mal bombero crees que soy? —pregunto con ironía.

Él hace una mueca con la boca y golpea mi hombro con fuerza.

—No te pongas melodramático, no he dicho eso.

—¿Melodramático yo? Me acabas de soltar una charla acerca de la catástrofe que provocaría en la vida de Elizabeth si muriera, ¿y yo soy el melodramático?

—Solo intento ayudarte porque soy tu amigo y te aprecio, joder, pero haz lo que te dé la gana.

—Sí, eso haré.

—Bien.

—Bien.

Los dos chasqueamos la lengua, cogemos nuestras cosas y salimos al mismo tiempo. De hecho, salimos por la puerta con tanta igualdad que nos empujamos un poco para ver quién pasa primero por el marco. Gana él, pero porque paso mucho de pelearme más. En serio, quiero a Sandro y, quitando a la gente de mi familia y a Einar, es mi mejor amigo, pero creo que no tiene ningún derecho a meterme ideas

raras en la cabeza.

Está claro que puedo morir en cualquier momento, no soy tonto, pero eso también podría pasar si fuese albañil, ¿no? Vale, el riesgo no sería tan alto, pero puestos a dramatizar, podría salir mañana a la calle, que me pillara un coche y acabar con todo de la misma forma.

Me dirijo hacia mi coche y suspiro cuando el motor ruge y me incorporo a la carretera, mientras no dejo de darle vueltas a las palabras de Sandro, mal que me pese. Joder, le odio, le odio mucho por hacerme pensar en esto pero, aunque me caiga mal, tengo que reconocer que yo mismo he sido creyente de esa teoría hasta hace apenas unas semanas. Pensaba que no podía y no debía tener una mujer, porque ya hay bastante gente preocupada por mí en cada turno. Recuerdo el incendio forestal, la forma en que mi padre y mis hermanas me agobiaron con su preocupación; incluso Sara lo hizo y eso que ella es de mantenerse al margen. No quiero pasar por todo eso con Eli, pero algo empieza a decirme que Sandro tiene razón en una cosa, y es que ella ya ha pasado por mucho en la vida. Y yo me pregunto: ¿Qué pasaría si yo muriera...? No se quedaría sola, mi familia la ayudaría, lo tengo claro, pero, ¿no sería yo responsable de su infelicidad? Y es lo último que quiero.

Por otro lado, hay muchas probabilidades de que acabe mi carrera como bombero sano y salvo, así que estaríamos juntos toda la vida, Óscar sería mi hijo, si él quisiera y, de hecho, hasta me plantearía tener un par de ellos más, aunque solo fuera por tener excusa para abastecer los armarios de casa de chucherías. ¿Tan malo es soñar con todo eso? ¿De verdad soy tan egoísta por querer tenerla a mi lado toda la vida y no pensar que puede que el próximo turno sea el último?

Me paso todo el camino analizando los pros y los contras de esta situación y, cuando aparco en la calle de Eli, la única conclusión a la que he llegado es que Sandro es un imbécil, pero yo más, por dejarme comer el coco de esta manera.

Toco el portero, subo en el ascensor y en cuanto la veo, apoyada en el quicio de la puerta, con una camiseta mía que no sabía que tenía, el pelo rubio suelto acariciando sus hombros y una sonrisa un tanto perversa pintando su cara, pienso que Sandro puede meterse su discurso por donde le quepa, porque ahora mismo soy incapaz de pensar en dejar a esta increíble mujer.

—Óscar está con tu padre. Estaba esperándome aquí esta mañana cuando llegué y me ha informado de que se lo lleva y podemos recogerlo esta tarde, cuando hayamos descansado. —Se estira como una gatita mimosa sobre el quicio de la puerta y amplía su sonrisa—. ¿Qué me dices? ¿Te vienes a la cama conmigo?

—Si algún día contesto que no a esa pregunta, por favor, mátame y tira mi cuerpo a los leones del zoo.

Eli se ríe y yo aprovecho para avanzar unos pasos, cogerla en brazos y meterla en casa pensando que da igual lo que diga Sandro; da igual lo que diga el mundo entero, porque todo lo que me importa en el presente es ella.

La dejo sobre la cama, le quito mi camiseta y me recreo en su cuerpo, caliente y

dispuesto; en su mirada oscura, a pesar de tener los ojos azules y en la disposición que muestra mientras yo me desnudo. Cuando lo hago la miro y suspiro de anticipación.

—¿Qué esperas? —pregunta ansiosa.

—Que estés dispuesta del todo.

—Lo estoy.

—No, me falta algo.

—¿El qué?

—Adivina... —Subo en la cama, abro sus piernas con mis rodillas y me cuelo entre ellas, acariciando sus muslos con mi erección—. Quiero que me des eso que consigue calmar todas mis tormentas en cuestión de segundos.

—¿Qué es? Dime qué es y te lo daré —susurra ella acariciando mis mejillas y dándose cuenta, supongo, de que mis ojeras denotan el turno de mierda que he tenido—. Por favor...

Su entrega es tal que me emociono, aunque intente disimularlo. Al final, beso sus labios, acaricio su nariz con la mía y me apoyo en su entrada antes de hablar.

—Tu sonrisa. Eso es todo lo que necesito para que todo vuelva a cobrar sentido: tu maldita sonrisa.

Eli sonrío, me besa y a mí me desaparecen todas las dudas, porque estoy aquí, con ella y está aquí, conmigo. Y nada más me importa.

Eli

Ha pasado una semana desde que volvimos de las vacaciones, Óscar empieza a habituarse a la rutina y, aunque sigue hablando de los Acosta a diario, ya no está tan triste, lo que me alegra sobremanera, porque odio verlo quedarse taciturno y apagado.

Ahora mismo, además, está jugando con Álex en el jardín de Esme y Nate, mientras estos mecen al pequeño Noah, que hoy celebra su «No bautizo». Einar está pletórico y yo reconozco que, un poco, también, porque es emocionante ser madrina del pequeño, aunque sea solo algo simbólico. De hecho, hace solo unos minutos que he permitido que se vaya con sus padres y estoy segura de que el vikingo no tardará en reclamarlo y pasearlo por ahí sacando pecho, con todo el orgullo del mundo. También estoy segura de que se lo permitirán, porque Einar se va mañana. Él no habla del tema, supongo que no quiere pensar en ello, porque todos sabemos que estar en Nueva York no le hace especialmente feliz, pero su trabajo allí es importante y aquí no tiene nada, así que no le queda más remedio.

Julieta y Diego han vuelto hoy de su luna de miel en Italia. Solo han estado una semana, pero vienen con las pilas cargadas y se nota, aunque de momento a quien más caso hacen es a las gemelas y a Marco, dejando claro que, por muy bien que lo hayan pasado, han echado de menos a sus niños. Y sí, meto a Marco en el saco porque así lo consideran, estoy segura.

Amelia está en un rincón tecleando en su móvil a toda velocidad, seguramente discutiendo con Nacho, porque según Álex esa relación no tiene ningún futuro. Bueno, según Álex su hermana tendría que haberlo dejado ya y está haciendo las cosas como el culo, pero cuando le pregunto por qué piensa eso, me contesta que él sabe lo que se dice y que Amelia está cagándola mucho por todas partes. Tan tenso le pone el tema que ya paso de tenerle a malas por algo que ni siquiera le incumbe de manera directa, diga lo que diga, así que me limito a ignorarle cada vez que llega a casa protestando. Y es que esta semana ha pasado casi todas las noches en mi piso, excepto las que ambos trabajábamos. Se iba al amanecer, tal como hacíamos en el *camping*, eso sí. Es un incordio, lo reconozco, y él está cansado de disimular; no deja de pedirme que hablemos con Óscar y sé que tenemos que hacerlo, pero quiero dejar pasar unos días más para asentarme, asegurarme y acostumbrarme a esta nueva vida. Álex lo entiende, pero la paciencia no es su fuerte y se nota. Óscar, por su lado, no dice nada, pero se pega todavía más a él, lo que es significativo; creo que comprende que hemos creado un vínculo especial entre los tres, no le pone nombre y no hace preguntas, porque mi niño es un ángel, pero actúa en base a lo que va sintiendo.

—Mírala, si es que mírala, enganchada al móvil —dice el rey de Roma

poniéndose a mi lado—. Seguro que está aguantándole alguna mierda nueva a su novio, si es que a eso se le puede llamar novio, vaya. ¿Tú le has visto desde que hemos vuelto? ¿Eh? Nada, no ha asomado las narices por esta casa. Hay que tener poca vergüenza, sinceramente.

Pongo los ojos en blanco y le miro dar un sorbo a su botellín. Sonrío, de manera inevitable, y acaricio su brazo para que se calme.

—Habrás estado trabajando, Álex, las personas normales tienen vidas ajenas a esta familia, ¿sabes?

—¿Las personas normales? ¿Y nosotros qué somos? ¿Anormales? Me ofendes, rubia. —Mira a su hermana, que se muerde la uña del dedo índice mientras observa la pantalla con evidente nerviosismo, y chasquea la lengua—. A la mierda, voy a hablar con ella. Tiene que entender que ese gilipollas no se merece que ella ignore a la familia.

—Alejandro, ni se te ocurra. No tienes ningún derecho de reclamarle nada a Amelia.

—¡Es mi hermana! Tengo un millón de derechos.

—Ah, ¿sí? ¿Quién te los dio?

—Se me otorgaron al nacer de la misma barriga que ella, ¿vale? Es una cosa que viene de serie. Mi deber para con mis hermanas es incordiarlas y protegerlas a partes iguales, viene con el carnet de hermano y todo el mundo lo sabe.

—No vas a ir a darle la noche.

—Pero, ¿quién va a darle la noche? Yo solo voy a decirle que se vaya aclarando y no maree más la perdiz, encima con Einar aquí mirándola.

Frunzo el ceño y miro a Einar, que mece a Noah y habla con Diego de la manera más natural del mundo.

—¿Qué tiene que ver Einar en todo esto?

—¿Eh?

—Has dicho que Einar está mirándola, pero no es así. ¿Qué tiene que ver él con Amelia?

—No, nada.

—No, nada, no, algo tendrá que ver cuando lo has dicho.

Álex se relame los labios y se tira del cuello de la camiseta, como hace siempre que se pone nervioso. Yo entrecierro los ojos y le miro con toda la intención del mundo, porque está ocultándome algo, lo sé, hace demasiado tiempo que le conozco, pero cuando hago amago de hablar, él sonrío y me besa intentando distraerme y, por desgracia, consiguiéndolo. Dios, odio que haga eso, pero adoro cómo besa.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa hoy? —susurra en mi oído mientras me pega a su cuerpo.

—Mmmm.

—¿Mamá?

Abro los ojos de par en par mientras me separo de Álex y miro a mi hijo. Bueno,

a mi hijo y al resto de la familia, que nos observa con diversión e intriga a partes iguales, porque son conscientes de que la hemos cagado delante de Óscar y me juego el pellejo a que estarán haciendo apuestas sobre cómo vamos a sortear esta situación.

—Cariño, ¿quieres cenar un poco más?

—Le has dado un beso en la boca a Álex, mamá, te he visto.

—Eh...

Miro a un lado, al culpable de todo esto, pero él solo sonrío y se encoge de hombros con naturalidad mientras revuelve el pelo de mi hijo con cariño.

—Está tan guapa que no he podido evitarlo, colega. No hay problema, ¿no?

Óscar le mira evaluando la situación y yo pienso, con culpabilidad, que no estoy segura de que esta sea la forma de afrontar la situación. Mi hijo se comporta como el niño con alma de adulto que es y acaba por sonreír y negar con la cabeza, pero yo no puedo dejarlo así. Conozco a Óscar y sé que su cabeza irá a mil por hora ahora mismo, no quiero que se obligue a mantener la boca cerrada para no hacerme daño, así que, cuando se aleja para ir en busca de Javier, que lo está llamando, le sigo, dispuesta a hablar con él.

—Espera, nena, así no. —Álex me abraza desde atrás por la cintura y enlaza sus dedos en mi estómago—. Hablaremos con él más tarde y con calma, ¿vale?

—Esto es por tu culpa —murmuro en tono serio—. Si no me hubieras besado para distraerme, nada de esto habría pasado. Es mi hijo y no quería que lo supiera así, Alejandro.

—Lo siento, tienes razón —dice separándose de mí mientras yo me doy la vuelta.

Le miro a los ojos y me doy cuenta de que está arrepentido, conozco a Álex y sé que el beso ha sido un impulso. No sé por qué razón lo ha hecho ni qué está ideando su cabecita acerca de Amelia, pero, sea lo que sea, en este momento no me importa, porque solo quiero que nos vayamos a casa con Óscar y le contemos esto de manera que comprenda que, al parecer, Álex va a ser una constante en nuestras vidas.

—Quiero que nos vayamos cuanto antes —le digo.

—¿Nos? —pregunta mientras yo le miro sin entender. Él se mete las manos en los bolsillos y pateo una piedra imaginaria del césped antes de hablar—. Bueno... entendería que quisieras explicarle a Óscar lo que ha pasado sin que yo esté presente. Es tu hijo y no tengo derecho a meterme.

Chasqueo la lengua porque sé que, en parte, la culpa es mía. Él me ha besado sin caer en que Óscar nos estaba mirando, pero yo tampoco me he dado cuenta y me he dejado sin ningún problema. Además, ¿qué tiene de malo? En algún momento teníamos que llegar a esto. No es la forma que yo tenía pensada, sí, pero supongo que, en la vida real, no hay un momento perfecto para cada situación complicada. Esto es algo que hemos hecho los dos y quiero que Álex esté conmigo cuando le digamos a Óscar que estamos juntos, así que sonrío y niego con la cabeza.

—Si vas a formar parte de nuestra familia, o nosotros de la tuya, lo mejor es que estemos los dos. ¿O no quieres?

—Claro que quiero, joder —dice soltando el aire a trompicones—. Pensé que te había cabreado hasta el punto de no querer que yo estuviera presente. Siento haberte besado sin avisar, ni esconderme.

—Bueno... espero que desde hoy ya no tengamos que hacerlo. De hecho, espero que, desde hoy, te dediques a besarme siempre que quieras sin mirar antes a los lados.

Álex sonrío, encantado con la idea, y yo no puedo evitar reírme entre dientes, ruborizarme y sentirme, otra vez, como una niña de quince años en su primera cita.

—Haces que cada día sea especial —dice él de pronto—. Gracias por comprender mis cagadas, cariño.

—No tienes que darme las gracias, yo tampoco sé cuál es la manera correcta de llevar todo esto.

—Lo estamos haciendo bien —susurra apretándome los hombros y haciéndome reír, porque después del beso, un gesto tan amistoso como este queda raro—. ¿Qué?

—Nada, que sí, que lo estamos haciendo muy bien, o eso creo.

Le abrazo y beso un lateral de su cuello mientras él sonrío en mi pelo y me aprieta contra su cuerpo. Apenas mantenemos el contacto unos segundos, porque no queremos dar más que hablar, pero creo que ya todos son conscientes de que esta fiesta está empezando a venirnos larga. Sin embargo, cuando Nate pide un poco de silencio para decir unas palabras, me pongo nerviosa, porque sé lo que viene, o eso creo. Álex también lo sabe, porque sonrío en la boquilla de su botellín y me mira guiñándome un ojo.

—Bueno, ante todo, quiero daros las gracias por haber venido a la fiesta de Noah. Ya sabemos que no es un bautizo convencional, pero es una fiesta en la que todos le prometemos cuidarle y apoyarle.

—¡Y yo soy padrino oficial! —dice Einar haciéndonos reír.

—Eso es —contesta su amigo—. Tú eres el padrino oficial y Elizabeth la madrina. —Pasa un brazo por los hombros de Esmé, que sostiene al pequeño mientras lo mece un poco—. Todos habéis sido conscientes de lo que hemos pasado para llegar hasta aquí y creo que nadie puede molestarse al saber que los elegidos seréis vosotros. Eli, has sido un apoyo inmenso para Esmé desde que te conoció y sé que, más que amiga, ella ya te considera una hermana más. Ni siquiera voy a decirte que estoy seguro de que Noah te adorará, porque eso es algo que ya deberías saber. —Mi amiga asiente emocionada y yo carraspeo para intentar no llorar, pero al final no me sale y derramo un par de lágrimas—. Y tú, Einar... —Se ríe cuando el susodicho cuadra los hombros, esperando que Nate le dedique unas palabras—. A ti no sé ni qué decirte. Has sido, junto a Diego, mi familia aquí desde que llegué. Habéis aguantado muchas cosas conmigo, buenas y malas, y sé que, aunque vivas lejos, Noah te querrá con locura y comprenderá desde ya mismo que vas a ser una parte vital en su vida. Gracias por ser parte de nuestra familia, padrino.

Einar se abalanza sobre él con tanta fuerza que lo tambalea del sitio. Le da unas palmadas que deben dolerle bastante, porque este chico es que es tan efusivo que, a

veces, no controla la fuerza.

—Te quiero huevo mazo, Nate —dice después de las muestras de afecto haciendo que todos nos riamos, porque el pobre, cuanto más nervioso se pone, peor habla.

—Y yo a ti, vikingo.

—Bueno, ya lo ha dicho todo él, así que a mí solo me queda daros las gracias a todos —dice Esme—. Aunque Noah solo tenga un padrino y una madrina, soy consciente de que toda la familia que le rodea es especial y haréis que su vida sea un caos, pero también le enseñaréis el significado de la familia y de la unión mediante lazos irrompibles, aunque no siempre sean de sangre, porque la mejor familia es la que uno mismo elige y creo que muchos de los que hoy estáis aquí sois conscientes de lo increíble que es esto que hemos creado entre todos. Muchas gracias por haber venido. —Alza su copa de zumo mientras sonrío y nos señala a todos—. Por millones de barbacoas y fiestas juntos.

Todos alzamos las copas, botellines o vasos y brindamos con ellos vitoreando y yo, además, emocionada, porque hace ya mucho que me siento parte de esta familia, pero oír esas palabras mientras estoy al lado de Álex, acariciando su mano y sintiendo su cuerpo pegado al mío, es algo que ni siquiera puedo describir.

Empezamos a separarnos del círculo que hemos creado alrededor de ellos, pero, antes de que lo hagamos del todo, Nate nos para y sonrío nervioso, así que yo me río, más nerviosa aún, y miro a Álex, que se ríe entre dientes, consciente de lo que viene, o eso esperamos.

—Hay algo más —dice mientras mira a su mujer y carraspea—. Decirte que te quiero me parece poca cosa; tú sabes bien que eres mi vida entera y que nuestro hijo y tú lo sois todo para mí, pero también sabes que necesito decirte todo esto mínimo una vez al día, porque me da pánico que un día te levantes y pienses que ya no estoy enamorado, o que no recuerdes cuándo fue la última vez que te dije que te quiero.

—Te quiero —susurra ella emocionada y sonriéndole.

Nate asiente y carraspea mientras suelta el aire y se mete una mano en el bolsillo, haciendo que Esme ponga los ojos como platos porque no es tonta y sabe lo que viene. Él saca la caja de rigor y, con todo el porte y la elegancia que poca gente luce como Nathaniel Morgan, clava una rodilla en el suelo y mira a la madre de su hijo, mientras ella ahoga una exclamación de sorpresa y mece a Noah con más intensidad.

—No sé cómo decirte esto, porque no hay palabras que describan cómo me siento cuando te miro dormir a mi lado y pienso que tengo todo lo que soñé en la vida. Lo único que sé es que quiero seguir sintiendo eso el resto de mis días; quiero que hagamos este amor aún más fuerte, prometiéndonos de forma legal que estaremos siempre juntos, así que, Esmeralda León, ¿quieres casarte conmigo?

Ella exclama que sí y, si no se abalanza sobre él, es porque sigue teniendo a su hijo en brazos, pero en cuanto Einar se acerca y se lo quita con delicadeza, ella obedece a su instinto y se abraza a su chico enterrando la cara en su cuello, seguramente avergonzada de estar llorando en público, porque Esme es tan rígida que

sé que se arrepentirá de haberse puesto así, pero también sé que esa actitud es la que hace que Nate se derrita, porque solo él consigue desestabilizarla hasta este punto. Se besan, se abrazan y los demás jaleamos y volvemos a brindar por ellos mientras yo pienso que ojalá pueda disfrutar de miles de escenas como esta, formando parte de la familia, lo que me resta de vida.

Eli

Pasado un rato de la pedida de mano, cuando todos han vuelto a la normalidad, voy hacia Álex, que está hablando con Amelia, y aprieto los dientes recordando que está de un insoportable con su hermana que no me gusta nada. Llego justo cuando oigo cómo ella le pide que la deje en paz de una vez y no me extraña, porque adoro a mi chico, pero, como hermano protector, es insufrible.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto alcanzándolos, por fin.

Álex se envara y agacha la mirada, porque sabe que le he pillado y que no me gusta que haga esto. Amelia, en cambio, me mira desesperada y señala a su hermano.

—¿Puedes, por favor, llevártelo de una vez? Me encantaría poder vivir mi vida sin él pisándome los talones.

—Si hicieras las cosas bien, no te pisaría nada.

—¡Que me dejes en paz!

—¿Por qué le ignoras? Te he visto, Amelia, no es justo, él es nuestro amigo.

—Alejandro...

Amelia aprieta los dientes y me mira. Yo me siento incómoda, porque sé que estoy interrumpiendo algo más importante de lo que en un principio pensaba, así que hago amago de alejarme, pero Álex me sujeta de una mano y me pega a su costado.

—Es mi novia, así que puedes decir lo que sea delante de ella. Así funcionan las cosas cuando hay confianza en una pareja, Amelia.

Su hermana agacha la mirada y me da pena, porque no sé qué demonios está pasando aquí, pero sé que Álex no debería meterse en esto. Al final, Amelia carraspea, alza la mirada y clava sus preciosos ojos en mí.

—La noche de la boda de Diego y Julieta bebí un poco más de la cuenta y Einar estuvo a punto de besarme. Mi hermano nos pilló justo antes de que lo hiciéramos y luego no pasó nada. Eso es todo, Eli, así que, ¿puedes, por favor, decirle que me deje en paz y que ya todo está olvidado?

—Eh... —Los miro sorprendida al máximo, porque de todas las cosas que esperaba, esta era la última, la verdad.

—Olvidado no está. No es lo mismo barrer la mierda bajo la alfombra que llevarla a un jodido contenedor.

—Álex, por favor, olvida esto. Me prometiste hacerlo.

—Es que no eres feliz, Amelia, y sé que es por algo relacionado con todo este lío.

—No es verdad.

—Lo es. —Álex suspira exasperado y apoya las manos en sus hombros—. Solo quiero que vuelvas a sonreír, joder, últimamente estás taciturna, triste...

—Yo estoy triste muchas veces. Soy la llorona, ¿recuerdas?

—No, no es lo mismo sentir una tristeza puntual por un tema concreto, que adoptar ese estado de ánimo de forma constante, y eso es lo que te está pasando, aunque lo niegues.

—Álex...

—No te alejes de Einar, joder, solo te pido eso. Llevas toda la noche evitándolo y no es justo.

Frunzo el ceño y miro el intercambio de palabras como si se tratase de una partida de tenis. No entiendo bien de qué va aún, porque estoy aturrullada con tanta información, pero hago memoria e intento recordar un momento de la noche en que haya visto a Amelia hablar con Einar y me doy cuenta de que Álex tiene razón y no han estado juntos. Supongo que se habrán saludado, pero poco más.

—Esto mejorará, ¿no ves que Einar se va mañana? —dice Amelia.

—No me voy.

Los tres nos giramos hacia la voz que ha dicho eso, que no podía ser otra que la del vikingo, claro. Einar nos mira muy serio, sé que no le hace ni un poco de gracia que hablemos de esto a sus espaldas, pero después de todo es un buenazo, así que se encoge de hombros y sonrío con naturalidad.

—Sí te vas —susurra ella.

—No, no me voy —reitera. Después llama la atención de toda la familia y sigue hablando, en inglés, aunque sus ojos no se despeguen de Amelia—. He conseguido una plaza como profesor en la universidad de la ciudad, así que no voy a ir a ninguna parte. Quería esperar a dar la noticia para no robar el protagonismo a la boda de Diego y Julieta, ni a la fiesta de Nate y Esme, pero ya nada me impide decirlo. —Sonríe y, esta vez sí, centra su vista en el resto de la familia—. Hasta hoy me he alojado en el piso de Julieta y Diego porque estaban de luna de miel, pero ya he encontrado un pequeño estudio. Esta misma semana me mudaré y la familia de Nate podrá mandarme todas mis cosas desde Nueva York.

Diego y Nate se le tiran encima con una efusividad que el resto de la familia celebra y copia. Pronto todo son besos, abrazos y palabras de entusiasmo. Todos están felices, yo también, y estaría mal decir que Amelia no lo está, pero lo cierto es que no sé cómo se encuentra, porque sigue mirando a Einar con los ojos de par en par, la boca entreabierta y un estado de *shock* tan evidente que Álex tiene que zarandearla un poco para que disimule. Ella sonrío un poco, pero pasados unos minutos alega un terrible dolor de cabeza y se va mientras mi chico y yo la miramos preocupados.

—Es más fuerte de lo que parece y más responsable que muchos de nosotros —le digo a Álex—. Estará bien.

—Eso espero, rubia, eso espero... —Besa mi frente y sujeta mi mano mientras señala a Óscar, que está en brazos de Marco y habla con Diego acerca de una receta de *pizza* que ha leído esta semana—. ¿Nos vamos?

—Ya tardabas en decirlo —susurro sonriendo.

Recogemos a mi hijo, nos despedimos de la familia y nos subimos en el coche. Es la primera vez que Óscar es consciente de que Álex viene a casa con nosotros para dormir. Por lo general le decíamos que venía a cenar y luego se marchaba, pero claro, cuando el niño se dormía, él se metía en mi dormitorio y, como se iba antes del amanecer, la coartada colaba. Esta noche nada de eso ocurrirá. Llegamos al piso, nos sentamos en el sofá del salón y, dado que nos cuesta un mundo romper el hielo, es Óscar, al final, el que habla.

—Queréis explicarme por qué os habéis besado en la boca, ¿no?

—Sí —digo—. Sí, verás... Ya te he hablado muchas veces de las relaciones de amor, así que sabes bien que, cuando dos personas se besan en la boca, es porque tienen algún tipo de relación.

—Sí, esas personas pueden ser un hombre y una mujer, o un hombre y un hombre, o una mujer y otra mujer, porque el amor no entiende de sexos.

Sonrío, enamorada de mi niño, mientras Álex se ríe entre dientes y tira de él, sentándolo sobre sus rodillas y revolviendo su pelo.

—Eso es, colega, lo tienes muy bien aprendido.

—Mamá es buena explicando las cosas —contesta él—. ¿Tenéis una relación?

La pregunta va directa a Álex y, cuando hago amago de meterme y contestar, él alza una mano para que no lo haga y se relame los labios. Quiero confiar en él y que sea parte activa de este momento, así que obedezco y rezo para que no se bloquee, como le pasa a veces, y trate el tema con la máxima naturalidad posible.

—Sí —dice—. Tenemos una relación desde hace unos días, pero no te hemos dicho nada hasta ahora porque no sabíamos cómo contártelo.

—¿Porque te da vergüenza que sepa que le das besos a mamá en la boca? —pregunta con toda la inocencia del mundo.

Álex se ríe y niega con la cabeza antes de contestar.

—No, qué va. A mí me encanta besar a mamá en la boca y que todo el mundo lo sepa. Lo que pasa es que los adultos, a veces, no somos muy listos. No sabíamos si tú ibas a comprender que ahora somos una pareja y nos gusta pasar más tiempo juntos, así que nos callamos, pero estuvo mal y debimos confiar en ti.

—¿Y es tu novia y tú su novio?

—Sí, eso es.

Óscar lo mira frunciendo el ceño y yo me pinzo el labio para no comerme a Álex a besos, porque yo no podría hacer esto mejor de lo que lo está haciendo él. Pienso, no por primera vez, que a pesar de tener varios años menos que yo, sabe ser un padrazo. Supongo que es algo instintivo y que le sale de dentro, porque me consta que no se relaciona demasiado con niños pequeños, salvando los de Sin Mar y sus sobrinos, que apenas son bebés.

—A mí me gusta que tengáis una relación, pero, ¿qué eres tú mío ahora? Porque ya no eres solo mi amigo, ¿no? Eres más... —susurra Óscar un poco cortado.

Álex lo mira y sé que, esta vez, sí se ha quedado un poco bloqueado. Aun así, espero un poco antes de intervenir, porque no sé cómo afrontar esto yo tampoco. O sea, sé lo que yo quiero que sean, pero no puedo imponérselo a ninguno de los dos, así que espero y deseo con todas mis fuerzas que se aclaren sin que tenga que intervenir.

—¿Tú qué necesitas que sea?

—No sé lo que necesito, Álex, solo tengo seis años —dice mi hijo nervioso—. Solo sé lo que quiero.

Álex sonrío y asiente acariciando su pelo y pasándose la lengua por los labios. Yo sigo en modo estatua porque no me atrevo siquiera a moverme.

—¿Y qué quieres? —Óscar guarda silencio y agacha la mirada de inmediato. Álex pasa la palma de su mano por su espalda, acariciándolo y hablándole con suavidad—. Nosotros tenemos confianza, ¿recuerdas? No tienes que tener miedo de hablar conmigo, Óscar.

—¿Y no te vas a reír de mí?

—Nunca.

Óscar se retuerce las manos y a mí me pica todo, porque necesito abrazarlos a los dos y que este momento pase. Ya sé que parece bonito, lo es, en realidad, pero los nervios no me dejan disfrutarlo y solo puedo pensar en que acabe de una vez y mi niño no salga mal parado de aquí.

—Yo quiero tener un papá... pero si no quieres, no pasa nada. Puedes ser el novio de mamá y yo seré solo su hijo. No me voy a enfadar si no quieres un hijo, porque no te puedo obligar a quererme y...

Álex lo abraza, interrumpiendo su diálogo balbuceante y consiguiendo que Óscar solloce con la cara enterrada en su cuello. Yo no puedo evitar derramar algunas lágrimas, porque suena tan necesitado...

Supongo que, por mucho que Óscar haya entendido siempre que yo cumplía el papel de madre y padre, en el fondo añoraba una figura paterna, pero su timidez le ha impedido decírmelo con claridad. Eso, y que tiene un corazón que no le cabe en ese cuerpo tan pequeño. Estoy segura que, si no me ha dicho antes que quería un papá con tanto anhelo, es porque él pensaba que me haría daño. Miro en silencio la forma en que Álex carraspea y sé que está emocionado, lo que es bueno, porque estoy segura de que, ahora más que nunca, tratará a mi niño con todo el amor del mundo. Es una de las razones por las que le quiero de esta forma tan intensa.

—Yo te quiero mucho, Óscar —susurra Álex en cuanto mi hijo se calma—. Y me encantaría tener un hijo tan increíble como tú, así que, si tú quieres, para mí será un honor ser tu padre desde ahora mismo.

Yo siento un poco de vértigo, porque lo que está diciendo son palabras muy muy serias, pero deseo y espero que Álex esté tan seguro de esto como yo. Óscar por su lado llora con más fuerza, pero supongo que es por los nervios y la emoción que siente, porque se abraza a Álex y asiente con fuerza mientras él sonrío y lo acaricia,

intentando calmarlo. Al final, pasados unos segundos, mi hijo saca la cara de su cuello y se sorbe la nariz con fuerza antes de hablar.

—Entonces, si ya eres el novio de mamá, y mi papá, ya puedo decirte que no hace falta que te vayas por las noches con la luz apagada, ¿no? —Álex lo mira con los ojos de par en par y Óscar sonríe y sujeta sus mejillas con sus pequeñas manos—. Si hoy te quedas, te prometo que te haré un desayuno bien rico para que no te vayas con hambre.

Álex suelta una carcajada mientras me mira y yo me pongo roja como un tomate.

¿En qué momento se me ocurrió pensar que Óscar no se daría cuenta de lo que pasaba entre nosotros? ¡Es Óscar! La intuición con patas, así que no me extraña nada, pero me avergüenza pensar en la posibilidad de que nos haya oído todas estas noches, sobre todo cuando hacíamos... Ay, Dios.

—Me encantaría que me hicieras el desayuno —dice al final—. De hecho, ¿qué te parece si mañana los dos le hacemos el desayuno a mamá y se lo llevamos a la cama?

—¡Sí! Podemos hacer batido de chocolate y tortitas.

—Nunca diré que no a un buen batido y unas tortitas hechas por ti.

—Jo, qué genial. Ojalá fuera mañana ya.

Álex se ríe y me mira, solo para darse cuenta de que me está resultando imposible no echarme a llorar. He soñado con algo así tanto tiempo que ahora me siento agotada emocionalmente, como si me hubiesen absorbido la energía de pronto, dejándome solo con ganas de suspirar y llorar de felicidad.

Al fin tengo todo lo que siempre soñé: un novio, un padre para Óscar, un amigo, un amante y no solo eso, sino una familia detrás, dando la cara por nosotros y apoyándonos sin preguntas ni condiciones.

Supongo que todo esto es la vida: momentos malos, otros de superación y algunos de hundirte, encerrarte en un cuarto y querer llorar a oscuras durante horas. Rachas en las que no quieres pensar en nada, solo seguir paso a paso y salir del agujero y luego, un día, de pronto y sin previo aviso, todo empieza a cambiar; un rayo de luz se empeña en colarse por la ventana, iluminando una esquina de ese cuarto oscuro y ampliándose poco a poco, demostrándote que la oscuridad no es eterna y que no hay que dejarse vencer nunca. Puedes caerte, puedes llorar, puedes enfadarte con el mundo, pero lo que no puedes hacer, jamás, es dejar de luchar por conseguir lo que deseas. En mi caso empezó siendo un trabajo, más tarde llegó Esmé aportando un tono verde, a veces frío, pero siempre sincero y seguro, ofreciéndome su amistad y poniendo en mi vida a su loca familia, tan llena de colores distintos y aportando tanto en la vida de Óscar y en la mía propia. Y por último, llegó él, completando el arcoíris y haciendo que mi parte emocional cobrara más sentido que nunca. Demostrándome que una mala experiencia no significaba renunciar para siempre a la posibilidad de un gran amor que formase parte de la familia que éramos Óscar y yo.

Y aquí estamos, ellos dos abrazados y yo mirándolos en silencio, deseando unirme a ese abrazo, pero, al mismo tiempo, deseando que ellos permanezcan

siempre así frente a mis ojos, porque creo que no hay una estampa más bonita que esta.

Al final, pasados unos instantes, me uno al abrazo y conseguimos, de alguna forma, despegarnos minutos después, solo para acostar a Óscar, pues es tardísimo. Él se empeña en que Álex sea quien le lea un cuento y cuando acaba le mira con ojos soñolientos y le sonrío, mostrándole su mella y haciendo que yo me derrita mientras los observo, apoyada en el quicio de la puerta.

—Hoy ha sido un día genial, ¿verdad?

—Verdad —susurra Álex— pero ahora tienes que dormir para que mañana podamos superarlo.

—No creo que nada supere este día. Buenas noches.

—Buenas noches, campeón. Óscar —murmura cuando mi niño cierra los ojos. Él los abre y le mira con cansancio—. Te quiero.

—Yo también te quiero, papá.

Yo vuelvo a llorar, porque se ve que aún no he acabado con la existencia de lágrimas en mi cuerpo y Álex asiente una sola vez y besa su frente antes de salir del dormitorio mientras yo descubro, anonadada, que también se ha emocionado al punto de tener que pasarse las palmas de las manos por los ojos.

—¿Tienes idea de cuánto te quiero? —susurro mirando su espalda mientras él intenta calmarse.

Se gira en redondo, mirándome de hito en hito y dejándome ver, ahora sí, lo enrojecidos que están sus ojos. Yo me doy cuenta de que es la primera vez que le digo lo que siento sin medias tintas o con metáforas y empiezo a ponerme nerviosa, pero él se acerca a mí, me rodea la nuca con una mano y pasa la otra por mi espalda mientras me acerca a él y me besa en los labios con una suavidad que me desarma.

—Eres un jodido regalo del cielo. Te quiero, rubia.

Mis lágrimas vuelven a caer, él se ríe y las besa antes de reclamar mi boca de nuevo y yo le llevo hacia el dormitorio, ansiosa por demostrarle todo lo que siento y no soy capaz de expresar con más palabras.

Le desvisto con prisas, como si fuesen a quitarme el privilegio de tocarlo de un momento a otro, y Álex debe pensar como yo, porque antes de llegar a los pies de la cama ninguno de los dos tiene ropa. Nuestra urgencia sería graciosa, si no fuera porque sus ojos están cargados de todas esas emociones que he deseado ver desde que lo conocí, hace ya más de un año.

Le tumbo en la cama, me subo sobre él y, sin preliminares de por medio, agarro su erección, la apoyo en mi entrada y bajo con lentitud, lista para acogerlo en mi cuerpo y suspirando de placer mientras él se agarra a mis caderas y me ayuda a moverme en la dirección que deseo.

No hay grandes posturas, ni podemos gemir en alto y, esta vez, ni siquiera hablamos, pero creo que es la que más sentimos de todas las veces que nos hemos acostado juntos, que no han sido pocas. Mi piel no deja de erizarse, mis pezones

responden al mínimo contacto y él no deja de besar mis labios y protestar cada vez que me alejo para tomar aire. El calor es insoportable, pero hasta eso me gusta, porque es una señal más del fuego que somos capaces de crear.

Él acaricia mi clítoris buscando que llegue al orgasmo la primera y, cuando sus labios abandonan mi boca y mordisquean mis pezones, lo consigue. Estallo apretando mis músculos vaginales y arrastrándolo a un orgasmo que le hace retorcerse en la cama mientras sus dedos aprietan más mi clítoris y consiguen que vuelva a repetir aquello que ya viví en el *camping*, eyaculando sobre sus piernas y gimiendo de forma descontrolada de tal manera que la mano de Álex sube y me tapa la boca para que no despierte a Óscar. El problema es que el gesto solo consigue calentarme más y un nuevo temblor se apodera de mi cuerpo mientras pienso que algo está mal, porque no soy capaz de dejar de sentir placer. Es tan intenso, tan devastador y tan jodidamente bueno que, cuando por fin acaba, caigo como una masa desmadejada sobre su cuerpo y cojo aire a trompicones, intentando recuperar un poco de la calma perdida.

Álex acaricia mi cuerpo, besa mis hombros y susurra palabras de amor en mi oído hasta que consigo abrir los ojos y mirarle. Es entonces cuando sonrío y acaricia mis mejillas mientras besa mis labios.

—Te juro que cada vez que te toco, siento que reinventamos el sexo.

—Tiene mérito, teniendo en cuenta tu largo historial sexual —consigo decir sonriendo.

Aunque mi tono ha sido ligero, Álex me mira con una seriedad que me corta en seco la sonrisa.

—Nada que yo haya hecho antes se asemeja a esto, Elizabeth. Nada. Ten siempre claro que puede que haya sido un mujeriego, pero desde que estás en mi vida, un beso tuyo vale más que un polvo con cualquier otra. —Suspira y sonrío mientras besa mi nariz—. Te quiero, rubia.

Sonrío, emocionada y feliz, porque no podía haber dicho unas palabras que me hicieran sentir tan bien como esas.

—Te quiero —susurro de vuelta.

Álex sonrío y yo me muerdo el labio y apoyo la mejilla en su pecho, sonriendo y deseando con todas mis fuerzas que esta felicidad que siento no se evapore nunca. Que nada tuerza nuestros caminos, ahora que por fin parecen ir en la misma dirección.

Han pasado dos meses y medio desde que Óscar, Eli y yo asumimos de viva voz que queríamos ser una familia. Dos meses y medio de amanecer juntos cada día, excepto los que ambos trabajamos; de noches acurrucados, besos, sexo y sonrisas. Dos meses y medio desde que Óscar me llamó «papá» por primera vez y, aún hoy, cada vez que le oigo, me cuesta tragarme el nudo que se me forma en la garganta. Lo que ese crío me hace sentir es tan desmesurado que no sé ponerle nombre. A menudo me descubro pensando si lo estaré haciendo bien, sobre todo esas noches en las que aparezco por casa con una bolsa de chuches más por gusto mío que suyo y reflexiono acerca de mi inmadurez nata, porque no puedo negar que una parte de mí siempre actuará como un niño y me da miedo que Elizabeth deje de verlo gracioso y se canse.

En realidad, desde que empezamos esto, hace ya meses, he podido ver la santa paciencia que tiene conmigo más de una vez, sobre todo cuando salgo de un turno malo y llego a casa de mal humor, taciturno o simplemente sin ganas de hablar. Eli insiste en que confíe en ella y le cuente qué ocurre, pero no puedo. No quiero que sepa, por nada del mundo, que a veces temo por mi estado psicológico al ver ciertas cosas. No quiero que se preocupe más de lo que ya lo hace porque, parte de la causa de que mi humor se vuelva sombrío, es que Eli acostumbra a mimarme preocupada cuando me pongo así, lo que me jode y me llena de un sentimiento de amor desbordante a partes iguales. Sí, he dicho que me jode, claro, pero no porque lo haga, sino porque no dejo de pensar qué pasaría si, un día, yo no volviese a casa. Me he acostumbrado con demasiada facilidad a entrar después del turno y verla esperándome con una taza de té helado si hace calor y chocolate caliente ahora que hace frío; tomárnosla, darnos una ducha y meternos en la cama un rato para descansar y recargar pilas mientras Óscar está en el cole. No he podido evitar acostumbrarme a las noches de pelis y manta, aunque la peli sea de dibujos y de la manta solo me toque una esquinita porque Eli y Óscar son unos frioleros que temblarían incluso bajo siete capas de nórdicos. Me he acostumbrado también a que ella me haga el amor con la misma frecuencia que yo a ella. Que me susurre que soy la mitad de su mundo, junto a su hijo, llena mi pecho de algo indescriptible, pero también de miedo, porque soy consciente de que un día puedo perder todo esto. Peor aún: un día, ellos podrían perderme a mí y la idea me carcome tanto que a veces ni siquiera consigo conciliar el sueño.

No ayuda que Sandro siga comiéndome la oreja con la teoría de que he cambiado desde que tengo novia, que nuestra amistad ya no me importa y que, en realidad, estoy siendo bastante egoísta, porque estoy exponiendo a Eli y Óscar a la posibilidad de sufrir algo que nadie debería pasar.

—Estoy hasta los huevos de tus teorías —le digo riéndome mientras me pongo el

traje en el vestuario y él hace lo mismo—. ¿Cuándo vas a entender que ellos son mi vida, Sandro?

—Pero si lo entiendo, Álex, esa es la cosa, que lo entiendo, igual que entiendo que tú eres la vida de ellos, y eso es una responsabilidad que pensé que no querías.

—Y no quería, pero eso era antes: pasado. Ahora es distinto, me hace ilusión que alguien me quiera de esa forma.

—¿Y te haría ilusión dejarlos desamparados si te pasara algo? ¿Qué será lo próximo? ¿Tener un bebé sabiendo que puede quedarse huérfano en cualquier momento?

—Sandro, joder...

Él me mira muy serio y yo me niego a recordar que, últimamente, cada vez que veo a Noah o a las gemelas, pienso en cómo sería un bebé de Eli y mío. A ella no se lo digo, claro, no sé qué piensa al respecto, aunque alguna vez me ha dicho, como quien no quiere la cosa, que le encantaría tener otro hijo en un futuro. Yo creo que estoy listo para asumir la responsabilidad de tener otro, pero no quiero presionarla o que piense que con Óscar no me vale, porque no es así. Y luego está, aunque me pese, lo que Sandro acaba de decirme, que también he pensado yo a menudo. ¿Qué pasa si tengo otro hijo y el día de mañana me sucede algo? ¿Es justo para Eli arriesgarse a la posibilidad de quedarse sola de nuevo, pero esta vez con dos hijos? Sé que tendría a mi familia y que no le faltaría apoyo, pero no es lo mismo, no tendría un padre para ellos y, cada vez que recuerdo las lágrimas de Óscar cuando me confesó lo mucho que quería tener uno, pienso que soy un egoísta por atender a mis instintos primitivos en vez de pensar con la cabeza, porque si así hubiese sido, quizá habría llegado a la conclusión de que Eli se merece un hombre que no se juegue la vida cada dos por tres. Uno que pueda prometerle estar con ella toda su vida. Y sí, ya sé que la muerte es como es y que no tener un trabajo de riesgo no te exime de salir un día a la calle y morir atropellado, o por el golpe de una maceta en la cabeza, o por un mal tropezón. Lo sé, pero también sé que una persona que compra muchos boletos tiene más posibilidades de que le toque la lotería que alguien que sueña con encontrarlo tirado en la calle. Es pura lógica y los días que este pensamiento se mete en mi cabeza, lo último que necesito es a Sandro dándome la vara con lo mismo, porque entonces me bloqueo, empiezo a tener dudas y acabo siendo devorado por la angustia en cuestión de minutos.

—Mira, Álex, haz lo que quieras, ¿vale? Yo no soy un completo cabrón: solo te recuerdo la teoría que tú mismo me inculcaste. Te has pasado años diciéndome que ya tenías bastante con soportar la preocupación de tu padre y tus hermanas y que lo último que querías era dañar a alguien más si un día no volvías a casa, y ahora resulta que te encanta jugar a las casitas, pues vale, pero mi deber como amigo es recordarte lo que tú mismo has dicho infinidad de veces.

—Ya me lo has recordado, así que ya puedes callarte y dejarme en paz.

—Bien, haz lo que quieras, tío, ojalá no tengas que lamentar esto.

—No lo haré, Sandro, te lo aseguro.

Él aprieta los dientes y yo también, porque odio que nos cabreemos, pero me tiene hasta los huevos con tanta insistencia, la verdad. Ni siquiera ha querido conocer a Eli aún, porque dice que quiere asegurarse de que vamos en serio antes de encariñarse con ella. A veces, cuando hablo con él, me doy cuenta de que, en realidad, yo soy de los tíos más maduros de la tierra, porque lo de este chico no supera los tres años mentales.

Empezamos el turno con tranquilidad, pero pasadas unas horas nos avisan de que hay un incendio en una residencia de ancianos. El tema parece serio, así que pasamos todo el camino callados, exceptuando las ordenes que recibimos y que debemos ejecutar en cuanto lleguemos. Sandro está a mi lado y, cuando le miro, puedo ver en sus ojos una dureza que probablemente pinte también los míos. En los suyos, además, hay una mota de reproche, aunque no lo diga. Sé bien lo que está pensando: esto va a ser jodido y más me vale volver a casa vivito y coleando. Me gustaría decirle que se vaya a la mierda, que deje de atosigarme, incluso sin palabras, y que se calle, para que mis miedos vuelvan a encerrarse en las jaulas que construí para ellos, pero Sandro no es de esos. Supongo que, en el fondo, es un amigo de los de verdad; de esos que te dicen lo que no quieres oír, aunque te joda. Quizá no debería desatender sus consejos a la ligera, pero es que darle vueltas a la posibilidad de perder a Eli me acongoja tanto que prefiero no rozar el tema ni siquiera en pensamientos.

—Está bien, hagamos esto para que podamos volver a casa —dice Sandro con voz tensa.

Esta vez no es por mí, es por el incendio que los dos acabamos de divisar desde el camión. Es grande, muy grande, y está completamente descontrolado, pero hago acopio de valentía y recuerdo que he vivido situaciones mucho peores y he salido indemne de todas ellas. Ahora, más que nunca, tengo que mantenerme frío, así que me aseguro de que tengo bien abrochado el casco y me olvido de todo lo que no sea salvar el mayor número de víctimas posible antes de que el edificio se venga abajo, porque tal y como está el fuego y debido a los años de la infraestructura, dudo mucho que consiga quedarse en pie.

Los minutos empiezan a sucederse mientras el calor va calando, a pesar del traje que llevamos. Las víctimas superan ya la decena y la posibilidad de sacar gente con vida es cada vez menor, sobre todo porque ellos no pueden colaborar en nada. Son ancianos que, en su mayoría, apenas caminan, así que la impotencia empieza a ganarnos la partida mientras seguimos contrarreloj, sabiendo que, por más que los compañeros intenten apagar el fuego, cada vez es más complicado y las zonas calientes aumentan a un ritmo vertiginoso. Pronto no podremos entrar a recoger a nadie más y eso hace que la adrenalina fluya por todos mis compañeros y por mí mismo. Veo las caras demacradas de los que han muerto, las miradas aterrorizadas de

los que viven y piden auxilio y la resignación en varias personas que han dado por hecho que este será su último día. No quiero pensar en sus vidas, pero lo hago, solo para darme ánimos y así impulsarme a ser más rápido y fuerte. Les imagino siendo abrazados por sus hijos, sus hermanos, sus nietos o cualquiera que sea importante para ellos. Quiero que salgan de aquí para que puedan vivir lo que les queda en calma y olviden que, una vez, el fuego se apoderó de todas sus emociones. Quiero que tengan esperanza; que no piensen que, por ser ancianos, no deben luchar más, como está siendo el caso. Que sigan pidiendo auxilio para que podamos oírlos e intentar salvarlos. Que no se dejen vencer por la muerte tan pronto, porque son ancianos, pero todavía les queda vida por vivir y nadie debería morir de esta forma nunca. Incluso si conseguimos salvarlos y mueren el mes que viene, debido a sus edades o enfermedades, o cualquier otra circunstancia, merecerá la pena, porque nadie se merece que las llamas apaguen su vida de forma cruel, lenta y dolorosa.

—¡Una vuelta más y si no consiguen controlar la zona B nos quedamos fuera! — nos gritan cuando salimos de nuevo, Sandro con un anciano casi a rastras y yo con una mujer menuda e inconsciente en los brazos.

Asentimos y entramos con más rapidez, sabiendo que toda esta energía es fruto de la adrenalina; en cuanto todo acabe tendré un bajón importante, lo sé y, de manera irremediable, pienso en Eli y en lo mucho que me gustaría estar en casa ahora mismo con ella y con Óscar.

Me sacudo la cabeza, sin embargo, porque no es momento de pensar en eso. No en mis horas de trabajo y no en una operación de rescate.

Diviso el final del pasillo que tengo que recorrer y me doy cuenta de que el calor se ha incrementado y el fuego está llegando a esta parte. No estoy seguro de poder entrar y salir sin problemas, pero cuando Sandro llega a mi altura y pasa de largo sin pensarlo, asumo que sí, que tenemos que entrar, así que me doy prisa y le sigo. Traspasamos el umbral que nos lleva a la sala en la que aún quedan muchos ancianos, pero ya ninguno grita; supongo que el humo y el calor han hecho su trabajo y muchos están inconscientes. Otros, por desgracia, ya no estarán con vida. Elegir es más complicado así, porque sientes que no hay tiempo, actuamos por instinto y rescatamos a todos los que se puedan, eligiendo siempre a los más débiles e intentando que el resto aguante un poco, pero, ¿cómo haces eso con un grupo de ancianos que apenas se pueden valer por sí mismos? Todos están en la misma situación y nuestro deber, llegado este punto, es ir hacia uno cualquiera, tomarle el pulso y, si late, sacarlo sin mirar al resto. Soy consciente de que no podré volver aquí y mucha gente morirá, pero no podemos hacer más.

Sandro camina hacia una mujer, comprueba sus signos vitales y la alza en brazos antes de que Sánchez, que también viene, y yo, hagamos lo mismo. Localizo a un señor que aún tiene los ojos abiertos, aunque llorosos e idos. Lo cargo en brazos y me dispongo a salir cuando veo a Sandro echarse la mujer al hombro e intentar cargar con otra, pequeña e inconsciente, sobre su otro brazo.

—¡Es demasiado! —le grito, pero él no contesta.

Me tenso, porque sé que está sobrecargándose, pero miro al hombre que yo mismo llevo en brazos y sé que no aguantará mucho más.

—¡Sandro! —vuelvo a insistir—. ¡Tienes que dejar una!

—¡No!

—¡Sandro, déjala! —grita Sánchez desde la puerta.

—¡Que no! ¡Salid vosotros!

Aprieto los dientes, porque esto es un sinsentido, pero cuando el hombre que sostengo pierde el conocimiento resoplo y salgo mientras Sánchez nos grita que nos demos prisa. Miro al señor y deseo con todas mis fuerzas que no se muera en mis brazos. Joder, que no se muera mientras le rescato, es lo único que pido. El pasillo parece haberse estrechado y sé que, en realidad, es obra del humo y el fuego, que ya está casi encima. Tengo la certeza de que no podremos volver dentro y, cuando veo a varios compañeros gritarnos desde la salida, me doy cuenta de que la situación es grave de verdad. Solo quieren sacarnos de aquí y poder apagar el incendio lo antes posible, pero ahora mismo la posibilidad de derrumbe por culpa de la estructura dañada y caliente es tan peligrosa como el mismo fuego. Cuando por fin salgo, me quitan al hombre de encima para que los servicios sanitarios le atiendan, y me deshago del casco en cuanto consigo alejarme unos pasos.

—¡Bebe agua! —grita un compañero acercándose una botella.

Doy un trago y miro hacia atrás, a la puerta, mientras varios compañeros más gritan y uno de ellos intenta entrar, sin éxito, en la residencia.

—¡Una manguera, joder! —grita uno de ellos.

Mi corazón empieza a latir con más fuerza, los oídos se me taponan y truenan mientras corro hacia donde están, poniéndome el casco y sabiendo, antes de que me lo digan, que Sandro todavía no ha salido. En cuanto consigo asomarme veo la cornisa que ha caído, atravesándose en el pasillo y dejándole acorralado frente a nosotros. No suelta a las mujeres que lleva auestas, por más que le gritemos que tiene que intentar salir. Le veo dar pasos hacia delante, pero en cuanto se da cuenta de que es imposible, retrocede y vuelve por dónde hemos estado saliendo todas estas veces. Quiero gritarle a él y a mis compañeros que le detengan, porque no hay salida. Solo conseguirá llegar a la sala donde están las víctimas y no hay ventanas, así que se quedará encerrado. Quizá quiere llegar al salón principal y salir por allí, pero ese paso está cortado, también lo comprobamos al entrar, así que supongo que ahora mismo se mueve como un ratón en un laberinto y la angustia que siento es tal que intento entrar para rescatarlo. Por suerte o por desgracia mis compañeros me sujetan y me lo impiden mientras me alejan de la estructura.

Grito.

Alguien tiene que ayudarlo, pero nadie se mueve, así que busco a nuestro sargento y jefe de equipo para que haga algo, pero él está gritando a alguien más y no entiendo lo que dice. Solo sé que me siguen sujetando, todo el mundo vocifera y Sandro no

sale.

Pasa un minuto y lo imagino soltando a una de las mujeres, intentando ganar fuerzas.

Pasa uno más y siento que las piernas me tiemblan, porque el pasillo principal acaba de ser invadido por las llamas.

Uno más y pienso que ya habrá soltado a la segunda mujer. Quizá todavía haya esperanza. Tal vez pueda encontrar un hueco por el que escabullirse.

Uno más.

Y otro.

Y otro.

Un tambor suena, pero no sé si es real o solo estoy oyendo mi corazón tronar a una fuerza desmedida.

No sale.

Todo arde y él está dentro. Puede que esté gritando. A lo mejor me está llamando y estoy aquí, mirando el incendio, imaginando cómo se pega a la pared intentando reunir fuerzas. O quizá ya no haga nada de eso. Tal vez se ha negado a soltar a las víctimas y se ha dejado caer con ellas en un rincón, esperando perder la conciencia y acabar con el sufrimiento.

A lo mejor no consigue perder la conciencia antes de que el fuego llegue a donde está.

Y si llega y ya no puede luchar, entonces puede que las llamas ganen la batalla y le hagan morir de una forma inhumana.

¿Le oiré gritar mientras se quema vivo?

¿De verdad me voy a quedar aquí, mirando una estructura arder e imaginando su muerte en tiempo real?

¿En qué clase de persona me convierte eso?

Lucho otra vez, pero Sánchez y otro más, al que ni siquiera pongo nombre en estos instantes, son más fuertes que yo y me retienen mientras tiran de mí y me estampan contra la parte trasera del camión, donde no puedo ver el fuego.

Les empujo, les grito, les insulto y me revuelvo como un gato dentro de un saco, pero no sirve de nada y, pasados unos minutos, cuando el jefe de equipo se coloca frente a mí y me mira directamente a los ojos, comprendo que todo se ha acabado.

Tenía veintiocho años, le gustaban las cervezas, las mujeres, el fútbol y pasar tiempo con los amigos.

Conmigo.

Era mi mejor amigo y nuestra última conversación fue una bronca acerca de la muerte y el poco derecho que tenemos a hacer sufrir a nuestros seres queridos con ella. Le dije que se callara. Le pedí que me dejara en paz y ahora está muerto.

Así que, dime, ¿cómo vivo ahora con esto?

Eli

Estoy sentada en la silla de la cocina con una taza de té caliente delante y esperando que Álex vuelva de una vez. Ya pasan de las nueve, no aparece y he visto en las noticias que ha habido un incendio en una residencia de ancianos. Hasta ahí, normal, entiendo que él haya estado porque es su trabajo, pero es que entre los muertos hay un bombero y tengo el estómago tan revuelto que siento ganas de vomitar. No es él, no puede ser él, porque si así fuera, me habrían llamado, ¿no?

Pero si no es él, ¿por qué no me llama? Su turno acabó hace más de una hora y no sé nada. No he querido llamar a Javier, porque sé que se pone histérico en cuanto se entera de que Álex ha corrido algún peligro y no sé si llamar a Esme, porque me da miedo que me diga que algo va mal y... Mierda, estoy hiperventilando.

Me levanto de la silla y salgo de la cocina para caminar por el pasillo con calma y haciendo respiraciones. Él estará bien. Si no sé nada es porque seguramente estará en la estación intentando reponerse del duro golpe de perder un compañero.

Intento armarme de paciencia y pensar que pronto volverá aquí, a casa, porque después de este tiempo juntos, en el que prácticamente ha vivido aquí conmigo, siento que el piso está vacío, le falta algo si no está, así que ni siquiera pienso en la posibilidad de que Álex no vuelva. Mucho menos pienso en que le haya pasado algo.

En realidad, sí lo pienso, pero me obligo a empujar esas ideas de mi mente para no acabar con un infarto antes de saber qué ha ocurrido exactamente.

Mi teléfono suena pasada media hora más, cuando ya hace dos horas que acabó el turno. Lo cojo a toda velocidad, porque es Javier y seguro que quiere decirme que Álex está en casa. No voy a negar que me duele un poco que haya ido allí, pero entiendo que puede necesitar el calor de su padre en estos momentos o no sé, no tengo ni idea de qué razones le han llevado a irse allí.

—Buenos días, Eli, ¿ha llegado Álex a casa? ¿Cómo está? He visto las noticias en internet.

—No está aquí, Javier. Pensé que me llamabas para avisarme que ha ido a tu casa. —Se crea un silencio tenso, supongo que ninguno de los dos sabemos qué decir y, al final, carraspeo y hablo de nuevo—. Estará bien. Seguro que está todavía en la estación, intentando cargarse de ánimos para venir a casa. Te llamo cuando sepa algo, ¿vale?

—Sí, vale. Si viene aquí te llamo yo —murmura con voz taciturna.

—De acuerdo, hasta luego.

Cuelgo y me siento en el sofá mientras un nudo de dolor se aposenta en mi estómago, porque sé que Álex no está bien, acaba de perder a un compañero, porque

me niego a pensar en la posibilidad de que sea él, y debe estar intentando mitigar un poco el dolor antes de llegar a casa. Le conozco bien, ya lo hacía como amigo, pero como novio he podido vivir en primera persona la forma en que se cierra en banda cuando sufre o tiene algo que le carcome. Me cuesta un mundo que me lo cuente, sobre todo si tiene que ver con su trabajo, no porque no confíe en mí, sino porque sé que no quiere hacerme daño y odia que me preocupe, así que se lo traga todo y eso no es sano, pero no sé cómo hacerle entender que estar juntos también consiste en pasar por esto unidos y que puede y debe hacerme participe de su dolor.

A las once de la mañana mi desesperación es patente. Diego ha llamado a Julieta para decirle que el bombero muerto es Sandro, lo que me hace entender por qué Álex no aparece ni contesta cuando le llamamos. Acaba de perder a su mejor amigo y ni siquiera sé dónde está, pero sé que estará pasando por un infierno y yo no puedo ayudarlo.

He llamado a Esmé, pero no sabe nada, ni Amelia, ni Einar. Javier está preguntando a otros compañeros que conoce, pero solo uno le ha dicho que Álex salió en cuanto se duchó, que no habló ni dijo a dónde iba, pero no estaba bien, obviamente.

Necesito salir de aquí, tomar aire y encontrarlo, o por lo menos ir a casa de Javier, por si Álex va allí, pero es que pensar en la posibilidad de que vuelva aquí y yo no esté me pone de los nervios, así que me limito a dejar pasar las horas mientras espero, cada vez más angustiada, noticias tuyas.

Solo salgo de casa para recoger a Óscar en el cole. El niño se extraña de inmediato de que Álex no haya ido a por él, porque por lo general es quien lo recoge mientras yo hago la comida, pero le explico que tiene mucho trabajo y que vendrá más tarde. Y no miento, esto no es mentir, solo es tener la esperanza de que así sea.

Óscar come y se va a su cuarto a echar una pequeña siesta mientras yo me quedo en el sofá mirando al vacío y pensando en todas las cosas que puede estar haciendo Álex. Entre ellas, sin poder evitarlo, pienso en la famosa amiga a la que se tiraba cada vez que estaba deprimido; la tal Adriana. ¿Y si está con ella? Dios, no. Álex me quiere, sé que ha sido un mujeriego, pero jamás ha engañado a una mujer. Siempre ha ido de frente y poner los cuernos no es lo suyo. Que sí, que la relación más larga que ha tenido es esta, así que tampoco ha tenido muchas posibilidades de ser infiel, pero, aun así, me niego a creer que Álex la haya llamado ahora que estamos tan bien.

El problema es que, cuando estamos en una situación de estrés y tensión, nuestra mente tiende a ponernos en lo peor, solo para aumentar esa presión, porque el cuerpo humano es así de hijo de puta a veces, así que, aunque no quiera crérmelo, lo pienso, porque es inevitable, las horas pasan y no sé nada. Como consecuencia lloro, me recompongo, vuelvo a llorar y miro el teléfono como si pudiera tener, de pronto, algún tipo de poder que lo hiciera sonar de una vez. Me doy cuenta del nivel de confianza que he conseguido depositar en él cuando releo nuestras últimas conversaciones, esas en las que él me decía las ganas que tenía de llegar a casa y

lamerme entera, como si fuera la mejor piruleta, o su batido favorito, y yo me reía y le mandaba fotos de mis piernas, mi estómago o mi espalda desnuda solo para ponerlo a cien. Me doy cuenta de que confío en él no porque nos mensajemos de esa forma, sino porque, incluso por escrito, soy capaz de ver el amor que Álex siente por mí. Él no me engañaría, puedo pensar por un segundo que quizá ha ido con ella, pero de inmediato me recompongo y reniego de esa posibilidad. No me haría daño de una forma tan cruel y estoy tan segura de eso, como de que Óscar es hijo mío.

A las cuatro de la tarde Einar me llama por teléfono. Álex está en su estudio, no en muy buenas condiciones. Cuando le pregunto qué quiere decir eso, me confirma, con un suspiro de pesar, que está borracho. Cierro los ojos y suspiro de alivio porque, al menos, ya hemos dado con él. Me duele que no haya venido aquí, es inevitable, pero puedo entender que no quiera que le vea en ese estado. Aun así, localizo a la niñera por si puede venir a ocuparse de Óscar un rato, por suerte me dice que sí y, como vive en el bloque de al lado, tarda solo unos minutos en llegar. Lo mismo que tardo yo en vestirme y prepararme para salir de casa.

—Mami, ¿vas a por papá?

Me paro en seco cuando estoy poniéndome la cazadora y miro a mi hijo intentando sonreír.

—Sí, cariño, pero es mejor que te quedes aquí, ¿vale?

—Vale...

Su mirada es dudosa, como si intuyera que algo va mal, pero sé cómo es Óscar y, al final, tal como yo pensaba, se calla y se vuelve a su cuarto para jugar tranquilamente.

Yo me despido de la niñera, cojo el coche y conduzco hacia el pequeño estudio en el que vive Einar. Está en el centro, así que no me lleva demasiado llegar a su barrio. Aparcar es otra historia, claro, pero, cuando por fin lo consigo, aprieto el paso y llego a su bloque en unos minutos. Toco el portero y Einar me abre en silencio; subo en el ascensor y, cuando llego y le veo esperándome, apoyado en el quicio de la puerta, cruzado de brazos y pies y con una expresión sombría en la cara, sé que lo que voy a encontrarme no me va a gustar.

—Apareció hace rato. Está mal, Eli.

Asiento por respuesta, porque el nudo que siento en el estómago no me deja hablar ahora mismo, y entro. No tengo que andar mucho, como he dicho, este estudio es pequeño; enano, en realidad.

La cama está en medio del salón, separada de la cocina solo por un cabecero que hace las veces de librería. Una mesa para cuatro comensales, la tele colgada de una pared y el baño, que es lo único que tiene paredes e intimidad.

Veo a Álex tumbado sobre la cama, de lado, dándome la espalda y aparentemente dormido. Me acerco a él y me doy cuenta de que esperaba encontrarlo peor, pero es

que Einar se ha ocupado de todo, como el gran chico que es, porque mi novio huele a limpio, tiene el pelo mojado y un bóxer que no es suyo. Me doy cuenta de que conocer su ropa interior al dedillo solo es una muestra más del nivel de intimidad que hemos adquirido.

Me siento a su lado y toco su espalda, aunque dudando, temiendo, en parte, despertarlo y enfrentarme a todo lo que viene ahora. Álex se remueve y habla, sorprendiéndome, pues pensé que estaba dormido.

—Vete, Eli —dice con voz ronca, seria y monótona—. No quiero que me veas así.

Y lo curioso es que, por un instante, por uno solo, tengo ganas de decirle que vale, que me voy, porque yo tampoco soporto escucharlo así.

—Voy a bajar a comprar —dice Einar en inglés—. Eli, sírvete lo que quieras de beber o comer, si te apetece.

Asiento sin mirarlo y, cuando oigo la puerta cerrarse, me tumbo en la cama y abrazo a Álex por la espalda. Él se tensa y le entiendo, pero no me detengo. Acaricio su estómago y beso el centro de sus omoplatos intentando controlar mis propios sentimientos.

—No pienso ir a ninguna parte —susurro.

—No puedes ayudarme, ni animarme, ni hacer que el dolor se vaya.

—No, Álex, no puedo —admito—, pero puedo abrazarte hasta que sientas que, al menos, no estás solo.

—Estoy borracho. Sandro se ha muerto y yo me he emborrachado.

Sus palabras son serenas; su voz está rota y sé que está llorando. Noto cómo se me parte el alma al darme cuenta de que esto no va a ser fácil. No se trata de animarlo un ratito y que vuelva a ser el Álex de siempre; hay algo más, la amistad perdida, el compañero que ha perecido a su lado, la culpabilidad, seguramente, y algo más que seguro que no voy a averiguar fácilmente. Algo que lo está carcomiendo y acabará por estallarnos en la cara. Lo sé, le conozco demasiado bien y soy lo bastante inteligente como para entender que esto no ha hecho más que empezar.

No le contesto, sé que no necesita que le diga que no pasa nada, porque sí pasa. ¡Claro que pasa! Se ha emborrachado porque no encuentra la forma de librarse de esto y pensó, de manera errónea, que el alcohol ayudaría. ¿Una decisión estúpida? Sí. ¿Puedo culparlo por ello? No. Yo habría hecho lo mismo o alguna cosa parecida. Los seres humanos somos así: nacemos y tenemos asegurados momentos de alegría y otros de sufrimiento, pero, por más que lo sepamos, no estamos listos para aceptar la segunda parte. Cuando el dolor de verdad llega y nos obliga a mirarlo a la cara, nos quedamos bloqueados. No comprendemos por qué tienen que pasarnos cosas malas, por qué tenemos que sufrir, por qué nuestros seres queridos enferman o se mueren, por qué la vida da estos reveses tan duros. No lo entendemos y lo mejor es que no tenemos que entenderlo, porque ese dolor forma parte del espectáculo de vivir y, sin sentirlo, no seríamos más que almas carentes de dicha y felicidad. No sabríamos

valorar lo bueno que tenemos si antes no hubiésemos sufrido para conseguirlo. No podemos ser felices o disfrutar una meta a la que hemos llegado deslizándonos con facilidad y una sonrisa; es mucho mejor, aunque no lo parezca, sufrir, caerse, rasparse las rodillas, levantarse y volver a intentarlo. Es ese dolor el que nos hace fuertes y, cuando alcanzamos la meta, miramos atrás, recordamos las lágrimas, las raspaduras, las cicatrices y el nudo en el estómago, y sentimos que valió la pena, porque tenemos una recompensa. Nos sentimos felices, porque supimos salvar todas las dificultades, aunque no fuera fácil, ni bonito.

La felicidad no es posible sin el dolor, lo sé, lo tengo claro, pero ahora mismo, viendo a Álex así, me ofrecería a cambiarme por él en un abrir y cerrar de ojos. Tiene que pasar por ello, pero no es fácil para mí, tampoco. No sé cómo va a enfrentarse a esto y temo que lo haga de la forma equivocada, porque Álex es visceral e intenso, como toda su familia, y tiende a tomar decisiones extremas cuando se siente sometido a un gran dolor. Sé que se hará daño y, peor aún, sé que me hará daño, porque a menudo lo que más amamos es lo que más dolor nos causa, pero es por ese amor por el que no puedo rendirme ahora, pase lo que pase y venga lo que venga.

Pasamos más de una hora así, en silencio, conmigo abrazándole y con él abandonándose a sentimientos que solo le hacen sentir peor. Y, al final, cuando Einar llega, es cuando Álex se sienta en la cama y mira al suelo, así que adivino que lo que va a decir no va a gustarme.

—No voy a volver contigo a tu casa —dice en un susurro ronco—. Dile a Óscar que estoy de viaje.

—Álex...

—No puedo, Eli. —Me mira por primera vez y, cuando veo sus ojos rojos, y rotos, siento ganas de llorar por todo lo que vamos a perder si no conseguimos superar esto—. Necesito recuperarme un poco y no quiero que Óscar esté cerca de mí en este estado, ¿entiendes? —Asiento, porque tiene lógica y no voy a exponer a mi hijo a este sufrimiento. Que Álex piense en él y se preocupe me alivia, aunque no lo parezca, porque significa que lo quiere lo suficiente como para alejarse antes de hacerle daño—. Voy a quedarme aquí unos días.

Miro a Einar, que está sentado en una silla y hace como que lee un libro, pero cuando oye las palabras de Álex me mira y asiente una sola vez. Y sé que parecerá una tontería, pero me parece ver en sus ojos azules la promesa de que cuidará de él. Se lo agradezco, pero es que yo también cuidaré de él. Álex no va a librarse de mí con tanta facilidad. No voy a decirle que volveré mañana, porque sé que me pedirá que no lo haga, así que solo asiento y me levanto, buscando mi bolso e intentando no venirme abajo ante la perspectiva de dormir sin Álex e imaginarlo aquí, sufriendo y lejos de mí.

—Sé que ahora mismo todo te parece un mundo —susurro acucillándome frente

a él y haciendo que me mire a los ojos—. No puedo imaginarme tu dolor, pero estoy aquí para ayudarte a superarlo. Alex, no estás solo, tienes a tu familia, me tienes a mí y tienes un hijo que te adora. —Sus ojos se cargan de lágrimas con la mención de Óscar, pero traga saliva con brusquedad y agacha la mirada—. No lo olvides, ¿vale?

Él no contesta, yo beso su cabeza, anhelando sus labios más que nunca, y salgo del piso antes de empezar a llorar frente a ellos y demostrarles hasta qué punto me duele que Alex no confíe en mí para que le ayude a superar todo esto.

Intento pensar con frialdad, comprender que no se trata de desconfianza, sino de esa estúpida manía de pensar que, si no me cuenta lo que siente; si no me deja ver su dolor, yo sufriré menos.

Ojalá algún día entienda que es justo lo contrario, pero, por desgracia, ese día no será hoy.

Eli

Los días empiezan a sucederse de manera dolorosa y absurda. Le conté a Óscar que Álex estaba de viaje. Le mentí, porque decirle la verdad dolía demasiado, pero al hacerlo falté una de las promesas que me hice cuando lo parí y ese dolor se suma a todo el que ya soporto.

Álex no mejora, ha pedido unos días de asuntos propios que, sumados a sus días de descanso, harán un total de una semana. Al principio imagino que lo hace para poder recuperarse un poco del *shock*, pero solo sale del piso de Einar para acudir al entierro de Sandro. Luego vuelve a encerrarse y, aunque al principio no se negaba a que fuera a verlo, anoche me echó del piso diciéndome que estaba cansado y quería dormir.

Intenté animarme pensando que un rato antes había echado a sus tres hermanas, pero es que sé por Einar que esta noche están allí con él. Y lo sé porque él está aquí conmigo.

—Yo pago alquiler y cuatrillizos disfrutan mi casa. Manda huevos. Deberías casarte conmigo por joder, Eli.

Intento sonreír, porque sé que es el fin de sus palabras, pero no lo consigo y Einar tuerce un poco el gesto y me abraza. Ha venido a contarme que Amelia, Julieta y Esme van a dormir con su hermano esta noche y que él lo ha permitido, así que me ha pedido permiso para dormir aquí y se lo he dado porque..., bueno, porque no he sabido qué otra cosa decir. Sé que podría haber ido a casa de Diego, Nate o incluso Javier y, de hecho, habría sido más lógico, pero entiendo que ha venido aquí para intentar animarme, porque Einar es uno de los hombres más intuitivos que conozco y creo que, a estas alturas, el rechazo de Álex hacia mí es tan patente que todos en la familia me tienen lástima, lo que me cabrea y me duele a partes iguales, pero con eso tampoco puedo hacer nada, así que...

Imagino a Álex haciendo una jodida fiesta de pijamas y hago el esfuerzo de entender que quiera cerca de su familia, pero... ¿qué pasa con mi hijo y conmigo? ¿Ya no somos parte de esa familia? Duele, duele mucho pensarlo y por eso intento, simplemente, no darle vueltas, aunque reconozco que estoy fracasando de manera estrepitosa.

—Él mejorará —dice Einar en inglés—. Está devastado, pero tendrá que seguir con su vida. Hoy cuando llegué de trabajar había hecho limpieza y se había duchado. Es un paso.

—Sí, y supongo que permitir que sus hermanas estén con él es otro. —Einar asiente y yo sonrío—. ¿Quieres cenar *pizza*? —Él vuelve a asentir y mis ojos se

llenen de lágrimas, porque no puedo hacer como si no pasara nada; no con él mirándome de esa forma tan comprensiva y dulce—. ¿Crees que ya no me quiere? —susurro en un sollozo.

Antes de acabar la pregunta me ha arrastrado hacia su cuerpo y me abraza con una calidez que me reconforta de manera sorprendente. Llevo días intentando animar a Álex, haciendo piña con su familia, pero sintiéndome, de manera inevitable, excluida por él. He intentado hacerme la fuerte y que todos vieran que no me importaba; he aguantado con una sonrisa que Javier me prometiera que todo volvería a la normalidad, y Sara, y Amelia, y Julieta y hasta Esme, que es mi mejor amiga, aunque esta se plantó aquí una noche dispuesta a consolarme, pero es hermana de Álex, así que decirle que pienso que su hermano se está portando regular conmigo, sabiendo lo que está sufriendo, me parecía mal. Me callé y juré que lo entendía y que no pasaba nada, pero sí pasa, joder, claro que pasa. A mí me ignora y puedo entender que esté dolido, que necesite un tiempo de recuperación y que prefiera no tenerme cerca en estos momentos. No me gusta, pero sé que Álex es así. Pero, ¿qué pasa con Óscar? ¿Hasta cuando voy a tener que mentirle a mi hijo? Cada día que pasa sin que Álex pregunte por él o haga un leve intento de acercarse a nosotros pienso si no me habré precipitado al permitir que ellos se adoptaran en calidad de padre e hijo.

Entiendo que Álex sufre, de verdad, pero mi deber como madre es proteger a mi niño de cualquier dolor y si lo he conseguido hasta ahora ha sido porque le he mentado. ¿Qué pasará si Álex decide pasar de él más tiempo? ¿Cómo puede hacerle esto, sabiendo la forma en que le adora Óscar? ¿Y por qué él no puede encontrar consuelo en un abrazo de su hijo, como hago yo? No quiero pensar que no le quiere con tanta fuerza como yo pensaba, porque sé que no es así. No puede ser así. He visto a Álex desvivirse por él, mirarlo con ojos de padre orgulloso y hablar durante horas de todo lo que piensa enseñarle en cuanto sea más mayor. Les he visto jugar juntos, dar vueltas en el coche de Álex mientras Óscar me aseguraba que, de mayor, tendría uno igual y lo repararía junto a su padre, porque eso mola mucho, y todo eso mientras mi novio sonreía y se llenaba de orgullo ante la sola idea de que el pequeño lo idolatrara tanto. Y ahora, de pronto, desaparece de su vida y cuando alguien le pregunta, se limita a decir que no está listo para verlo.

Y al principio hice el esfuerzo de comprenderlo, de verdad que sí, pero ahora ya duele y está empezando a cabrearme, porque una parte de mí quiere gritarle que para los hijos no se está listo nunca, pero aun así sacas fuerzas de donde no las tienes y te enfrentas a ellos. Y ya de paso, te enfrentas a la vida, también por ellos, para que vean que la única forma de salir de los agujeros es luchando. Sentándose y esperando que la oscuridad se lo trague no va a conseguir nada, salvo perder todo lo que tanto esfuerzo le ha costado ganar.

—Álex te adora —susurra Einar en mi oído y, cuando niego, tira de mí, subiéndome a su regazo y envolviéndome entera solo con sus brazos. Es tan grande, tan dulce y tan protector que, por un momento, pienso que ojalá pueda quedarme aquí

el resto de mi vida—. Todo irá bien, Eli, tienes que tener confianza y paciencia.

—Óscar pregunta por él cada día. Hoy me ha dicho que no entiende por qué no le llama, aunque esté de viaje. ¿Cómo puedo mantener la confianza y la paciencia cuando mi hijo empieza a desesperarse, Einar? Quiere a Álex, para él ya es su padre y todavía necesita que le reafirme su amor cada día.

Einar guarda silencio y acaricia mi espalda, porque sabe que tengo razón y que esto está empezando a pesar demasiado. Prometí estar a su lado pasara lo que pasara, pero no pensé que en esas posibilidades entrara el hacer sufrir a mi niño y Álex, mejor que nadie, debería entender que no voy a exponer a Óscar a esto mucho más tiempo. No haré que pase por el dolor de perder un padre ahora que lo ha recuperado para ganarlo dentro de un tiempo, cuando Álex piense que vuelve a estar listo para ejercer, si es que lo piensa. No es así como funciona, maldita sea.

Y sí, me cabreo, porque me duele en lo más hondo que haga esto, pero, sobre todo, por mi niño. Me cabreo porque, si Óscar no existiera, estoy segura de que me arrastraría cada día tras Álex para que volviera conmigo. Olvidaría mi orgullo y esperaría lo que fuera necesario, pero no puedo hacerlo. La vida no consiste en desaparecer cuando las cosas van mal y volver a aparecer con una sonrisa cuando estés listo para seguir como si nada.

Los primeros días fui paciente, comprensiva y sentí lástima por él, pero estoy empezando a sentir rabia y eso me da miedo, porque me ha costado mucho llegar a abrirme y siento que los muros que bajé quieren volver a alzarse. Están advirtiéndome desde dentro que abra los ojos y deje de hacerme daño de esta forma, que no me exponga más, pero yo, que soy idiota, pienso que aún podré aguantar un poco. Álex está portándose como un cobarde, sí, pero es por el dolor. Todo el mundo necesita pasar el duelo a su manera, ha perdido a su mejor amigo y es normal que esté triste y dolido, pero de ahí a ignorarnos...

Aunque, como iba diciendo, lo mejor es darle un par de días más y ver cómo avanza todo esto. De momento voy a quedarme aquí, entre los brazos de Einar, sintiéndome reconfortada, aunque solo sea unos segundos, intentando ser positiva y, sobre todo, recargarme de buenos pensamientos y sentimientos para afrontar todo lo que está por venir. Deseando que Álex entre por esa puerta y vuelva a decirme que me quiere, que me necesita y que mi maldita sonrisa, como tanto dice, es suficiente para ayudarlo a superar hasta el más oscuro de sus días.

Dos días después entiendo que eso no pasará. Álex no va a volver. De hecho, mañana va a trabajar y su padre ha venido a recoger su uniforme de repuesto, avergonzado y triste por todo esto, como si él tuviera la culpa de que su hijo esté siendo un cobarde.

—Ayer no fuiste a verle —dice mientras meto en una bolsa también el perfume, su gel de baño y un par de camisetas que tenía aquí.

—No, no fui —digo sin más.

Javier guarda silencio y observa cómo meto la ropa sin ningún cuidado en la bolsa. Ni siquiera la doblo, que la doble él con los huevos, si quiere. O que se la doble alguna de sus hermanas, Sara, su padre o Einar. Que el simple pensamiento me dé ganas de llorar demuestra lo desquiciada que estoy ya por no tener noticias tuyas.

Una semana, joder, una semana entera sin mirarme a la cara más que lo justo para decirme que está bien y que prefiere estar solo. Una semana de ignorarme, de no contestar mis mensajes, de arrastrarme e intentarlo una y otra y otra y otra vez, de ver cómo va recuperando su vida y su relación con todos, menos conmigo. Una semana de ver a mi hijo sufrir. Y lo peor es que sé que todavía, si hoy volviera y me pidiera perdón, sonreiría y me tiraría a sus brazos como una imbécil, deseosa de consolarlo y agradecida de que haya entrado en razón. Lo haría, pero, como estoy segura de que eso no va a pasar, no tengo que enfadarme conmigo misma y mi comportamiento.

Porque sí, Álex está dolido, ha perdido un amigo y puedo entenderlo, pero de ahí a alejarnos de esta forma tan brutal y fría, hay un gran trecho y una línea que él pasó hace ya dos días, cuando se vio con ánimos de pasar la noche con sus hermanas, cosa que me parece bien, pero no de contestarme el puto mensaje que le mandé antes de dormirme entre lágrimas.

Aun así, al día siguiente fui a verlo, intenté sonreír y hacer ver que su rechazo no me partía en dos, pero él solo me miró y me dijo que debería volver a casa, porque Óscar estaría solo. Como si no supiera que tengo niñera. Me sentí como si, encima de no valorar mis esfuerzos por estar a su lado, me echara en cara que daba de lado a mi hijo. Y eso sí que no. Óscar es más importante que él. Es más importante que todos, incluida yo misma, así que ayer no fui a verlo, ni le llamé, ni le mandé un mensaje. ¿Para qué? Es inútil y he decidido que el dolor de mi hijo, y el mío propio, no importa menos que el suyo. Distinto, sí, entiendo que él ha perdido un amigo, pero yo he perdido un novio y Óscar un padre, así que estamos iguales.

—Eli yo... —Javier se relame cuando le doy todas las cosas de Álex y sé que está pasándolo realmente mal por tener que enfrentarse a mí—. Siento mucho que mi hijo esté portándose así contigo. He intentado hablar con él, pero... —Frunce el ceño y niega con la cabeza, como si no quisiera seguir por ahí—. No lo está haciendo bien y me avergüenzo por su comportamiento. Lo siento.

—No eres tú quien tiene que sentirlo, Javier. —Sonrío, con todo el esfuerzo que eso conlleva, y me encojo de hombros—. Tú eres un gran padre.

Él chasquea la lengua, suelta las cosas y me abraza con tanta ternura que me cuesta la vida no echarme a llorar. Le devuelvo el gesto, pero, cuando se separa de mí y me mira con esos ojos tan iguales a los de Álex, siento que no puedo más, así que me alejo y miro al suelo intentando, a la desesperada, recobrar la compostura.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de mi hijo. Siento que no esté siendo el padre que Óscar se merece.

Oigo el sufrimiento en su voz, las lágrimas caen sin control por mis mejillas, pero miro abajo, negándome a ver en los ojos de Javier más compasión por mí.

—Lo superará —consigo decir en tono bajo cuando me calmo un poco, mirándole de nuevo—. Llevamos toda la vida superando baches. Óscar es más fuerte de lo que parece.

—Lo sé. Eli... —Se pasa la mano por la nuca y se muerde el labio inferior antes de hablar—. Sé que Álex no se merece el cariño de tu hijo en estos instantes, pero no pongas en duda su amor por él, ¿vale? Sé que mi hijo le adora, igual que te adora a ti. Él... —Resopla y vuelve a negar con la cabeza—. Está empeñado en que no puede estar con vosotros, porque no soportaría haceros daño si un día le toca correr la suerte de Sandro.

Me sorprenden sus palabras. Imaginaba que todo esto se trataba de algo así, pero saberlo a ciencia cierta hace que todo sea más real y doloroso. Intento sentir compasión de Álex, pero cuando pienso en él, ahora que sé sus motivos para hacer esto gracias a su padre, solo siento rencor y rabia, porque ni siquiera ha dudado a la hora de sacarnos de sus vidas. No sé si nos quiere, pero no me entra en la cabeza que alguien pueda alejarse así, sin más, sin el mínimo esfuerzo. No puedo comprender que haya sido capaz de evadirme, murmurar palabras en mi dirección y simplemente dejarme marchar. Recuerdo su tono avergonzado las últimas veces, pero pensaba que era porque no quería que lo viera así. Ahora sé que es porque estaba dejándome y no sabía cuándo iba a darme por enterada.

—O sea que, para él, se ha acabado.

Javier chasquea la lengua con frustración y contesta.

—Eso dice, pero no le creo. Un amor como el que vosotros sentís no se acaba de la noche a la mañana.

—Quizá no era un amor tan fuerte, después de todo —digo.

—No, no pienses eso, Eli. Él te adora.

—Si me adorara estaría aquí, dejándose consolar por mí.

—No quiere que sufras su pérdida.

—¡Ya lo hago! —exclamo al borde de nuevas lágrimas—. ¡Ya le he perdido, Javier! Y, ¿quieres saber algo? En estos momentos, creo que esto es mucho peor que imaginarlo muerto.

—No digas eso, cariño.

—¡Claro que sí! —grito sin controlarme más—. Si se hubiera muerto al menos me quedaría el consuelo de saber que me quería, que quería a Óscar y que se desvivía por nosotros. Ahora mismo, lo único que sé a ciencia cierta es que deshacerse de nosotros no le ha costado más de una semana. Nos ha obligado a perderle, igualmente, pero con la diferencia de que está vivo, rehaciendo su vida lejos de nosotros, demostrándonos que él puede seguir adelante mientras yo tengo que ocuparme de recomponerme a toda prisa para sostener el dolor de mi hijo cuando le diga que una de las personas que más quiere en el mundo ya no quiere estar cerca de él. —Tomo aire, porque lo que viene es difícil de decir, pero también necesario—. Lo siento, Javier, pero preferiría con mucho que mi hijo tuviera un padre muerto que lo

adoraba, a un padre vivo que pasa de él.

Él se emociona tanto que tiene que carraspear. Me sorprende verlo al borde de las lágrimas y siento ganas de llorar con él, pero me limpio las mejillas y, cuando asiente una sola vez y vuelve a coger las cosas de su hijo, entiendo que la conversación ha acabado.

Le acompaño a la puerta y, justo antes de salir, se gira y vuelve a mirarme.

—Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero..., ¿podremos ir a la función del cole? Nos hacía mucha ilusión ver a Óscar actuar.

Mi hijo hará de árbol, así que lo de verlo actuar es un eufemismo, pero, aun así, asiento y consigo sonreír sin despegar los labios.

—Me encantaría que vinierais. Él os quiere mucho y..., bueno, espero que no desaparezcáis todos a la vez de su vida. Agradecería mucho que lo hicierais poco a poco porque... —La voz se me rompe, porque esto es lo más difícil que he hecho en mucho tiempo.

Javier me abraza, besa mi cabeza y, antes de despegarse de mí susurra en mi oído.

—Nosotros no vamos a salir de su vida, ni de la tuya. Puede que mi hijo se haya perdido en su dolor, pero te aseguro que nosotros todavía podemos reconocer a nuestra familia y luchar por ella. Tú ya eres parte de nosotros, Eli, con Álex, o sin él. No lo dudes.

Asiento y articulo un «gracias» que no suena, porque las lágrimas no me dejan hablar. Javier se va y yo apoyo la frente en la puerta, sollozando y pensando que no es justo que Sandro haya muerto, pero lo es menos aún que Óscar yo estemos pagando un precio tan alto por ello.

Mis hermanas están aquí. Otra vez. Dios mío, son una jodida pesadilla de la que no voy a librarme nunca. Es un conocimiento que ya tenía, pero estar sufriendo la presencia de las tres, día tras día, me está agotando hasta límites sorprendentes.

No las quiero aquí, joder, y pensé que si el otro día las dejaba dormir se relajarían y me dejarían un poco en paz, pero eso no ha pasado. Al contrario de lo que pensaba, han ido a más y ahora, cuando no están trabajando, están aquí, y lo peor es que han agregado a sus hijos a la ecuación. Adoro a mis sobrinos, pero no soporto verlos ahora mismo. No quiero, porque verlos es pensar en Óscar, en cómo estará, en que ni siquiera le he llamado y en que Eli no vino ayer a verme, ni me mandó un mensaje, ni intentó llamarme. Y en eso sí que no quiero pensar, porque es lo que yo quería, que se olvidara de mí, que desistiera y se diera cuenta de que no valgo la pena hasta el punto de sufrir esto conmigo. He hecho méritos de sobra para conseguirlo, pero, joder, cómo duele.

Debería ser más fácil, no tendría que arder de esta forma en mi pecho. ¿Por qué hacer lo correcto duele tanto? Sé que no lo parece, soy consciente de lo que piensan mis hermanas, mis cuñados, Marco, mi padre y Sara de esto que estoy haciendo. De Einar ni siquiera hablo, porque anoche me tiró de la cama dos veces haciéndose el dormido. Sé que se hacía el dormido porque, cuando caía al suelo, murmuraba «Cabrón» y se daba la vuelta en la cama.

No entienden que todo esto lo hago por Eli y por Óscar. Ahora lo van a pasar mal, sí, pero llegará un día en que consigan olvidarme. Ella encontrará un hombre que no se juegue la vida constantemente, será feliz con él y Óscar tendrá un padre de los de verdad; de los que van a un trabajo que no es peligroso, comen verduras todo el tiempo, en vez de chucherías y batidos, y usa su tiempo libre para ir de pícnic y no para reparar un clásico. Puede que hasta vista traje de chaqueta, el gilipollas, y le leerá cuentos a mi niño, y tocará, besará y se acostará con mi mujer, mientras yo me dedico a deslizarme por los días trabajando, follándome a unas y a otras y recordando por las noches, en la soledad de una cama que se me antojará enorme, que una vez tuve el universo entero en mis manos y me deshice de él como si no valiera más que una pelota de golf. La perspectiva de vivir sin ella es tan triste que intento no pensarlo. He llegado a plantearme dejar el trabajo, pero soy consciente de que eso sería suicidarme emocionalmente. Soy bombero, no sé hacer otra cosa y no quiero hacer otra cosa. Me gusta ser bombero, lo que no me gusta es lo que eso conlleva.

No dejo de recordar las últimas palabras de Sandro, diciéndome que no tengo ningún derecho a someter a una mujer y un hijo al sufrimiento de perderme. Y tenía razón, la tenía, aunque ahora esté jodido, les eche de menos y haya tirado por la borda todo lo que me ha llevado meses conseguir. Yo no importo, ni lo que yo sienta.

Importan ellos, que sean felices más allá de mí; que consigan todo lo que se merecen, que es mucho, y que me olviden. Que un día oigan el nombre de un tal «Álex» y ni siquiera recuerden que en el pasado ellos tuvieron uno. Así de simple para ellos y desgarrador para mí quiero que sea el futuro.

Ya no sé dónde está el Álex que sonreía por todo, el que disfrutaba de la vida y conseguía reírse hasta de su sombra. No sé si se fue con Sandro o lo hizo después, cuando se dio cuenta de todo lo que tenía que hacer por las personas que quería.

Lo peor es que no tengo apoyo de nadie, no comprenden mis razones y no dejan de intentar convencerme para que vuelva con Eli y todo esto se quede en un susto. No comprenden que no me ayudan, porque tengo tantas ganas de hacerlo, de ir con ellos, que en una de estas sería capaz de plantarme en su piso y suplicar que me dejaran volver, cuando sé que no es lo correcto ni lo que ellos necesitan.

—Te estás portando como un gilipollas —dice Julieta—. En serio, si fueras mi novio ya te habría dado una patada en el culo. Yo no sé Eli qué ha visto en ti, si no eres más que un cobarde y un...

—No te pases —la interrumpe Amelia—. Que no se te olvide que es nuestro hermano y está intentando superar la pérdida de su mejor amigo.

—Su mejor amigo se avergonzaría de ver en lo que ha convertido su vida en apenas una semana —sigue Esme, que de delicadeza ya sabemos que anda justa.

Me río mirando al techo y llamando la atención de las tres, seguramente porque es la primera vez que sonrío en toda una semana. Por desgracia, es una risa seca, irónica, cargada de rabia y desprecio por la vida, por mí y por todo esto que me sobrepasa con cada aspiración.

—De hecho, es probable que Sandro esté orgulloso de mí —digo sin mirarlas—. Por fin he entendido lo que tengo que hacer. Lo que hablamos tantas veces. —Ellas guardan silencio y yo me explico—. Cuando le conocí yo mismo le repetí hasta el cansancio la teoría de que nosotros no deberíamos tener mujer, ni hijos. No podíamos someter a nadie a sufrir nuestra pérdida, ¿qué derecho tenemos a dejar a un niño sin padre? Ninguno. Sandro lo entendió de maravilla y se encargó de recordarme hasta el último de sus días lo mucho que la estaba cagando dejando que Óscar se encariñara conmigo, igual que Eli. —Suspiro y recuerdo nuestro último trayecto en el camión, lo duro que trabajó en aquel incendio y lo poco que tardó su vida en arder, literalmente—. Creedme, si Sandro está en alguna parte mirando, debe estar muy orgulloso de que haya entrado en razón, aunque sea cuando él ya no está.

Mis hermanas siguen guardando silencio y es un hecho tan insólito que alzo la cabeza para mirarlas. Amelia llora, porque lleva toda la semana sentándose a mi lado y llorando, como si con eso fuese a solucionar algo; como si no me ardiera cada poro al saber que siente tanta lástima por mí. Julieta me mira como si fuera gilipollas y Esme parece cabreada. Muy cabreada.

—Tú eres imbécil —dice al final, mostrándome su enfado—. Y me vas a perdonar, pero si Sandro te estuvo diciendo esas mierdas hasta el último de sus días,

no era un gran amigo, tampoco.

—Era mi mejor amigo —digo sentándome de golpe en la cama—. Más te vale hablar con respeto. Recuerda que está muerto.

—El respeto se gana, Alejandro, y ni él, ni tú ahora mismo, os lo habéis ganado. Esa teoría es incierta, exagerada y lo más cobarde que has dicho en toda tu vida, ¿te enteras? Estás haciendo daño a mi mejor amiga, a tu novia, a un niño maravilloso que te adora y a toda esta familia, y todo porque, según tú, no quieres someterlos al dolor de perderte. —Se levanta y estira las manos, como si clamara al cielo—. Pues adivina, Álex ¡Ya te han perdido!

—Lo superarán —susurro.

—Igual que superarían tu muerte —dice Julieta interviniendo. La miro con los ojos de par en par y ella sonríe y se encoge de hombros—. No sé por qué piensas que perderte de una forma es mejor que hacerlo de otra. Al final, no te tienen y, Álex, si murieras, sufrirían muchísimo, por supuesto, pero encontrarían la forma de seguir adelante, como hacen ahora, porque el que perdería la vida serías tú, no ella, ni el niño.

—No es lo mismo...

—Lo es. Diego perdió un hermano siendo un adolescente, y míralo, casado conmigo, con dos hijas y cuidando al hijo que ese hermano nunca supo que tenía. Y si no te quieres fijar en él, piensa en sus padres. ¿Crees que hay algo más doloroso que perder a un hijo? No lo creo, pero ahí están, sonriendo cada día. Una parte de sus corazones siempre será de Marco, pero no pueden sumirse en la miseria y dejar de vivir porque él ya no está. Eli y Óscar harían lo mismo. Te llorarían un tiempo, pero acabarían por salir adelante. ¿Ni siquiera has pensado en eso? —Niego con la cabeza, sorprendido y herido por sus palabras, porque no es plato de buen gusto que le digan a uno que, aunque se muera, acabarán por olvidarlo—. Si cuando yo digo que tú listo, lo que se dice listo, no eres, es por algo.

—Bueno, ya está bien —dice Amelia—. Dejadlo en paz, es él quien tiene que pensar en todo esto y tomar una decisión.

—La decisión ya la ha tomado —sigue Esme—. Conozco a Eli, sé que, si ayer no vino, es porque ella también ha tomado ya la suya. —Me mira y suspira antes de hablar—. Felicidades, tus esfuerzos están dando sus frutos. Ya la has perdido.

Amelia le riñe, pero ella se levanta y se va, alegando que ya ha dicho lo que tenía que decir, que me quiere, pero que no podía callarse más sus verdades. Julieta la sigue, no sin antes besarme la mejilla y pedirme que recapacite alegando que quizá, todavía, hay una mínima posibilidad de recuperar a Eli y Óscar. Amelia se queda un poco más, me abraza y me promete que todo estará bien, aunque ni ella misma se lo crea.

Y yo estoy aquí, pensando en las palabras de Julieta, y en Giu, en Teresa, en Diego y en lo que perdieron; en lo que mucha gente pierde, pero sin querer dar mi brazo a torcer.

No quiero que Eli viva pensando que cualquier día puede perderme, ni tener que vivir asustado pensando que el día menos pensado no regresaré a casa con ellos. Y dejaré de acurrucar a Óscar en mi pecho, ya no podré vestirlo, ni mirarlo comprobar los dientes que se le mueven para averiguar cuál está más suelto. No tendré sus abrazos, ni besos de buenas noches, ni recetas leídas, ni carreras de coches de juguetes, ni piruletas a escondidas y batidos de chocolate. Ya no podré coger la mano de Eli mientras vemos una peli solo porque sí, porque me gusta enredar mis dedos en los suyos; no podré hacerle el amor por las noches y susurrarle que quererla es lo mejor que he hecho en toda mi vida; tampoco podré despertarla con besos, hacerle el desayuno, o prepararle un té para que lo tome en el sofá, con las piernas en alto y los brazos apoyados en las rodillas, en esa postura que me emboba, a pesar de no tener nada especial. No podré hacerla reír con cada tontería que se me ocurra. Ya no podré abrazarla por la espalda en cualquier momento, retirar su precioso pelo rubio de su hombro y susurrar en su oído que nuestra historia es mágica, que le viene grande incluso al universo; que su maldita sonrisa es mi razón de vivir.

Ya no podré hacer nada de eso y me doy cuenta, al mismo ritmo que lo pienso, que dejaré de disfrutarlo, no por estar muerto, sino por haberla abandonado cuando más la necesitaba y, quizá, cuando más necesitaba ella sentirse importante para mí.

—La he perdido de verdad... —susurro hiperventilando y mirando al techo—. Amelia...

Mi hermana me abraza más fuerte y esta vez, para sorpresa suya, y mía propia, soy yo el que empieza a llorar sin control por primera vez en mucho tiempo. De hecho, no lloraba así desde que era niño, porque, a pesar de llevar una semana buscando esto, acabo de darme cuenta de que es real. No la tengo, ni tengo a Óscar, y no sé cómo vivir sin ellos, pero tampoco sé cómo hacerlo con ellos sin que el miedo me gane la partida.

—Puedes recuperarla, Álex —dice mi hermana mientras yo sollozo y niego con la cabeza—. Sí puedes, ella te quiere.

No contesto, porque el dolor ya no me deja hablar más. He perdido a mi mejor amigo, pero también a mi mejor amiga, a mi novia y a mi hijo en una semana. Me he demostrado a mí mismo que soy capaz de arruinar mi vida en tiempo récord y he dejado que todo el mundo vea hasta qué punto soy capaz de joder la vida de la gente que me quiere.

No sé qué hacer con esto que me arde; no sé manejar la muerte de Sandro, ni sus últimas palabras. No puedo olvidar lo cabreado que estaba conmigo y creo que, sin darme cuenta, he hecho todo esto para reconciliarme con alguien que está muerto. He cumplido sus deseos, pero ¿para qué? Joder, él no va a volver y, aunque así fuera, no debería hacer esto. No debería hacer caso a lo que quería, aunque fuera lo que yo mismo le enseñé, porque es algo que ya no me hace feliz y no puedo vivir faltando el respeto a mis sentimientos cada maldito día. Nadie puede vivir así. Es deshonesto, cruel e insostenible.

Cierro los ojos y lloro, porque no quiero estar aquí; quiero estar con ella, joder, que me abrace ella, solo ella. Que me prometa otra vez que está aquí, que, aunque yo sea un capullo, me perdona y podemos salir de esta. Quiero que me escriba otro mensaje, que venga, que me llame y que me pida por favor que llame a Óscar, porque está preocupado por mí. Quiero tantas cosas que ya no son posibles...

No sé en qué momento Amelia consigue coger el móvil, pero sé que lo hace porque, pasado un rato, Julieta y Esmeralda vuelven a estar aquí, sin sus hijos esta vez, en esta cama que hemos robado a Einar sin pedir permiso, acariciándome, abrazándome y susurrándome que todo está bien, que ellas no están enfadadas de verdad y que todo se va a arreglar. Y no las creo, pero, joder, qué bien sienta tenerlas a mi lado hasta cuando no lo merezco.

Einar vuelve a casa un rato después, cuando yo ya no lloro, pero sigo agarrado a ellas como si fuesen mi salvavidas, como si solo tocar a mis hermanas me librase de volver al infierno que es mi mente en estos momentos. Nuestro amigo susurra que se va a dormir a casa de Esme y esta asiente sin despegarse de mí.

—No os vayáis, por favor —susurro otra vez al borde de las lágrimas y sintiéndome ridículo como nunca en mi vida.

—No lo haremos —dice Julieta, también emocionada—. Nosotras no te dejaremos nunca, tonto, ni aunque nos vayamos dando un portazo. Siempre volveremos para estar contigo cuando nos necesites. No lo olvides, Álex.

—Lo he hecho todo tan mal...

—Bueno, no te preocupes. En esta familia somos dados a cagarla y abandonar a las personas que más nos quieren en el momento que más nos necesitan —susurra Esme—. Julieta lo hizo, yo también y ahora tú. —Acaricia los mechones que caen sueltos por mi frente y sonrío—. Un día Amelia la cagará y entonces tú formarás parte de este bando, que tampoco es fácil, porque ver a uno de nosotros sufrir duele tanto como el sufrimiento propio, pero tendrás a Eli esperándote en casa y eso lo hará más llevadero.

—Ella no volverá conmigo.

—No digas eso —dice Amelia con dulzura—. Está loca por ti. La has fastidiado, pero seguro que consigues arreglarlo de alguna forma. —Niego con la cabeza y ella asiente y besa mi frente—. Solo necesitas asegurarte de que, esta vez, si la recuperas, no volverás a cagarla. Convéncete de que quieres estar con ella en las buenas, pero sobre todo en las malas. No vuelvas a hacer esto, Álex, y entiende que no tienes razón con esa absurda teoría.

—Creo que tienes que pensarlo muy bien antes de buscarla —dice Julieta—. No puedes ir a verla con dudas, o pensando que vas a someterla a un martirio el día menos pensado, porque entonces, sin darte cuenta, estarás haciéndola sufrir un poquito cada día y, al final, eso es peor que un palo de golpe. ¿No crees?

Asiento, entendiendo lo que quiere decirme y sabiendo que tiene razón. Tengo que poner en orden mi cabeza. Mañana, de momento, tengo que volver al trabajo,

enfrentarme a una jornada sin Sandro y, cuando el turno acabe, evaluar cómo me siento, cómo pienso y qué quiero hacer con mi vida.

Y cuando lo decida, comportarme como el hombre que he dejado de ser. Alejarme para siempre, asumiendo que ellos dejarán de ser parte de mi vida y teniendo los huevos de, como mínimo, explicarle a Óscar que me voy a ir, si es que su madre me lo permite, o arrastrarme ante él y Eli para suplicarles que me perdonen y me dejen volver a sus vidas.

Las dos opciones son duras y me aterrorizan, pero soy consciente de que no tengo más, así que me abrazo a mis hermanas y cierro los ojos intentando dormir, porque desde mañana esto de tumbarse en la cama, llorar y cagarla queda prohibido. No sé lo que voy a hacer, pero sé que, tome la decisión que tome, asumiré las consecuencias de pie y de frente, como el hombre que siempre quise ser y no como el cobarde que estoy siendo.

El turno en el trabajo es caótico. Sandro falta y se nota, no tanto en las tareas que debemos realizar, como entre los compañeros. No hay bromas y la mayoría de ellos me dan el pésame nada más llegar, haciéndome sentir incómodo, porque ellos también han perdido a un compañero. Entiendo que era mi mejor amigo y que he necesitado unos días de asuntos propios unidos al descanso para aceptarlo, sí, pero, aun así, procuro normalizar cuanto antes la situación para que nada de esto interfiera en nuestro trabajo.

Las horas pasan rápidas y tranquilas, por suerte, porque no tenía muchas ganas de enfrentarme a algo serio hoy.

Nada más entrar en el vestuario busco el móvil en mi taquilla y lo reviso, pero, tal como esperaba, Eli no ha dado señales de vida en estas veinticuatro horas. Una estupidez pensar que había una posibilidad, también, porque trabaja igual que yo y sé que no coge el móvil ni siquiera en los descansos, pero, aun así, tenía la esperanza de que..., bueno, no sé de qué, pero de algo.

Cojo mi mochila y el macuto que tengo de la ropa que he acumulado en casa de Einar estos días y voy a Sin Mar, a casa de mi padre, donde Sara me recibe con un abrazo y me pregunta qué quiero hacer.

Debería acostarme un rato, es lo que suelo hacer, pero eso me recordaría la forma en que desayunaba con Eli y luego dormía con ella cada vez que salíamos del turno mientras llegaba la hora de recoger a Óscar del cole, así que lo descarto y le propongo a Sara tomar un té en la cocina. Ella asiente, sonrío encantada y yo la acompaño preguntándole por mi padre.

—Ha ido a la farmacia —dice antes de poner la tetera a funcionar. Ay, no, joder. La miro tan espantado que ella se ríe y me mira alzando las cejas—. Te ha contado algo, ¿no?

—Sí, algo —contesto sin querer meterme a fondo en el jardín.

—Estamos encantados, la verdad.

—Ya, supongo —digo carraspeando.

—Nos ha cambiado la vida, Álex.

—Ya, imagino. ¿Le queda mucho al té?

Sara se gira hacia el mostrador y revisa la tetera, pero aún no ha hervido, así que suspira y se apoya en la encimera.

—Es que no sabes, ¿eh? Es usarla y en cuanto toco a fondo noto la dureza.

La madre que... Me tenía que haber acostado, si es que no sé para qué cojones me apunto yo a tomar nada con esta mujer, que se ve que con la tontería de que yo haya estado desaparecido y solo les quede Amelia en casa se han venido arriba y esto es un no parar. Que lo entiendo y están en su derecho, además, que Sara está muy muy

buena, aunque me saque bastantes años, pero joder, no hace falta dar detalles. Yo creo que se me va a notar que tengo ganas de vomitar, de verdad, pero ella no se da por enterada.

—Hacía años que no me sentía tan relajada después de...

—Mira, Sara —digo cortándola—. La verdad es que entiendo que estés contenta, que el tema de la viagra funcione y demás, pero, por favor, no me des detalles, ¿vale?

Sara me mira con los ojos de par en par, se pone roja como un tomate y, cuando la tetera empieza a pitar, avisando de que el agua ya está hirviendo, ni siquiera se mueve del sitio.

—¿Viagra?

—Sí, mi padre me contó que había tenido un gatillazo y que...

La descomposición de su cara es suficiente para que yo empiece a darme cuenta de que aquí pasa algo.

—Viagra —vuelve a decir, esta vez sin preguntar.

—Eh..., no te referías a eso, ¿no?

Ella mueve la boca como si intentara hablar, pero no consigue que su voz salga. Al final, carraspea, traga saliva y se relame antes de conseguir decir algo.

—Me refería a una pomada para dar masajes musculares. Tu padre está muy tenso y... Ay, Dios. ¿Qué quieres decir con que ha comprado viagra? ¿Cuándo?

Recuerdo a mi padre contarme que se la había encargado a Marco, cuando íbamos hacia el *camping* dijo que tenía que hacer una parada en una farmacia, así que imaginé que era para comprar de nuevo y Eli me contó tiempo después que a ella le dio una charla acerca de todo eso también. Flipamos juntos un rato y luego no reímos bastante, aunque quedamos de acuerdo en que lo mejor era evitar el tema lo máximo posible.

Como ves, yo lo estoy haciendo como el culo.

—Mira, Sara, yo creo que lo mejor es que aclares esto con él —digo levantándome y olvidándome del té.

—Ni se te ocurra salir de la cocina, Álex.

Está enfadada, se nota, así que intento buscar una excusa para largarme y justo en ese momento, como si de una ayuda divina se tratara, oigo a un bebé llorar por el intercomunicador y me alegro tanto que se me hace inevitable sonreír.

—Voy a ver quién es y de paso a darle un paseíto, que está el día muy bueno.

Ella protesta, pero salgo de la cocina sin dejarla hablar. Subo las escaleras y entro en el cuarto de Julieta, que es el que han acondicionado para los bebés. Pensé que estaría solo Noah, porque las gemelas se turnan para estar unos días con Giu y Teresa, que ya han decidido ir al restaurante solo cuando es importante e imprescindible y se dedican a vivir la vida con sus nietas y su nieto Marco, al que consienten más de lo que ya era costumbre, lo que significa que Chucky está más insoportable y chulo que antes. Justo lo que esta familia necesitaba, un poquito más de ego para ese chaval.

El caso es que la que llora es Victoria y la cojo en brazos mientras Emily da

saltitos agarrada a la barandilla de la cuna y Noah me mira desde la otra cuna, en la que duerme solo para que las gemelas no lo aplasten.

—¿Qué pasa, enana? ¿estás aburrida de dormir? —ella me habla en su idioma y hace pedorretas con la boca mientras yo me río y me doy cuenta de lo mucho que las he echado de menos. A ellas y al morenazo de ojos verdes que no pierde detalle de nada—. ¿Queréis dar un paseo con el tito Álex? Porque me parece que aquí se va a liar en cuanto el abuelo llegue, así que mejor nos quitamos del medio.

Emily se ríe y aplaude mientras su hermana tira de mi pelo. Noah patalea y llora para que le preste atención y yo decido que no hay nada mejor que tres bebés para no tener tiempo de pensar en uno mismo, así que los cojo como puedo, bajo las escaleras, subo a las niñas en su carro gemelar y me cuelgo a Noah de la mochila que Esme deja siempre por aquí, bien pegadito a mi pecho, consiguiendo que deje de protestar en el acto.

—¡Sara, salgo! —grito mirando hacia la cocina. Ya le he dicho que voy a darles un paseo, pero prefiero confirmarlo, no sea que con el momento de agobio no se haya enterado.

Ella empuja la puerta, me mira muy seria y desaparece de nuevo dejándome claro que no tiene los ánimos como para tener una agradable charla conmigo, cosa que, por otra parte, ya suponía.

Salgo de casa y, como el día está bastante frío, lógico, teniendo en cuenta que es diciembre, decido ir a la tienda de Julieta y pasar el rato allí. Cojo ritmo aprovechando el paseo, el empuje del carro y el peso de Noah para hacer ejercicio mientras camino y pienso en lo genial que es esto y en lo mucho que me gustaría que Óscar fuese a mi lado haciéndome preguntas raras, de esas que él se saca de la manga, como por ejemplo cuánta salsa de tomate necesitaría para hacerle una *pizza* a cien personas. Bueno, igual para un cocinero la pregunta no es singular, pero para mí sí.

En realidad, me conformaría con que fuera caminando a mi lado, aunque fuese en silencio. Joder, cómo le echo de menos... Pienso en todo lo que ha pasado, en la forma en la que he desaparecido y en si me echará de menos. Recuerdo entonces los mensajes de Eli en los que me pedía que lo llamara, que le hablase para qué él se sintiera mejor, porque preguntaba mucho por mí. Pasé de todos y cada uno de ellos con una facilidad que me asusta.

No, no era facilidad, en realidad, era el estado de *shock* en el que me sumí. Me sentía adormecido, despersonalizado, como si pudiera verme desde fuera, pero no pudiera hacerme reaccionar.

Ahora mismo, con los cinco sentidos funcionando, no sé cómo demonios conseguí mantenerme así tanto tiempo. No sé cómo es que no corrí detrás de ella cada maldita vez que vi la desolación pintar sus ojos antes de abandonar el estudio de Einar. Ahora me reprocho tantas cosas...

He tomado una decisión, quiero volver con ella, pero no sé cómo hacerlo e intuyo

que me debe odiar mucho, así que, mientras pienso en una solución, voy a hacer lo que todo hombre maduro y de mi edad haría: acercarme al colegio a la hora de la salida para mirar a escondidas a Óscar y, de paso, a su madre. Como un jodido perverso, sí. O como un hombre desesperado por ver a su familia, también. Me gusta más quedarme con lo segundo, la verdad.

Llego a la tienda de Julieta y soy testigo de cómo las niñas se vuelven locas al ver a su madre. La adoran y no es para menos, porque creo que ningún niño tendrá nunca una madre tan tarada y divertida como ella.

Me pregunto si alguna vez Eli y yo podríamos tener un bebé que patalara así al ver a su madre, o al verme a mí... Que yo con Óscar soy feliz, pero no voy a negar que imaginar a la que fue mi chica embarazada me llena de un sentimiento de anhelo que no he sentido nunca antes.

—Me alegro de verte, hermanito. Estás guapo, se te nota que llevas días sin follar, pero estás guapo.

Pongo los ojos en blanco y me siento en el banco que hay detrás del mostrador para descansar la espalda. Noah protesta, pero saco el chupete y le calmo de inmediato.

No le contesto a mi hermana, porque no estoy de humor para que se ría de mí. Lo que sí hago es contarle mis planes de ir al colegio. Ella me anima para que me acerque y hable con Eli y Óscar, pero me niego.

—No quiero incomodarlos y no sé qué decirles.

—Quizá lo mejor sea normalizar la situación, ¿no?

—Eli no funciona así. Está cabreada y dolida, que es normal, pero no podemos hacer como si nada. La he dejado, Julieta, es algo muy grave.

—Sí, la verdad es que la has cagado a lo bestia. —Hago una mueca y ella chasquea la lengua y palmea mi espalda mientras mece a Emily y mira de reojo que Victoria no se tire del carro, porque ahora mismo no está atada—. Oye, no te martirices más. ¿Has pensado ya lo que vas a hacer? —Asiento con la cabeza y sigue—. ¿Vas a recuperarla?

—Voy a intentarlo, que ya me parece mucho.

—¿Y vas a olvidar toda esa teoría absurda acerca de tu muerte y bla, bla, bla?

—No es absurda —digo en un impulso, pero cuando me mira mal chasqueo la lengua y asiento—. Sí, voy a olvidarla.

—¿Seguro?

—Que sí, joder.

—Bueno, pues entonces tendrás que empezar a pensar cómo la recuperas.

—Ya...

—Me vas a perdonar, pero estás muy lejos de parecerte a Jack cuando vio a Rose en la parte baja del Titanic dispuesta a bailar y emborracharse como una mujer entregada al amor. ¡Alegría, hijo! Que vas a recuperar a la mujer de tu vida.

—Bueno, eso de recuperar es relativo... A ver si dejo de cagarla.

—Ya, eso también.

—Julieta, animando eres pésima.

—No, lo que pasa es que soy sincera y eso duele. Yo si fuera tú, sinceramente, le declararía mi amor y luego intentaría llevármela al huerto y convencerla a base de sexo, pero creo que Eli se ofendería, porque yo soy una calentona y muy tío muchas veces, pero claro, ella está jodida y eso, así que lo de sacarte la churra para que vea lo que se pierde, pues como que no... ¿no?

Cierro los ojos y niego con la cabeza, porque me parece mentira que esté diciendo semejante barbaridad. Cuando los abro y la veo sonreír, me doy cuenta de que lo ha hecho a conciencia, para quitarle hierro al asunto y porque... bueno, porque Julieta es así, pero, aunque no diga las palabras que necesito oír, y no se ponga sentimental a la mínima de cambio, la adoro, y valoro enormemente que me entienda tan bien.

Al final espero a que cierre la tienda, la acompaño en el camino de vuelta y la dejo en la puerta de casa con los tres niños, porque no quiero ni pensar en encontrarme con mi padre justo hoy. Ya si eso esta noche me caerá la bronca por irme de la lengua.

Cojo el coche y conduzco hasta el colegio de Óscar, pensando que lo mejor será que lo aparque una manzana antes y camine, porque este clásico canta mucho y, aunque eso me guste la mayor parte del tiempo, no es algo que me venga bien hoy.

Estoy nervioso, no puedo negarlo, no quiero que me vean, en parte porque no sé qué decir, pero, sobre todo, porque soy un cobarde y me he convencido con palabras bonitas de que lo mejor para enfrentarla es prepararme antes para aumentar mis posibilidades. Como si no supiera que, con cada día que pasa, el porcentaje baja. Puede que ya ni siquiera haya porcentaje y el día que por fin me decida me encuentre con un cero rotundo, pero, aun así, no voy a acorralarlos hoy. No quiero que Óscar sufra y no quiero que se pregunte por qué aparezco y desaparezco sin dar ningún tipo de explicación, así que, cuando doblo la esquina que me enfrenta a la puerta de su colegio me detengo, me apoyo y observo cómo salen los niños por la puerta. Por un momento creo que he llegado tarde, pero entonces desvío mi vista hacia un lateral y la veo: está tan preciosa que mi parte primitiva se indigna un poco, porque yo soy un jodido guiñapo por culpa del sufrimiento y pensé que a ella también se le notaría un poco... claro que lleva gafas de sol y, cuando caigo en que es posible que sea para tapar las ojeras que luce gracias a mí, el sentimiento de culpabilidad supera todo lo que haya sentido hasta ahora, haciéndome ver lo imbécil que he sido y todo lo que he jodido por no saber manejar bien la muerte de Sandro.

Ella no puede verme, está mirando a la puerta y, además, estoy bastante lejos, así que aprovecho para mirarla fijamente y aprenderme de memoria cada uno de sus rasgos, por mucho que no pueda verlos al detalle desde aquí. Que es una tontería, porque sé hasta el número de lunares que tiene, debido a las veces que los conté señalándolos primero con mis dedos, luego con mi nariz y por último con mi lengua, pero de todas formas quiero memorizarla, por si resulta que al final no consigo que

me perdone nunca y me toca vivir de recuerdos para siempre.

Óscar sale poco después, lleva la mochila al hombro y no corre, como acostumbra. Tampoco sonrío y no me cuesta entender que eso también es culpa mía. ¿Cuántas cosas más he jodido en ese maravilloso niño?

Abraza a su madre, que sonrío e intenta bromear con él, lo sé porque conozco sus gestos a la perfección. El niño hace amago de sonreír, pero incluso desde aquí puedo ver que su postura aún es decaída.

Me pican los pies por la necesidad de correr hacia ellos, pero sería una locura. No puedo hacerlo en este estado y sumar una cosa más a la lista de contras que ya tengo para recuperarlos. Ni siquiera debería estar aquí, joder, pero es que los echo tanto de menos...

Tengo que irme, lo sé cuando ellos empiezan a caminar por la calle en dirección a donde yo estoy. Me doy cuenta de que el coche en el que se apoya Eli no es el suyo, de hecho, ni siquiera el color es el mismo, pero estaba tan entretenido mirándola que no me he dado cuenta. Tengo que largarme, en serio, me van a pillar y es lo último que quiero, pero está tan guapa así, vista más de cerca. Óscar parece triste y me odio por ello, pero es que yo no estaba bien y...

Dios, eso último ha sonado tan a cabrón arrepentido. Es lo que soy, por otro lado, pero no quiero decirle algo así; no quiero que piense que solo soy un imbécil más jugando con los sentimientos de su hijo y de ella. No quiero, pero estoy aquí, tentando a la suerte y manteniéndome quieto mientras se acercan. Como si pudiera jugar a hacerme la estatua y que pasaran de largo mientras los miro y, con suerte, huelo el perfume de ella y la colonia infantil de él.

Tengo que irme.

Tengo que caminar.

Debo desaparecer.

No lo hago.

El primero en verme es Óscar, que se para en seco mientras clava sus ojos azules en mí. Trago saliva, porque no parece muy contento, pero tampoco triste. Parece... enfadado, y eso en mi pequeño sí que es una gran novedad. Subo los ojos para darme cuenta de que Eli también me ha visto ya. Está tensa, ha cuadrado la mandíbula y sé que debe estar considerando la posibilidad de largarse sin más, pero no le haría eso a su hijo, así que no me extraña verla caminar hacia mí pasados unos segundos.

Y yo estoy aquí, sin saber qué hacer, porque ya no puedo irme, joder, si ya tengo la soga al cuello, eso sería como darle una patada a la silla en la que estoy subido para ahorcarme de una vez.

—Hola —dice con voz monótona—. ¿Pasabas por el barrio?

—Yo... eh... —Suelto el aire de golpe y me doy cuenta de que sueno raro, tenso, forzado, como si no supiera encadenar las palabras para formar una frase—. Yo es que... —agacho la cabeza y me obligo a centrarme a la de ya. La alzo y vuelvo a mirarlos—. Hola —digo al fin.

No es lo más ingenioso del mundo y no he contestado su pregunta, aunque haya sido irónica, pero es lo único que me ha salido.

—Sé que no has estado de viaje. —Óscar suspira y habla de nuevo, haciéndome notar que le falta otro diente. Le falta otro diente. Me he perdido eso también y, aunque parezca una tontería, siento ganas de llorar de rabia y me odio un poquito más, si cabe—. También sé que estás triste porque tu amigo se ha muerto y se ha ido al cielo, pero quiero que sepas que yo también estoy triste porque no has venido a verme ni una vez, ni me has llamado tampoco. Cuando mi pececito se murió y se fue al cielo yo no dejé de hablarle a mamá, porque ella no tiene la culpa, y yo tampoco la tengo. —Aspira y sigue de manera abrupta—. Y como ni mamá, ni yo, tenemos la culpa, quiero decirte que has sido malo y que no te perdono. Y si quieres tu camión de bomberos, pues te lo doy, porque ya no somos amigos, ni tú eres mi padre, ni yo quiero ser tu hijo más.

Su voz tiembla y yo me siento como la mierda más grande del mundo. Puedo enfrentarme al odio de su madre, intentar convencerla de que he sido un cabrón y no la merezco, pero la quiero. Ahora bien..., ¿cómo convengo a Óscar de que es la mitad de mi corazón, si no más, cuando le he fallado de esta forma?

No puedo culpar a Eli de haberse sentado con él para explicarle la situación. Sé que no es partidaria de mentir a su hijo y ya lo ha hecho bastante por mí, así que no puedo pedirle más, ni reprocharle nada. Óscar es pequeño, pero siempre ha tenido una madurez que no correspondía con su edad, así que su discurso en ese aspecto no me extraña. Doler sí, joder, cómo me duele... pero me lo merezco, así que tampoco puedo molestarme por sus palabras.

Asiento y trago saliva, intentando recomponer mi voz para poder contestarle.

—He sido un mal amigo y un peor papá, así que entiendo que ya no quieras tener nada que ver conmigo. —Miro a Eli que se muerde el labio, supongo que intentando no meterse, ni emocionarse por el evidente dolor que muestra su hijo. Me acuclillo frente a Óscar y le miro a los ojos, dándome cuenta de que está a punto de echarse a llorar y sintiendo deseos de hacerlo con él. Sin embargo, soy el adulto y, aunque sea hoy, debo comportarme como tal—. Oye, Óscar, sé que no tengo derecho a pedirte nada y por eso no lo haré, ¿vale? Pero quiero que sepas que estoy muy arrepentido de no haberte llamado, ni visitado, y que el tiempo que tú fuiste mi hijo, yo fui el hombre más feliz del mundo.

—Pues no te creo.

La sinceridad infantil es, desde luego, de lo más cruel que hay en el mundo.

—Vale..., no pasa nada si no me crees. Sé que estás enfadado y creo que es normal. Yo también me sentiría así si estuviera en tu lugar. —Frunzo el ceño y hago un esfuerzo sobrehumano por ser sincero y no sonar demasiado brusco—. Verás, a veces los adultos hacemos cosas que ni siquiera nosotros entendemos, como pagar nuestro dolor con las personas que más queremos. No es justo, ni debería ser así, pero... bueno, supongo que los adultos somos mucho más tontos de lo que nos gusta

pensar.

—Mamá es adulta y no hace esas cosas. Creo que tú eres el único tonto aquí.

Bien, vale, me está dando el repaso de mi vida y, como me lo merezco, asiento y agacho la cabeza un segundo, intentando recuperarme del golpe que supone que me hable así y dándome cuenta de que he conseguido que Óscar deje de ser dulce cuando me habla, y eso es como conseguir subirse en la luna y dar un paseo a ciento veinte por hora una noche cualquiera.

—Tienes razón —susurro—. Mamá no hace esas cosas porque ella es mucho mejor que yo. —Óscar asiente y yo sonrío, pese a todo—. Oye, sé que no puedo pedirte nada, pero me gustaría que me prometieras que vas a proteger a mamá así de bien siempre, ¿vale? —Él no contesta, pero yo sigo—. Estoy muy orgulloso de ti, Óscar.

—¿Por ser malo contigo?

—Por querer tanto a mamá. Me gusta saber que, aunque yo le haya hecho daño, te tiene a ti para abrazarla y que el dolor se le pase, y tú la tienes a ella.

—Y tú también la tenías a ella, y a mí, pero ya no. Ya no te quiero, Álex.

Es mentira, lo sé porque, conforme dice esas palabras, se echa a llorar y su madre lo coge en brazos, a pesar de que ya pesa lo suyo. Es mentira, pero duele como si me clavaran miles de dagas ardiendo por todo el cuerpo. Miro a Eli por primera vez en todo este tiempo y sé que está emocionada hasta las lágrimas, aunque lleve las gafas de sol.

—Espera aquí un momento —susurra antes de caminar unos pasos, cruzar de acera y meter a Óscar en el coche. Luego vuelve a donde estoy a toda prisa y se coloca de frente al coche para tenerlo vigilado en todo momento. Cuando habla de nuevo, ni siquiera me mira—. No se lo tengas en cuenta, solo está dolido.

—Eli...

El alivio recorre mis venas con sus palabras, pero ella alza una mano y me mira, quitándose las gafas y dejándome ver sus ojeras, sus ojos rojos y, en definitiva, el resultado de mis desplantes todos estos días.

—No se merecía esto, Álex. Intenté evitar por todos los medios llegar a este punto, pero no puedo mentirle. Te prometo que hablaré con él para que entienda que tú también has sufrido la muerte de Sandro y no debe odiarte. Estoy segura de que no lo hace, en realidad, te quiere demasiado como para llegar a odiarte.

—¿Y tú? —pregunto en un susurro—. ¿Me odias?

Eli niega con la cabeza y sus ojos se cargan de lágrimas que no deja caer.

—Llevo más de una semana intentando dormir, intentando sonreír para mi hijo, intentando hacer otra vez el papel de padre y madre para que él no eche de menos una presencia masculina. Un padre. A ti. No puedes venir aquí como si nada hubiera pasado y preguntarme si te he echado de menos, Álex, no es justo.

—Lo siento, yo solo quería...

—Da igual lo que tú quieras —dice limpiándose las mejillas a toda prisa y

mirando al coche. Cuando se da cuenta de que Óscar nos observa desde la distancia toma aire y corta en seco sus lágrimas, o al menos consigue que no caigan más—. Ya da igual lo que queramos tú y yo. Ahora solo importa lo que quiere Óscar; lo que necesita y lo que tengo que darle para que supere esta ruptura.

—Eli, por favor, dame la oportunidad de explicarte todo lo que ha ocurrido.

—No hace falta. Tu padre ya me contó esa teoría tuya acerca de alejarte para que no tengamos que exponernos a sufrir tu muerte un día de estos. —Se ríe con sarcasmo y se encoge de hombros—. Me parece una mierda de teoría, pero bueno, para ti debe ser importante, porque no te costó demasiado darnos la patada.

—No, no es así, yo te quiero Eli. Os quiero a los dos.

—Álex, por favor...

—Perdóname, Elizabeth. Te juro que tenía pensado hablar contigo de otra forma, hacer las cosas bien, pedirte perdón y suplicarte que vuelvas conmigo, pero quería veros y pensé que podría venir y miraros en la distancia. Suena muy mal, como si fuera un perverso, pero no es eso. Es que..., verás..., joder, rubia. —Me pongo nervioso y me paso la mano por el pelo, intentando no temblar ni hiperventilar—. Dime que tengo alguna posibilidad contigo. Que hay una esperanza, aunque sea mínima, de que volvamos a ser una familia.

Ella niega con la cabeza y da un paso atrás mientras mira al cielo, intentando controlar esas jodidas lágrimas que odio a muerte, solo porque soy yo el que las provoca.

—Me costó un mundo confiar en ti, Álex, tú lo sabes. Era reticente porque tenía un hijo maravilloso que ya sufre siendo el rarito de clase, sin tener amigos y sin padre. Solo quería que tuviera una vida estable y tranquila, pero desde que tú y yo decidimos embarcarnos en esta relación él ha pasado por un sinfín de emociones y altibajos que no merece. Ha sido muy feliz, pero ha visto cómo perdía todo lo que había soñado siempre. ¿Sabes cuántas veces ha llorado en esta semana porque no podía verte? —Siento la rabia que tiñe su tono—. Te odié cada minuto que mi hijo pasó llorando, aunque no fuera un odio real. Entiendo que estés dolido, quiero ser comprensiva contigo, pensar que no eres un completo cabrón y que, a tu retorcida manera, nos quieres, eso no lo dudo, pero ya no confío en ti. No puedo estar segura de que, cuando te venga otro revés, no vas a darnos una nueva patada, y si solo se tratara de mí incluso me lo pensaría, porque te quiero tanto que me consumo cada maldito día desde que no te tengo, pero está Óscar. Él... —Su voz tiembla y vuelve a coger aire con fuerza—. Él es un crío extraordinario que no se merece pasar por más situaciones como esta. Mi deber es hacer feliz a mi hijo por encima de todo, incluso de nosotros, Álex, y espero que lo entiendas.

—Yo podría haceros felices —murmuro sin convicción—. Lo logré una vez, ¿no?

—Sí, lo lograste. Emocionalmente nos llevaste a un paraíso y cuando estábamos allí, disfrutando del mar, de tus besos, de tus abrazos y de tu amor, te largaste en un yate y nos dejaste en medio del agua, sin salvavidas y con el corazón roto. Llámame

egoísta, pero no voy a pasar por eso de nuevo, y mucho menos voy a someter a mi hijo a algo así.

—No voy a correr más —digo a la desesperada—. Jamás os voy a abandonar de nuevo, te lo juro.

—No te creo.

—¿Y si te lo demuestro?

Ella se ríe sarcástica, se relame los labios y niega con la cabeza.

—No puedes.

—Sí, sí, puedo prometerte que voy en serio, que jamás me echaré atrás y que puedes confiar en mí. Puedo hacer que confíes en mí de nuevo, Eli. Dame una oportunidad para intentarlo.

—Álex...

—Tú no tienes que hacer nada, solo tienes que permitir que yo intente ganarme tu confianza de nuevo. No meteré a Óscar, te lo juro. Él vivirá alejado de mí, no vendré a verlo si no me lo permites, ni lo llamaré, ni siquiera estaré en las barbacoas y fiestas familiares para que vosotros podáis estar tranquilos.

—Es tu familia.

—Y la tuya, y tú te la mereces más que yo en estos momentos, así que... ¿Qué me dices?

—Álex...

—Solo dime que no vas a cerrar la puerta del todo; que la dejas encajada para que pueda intentar colarme. Si después de mis intentos sigues pensando lo mismo, puedes cerrarla sin contemplaciones y lo respetaré. Venga, cariño, joder.

Ella resopla y se vuelve a poner las gafas de sol antes de hablar.

—No detendré tus intentos de reconquista, pero tampoco te haré caso. No te responderé el teléfono ni por llamadas, ni por mensajes; no iré a ninguna cita contigo y, desde luego, no permitiré que vengas a casa.

—Vale. ¿Y al trabajo?

—Ni lo sueñes.

—Vale.

—Eso te deja sin huecos por los que colarte, Álex —dice sin creerse que acate sus normas de tan buena gana.

Sonrío, intentando parecer esperanzador y no un puto fracasado, y me encojo de hombros mientras me meto las manos en los bolsillos del abrigo y la miro.

—Soy bombero, rubia. Encontrar huecos por los que colarme es mi especialidad.

Le guiño un ojo con una seguridad que no tengo y me alejo sintiendo miedo, adrenalina, nervios y, sobre todo, esperanza. Pequeña, diminuta, casi invisible, pero ahí está, devolviéndome las fuerzas que necesito para conseguir que ella quiera volver conmigo.

Eli

Llego a casa con Óscar, le doy de comer, le baño y le pongo el pijama, porque hoy ya no saldremos más. Verlo tan callado y taciturno me duele y me hace sentir culpable. Más aún, quiero decir.

No era un buen día para que se encontrara con Álex, teniendo en cuenta que fue antes de ayer, cuando me di cuenta de que él nos había dejado, cuando hablé con mi hijo. No han pasado ni cuarenta y ocho horas, aún tiene un montón de preguntas sin responder y verlo en la puerta del colegio solo hace que se sienta más confundido.

Y por otro lado, no soy capaz de culpar a Álex. No después de ver tanto dolor en sus ojos. Sé que no lo está pasando bien, igual que sé que nos quiere. El problema no es que dude de su amor, como siempre pensé que pasaría. No, el problema es que su inmadurez e incapacidad para aceptar la muerte de Sandro, junto con esa absurda teoría, han hecho que acabemos así. Sabiendo cómo es, siempre imaginé que nuestros problemas llegarían por culpa de alguna otra mujer, o incluso de un hijo extraviado que hubiese tenido con otra, a pesar de saber que nunca se había acostado con ninguna sin condón. No sé, pensé que sus líos de faldas en el pasado nos acabarían dando más de un quebradero de cabeza, pero no. Que Álex fuera un mujeriego no quita que, cuando decidió dejar de serlo, se portó como un gran novio y padre. No sentí que me faltase al respeto nunca, o que echara de menos su vida pasada. De verdad, no sentí ese tipo de celos y hasta yo me sorprendía día a día, pensando que quizá sí que teníamos un gran futuro juntos.

Luego él me demostró que, cuando la cosa se pone fea, se cierra en banda y deja a todo el mundo fuera, y ahora me descubro pensando que habría sido más fácil lidiar con alguna tía de su pasado, porque al menos podría echarle la culpa al hombre que era antes, y no ahora, pero esto lo ha hecho el Álex del presente. El que juraba y perjuraba que nosotros éramos distintos al resto de parejas del mundo. Que nosotros éramos más. Y supongo que, de tanto aspirar a ser ese «más», nos olvidamos de que no somos especiales; solo un hombre y una mujer intentando encajar sus vidas con un niño en medio complicando la ecuación.

Me la jugué, salté al vacío y me metí de lleno en una relación con él, y fuimos felices, eso es innegable, pero cuando todo acabó de golpe, me sentí abandonada, incluso despreciada por su continua indiferencia. Sé que él estaba tirado en la cama día y noche, no estaba de fiesta, pero eso no me consuela. Y lo que más me duele es saber que mi hijo está sufriendo las consecuencias de todo esto.

¿Qué tipo de madre hace algo así? ¿Qué mujer mete a su hijo en algo tan serio como una relación sin cerciorarse antes de que merece la pena? Me carcome darme

cuenta de que yo soy tan culpable del sufrimiento de Óscar como el propio Álex. Yo permití que todo esto pasara, dejé que le adorara hasta el punto de convertirlo en su padre. Vi a mi hijo pasear por el colegio y gritar a esos niños que le insultan, le roban el bocata y se ríen de él, que tenía un padre. Estaba orgulloso de Álex y de todo lo que le daba su presencia. Se sentía más seguro de sí mismo, más confiado, más... feliz. Era feliz, aunque su vida no fuera perfecta. Ahora creo que piensa que no tiene nada que le haga sonreír de verdad, ni en el cole, ni en casa. Empiezo a pensar que, después de que Álex entrara en su vida y saliera de esa forma, no voy a poder convencerlo de que soy su padre y su madre, otra vez. No voy a ser suficiente para colmar todas sus necesidades y eso me agobia hasta el punto de querer llorar cada vez que lo pienso.

—¿Podemos llamar a Junior por Facetime? —pregunta cuando se sienta en el sofá con un libro de recetas que le compré esta mañana al salir del trabajo.

—Estará en el cole, cariño. En los Ángeles es muy temprano.

—Oh, está bien.

Frunce el ceño y mira abajo, a su libro, sin discutir, ni armar jaleo, ni protestar, demostrándome que es un niño fuera de lo común. A veces, ver la forma en que acepta las negativas me enerva, no por él, sino porque creo que ese carácter amable y empático le va a dar muchos problemas en el futuro y no quiero ni pensar que llegue a ser un hombre que se pasa la vida sufriendo por anteponer las necesidades de los demás a las suyas propias siempre.

—¿Sabes qué? Podemos llamar a Tina, que estará en casa con la bebé, y así hablas con Samu. Puede que Candice, Elizabeth y Lola también estén con ellos. ¿Qué me dices?

Óscar sonríe y asiente mientras yo me siento en el sofá, marco el número de Tina y deseo que esté de verdad con los críos Acosta, porque mi hijo necesita algo que le alegre y creo que, en estos momentos, ellos son los únicos capaces de conseguirlo.

Por suerte me contesta de inmediato y, en cuanto le pregunto si los chicos pueden hablar por Facetime, acepta. Eso sí, como está dando el pecho a la pequeña que parió hace apenas unos días, me pide unos minutos para poder avisar a las niñas de Fran y que mi hijo pueda hablar con todos. Cuelgo y miro a Óscar, que hace una mueca con la boca, seguramente pensando que no hablará con ellos, pero sin protestar.

—En cuanto acabe de dar el pecho a la hermanita de Samu avisará a las chicas y así podrás hablar con todos ellos.

Mi hijo sonríe y asiente de inmediato, me da un beso y se pone a leer su libro mientras yo siento que el corazón se me aligera un poquito; solo un poquito. El teléfono suena, por fin, varios minutos después y, en cuanto descuelgo y conecto vía Facetime, veo la carita morena de Samuel, junto a sus primas, que se empujan para poder salir en cámara.

—Hola, cariño —saludo—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te va con la hermanita nueva?

—Es una muñeca chillona —dice con el ceño fruncido.

—¡Samu! —exclama su madre fuera de cámara antes de echarse a reír—. No te pases, colega, esa muñeca chillona va a ser tu compañera de vida hasta que tengas, mínimo, dieciocho.

—Puffff —contesta Samuel con cara de resignación haciéndome reír.

No quiero pensar que, hasta hace solo unos días, yo soñaba con darle a Óscar una hermana o un hermano en un futuro. Incluso se lo dejé caer a Álex, que también me dejó caer que a él no le importaría tener más hijos. Dios, parece que haya pasado un siglo...

—Mamá, ¿puedo hablar con ellos? —pregunta Óscar a mi lado.

Le miro y me doy cuenta de que me he quedado estática frente a la pantalla de mi móvil. Carraspeo y sonrío, pasándole el teléfono a mi hijo y besando su cabeza antes de levantarme.

—Voy a darme una ducha y así os dejo intimidad —susurro.

Él no me hace caso, ya está hablando a gritos mientras del otro lado de la línea se oyen las voces entremezcladas de todos los primos. Me meto en el baño, me desnudo y entro en la ducha pensando que tener a los Acosta cerca lo haría todo más fácil. Óscar podría jugar con ellos en persona, no solo conversar a través de una pantalla. No se sentiría tan solo, ni tan triste, y yo podría... bueno, no sé, podría mirarlo sonreír y con eso sería feliz, porque para mí no hay nada que supere la sensación que me produce saber que mi hijo está contento y tiene, como mínimo, mil motivos diarios para reír a carcajadas.

El agua caliente cae sobre mí y aprovecho el vapor, la soledad y el ruido de la ducha para llorar sin inhibiciones. Necesito soltar lastre, sé que no puedo pasarme la vida así, pero estos ratitos son los únicos en los que de verdad puedo desahogarme, si no contamos las noches, cuando Óscar por fin se ha dormido y yo me meto en mi cama para hacer lo mismo que hago ahora: llorar. Solo porque necesito vaciarme de sentimientos que me hacen daño; porque estoy segura de que voy a volver a llenarme de ellos en cuanto me vista, pero al menos, durante unos minutos, me sentiré relajada y, sobre todo, desahogada. Soltaré el nudo constante que tengo en la garganta y aflojaré mis nervios mientras pienso en lo guapo que estaba Álex hoy, en la forma en que me ha prometido que intentará colarse por cualquier resquicio y ganarse mi confianza otra vez, en sus promesas. Esas que ya faltó una vez, sí. ¿Cómo voy a confiar en él? ¿Cómo voy a vivir sabiendo que en cualquier momento puede ocurrirle lo mismo a otro compañero y él volverá a dejarnos? Álex promete querernos y eso lo cumple, claro, pero a la hora de, simplemente, quedarse, falla. No tiene un plan de futuro firme, por Dios, ni siquiera hablábamos de ello. Él dormía aquí cada noche, sí, pero no era algo concertado, simplemente empezó a ocurrir y ninguno de los dos habló sobre el tema. Todos daban por hecho que vivía conmigo, pero, en realidad, creo que nosotros no considerábamos eso. Después de todo, él nunca trajo todas sus cosas aquí, ni sus zapatos, ni siquiera sus cosas de aseo, porque siempre se apañaba con lo mío, un desodorante y un perfume suyo, que tenía en el coche y llevaba a todas

partes. El coche también seguía poniéndolo a punto en casa de su padre, donde dispone de todas las herramientas necesarias y... en definitiva, dormía conmigo, pero no vivía conmigo. Supongo que se cubría las espaldas por si acababa sucediendo esto, pero ahora me siento tonta, porque yo pensé que, en algún momento, hablaríamos del tema y lo haríamos oficial. Después de todo, asumió ser el padre de Óscar, así que, ¿por qué no iba a querer vivir con nosotros de forma permanente?

Dios, cómo me alegro de no habérselo pedido, porque no quiero ni pensar cómo me habría sentido después de que ocurriera todo esto, recordando que fui yo la que le instó a quedarse conmigo. Al menos ahora tengo ese consuelo, yo no le obligué a nada y jamás le exigí más de lo que me exigí a mí misma. Respeto, amor y confianza. Era todo lo que quería y, al morir Sandro, ha fallado en dos de tres. ¿Y de qué sirve el amor sin bases como el respeto por tu pareja y la confianza plena? De nada. No sirve de nada.

Me enjuago el pelo y me obligo a calmarme. Mi tiempo de relajación ha acabado, porque tengo que serenarme para que mi nariz y mis ojos dejen de estar rojos y Óscar no se dé cuenta de que he estado llorando.

Me pongo el pijama y salgo hacia el salón, pensando que mi hijo todavía estará hablando con los Acosta, pero se ve que ha acabado, porque está acurrucado en el sofá mirando un programa de cocina que dan a media tarde.

—¿Ya no hablas más con los chicos?

—Acabo de colgar. —Óscar me mira de reojo y, cuando me siento en el sofá, se me abraza de improviso y me besa la mejilla con tanta ternura que siento ganas de llorar de nuevo—. ¿Estás bien, mami?

—Sí, cariño, ¿por? —pregunto con voz temblorosa.

—¿No te pone triste que Álex haya venido al cole?

Suspiro y sonrío, pensando que mi hijo no tendrá problemas de comunicación con la mujer de la que se enamore en un futuro. No por su parte, al menos, porque no he visto a nadie tan predisposto a hablar de todo lo que le carcome como él, y no te imaginas lo orgullosa que me siento.

—Un poco —admito—. Es difícil verle, porque aún le echamos de menos, ¿verdad? —Él asiente y yo lo subo en mi regazo y lo abrazo con fuerza—. No pasa nada, estar triste no es malo.

—Ni llorar tampoco, ¿verdad?

—Verdad. Llorar cuando te apetece tampoco es malo. ¿Quieres llorar? —pregunto con suavidad.

Él se lo piensa un momento antes de asentir y sollozar enterrando la cara en mi cuello. Yo intento por todos los medios no imitarle, porque una cosa es inculcarle que puede llorar siempre que le apetezca y no es menos hombre por ello, y otra que vea cómo me derrumbo constantemente. Tiene que sentir que soy su pilar, su apoyo, así que me quedo aquí, abrazándole y sosteniéndole mientras él me dice lo mucho que echa de menos a Álex.

—Yo sí le quiero, mamá. No le odio, pero le dije que le odiaba.

—No pasa nada, cariño. Álex sabe que, en realidad, le quieres mucho.

—Es que estoy enfadado y triste, por eso dije todas esas cosas feas.

—Lo sé, mi vida, lo sé.

Óscar sorbe por la nariz, hipa y me mira con esos preciosos ojos azules rodeados de pecas que tanto me enamoran.

—Ojalá Álex quisiera volver a casa, mami. Ojalá él quisiera ser mi papá de nuevo para que ya no estemos tristes.

Le miro pensando, no por primera vez, lo difícil que es esto de la maternidad. Yo he criado a Óscar intentando no mentirle, tratarle como a un igual, conociendo y respetando sus límites y haciendo que confíe en mí tanto como yo en él, pero, ¿cómo le explico ahora que Álex quiere volver y soy yo la que no confía en él? Después de todo es un niño, por Dios, no va a comprenderlo, así que me limito a acariciar sus mejillas para limpiar el surco de lágrimas y suspiro con ternura cuando veo cómo se inclina hacia mis manos, buscando mi contacto.

—La vida da muchas vueltas, cariño. Yo estoy segura de que Álex te quiere con locura y, algún día, podréis ser amigos de nuevo. Cuando tú estés listo para reconciliarte con él, solo tienes que decírmelo y le llamaremos, o iremos a verle.

—¿Y volverá a casa? —pregunta esperanzado, demostrándome que, por muy duro que se haya puesto frente a él, sigue anhelando que vuelva a quererlo y forme parte de esta pequeña familia.

—No lo sé... —admito—. Puede, pero ahora mismo no sé decirte si va a volver o no. Es todo muy complicado, Óscar.

—Lo entiendo, mami, sé que las cosas de adultos son difíciles. —Asiento y él sigue—. Si te pide perdón y tú sientes que puedes perdonarle y quererle otra vez, y si quieres que vuelva a casa, a mí no me importa, mamá. Solo te lo digo para que lo sepas, ¿vale? Si él un día te dice que ya me quiere otra vez, a mí no me importaría que volviera...

—Cariño, Álex no va a decirme que te quiere otra vez. Va a decirme que siempre te ha querido, porque es así. Que estos días se haya portado un poco mal no significa que su amor por nosotros ya no exista. El amor no se va en un día, ni en dos. ¿O acaso tú no sigues queriéndome incluso cuando te enfadas conmigo?

—Sí, pero es distinto.

—¿Por qué?

—Porque yo sé que tú nunca te irías, por mucho que yo me enfadara contigo o que tú te pusieras triste. No te irías y él se fue.

Ahí está, la lógica aplastante de los niños. Una demostración más de que son pequeños, pero no tontos. Solo necesitan una mínima explicación para entender las cosas y, además, hacer sus propias conclusiones. Aun así, intento que Óscar no se quede con la idea de que Álex se fue, porque es cierto que lo hizo, pero no quiero que lo malo que hizo gane a lo bueno, que fue mucho. No sé si voy a volver con él, eso es

verdad, porque no confío en que, a la mínima de cambio, vuelva a hacernos daño, pero no voy a inculcar a mi hijo ideas de distanciamiento, porque no se lo merecen ni Óscar, ni el propio Álex.

Tengo que mantenerlos alejados como padre e hijo, sí, porque no quiero que Álex vuelva a dañarle a ese nivel, pero tampoco voy a permitir que lleguen a distanciarse y convertirse en desconocidos. No soy una mala persona y sé que todavía se necesitan.

Supongo que, en algún momento, estaremos listos para ser amigos y olvidar que, un día, soñamos con ser una familia y tener una vida en la que no faltasen los besos, los abrazos, las muestras de amor y, sobre todo, la seguridad de saber que estábamos, por fin, completos.

Un día, cuando nos levantemos, la ausencia de Álex ya no dolerá, o eso espero. Entraré en mi cocina por las mañanas y no recordaré la sonrisa que evocaba cuando le veía rebuscar chucherías en los armarios, o lo guapo que estaba sin camiseta, con los ojos soñolientos y preparando el desayuno para todos. Me meteré en mi cama y no sentiré que es tan enorme como el océano desde que él no está. Cerraré los ojos y no recordaré cómo era sentir cada caricia suya. Dejaré de sentir que me ahogo sin oír todas esas cosas que solía susurrar en mi oído. Dejaré de cerrar los ojos para verle leyendo cuentos a mi hijo, bañándolo, haciéndolo reír y diciéndole que lo quiere cada día, como mínimo, una vez.

Un día mirar a Álex no dolerá como si me arrancaran una extremidad. Solo sonreiré, le saludaré y me sentiré en paz sabiendo que hice lo correcto al mantener nuestra relación en un nivel amistoso.

Un día, quizá, conseguiré creer que todo esto sucederá y sonreiré, llena de esperanza, pero ese día no es hoy y dudo mucho que esté cerca de llegar.

Estoy sentado en el sofá de casa con toda la familia a mi alrededor. Bueno, toda la familia y Einar, que también está aquí. Mi padre me ha recibido con mala cara, recriminándome que me haya ido de la lengua con lo de la viagra, pero, cuando ha visto que no estoy de humor, ha bajado el tono. Le he pedido perdón, le he asegurado que ha sido una confusión y él me ha dicho que, en realidad, tarde o temprano tenía que contárselo. Bueno, me ha dicho eso y que la viagra ya no le hace falta, información que, por descontado, yo no quería, pero ya sabemos que, cuando Javier León tiene algo que decir...

El caso es que ahora estamos aquí, cenando *pizza* mientras yo pienso en cómo estarán Eli y Óscar, y en el salón de casa todos piensan en mí y por mí. Empiezo a arrepentirme de haberlos llamado, pero es que, después de darle muchas vueltas toda la tarde, he llegado a la conclusión de que no voy a poder hacer esto solo y mi familia será muchas cosas, pero ante todo se caracteriza por hacer lo que sea necesario por cualquiera que necesite ayuda, sobre todo cuando esa persona es de nuestra familia, así que intento pensar que todo esto saldrá bien. Claro que, teniendo en cuenta los primeros comentarios que recibo, empiezo a dudar un poco.

—Entonces, a ver que yo me entere —dice Marco—. Te da una mínima posibilidad de reconquistarla, pero no puedes llamarla, ni escribirle, ni ir a su casa, ni a las barbacoas en las que ella vaya a estar.

—Ni a su trabajo —le recuerdo.

—Ya. Pues siento ser yo quien te lo diga, pero estás jodido.

—Bueno, a ver, vamos a ser positivos —dice Javier—. No se ha negado en rotundo.

—Se ha negado, solo que de manera fina —dice Julieta—. Vamos, que lo ha hecho para que la dejaras en paz.

—No, conozco bien a Eli —sigue Esme—. Está tan dolida que no quiere ni pensar en perdonarte, Álex, pero te quiere tanto que no es capaz de cerrarte la puerta del todo.

—Y eso es bueno, ¿no?

—Sí, joder, claro que sí, hijo, que pareces tonto —dice Julieta—. Entonces, la cosa es conquistarla desde la distancia y sin verla. —Suspira y niega con la cabeza—. Ahora mismo solo se me ocurren señales de humo...

—Y luego el tonto soy yo —digo negando con la cabeza—. A ver, tengo que conquistarla sin verla, comunicarme o acercarme a ella, ¿no? Pues tendré que buscar otros medios.

—¿Otros medios? —pregunta Nate.

—Sí, creedme, no estoy muy contento con esto, pero creo que no me queda otra

opción. Para recuperarla, necesito activar la colaboración familiar.

—¿Qué significa eso? —pregunta Esme.

Yo sonrío, intentando sonar optimista, y les cuento mi plan mientras ellos murmuran, protestan, se ríen y me dicen que estoy loco. Me cuesta un poco hacer que comprendan lo que quiero, pero cuando por fin lo consigo, creo que todos están de acuerdo conmigo en que esta es la única manera de hacer que esto salga bien. Si después de todo no funciona y Eli no quiere saber nada de mí, me tocará asumir que es hora de vivir sin ella, aunque la sola idea haga que sienta ganas de meterme en la cama y no salir jamás.

—Esto va a ser increíble —dice Esme—. Que se prepare Eli para lo que se le viene encima.

—¡Clan vikingo ataca de nuevo! —grita Einar.

—Perdona, pero si tenemos que ser un clan, no vamos a ser el clan vikingo —dice Diego.

—¿Por qué no?

—¡Porque tú eres el único vikingo aquí! Tenemos que ponernos un nombre de guerra que nos incluya a todos.

—¡Clan Tim Burton! —exclama Julieta.

—Ya tardaba... —murmura Marco—. No puede ser ese clan, porque solo te representa a ti.

—De eso nada.

—De eso todo.

—Puede ser «Clan internacional» sin más —dice Sara—. En esta familia otra cosa no, pero nacionalidades tenemos unas cuantas entre unos y otros.

—Pues a mí me gusta más «Clan León» —dice Amelia.

Diego, Nate, Einar y Marco protestan y dicen que no, porque eso no los incluye a ellos. Mi padre se mete y dice que el León es un buen símbolo de guerra y yo estoy aquí, viéndolos pelearse y pensando que este plan no saldrá bien ni de coña.

—Tú no te preocupes, Álex —susurra Julieta acercándose y pasando de la discusión general, que se está poniendo intensa de más, me parece a mí—. A esa chica la tienes aquí de vuelta y, si me apuras, preñada, antes de que acabe el año.

—Estamos en diciembre, Julieta —digo riéndome con sequedad.

—Sí, es verdad. —Frunce los labios y palmea mi rodilla mientras sonrío—. Vas a tener que meterte un petardo en el culo para llevar a cabo este plan, hermanito.

Bufo y pienso que, mal que me pese, tiene toda la razón del mundo. Me fijo de nuevo en mi familia, que a estas alturas se está peleando porque alguien ha propuesto ser el sargento Queso, no sé a santo de qué, y pienso que esto, un plan disparatado y un puñado de esperanzas pendientes son todo lo que tengo para recuperar a la mujer de mi vida.

Suspiro con pesar y me doy cuenta de que estoy muy muy muy jodido.

Eli

Han pasado seis días desde que vi a Álex en la puerta del colegio. No he sabido nada de él por ningún medio y, aunque fui un rato a la comida que organizaron el otro día en casa de Javier y él no estaba, preferí no tentar a la suerte y me fui en cuanto comimos. De hecho, si asistí fue porque Óscar tenía ganas de verlos a todos. En estos días, a casa solo ha venido Esme, que no ha nombrado a su hermano ni una vez.

Lo agradezco, en serio, pero..., no sé, es como si todos hubiesen decidido olvidar que, una vez, él y yo estuvimos juntos. Es más, es como si hubiesen decidido olvidar que yo conozco a Álex, y entiendo los motivos, pero sería una hipócrita si no reconociera que, el día que fui a comer a casa de Javier, no dejé de preguntarme ni un instante dónde estaría, y si ya habría retomado las costumbres de acostarse con unas y otras.

O quizá no, claro, quizá esta vez sí que ha optado por aliviar sus penas con Adriana, y está en todo su derecho, porque no estamos juntos, así que no debería sentirme indignada cuando lo pienso, pero el caso es que me siento así, no lo puedo evitar. Una parte de mí —muy insana— todavía siente que Álex es nuestro; que pertenece a mi vida y la de mi hijo, y me siento ofendida solo por imaginarlo con otra. Eso ya da una muestra de lo enganchada que aún estoy a él, pero bueno, han pasado seis días, no iba a olvidarlo en ese tiempo, está claro.

Tampoco Óscar lo hace. De hecho, estoy convencida de que en cualquier momento va a pedirme que le lleve a verlo. Lo sé porque, esta semana, a pesar de haber seguido enfadado con Álex, he notado cómo su dolor iba menguando y era sustituido por la esperanza. De pronto, empezó a intentar justificar que se fuera, un día me dijo que quizá Álex se fue porque no quería que lo viéramos triste, otro me comentó así, de pasada, que a lo mejor es que se pensaba que a nosotros nos iba a molestar que llorara, porque quizá a él no le han enseñado que llorar no es malo. Sonreí y le di la razón, solo porque me gusta ver que intenta consolarse de alguna forma. Sé que él adorará a Álex siempre y, ahora que sabe lo que es tenerlo como padre, también ansiará esa parte, pero la opción para evitar todo esto es alejarlo de la familia al completo y no creo que sea la solución. Óscar tendrá que aprender a vivir con los León y derivados entendiendo que Álex no es más que un amigo. Y yo, de paso, también debería aplicarme el cuento.

Dejo de pensar en ello, porque estoy cansada de mí misma y de pasarme las veinticuatro horas del día dándole vueltas y más vueltas a lo mismo.

El teléfono suena y lo agradezco, porque me ayudará a distraerme. Es Esme, que me pregunta si quiero salir a cenar con Nate y con ella. Acepto de inmediato, creo

que salir nos vendrá bien y tengo ganas de ver al pequeño Noah, aunque solo haga unos días que no lo achucho. Quedamos a las ocho y media en Corleone, el restaurante de los padres de Diego y, cuando se lo digo a Óscar, salta de alegría, porque sabe que es muy probable que Marco, Diego, o alguno de los camareros, a los que ya conocemos, lo cuelen en la cocina un rato para que vea cómo trabajan.

Llegamos justo cuando vemos a Esme y Nate aparcando frente al restaurante, así que nos acercamos a ellos y me ofrezco a coger a Noah mientras cogen sus cosas del maletero.

—Ven aquí, pequeño seductor.

—No lo llares así o cuando tenga cinco años no vamos a poder soportar su ego —dice Nate sonriendo.

—Es un León, el ego viene de serie —comenta Esme riéndose.

—¿Qué ha pasado con su primer apellido? —pregunta su chico con socarronería—. ¿Ha dejado de ser un Morgan de pronto?

Esme pone los ojos en blanco y le saca la lengua justo antes de que él tire de su abrigo y bese su nariz de una forma adorable. Tan adorable que siento que algo me arde, porque, no hace tanto, yo tenía a alguien que me besaba en la nariz. Alguien a quien me encantaba abrazar mientras bromeábamos de cosas tan tontas como estas.

Suspiro y aguanto el tipo como puedo mientras me dirijo con los dos niños hacia el restaurante y dejo a los tortolitos haciéndose carantoñas. De verdad, como si no fueran empalagosos de serie, solo nos faltaba tenerlos comprometidos. Es como tragarse un terrón de azúcar relleno de un terrón de azúcar, relleno de un terrón de azúcar, relleno de... Creo que se entiende el concepto.

Entramos en el restaurante y saludamos a Marco, que justo está acabando de tomar el pedido a una pareja.

—¡Hola, colega! —le dice a Óscar mientras se agacha y le da un pequeño abrazo.

Sonrío porque en Marco ese es un gran gesto, dado que no le apasiona el contacto físico con la gente que no es de su confianza, pero sé bien lo mucho que quiere a Óscar, así que no me extraña.

—¡Hola, Marco! Venimos a comer *pizza*. ¿Hay mesa para nosotros?

—Para la familia siempre tenemos sitio —dice mirándome y sonriendo antes de besarme la mejilla—. Hola, rubia. Estás muy guapa.

Que el apelativo de «rubia» haga que se me forme un nudo en la garganta solo es una muestra más de lo jodida que aún estoy.

¿Mencionará Esme hoy a su hermano? ¿Sabré algo de él? Dios, ojalá que sí, aunque no debería desearlo, pero es que necesito saber algo, lo que sea.

—Es que Noah favorece a cualquiera —digo sonriendo.

—Cierto. Hola, coleguita —dice haciéndole cosquillas a Noah en el cuello y arrancándole varias carcajadas—. Mi chico risueño... —dice con un tono amoroso

que me hace babear.

Le miro y pienso, otra vez, que este chico será un bajabragas de categoría el día de mañana. Qué demonios, ya lo es. Que sí, que pensarás que decir eso solo por el tono que usa hablándole a los bebés es exagerado, pero sé lo que me digo. Marco superará a Álex en cuestiones de rollos esporádicos, no me cabe ninguna duda. Él nos señala la esquina que solemos coger cuando venimos con la familia, ajeno a mis pensamientos, y nos pregunta si queremos algo de beber mientras esperamos al resto.

—Oh, solo vendrán Esme y Nate, que se han quedado fuera recogiendo las cosas de Noah.

—Y dándose besos —dice Óscar—. Un montón de besos. Algunos con lengua y todo.

Marco suelta una carcajada, nos toma nota de las bebidas y se marcha para traérnoslas. Nosotros nos sentamos y, cuando Esme y Nate llegan, pedimos la cena.

—¿Cómo fue el día en el despacho? —pregunto a Esme.

—Horrible. Si no fuera por lo mucho que me gusta mi trabajo, lo dejaría. Tengo reducción de jornada pero, aun así, echo mucho de menos a Noah.

—Bueno, al menos te queda la seguridad de saber que está bien cuidado.

—Ya, eso sí... —Suspira y mira a su hijo, que sigue en mi regazo entretenido con una servilleta de papel—. Qué bien te queda —dice mi amiga sonriendo—. Me hubiese gustado verte con Óscar de bebé.

—Bueno, no estaba tan serena como ahora, ni tan segura de lo que hacía —contesto riéndome—. Fue difícil... —susurro.

Ella asiente mirándome y Nate hace una mueca con la boca y estira una mano por encima de la mesa.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —digo de inmediato, centrándome en Óscar, pero él está ocupado mirando hacia la puerta de la cocina y, seguramente, pensando cuándo podrá colarse dentro.

Nate no dice nada más y yo lo agradezco en silencio. La cena llega y comenzamos a comer hablando de los trabajos, los niños y que Victoria ya camina. Ha sido muy rápida, teniendo en cuenta que cumple el año en febrero, pero supongo que ha salido con el genio de mamá y está como loca por descubrir el mundo. Estoy segura de que Emily le seguirá ya mismo y entonces..., que se preparen, que empezará la fiesta de verdad.

La *pizza* está buenísima, Esme nombra a su padre y a Sara, a Amelia, a Diego, incluso a Einar, pero no dice ni pío de Álex y, cuando acabamos de cenar, estoy empezando a plantearme muy en serio la posibilidad de preguntar. Marco viene para llevar a Óscar a la cocina, por fin, y yo siento que el cielo se abre. No voy a preguntar nada comprometido, solo quiero saber cómo está.

Bueno, vale, quiero saber más que eso, pero como no quiero ser demasiado descarada, voy a empezar por ahí.

—Oh, casi se me olvida —dice Marco volviéndose—. Diego me ha dejado algo para ti en el despacho. ¿Puedes ir allí y ahora voy yo? Dejo a Óscar con alguien en la cocina y te sigo.

—¿Para mí? ¿Qué es?

—No sé, algo que le dio Julieta o... Mira, la verdad es que cuando mi tío habla suelo desconectar, así que no me preguntes mucho.

Me río y me levanto, pensando qué será lo que se han dejado aquí para mí. Entro en el despacho y, cuando veo las paredes empapeladas con fotos de Álex y mías me quedo en *shock*. Ni siquiera soy capaz de pensar algo coherente, solo sé que la pared apenas se ve de tantas fotos como hay colgadas, no solo románticas, sino nuestras riendo simplemente, abrazando a Óscar, con botellines de cerveza en barbacoas, haciendo el tonto, poniendo caras feas, besándonos, abrazándonos, tumbados en el sofá. Dios, hay tantas y me traen tantos recuerdos...

Marco entra con un portátil en las manos y me lo entrega mientras me sonrío con dulzura.

—Si quieres entender algo, dale al *play*. Si no quieres saber nada, deja el portátil en la mesa y sal, nadie te obliga a estar aquí, ¿de acuerdo? —Asiento temblorosa y mirándolo de hito en hito.

Cuando cierra la puerta suavemente al salir, me quedo unos segundos sin moverme del sitio, congelada con el ordenador en las manos y rodeada de un millón de escenas que me recuerdan lo especial que fue nuestra relación y mi vida hasta no hace tanto.

No sé si estoy lista para verle, porque está claro que voy a verle, aunque sea en video. Y quiero reír, porque el muy cabrón ha encontrado la forma de obedecer mis normas: nada de llamarme, nada de escribirme, nada de venir a casa, ni al trabajo, ni al colegio. Nada de aparecer en las barbacoas familiares si yo voy, aunque la familia sea suya, pero nadie dijo nada de empapelar un jodido despacho y grabarse en video haciendo a saber qué.

Me siento en uno de los sillones, coloco el ordenador sobre mis piernas y le doy a una tecla para reactivarlo. El reproductor está en pantalla completa, así que, como ha dicho Marco, solo tengo que darle al *play*. La opción de no verlo, sinceramente, ni siquiera entra en mis planes, así que cojo aire y pulso la dichosa tecla para que todo esto empiece y acabe de una vez.

—Hola, supongo que te sorprende verme, ¿eh? —Frunzo el ceño mirando a Amelia en la pantalla. Ella en cambio sonrío y se encoge de hombros—. Te prometí que no tendrías que verme, ni hablar conmigo, pero conseguiría colarme por algún resquicio. Hoy ese resquicio se llama Amelia, que me presta su cuerpo y su voz para decirte que te echo de menos como no te imaginas, rubia. Mi vida es una mierda desde que no puedo verte. Solo me entretiene hacer este tipo de cosas que, sinceramente, no sé si va a funcionar. —Amelia carraspea, baja la mirada y sé, porque lo sé, que está leyendo, lo que me hace reír al mismo tiempo que lloro, porque

no me esperaba esto por nada del mundo, sobre todo de esta forma tan... original—. Quiero que sepas que tengo un montón de coches en miniatura listos para regalarle a Óscar, si es que algún día consigo verlo de nuevo. Uno por cada diente caído, que ya vi el otro día que hay uno menos y no sabes cómo me jode habérmelo perdido. Eso es lo peor para mí, ¿sabes? extrañar los detalles a los que antes no prestaba atención, o no la que debía. La risa de él cuando le hacía cosquillas, la forma en que rozabas mi brazo cuando pasabas por mi lado, o cómo jugabas con las pulseras de hilo y cuero de mi muñeca cuando veíamos una peli. Echo de menos que me riñas por olvidarme de cerrar los botes de gel de baño y, sobre todo, la forma en que acababas riendo y besándome cuando yo ponía cara de bueno para que olvidaras por qué estabas molesta. Echo de menos besarte, hacerte el amor y, en definitiva, todo lo que sea estar contigo, tocarte o respirarte. ¿Y sabes lo que más echo de menos? Algo que me esforcé por provocar al principio y, al final, acabé estropeando de la peor manera posible; lo que más amo de ti: tu maldita sonrisa. —Amelia suspira y sonrío con dulzura—. De momento, no puedo decirte más. Bueno sí, que te quiero más que a mi vida, pero eso ya lo sabes, o espero que lo sepas, al menos. Cuidaos mucho, ¿vale? Y, si es posible, echadme de menos, aunque sea un poquito.

La pantalla vuelve a quedarse en negro y siento que necesito verlo otra vez, así que vuelvo a darle al *play*. No sé cómo ha conseguido Álex convencer a Amelia para hacer esto, pero sé que es la cosa más rara, original y preciosa, que ha hecho nadie por mí. Cuando el video acaba vuelvo a ponerlo una vez más, y otra, y en la quinta revisión me obligo a cerrar la tapa, porque no puedo quedarme aquí toda la noche, así que dejo el ordenador encima de la mesa y salgo. Al principio me pregunto si Esmé y Nate me dirán algo, porque es evidente que forman parte de este plan, pero ellos me preguntan si quiero postre, ignorando mi palidez, mis ojos rojos y mi respiración, aún irregular, porque me siento como si hubiese corrido veinte kilómetros en tiempo récord. Niego con la cabeza y, pasados unos minutos, recojo a Óscar de la cocina y salgo junto a mis amigos. Nos despedimos, nos vamos a casa, meto a mi hijo en la cama y me voy derecha a la mía para recordar una y otra vez el video mientras me pregunto si esto habrá sido algo puntual o hará algo más. Quizá debería escribirle... Me muero de ganas de hacerlo, pero, al final, cuando ya tengo el teléfono en la mano, pienso que no, porque quiero ver hasta dónde es capaz de llegar con todo esto.

Y conociendo a Alejandro León como lo conozco, miedo me da lo que esté pasando por esa cabecita suya.

Eli

Al día siguiente de toda esta locura, dejo a Óscar con la niñera sin querer pensar que hoy no lo recogerá Javier del cole, como hizo todo el tiempo que Álex y yo estuvimos juntos. Me subo en el coche, arranco y conduzco hacia la clínica, pero, a mitad de camino, más o menos, en un cruce, la policía me da el alto. Frunzo el ceño, porque no he hecho nada ilegal o fuera del reglamento y, además, cuando estaciono a un lado, me sorprende al darme cuenta de que uno de ellos es Diego.

—¿Todo bien? —pregunto cuando se acerca a mí.

—Sí, sí, le dije a mi compañero que parase aquí un segundo porque tenía que decirte algo.

—¿Y no podías llamarme?

—No, rubia, no podía. —Me mira a los ojos y se ríe, un poco nervioso. Eso, unido al apelativo de «rubia» me hace temerme lo peor. O lo mejor, según se mire—. Parece una locura, ¿no? He conseguido que el mismísimo poli, con toda su seriedad y hasta vestido de uniforme, hable por mí. —Abro la boca sorprendida porque, joder, si lo de Amelia ya fue fuerte, ver algo como esto en vivo y en directo es... No hay palabras. Es Álex, o sea, son sus palabras, estoy segura, y la sonrisa de Diego cada vez que dice una frase me lo confirma—. Solo quiero desearte un buen día en el trabajo. Trae muchos bebés al mundo, haz felices a todas esas mamás, papás y familiares y piensa que, aunque estemos separados, yo sigo soñando con que, un día, seas tú la que se tumbe en una camilla y traiga al mundo un bebé nuestro. Que agrandemos nuestra familia, demos un hermanito o una hermanita a Óscar y seamos todavía más felices de lo que ya lo éramos. Te quiero, preciosa. Pasa un buen día.

Diego me guiña un ojo, se aleja, sube en el lado del copiloto del coche de policía y se va mientras yo me quedo aquí con la boca abierta, los ojos empañados de lágrimas y unas ganas tremendas de conducir hasta la estación de bomberos, donde estará él ahora, y pedirle que vuelva conmigo. Necesito verlo, Dios, esto de «oírlo» pero no verlo está empezando a carcomerme.

Arranco de nuevo y voy hacia el trabajo intentando mantener la cabeza fría. No puedo dejarme convencer por lo que hizo Amelia, o lo que ha hecho Diego. Sí, vale, tiene muchísimo mérito haber convencido al poli de hacer algo así, pero eso no significa que tenga que olvidar la forma en que pasó de nosotros cuando Sandro murió, ¿no?

O sí.

Quizá es hora de que vaya pensando que las personas nos enfrentamos al dolor de distintas maneras y que, después de todo, él solo quería protegernos del martirio de

perderlo algún día. Lo hizo fatal, eso está claro, pero lo está intentando de una forma tan original que me resulta imposible no replantearme todo esto.

Me pregunto si habrá algo más...

Eli

Salgo del trabajo al día siguiente, cansada pero contenta, porque ha sido un turno de finales felices y eso siempre anima mucho. Puede parecer que es lo normal, pero te sorprendería saber la de veces que nos enfrentamos a la muerte, al *shock* de tener que informar que el bebé está enfermo, a miles de cosas que no querría hacer, ni vivir, nunca. Aun así, hoy no lo pienso, porque, como he dicho, ha sido un gran turno y estoy contenta. Entro en el coche y, como siempre, cojo el móvil de mi bolso por primera vez desde que entré aquí ayer. No me gusta mirarlo en el hospital porque, si es algo urgente, pueden llamarme allí, y si no lo es, puede esperar y no tengo por qué distraerme. Compruebo los mensajes y descubro uno de Julieta pidiéndome permiso para recoger a Óscar del cole hoy y llevarlo a la tienda un rato. Me lo pienso poco, la verdad, porque sé que mi hijo adora ir a la tienda y no es la primera vez que lo hacemos, así que le doy permiso y me hago una nota para llamar al cole más tarde y avisar de que lo recogerá ella. Me voy a casa, me doy una ducha y me acuesto pensando en él...

¿Cómo estará? ¿Habrà llegado ya a casa de su padre? Lo imagino estirado en su cama y pienso en aquel día que fui a despertarlo, cuando todavía no éramos más que amigos, pero yo ya intuía que, un día, sería mi mundo entero... Siento el anhelo otra vez, fuerte, punzándome por dentro. Necesito tenerle aquí, maldita sea, quiero que su aroma llene mi almohada y sus manos se agarren a mis caderas cada vez que intento salir de la cama, como tantas veces ha hecho. Que se pegue a mí y me suplique un ratito más de cama, de abrazos, de sexo, de besos, de lo que sea, pero juntos. Cierro los ojos, intento dormir un rato y pienso que ojalá él me extrañe con la misma necesidad; ojalá tengamos, de verdad, una esperanza.

Por la tarde conduzco a la tienda de Julieta para recoger a Óscar, tal como hablamos y, cuando llego, me encuentro a Marco allí con ellos.

—¿No trabajas? —pregunto saludándolos a todos.

—No, estuve para la comida y ya vuelvo mañana. Le estaba diciendo a Julieta que podríamos cenar en lo de Paco, porque mi tío sí que está en el restaurante.

—¿Te apuntas? —pregunta ella.

—Oh, pues no sé, ¿qué dices, cariño? —le pregunto a Óscar.

—A mí me encantan los calamares de Paco.

Me río y me encojo de hombros mirando a Julieta y a Marco.

—Ya está decidido, entonces.

—Pues espera, que llamo a mi padre y a Sara, que me traigan aquí a las gemelas y se apunten, ¿no? —Asiento y ella acaba llamando a su padre y Sara, a Amelia, a Esme y Nate y a Einar, que dice que no viene de la ciudad solo para cenar—. El pobre se gasta un pastón en transporte cada vez que se mueve.

—Ya...

Le digo eso porque no estoy prestándole atención, la verdad. Yo lo único en lo que pienso es en que ha llamado a todo el mundo, menos a Álex. Miro a Óscar para ver si piensa lo mismo que yo, pero está entretenido mirando unas piruletas con forma de ojo, así que supongo que le da igual, pero a mí no, maldita sea, yo quiero saber dónde está, por qué nadie me lo nombra, ni siquiera después de las sorpresas y por qué Julieta no me insinúa nada de lo que pasó ayer con su marido. Ella lo sabe, lo tiene que saber y, con lo bocazas que es, no comprendo cómo está aguantando tanto sin decirme nada.

La cena es caótica, como todas las cenas con esta familia. Cuando el postre llega Paco nos informa que ha hecho helado de turrón y, como la Navidad está a la vuelta de la esquina, ni nos lo pensamos a la hora de probarlo. Nos comemos cada uno nuestra parte y miro la hora para comprobar lo tarde que es, así que me levanto para ir al baño antes de que nos marchemos a casa y, al salir, me encuentro con Julieta sonriéndome.

—¿Vas a entrar? —Ella niega con la cabeza y yo le sonrío y sigo caminando, pero cuando se pega a mi espalda frunzo el ceño y la miro por encima del hombro—. ¿Qué ocurre?

Julieta señala a Esme y Nate, que están besándose como si el mundo se hubiese pausado solo para que ellos disfrutasen de un tiempo a solas, aunque estén rodeados por toda la familia.

—¿Recuerdas cuando nosotros éramos así? —pregunta Julieta en mi oído, haciendo que el corazón me dé un vuelco—. No nos importaba nada, más que la necesidad de tocarnos y besarnos; como si no pudiéramos creer que estuviéramos juntos. Todavía recuerdo el impulso que sentí aquel día de barbacoa, cuando te besé por primera vez frente a Óscar. La misma noche que me convertí en su papá, ¿te acuerdas? También fue la noche que nos dijimos que nos queríamos. Nunca hubiese imaginado que, algún día, iba a fallarte de una forma tan cobarde, pero lo arreglaré, rubia, te lo prometo. Te quiero.

Cuando acaba, Julieta pasa por delante de mí y me deja aquí plantada, mirando a Nate y a Esme besarse, sonreírse y abrazarse. Extrañando hacer lo mismo con él...

Esta necesidad de verlo está empezando a poder conmigo y no sé hasta cuándo voy a aguantar sin ir a buscarlo y pedirle que deje de usar a su familia, porque necesito verlo a él mientras me dice todas esas cosas que tanto llenan mi corazón.

Eli

El día siguiente a la cena en el bar no sé nada ni de la familia, ni de Álex, lo que hace que mi ansiedad empiece a elevarse por encima de límites abrumadores. Intento mantenerme tranquila y no pensar en ello, pero es que imagino a Álex instruyendo a alguien más para dejarme un mensaje y siento que la anticipación, la ilusión, el miedo y las ganas se apoderan de mí.

Sin embargo, pasan dos días más sin saber nada de él, ni del resto, algo raro. Voy a trabajar fijándome en el camino, en la posibilidad de que haya un mensaje para mí en alguna parte, pero eso no sucede. El turno transcurre tranquilo y, al salir, miro el móvil antes de llegar al coche, faltando una costumbre que inauguré el primer día que entré aquí a trabajar. Cuando veo que no tengo ningún mensaje mi ánimo cae un poquito.

¿Y si se ha cansado? Quizá cree que ahora la pelota está en mi tejado. Me toca mover ficha y darle algún tipo de pista acerca de lo que pienso y siento. Nadie me ha preguntado si voy a volver con él, aunque yo, a estas alturas, esté deseando hablar de ello. Sé que es una locura, que todo esto me está influyendo para que tome una decisión positiva, pero se trata de eso, ¿no? No consiste en negarme a cada intento de reconquista por su parte, sino en valorar lo que hace y decidir si quiero volver a arriesgarme con él o no. Nada me asegura que no vuelva a hacerme daño, pero es que, si me paro a pensarlo, nada le asegura a él que yo no vaya a dañarle de alguna forma en el futuro, tampoco.

Lo hizo mal, sí, se equivocó, pero creo que está esforzándose mucho para que le perdone y no puedo olvidar que él ha perdido a su mejor amigo. Que Sandro y las ideas que intentaba meter en su cabeza no fueran de mi agrado no significa que, para él, no haya sido un golpe enorme. Me lo imagino sufriendo por su pérdida, solo, intentando convencer a la familia de que haga todo esto que han hecho y, encima, sin poder ver a Óscar, porque ya no me refiero solo a mí, sino a que sé que él necesita a mi hijo con la misma intensidad que mi hijo lo necesita a él. De hecho, hace dos noches, Óscar me pidió que le enseñara fotos de Álex en el móvil. Creo que teme olvidar su cara y no me extraña, porque han pasado ya muchos días en los que no han hablado por teléfono siquiera, y quizá es hora de cambiar eso.

Me voy a casa, me acuesto un rato y, cuando recojo a mi hijo del colegio, le llevo a un restaurante para comer con él y hablar con sinceridad de este tema. Sin tapujos ni medias tintas, pero con sensibilidad, como he intentado hacer siempre.

—Óscar, ¿te gustaría hablar con Álex esta tarde por teléfono? —pregunto con suavidad.

Él abre los ojos de inmediato y puedo ver tanto anhelo en ellos que me culpo un poco por haber permitido que esta situación llegue tan lejos, pero luego recapacito y pienso que es lo que necesitábamos; es lo que yo necesitaba para aclararme un poco, así que no puedo arrepentirme ahora.

—¿A ti no te importa, mami?

—No, cariño —susurro—. Yo quiero que tú seas feliz y, si hablar con él lo consigue, no me importa en absoluto.

—¿Y tú? ¿Eres feliz? Porque yo también quiero eso.

—Lo soy si tú lo eres.

—Y yo lo soy si tú lo eres, mami —dice él obcecado en repetir mis palabras.

Me río y le abrazo por respuesta. Sé bien que se muere de ganas de ver a Álex, hablar con él o tener cualquier tipo de contacto, así que me alegra que por fin vayamos a hacer esto. Además, imagino que Álex se sentirá feliz cuando pueda oír la voz de mi pequeño, porque no me cabe duda de que lo echa mucho de menos.

Comemos mientras charlamos del cole y me cuenta que hoy no le han quitado el bocata con una enorme sonrisa mellada. Sonrío con desanimo, porque el hecho de que mi hijo vea un triunfo en que no le roben su comida es, cuanto menos, triste, pero intento pensar que Óscar sabe manejarse y es más fuerte que esos niños crueles e insensibles que se niegan a jugar con él.

Nos marchamos a casa pensando en ducharnos, ponernos el pijama calentito y llamar a Álex. Bueno, él llamará a Álex, yo de momento me mantendré al margen, pero el caso es que estamos deseando llegar y, cuando por fin lo hacemos, nos encontramos con un cartel en la puerta que nos avisa que debemos subir a la terraza del edificio. Frunzo el ceño y miro a Óscar, que está dándole vueltas al camión de bomberos que le regaló Álex y del que no se separa.

—Tesoro, tenemos que subir a la terraza —le digo—. Seguramente sea algo de los vecinos.

—En la terraza hará mucho frío, mami.

—Sí, mi vida, pero vamos a tardar poquito. Seguro que ha salido una gotera o se ha jodido algo y nos va a tocar pagar una derrama.

—Has dicho «jodido» —me dice mientras entramos en el ascensor.

—Cierto, lo siento.

—Tranquila, a veces es inevitable.

Pongo los ojos en blanco y me río, porque a ratos pienso que Óscar es un señor mayor encerrado en un cuerpo de niño.

Salimos a la terraza y abrazo a mi hijo por los hombros, porque aquí arriba el viento sopla con más fuerza. Al principio ni siquiera miro al frente, por eso cuando lo hago no puedo evitar ahogar una exclamación de sorpresa.

Me acerco a uno de los muros y observo la pantalla de televisión mientras Oliver me saluda desde lo que supongo que será el salón de su casa. Está sentado en el piano, con su mujer al lado, ambos con la misma ropa que llevaron en la boda de

Julieta. Al lado de la tele hay un portátil, que supongo que es el que hace posible esta conexión.

—¿Qué...?

—¡Hola! —exclama Óscar, adelantándose—. ¿Está Junior también ahí?

—No, colega, Junior está en el cole, pero teníamos ganas de veros y, además, hay algo que tenemos que contarle a tu mamá —dice Daniela—. Estás muy guapo, por cierto.

—Gracias —susurra mi hijo poniéndose rojo y haciéndome reír.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué hacéis ahí? Quiero decir...

Hago el intento de hablar, pero las palabras se me atascan y, al final, Oliver sonrío y toma la palabra.

—Hola, rubia, espero que no estés babeando demasiado con el chico de los tatuajes y puedas reconocer mi voz, aunque el que hable sea él. —Oliver se ríe entre dientes, como si le pareciera la mar de divertido hacer esto, seguramente porque así es. Al final carraspea y habla de nuevo, en un tono grave y sereno que me remueve entera—. He intentado hacerte ver todo lo que siento estos días, quería que te dieras cuenta de que, aunque me porté como un capullo, no todo fue malo entre nosotros. Ya te recordé con mi hermana Julieta la noche en la que Óscar se convirtió en mi hijo y tú y yo nos declaramos nuestros sentimientos, pero, para mí, la noche que bailamos en un rincón oscuro del jardín de un *camping* del sur de España fue mágica, porque conseguí que la chica más preciosa y especial del mundo me dijera que quería ser mi novia mientras cierto músico tatuado tocaba y cantaba *The way you look* tonight con su piano. Aquella noche te prometí que haríamos magia con nuestra historia, y lo hicimos, aunque luego yo la cagara. Lo hicimos, nena, por eso necesito que revivas todo aquello y pienses en todo lo que aún podemos ganar. Te quiero como nunca he querido ni querré a nadie, Elizabeth. Si después de esto sigues sin querer saber nada de mí, lo entenderé, pero no olvides nunca que vas a ser, lo quieras o no, protagonista indiscutible de la mejor época de mi vida.

Oliver carraspea, me guiña un ojo y empieza a tocar los primeros acordes de la canción mientras yo lloro en silencio y agarro con fuerza la mano de mi hijo, que tampoco dice nada. Supongo que está intentando entender algo de todo esto y, más tarde, tendré que explicárselo, pero de momento me centro en el ruido que oigo a mi espalda.

Me giro lentamente, sabiendo que voy a ver algo que me hará llorar más, pero lo primero que sale de mi boca es una carcajada, porque no puedo creer que hayan hecho esto.

Maldita sea, es la cosa más rara, bonita y especial que ha hecho nadie por mí nunca. Observo a Julieta con su vestido de novia, a Diego, vestido también exactamente igual que aquella noche; Marco, Nate, Esme, Sara... todos están igual que el día de la boda, hasta los bebés, aunque ellos están más abrigados, porque el resto va vestido de verano en pleno invierno y en esta terraza a la intemperie. El

único que no va como aquella noche es Javier, que lleva un traje de rayas blancas y acaba de sacar a bailar a Einar, que se ha disfrazado, otra vez, de Sally muñeca de trapo. Podría seguir riendo, porque ese disfraz le queda tan ridículo al grandullón del vikingo..., pero es que es tan jodidamente bonito verlos bailar, como si fuéramos Álex y yo, que ni siquiera me sale sonreír. No sé dónde está él, pero ver a su padre moverse y sonreír es como ver una versión del futuro de Álex. El mismo pelo, los mismos ojos azules, la misma risa rápida... Y sí, Einar no se parece en nada a mí, pero da igual, porque somos nosotros bailando aquella noche en la que nada importaba más que las promesas que nos hicimos. La noche que mis sueños empezaron a verse cumplidos y pensé, llena de ilusión y miedo, que podíamos comernos el mundo, si nos lo proponíamos.

Y ahora estoy aquí, con el corazón roto, no por lo que hizo, sino por lo que aquello provocó, porque no le tengo aquí, abrazándome, y es algo que empieza a pesarme tanto que no sé si voy a poder acabar el día sin ir a buscarlo.

Oliver sigue cantando, yo sigo mirando la escena de Javier y Einar, y Óscar ha dejado mi mano para abrazarse a mi pierna. Sé que no entiende mucho de todo esto, pero también sé que se da cuenta de que algo muy grande está teniendo lugar en esta terraza.

Cuando la canción acaba y todo queda en silencio, Esmé se acerca a mí con los ojos aguados y una sonrisa dibujada en la cara.

—Soy tu mejor amiga, estuviste a mi lado cuando yo no era capaz de abrirme a nadie, ni siquiera a mi familia, y por eso te quiero como si fueses una hermana más. —Lloro en silencio y ella toma aire para no acabar imitándome—. Es porque te quiero, que respeté cada decisión que tomaste con respecto a mi hermano, porque no se portó bien y entiendo el dolor que te hizo pasar, pero Eli, él te adora y, si nada de esto puede convencerte de eso, entonces deja que te prometa, como hermana suya, que, si vuelve a hacerte daño, Amelia, Julieta y yo nos ocuparemos de hacerle pasar un infierno. —Me río entre sollozos y ella limpia mis mejillas antes de seguir—. Si decides que no quieres volver con él, lo respetaremos y seguiremos estando a tu lado, porque eso es lo que hace la familia, permanecer unida en las buenas y en las malas, pero, por favor, piensa bien en ello.

—Es un poco zoquete —dice Julieta interviniendo— pero es buen chico y te adora. Debería contar para algo, ¿no?

—Y luego está todo esto... —sigue Amelia—. Vamos, Eli, ¿de verdad no ha conseguido convencerte, ni siquiera un poquito?

Me río y me vuelvo a limpiar las mejillas mientras las miro a las tres, que se han colocado frente a mí, y al resto de la familia, que está rodeándonos. Javier da un paso al frente, esquiva a sus hijas y me da una tarjeta de papel en la que hay apuntada una dirección.

—Mi hijo va a estar allí hasta dentro de una hora, aproximadamente. Nosotros ya hemos hecho nuestra parte, ahora deberías dejar que él haga la suya.

—Ey, Óscar, ¿te vienes al restaurante? —pregunta Marco—. Necesito un ayudante de cocina esta tarde.

Mi hijo me mira, preguntándome sin palabras qué es lo que ocurre aquí, así que me agacho, sonrío y beso su mejilla antes de hablarle.

—Cariño, sé que te prometí que llamarías a Álex hoy, pero resulta que tengo que hablar algo importante con él. ¿Te importaría quedarte con Marco mientras tanto?

Puedo ver las ganas que tiene de venir conmigo, solo para ver a Álex, pero confío en su capacidad para entender las cosas y no me sorprende en absoluto cuando asiente una sola vez y me abraza.

—¿Vas a traerlo de vuelta a casa, mami? ¿Harás que sea mi papá otra vez?

Sonrío mientras inspiro su aroma y pienso en todo lo que hemos pasado, no solo desde que esta familia entró en nuestra vida, sino desde que él nació. No siempre ha sido fácil, pero atravesaría el infierno un millón de veces solo por ver esa sonrisa cada día.

—Sí, cariño, voy a traerlo de vuelta a casa y voy a hacer que sea tu papá, esta vez para siempre.

La familia entera se ríe, Óscar me abraza y, cuando me levanto, todos me aplauden mientras me pongo del color de los tomates maduros y salgo de la terraza hacia la dirección que Javier me ha dado.

El camino es un infierno, no voy a mentir. Voy pensando si no me habré precipitado al dar por hecho que volveremos, porque igual él no quiere y... Me río y golpeo el volante, porque eso es una tontería. Él quiere, de no ser así, no habría hecho todo esto. Soy yo la que decide y, sinceramente, ya no hay nada que decidir. Tuvo sus errores, como yo he podido tener los míos en el pasado o los tendré en un futuro, pero eso no significa que no podamos solucionarlo, aprender de lo que hemos hecho mal y reforzar lo bueno. Juntos, viviendo nuestra historia; haciendo magia.

Aparco en una calle de las afueras de la ciudad, a la que he llegado gracias al GPS del móvil. Salgo del coche y vuelvo a mirar el papel para revisar el número que hay escrito. Camino buscándolo y me doy cuenta de que es una cochera a pie de calle, así que me pongo nerviosa, porque no sé lo que voy a encontrarme. Toco con los nudillos en el portón de hierro y, cuando el mecanismo se activa y comienza a abrirse, siento que mis nervios se aceleran y se anudan en cada extremidad de mi cuerpo, provocándome una tensión que pocas veces he sentido.

Álex está justo en el centro, apoyado en un coche y mirándome como si no pudiera creerse que esté aquí. Trago saliva, me adentro en el espacio y cojo aire antes de hablar.

—Hola... —susurro en voz tan baja que dudo que me haya oído.

Él se acerca a mí de inmediato y puedo ver, cuando está a pocos pasos de mí, que su rostro está distinto. Luce surcos oscuros bajo los ojos que me encogen un poco, porque creo que soy la responsable de que estén ahí. Alzo la mano sin poder evitarlo y acaricio esas ojeras que ya odio mientras él cierra los ojos y suspira de alivio, como

si este gesto pudiera hacerle sentir mejor.

—Rubia... —susurra con un anhelo que me encoge el alma.

—Lo del baile ha sido... —Hago un esfuerzo por no llorar, pero no lo consigo y, al final, soy lo más sincera que puedo, porque no creo que podamos salir victoriosos de esta conversación de otra forma—. Necesito hablar contigo, pero tengo tantas ganas de que me abracés que no puedo pensar en otra cosa, Álex.

—Joder, mi vida, ven aquí.

Siento sus brazos rodearme y estrecharme contra su cuerpo, cierro los ojos, aspiro su aroma, que tanto bien me hace siempre y sonrío, porque está aquí, conmigo, por fin. Siento sus labios posarse en mi cabeza y la sensación es tan apacible que estoy segura de que ronroneo, aunque sea bajito.

No sé cuánto tiempo pasamos abrazados, pero cuando por fin nos separamos los dos sonreímos y creo que tenemos claro que esto se va a arreglar. Ahora tenemos que hablar, eso es indiscutible, pero partimos desde una base optimista y eso ya es un gran paso.

—Estás preciosa —murmura acariciando mis mejillas.

—Y tú estás muy guapo, aunque parezca que hace un siglo que no duermes.

—He estado ocupado.

—Ya lo he visto —digo riéndome—. Todo lo que has hecho ha sido... No tengo palabras.

—Eso es bueno, ¿verdad? —pregunta muy serio.

Me río asegurándole que sí, que eso es muy bueno. Él suspira y asiente antes de coger mi mano y llevarme hacia el fondo del local.

—Hay algo más que quiero que veas. —Se para al lado de un todoterreno negro y lo señala mientras sonrío—. ¿Te gusta? —Frunzo el ceño, sin entender, así que sigue hablando—. Me he pasado todos estos días pensando cómo podía convencerte de que esta vez voy en serio. No tengo pensado huir nunca más de ti, y mucho menos de Óscar. Quiero que volvamos a ser una familia y, cuando ya organicé todo lo que mi familia debía hacer, pensé qué podría hacer yo para acabar de convencerte, así que me metí en San Google y busqué qué coche era el mejor para tener una familia. Me salió un monovolumen, pero es que no me gustan nada, lo siento, así que, al final, opté por esto. —Vuelve a señalar el todoterreno y se encoge de hombros mientras sonrío—. Es siete plazas, ¿crees que tendremos suficiente espacio para nuestros hijos?

Le miro sin entender, creo que he entrado en *shock*, porque me cuesta comunicarme con él. Después de unos segundos me relamo los labios y señalo el vehículo.

—¿Has comprado un todoterreno?

—Sí. Y aún hay más. —Tira de mi mano y me lleva hacia la parte de atrás. Abre la puerta y me muestra una silla de bebé instalada y lista para ser usada—. Sé que no hemos hablado en serio de tener más hijos, pero quiero que veas hasta qué punto

estoy comprometido con esto nuestro. Si tú quieres y vuelves conmigo, mañana mismo nos ponemos manos a la obra, rubia. Que yo contigo tendría mil hijos o ninguno, lo que más feliz te haga.

Me echo a llorar otra vez y resoplo, porque no puedo creerme que esté diciéndome todo esto. ¡No puedo creerme que haya hecho algo tan loco como comprar un jodido todoterreno de siete plazas para demostrarme que está comprometido con nuestro proyecto de familia!

—Estás loco —digo riéndome, pero sin dejar de llorar—. ¿Cómo demonios has conseguido comprar un coche tan grande? ¿De dónde has sacado el dinero, Álex?

Él sonrío sin despegar los labios y veo, aunque solo sea un segundo, la chispa de dolor que atraviesa sus ojos. Dejo de reírme en el acto y le miro fijamente, porque sé que hay algo detrás de todo esto que no va a gustarme.

—Lo importante es que tú me perdonas. Solo quiero que entiendas que te adoro, Eli, y haría cualquier cosa por ti y por nuestro hijo. Y por los que puedan venir, si es que vienen.

—Álex...

—¿Me vas a perdonar? —pregunta visiblemente nervioso.

Me doy cuenta de que es posible que, por mi seriedad repentina, piense que aún no estoy convencida, así que me alzo sobre mis puntillas y beso su cuello, como tantas veces he hecho en el pasado. Me paso a su mandíbula y de ahí, a sus labios. Los rozo con lentitud, como si tuviera todo el tiempo del mundo para merodear en su boca, y cuando él sonrío y profundiza el beso se lo permito y gimo mientras me aprieta contra su cuerpo. Sé bien cómo puede acabar esto si no lo corto antes de tiempo y, como aún nos quedan cosas que aclarar, hago el esfuerzo de apartar mi boca de la suya y hablar, a pesar de tener la respiración entrecortada.

—Si todavía no tienes claro que voy a volver contigo es que de verdad eres un poco tonto, como dicen tus hermanas.

Álex suelta una carcajada, me alza en brazos y me abraza con tanta fuerza que siento que podría tatuarme la cintura, pero no me importa, porque estoy feliz de tenerlo aquí conmigo y no veo la hora de llevarlo a casa, desnudarlo y hacer de nuestra reconciliación algo memorable.

—Te quiero, Elizabeth. Dios, te quiero tanto...

—Yo también te quiero —susurro—. Te adoro y ha sido un infierno estar sin ti, que lo sepas.

—Lo sé, cariño, yo también estaba viviéndolo.

Suspiro apoyando mi frente en la suya y, cuando miro a un lado, para apoyar mi mejilla en su hombro, caigo de nuevo en la presencia del todoterreno.

—No me has contestado —digo—. ¿Cómo has conseguido el dinero para comprarlo?

—Soy un hombre de recursos —dice con voz melancólica.

Y de pronto, como si un rayo de luz me iluminase la mente, recuerdo su coche, el

clásico que compró con el premio de la *yincana* y que ha restaurado durante años para ponerlo a punto y convertirlo en una joyita visual con la que muchas y muchos babeaban a diario.

—¿Dónde está tu coche, Álex?

Él señala el todoterreno y me dedica una sonrisa que pretende ser sincera, pero no lo es, porque no llega a sus ojos y ahora puedo darme cuenta.

—Es este.

—No, no, este no. Me refiero a tu coche de verdad, al clásico.

—No era un coche apropiado para una familia.

—¡Y una mierda que no! —Me separo de él y lo miro con impaciencia—. Alejandro, dime, por favor, que no lo has vendido. —Él guarda silencio y yo abro la boca de par en par—. Pero, ¿cómo se te ha ocurrido hacer algo así? ¡Era tu coche!

—No era un coche apropiado, Elizabeth. Quería demostrarte que voy en serio con esto. ¿Es que no te gusta la idea de tener un todoterreno?

—¡A cambio de tu coche, no! Ni de coña. —Él suspira y agacha la cabeza, como si no supiera qué hacer para tenerme contenta.

Me doy cuenta entonces de que estoy sonando un poco histérica. Él ha vendido una parte de sí mismo, porque estoy segura de que más de una vez ha soñado con ese coche, y todo para que yo volviera con él. La culpabilidad quiere apoderarse de mí, pero no la dejo. Valoro muchísimo lo que Álex ha hecho, pero no va a perder su coche. Es parte de él, es parte de mí, de nosotros como pareja. Me acerco a Álex, le abrazo y marco sus mejillas entre mis manos para que me mire.

—Sé que has hecho esto para demostrarme que me quieres, pero es que eso yo siempre lo he sabido.

—Quiero que me creas cuando te digo que nunca más voy a huir de vosotros, Eli.

—Te creo —contesto con suavidad—. Álex, te creo desde que subí en mi coche y vine aquí a verte. No necesitas separarte de algo que te gusta tanto solo para hacerme feliz a mí, porque mi felicidad se basa, en gran parte, en la tuya. Si tú estás incompleto, yo también lo estoy, y ese coche significaba mucho para ti.

—La vida cambia.

—Sí, la vida cambia, pero lo que tú eres, tu esencia, debe permanecer contigo. No soy capaz de imaginarte sin una herramienta en la mano y dándole vueltas al motor de ese precioso trasto, así que haznos un favor a los dos y recupéralo como sea.

—¿Estás segura? —pregunta con un brillo de anhelo en los ojos.

—Tanto como de que eres el hombre de mi vida.

Álex suspira, cierra los ojos y apoya su frente en la mía mientras me apoya en el todoterreno y acaricia mi cuerpo entero por encima de la ropa.

—Entonces, ¿estoy perdonado? ¿Y crees que Óscar me perdonará, también?

Sonríe y acaricia su torso mientras me pinzo el labio y asiento.

—Óscar está deseando que vuelvas a casa, papi. —Él resopla con nerviosismo y se pinza el labio, al límite de sus emociones—. Solo hay una cosa más que quiero y

aún no me has dado. No de la forma en que me gusta.

Él se separa de mí justo cuando iba a besarme y me mira con el ceño fruncido.

—Lo conseguiré para ti. Dime, rubia, ¿qué necesitas?

Yo siento mi corazón llenarse, paso las manos por su estómago y las subo hasta sus pectorales, colocándolas sobre su corazón.

—Tu maldita sonrisa.

Álex me mira sorprendido un instante, porque esa es la frase que él ha usado conmigo infinidad de veces, pero no al revés. Acaricia mis mejillas y entonces lo hace; sonrío, ilumina mi mundo, me besa y todo estalla, consiguiendo que sienta unas ganas incontrolables de reír, amar, soñar, volar, vivir y, en definitiva, hacer magia con nuestra historia.

Epílogo

—¡Vamos, por favor, tenéis que daros prisa o al final llegaremos tarde!

Me río mientras me pongo un jersey lo más rápido que puedo y le guiño un ojo a Eli, que está poniéndose los zapatos a toda prisa para que a Óscar no le dé un infarto.

En Sin Mar se ha organizado un concurso de postres de Navidad y nuestro pequeño ha decidido que quiere participar. Eli está nerviosa, por si al final cede ante la presión de ser observado por todos los vecinos, pero yo confío plenamente en él y sé que su postre será el mejor. Al principio, cuando Paco organizó el concurso y me enteré de que participaba su mujer, que es la que cocina en el bar, entre otras muchas mujeres de la urbanización, pensé seriamente en hablar con las familias para que votaran a Óscar, pero luego Paco, que de tonto no tiene un pelo, decidió que lo mejor sería que hubiese un jurado imparcial, porque si no seguro que empezábamos a comprar votos de vecinos. Ya he dicho que Paco de tonto no tiene ni un pelo.

El caso es que Óscar será el único niño que participe y no puedo estar más orgulloso de él. Gane o no gane, estoy seguro de que la familia asistirá para animarlo y hacerle sentir bien.

—Qué ganas tengo de que este día se acabe.

Miro a Eli y me río mientras me acerco a ella y la beso. Todavía no puedo creerme que esta increíble mujer quiera estar conmigo... ¿Sabes ese dicho de que todos los tontos tienen suerte? Pues si aplicamos la teoría de mis hermanas, de que a veces soy un poco tonto, conmigo se cumple a la perfección, porque Eli y Óscar son como una lotería.

No. En realidad, son mejores que una lotería, porque el dinero no abraza, ni se acurruca junto a mí por las noches, como hacen ellos, haciéndome sentir el hombre más completo y feliz del mundo.

—Irás bien —susurro besándola y metiéndole un mechón de pelo rubio detrás de su oreja—. Confía en nuestro pequeño chef.

—Confío en él, Álex, en quien no confío es en el resto.

—Bah, la gente de Sin Mar habla mucho, pero luego no es para tanto, los conoces de sobra. —Ella hace un mohín y yo la beso y acaricio su culo con disimulo—. ¿Voy a tener que encerrarte en el baño y echarte uno rapidito para que te relajes?

—No estaría mal... —ronronea ella en mi boca.

—¡Os lo digo en serio! ¡O venís ya, o me voy solo! —grita Óscar desde el marco de la puerta.

Suelto una carcajada, beso el cuello de Eli, prometiéndole sin palabras que, en cuanto estemos solos, no se libra de acabar desnuda y enredada en mis caderas, y voy hacia donde está Óscar para revolverle el pelo y tranquilizarlo.

—A ver, ¿lo llevas todo?

Entramos en el salón y me enseña su bolsa de instrumentos para cocinar, además de la bolsa con el molde y los ingredientes.

—¡Todo listo! Solo faltáis tú y mamá, pero sois unos tardones.

—Tranquilo, vamos con mucho tiempo.

—Es que estoy nervioso y necesito ponerme a cocinar ya.

Sonrío y lo pego a mi costado, revolviendo su pelo otra vez y masajeando sus hombros.

—Mi pequeño chef... Estoy muy orgulloso de ti.

—Todavía no he hecho nada, papá —dice poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, da igual, yo estoy orgulloso igualmente.

Él se ríe y niega con la cabeza, como si yo acabara de decir una tontería, pero creo que es importante que sepa de antemano que da igual si gana o pierde, porque vamos a quererlo y apoyarlo de todas formas.

Eli entra en el salón, Óscar vuelve a reactivar sus nervios y salimos de casa intentando controlarlo y hablando de otras cosas para que se tranquilice un poco.

Mientras conduzco el coche de Eli pienso en el todoterreno del que, al final, nos hemos desecho. Fue una suerte que tuviera veinticuatro horas para probarlo y hubiese vendido mi coche al mismo concesionario, porque pude hacer el cambio de nuevo sin muchos problemas. El caso es que, ahora que lo pienso, debería haber hecho el esfuerzo de quedarme con los dos. De hecho, estoy intentando convencer a Eli de que venda el suyo, que ya está bastante trillado, y hagamos la inversión juntos.

Ella dice que no está segura, que no necesitamos un coche tan grande y que ya veremos qué pasa con el tiempo, si lo necesitamos.

Me he dado cuenta de que hace lo mismo con todo. Si le hablo de vender su piso y buscar una casa más grande, me dice que ya veremos con el tiempo. Si le hablo del coche, igual. Estoy empezando a pensar que me tiene a prueba, por eso no se fía de dar un paso tan importante. De hecho, anoche se lo comenté, pero se descojonó de risa en mi cara y me aseguró que pasó la prueba cuando hice todo lo que hice para reconquistarla. Luego se quitó la ropa, se subió sobre mí y me hizo el hombre más feliz del mundo.

La miro de reojo y me doy cuenta de que sigue tensa, así que pongo una mano en su muslo e intento que esté tranquila. Ella cubre la mía con una suya de inmediato, pero no se relaja.

Llegamos a Sin Mar y, en cuanto aparco frente al jardín de mi padre, veo a toda mi familia salir de casa. Han hecho pancartas, carteles y Einar lleva una camiseta en la que se lee «Óscar, eres la leche... y el huevo, la levadura, la harina, el azúcar... ¡Óscar, eres un bizcocho!».

Me parto de risa al leerlo y miro a Eli, que tampoco puede evitar estallar en carcajadas.

—No lo entiendo —dice mi hijo—. Yo voy a hacer una tarta de tres chocolates, no un bizcocho.

—Ya, pero receta de tarta chocolate no cabe —dice Einar—. Bizcochos también molan.

Nos reímos mientras Óscar se encoge de hombros aceptando la explicación y nos marchamos al bar de Paco, donde se realizará el concurso.

Eli está tan nerviosa que tengo que colocarme detrás de su espalda, pasar las manos por su estómago y retenerla aquí, pegadita a mi pecho, todo lo que dura el concurso. Nuestro niño lo hace bien, muy bien. No creo que gane, porque hay mujeres expertas en las labores, pero estoy seguro de que va a quedarle un postre de muerte. De hecho, las propias participantes están flipando un poco con su habilidad y no me extraña, porque es un genio.

—Un día será un gran chef —le digo a Eli en el oído—. ¿Nos imaginas comiendo de gorra en su restaurante premiado con cientos de estrellas Michelin?

Ella se ríe y apoya la cabeza en mi hombro mientras mira a Óscar y acaricia las pulseras de hilo que adornan mi muñeca.

—Álex...

—¿Mmm?

—Tienes razón, deberíamos vender mi coche y el piso y buscar algo más grande. Sonríe en su oreja y la mordisqueo antes de hablar.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Bueno, en parte, lo que me dijiste anoche. No quiero que pienses que no me comprometo con esta relación. Voy en serio, Álex. Voy muy en serio.

Vuelvo a sonreír, cierro los ojos y agradezco otra vez al cielo, el karma o lo que sea que exista, tener la suerte de haber encontrado una mujer como ella.

—¿Solo en parte? —pregunto, saboreando sus palabras.

—Sí, la otra parte es que... bueno... —Noto cómo se tensa su cuerpo y frunzo el ceño.

—¿Todo bien, rubia?

Ella guarda silencio los segundos suficientes para que yo me tense y, cuando por fin habla, lo hace de sopetón y con una rotundidad que me deja a cuadros.

—Quiero tener otro hijo.

Mi hermana Julieta, que está a mi lado, exclama un «¡Toma ya!» que demuestra que estaba cotilleando nuestra conversación privada, y yo podría mandarla a la mierda, debería, de hecho, pero es que estoy tan sorprendido por las palabras de Eli, que no me sale nada.

Nada, nada, nada.

De hecho, estoy tan callado que mi chica se tensa aún más, supongo que pensando que no debería haber dicho algo así. Otras veces hemos hablado de tener hijos, no es un tema nuevo, pero pensé que ella no estaba lista para hacerlo aún y... joder, lo está, y nuestra vida será aún más perfecta de lo que ya es, así que no encuentro las palabras para decirle lo feliz, maravillado y agradecido que estoy ahora mismo por tenerla.

—Si no quieres... —susurra ella con voz temblorosa.

La giro entre mis brazos y alzo su cara sujetándola por la barbilla, para que pueda mirarme a los ojos.

—Empezaremos a intentarlo esta misma noche —susurro.

Eli sonrío y deja ir una exhalación de manera abrupta, yo me río y la abrazo, porque no podría ser más feliz, y Óscar toca el timbre que avisa a todo el mundo que su postre está acabado. El resto de participantes están tan sorprendidas con el resultado de la tarta de tres chocolates, que se rinden de manera unánime y permiten que el primer premio del primer concurso de postres caseros de Sin Mar, se lo lleve Óscar, mi hijo y el mejor chef del mundo entero. Y si no, deja que le pasen los años y, cuando veas su nombre en los periódicos y noticias, te darás cuenta de que digo la verdad.

Eli aplaude y vitorea su nombre mientras el resto de la familia hace lo mismo. Yo le grito para animarlo, pero mis manos han vuelto a la cintura de mi rubia, se deslizan por sus caderas y aprieto su cuerpo contra el mío. Acaricio su vientre y siento la risa de Eli en mi mandíbula justo antes de que la bese y yo baje mis labios para encontrar los suyos.

Pienso durante un segundo en el chico inmaduro y mujeriego que era hasta no hace tanto; en el Álex del pasado, que se encargó a conciencia de no intimar con ninguna chica más allá del sexo, y le agradezco haber mantenido su corazón a salvo tanto tiempo, porque ahora estoy seguro de que solo estaba esperando que llegara ella y me hiciera caer a golpe de amor, confianza y deseo. Que me demostrara que, a veces, basta con una maldita sonrisa para crear magia y cambiarlo todo.

Contenido extra

Después de hacer una escena extra al final de «Y que te quedes», contando un poquito de la vida de Julieta y Diego, he decidido que estaría bien hacer lo mismo aquí, solo que, esta vez, son Nate y Esme los que quieren meternos de nuevo en su vida y enseñarnos cómo van las cosas por esa casa de valla blanca...

Que lo disfrutéis =)

—Te lo digo en serio, es una verdadera lástima que no apostara nada con tu hermano aquel día, en el *camping*, cuando me aseguró que a ti te gustaban las parafernalias en las bodas tanto como a Julieta.

Sonríó a Nate por encima de mis gafas de sol y le guiño un ojo antes de volver a apoyar la cabeza en la hamaca y mirar el mar turquesa y cristalino que tenemos delante. En España debe hacer un frío alucinante, teniendo en cuenta que es Navidad, pero aquí pasamos el día en bañador, tumbados y moviéndonos lo justo para atender a Noah cuando se cansa de estar en su silla o en la toalla que hay sobre la arena.

Sé bien por qué dice eso Nate, y es que nadie esperaba que decidiera organizar una boda exprés para que pudiéramos casarnos el veinticinco de diciembre, día de Navidad, en el jardín de nuestra casa. Mi padre se enfadó mucho, porque avisé una semana antes y lo entiendo, claro, él asegura que queremos cargármolo de un infarto y a veces pienso que el pobre aguanta lo que no está escrito.

En realidad, entiendo que todos se sorprendieran tanto, pero la familia de Nate iba a viajar para pasar la Nochebuena con nosotros y pensé que era la oportunidad perfecta para hacerlo. Estarían con nosotros los más íntimos e importantes y seríamos marido y mujer antes de acabar el año. Se lo comenté a Nate y se alegró tanto de que no quisiera una fiesta por todo lo alto que decidió encargarse él mismo de la decoración, así que yo solo tuve que buscar mi vestido y ayudar a mis hermanas, Elizabeth y Sara con los suyos.

La boda fue sencilla, emotiva y duró hasta las tantas de la madrugada, así que no es de extrañar que al día siguiente estuviéramos muertos para coger un avión que nos trajera al Caribe. Mi padre intentó convencerme hasta última hora de que dejara a Noah con él, pero todavía toma pecho y, además, no quiero pasar Fin de año sin él. Que mi hijo sea un bendito que solo llora cuando tiene hambre facilita mucho las cosas, la verdad, porque Nate y yo conseguimos tener mucho tiempo libre para nosotros, a pesar de que él demande nuestros mimos continuos.

El caso es que aquí estamos, en pleno diciembre, tomando el sol y sonriéndonos como tontos mientras pensamos en el frío que debe estar pasando la familia.

—¿No te da pena no comerte las uvas con ellos? —pregunta Nate.

—No, la verdad. Tengo curiosidad por ver qué se siente cuando no tienes a la familia entera gritando histérica que faltan uvas, que a alguien se le ha olvidado ponerse ropa interior roja o que el reloj se ha estropeado.

Él se ríe entre dientes y coge a Noah de la toalla, que protesta porque le encanta jugar a rodar y alcanzar la arena.

—Nuestro primer Fin de año como padres —dice besando la barriga de Noah y haciéndolo reír.

Sonrío y procuro no derramar muchas babas, pero me resulta imposible. Al final, Nate se ha salido con la suya y nuestro hijo ha heredado su tono de piel moreno, su pelo rizado, aunque mi chico lo lleve rapado, y mis ojos verdes. Es perfecto, y no lo digo solo porque sea mío y, obviamente, carezca de objetividad, sino porque, físicamente, es un niño que llama mucho la atención.

—He soñado tanto con esto... —digo mientras los miro jugar en la hamaca.

Él me sonrío y me guiña un ojo antes de estirarse y reclamar un beso que le doy encantada.

—¿Quién iba a decirte hace unos años que acabarías siendo la señora de un tal doctor Morgan?

—¿Quién iba a decirte a ti que acabarías casado con una abogada de éxito? Eres un chico con suerte, Nathaniel.

Él se ríe, tira de mi brazo y mordisquea mi hombro antes de conseguir que me deje caer en su hamaca. Cojo a Noah en brazos, que gorjea de felicidad y se aprieta contra mí haciendo que me derrita. Por él y por los brazos de mi recién estrenado marido, que me rodean con fuerza mientras me sostiene en su regazo.

—Desde luego, me ha tocado la lotería en cuanto a esposa y a bebé se refiere —dice él besando mi cuello—. Y será mejor cuando ampliemos nuestra familia...

Me río y apoyo la cabeza en su pecho mientras miro el cielo y el mar, intentando acostumbrarme al pellizco que siento en el centro del estómago cada vez que me doy cuenta de lo maravillosa que es mi vida, pese a lo mucho que me ha costado llegar aquí.

Nate lleva un par de meses hablando de tener otro bebé, pero, aunque parezca mentira, soy yo la que se resiste un poco. Me ha costado mucho ver realizado mi sueño de ser madre y ahora quiero disfrutar de Noah y de mi marido. Estoy segura de que querré otro bebé en un futuro, pero para eso aún queda un tiempo y así se lo hago saber a Nate, que sonrío y asiente, aceptando mis deseos, como siempre, con elegancia, saber estar, dulzura y paciencia, mucha paciencia.

—Cuando quieras, sabes que estoy listo y dispuesto.

—Oh, querré, no te quepa duda, pero de momento lo que más me interesa es que pongamos a Noah a dormir una pequeña siesta y tú y yo nos dediquemos a practicar, para cuando llegue el momento de ponerse manos a la obra.

—¿Estás insinuando que necesitamos perfeccionar la técnica, señora Morgan?

—Nada más lejos de la realidad, señor León, solo digo que, mientras más practiquemos, más fácil nos resultará acabar el trabajo cuando lo empecemos.

Nate se ríe, me abraza y luego me empuja un poco para que baje de la hamaca y él pueda hacer lo mismo.

Caminamos entre los jardines de vuelta a nuestra cabaña en primera línea de playa, entramos y conseguimos dormir a nuestro hijo en apenas unos minutos. Cuando por fin está listo dejo que Nate me alce en brazos, me deposite en la cama y me bese con esa ternura que consigo convertir mi frialdad en lava volcánica.

—¿Te he dicho ya hoy que te quiero? —susurra cuando desata mi biquini, justo antes de besar mis pechos.

—Sí, pero puedes repetirlo tanto como quieras —contesto gimiendo.

Él sonríe, mordisquea mi pezón y se quita el bañador para que nos abracemos desnudos. No dice nada y me quedo esperando que repita esas palabras que tanto me gustan, pero él juega conmigo, consciente de que puede llegar a conseguir que la impaciencia me excite, de manera inexplicable.

No pasa mucho antes de que me tenga temblando bajo sus brazos, necesitada y suplicándole que entre en mí. Es entonces cuando se apoya en mi entrada, besa mis labios y se desliza en mi interior susurrando las palabras que consiguen que mi mundo entero vibre una y otra, y otra vez.

—Mi preciosa reina de hielo... ya no es que esté seguro de que te quiero, es que sé que voy a hacerlo el resto de mi vida.

Sonrío y procuro no echarme a llorar, le prometo que yo también le querré siempre y me dejo arrastrar por las sensaciones que solo Nathaniel Morgan es capaz de provocar en mí mientras deseo en silencio, otra vez, que nuestra historia no tenga nunca un final.

NOTA

Tengo por aquí a Amelia diciendo que, ya que habéis leído tres historias de Sin Mar, ella tiene algo que contar, así que va a ponerse sus enormes gafas, un pijama de unicornios bien bonito y va a sentarse a mi ladito para susurrarme un montón de cosas que espero poder contaros pronto.

¡Nos vemos por Sin Mar!

Cherry Chic

Agradecimientos

Recuerdo perfectamente cómo me sentí al escribir por primera vez un apartado de «Agradecimientos». Fue para «Mi canción más bonita» y, cuando acabé, de hacerlo lloré, porque para mí, la historia no acababa con el epílogo, acababa con ese apartado, cuando daba las gracias a todas las personas que me ayudaron a que Oli y Dani estuviesen en Amazon.

Ha pasado un año y el sentimiento de gratitud, la ilusión y el miedo siguen tan presentes como el primer día. Este apartado sigue siendo el punto y final a una historia que me ha dado mucho y muy bueno. ¡No sabéis cuánto!

Allá voy:

A mis padres, por estar siempre ahí, que parece fácil, pero es algo que no hace mucha gente. Todos mis logros llevan un poquito de vosotros.

A mi hermana, porque sin ti no sabría cómo escribir acerca de las relaciones entre hermanos. Tú y yo solo somos dos, pero, a veces, nos basta y nos sobra para parecer mil.

A mi marido, por aguantar estoicamente en esos momentos en los que yo me siento tarde a cenar, me levanto a toda prisa para anotar ideas repentinas, te hablo con ilusión desbordada de este proyecto o me pongo al borde del llanto cuando algo no me sale como quiero. Por las pataletas, los subidones y todas las emociones que me han provocado este libro y que he volcado en ti. Has sido un valiente.

A Minicherry. Ay, pequeña, qué voy a decirte, si tú lo eres todo.

A Red Lips, imposible decirte algo nuevo. Eres parte de mi vida y hasta de mi familia. Te quiero y agradezco cada día a la vida que te pusiera en mi camino. Contigo llegó el inicio de esta locura y eso nunca podré olvidarlo.

A Nuria, gracias por ser mi lectora cero, por ayudarme a corregir, por las pautas, los consejos, las mil revisiones y las lecciones de ortografía, gramática y lo que se tercié. Gracias, sobre todo, por estar conmigo día a día, demostrándome que no eres solo una lectora cero. Eres una AMIGA en mayúscula, parte de mis días y sostén en muchos momentos. Tu amistad es una de las cosas más bonitas que me ha traído la aventura de publicar mis libros.

Al resto de lectores cero por vuestra ayuda, consejos y valoraciones. Por trabajar mano a mano conmigo.

A las compañeras con las que hablo a menudo, por darme vuestra opinión sincera siempre, aguantar la chapa que os doy durante horas —a veces días— o, simplemente, darme ánimos. Gracias también por esos mensajes con fotos de *musos* que me alegran los días.

A los *blogs* literarios, cuentas de Instagram, Facebook, Twitter y demás que me

ayudáis día a día hablando de mis libros, abriendo ventanas al mundo para ellos y para mí.

A vosotras, lectoras —y algún lector—. Hacéis que esto sea posible. Sois el motor que lo mueve todo y espero no defraudaros nunca.

Y a ti, Sin Mar, porque me estás dando tantas alegrías que ya ni puedo contarlas. ¡Espero volver a tus calles muy pronto!



Me llamo Lorena, aunque en los mundos de internet ya todos me conocen como CHERRY CHIC. Estoy en la treintena y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que todo empezó cuando mis padres me compraron una Olivetti y me apuntaron a mecanografía siendo una niña.

Mi vida es sencilla, vivo en el sur rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo. Tengo la inmensa suerte de poder dedicarme a lo que más me gusta, que es dar vida a personajes que solo existen en mi cabeza y contar sus idas y venidas mientras yo río, lloro, disfruto y sufro con ellos, como si fueran mis niños, porque así los siento.

Cuando no estoy escribiendo, me encanta pasear con mi marido y mi hija, pasar tiempo con mi familia, leer, viajar, comer, la música, las zapatillas, las series, los vikingos, la tecnología —*friki* en potencia—, comprarle ropa a Minicherry y los tatuajes. Soy adicta a *Pinterest*, entre otras cosas, y suelo pasar horas y horas en los mundos de yupi, imaginando la vida de personas que solo existen en mi cabeza.